

JOSÉ SÁNCHEZ SAN MARTÍN

VISIONES EN LA NIEBLA



Un enigmático hallazgo cambia para siempre el destino de seres inocentes.

VISIONES EN LA NIEBLA

José Sánchez San Martín

© José Sánchez San Martín, 2020

<https://josesanchezsanmartin.es/>

Diseño y composición de cubiertas e interior:

Mariana Egúaras - Consultoría editorial

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mis Elenas,
con cariño, por el impulso y ánimo que he recibido siempre de ellas*

Ayer enterramos a Jerónimo. Fue una de esas tardes grises y desapacibles que no se olvidan. La niebla se filtraba por los intersticios del cuerpo y el viento imponía su sonido sibilante sobre el gimoteo de los allegados y las herramientas de los obreros. Mientras asistía a la inhumación, pensé que el día era apropiado para tal fin. Como si él lo hubiera elegido a propósito. Le agradaba inmiscuirse en medio de la vorágine invernal, para desafiar a los elementos e imponer su presencia sobre ellos. Era así de intempestivo y osado. Doblegarse significaba para él tanto como perder su intrínseca estima personal. En una de esas frases pretenciosas que a veces le gustaba citar y a mí me enervaban decía que prefería soportar la adversidad antes que ceder en las convicciones personales. Una solemne tontería. Como si la vida, en su inherencia, no tendiera espontáneamente a la permisividad y la componenda. Quien no lo conociera podía pensar, oyéndole hablar así, que era un hombre incapacitado para aceptar la vida tal como es; pero creo que, en el caso de Jerónimo, habría que interpretar su enfática declaración como un reconocimiento explícito de ingénita tenacidad que le inhabilitaba para aceptar el estado natural de las cosas y le compelía a la búsqueda de un ideal perfectivo. Digo esto porque, debido a esa terquedad suya en no ceder ante las conveniencias, hubo de soportar muchos contratiempos, entre ellos, el último y definitivo, que le llevó a la tumba.

No sería por no habérselo advertido.

—Jerónimo, no fumes. Asumes un riesgo innecesario para tu salud, además de practicar un hábito insipiente, anacrónico y vulgar.

Mi consejo era sincero, aunque no del todo desinteresado. Miraba por mi salud tanto como por la suya. El humo que expulsaba con pertinaz insistencia por boca y nariz me hacía toser y lagrimear, además de impregnar ropas y pelo de un nauseabundo olor a combustión. Mis advertencias jamás hicieron mella en él. En aquella época, llevar el pitillo en la boca era signo destacado de hombría, como sujetarlo entre los dedos resultaba un elemento de distinción. A nadie, ni siquiera a los médicos, se le ocurría pensar en la nocividad del tabaco. A mí tampoco, pero la visión de una chimenea ennegrecida por el humo me sugería la idea aterradora del mal. Como reacción a mis jaculatorias preventivas, Jerónimo expelía con virulencia el humo sobre mi rostro y me miraba con fingida lástima, esperando la asfixia momentánea. Yo hacía aspavientos para dar a entender que, en efecto, estaba a punto de quedarme sin aire, lo que motivaba sus carcajadas por la hazaña.

—¡Aprende a fumar y actúa como un hombre! —me decía con sarcasmo.

Yo me apartaba con repugnancia del cerco humeante, pero él me perseguía arrojándome su vaho con pertinaz insistencia.

Pese a esta pugna cotidiana a cuenta del tabaco, Jerónimo y yo nos entendíamos a la perfección. Él solía comentar, con no poca admiración, la buena amistad que manteníamos desde tantos años ha. Era verdad, a pesar, añadía yo, picajoso, del obstáculo inevitable que interponía el

tabaco. Jerónimo, como prueba irrefutable de que este nunca nos podría separar, echaba mano al bolsillo del pantalón, extraía el paquete de cuarterón y comenzaba a fumar, mientras ratificaba esa buena relación entre nosotros. A veces, cuestionábamos en qué podía fundamentarse tal amistad, considerando el divergente modo de ser y de pensar de cada uno: yo amaba la regularidad, el orden, la habitualidad; él, por el contrario, sentíase bohemio hasta el tuétano, gustaba del desorden, la diversidad, la ocasión excepcional. Yo era puntual, pacífico, disciplinado, ahormado en la moral imperante y sumiso al compromiso social. Él buscaba el enfrentamiento para demostrar su superioridad, asumía la rebeldía como el mejor modo de asentar su personalismo y era tan reacio a cualquier moral como renuente al orden establecido. Tales contrastes de personalidad debieran habernos alejado el uno del otro, pero aconteció lo contrario, que nos ahormaron hasta hacernos inseparables. Jerónimo decía que precisamente lo que nos faltaba a cada uno era lo que servía para unirnos, complementándonos mutuamente. Así debió de ser, cuando nos permitió fraguar una sólida amistad que perduró para siempre.

Con Ramiro, el tercer miembro del grupo, la amistad, aunque sincera, no tenía la misma intensidad. Él se parecía en muchos aspectos a mí, y eso, quieras que no, siempre originaba controversias por cualquier tiquismiquis. Ambos pretendíamos imponer nuestro criterio, evidenciar la respectiva preparación cultural o la agudeza de nuestro pensamiento. Hasta en lo físico pretendíamos imponernos el uno al otro, aunque teníamos prácticamente la misma estatura y una efigie más bien vulgar. Con Jerónimo, sin embargo, todas estas prevenciones y piques estaban de más. Asumíamos de principio que sus peculiares prendas físicas, su acusada masculinidad, le hacían superior a nosotros.

Tanto a Jerónimo como a Ramiro los conocí en el instituto, cuando estudiábamos el bachillerato. Éramos compañeros de curso, aunque apenas si habíamos intercambiado media docena de palabras. Fue una mañana de noviembre de aquel lejano tiempo cuando nuestros destinos se unieron. A la entrada en clase nos comunicaron la ausencia del profesor y nos dieron tiempo libre durante dos horas. Este era un lapso enorme para nosotros, que intentamos aprovechar a discreción.

A sugerencia de un compañero, decidimos hacer una excursión a lo largo del cauce fluvial, no lejos de donde se ubicaba el centro docente. Deambulamos sin prisa, con descuido, a través del camino de sirga. Íbamos en pandilla, aunque la estrechez del sendero nos permitió formar grupos de tres o cuatro chicos. En uno de ellos coincidí con Jerónimo. Intercambiamos pocas palabras, intrascendentes, como para quejarnos del intenso frío reinante o alabar la belleza del río en aquel paraje que transitábamos. Ambas constataciones, por más que evidentes y manidas, eran certeras. Recién salidos de los Santos, ya el frío novembrino se dejaba sentir como anticipo del invierno al que nos abocábamos. La humedad que se desprendía del río acrecía esa sensación de malestar y nos hacía apretar el abrigo contra el cuerpo, en una instintiva actitud de defensa. La andadura, no obstante, reactivaba la sangre y nos hacía reaccionar contra el frígido elemento. Éramos jóvenes y el ejercicio nos servía para actualizar nuestra energía vital. Surgieron las primeras bromas y las risas afloraron con facilidad. Hubo amagos de empujar a alguno y arrojarlo al agua, lo que

ocasionó pugnas apasionadas entre los que empujaban y los que resistían, con general jolgorio.

La mañana, ciertamente, resultaba desacostumbrada para nosotros. A esa hora debíamos estar enclaustrados en un aula, escuchando con gesto aburrido y displicente las explicaciones del profesor de turno. Pero con la oportuna e inesperada ausencia de este, nos propiciaba una excursión insólita, a través de parajes exóticos y bellísimos. Lo que más apreciábamos en ese momento era la inmediata sensación de libertad que nos acuciaba. El grupo abigarrado de cincuenta muchachos disfrutábamos de la excepcionalidad de una escapada insospechada, a través de un mundo novedoso y primordial.

La constatación de ese particularismo servía de acicate a nuestra despreocupación y permitía aflorar nuestro mejor talante. El mismo aire que respirábamos, cargado de sutiles aromas campestres, nos permitía interiorizar la vivencia única que disfrutábamos. Aspirábamos con delectación esa atmósfera perfumada con los sutiles aromas de bosques y humedales, como si quisiéramos saturar nuestro organismo con esas esencias de la naturaleza, para que perduraran en nosotros.

Las conversaciones joviales, el retoce juvenil y las risas fáciles, propensas a la escandalera, no nos impedían ponderar la apabullante belleza del paisaje que contemplábamos. El río en aquella zona que transitábamos se expandía con ampulosidad al discurrir por tierras bajas y sin obstáculos, lo que propiciaba que las aguas fluyeran tranquilas, parsimoniosas. Mostrábase así el cauce fluvial, al fondo de los ribazos, como un inmenso espejo, cuyos bordes fueran escrupulosamente vigilados por núcleos de chopos centenarios. El leve tintineo de sus hojas, a impulsos del suave céfiro, ponía contrapunto al contenido murmullo del agua en su lento discurrir. La época otoñal en que nos encontrábamos teñía con pátina dorada parte de las masas arbóreas, propiciando, junto al cristal purísimo del río, una conjunción cromática, subyugante y venusta, de naturaleza inmaculada, como recién surgida del halo mágico de la creación. Era fácil extasiar la vista por ese escenario natural y admirar la serenidad y plenitud formal de un mundo magnificante, que parecía puesto a propósito para nuestro disfrute.

Para influir más en nuestro sobrecogido ánimo y darle un toque de misterio e irrealidad al apabullante paisaje, estaba la niebla. No tenía la densidad de los días de invierno, cuando cae sobre nosotros como un manto pesado, oclusivo, que entorpece la vista e invade nuestra intimidad con sus vapores sinuosos. En aquella mañana excepcional, nos envolvía una bruma sutil, ligera, que apenas sobresalía un metro por encima del suelo, suficiente para darnos la sensación de que caminábamos entre algodones y de que los árboles que nos flanqueaban, así como el terroso camino serpenteante, o todos los demás elementos que nos rodeaban, carecían de base y flotaban ingrávidos sobre el lecho nebuloso. Pero la sensación más asombrosa procedía de la visión que ese espacio espectral nos sugería. Ante su percepción global, la realidad del paisaje se difuminaba para ser sustituida por el simbolismo de un mundo mágico, preternatural, recién creado con retazos de cielo, tierra y agua, para nuestra contemplación y deleite. He visto después, a lo largo de mi vida, muchos parajes hermosos; pero la visión paradisiaca de aquel mundo primigenio y sublime permanece en mi recuerdo a través de los años como la idealización de un orbe sin mácula, formado a imagen y semejanza de nuestra exultante juventud.

No duró mucho aquel éxtasis natural, quizá para que aprendiéramos a asumir que los

momentos de exaltación de la belleza no se prodigan y, en su oportunidad, deben ser apurados al máximo. Nuestra andadura continuaba en progresión indefinida, hasta que una de las corrientes tributarias del caudaloso río nos hizo desviar el rumbo. Atravesábamos ahora tierras labrantías, alternantes con campillos y rozas de gleba, dejando a nuestra espalda el cauce fluvial. Pasado el instante de encantamiento, regresaron las bromas zafias y las risas prontas. Tan pronto pisoteábamos surcos perfectamente delineados en espera de la sembradura, como nos adentrábamos en tierras estériles, de cascajal. El acicate de nuestra andanza residía en la carencia de rumbo; avanzábamos a donde nos conducían nuestros pasos, conscientes de que era el viaje mismo quien motivaba nuestro entusiasmo. No pretendíamos llegar a ninguna parte; solo deambular y descubrir lo que la andadura nos propiciaba, a través de aquellas tierras llanas, sin alcores a la vista. El tiempo parecía desaparecido de nuestras vidas. Asumíamos con toda naturalidad que nos habíamos constituido en seres privilegiados, recién asomados a la pletórica pubertad, y disfrutábamos plenamente de nuestra privilegiada condición. En medio de la inmensa paramera que ahora atravesábamos, gozábamos de nuestra juventud, liberados de la prisión del tiempo, errantes por mundos inéditos sin un destino fijo.

En cierto momento de nuestro nomadismo, uno de los compañeros creyó reconocer el paraje por donde a la sazón transitábamos. Según él, nos encontrábamos cerca del lugar donde antaño hubiera un ventorro famoso, muy visitado en las épocas veraniegas y ahora medio en ruinas. Acuciados por la curiosidad de ver ese arcaico establecimiento, nos dejamos guiar por el chico que nos informara. Atravesamos ejidos y pisoteamos cornijales en errática marcha, cual formas fantasmagóricas pululantes en medio de la tenue neblina. El improvisado guía parecía bastante desorientado y retrocedíamos o ladeábamos el rumbo según la ocasional inspiración de aquel. En un determinado momento se detuvo y miró alrededor. Era evidente su confusión, lo que motivó que le arrojáramos gruesas pullas y lo avergonzáramos por su ineptitud. Hacía tiempo que el poderoso murmullo del río se había mitigado y un silencio forzado, de naturaleza muerta, se imponía en el ambiente. Hicimos un alto forzados por la desorientación, mientras nuestro compañero-guía daba cortos paseos de un lado a otro. Según él debiera estar allí el objeto de nuestro interés, mas ninguna obra de hombre se veía a nuestro alrededor. Estábamos en medio de una amplia meseta, de suelo desigual, formado a base de canto y tierra. En el extremo de la irregular perspectiva el terreno se elevaba ligeramente para formar un montículo rocoso. Era una zona extremadamente lata y árida, sin restos de yerbajos o ratizos. Para descansar de la caminata, nos sentamos un momento mientras reelaborábamos sugerencias e iniciativas.

Nuestra incipiente aventura se frustraba y los ánimos se enfriaban a la vez que los ateridos cuerpos. Permanecíamos todavía sentados sobre el frío suelo, ajenos a la incomodidad, como si el tiempo se hubiese inmovilizado y nosotros estuviéramos cautivos de él. Nadie acertó a definir un proyecto que nos sedujera, por lo que nos incorporamos y enfilamos el camino de regreso.

Estábamos lejos de sospechar que esa andadura aparentemente residual nos conduciría directamente a lo que, para Jerónimo y para mí, constituiría, muchos años después, un destino inesquivable, plagado de sugerencias, incertidumbres y sobresaltos.

El punto de encuentro con él se encontraba en las afueras mismas de la ciudad, no muy lejos de nuestro instituto. Se trataba de un viejo, aunque robusto, edificio, construido en piedra, de

amplias dimensiones, cuya fachada principal, sobria, sin aditamentos, estaba horadada por sendas aberturas sin trazos decorativos. Solo el vano de la puerta, en forma semiesférica, se permitía un cierto ornato, al rodearla con una línea de impostas, como si la forma curva pudiera provocar osada perturbación en la tarea contemplativa, y se quisiera paliarla con el simbólico e inmediato cerco de líneas rectas, hechura de una existencia que no se permite la duda. Todos los vanos estaban oportunamente cegados. Incluía el edificio en uno de sus laterales airosa torre de tres cuerpos, el superior de los cuales aparecía trepanado a cada lado por una ventana, de dimensiones más pequeñas que las de la fachada. Quizá en tiempos pasados la atalaya rematara en forma de terraza almenada, pero ahora mostraba cubierta de teja, con la indudable finalidad de dar servicio a ese espacio suplementario. La singularidad del accesorio fue la que dio nombre al edificio, que en la ciudad se conocía popularmente como «la Torre». Estaba rodeada por un amplio terreno, ahora arenoso, con un exiguo resto de míseros arbustos, que en tiempos debió de constituir el jardín de la peculiar mansión.

Cercano a la edificación se encontraba un pozo de amplia embocadura, herméticamente protegida con tapa metálica, oportunamente candada. Sobre el brocal, se erigía un arco de hierro, en funciones de cigoñal, que remataba airosamente el círculo de piedra. El señorial conjunto estaba resguardado por un tapial de mamposta, como de metro y medio de altura, sucio, destrozado en varios puntos, con apenas restos de su antiguo enlucido. La cancela de hierro que ocluía el lugar, de planchas en la parte inferior y de verja en la superior, rematada a modo de lanzas que apuntaban al cielo, estaba oxidada, con costurones como cicatrices que hendían la férrea piel y mostraban sin piedad los desgarros seculares. A saber cuándo dejó de cumplir su función la cerradura que aparecía medio desencajada del cuerpo de la cancela. Tal era el estado de abandono que, cuando pretendimos mover la pesada puerta para acceder al interior, los agarrotados goznes se negaban a girar; solo después de un vigoroso esfuerzo conjunto conseguimos entreabrir la, entre el agudo rechinar del mecanismo, quejoso del imprudente trato.

El compañero que propuso adentrarnos en los terrenos de la obsoleta mansión hizo saber que estaba deshabitada desde muchos años antes y que podíamos deambular por allí sin cuidado alguno, como si estuviéramos en la calle. Así lo hicimos, intentando abrir la tapa del pozo para husmear en su interior, pero el grueso candado impidió nuestros propósitos. Nos acercamos al palacete y tocamos con admiración sus grandes sillares, heridos en varios puntos por la inclemencia del tiempo. Los más cercanos al suelo eran los que mostraban más desperfectos, habiendo perdido parte de su volumen, desmoronándose con facilidad en cuanto se hurgaba en ellos. Fue en este curioso cuando descubrimos que, en la parte posterior del edificio, una de las piedras limítrofes con el suelo estaba desencajada y dejaba una hendidura, estrecha y oscura. Del inquieto grupo estudiantil surgió al instante la impertinente pregunta acerca de qué habría en el interior.

—Eso lo podemos saber ahora mismo.

El que habló fue Jerónimo, y su iniciativa nos permitió conocer su audacia y decisión. Apartó a los que estábamos cerca de la abertura siniestra y la observó con detenimiento. Jerónimo era muy alto, con estructura física atlética y rasgos de cara armónicos y finamente delimitados. Me repugnaba apreciar la belleza masculina, así que preferí pensar que las mujeres considerarían a

Jerónimo como un hombre muy guapo. Se peinaba con raya al lado, en una época en que los chicos solíamos dirigir el pelo hacia atrás. Como marca visible, mostraba en la mejilla izquierda, junto a la patilla, un lunar en forma ovalada, como de un centímetro y medio de largo; lo que en otro hubiera quizá supuesto un defecto natural, constituía en él un motivo más de atracción. Sin decir palabra alguna, se despojó del abrigo, que me alargó para que lo sostuviera. No tenía importancia aquel gesto, ya que era el compañero más cercano; pero me llenó de orgullo, porque, de algún modo, me hacía partícipe de la aventura que iba a protagonizar. Después rebuscó en los bolsillos y extrajo una caja de cerillas, que también me dio, con el encargo de que se la facilitara cuando estuviera dentro. Su voz era suave, agradable, sin rastro de nerviosismo o vacilación.

La decisión de Jerónimo nos parecía a todos, más que valerosa, temeraria. Causó tal impacto en mí que solo me atreví a decirle que tuviera cuidado. Era tanto como animarle a seguir, para que no se frustrara nuestra curiosidad. Jerónimo, con admirable tranquilidad, introdujo las piernas en el agujero, ocupando totalmente el perímetro de este. Era imposible que el ampuloso pecho de Jerónimo cupiera por allí. ¿Y si el valiente compañero quedaba ocluido en medio del orificio, sin poder entrar ni salir? Este pensamiento me agobió durante un momento, el preciso en que Jerónimo, con admirable flema, dijo: «Vamos allá». Expulsó el aire para comprimir el tórax y dio un fuerte impulso hacia abajo. Aconteció lo que me temía: pese a su previsión contractora, el pecho ocupaba todo el escueto espacio y no era posible deslizarse por él. Fueron unos segundos comprometidos, en los que algunos cambiamos angustiosas miradas, que traslucían el pensamiento aterrador de que nuestro compañero quedara eternamente aprisionado. No sería el primer caso. Recordé, al efecto, la fachada sur de nuestro templo catedralicio, en una de cuyas ventanas, escueta y cegada, sobresalía el busto en piedra de una figura humana. Según la leyenda, se trataba de un intruso que se introdujo en el templo con intención de robar. Al ser descubierto, quiso huir por la escueta ventana, pero su fuerte complexión corporal le impidió traspasarla, quedó atrapado y, como castigo divino, convertido en piedra. Era una leyenda que a los muchachos nos espantaba, sin que prejuzgáramos el hecho sorprendente de que la carnalidad de un hombre fuera trastocada en pétreo materia. ¡Pero si lo decían nuestras madres es que era verdad!

En la ocasión presente, viendo a Jerónimo aprisionado en el agujero, sin posibilidad de moverse, recordé la siniestra leyenda catedralicia y me horroricé. Como portavoz autorizado por el hecho de sostener el abrigo de nuestro héroe, di un paso adelante y grité con desesperación:

—¡Hay que hacer algo, antes de que se convierta en piedra!

Los demás compañeros me miraron estupefactos, sin comprender lo que quería decir. También Jerónimo, desde su incómoda postura, me dirigió una mirada intencionada, cargada de ironía. Era evidente que conocía la leyenda del ladrón, porque me dijo:

—No te preocupes, que yo no me voy a quedar aquí eternamente.

Lo expresó con desparpajo, como si estuviera disfrutando con la situación. Tan pronto como terminó de hablar, extendió los brazos hacia arriba para facilitar el resbalamiento, dio un fuerte impulso hacia abajo y desapareció bajo tierra. A partir de ese momento, se produjo entre los que estábamos fuera un silencio respetuoso, como si temiéramos que el compañero hubiera desaparecido para siempre, devorado por las fauces siniestras de algún monstruo subterráneo. A

impulso del miedo y la curiosidad, me acerqué a la siniestra boca. Solo veía oscuridad. En esa posición indagatoria y temerosa estaba cuando del antro surgió una garra, seguida de un gruñido sobrecogedor: Lancé un alarido de terror y pedí auxilio a los compañeros, con voz angustiada. Antes de que pudiéramos reaccionar, se escuchó una risita sarcástica y la voz de Jerónimo en tono de guasa:

—Soy yo, hombre. No seas cobardica. Acércate y dame las cerillas.

Fingí suficiencia y valor, como si mis anteriores palabras hubieran sido también expresión de broma. Pero mi corazón latía todavía sobresaltado. Introduje la mano en el orificio con la cajetilla. Al instante, sentí como me la arrebatava Jerónimo desde dentro para, a continuación, tirar con fuerza de mi brazo. Yo solté una risa forzada, aunque interiormente no las tenía todas conmigo.

A partir de ese instante, se recuperó el silencio. Los compañeros hacíamos corro alrededor de la opaca y reducida sima, aguardando expectantes cualquier reacción desde el interior. Nuestro nerviosismo se patentizaba no solo por la crispación de nuestros rostros, sino también por los instintivos movimientos de nuestros pies, como si así quisiéramos aliviar la tensa pasividad a que estábamos sometidos. La aparente inanidad del tiempo, expresada en un quietismo abrumador, sobrepasaba nuestro ánimo y nos hacía reaccionar con esos balanceos compulsivos. Agucé el oído, pero ningún sonido procedía del interior. La pandilla de alumnos me dirigió angustiosas miradas, como invitándome a tomar alguna iniciativa. El hecho de que el héroe me hubiera entregado en depósito el abrigo y las cerillas, me convertía, ante los ojos de los demás, en su representante. Orgulloso por esa posición sobresaliente que me atribuían, recogí la mirada angustiada de los compañeros invitándome a alguna iniciativa. Así que me acerqué a la oscura boca de la bodega y llamé con insistencia a Jerónimo. Nadie me respondió. A mi espalda, uno de los chicos sugirió que quizá debiéramos regresar a la ciudad y avisar a la policía. Fue entonces cuando se escuchó una voz como de ultratumba:

—¡No hay razón para avisar a la policía! Aquí no ha pasado nada.

La voz de Jerónimo nos hizo lanzar una exclamación de júbilo. Desde dentro, me ordenó que le alargara una mano para poder tomar impulso y salir. Así lo hice, pero, consciente de que él pesaba mucho más que yo, pedí a algunos compañeros que reforzaran mi brazo para, entre todos, impulsar simultáneamente hacia arriba. A través del oscuro orificio, la voz de Jerónimo animaba, entre jadeos, a que tiráramos con fuerza para poder reptar y salir. Nuevas manos vinieron en nuestro apoyo y conseguimos que la cabeza de Jerónimo asomara por el agujero. Con renovados impulsos, nos aprestamos a superar el momento más delicado: al igual que para entrar, el amplio pecho era un obstáculo casi insalvable para la salida. Mientras algunos lo teníamos cogido por el brazo, otros lo abarcaron por las axilas. Yo estaba feliz por estar al mando de aquella operación tan arriesgada. Di una voz de mando para que todos al unísono tiráramos hacia afuera. Así lo hicimos, mientras Jerónimo reía a carcajadas a causa de las cosquillas que le hacían los que lo sujetaban por los sobacos. Era un hombre realmente admirable. Otros, en su apurada situación, se mostrarían acongojados y llorosos, mientras que él asumía el momento con plena tranquilidad e, incluso, disfrutando de él. Los juveniles impulsos consiguieron, al fin, lanzar el corpachón de Jerónimo hacia arriba y depositarlo de bruces en el suelo. Una entusiasta ovación acogió la

presencia indemne del valiente compañero. Este, sin inmutarse, pidió un cigarro y se dedicó a saborearlo con delectación. Todavía permanecía en el suelo y nosotros lo imitamos, haciendo un corro alrededor de él. El frío era intenso y la niebla ganaba en espesura, pero nadie reparaba en esas circunstancias atmosféricas. Todos estábamos pendientes de la voz de Jerónimo.

—Caí —dijo el audaz compañero, en medio de un silencio reverente— sobre un suelo sucio y resbaladizo. Reboté y fui rodando, hasta dar en un leve rellano. En él me incorporé y encendí la cerilla. Guiado por su luz, desemboqué en una sala amplia, con techo abovedado, sostenido por arcadas de piedra.

—¿Había serpientes? —preguntó uno de los compañeros, con voz ansiosa, mientras los demás aguardábamos expectantes la respuesta.

—Allí el único bicho viviente era yo —replicó Jerónimo con guasa, lo que motivo nuestras carcajadas.

Jerónimo siguió narrando su aventura por el recinto subterráneo, que contaba por todo mobiliario con algunos toneles esparcidos por el sótano y semidestruídos por el abandono en que estaban. Dada su profundidad, la bodega, pues esa debió de ser su función otrora, conservaba, al parecer, el tufo a uva fermentada, que durante tantos años acumulara; un vaho, asumió Jerónimo con suficiencia, que satura las paredes y conserva el peculiar olor durante mucho tiempo. Todos asumimos esa creencia, como si fuéramos expertos en olores y en vino.

—Al fondo de la amplia sala —prosiguió nuestro héroe después de dar nuevas chapadas al pitillo— descubrí una puerta, sucia y con los paños carcomidos. A través de ella, accedí a otro habitáculo, mucho más pequeño, flanqueado a derecha e izquierda por dos hornacinas. Este otro recinto estaba también vacío de cualquier clase de mobiliario y objetos. Supongo que debió de usarse para trastienda. La única novedad que en ella observé fue una piedra de altar, bajo la hornacina izquierda, con restos todavía de policromía. Lo que me sugiere, así como la robustez y perfección de la piedra con que está hecha la bodega, que en tiempos remotos aquí debió de haber existido un convento.

Cuando Jerónimo terminó de hablar, permanecimos un momento en silencio para ponderar la apasionante aventura. Hablaríamos a otros de ella, con sano orgullo, como un hito fundamental de nuestra juventud. Todos nos veíamos ocasionales protagonistas de la subterránea hazaña. La osadía de Jerónimo era la nuestra. Yo todavía sostenía en el brazo izquierdo el abrigo que Jerónimo me alargara cuando se introdujo en la bodega. Lo acariciaba como un tótem, con la esperanza de que me transmitiera los áureos efluvios de su propietario. Jerónimo se acercó, me lo pidió y se lo puso. Después hicimos juntos el trayecto de regreso. En cierto momento, tuve un rasgo de audacia y le dije que me gustaría que fuéramos amigos. Él respondió escuetamente que le parecía bien, lo que me produjo una gran alegría. Durante el camino, se nos unió otro chico, Ramiro, que, con semblante admirativo, hizo a Jerónimo la misma propuesta. El beneplácito que consiguió, como si Jerónimo no fuera capaz de negar nada a nadie, le produjo la misma satisfacción que yo sintiera momentos antes.

Desde ese momento, los tres compartimos intimidad, haciendo grupo separado del resto,

mientras desandábamos el itinerario hacia el centro docente. Poco podíamos imaginar que aquella sencilla iniciación iba a consolidar una duradera amistad, capaz de soportar el paso de los años. En aquel momento, apenas si intercambiamos palabras entre nosotros, madurando en nuestro interior las sucesivas emociones afrontadas durante la mañana. Una de las más intensas, por el significado de multitudinaria rebeldía que propiciaba, sería la devenida del acto de onanismo perpetrado en común por la cincuentena de chicos en determinado trecho de la andadura. Resultaba para nosotros de suma trascendencia, ya que implicaba todo un salto hacia adelante, para traspasar el límite sinuoso de la pubertad a la madurez. Debíamos ese salto a Jerónimo, ese amigo reciente, que llevábamos al lado y del que nos sentíamos tan orgullosos, y quien, como tendría en el tiempo ocasión de comprobar, gustaba de romper corsés sociales, de desafiar las normas establecidas y de sobreponerse a los tabúes. Para él era como una obsesión enfermiza, atizada por un anhelo instintivo de autoafirmación. Lo asumía, además, con plena naturalidad, como si evadirse de los principios sociales que conforman la individualidad constituyera para él una obligación inalienable e indiscutible.

Esta manera de ser del reciente amigo la perfilaría y concretaría después, con el paso del tiempo y el trato asiduo, pero comencé a entenderla esa misma mañana, con la comprensión cabal del protagonismo que consiguiera entre nosotros, sin esfuerzo aparente por pretenderlo y sin que en él trascendiera apenas la importancia o el significado de sus actos e iniciativas.

A los pocos días de este acontecimiento singular, Jerónimo nos reunió para hablarnos otra vez de la Torre. A Ramiro y a mí nos parecía ya pretérita aquella referencia. Permitted que viviéramos un momento ilusionante, en el que Jerónimo tuvo un lucimiento personal. En nuestro recuerdo quedaría como ese suceso puntual, pero nada más. Pasado un tiempo lo arrinconaríamos en la memoria, como uno más de los acontecimientos que ilustraron nuestra juventud. Eso es lo que pensábamos cuando todavía no podíamos adivinar la sorprendente noticia que Jerónimo nos iba a desvelar, ni mucho menos las implicaciones posteriores que tendría para nuestras vidas.

Cuando Jerónimo se decidió a exponernos la experiencia personal vivida en el interior del antro, lo hizo con voz contenida y gesto preocupado, como si estuviera efectuando una delación. Nos dijo que había dudado antes de decidirse a narrar lo que seguía, pero que la seguridad de que contaba ya con nuestra firme amistad disolvía en él cualquier duda y le impelía a hablar.

Ni que decir tiene que aquel intrigante preámbulo concitó nuestra atención, aunque no tanto como cuando nuestro predilecto amigo confesó que, en aquella mañana recurrente, no fue del todo sincero. Miramos con ansia mal contenida a Jerónimo, que parecía algo nervioso, y nos dispusimos a no perder detalle de sus palabras. Él encendió un cigarro para calmar su inquietud, aunque en la misma medida acrecentase la nuestra. Después, comenzó a hablar:

—Cuando, en el interior de la Torre, encendí la cerilla, a su tenue luz vi, como os dije, los compartimentos de la bodega. Después ascendí por una estrecha escalera al vestíbulo principal, del que arrancaba la amplia escalinata de piedra, que conducía a las estancias superiores. Seguí subiendo, llevado por la curiosidad que sugería la señorial mansión, y llegué hasta lo alto de la torre. Atravesé el breve pasillo y me encontré en una habitación de dimensiones medias, que en

una de sus paredes laterales mostraba una hornacina, ya sabéis, esa especie de hueco en forma semiesférica...

—Sabemos lo que es una hornacina —le interrumpí con voz anhelante.

—Bien —continuó Jerónimo—. Dentro de ella descubrí una figura yacente. Me recordó a esas que vemos en las iglesias, representando a caballeros medievales que, con sus pétreas efigies, guarnecen sus sepulcros.

—También sabemos a lo que te refieres —dijo esta vez Ramiro—. No hace falta que nos lo expliques.

—Me extrañó ver esa escultura, porque no era propio de una casa particular; aunque quizá el deseo de imitación, en todo, a un edificio medieval pudo propiciar su realización. Lo extraño era que estuviera en el punto más alto del edificio, en la torre, una estancia que debiera servir de atalaya, no de uso cotidiano de sus habitantes.

—Los dueños tendrían ese capricho —sugerí.

—Eso pensé yo —prosiguió Jerónimo—. Pero lo que más me extrañó fue que estuviera cubierta por una urna de cristal.

—Puede que la escultura fuese muy valiosa y quisieran resguardarla del polvo —aventuré.

—Y tanto que era valiosa. Como que no era una escultura. Cuando me acerqué, pude comprobar que se trataba... del cuerpo desnudo de una mujer joven.

La matización referente a la desnudez embotó nuestra racionalidad y ya no fuimos capaces de argumentar acerca de la extrañeza del hallazgo y de los más que previsibles problemas que podía acarrear. Nuestro pensamiento estaba cautivo de un cuerpo hermoso y turgente, ofreciéndose pasivamente a nuestra contemplación. Éramos púberes y nuestra sexualidad pugnaba por aflorar con vigor ante las incitaciones que la vida nos ofrecía. Aquel cuerpo joven y desnudo era una tentación imposible de superar. La posibilidad de dar pábulo a nuestro deseo y encalmar nuestra ansiedad se abría ante nosotros como una realidad inmediata. Mostramos nuestro vehemente deseo de contemplar cuanto antes a la bella desconocida.

Con carácter previo a la decisión de acudir ante la presencia de la hermosa mujer, interpelamos a Jerónimo para que nos jurara, «por su madre», que la noticia que nos acababa de referir era totalmente cierta. Juró. Lo hizo, además, con semblante grave, inusual en él. Así que lo creímos.

Se imponía la conveniencia de acudir cuanto antes a la famosa Torre, a fin de encalmar nuestra excitación. Pero con la misma simultaneidad, recreé también el angosto orificio que daba acceso al subterráneo y mi ánimo se enfrió un tanto. Ahora ya no estaba tan seguro de que quisiera ir. También Ramiro parecía haber amenguado en su pretensión inicial, pues permanecía en sospechoso silencio. Jerónimo debió de adivinar estas dudas, porque apeló a nuestra viril decisión y nos emplazó a visitar la peculiar edificación, so pena de que perdiéramos su amistad. Teníamos en alto aprecio esta como para exponernos a perderla. Así que preferimos, Ramiro y yo, dominar nuestros temores, para no sufrir el descrédito ante nuestro reciente y admirado amigo.

Al siguiente día, antes de encaminar los pasos hacia nuestro destino, nos desviamos hasta la casa de Jerónimo para buscar una linterna. Cuando la conseguí, salimos en dirección al descampado donde se encontraba la Torre. Saltamos la tapia de mampostería y atravesamos el arenal, invadido por la grama, de entre la que apenas sobrevivía algún mísero arbusto, residuo de lo que en tiempos posiblemente fue ubérrimo jardín. Enfrentados al muro opuesto de la mansión, en cuya parte inferior se había desprendido uno de los sillares y dejado al descubierto el hueco que conocíamos, se me ocurrió preguntar si no habría dentro lagartijas. Aunque eran animales inofensivos, me repugnaba su presencia. Jerónimo me tachó de idiota por hacer esa pregunta, recordándome, al efecto, que estábamos en noviembre, con frío, mientras que las lagartijas solo aparecen en el calor del verano. Era verdad, pero mis temores aumentaban y ya no era capaz de discernir con claridad la situación. Inquirí poco después si acaso habría ratones, que eran animales de todo tiempo. Jerónimo optó por dirigirme una mirada de censura para, a continuación, decidir que, ya que demostraba tanto interés por el interior de la casa, fuera yo el que lo acompañara. Ramiro se quedaría afuera para ayudarnos a salir y solventar cualquier dificultad imprevista. A mí me hubiera gustado asumir esa tarea de retaguardia, pero, a la vez, no

podía apartar de mi imaginación el cuerpo femenino que describiera nuestro amigo.

En esta indecisión estaba cuando ya Jerónimo se introducía por la estrecha boca que conducía al interior. Pidió que me fijara como lo hacía él, para que yo repitiera sus movimientos. Mientras hablaba, introdujo las piernas en el agujero, juntó los brazos hacia arriba y, con la experiencia de la vez anterior, además de expulsar el aire de los pulmones, se impulsó con fuerza hacia abajo y desapareció rápidamente por la angostura. Desde dentro, me apremió para que yo hiciera lo mismo. No me di mucha prisa en sentarme junto al orificio. Visto de cerca, era más estrecho todavía de lo que imaginaba. Cuando pasé las piernas por él, ocupé toda la abertura. ¡Resultaba imposible que mi cuerpo pasara por allí! ¡Quedaría atrapado sin remedio! Presa del pánico, hice intención de sacar las piernas y retroceder, pero no tuve posibilidad de hacerlo. Desde dentro, Jerónimo me dio un fuerte tirón y me deslicé a toda velocidad por el hueco. Lancé una exclamación de terror y me encontré en medio de la oscuridad. Por encima de mi cabeza me percaté de la leve claridad que se filtraba por el orificio y cambié el temor por satisfacción, lanzando un ¡hurra! La cercana voz de Jerónimo me recordó que no era mérito mío, sino suyo, el que yo estuviera allí abajo.

Alertó a Ramiro para que no se apartara de la entrada, por si teníamos necesidad de su ayuda. Después encendió la linterna y la pasó por la estancia. Era tal y como la había descrito Jerónimo: amplia, desprovista de mobiliario, salvo un par de toneles derrumbados, y con robustas pilastras en las paredes, para sustentar las arcadas de piedra. Desde luego, no se había reparado en medios para otorgar seguridad a la subterránea edificación. Tanto el suelo de tierra, como los laterales rocosos rezumaban humedad. Olfateé el reconcentrado vaho a mosto fermentado, del que debían de estar saturadas las paredes y que la enclaustración del recinto permitía conservar.

A una señal de Jerónimo, avanzamos hacia la sala del fondo. Se accedía a través de un vano, del que había desaparecido la puerta, con el dintel en forma de arco de medio punto. En un lateral del vano, podían verse todavía, herrumbrosos y medio sueltos, los goznes que en otro tiempo sujetaran la cancela.

La habitación estaba vacía y lo único que nos llamó la atención fue un volante de hierro, de unos cincuenta centímetros de diámetro, engarzado en un mecanismo del mismo metal, colocado a media altura de una de las paredes laterales. No acertábamos a comprender cuál sería su uso, pero, por el hecho de estar en la bodega, nos hizo sugerir que quizá pudiera estar relacionado con alguna actividad propia de esta. Lo que yo no vi fue ninguna piedra de altar ni trazas que pudieran hacer pensar en un pasado conventual del edificio.

—No hay nada de eso —reconoció Jerónimo—. Me lo inventé para tener algo interesante que decir, ya que no quería confesar públicamente lo del cuerpo yacente.

A un lado de la sala descubrimos la torva escalera. Cuando ascendimos por ella, noté que algo cálido rozaba mis cabellos. Lancé un pequeño grito de susto y Jerónimo enfocó la linterna y dio un manotazo por encima de mi cabeza. «Telarañas», comentó escuetamente. Me olvidé de ellas ante la sugestión de la figura que estaba a punto de desvelar. Era consciente de que protagonizaba una aventura apasionante, quizá única en mi vida, y mi corazón latía aceleradamente. Precedidos siempre por la difusa luz de la linterna, llegamos al vestíbulo y, sin detenernos, continuamos subiendo, ahora por una amplia y bien conservada escalinata de piedra.

En la planta principal pude vislumbrar a través de una puerta semiabierta un salón amplísimo, que debía de servir para las reuniones sociales, ya que el edificio estuvo destinado a hospedería y convenciones. La planta superior, más pequeña, debía de estar destinada a vivienda de los propietarios. En ella terminaba la amplia escalera; hasta la altiva torre se ascendía a través de una gradería tan lóbrega y escueta como la de la bodega. Una vez allí, nos encontramos con una estancia de regulares dimensiones, sin mobiliario alguno; el suelo estaba cimentado con losas de pizarra, y las paredes, sin enfoscar ni encalar, mostraban a la vista la piedra bien trabajada. Podría pasar perfectamente por una vetusta edificación medieval. Sus cuatro paredes estaban horadadas en su centro por sendas ventanas, a la sazón herméticamente clausuradas. Privados de ese atisbo, dimos por supuesto que la vista desde ellas sería indudablemente espléndida. En cuanto Jerónimo enfocó la linterna, vi la hornacina a la izquierda de donde estábamos, justamente en el lado más alejado de la escalera. Era como la de las iglesias, de base recta y parte superior semicircular, y estaba situada como a un metro de altura del suelo. Los latidos de mi corazón se acrecentaron y mis pasos vacilaron. ¡Descansando sobre la base de la hornacina, estaba el cuerpo de la mujer! Apenas, sin embargo, lo distinguía bajo la campana de cristal cubierta con una capa de polvo, que reflejaba con dificultad la débil luz de la linterna.

Me acerqué lentamente, con una actitud de respeto por hollar la intimidad de aquel ser inanimado. Jerónimo, delante de mí, sopló vigorosamente la urna de cristal para despojarla del polvo, la levantó y la sostuvo entre sus manos. El cuerpo apareció ante nosotros exento de todo obstáculo. En el mismo instante, la emoción dejó paso a la decepción.

¡Se trataba de un cuerpo embalsamado!

Expresé mi desilusión a Jerónimo y le reproché el engaño en que nos había hecho caer. Él, muy serio, ratificó lo que dijera, aunque omitió el estado de momificación para que no decreciera nuestro interés. La importancia del hallazgo, sin embargo, era la misma, en su opinión. Estábamos ante el cadáver de una mujer, que no había recibido sepultura y que fue abandonado en aquella vacua edificación. Un hecho, pues, insólito, que originaba todo tipo de incógnitas.

Me pidió que me pusiera a su lado para contemplar con todo detalle el cuerpo yacente. Estaba, en efecto, desnudo, aunque este detalle, que inicialmente excitara tanto mi imaginación, ahora me resultaba indiferente. El rostro, enmarcado por una mata de cabello negro y áspero, como estropajo, aunque no muy desordenado, conservaba cierta tersura, dentro de su postrada rigidez, y permitía el resalte de un semblante no estragado por el tiempo. La juventud de la extraña mujer momificada se delataba también por la completa línea de dientes, asombrosamente blancos. El pecho estaba aplanado, sin resto alguno de la antigua turgencia, y el vientre, hundido, al ser despojado de los intestinos para efectuar la momificación. Los miembros, aunque consumidos, conservaban una carnalidad rugosa, pero con cierta compactación. El color del cuerpo había adquirido un color ligeramente cerúleo, dentro de la campana neumática en que estaba guarecido, pero la impresión general era de un realismo asombroso, como si apenas hubieran pasado unas horas de su fallecimiento.

En mi interior surgió un sentimiento de respeto hacia aquella desconocida. El hecho de que estuviera abandonada en aquel lugar inhabitado y opaco me parecía un acto de crueldad y de falta de sensibilidad hacia ella. Inconscientemente, pregunté qué podíamos hacer por aquella

mujer.

—Dejarla donde está, pues, de momento, es la mejor muestra de consideración que podemos tener hacia ella—contestó Jerónimo.

—¿Sería hermosa? —inquirí, con el anhelo de que Jerónimo ratificara mi impresión, mientras la contemplaba.

—Tuvo que serlo cuando alguien se tomó la molestia de momificarla y de resguardarla en este infamante lugar.

—¿Por qué lo haría? —sugerí ingenuamente.

—Para ocultar su crimen —replicó, tajante, Jerónimo.

Lo miré con fijeza, asombrado por la respuesta, y él, por toda explicación, apartó de nuevo la urna y señaló el cuerpo, hacia la altura del corazón. Entre las rugosidades, pude percatarme entonces de una leve incisión, recta y concisa, de unos dos centímetros de larga. No pude por menos de ponderar la sagacidad de mi amigo por descubrir semejante detalle, que a mí, hasta entonces, me pasó totalmente desapercibido.

—¡Debió de ser una cuchillada tremenda! —exclamé, entre acongojado y dolorido por la atroz muerte de aquella infeliz.

Jerónimo asintió, mientras colocaba de nuevo la urna. Echamos un último vistazo al desamparado cuerpo y, dándole la espalda, iniciamos el descenso.

—¡Qué extraño es todo esto! —exclamé inconscientemente, agobiado por las sucesivas emociones que el desvelamiento de la momia me provocara.

—Por eso creo que, como intrusos que hemos profanado su descanso, deberíamos, en un acto de altruismo y respeto por nuestra parte, asumir la obligación de desvelar cuanto ocurrió a esta desdichada joven e hizo que diera con su cuerpo en este desamparado antro.

La contestación de Jerónimo no ayudó a tranquilizarme. Antes bien, acrecentó mi confusión, porque no acertaba a comprender en qué podía concernirnos —por más que hubiéramos descubierto el cuerpo—, desenredar un misterio ajeno a nosotros y aparentemente impenetrable. Sobre todo, si considerábamos que no éramos, ni por condición ni por edad, las personas adecuadas para hacerlo.

Preferí no explayarme, de primera intención, en comentario alguno, y preocuparme de un asunto no menos agobiante: el intentar salir de la Torre a través de la angostura que teníamos sobre nuestras cabezas.

Estábamos ya en la bodega, y volví a sentir la misma congoja que me oprimiera a la entrada, pero acrecentada por el temor de quedar encerrado para siempre en aquel inhóspito edificio. Desde dentro, el orificio de salida aparentaba ser más estrecho. Me parecía imposible que pudiéramos pasar por él. Jerónimo adivinó mis dudas, porque comentó que, de la misma manera que pudimos entrar, podríamos también salir. Era un hombre admirable, pues mientras los demás nos dejábamos llevar por los temores más ancestrales, él se mantenía impassible. Con el tiempo, llegué a dudar si esa postura de indiferencia ante el peligro sería debida a su valor temerario o a una falta de imaginación, que le inhabilitaba para comprender las situaciones de riesgo. Quizá en su conducta hubiera algo de las dos sugerencias.

En la ocasión que soportábamos, no se anduvo con remilgos. Pidió que me apoyara en su

mano, a modo de estribo y, desde esa postura, me aupó con fuerza hacia arriba para que sacara la cabeza por el escueto hueco. Antes pasé un brazo de la mejor forma que pude y, desde fuera, Ramiro me tiró con fuerza de él. Me encontré así, casi sin apercibirlo, catapultado hacia el exterior. No me dio tiempo ni a sentir alivio, tan rápido fue mi tránsito por el agujero. En mi afán por devolver el favor, fui yo quien tendí la mano hacia Jerónimo para ayudarlo a salir. Su corpachón quedó un momento atrapado en el estrecho vano que nos servía de entrada, lo que motivó una reprimenda por su parte hacia nuestras escasas fuerzas. Aplicamos renovados vigores y logramos impulsarlo definitivamente hacia arriba.

Mientras regresábamos al centro de la ciudad, Ramiro dio muestra de su malsana curiosidad.

—¿Estaba realmente desnuda la mujer de allí dentro?

—Sí —respondí escuetamente.

Y como viera en mi amigo un gesto de ansiedad por conocer detalles complementarios, me apiadé de él y le expliqué:

—No perdiste nada, porque se trataba de una momia.

El desencanto de Ramiro fue tan inmediato como el mío. Todas sus elucubraciones motivadas por el inmediato deseo se derrumbaron y expresó su decepción. Lamentó, incluso, que hubiéramos perdido nuestro tiempo para ver un cuerpo momificado, cuando podíamos dedicarnos a verlo en vivo.

—No hemos perdido el tiempo —contestó Jerónimo con seriedad—. Hemos compartido durante un instante la tremenda desgracia que asoló a una desdichada mujer, la cual yace en ese desabrido caserón, sin recibir digna sepultura.

—Podemos avisar a la policía para que recupere el cuerpo —sugirió Ramiro.

—Nos meteríamos en un compromiso —respondió Jerónimo—. Recordad que nos hemos introducido ilegalmente en propiedad ajena. Podrían procesarnos por allanamiento de morada.

Las palabras de Jerónimo nos permitieron recapacitar acerca de lo que convendría hacer en aquella situación. Quizá lo más oportuno hubiera sido dar cuenta, en efecto, a las autoridades del desvelamiento del cuerpo insepulto. Pero el miedo a las consecuencias de nuestra intromisión nos hizo ser prudentes y guardar silencio. No era una opción cívicamente responsable, mas fue acertada de cara al futuro, porque nuestro secreto resultó altamente fructífero para desvelar los terribles sucesos que ocasionaron la muerte de la infeliz mujer. A la vez, sirvió para aglutinar nuestra amistad por encima de las diferencias ocasionales.

Aconteció, sin embargo, lo inesperado. La salud de la madre de Jerónimo, Lucía, de por sí delicada, se agravó repentinamente. Se le achacó una deficiencia cardiaca, aunque tengo para mí que, más que física, su dolencia era anímica. Cuando la visité, acurrucada entre las sábanas, los ojos entornados y el cuerpo inmóvil, parecía estar soltando el insoportable lastre de la materia para convertirse en puro espíritu. Aguantó varios días en ese estado de languidez y postración. Para ella, indudablemente, la vida carecía ya de alicientes.

En los pocos días que Lucía permaneció en el hospital, Jerónimo no se apartó un momento de su lado. Sabía que con su madre se iba el único soporte afectivo de su existencia; aquel en que

podía confiar sin desmayo y que le otorgaba, con su amor, garantía plena de seguridad. Sin Lucía, Jerónimo intuía que se extraviaría en un mundo insensible e insolidario, carente de afectos. Consciente de esa orfandad vital, pasó todo el tiempo arrodillado junto al lecho, compartiendo el dolor de la madre, a la que susurraba palabras de ánimo y cariño. Ella debía de percibirlos, porque reaccionaba con un ligero temblor de cuerpo, como si, a través de él, quisiera transmitir al hijo un mensaje de perdón, por el sufrimiento que involuntariamente le ocasionaba. Eusebio apremiaba a sus compañeros de hospital para que pusieran su ciencia y empeño al servicio de la esposa moribunda. Fue inútil, porque al cabo de una semana, Lucía, exánime materia, dio el último suspiro mortal y se transformó en hálito evanescente.

El suceso aconteció durante las horas extremas de la madrugada, cuando las frágiles milicias de la luz se enfrentan en desigual y ancestral combate contra el poderoso ejército de las tinieblas. Al cabo de dura pugna, el alba apoyará a las legiones de la vida y acabará triunfante. Pero antes sucumben los mejores combatientes. Lucía, en la batalla de aquella noche siniestra, fue uno de ellos. Entregó su aliento postrero con la suavidad y dulzura con que viviera. Nada alarmante se percibió en ella, hasta que Jerónimo, que sujetaba, desde hacía horas, la mano de su madre entre las suyas, percibió una frialdad inusual. Se incorporó y tocó con insistencia el timbre situado a la cabecera de la cama. Apareció el médico de guardia, que tomó la muñeca de la enferma para tomarle el pulso. Miró compasivamente al hijo y salió para dar instrucciones a la enfermera. Jerónimo, el muchacho sin miedo, sintióse de repente invadido por un pavor difuso y aniquilador, que llevó a su cuerpo una languidez sumisa y claudicante, mientras que su cerebro se extraviaba en un laberinto de dolor e incomprensión. Solo se le ocurrió, en un gesto instintivo de amor, acercarse a su madre para depositarle en la frente un delicado beso. El gélido contacto laceró su alma. Se dejó caer, anonadado, sobre una silla cercana y, con la mirada perdida y las lágrimas resbalando por sus mejillas, apenas apercibió el ajeteo que se produjo en la habitación para trasladar el cadáver. El funesto trance lo llevó siempre grabado en su memoria, y en ocasiones de soledad, lo rememoraba, entre involuntarios espasmos, como un sueño infausto e irracional.

Por las calles cenicientas y arrecidas de nuestra ciudad, como acuciadas por un espasmo de soledumbre, vagaba Jerónimo, a impulso de su aflicción, desnortado y abatido. A mediodía lo encontraba en la verja del instituto, esperándome. Los primeros días se mostraba como cansado y aburrido. Según me confesó, se pasaba las seis horas que mediaban entre la entrada y la salida de las clases en una andadura incesante por la ciudad, sin rumbo fijo. A los pocos días de repetir itinerario, se hizo amigo de lecheros y demás mercaderes de la hora temprana, enhebró la hebra con algunos tenderos, puntuales a la hora de quitar las trapas y abrir los negocios, y fue objeto de especial escrutación por diversos guindillas que, con paso cansino, iniciaban la patrulla de mañana. Alguno hubo que lo paró para increparle por el motivo de andar a deshora por la calle, en vez de estar en clase. Jerónimo le respondía que su madre estaba muerta y que él también deseaba morir. Lo decía con enorme sinceridad, aunque sonara a exageración; los guardias se apiadaban del muchacho y le dejaban proseguir su vagabundeo.

Uno de los sitios en los que más tiempo recalaba para guarecerse del intenso frío era el frontón. Tomaba asiento en los bancales de madera situados en la parte superior o bien en la misma pista, apoyado en la pared de atrás, donde rara vez llegaba la pelota rebotada, y pasaba horas viendo los entrenamientos de los jugadores. Eran estos, por lo general, hombres rústicos, que abandonarían el mísero campo atraídos por el señuelo de la ciudad. La mayoría de ellos terminaban como obreros de la construcción, con la cueza al hombro, aupados sobre el inestable maderamen de los andamios. En la época invernal, cuando las obras paraban hasta el comienzo del buen tiempo, tenían en la pelota una actividad para ganar unas pocas monedas; eran hombres de vida quizá no muy sana, pero robustos, que resistían la fatiga del juego, con manos gruesas y encallecidas, aptas para golpear la pelota con tremenda fuerza.

Allí conoció Jerónimo a Pecho Lobo. A aquel le dio reparo, en principio, tratarlo con ese apelativo, pero todos lo llamaban así, al punto de que nadie conocía cuál era su verdadero nombre. Era un individuo rudo, de aspecto bestial, que inspiraba temor. Tenía enorme corpulencia, basada, sobre todo, en su amplio tórax, que sugirió el apelativo con que todos lo conocían. Él exhibía su natural contextura con orgullo, a la par que dirigía felinas miradas a los que se le cruzaban, para dejar constancia de su impertinente fiereza. El pelo crespo y la barba descuidada, de varios días, configuraban su imagen habitual. Vestía con desgaire un atuendo mínimo, mugriento y repasado, y calzaba invariablemente zapatillas negras, sin calcetines, rotas en su parte delantera, por la que sobresalían, audaces, los dedos gordos. Solía hacer de todo, desde albañilería hasta carga y descarga de vagones o juego de frontón. En este se mostraba como un consumado jugador. Su agilidad de piernas y su habilidad y fuerza con la pelota le hacían un contrincante temible.

Cuando Pecho Lobo se percató de la presencia en la grada de Jerónimo durante varios días seguidos, se acercó a él y le preguntó si le gustaba el juego de pelota. El interpelado, con su habitual sinceridad, le replicó que no, pero que era un lugar en el que hacía menos frío que en la calle y en el que se entretenía viendo las idas y venidas de los jugadores. Aunque tosco de mente, Pechos, como le llamaban para abreviar, intuyó que aquel joven tenía un problema de soledad, por lo que lo invitó a un vaso de vino en una cantina cercana al frontón. Le agradó al jugador la gran presencia física del muchacho, tan impresionante como la suya. Su impecable vestir le sugería que era alguien de buena posición social y eso suponía un orgullo para él. Cuando Jerónimo trasegó el vino, puso gesto de asco, lo que motivó una risotada de Pechos, quien auguró que eso solo ocurría la primera vez.

—El primer vaso es como el primer beso, amargo y decepcionante. Pero cuando uno se habitúa, sabe saborear su exquisitez.

Jerónimo se sorprendió de que una boca tan repugnante como la de Pechos pudiera emitir una oración tan delicada como la expuesta, pero calló y se aplicó otro trago de morapio, más que para saborear su exquisita libación, que seguía sin encontrar, para no arredrarse ante la varonil concurrencia.

Aquella mañana, Jerónimo no estuvo junto a la verja del instituto, como tenía por costumbre. Me extrañó, pero no me atreví a ir a su casa, para no descubrir la ausencia ante su padre. Cuando al día siguiente acudí a buscarlo, me contó su naciente amistad con Pecho Lobo. Sugerí que la

compañía de ese tipo de gente no era muy apropiada, pero él consideró que era bueno tener amistades en todos los ambientes y de todas clases. En mi fuero interno le di la razón y me admiré de su capacidad innata para entablar relaciones; sobre todo, pensando en mi ineptitud emocional para salir del estrecho círculo social en que me movía.

Ese día sí fue a esperarnos a la salida de clase. Lo encontré inusualmente expansivo y su aliento exhalaba un pestilente vaho a alcohol. Confesó que venía de visitar media docena de tascas en compañía de Pechos y que se encontraba mejor que nunca. Nos reímos con las tonterías que se le ocurrían, él, que habitualmente era comedido y serio, y con el modo tartajeante en que las expresaba. Pasamos un buen rato hasta que, cerca ya de su casa, comencé a preocuparme por la más que probable reacción virulenta de su padre en cuanto viera al hijo en estado de embriaguez. Sería la culminación altamente desagradable del desencuentro entre ambos. Para evitarlo, le pedí a Jerónimo que se quedara en mi casa hasta por la noche, tiempo suficiente para que se le pasaran los efectos de la bebida. En el trance que soportaba, él se avenía a cualquier propósito, con tal de seguir en su incesante parloteo. Llamé a Eusebio, el padre de mi amigo, y le solté la excusa de que su hijo y yo debíamos preparar en común cierto examen. La sugerencia le alegró tanto como a mí me disgustó la mentira que debí usar.

Por supuesto, le aseguré que «a las diez» estaría de vuelta en su domicilio. Esa hora de las diez de la noche era, para nuestra generación, la frontera entre la vida ordenada y la disoluta. Se daba por supuesto que, antes de las diez, todo eran bondades, la razón imperaba, las gentes eran sanas y las costumbres sobrias; mientras que, después de las diez, implícitamente se asumía que cesaba la convivencia armónica, honesta y educada, y se imponían el vicio y la depravación. En el sentir de los buenos burgueses, las personas torvas, de mala conciencia y peores hechos esperaban acechantes esa hora misteriosa para salir a la calle y hacer de las suyas. De niños, corríamos como alocados hacia casa cuando estábamos en las inmediaciones de las veintidós horas, por temor a que nos retrasáramos y nos lleváramos una azotaina. De mayores, sin apresurarnos, procurábamos, no obstante, llegar puntuales como expresión de gente sana que se suponía éramos. Pero cada vez nos contrariaba más la dichosa hora y constituía motivo de frecuentes desencuentros familiares. A los padres no había manera de hacerles entender que la gente que estaba en la calle a las diez podía cometer las mismas fechorías que si lo hiciera un cuarto de hora después. Ellos acudían a la manida frase de «la noche para los lobos», como mejor argumento para zanjar la discusión.

Aconteció que, cuando Jerónimo abandonó mi casa al anoecer, no regresó a la suya. Se dirigió a la estación del ferrocarril en busca de Pechos para continuar la farra. El pelotari se dedicaba por las tardes-noches, como ya he indicado, a las tareas de carga y descarga de vagones. Allí lo encontré, en efecto, y ambos se dedicaron a visitar cada uno de los tabernáculos que encontraban en el camino de regreso al centro. No tardó Jerónimo en recobrar su expresión estropajosa e, incluso, en quedarse sin habla, tal era su cargazón vinícola. En esas condiciones entró en su casa, sin que esta vez ni yo ni nadie pudiera impedirselo. Las bramuras del padre al verlo estuvieron acordes con las condiciones del hijo y con la hora intempestiva, de malhechores, en que llegaba. Jerónimo, con el cerebro enredado entre los vahos del alcohol, escuchó la perorata de su padre como quien ve llover. Lo único que acertó a decir, cuando aquel hizo un

breve silencio para tomar aire, fue que la leyenda de las diez de la noche era una solemne tontería, porque en las horas de la noche tenidas como tenebrosas, había tenido ocasión de conocer a gente más bondadosa que la del resto del día. Eusebio tronó más, si cabe, al escuchar esa impertinencia. Totalmente enfurecido, se acercó al hijo con intención de soltarle dos bofetadas. Jerónimo lo intuyó, porque, aun mareado y con el paso vacilante, le advirtió muy serio a su padre que no lo intentara o se las devolvería. Eusebio vaciló y retrocedió unos pasos. Con la voz rota por la indignación, gritó a su hijo que no quería verlo nunca más en casa.

Jerónimo no dudó en su decisión. Abrió la puerta y, sin decir palabra alguna, se marchó. Aquella noche durmió en mi domicilio, cuando contó lo sucedido. Yo estaba, más que asombrado, estupefacto por su hazaña. Cuando los demás vagábamos todavía en una especie de segunda infancia, él ya tenía hechuras y costumbres de hombre. Mi padre intentó avenir con el suyo, para que volviera a casa y se diera por zanjada la discusión. Eusebio, mal que bien, a regañadientes, accedió a que regresara, «siempre y cuando prometiera portarse como una persona decente». Jerónimo no se molestó en mostrar el más mínimo interés por volver. Tenía algún dinero ahorrado, facilitado en su momento por la madre, y dispuso de él para alquilar un garito mezquino, en un buchínche miserable. Pero estaba feliz por sentirse a sus anchas y poder disponer libremente de su vida.

Tan imbuido estaba de su capacidad y autonomía personal, que tuvo otro gesto de osadía: presentarse en el periódico local, el *Heraldo*, en busca de algún trabajo en él, aunque fuera sin retribución. Siempre habíamos escuchado de labios de Jerónimo su admiración por el periodismo, la libertad de movimientos que permitía, sin enclaustrarse en una oficina, así como la importante carga de influencia social que sobrellevaba. Pero nunca pensamos que considerara tal actividad como una profesión de futuro. A Ramiro y a mí nos parecía, con todos los respetos, algo propio de gentes oportunistas, que habían visto truncadas sus opciones a profesiones más serias y se colocaban en el periódico como un *modus vivendi*; gentes sin titulación alguna mayormente, que hacían de la práctica esmero y oficio.

El mismo Dídimo, que ocupaba a la sazón el cargo de director del *Heraldo* respondía en parte a esas características. Tenía algunos estudios, porque se había preparado durante un tiempo a las oposiciones de Magisterio, sin conseguir superarlas. Así que ingresó en el periódico y con su cultura magisterial ascendió rápidamente hasta llegar a la dirección. Era un hombre ambicioso, con dotes de mando y muy influyente en el régimen. A decir verdad, se le temía, ya que desde las páginas de su diario podía disponer a favor o en contra de cualquiera con la amplia información que acumulaba.

Dídimo recibió a Jerónimo con afecto, ya que lo conocía desde niño y tenía al padre de este como médico de la familia. De primera intención, quiso llamarlo para procurar la avenencia, pero Jerónimo reaccionó con firmeza y se dispuso a salir del despacho. Dídimo lo retuvo y los dos hombres se franquearon. El director, en nombre de la antigua amistad familiar, podía avenirse a ayudar a Jerónimo. Este, por su parte, se mostraba dispuesto a aceptar esa ayuda, siempre y cuando no significara un favor proveniente de la intermediación, cercana o lejana, de su padre.

La tensión entre ambos se mantenía y Dídimo comprendió la situación. El director era bastante más bajo que Jerónimo, pero más voluminoso; cara ancha, aunque firme y denotatoria de energía, y pelo abundoso, todavía negro, con alguna incipiente cana; su corpachón representaba con fidelidad el evidente cuidado y pábulo abundante que recibía. Lo que más llamaba la atención en la persona de Dídimo eran sus ojillos inquisitivos, con un sesgo de cierta frialdad anímica, resguardados tras unas gruesas gafas. Era su mirada la propia de quien está habituado al mando y lo ejerce a discreción y sin contemplaciones. No le debió de desagradar, cuando dio un rápido repaso visual, la hechura de hombre que Jerónimo había adquirido. Su altura, su proporción armónica, el vigor natural que emanaba de su persona, le debieron de impresionar lo suficiente para facilitarle una mesa y una silla en la sala de redacción. Le previno de que era un puesto de aprendizaje, sin retribución, para ocuparse de la columna referente a ecos de sociedad. Una columna mínima para un trabajo insignificante, pero que a Jerónimo lo encandiló como si del mismo puesto de dirección se tratara.

Todos los días acudía al Registro Civil para tomar nota de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Después se pasaba por la comisaría para inquirir a la policía por los sucesos que hubieran acontecido y, por último, hacía una visita al Hospital Provincial a fin de conocer los accidentados que se hubieran recibido en el servicio de urgencias. Con los datos acopiados en esas instituciones redactaba por la tarde, ya en su mesa de redacción, la oportuna columna. A Dídimo le satisfizo la dedicación con que Jerónimo acogía su tarea, por lo que, pese a no prometerle dinero alguno, todos los meses le entregaba una cantidad, para que atendiera mínimamente a sus gastos.

De su director obtuvo precisamente Jerónimo mínimas referencias acerca de lo que aconteciera en la Torre tiempo atrás. Cuando Jerónimo se atrevió a preguntar sobre lo que pudo ocurrir en el anticuado caserón, lo hacía desde la más pura ignorancia, consciente, al igual que yo, de que ni siquiera sabíamos que hubiera podido ocurrir algo en aquella mansión. Pero la presencia de una mujer embalsamada y, en apariencia, abandonada a su suerte, sin recibir sepultura, nos parecía razón suficiente para sospechar que allí pudo acontecer algún suceso, no muy agradable. No era prudente hablar a terceros de semejante asunto, porque podía delatar nuestro directo interés por él y acercarnos complicaciones y disgustos. Pero estos inconvenientes los dábamos por asumidos desde el momento en que nos inmiscuimos torticeramente en la abandonada mansión y nos sugestionamos por la presencia de la abandonada mujer. El único modo de averiguar el misterio que ella representaba era pesquisar testimonios y documentación, con las reservas que nos fuera dable mantener en cada momento.

Cuando Jerónimo abordó a Dídimo lo hizo con la excusa de que Eusebio, su padre, recordando con emoción a la esposa recientemente fallecida, le había hablado de los tiempos en que iniciara el noviazgo con ella, coincidentes con los oscuros sucesos de la Torre, pero sin precisar estos. Dídimo no se mostró particularmente explícito al requerimiento hecho por Jerónimo, pese a la fingida indiferencia de este. Con el mismo tono de displicencia usado en la pregunta, el director del *Heraldo* se limitó a responder que ese asunto había ocurrido la víspera misma del inicio de la guerra civil; es decir, diez años antes, cuando los ánimos de todos estaban muy exaltados y la violencia y los enfrentamientos entre los partidos de distinta ideología eran constantes; tiempos difíciles y desdichados que era mejor no recordar.

Pese a la esquiva réplica, Jerónimo retuvo el único dato preciso de la misma: la víspera de la guerra civil. Con tan precaria información montamos al instante nuestra iniciativa: consultar la hemeroteca para ver el periódico correspondiente al 17 de julio de diez años atrás. Jerónimo hubiera podido fácilmente examinar el ejemplar de ese día en las instalaciones del *Heraldo*, pero el temor a ser descubierto por Dídimo, y el consiguiente desvelamiento de nuestro marcado interés por los hechos inquiridos, hizo que acudiéramos para nuestro propósito a la biblioteca municipal.

No nos resultaba esta visita anómala, ya que pasábamos buenos ratos en sus instalaciones, empapándonos de algunas de las páginas pseudoeróticas que contenían ciertos libros, como *Sónica la cortesana*, de Blasco Ibáñez, la *Lisístrata* del entrañable Aristófanes o todos los de Jardiel Poncela, con su descarnada e insolente ironía, libros todos ellos que, por ignorancia más que por descuido, habían escapado del expurgo de la censura y continuaban en la sala general, al alcance de las juveniles manos. Los volúmenes que se retiraban por atentar a la moral o a las buenas costumbres iban a parar al depósito situado en la planta baja del edificio, cuya llave custodiaba personalmente el director de la institución, para evitar intromisiones ajenas.

Se ubicaba la biblioteca en una zona céntrica, aledaña al Teatro Principal, que, pese a su pomposo nombre, era el más vetusto de la ciudad. Ocupaba aquella un edificio grande, de principios de siglo, aunque a todas luces insuficiente para albergar los crecientes depósitos de la institución. Se accedía a ella mediante una amplia escalinata de mármol blanco, típica en este tipo de edificaciones modernistas, bien conservada a pesar del trasiego juvenil que soportaba. Tengo especial recuerdo de la instalación, porque en el suelo del rellano superior, junto a la puerta de acceso a la sala de lectura, había una escupidera de porcelana blanca, siempre llena a rebosar de gargajos. Algunos de ellos estaban esparcidos por los alrededores del recipiente. Lo usaban, sobre todo, los vejstorios y los fumadores de cualquier edad; cuando carraspeaban o tosían, salían al rellano y escupían sobre el flemático artefacto. Su uso en lugares públicos era habitual entonces; su presencia a muchos nos repugnaba, sobre todo al contemplar los escupitajos verdosos y sanguinolentos que inevitablemente flotaban en el espeso magma. A veces tuve ocasión de comprobar cómo se acercaba el encargado de las instalaciones para comprobar si el receptáculo estaba repleto; en tal caso, lo cogía por el borde, lo vaciaba en el retrete y lo volvía a poner en el pasillo. Semejante operación, aparte de sugerirme una lástima inmensa hacia el pobre hombre que debía realizarla, me resultaba tan asquerosa que inevitablemente me inducía grandes arcadas. Por sistema, cuando visitaba la biblioteca, llegaba al final de la escalera y encaraba el descansillo, apartaba la vista del suelo para evitar la visión del sucio adminículo.

Aquella tarde, cuando entramos en la gran sala de lectura, nos dirigimos directamente al encargado. Este se parapetaba tras una pequeña mesa, a espaldas de un amplio ventanal. Había otro en una pared perpendicular a la que se encontraba el encargado; ambas dejaban entrar abundante luz natural, pero la instalación eléctrica estaba constantemente encendida. Salvo esos huecos, el resto de las paredes estaba ocupado por estanterías, que llegaban hasta el techo, repletas de libros. Para la lectura existían largas mesas colocadas en paralelo unas de otras, hasta ocupar toda la sala, con un espacio entre ellas, a manera de pasillo. El encargado, enfundado en guardapolvo de color gris oscuro, parecía un hombre tranquilo y bonachón, que, a modo de distracción, o como hábito, se mesaba el poblado mostacho, mientras paseaba la abúlica mirada por la sala con pretensiones de vigilancia. Fue Jerónimo quien se dirigió a él en petición de la prensa local correspondiente a diez años atrás «para un trabajo docente». No debió de gustarle la sugestión de apartarlo de la silla, porque torció el gesto, volvió a atusarse el bigote y, tras un momento de indecisión, como si tardara en coordinar las ideas, se incorporó. Era rechoncho y de baja estatura. Con semblante malhumorado por la inusual molestia, se dirigió parsimonioso, primero al despacho de dirección, y después, llave en mano, a la planta baja, donde sabíamos que estaba ubicado, además del susodicho depósito de libros prohibidos, el de periódicos atrasados.

Transcurrió casi media hora antes de que el hombre volviera con dos manojos de periódicos, uno en cada brazo. Los arrojó sobre la mesa de lectura más cercana, con semblante desabrido, y volvió a su sitio. Nos sentamos y deshicimos uno de los paquetes, ahuyentando de un soplo el polvo de los años depositado sobre el papel que estaba en la parte superior. Correspondía al

ejemplar del día primero del mes de julio; el último número de los allí contenidos era el de mediados de ese mismo mes, por lo que procedimos a anudar ese paquete y abrimos el otro. El primer ejemplar de periódico, comenzando por arriba, era el del 17 de julio, precisamente el que nos interesaba. Esparcimos la amplísima hoja y repasamos la sección local, para examinar la columna de sucesos, pero nada había al respecto en ese día. Sí vimos, en la parte inferior de la página, dos esquelas. Una de ellas era pequeña, a dos columnas, y daba noticia del fallecimiento de una joven de veinte años, de nombre Marina Montes. Tomamos nota de este y de la fecha del entierro, que había tenido lugar el siguiente día, 18 de julio, así como de la dirección del duelo. La otra esquela era algo mayor, a tres columnas, dimensiones usualmente reservadas para la gente adinerada. Refería el fallecimiento de un hombre, Rodolfo Sotomayor, al que se daba el tratamiento de ilustrísimo. Dejaba viuda sin hijos; la dirección de la casa dolorida era la de una zona residencial de la ciudad, de la que cogimos también el pertinente apunte.

Plegamos los periódicos, los colocamos por su orden de fechas y anudamos el paquete; junto con el otro, los devolvimos al encargado. Ya en la calle, Jerónimo expresó su satisfacción por el resultado obtenido, mientras daba pequeños golpecitos con el lápiz sobre el papel en el que anotáramos los testimonios transcritos.

—Aquí se encuentra la clave que nos conducirá al desvelamiento de los sucesos de la Torre.

Era una convicción que Ramiro y yo no compartíamos. La esquela pequeña tanto podía referirse a la muchacha embalsamada como a otra distinta, en cuyo caso no habríamos conseguido nada positivo. En cuanto a la del hombre, ignorábamos quién era y si la coincidencia de su muerte con la de la chica tendría algo que ver con el asunto que nos enredaba.

Jerónimo era consciente de la nimiedad e insuficiencia de los datos, si los considerábamos por sí mismo; pero aducía que, si comprobábamos lo que ellos referían, nos servirían para validar un camino en nuestra investigación. Sin pretender, ni mucho menos, ser agorero, intenté de nuevo refrenar el optimismo de mi amigo, recordando que la noticia de los fallecimientos concluía de manera inapelable la secuencia de nuestro interés.

—No tienes imaginación —me reprochó Jerónimo—. Contamos con unos nombres y unas direcciones, que pueden servirnos como punto de partida para nuestros propósitos.

Yo entonces no quería exteriorizar mi oposición, pero me parecía una desvergonzada audacia, impropia de personas educadas, presentarnos en domicilios extraños para hacer preguntas impertinentes, como parecía ser la pretensión de Jerónimo.

En cualquier caso, era un asunto a afrontar en ocasión más propicia, ya que, de momento, teníamos que arrinconar nuestro interés por la Torre, acuciados por otras obligaciones. Se acercaba de nuevo época de exámenes, que exigían de Ramiro y de mí la mayor atención. Jerónimo, exento ya de esos sobresaltos, parecía haber olvidado la existencia misma del liceo. Continuaba su aprendizaje en el periódico, que asumía con la mayor dedicación y seriedad. Le dejaba, de paso, el pingüe resultado de unas pesetas, que a él, de principio, le resultaban propias de un sueldo magnífico. Ramiro y yo estábamos extasiados con el iniciático trabajo de nuestro amigo. Cuando nosotros nos afanábamos todavía en sacar los estudios adelante, él nos mostraba, con oronda satisfacción, el sobre mensual con el dinero.

Para celebrar precisamente su primer sueldo, nos invitó a una jarra de vino en la bodega de Ventura. Beber era entonces el único aliciente permisible y bien visto, además del cine, que tenía a mano el personal para pasar el rato. El antro propiedad de Ventura, además de céntrico, tenía el pintoresquismo y la pátina de cochambre secular propia de los espacios dedicados a Baco. Lo frecuentaban predominantemente hombres de baja extracción social, pero últimamente se habían hecho asiduos algunos elementos de la clase media y alta, por el prurito de exhibir una falsa camaradería interclasista que muchos de ellos estaban muy lejos de sentir; sus conversaciones huecas e insolentes, sus ademanes afectados, contrastaban con el murmullo contenido y prudente de las gentes del trabajo.

El de Ventura era un local amplio, por el que estaban distribuidos numerosos toneles, a modo de mesas. Alrededor de cada una de ellos, de pie, pues el lugar carecía de asientos, salvo un banal adosado a la pared del fondo, se reunían los clientes para beber y comer. El oficiante del tabernáculo era un hombre corpudo, de gesto reconcentrado, como si pesara sobre él la fatalidad de tener que ser esclavo de las apetencias de los demás, y ligeramente encorvado, puede que por el cansancio infinito de arrastrar su corpachón de la mañana a la noche, un día y otro, sin parar. Cuando un tonel quedaba desalojado de clientes y llegaban otros nuevos, Ventura se acercaba y, con gesto maquinal, pasaba por la tapadera superior, que hacía las veces de mesa, un paño húmedo, de color indefinible, dada la suciedad acumulada en él. Después con voz ronca, preguntaba «qué iba a ser». Era una manera de decir algo, porque allí la facultad de elección estaba ausente. No había más que vino y, para acompañarlo, unas tapas de bonito en lata; eso sí, exquisito, en contraste con el vino peleón, al punto de que se tenía por el bonito máspreciado en toda la ciudad. Cuando Ventura regresaba con las jarras a rebosar del infecto líquido, nunca las sujetaba por el asa, sino que, para mayor seguridad, las cogía por el borde, con el pulgar metido dentro de la jarra e impregnado de vino; era costumbre de la casa que a nadie escandalizaba, porque en ella la suciedad formaba parte del decorado y del regusto. El bonito lo servía en unos platillos pequeños, alargados, en los que el pescado parecía haber sido banderilleado, ya que mostraba en su cuerpo enhiestos palillos. En aquel ambiente, parecía que el gusto de las cosas se acrecentara, como si necesitaran de una atmósfera de tugurio para ser saboreadas en su plenitud.

En el mediodía de aquella mañana, Jerónimo no llegó a la tasca solo. Le acompañaba Pecho Lobo, del cual ya nos había hablado en alguna ocasión, pero cuya descripción del personaje apenas nos acercó a la realidad de este. Sucio, desaliñado, sudoroso y con un intenso olor a pies, me cuestioné si acaso alguna vez habría usado tal individuo el agua. Todo su ser mostraba fortaleza y brutalidad. Miraba con descaro, como si quisiera desafiar al primero que le resistiera la vista, y, a la vez, crispaba los músculos de la cara en una expresión de bestialidad. Cuando se relajaba algo, intentaba forzar una sonrisa, que más parecía una mueca desagradable e hiriente en aquel rostro estragado por vicios y esfuerzos. Mientras que nosotros estábamos cuidadosamente

enfundados en gruesos abrigos, él se cubría tan solo con una descolorida y usada camisa, con los primeros botones de arriba desabrochados. Desde luego, el apelativo con que era popularmente conocido reflejaba fielmente su naturaleza. Tenía una contextura torácica impresionante, y los músculos tanto del pecho como de los brazos parecían cincelados en piedra. Él se pavoneaba del apabullante arquetipo, e hinchaba el pecho para hacer más ostensible su atlética estructura.

Nuestra reacción ante un individuo así fue de asco y de miedo, por partes iguales. Le dirigimos a Jerónimo una muda mirada de reproche, pero él no quiso captarla. Nos presentó a Pechos como un amigo suyo y, por lo tanto, nuestro. La instintiva reacción hubiera querido ser de náusea, pero el sucio personaje no nos dio oportunidad. Cedió un instante a su fiero instinto, esbozó un gesto de labios que pretendía ser una sonrisa y nos tendió la mano hacia adelante. Cuando estrechó la mía, estuve a punto de soltar lágrimas de dolor, tal era la descomunal fuerza con que la apretaba. Quizá era su manera de demostrar sus sentimientos, pero con otro apretón así podía fácilmente descoyuntar mis frágiles manos.

Se bebió la primera frasca de vino de un trago, para pasmo nuestro. Un sujeto así era, desde luego digno de admiración, pero a distancia, no en la intimidad con que debíamos soportarlo. Sobre todo cuando, a sugerencia de Jerónimo, nos dirigimos a la vieja Rúa, para dar un paseo. Era domingo, y la céntrica vía presentaba a esa hora del mediodía un brillante aspecto, con gran cantidad de gente encopetada y presuntuosa, dedicada a exhibirse, una y otra vez, arriba y abajo, según era costumbre en el paseo provinciano. Esto hicimos nosotros, con la relajante mira de disfrutar de una mañana fría, pero soleada, Tal estado de ánimo resultaba, sin embargo, imposible de conseguir para mí, llevando al lado a un individuo tan siniestro como Pechos. A su pestilente tufo, a su arrogancia canallesca y a su aspecto bestial, unía el hecho de calzar sus, al parecer, habituales alpargatas negras agujereadas en la parte delantera, por donde asomaban audaces los dedos gordos del pie, dejando ver unas uñas más negras que las propias zapatillas y que el alma de quien las calzaba. El contraste de nuestro grupo debía de ser chocante: tres chicos pulcramente trajeados, encorbatados y cubiertos con elegantes abrigos, junto a un individuo estrafalario, sucio y mal encarado. Yo procuraba hurtar la mirada de los paseantes, con la cabeza agachada y parcialmente tapada con las amplias solapas del abrigo, simulando frío. Ramiro me imitó, sufriendo la vergüenza del momento. Jerónimo, sin embargo, se mostraba flemático y relajado, como si gozara de la compañía de un personaje de postín. En cuanto al mismo Pechos, parecía gozar con el paseo como nunca lo hubiera hecho en su vida. Incluso puede que fuera la primera vez que se mostraba en lugar tan céntrico. Con las manos en los bolsillos del pantalón y sobreinflamado el tórax de satisfacción, miraba con descaro a los circunstantes que paseaban a su lado, ensoberbecido por llevar tan fina compañía. Para él debió de ser un momento único. También para nosotros, que decidimos no lucir a semejante personaje nunca más, si no queríamos vernos rebajados a la ínfima escala de la consideración social.

Antes de dejarlo, tuvimos que soportar una prueba de su mala educación. Aconteció cuando pasó junto a nuestra acera cierto individuo, muy popular en la ciudad, ya que era un asiduo del paseo por la Rúa. Todos lo conocíamos con el apelativo de «Paco Tacones». Era de baja estatura, pero con cuerpo bien proporcionado. Tenía una belleza casi femenina: rasgos delicados y bien perfilados en un semblante blanquecino y escrupulosamente barbirrapado, cabello muy negro y

ensortijado, colocado con esmero, hombros estrechos, y exquisito gusto en el atuendo. Su colección de vestes debía de ser anonadante, porque nunca se le veía dos días seguidos con el mismo traje. En el bolsillo superior de la americana sobresalía siempre un pañuelo colorista, barrocammente colocado, del mismo color del que anudaba proverbialmente al cuello, pues casi nunca usaba corbata. Sus zapatos tenían un más que discreto tacón, para realzar en algo su menguada estatura, lo que diera lugar al mote con que popularmente se le conocía. Era el tal Paco un perfecto dandi, que en un ambiente más cosmopolita, como el de una gran ciudad, quizá no hubiera llamado tanto la atención; pero en la nuestra, arriscada todavía en costumbres raciales milenarias, y en donde el ambiente rural y austero marcaba el sesgo ciudadano, tal exuberancia contrastaba radicalmente con el común de las gentes. Estas, como era previsible, se sintieron directamente afectadas por tanta belleza y distinción. Así que no tardaron en aflorar las malas lenguas, afirmando de Paco Tacones que era homosexual declarado, una auténtica vergüenza para la ciudad. Lo cierto es que ningún dato cierto evidenciaba la acusación que se le hacía. Nadie podía asegurar que se le hubiera visto con este o aquel hombre. Al contrario, se le veía frecuentemente rodeado de mujeres, con las que disfrutaba de una cháchara animada y cordial. Pero tanta elegancia molestaba. Por supuesto, incomodó también a un individuo como Pecho Lobo, que, por su habitual bardoma, era la antítesis de Paco. Cuando en el paseo que rememoro pasó a nuestro lado Paco Tacones, rodeado, como siempre, de féminas, Pechos se acercó, le escupió a la cara y lo llamó maricón. Después volvió junto a nosotros, entre grandes risotadas por la hazaña protagonizada. El afectado mostrose lívido de horror y vergüenza ante la afrenta sufrida, vergüenza no menor a la nuestra, que nos quedamos también paralizados por la inesperada agresión. Paco extrajo el hermoso pañuelo que sobresalía de su bolsillo, a modo de floripondio, y se limpió con gesto de asco la saliva esparcida por la cara. Mientras lo hacía, llamó cerdo a Pecho Lobo, con rabia mal contenida. Este quiso lanzarse sobre el otro para golpearlo, pero Jerónimo, con ademán severo, lo retuvo y le conminó a que continuáramos el paseo. Las chicas que acompañaban a Paco tiraron también de él y lo apartaron de nuestro lado. Hasta que nos despedimos, continuamos en silencio, abochornados por el denigrante espectáculo que nuestro abestiado acompañante protagonizara. Este seguía impertérrito, exhibiendo su descomunal contextura física y pensando quizá que su iniciativa había sido una demostración de hombría y amistad hacia nosotros. Maldije interiormente al montaraz e inmundo sujeto que nos introdujera Jerónimo y prometí no volver a padecer su compañía.

Fue una promesa vana, porque aquella misma tarde quedamos en vernos los cuatro para un asunto, como dijo Jerónimo, que nos concernía y para el que Pechos nos sería de gran utilidad. Fue entonces cuando comprendí que la predisposición de nuestro amigo hacia el estrafalario individuo estaba motivada por la intención de usarlo para fines que nos interesaban, lo cual, desde luego, no empezía para nada el asco y temor que aquel me originaba.

La cita fue a la puerta del establecimiento de Ventura, pero sin entrar, pese a que Pecho Lobo insistiera en embuchar algo de morapio para, según dijo, predisponer el cuerpo contra el frío. Jerónimo le hizo ver que, para lo que pretendíamos, lo necesitábamos despejado y entero, o

tendríamos que prescindir de su persona. Tanto debía ufanarse de sus nuevas amistades que perjuró permanecer abstemio durante toda la tarde.

Cuando estuvimos todos, nos dirigimos a buen paso camino del cementerio. Fue Jerónimo quien decidió nuestro rumbo. Los demás confiábamos en su buen juicio y en sus innatas cualidades de liderazgo, por lo que le seguimos sin preguntar. Mientras avanzábamos, comentó que pretendía involucrar también a Pechos, al menos provisionalmente, en el asunto de la mujer embalsamada. Ante semejante confesión, no pude por menos de dirigir una mirada de reproche a Jerónimo. Lo de la Torre era un secreto que los tres amigos sabríamos llevar con total discreción y que, además, servía para cohesionar nuestro todavía reciente nexos amical. Pero, en boca de un personaje tan atrabiliario y degenerado como Pecho Lobo, sería poco menos que anunciarlo a voz en grito.

Jerónimo captó mi mudo reproche, porque aclaró que, apenas iniciadas nuestras pesquisas, estábamos en una situación de indefinición que no conducía a nada. Con la interesada participación de Pechos, podríamos aclarar algunas cosas que nos permitirían avanzar en nuestras indagaciones. Recordó, al efecto, que nuestros primeros pasos en la peculiar investigación, que concretamos en la biblioteca, nos hicieron presuponer que la dama momificada de la Torre era la que figuraba en la esquela con el nombre de Marina, haciendo una conexión interesada, e incluso congruente, entre la muchacha de la esquela y la embalsamada; pero era una deducción que requería ser contrastada. La muchacha, en el nefasto día de su muerte, tuvo que ser velada y públicamente enterrada. Por tanto, concluyó nuestro amigo, la lógica más elemental sugería que debiera permanecer en su tumba, no en un edificio antiguo y solitario.

Lo que decía Jerónimo era cierto, pero, como yo alegué, no teníamos posibilidad alguna de dar contestación adecuada a los interrogantes que el sentido común sugería.

—Sí que podemos —contestó Jerónimo—. Marina, desde la tumba, puede desvelarnos muchas cosas.

—Te recuerdo —argüí con sarcasmo— que cuando a alguien se le entierra, es para toda la eternidad.

—O para unos días —replicó Jerónimo con desparpajo—. Eso es lo que debemos averiguar.

Semejante réplica me dejó estupefacto. Lo miré con los ojos muy abiertos un momento y después reaccioné con virulencia:

—Ya que no eres capaz de respetar el sagrado reposo de los muertos, te recuerdo que cualquier exhumación efectuada sin mandato judicial es ilegal.

—El juez no se va enterar de lo que hagamos nosotros. Se supone que tiene asuntos bastante más importantes que atender.

—¡Pero se enterará el personal del cementerio! —dije con acaloramiento.

—Tienes razón —replicó Jerónimo con serenidad—. Nosotros seremos los primeros en comunicarles nuestras pretensiones. —Mi rostro debió de reflejar la incertidumbre que me producían sus palabras, porque mi amigo aclaró a continuación—: Para poner a ese personal de nuestra parte contamos con la inestimable colaboración de Pecho Lobo.

Miré al indeseable sujeto que nos habíamos echado de amigo y pude comprobar la empachosa

suficiencia con que exteriorizaba el papel principal que Jerónimo en la presente aventura le encomendaba. Mentalmente dudé de que un individuo como él pudiera servir para algo más que trasegar vino y cargar con sacos de cien kilos, pero preferí guardar silencio y reservar mis impresiones para otro momento. Entretanto, Jerónimo dio unos golpecitos amistosos en la espalda de Pechos para ratificarle su confianza. Después indicó que tal sujeto tuvo oportunidad de trabajar una temporada de enterrador y mantenía buenas relaciones con el personal actual del cementerio. Por este motivo, pensaba que podía sernos muy útil para conseguir nuestro propósito.

La idea me seguía pareciendo descabellada, y más teniendo como base a Pechos y sus amistades. En cualquier caso, con connivencias o sin ellas, seguiríamos cometiendo un acto ilegal. Hasta ahora, para desentrañar el enigma de la mujer embalsamada en la Torre, habíamos realizado un sencillo trámite, que a nada nos comprometía. Pero abrir una tumba y desenterrar un cadáver era ya un acto de graves consecuencias, que, francamente, me preocupaba e, incluso, asustaba. Recordé, al efecto, que existía la tipificación de carácter penal para una aberración como la que pretendíamos.

A Jerónimo no le agradaron mis objeciones, porque me reprochó que mostrara síntomas de cobardía y que no fuera capaz de hacer frente a los imponderables para atender a una buena causa. No me amilané y repliqué con firmeza que si esos imponderables, que no lo eran tanto, porque lo que pretendíamos hacer estaba meticulosamente razonado y previsto, exigían incurrir en ilegalidad, yo me abstendría de actuar.

Quizá, para ahorrarme más de un problema, debiera haber recordado esas palabras en posteriores ocasiones, cuando, inmersos ya en la cabal investigación del enigma, tuvimos necesidad de afrontar obstáculos que nos parecían insalvables, para cuya superación ya no reparábamos en si lo que hacíamos era legal o no. Simplemente actuábamos según nuestra conveniencia y audacia, aunque sin olvidar un poco de tacto y buen juicio, para poder avanzar en nuestros propósitos y, a la vez, intentar salir incólumes de los atolladeros en que nos metíamos. De momento, aunque solo fuera para mostrar a Jerónimo mi temple y mi discernimiento, me opuse con firmeza a sus pretensiones.

—Sea como dices —accedió, condescendiente, Jerónimo—. No desenterraremos ningún cadáver. Hablaremos con el encargado del cementerio, le expondremos nuestro propósito y que él decida lo que crea conveniente.

Visto así, tal y como Jerónimo proponía, la ilegalidad parecía menor. Pero me seguía resultando una proposición tan arbitraria e irracional como si el acto de desenterrar lo efectuáramos con nuestras propias manos. El encargado, en cuanto supiera nuestras intenciones, nos echaría a patadas del cementerio, por muy amigo que fuera de Pechos. Al menos eso es lo que pensaba en aquel momento, con una ingenuidad, he de reconocer, que rayaba en el infantilismo.

Cuando llegamos al recinto, encontramos a un sujeto tan patibulario como Pecho Lobo. Cambiaron entre las dos breves palabras, tras las cuales el empleado se volvió hacia nosotros, para informarnos que, lo que pretendíamos, era un asunto delicado e inusual, al que no podía acceder por ser manifiestamente ilegal.

«Es lo que yo decía», pensé. Pero, a continuación, el encargado del coto nos informó que lo que sí permitía el reglamento del cementerio era realizar trabajos de limpieza y mantenimiento en las sepulturas, por si nos podía interesar.

Fui tan tope de no comprender el alcance de sus palabras hasta que Jerónimo echó mano al bolsillo, mientras decía: «Nos interesa».

Extrajo unos billetes y pidió que hiciéramos nosotros lo mismo. Reunimos una sustanciosa cantidad, que Jerónimo puso en manos del enterrador. Este echó un vistazo al dinero y lo consideró suficiente, porque se lo guardó, cogió dos palas, una de las cuales se la pasó a Pechos, y, con voz cavernosa, nos pidió que lo siguiéramos. No pude menos de pensar en lo fácilmente que podía disolverse el concepto de ilegalidad y en la rapidez con que se abrían las puertas de este mundo e, incluso, las del más allá, en cuanto el dinero andaba de por medio.

A través de una senda bordeada de cipreses, nos dirigimos hacia la parte más baja del cementerio. Yo sentía como un cosquilleo en el estómago, pensando que debía asistir a la apertura clandestina de una tumba y enfrentarme a la posible visión de un cadáver, ya no putrefacto después de diez largos años, pero sí esquelético...si es que verdaderamente encontrábamos algo. Era casi la anochecida y el cementerio estaba ya cerrado al público. Únicamente se oían nuestros pasos quedos, que a mí se me antojaron propios de una comitiva siniestra. Yo era el último miembro de ella y miraba hacia atrás continuamente, temeroso de que alguna forma, difusa y sobrenatural, me asaltara por detrás. En cierto momento, sentí un escalofrío por el cuerpo, del que Ramiro, delante de mí, debió de percatarse, porque preguntó en voz baja, y como preocupado, si me pasaba algo. Respondí en el mismo tono melindroso que sentía algo de frío, a causa de la baja temperatura. Mentí, porque mi temblor, más que de frío, era de miedo. Recordaba las tétricas leyendas sobre muertos y cementerios escuchadas en la infancia y las reverdecía ahora en la memoria con incómoda actualidad.

Dimos varias revueltas por estrechos senderos que se cruzaban entre sí, de tal manera que perdí la orientación. Nuestro guía, sin embargo, se deslizaba por aquel dédalo de tumbas, como si lo hiciera por su propia casa. El sol ya había desaparecido por el horizonte y las sombras avanzaban amenazadoras sobre el recinto. Al cabo de un rato de andadura, el enterrador se detuvo ante un pequeño montículo de tierra, con una cruz de madera, desgastada y sucia. El enterrador leyó con dificultad la inscripción medio borrosa que figura en lo alto de la cruz y nos indicó que esa era la tumba de la muchacha por la que preguntábamos. Con la pala sujeta entre las piernas, ahuecó las manos, escupió sobre ellas, las frotó vigorosamente, como para animarlas a la acción, y volvió a coger el instrumento. Lo hendió sobre el montículo de tierra y comenzó a escarbar con decisión. Pecho Lobo lo imitó y, a buen ritmo, comenzaron a desalojar la hoya. Sus cuerpos y cabezas se balanceaban alternativamente al vaivén de las paladas, en movimientos sincronizados y poderosos. Cuando el hueco comenzó a ser grande, se deslizaron en él y, desde dentro, prosiguieron con la tarea de excavación. En uno de los movimientos de las palas, se oyó el ruido opaco del golpeo en madera. Arrojaron las palas al exterior y, con las manos, rasparon la capa de tierra que todavía se interponía ante ellos, hasta que apareció el ataúd. Pecho Lobo se aupó y salió del hueco para no estorbar, quedando abajo solo el enterrador. Manipuló los cierres de la caja y, colocándose en el extremo de esta, procedió a su apertura. Lo hacía con deliberada

lentitud, como para hacer más ostensible el trance de desenterramiento que estábamos efectuando. Desde arriba, con los corazones acelerados, nuestras miradas siguieron el lento movimiento de la tapa al ser apartada y, después, miramos con ansiedad hacia el interior del féretro. Con las sombras de la noche, que se cernía por momentos, y con la profundidad de la hoya, apenas alcanzaba yo a distinguir su fondo. Otro tanto debió de pasarles a los demás, porque Jerónimo se arrodilló sobre la tierra e inclinó el cuerpo hacia el interior de la fosa para ver mejor. Cuando de nuevo se incorporó, su semblante tenía un aire de satisfacción. Desde abajo, el enterrador dejó oír su voz cavernosa, nunca mejor dicho por el lugar en que se encontraba, para aseverar que la tumba estaba vacía, absurda e incomprensiblemente vacía. Puede que fuera una impresión del momento, pero creí percibir en su tono un sesgo de sarcasmo, como si el resultado fuera previsible y todo lo que estábamos haciendo constituyera para él motivo de chanza.

El enterrador volvió a cerrar el inservible féretro, ascendió y, con la ayuda de Pechos, aterraron con prontitud la vacua sepultura. El montículo quedó algo más aplanado de lo que estaba en origen, pero a nadie le preocupó ese detalle, ni que la vieja cruz quedara ahora tumbada hacia un lado. Al cabo, no tenía que señalar la presencia de ningún cadáver. Iniciamos el camino de regreso y Jerónimo se quedó atrás, para agradecer al enterrador y a Pechos su valiosa colaboración. Los oímos cuchichear entre ellos, incluso haciendo bromas de mal gusto acerca de los muertos y del otro mundo, lo que motivó alguna que otra risotada ocasional y desagradable por parte del enterrador. Para él, como para Pecho Lobo, la amistad de Jerónimo debía de constituir un motivo manifiesto de orgullo.

Ramiro y yo esperamos, entretanto, en el zaguán del camposanto, sentados sobre un bancal de piedra. Mi compañero rozó ligeramente su cuerpo con el mío, como si la atestiguación de mi presencia le otorgara tranquilidad. La noche había descendido de lleno y estábamos prácticamente a oscuras. Por como dejaba entrever, Ramiro debía de ser tan melindroso como yo. También nos semejábamos en timidez y en presunción. Nuestros temperamentos, sin embargo, eran muy diferentes. Él era muy tranquilo, tanto en sus ademanes y reacciones, como en su manera de andar, parsimoniosa, tal que parecía como agobiado por algún peso invisible que debía soportar. Por entonces comenzó a usar gafas, lo que le daba un aspecto muy intelectual, impresión que intentaba a toda costa proyectar a los demás. Pensaba mucho las cosas, ya fuera porque su mente laboraba con la misma lentitud que sus movimientos, o bien porque así sugería un sesgo de ponderación y reflexión en su pensamiento, para que acrecentara más, en lo posible, la faceta de su presunta intelectualidad. Yo era radicalmente contrario en el arquetipo: intuitivo, nervioso, apasionado, propicio a la respuesta pronta y al acaloramiento. Temperamentos tan dispares propiciaban continuos enfrentamientos entre nosotros, que nunca llegaban a la ruptura amical, pero sí estallaban en palabras airadas y en intercambio de miradas furibundas. Sobre todo, porque, en el fondo, los dos teníamos un concepto de la vida bastante parecido. Éramos igual de pusilánimes, como lo manifestábamos ahora en el cementerio, y tendentes por naturaleza al orden y a la vida regalada. Por añadidura, éramos parejos en estatura, por más que cada uno intentaba estirarse como podía para mostrar algún centímetro más que el otro. Los dos mostrábamos semblantes agraciados, sin llegar, por supuesto, ni de lejos, a la

belleza arquetípica de Jerónimo, pero que intentábamos resaltar en mutua y permanente porfía. Mas por encima de cualquier diferencia, el espíritu timorato que nos caracterizaba era el principal elemento cohesionante de nuestra amistad.

En la ocasión, estábamos acurrucados en el banco de piedra, esperando a que llegara Jerónimo. No decíamos ni palabra, porque el miedo nos imponía una mordaza. La oscuridad reinante y la cercana presencia de los muertos atosigaban nuestros esquemas mentales. Era inútil cualquier requerimiento intelectual sobre lo ilógico de nuestra conducta. Podíamos pensar que las sombras por sí solas no son malévolas, pero las escrutábamos con mirada penetrante, intentando adivinar en ellas algo que cerciorara nuestros miedos; también deberíamos razonar que los pobrecitos muertos ya no hacen daño a nadie, pues si algún mal se espera procede indefectiblemente de los vivos, no de aquellos. Pero nuestra memoria, como ya he dicho, estaba saturada de las viejas consejas que nos narraban de niños, acerca de los males que acaecían a quienes se internaban osadamente de noche en los cementerios. Historias que hablaban de fuegos fatuos, de sepulcros deslosados a medianoche y de esqueletos saliendo al exterior con siniestras intenciones, para acabar con intrusos como nosotros.

El poso de esa absurda cultura popular obnubilaba nuestros cerebros y nos impedía hilvanar cualquier razonamiento lógico. Como consecuencia, estábamos en el vestíbulo del recinto, temblando como viejas y esperando la llegada de Jerónimo. Él era todo lo contrario que nosotros. De ahí nuestra reconocida admiración hacia su persona. Su temple y su osadía eran ilimitados. Solo con ver sus ademanes calmosos y su altiva presencia física, imponía respeto y seguridad. Ahora mismo, estaba en medio de la noche, en el corazón mismo del cementerio, intercambiando chascarrillos con los otros dos rufianes. Era un tipo ideal, al que únicamente se le podían oponer defectos como el no querer estudiar o el de ser propenso a la vida disoluta; aspectos ambos que a nosotros nos parecían apasionantes y que también hubiéramos querido asumir, pero que ni por asomo nos atrevíamos a intentar.

Pensando en estas cosas, persistí con Ramiro en el zaguán, pidiendo mentalmente que apareciera de una vez Jerónimo, para marcharnos rápidamente de allí. En esto, el sonido de unos pasos quedos nos hizo movernos con ademanes nerviosos, mientras taladrábamos con la vista la densa oscuridad. No vimos a nadie, pero el sonido de los pasos era perceptible y pusimos nuestros cuerpos en tensión. A decir verdad, me hubiera puesto a gritar de buena gana, pero el temor a que el otro se riera de mí era mayor que el que me ocasionaban las sombras. Ramiro también se agitó inquieto, como si pensara en alguna aparición espectral. Yo hubiera querido aprovechar la ocasión para mostrar mi superioridad sobre él, aparentando tranquilidad, pero no me fue posible. Mi cuerpo estaba sometido a un instintivo temblor. De repente, un grito estentóreo surgió de lo más profundo de las tinieblas.

—¡Ahhh...!

Fue tan inesperado, brutal y cercano que dimos un respingo y saltamos del banco como si nos hubieran dado una descarga eléctrica. A continuación, escuchamos la risa irónica de Jerónimo, gozoso por habernos producido un susto tremendo. Nos engallamos e hicimos como que sabíamos de sobre que era él y que no nos había afectado su grito en absoluto. Pero todavía nuestro cuerpo conservaba un ligero tembleque, por lo que el abandono del cementerio nos

produjo indisimulada satisfacción.

De regreso a la ciudad, caminamos en silencio, imbuidos de la certeza de que la experiencia vivida había colmado nuestras inmediatas expectativas vitales. Mi pensamiento se desvió hacia el intrigante acontecimiento de la tumba vacía, y no acerté a comprender si tal desvelamiento cercenaba cualquier iniciativa futura por nuestra parte o si, por el contrario, nos permitía extraer las debidas consecuencias del suceso. Esa confusión me sugirió la pregunta que le hice a Jerónimo.

—¿Lo que hemos hecho nos ha servido para algo, además de para perder un buen montón de billetes?

—Nos ha servido para saber que Marina, la chica de la escuela, es, casi con toda probabilidad, la que murió en los incidentes ocurridos en la Torre, un día antes del comienzo de la contienda civil. Como consecuencia, la mujer momificada que se encuentra depositada en aquella mansión tiene que ser necesariamente ella. —Yo lo escuchaba con la atención y el pasmo de quien percibe la voz de un visionario—. Esto, a su vez, nos sugiere que un degenerado, porque así hay que calificarlo, cometió la malhadada ocurrencia de desenterrarla y la torpe acción de momificarla. No sabemos quién pudo ser, ni los motivos que le llevaron a actuar como lo hizo. Tampoco sabemos si quien así actuó está vivo o muerto. Todas estas circunstancias son las que a nosotros nos corresponde desvelar.

La respuesta de Jerónimo me hizo sentir incómodo por doble motivo. Si el que violó la tumba de Marina era un degenerado, en palabras de nuestro amigo, nosotros, que habíamos hecho lo mismo, debíamos de ser de condición muy semejante a él, lo cual no me resultaba tranquilizador. Y en cuanto a lo de investigar el macabro suceso, me parecía extremadamente peligroso, a la vista de los acontecimientos extraños que se encadenaban a cada paso que dábamos. Francamente, el asunto me resultaba desasosegante. Jerónimo, sin embargo, fiel a su manera de ser, parecía feliz por el sesgo que aquel tomaba.

—En realidad, ya intuía que en la tumba no íbamos a encontrar nada. Más aún: ¡lo sabía! —dijo con enfática satisfacción—. No podía ser de otra forma, a poco que las cosas se desarrollaran con cierta lógica.

Me molestó aquella demostración de suficiencia y comenté que, oyéndole, parecía poco menos que el oráculo de Delfos.

—Desde luego que sí, José —Jerónimo siempre me llamaba así—. Porque el tal oráculo actuaba con el mismo sentido de la oportunidad y de la lógica que he usado yo. He visto, he reflexionado y he extraído unas conclusiones que me llevan a una única dirección.

—A la chica de la Torre, como punto de partida —interrumpió Ramiro—. Eso ya lo sabemos.

—Yo me refería a ella más bien como punto de llegada —aclaró Jerónimo.

—Eso significa que, para ti, la prueba del cementerio ha sido concluyente —adujo Ramiro.

—Como si la hubiera extraído del más sabio de los libros —contestó Jerónimo, sin decaer en su ánimo.

Tal manifestación de autoridad por parte de nuestro amigo no pudo por menos de exacerbarme.

—¡Deja de fantasear y de hacerte el importante, porque en la tumba no hemos visto nada—

exclamé airado.

—Te equivocas —Jerónimo se puso serio ahora—. Lo hemos visto todo, ya que las ausencias ilustran tanto como las presencias. Ciñéndonos al examen de la sepultura, lo que no hemos visto nos ha servido, como decíamos, para conocer la identidad de Marina, una joven bella pero enormemente desgraciada. También nos sirve para patentizar la existencia de un individuo que se tomó muchas molestias para secuestrar y conservar el cuerpo de la bella, como una especie de reliquia, en la que extasiarse e, incluso, ante la que se complace torpemente. Ese individuo tiene que seguir necesariamente ahí, en nuestra ciudad, porque es esclavo de la adoración de la mujer, cargando con su frustración y, muy posiblemente, con la culpa de su crimen. Esto es lo que nosotros debemos dilucidar.

—¡Que lo haga la policía! —aduje con prevención, adivinando que, de seguir nosotros el curso de los acontecimientos, acabaríamos metiéndonos en apuros.

—La policía explicó la muerte en su momento y archivó el caso definitivamente, hace ahora diez años.

—Pero no sabe que hay una mujer embalsamada y una tumba vacía —repliqué picajoso—. Motivos ambos más que suficientes para que interviniera de nuevo.

—Pero si se lo decimos, también habría que explicarles que nosotros conocemos esos hechos por habernos introducido subrepticamente en una propiedad privada y por haber abierto ilegalmente una sepultura.

—Ya sabía yo que, de una forma u otra, esto nos traería complicaciones —refunfuñé, malhumorado.

Regresamos al centro urbano sumidos, cada uno de nosotros, en hondas cavilaciones. Después de la breve discusión, y a pesar de ella, la constatación de ser desveladores privilegiados de unos hechos trascendentes nos hacía sentir más unidos, como si, a partir de ese momento, la vida de cada uno dependiera de la de los otros. A la vez, nos imbuía de un especial sentido de responsabilidad, como si de repente hubiéramos adquirido conciencia de adultos y nos permitiera afirmarnos en una personalidad, todavía naciente, pero cada vez más definida.

De momento, todos teníamos la idea de que debíamos hacer algo que sirviera de punto y seguido para nuestras pesquisas, pero no sabíamos qué. Hasta que, como era habitual, Jerónimo tomó la iniciativa acerca de nuestras acciones más inmediatas. Ramiro y yo asentíamos, entre ilusionados y timoratos, intuyendo que a la sombra de la arrolladora individualidad de Jerónimo podríamos protagonizar vivencias intensas, pero quizá también peligros que, de momento, no acertábamos a concretar. La iniciativa de Jerónimo era congruente: puesto que el cuerpo de Marina estaba perfectamente embalsamado, tuvo que ser un experto en esas prácticas quien lo llevara a cabo. Nos correspondía, por tanto, averiguar la identidad de las personas que se dedicaban en la ciudad a ese tipo de trabajos para, entre ellas, escoger a la que centrara nuestras sospechas, haciendo un seguimiento de su vida y de sus relaciones.

La tarea no parecía demasiado complicada, por lo que, en principio, no pusimos objeciones. La convicción, además, de que contribuíamos a hacer justicia a una bella mujer, nos servía de acicate. Esa cualidad de belleza, como la de juventud, la dábamos por supuesta, cuando la imaginábamos en su plenitud vital, ante la ausencia de cualquier certidumbre sobre su persona.

Yo la prefiguraba, además, como una mujer alegre, discreta en el trato y sumisa a los hombres; como consecuencia, imbuida de una buena dosis de ingenuidad, que la haría presa fácil de las ambiciones y deseos de aquellos.

Resultó anecdótico que, en una ocasión, en la que expresé en voz alta estas presuntas cualidades con que adornaba a la joven desde mi punto de vista, motivara reacciones encontradas de mis dos amigos. Incluso Jerónimo me reprochó que fuera tan propenso al sentimentalismo, trazando una descripción de Marina inocua y edulcorada. Para él no cabía ninguna duda de que, por las amistades que debía tener y por los lugares que frecuentaba, como la Torre, era una mujer experta en los lances del amor, que jugaba con los hombres, a los que manipulaba sin contemplaciones. Ramiro, por su parte, había hecho también el retrato-tipo de Marina: una mujer nacida y crecida en un ambiente miserable, carente de todo afecto familiar, que hubo de enfrentarse a la vida con lo único que tenía al alcance: su exultante belleza.

Era sorprendente que, a partir de la descarnada realidad de una momia polvorienta, cada uno de nosotros hubiéramos idealizado un tipo concreto de mujer. Muy posiblemente, la verdadera identidad de ella contuviera facetas previstas en cada una de nuestras configuraciones, y alguna más, porque la complejidad humana es inabarcable y nadie puede desentrañarla en su totalidad. Pero de lo que no cabía ninguna duda era de que aquellos restos miserables habían dejado honda huella en nosotros, al extremo de que la persona que fuera en vida aquella Marina misteriosa y lejana había sugestionado profundamente nuestras mentes y la considerábamos como alguien cercano y estimado.

De momento, sin embargo, tuvimos que dejarla en un segundo plano, al igual que todo lo que a ella se refería, porque se acercaba el tiempo navideño, propicio para el relajamiento y el descanso. Era la primera Navidad que pasábamos juntos los tres amigos. Circunstancia verdaderamente novedosa que nos permitió disfrutar de la calle por primera vez. Hasta entonces, la conmemoración navideña vivíamosla en el hogar, alrededor del brasero, con mística sencillez. Comidas frugales y conversaciones quedas intentaban solemnizar el albor de una vida humana, que entre las brumas de la historia llegaba hasta nosotros divinizada y con un aire fresco de renovación vital, propiciada por el mito ancestral del eterno retorno. Era tiempo de silencios y de recogimiento, para hurgar en nuestras conciencias, hacer examen riguroso del pasado, enmendar yerros y afrontar con energía y renovados propósitos una nueva vivencia, en un tiempo también inédito. Los que tuvimos oportunidad de vivir en nuestra infancia aquella Navidad intimista y familiar la recordamos así, como un lapso de sosiego individual, corto, pero intenso y sincero, y de congruente armonía universal; como si el mundo se detuviera por un momento, fatigado por tantos desvaríos y tragedias, y se aviniera a un momento, breve, pero real, de plácida convivencia, para saborear el engañoso dulzor de una felicidad, habitualmente esquiva e inalcanzable.

Para nosotros, aquel año marcó el inicio de un cambio de hábitos. A partir de entonces, nuestros espíritus dieron la espalda a los sentimientos suprasensibles. Lo que en tiempos fuera sagrada conmemoración devino para nuestras vidas en la más mundana de las celebraciones. Fue también la primera vez que tuve ocasión de comprobar el visceral rechazo de Jerónimo hacia las costumbres sociopolíticas imperantes. De las religiosas, ya sabía que no comulgaba con ellas, nunca mejor dicho. Sin embargo, de política no le había oído hablar nunca. No tenía por qué. Nadie solía hacerlo entre la gente normal, es decir, entre la gente educada y biempensante que consolidaba la mesocracia, a la cual pertenecíamos. Era, la política, una materia de la que no entendíamos nada y que nos tenía sin cuidado. No era asunto nuestro. Además, cuando nuestros padres expresaban algún comentario de esta índole, lo hacían en voz baja, como con miedo. De lo que deducíamos que no era conveniente saber, ni hablar, de ese asunto.

De ahí que me extrañara, y preocupara a la vez, la destemplanza verbal de Jerónimo aquella noche. Fue motivada por un suceso puntual. Nos sentíamos felices por estar en la calle, a hora y en día tan inusuales. Así que comenzamos a chapurrear con voces discordantes la canción *Only you*, del grupo de moda entonces, Los Platters. Se acercó en esto una pareja de «grises» y nos requirió con aspereza silencio, «porque cuando no se sabe cantar, hay que callarse». Era un comentario inadecuado, porque no lo hacíamos mal, solo que nos expresábamos en inglés, lo que a los interpelantes uniformados, acostumbrados quizá al sobado cancionero patrio, les sonaba, cuando menos, extraño.

Callamos, por supuesto, y los policías se alejaron. Pero Jerónimo no pudo por menos de

comentar que lo sucedido era una muestra evidente de la falta de libertades y del despotismo que caracterizaban al régimen. A mí me parecieron inadecuadas aquellas declaraciones, hasta el punto de que las repliqué con inusual ardor. A decir verdad, yo estaba tan asustado como escandalizado por las afirmaciones que escuchaba de labios de nuestro flamante amigo. Asustado, porque si los policías, que estaban todavía a alguna distancia de nosotros, escuchaban tales comentarios, podíamos tener un serio disgusto, lo cual, en cierto modo, venía a ratificar la opinión de aquel. Pero, a la vez, me resultaba pedante oírle hablar como lo hacía, porque ninguno de nosotros teníamos motivo de queja con el régimen. Habíamos crecido en él y nos habíamos formado en su idiosincrasia nacionalista. Éramos, en cierto modo, la generación mimada de la paz, después de años de turbulencia. Por tanto, no dejaba ser, la opinión de Jerónimo, una fanfarronada para epatar y, a la vez, para incitarme a la discusión. Él sabía que desde mi tierna infancia pertenecía al Frente de Juventudes y que estaba imbuido de las creencias propias que se cultivaban en la organización: grandeza de la patria, convicción en nuestro superior destino como pueblo y reconocimiento de unas libertades, de las que, sinceramente, pensaba gozábamos las gentes de bien. Eso, al menos, es lo que escuchábamos en labios de nuestros superiores y yo lo creía a pie juntillas. Intenté, por eso, hacerle ver a Jerónimo que lo que él expresaba eran opiniones maledicentes, escuchadas quizá en el ambiente de los bajos fondos, que él recientemente visitaba; ambientes de población obrera, proverbialmente enemiga de cualquier gobierno y de la vida regular y ordenada.

Jerónimo, una vez más, se rio de mis palabras y me tachó de cándido. Argüía que la gente de esos barrios obreros, que en efecto frecuentaba, eran más sanos y más honestos que la mayoría de los del resto de la ciudad, gentes que lo estaban pasando muy mal y de la que desconocíamos todo, incluso la desconfianza instintiva del régimen hacia ellos, lo que motivaba que fueran estrechamente vigilados, constreñidos e, incluso en ocasiones, bárbaramente sojuzgados sin motivo aparente, solo por el miedo que su condición social originaba. Como mejor modo de comprobar lo que decía, nos invitó a visitar cualquier zona del extrarradio, a fin de que viéramos por nuestros propios ojos el estado deprimente en que se encontraban muchas familias.

La firmeza y seguridad con que se expresaba hicieron mella en mi talante discursivo, que perdió convicción y fuerza. Todavía alegué alguna desconfianza hacia lo que decía, pero más por el acaloramiento del amor propio que por verdadero razonamiento argumental. Después nos olvidamos del asunto y nuestro interés viró hacia otros temas. Al cabo, estábamos en Navidad y no era cuestión de enredarse en discusiones que no venían a cuento, al menos en ese instante. Era la primera vez que, en esas fechas, abandonábamos literalmente el claustro materno y el ambiente nos resultaba extraño en su novedad. Las calles estaban poco concurridas, y me intrigaba hasta el hecho mismo de que hubiera personas callejeando, aparte de nosotros. Pero el caso es que las había, lo que daba aliciente de exotismo y excentricidad a nuestro avatar.

La sorpresa llegó cuando encontramos los cafetines de la plaza mayor atestados de gente. De uno de ellos escapaba el sonido opaco de una orquestina y de una voz atiplada. Sin que nadie lo propusiera, nos dirigimos resueltamente hacia allí. En la fachada, campeaba un rótulo con letras negras, que titulaba el nombre del establecimiento: «Café Durii». Traspasamos la puerta de vaivén y descendimos unas gruesas cortinas, que resguardaban la temperatura interior, a la vez

que evitaban el curioso desde fuera. En cuanto atravesamos esa barrera tapizada, nos dio en pleno rostro una bocanada de humo y calor. Era un local amplio, cuyo elevado techo se apoyaba sobre varias columnas, cubiertas con espejos. En una de ellas, frontera a la entrada, para que fuera bien visto por todo el que accedía al lugar, campeaba un letrero con la leyenda proverbial en los establecimientos de entonces: «Hoy no se fía, mañana sí». El espacio estaba amueblado con los típicos veladores de armazón de hierro y tablero de mármol blanco. Alrededor de ellas, se sentaba un numeroso público masculino, que ahora lo recuerdo como estragado, decadente y vicioso. Quizá también nosotros, sin pensarlo, por el mero hecho de nuestra presencia allí, quedábamos incursos en esas mismas consideraciones. Muchos de los presentes mantenían encasquetado el sombrero de fieltro y chupaban con delectación gruesos puros habanos. Me agradaba aquel olor fuerte y aromático, propio de días grandes de fútbol y toros. Era muy distinto del insidioso y barato humo del tabaco de cuarterón, con el que nos apestaba, por ejemplo, Jerónimo.

En aquel ambiente cargado y artificioso, las toses y las risas se sucedían de continuo. Los rostros de la mayoría estaban enrojecidos y abotargados, más que por el ambiente, por un deseo obscuro e irrefrenable, que quisiera satisfacerse por momentos. Las miradas, brillantes y lascivas, estaban clavadas en un pequeño escenario, de momento desocupado, junto al cual la famélica orquestina, constituida por tres individuos con instrumentos de metal, esperaba el momento de actuar.

A la derecha se encontraba el escueto mostrador, sobre el que se apoyaba con indolencia una ringla de hombres, vaso en mano, del que sorbían despacio, con presunción. El camarero se acercó a nosotros, nos taladró con la mirada y, por un momento, pensé que iba a alegar nuestra condición de jóvenes imberbes y nos echaría sin contemplaciones a la calle. Sin embargo, con voz ronca, nos preguntó qué íbamos a tomar. Jerónimo, le dio la espalda y pidió con indiferencia tres vinos tintos. Me agradó la parsimonia y el aplomo que mostró nuestro amigo mayor, y lo intentamos imitar en desparpajo, aunque por dentro seguíamos temiendo que el del otro lado del mostrador adujera que éramos demasiado jóvenes y nos echara de allí. Pero sirvió lo que le pedimos, retiró el dinero que dejamos sobre el sucio y húmedo tablero y, aparentemente, se olvidó de nosotros.

En ese instante, se iluminaron las luces del tablado que servía de escenario, rompió a tocar la orquestina y apareció una mujer de edad intermedia, enfundada en bata de cola, que, al compás de la música, dio unos pasos vigorosos de baile alrededor del breve espacio en que se movía. Después se paró frente al público y comenzó a cantar. Lo hacía con gusto, por lo que no tardó en ser jaleada por algunos. Pero cuando comenzó a bailar, los jaleos se acallaron y todas las miradas de aquel abigarrado mundo masculino se centraron en los niveos muslos que la animadora mostraba con profusión en sus giros de baile. Los rostros de los machos encelados por la carne de la hembra adquirieron una expresión lasciva y el deseo afloró desde lo más hondo de toda aquella caterva viciosa y aborregada. La tensión se expresaba en nerviosos chupetones de cigarros, mientras las miradas se extraviaban en los recónditos secretos del cuerpo femenino, entreviéndolos con la imaginación, para estallar en irisados reflejos de lujuria, al tiempo que las manos manoseaban los tersos semblantes con una impaciencia difícil de domeñar.

Los que estábamos en el mostrador nos olvidamos del placer del alcohol para extasiarnos también ante la intimidad de la artista, que tan generosamente exhibía, claudicando definitivamente a sus encantos. Era la primera vez que teníamos ocasión de vislumbrar las blancas carnes, deleitosas y sublimes, de una mujer, y ante ellas nos rendimos sin condiciones, abrumados por el instinto. Tan embobados estábamos en la dulce contemplación, que no nos percatamos de la llegada de un camarero de edad madura, pelo canoso y rostro enjuto. Nos miró con insistencia y, al poco, se encaró con nosotros. Nos preguntó qué hacíamos allí, y Jerónimo, con desparpajo, contestó que lo que todos, beber y mirar.

—Eso es exactamente lo que no podéis hacer, porque sois menores de edad. Así que fuera de aquí. Además, conozco a vuestras familias. Ya les diré yo lo desvergonzados que sois y donde pasáis el rato, en vez de estar en casa estudiando.

Jerónimo habló de nuevo para indicar que habíamos pagado la consumición y teníamos el mismo derecho que los demás a permanecer en el local. Aunque hablamos en voz baja para no entorpecer el espectáculo, los cuchicheos atrajeron al dueño del local. No tuvo que preguntar lo que pasaba, porque, en cuanto nos echó la vista encima, alegó lo de nuestra minoría de edad y nos empujó para que saliéramos. Jerónimo, a quien le encantaba oponerse a todo, replicó que no nos marcharíamos mientras no nos devolvieran nuestro dinero. Todavía no habíamos probado la consumición, pero la habíamos pagado. Seguíamos expresándonos en susurros, pero algunos individuos de las mesas cercanas sisearon pidiendo silencio. Esto hizo que el propietario, individuo de semblante pálido, como un muerto, y con grandes ojeras, acreciera en destemplanza y ya no se anduvo con contemplaciones a la hora de empujarnos hacia la puerta, ayudado por el camarero veterano.

—¡Vamos, vamos, fuera!— nos urgió—, o llamo a la autoridad. —Se volvió hacia el que estaba al otro lado del mostrador—. ¡Avisa a la policía, que acuda inmediatamente!

Semejante advertencia me llenó de pavor, así que me apresuré a decir que no hacía falta llamar a nadie, porque ya nos íbamos voluntariamente. Por si acaso, los otros nos siguieron empujando hasta ponernos al otro lado de la gruesa cortina. El camarero viejo debió de adivinar nuestras intenciones, porque nos advirtió:

—¡Que no os pille curioseando a través del cortinaje! Ya sabéis que soy capaz de llamar a la policía.

Lo dijo con apariencia de seriedad, pero lo cierto es que su rostro atiesado y avinagrado no pudo evitar un matiz de burla. No era para menos, porque primero se aprovechaban de nuestro dinero y después nos echaban a la calle. Lo cierto era que no nos importaba. Nuestras mentes estaban sugestionadas todavía por la hermosa visión de la hembra y nos duraba la inédita calentura. Jerónimo, sagaz y atrevido siempre, expresó en voz alta la exaltación que nos embargaba, motivo por el que nos propuso un remedio eficaz para encalmarla: acudir al barrio de la Lana.

Tal barrio tenía una pésima fama en la ciudad, ya que en él se daba acogida a las casas de prostitución. La audaz propuesta nos hizo intercambiar miradas inquietantes, sin que nadie se atreviera a confirmar o negar la sugerencia. Cada uno de nosotros la ponderábamos con prevención, conscientes de que podíamos protagonizar un acto de audacia superior a nuestras

posibilidades. Eso, al menos, pensábamos en aquel momento Ramiro y yo, porque Jerónimo permanecía tranquilo y relajado, como si hubiera dicho que podíamos ir a misa o al colegio. A la vista de nuestra incertidumbre, él decidió que nos pusiéramos en camino y no lo pensáramos más. Ramiro y yo lo seguimos con la convicción y certeza de quien sigue a un gran jefe. Puestos en camino, nos agradó la iniciativa, ya que la imagen turbadora que admiráramos en el cafetín persistía en nosotros y guiaba nuestros pasos.

El barrio de la Lana no estaba lejos de la plaza mayor. Ocupaba, pues, una zona céntrica, pero el lugar era antiguo, sucio y miserable, con calles estrechas, mal iluminadas, y casas bajas, desconchadas y siniestras. Uno de sus límites lo constituía la muralla medieval. Lo que en otro tiempo fuera el adarve, ahora era una calleja inmunda, que servía de tránsito a la numerosa clientela que por allí pululaba; delimitaba el otro lado de la terrosa rúa una línea de casas misérrimas que acogían el vicio mercenario. Muchos de los que salían de ellas se acercaban hasta las almenas para orinar, aunque algunos no tenían reparo en hacerlo en medio de la calle. Jerónimo nos advirtió que, esto de mear, era un rito de obligado cumplimiento, ya que así se limpiaba la uretra y se evitaba cualquier peligro de infección. La explicación tuvo en mí un efecto devastador, ya que el deseo se me apaciguó, mientras los sentidos me alertaban sobre la evidencia de un posible peligro de enfermedad, contagiado por las coimas. La constatación de esta realidad hizo que el anhelo de la satisfacción sexual se esfumara por completo y fuera sustituido por un difuso temor.

No dije nada, empero, y me mezclé con los otros en medio de aquella muchedumbre abellacada y viciosa, donde abundaban las posturas insolentes, mal encaradas, propias de chulería, como si allí se tratara de demostrar, con gestos y falso empaque, que se era más hombre que los demás. Bastaba una mirada algo más sostenida o mal interpretada para que la bronca se armara. Encendidos, como estaban, los cuerpos por el deseo y las mentes ofuscadas sobremanera por el vino, pronto se echaba mano a la faca para demostrar la hombría ante quien fuera. Se armaba el revuelo con facilidad y, bien los que estaban alrededor o, incluso, las mismas damas, que salían de sus aposentos, intentaban poner orden, para evitar que llegara la policía e hiciera una redada general. Pero no faltó ocasión en que vi como estos gallos de pelea rechazaban el amago de ayuda y se embestían con ferocidad, navaja en mano, hasta abrirse la barriga o partirse el corazón. A mí, estas escenas de brutalidad me provocaban pavor. Pálido como un muerto y con el cuerpo desfallecido y a punto de caer desmayado ante la tétrica visión de la sangre, me prometía no volver a pisar esos antros de perdición. Pero, al cabo, el deseo podía más que la razón y volvía a las andadas.

En aquella noche iniciática, hubo un momento, cuando curioseábamos todo aquel submundo peculiar con la presunción de novicios engreídos, que nos apartó con apremio un individuo para acercarse a una de las almenas y cumplir con alivio el consabido trámite. Era bajo de estatura, cabello ensortijado y rostro agraciado, pero serio, como si guardara un fondo de tristeza. Debía de haber pasado ya la treintena. Con voz aflautada y chillona, quiso explicarnos el motivo de su prisa. Le advertimos con suficiencia que estábamos al tanto de todo. Nos pidió perdón por habernos abordado de la forma tumultuosa que lo hizo, pero la conveniencia de evacuar cuanto antes exigía la urgencia mostrada. Acto seguido sacó un tubito del bolsillo, como de vaselina,

extrajo un chorrito y, delante de todos, sin pudor alguno, se lo introdujo por la uretra. Mientras realizaba esta operación, nos explicó que se trataba de «blenocol», un producto que desinfectaba el conducto uretral y evitaba la blenorragia. El acto mismo de introducir esa especie de pomada por un sitio tan angosto y sensible me produjo escalofríos. Inmediatamente se me reprodujo el temor de incurrir en grave enfermedad, a causa de las relaciones sexuales con prostitutas. No exterioricé esa pavidéz que me embargaba, para no ser el hazmerreír de los demás, pero me prometí no ceder jamás a esa debilidad de la carne asalariada. Era una promesa, bien lo sabía, gratuita y falaz, de la que me olvidaría, o tendría como no realizada, en cuanto el deseo apretara.

Pese a la presunción de que hacíamos gala, debía de chocar en aquel ambiente rufianesco nuestra impoluta vestimenta y nuestra excesiva atención hacia todo lo que ocurría alrededor. El individuo de cabello ensortijado y voz chillona, cuando terminó su actividad aséptica, nos miró con curiosidad y manifestó que se nos notaba que era la primera vez que visitábamos el barrio. No nos agradó aquella manera directa y escueta de evidenciar nuestra inocencia, pero tampoco nos atrevimos a negar lo que resultaba más que evidente. El otro, con la mayor naturalidad, sin énfasis alguno, se brindó a servirnos de guía en aquella maraña de callejuelas y tugurios. Jerónimo aceptó encantado el ofrecimiento, considerando que, con la compañía de aquel experto, nuestro aprendizaje sería más rápido y eficaz. No se equivocaba. El recién incorporado al grupo debía pasar más tiempo allí que en su casa, porque se conocía al dedillo los entresijos de aquel peculiar mundillo.

Se llamaba Leopoldo y de inmediato hicimos tan buena relación que parecíamos amigos de toda la vida. Así lo seríamos a partir de entonces. El motivo de su voz chillona lo supimos al instante, cuando pretendimos hablarle en tono normal y él nos miró con gesto de incompreensión: era sordo. Pero con una sordera tan profunda que prácticamente no captaba ningún sonido. Por más que le voceábamos, apenas si nos entendía lo que le decíamos. Sin embargo, era posible intercambiar algunas palabras con él, siempre y cuando le habláramos de frente. Era bastante experto en leer el movimiento de los labios. De esta guisa nos comunicábamos en lo esencial, y así no era totalmente ajeno a nuestra conversación.

Leopoldo nos condujo a los sitios más afines a nuestras características, es decir, aptos a nuestra precaria condición económica. Por esta causa, dejamos atrás casas de pretenciosa elegancia, anunciadas con luces de neón y adornadas con alfombra roja y grandes macetas de plantas a cada lado de la puerta, casas en las que las señoras vestían elegantes batas de noche, como las que salían en el cine, usaban ligueros, medias de nylon y zapatos de tacón alto. Los pocos clientes que accedían a ellas mostraban un aspecto atiesado y perspícuo, para evidenciar bien a las claras que ellos pertenecían a otra clase social, a pesar de estar en el mismo barrio. Dada nuestra atildada vestimenta, de traje impecable, camisa blanca y corbata de nudo «príncipe de Gales», bien hubiéramos pasado por esos clientes de postín, pero Leopoldo nos recordó que un solo servicio en aquellos elegantes garitos nos hubiera costado los emolumentos de todo un mes, caso de que los tuviéramos. Así que suspiramos con resignación y procuramos olvidar aquel escenario idílico de deseo.

Los lupanares a los que Leopoldo nos condujo a continuación estaban muy lejos de provocar ensoñación. En el primero en que nos introdujo debían estar preparando la cena, porque había un

penetrante olor a berza cocida. Era un tufo nauseabundo, insoportable, que nos hizo salir a toda prisa. Recalamos en un antro vecino, en el que no olía ni a berza ni a otro tipo de condimentos. Tenía, sin embargo, como todos los que visitamos, un hedor específico, insidioso, que yo desde el primer momento calificué como el típico olor a casa de putas. Estaba motivado por una combinación de factores varios, como la colonia barata, el sudor y la falta de higiene, tanto de las mercenarias como de la mayoría de los clientes. En cuanto se pasaba un rato en esos lugares, aquel impreciso vaho impregnaba las ropas y el pelo con su aroma, que no se quitaba con facilidad, lo que propiciaba en nosotros el temor a que fuera captado por nuestros padres y descubrieran el tipo de entretenimiento a que nos dedicábamos.

Nos recibió una mujer de baja estatura, pero de enorme volumen, pelo canoso y alborotado, y gesto avinagrado. Respondía al incongruente nombre de Pura. Tal nombre era, indudablemente, lo único que había de esa condición en la casa y en el barrio todo. En cuanto la vi, sentí piedad por las pupilas que tuvieran que soportarla, porque debía de ser una encargada feroz. Sin ningún miramiento, nos requirió de frente y en directo si teníamos dinero para pagar los servicios que en esa casa se prestaban, porque de lo contrario ya estábamos cogiendo puerta. Leopoldo contestó por nosotros, afirmando que no había cuidado, pues él nos avalaba. La encargada lo miró un momento, como si estuviera a punto de soltarle que a él quien lo avalaba a su vez, pero optó por callar y dio la conocida voz de «chicas, al salón». Denominar *salón* a aquella minúscula estancia, que contaba con una mesa camilla y dos sillas medio desvencijadas, era un exceso de imaginación. Pero no reparamos en esas minucias, admirando como estábamos las succulentas carnes de las tres damas que salieron a recibirnos. Dos de ellas vestían batas transparentes, que dejaban entrever sus más recónditos secretos. Con ojos como platos, mirábamos alternativamente hacia los untuosos pechos y hacia la parte de abajo, donde un fondo de negrura nos hacía palpitar aceleradamente el corazón. Era la primera vez que contemplábamos de cerca y en directo la intimidad de la naturaleza femenina y el éxtasis nos denunció. Una de las recién llegadas nos apremió con voz desabrida a que miráramos menos e hiciéramos más. El deje brusco de la coima rompió el encantamiento y nos hizo fijarnos en sus características. Semejaban el espíritu de la contradicción. La que hablara era una individua alta y fornida, a la que, según nos susurró Leopoldo, apodaban por su holgado físico «la vasca». Como se percatara de nuestra indecisión, dio media vuelta y desapareció. La otra era de cuerpo menudo y gesto bobalicón. Era la única que iba vestida. Llevaba falda y jersey negro, y usaba medias del mismo color. Era bizca. En un gesto de pretendida coquetería, quiso llamar nuestra atención subiéndose ligeramente la falda y mostrando unos muslos como palillos. Pudimos comprobar que, en vez de ligas, sujetaba las medias con cuerdas. Me dio lástima y asco, más que incitación al placer. Los demás debieron de tener la misma impresión, porque no hicieron además de tocarla ni expresaron palabra amable alguna. La tercera mujer miró con insistencia a Jerónimo, prendida un momento de su atractivo físico. Pero debió de reparar en que ella estaba allí para ganarse la vida y no para hacer favores, dada nuestra juventud y nuestro más que posible precario bolsillo. Así que optó también por desaparecer, seguida por nuestras ávidas miradas, que no perdían detalle de su mórbido cuerpo a través del traslúcido velo que lo cubría. Leopoldo advirtió que era una mujer de elevado precio, por ser la más lustrosa de las que tenía la mancebía. La pobre mujer bizca persistió en quedarse,

prendida también de la prestancia de Jerónimo. Lo cogió de una mano y le pidió por favor que la acompañara. Él se dejó llevar y nosotros los seguimos como gesto de camaradería. Ascendimos por una estrecha escalera con peldaños de madera en pésimo estado, que gemían lúgubrementemente a cada pisada que recibían. Desde abajo, la dueña gritó con voz destemplada para advertirnos que allí cada servicio se pagaba. La bizca le dijo en un susurro a Jerónimo que no se preocupara, pues no le iba a cobrar nada. A pesar de la gratuidad del acto, me pareció para mi amigo un trance penoso, que seguro jamás imaginó: inaugurar su vida sexual con una mujer tan insustancial y tan poco agraciada como aquella. Jerónimo, sin embargo, no parecía muy afectado por la situación. Desembocamos en una habitación tan insignificante como la de abajo. A un lado de la pared vimos un camastro y, al otro, un instrumento higiénico de porcelana blanca, parecido a la taza del retrete, pero con grifos; no lo habíamos visto en nuestra vida. Leopoldo nos ilustró adecuadamente, diciendo que era un invento francés para la higiene íntima, que se llamaba bidé. La infeliz mujer se desnudó y mostró su escuálida endeblez. Cuando se tumbó en la cama, desapareció bajo el imponente cuerpo de Jerónimo. Por un instante pensé que la infeliz dama acabaría desmembrada, tal era su menudencia y los embates que soportaba del varón que la cubría. Fue Jerónimo, sin embargo, quien quedó exhausto, mientras que la mujercilla quedó tan entera, que tuvo ánimos para acariciarle cariñosamente el pelo, plenamente consciente y agradecida del enorme favor que le dispensara. Bajó de la cama radiante de felicidad, como el mejor día de su vida, sentose sobre el bidé con la grupa vuelta hacia nosotros y lavoteó su acceso íntimo, que después secó, mediante la característica maniobra de deslizar un paño de adelante a atrás, en enérgico movimiento pendular. Cuando se vistió y nos precedió en la bajada, dijo que se llamaba Obdulia y que se sentía muy honrada de habernos conocido. La creímos. Acostumbrada quizá a recibir vejesterios y apestosos, nuestra inocente y pulcra presencia debió de parecerle como el regalo jubilar de su carrera. En la planta baja, la dueña nos esperaba en medio de la puerta con cara de pocos amigos. Obdulia echó mano a un bolsillo de la chaqueta de lana, extrajo un billete arrugado y se lo dio a aquella, que, a su vez, desarrugó el entrecejo; aunque persistió en mirarnos con desconfianza, se apartó a un lado y nos permitió salir.

A partir de aquella iniciática aventura, Leopoldo fue, como he dejado dicho, un buen amigo nuestro. Casi nos doblaba la edad, pero él se encontraba a gusto en nuestra compañía, aunque no amenguaba su proverbial tristeza, que achacábamos a la patológica sordera. Esta le motivaba un aislamiento anímico, que le impedía comunicarse con los demás. A veces nos pasábamos toda una tarde sin que pronunciara palabra alguna. Iba a nuestro lado sumisamente, como si fuera un perrito faldero. Al no poder intervenir en nuestras conversaciones, o hacerlo mínimamente, se limitaba a acompañarnos allá donde fuéramos. A fin de que no se considerara apartado de nosotros, antes de tomar cualquier iniciativa o decisión se la consultábamos previamente. Él asentía a todas nuestras proposiciones con una llaneza y una fidelidad absolutas. No tenía excesivo apego al vino, pero nos seguía hasta la bodega de Ventura sin rechistar, debido a su alto sentido de la amistad. Influía en ella, por supuesto, su anhelo de tener al lado un grupo de seres humanos que se interesaban por él. Nosotros lo recibimos siempre con el mayor esmero. Comprendíamos que en una relación de causa a efecto, su deficiencia auditiva propiciaba en su vida largos momentos de soledad y retraimiento, que acrecentaban, sin duda, su acedía. En

realidad, salvo los momentos que alternaba con nosotros, el resto de su tiempo lo pasaba aislado del mundo, recluso en una buhardilla del Teatro Principal, que para él constituía una especie de enrarecida burbuja de pesimismo y nostalgia. En ella se dedicaba a su vocación de artista, pintando y dibujando. Nuestra amistad, suponía, pues, para él una auténtica liberación, teniendo hacia ella una alta estima y una lealtad absoluta. Procuramos siempre corresponderle con la misma intensidad de sentimientos, en cuanto fuimos conscientes de su gran valía humana. Respetábamos sus objeciones al mundo tabernario, y a pesar de que nos acompañara sin tomar un sorbo de nada, nunca lo consideramos como una rémora. Tenía verdadero asco al vino, lo que, en un prurito de sinceridad, no nos extrañaba, porque el caldo que por lo general servían era áspero y amargo, puro veneno, apto solo para tragaderas estragadas como las nuestras. En los lupanares, sin embargo, la presencia de Leopoldo resultaba imprescindible y gratificante, tanto por su conocimiento del oficio mercenario, como por la compasión que su aire melancólico provocaba en las barraganas, lo que aprovechábamos para nuestro deleite carnal con ellas, sin apenas tener unas monedas en el bolsillo.

Estas devotas actividades eran concomitantes con la obligada atención a los libros, cuya abulia nos ayudaban a soportar. En cuanto pasaran los exámenes, habíamos quedado en proseguir nuestra peculiar investigación en torno al misterio de Marina, que tanto nos sugestionaba. Poco podíamos sospechar que pasarían muchos años antes de que volviéramos a recalar en el asunto. Ocurrió que, por iniciativa de Dídimo, el director del *Heraldo*, se le concedió a Jerónimo una beca para estudiar en la Escuela Oficial de Periodismo, creada por el régimen unos pocos años antes. Este subvencionaba también la beca, pues quería formar en su seno jóvenes valores para el futuro, fieles a su ideología. Los gerifaltes provinciales apreciaron que Jerónimo era inteligente y de buena familia, por lo que consideraron una buena iniciativa prepararlo para los medios de comunicación del partido único. Desde luego, los que lo propusieron no conocían la verdadera manera de pensar del patrocinado. En cualquier caso, la iniciativa suponía que Jerónimo tendría que dejar nuestra ciudad y desplazarse a Madrid para seguir sus estudios. Él estaba emocionado por el acontecimiento. Perjuró ante Dídimo que pondría toda su voluntad para salir adelante del empeño. Su director no tuvo duda alguna de que así sería.

La noticia conmocionó a nuestro pequeño grupo amical. Jerónimo era nuestro líder carismático y sin él nos encontrábamos desmotivados y perplejos. Iba a ser muy difícil soportar la vida sin su presencia, pero comprendimos que, al cabo, más bien pronto que tarde, la disgregación hubiera tenido lugar inevitablemente. A Ramiro y a mí nos faltaban apenas un par de meses para iniciar los estudios universitarios, lo que hubiera supuesto también la inevitable separación. Solo que Jerónimo se nos adelantaba de forma inesperada, originando nuestro trastorno emocional. El que recibió la noticia con satisfacción fue Eusebio, el padre de Jerónimo, que veía, al cabo, como su hijo encarrilaba el rumbo profesional, después de que hubiera perdido toda esperanza con él.

En muy poco tiempo, pues, nos vimos abocados a la separación, sin poder precisar cuándo volveríamos a reanudar nuestra amistad, si es que alguna vez lo conseguíamos. Los avatares de la vida parecían querer otra cosa, ya que, cuando menos, debíamos contar como inevitables los cinco años imprescindibles de carrera, a fin de culminar otros tantos cursos, siempre y cuando cumpliéramos como debíamos y avanzáramos sin complicaciones curso a curso. Este tiempo nos parecía de por sí, en el momento de la separación, un lapso enorme. Pero a él habría que añadir, probablemente, otro tanto más a causa del enredo en la preparación de oposiciones, para encarar adecuadamente nuestras vidas profesionales. La separación iba a ser, pues, dilatada. Lo que entonces no pudimos adivinar era que la separación de Ramiro, a causa de su destino laboral, devendría en definitiva y ya no volveríamos a verlo nunca más.

Las sedes de nuestros respectivos estudios eran distintas y lejanas, por lo que el único medio de relacionarnos fue el postal, en principio muy activo y, después, con la lejanía, mucho más pausado y espaciado. Al cabo de los años, la separación redundó en un semiolvido, sin que apenas supiéramos los unos de los otros.

Jerónimo, cuando acabó sus estudios, inició un periplo por los periódicos de medio país, pertenecientes a la cadena del Movimiento, para completar su formación. En cuanto a mí, al salir de la universidad, comencé, como tenía previsto, la dura y larga preparación de oposiciones, a fin de acceder a un cargo público, tarea que me llevó algunos años más. Mi vida discurría sentado en una silla, con los codos sobre la mesa, empapándome de textos de derecho. El mundo del opositor, artificioso y constreñido, está urdido con horas de paciencia y tensa inactividad, en una prolongada y ambigua espera, durante la cual el cerebro se atiborra de textos esotéricos, mientras el espíritu columbra con inquietud un futuro enrarecido, lejano y apócrifo, conformado a partes iguales por aprensiones y expectativas. Jerónimo, al menos, alternaba las tareas de redacción con las de la calle, lo que, conociendo sus apetencias, resultaba envidiable.

Cuando, después de siete largos años, conseguí finalizar la carrera, ganar un puesto en la Administración y volver a mi ciudad, la vida volvió a adquirir visos de normalidad. Recuperé la amistad de Leopoldo y entre ambos recordábamos con nostalgia los tiempos pasados.

Transcurrirían casi tres años más antes de que recuperáramos a Jerónimo. La plaza de redactor-jefe del *Heraldo* había quedado libre y Dídimo decidió reclamar a nuestro amigo para que la ocupara. Hubo sus más y sus menos, porque el puesto incitó las apetencias de otros varios aspirantes, algunos con renombre y un buen currículum en el periodismo oficial. Pero Dídimo debía de tener gran predicamento en los medios gubernamentales, porque hizo algunas llamadas telefónicas, como consecuencia de las cuales Jerónimo fue nombrado para el cargo por decisión directa e inapelable del jefe nacional de Prensa y Radio del Movimiento. Todo un acontecimiento, que hizo revestir la incorporación de nuestro amigo a la prensa local de gran expectación. El acto de toma de posesión lo presidió el gobernador civil-jefe provincial, hubo discursos y arengas de sentido patrio, y se expresaron los mejores augurios para el flamante redactor-jefe. Aquellas sentidas manifestaciones de partidismo me parecieron de perlas, al estar motivadas por la persona de Jerónimo y el puesto de trabajo que incorporaba. Me sentía orgulloso de él. Daba por supuesto, además, que su dilatada convivencia en un medio como aquel en que nos encontrábamos, habría imbuido su pensamiento de esencias nacionalistas. Me equivocaba. Pronto tendría ocasión de comprobar que mi amigo seguía firme e incommovible en sus convicciones; como si la inmersión en otras ideas no le afectara lo más mínimo.

El reencuentro con Jerónimo tuvo momentos de intensa emoción y patentizó la sinceridad y fortaleza de nuestra relación amical. Nos fundimos en un estrecho abrazo y así permanecimos un momento, incapaces de pronunciar palabra alguna a causa de la profunda afectación que el momento nos producía. Después nos apartamos un poco para contemplarnos. Según dijo, me encontraba como siempre, con el mismo aspecto añorado e ingenuo, habitual en mí. Él, sin embargo, estaba cambiado. Tenía ya la prosopopeya de un hombre maduro, seguro de sí mismo,

que emanaba energía de toda su persona. Continuaba peinándose con raya a un lado. Al ganar en virilidad, la armonía de su rostro resultaba más nítida, como una obra de arte recién acabada que manifiesta inequívocamente todo su esplendor. Si acaso, deterioraban un poco aquel canon de belleza varonil, que Jerónimo representaba, las incipientes bolsas que comenzaban a delimitarse bajo los ojos, denotación evidente del tipo de vida que se veía obligado a llevar por su perfección física, obligación que él asumía con pleno convencimiento y agrado.

Esa misma tarde acudimos al Teatro Principal en busca de Leopoldo. Este no había conseguido abrirse paso en el complicado y saturado mundo de la pintura, por lo que malvivía con un mísero empleo de encargado de proyección. El dueño del teatro le seguía permitiendo el uso de la buhardilla cochambrosa y desvencijada, que Leopoldo usaba como vivienda. El único modo que tenía de expresar públicamente su condición artística y de conseguir un dinero extra era pintar los grandes carteles, que él mismo colocaba a la entrada del teatro, para promocionar las películas.

Leopoldo se alegró tanto como yo de ver de nuevo a Jerónimo. Lo encontramos atareado en la cabina, en pleno pase de la película. Con su voz inarmónica y aguda, el buen hombre se expandió en cumplidos hacia el recién llegado. Nosotros no podíamos devolverle con la misma expresividad y fluidez los cumplidos, ya que estaba, si cabe, mucho más sordo, hasta el punto de que prácticamente ya no captaba ningún sonido por intenso que fuera. A base de signos repetitivos y de gestos aparatosos conseguimos hacernos entender mínimamente, sobre el fondo monótono de la maquina proyectora arrastrando el celuloide, mientras los diálogos y el fondo musical escapaban por los altavoces. Para Leopoldo era un oficio ideal, porque su sordera le evitaba el engorro de soportar el ruido mecánico del arrastre en un espacio tan pequeño como el de la cabina.

Cuando terminó la proyección, subimos un rato a la buhardilla. Fue otro acto de inmersión en el pasado. Estaba igual de sucia y destartada que siempre. Consistía en una única habitación, amplia, con piso de madera gastada por los años y por el uso, con varias tablas medio sueltas y semidestruidas por la carcoma. Estaba bien iluminada por un amplio ventanal, que rasgaba el centro de la estancia, desde el que se contemplaba una vista magnífica de la ciudad. Dada la altura en que nos encontrábamos, muy por encima de los tejados circundantes, daba la impresión de que tuviéramos al resto del mundo a nuestros pies. Solo las torres eclesiales que se interponían en nuestra visión se atrevían a desafiarnos. No se habían erigido edificios nuevos que rompieran con su novedad la conocida visión que contempláramos diez años atrás.

Para celebrar el encuentro, Leopoldo, pese a su aversión al alcohol, sacó una botella de vino tan antigua como la buhardilla, pues estaba cubierta de una espesa capa de polvo. La descorchamos y bebimos a gañote hasta terminarla. Quizá en el momento del embotellamiento fuese un vino peleón, pero el reposo de los años hizo el milagro de transformarlo en un caldo exquisito. Al menos, así nos lo pareció. El anfitrión, con su alto sentido de la amistad, pretendió conducirnos hasta el barrio de la Lana e invitarnos a un desahogo a su costa. Según nos confesó, seguía fiel a sus inclinaciones y nada le agradaría más que compartirlas con nosotros. No hubo necesidad de que yo me excusara, como tenía previsto, con el pretexto de tener que madrugar al día siguiente para acudir al trabajo. Antes se me adelantó Jerónimo para rechazar la oferta, eso sí,

con sinceras palabras de agradecimiento. Resultaba evidente que Jerónimo tenía, a la sazón, un paladar más refinado para las mujeres. Su espectacular físico le facilitaba el acceso a damas más encopetadas de la sociedad. Era una situación de superioridad que nos reconcomía de sana envidia. Yo únicamente a base de dificultades y tras muchos tropiezos previos, conseguía llamar la atención de alguna chica. Pero Jerónimo, con su impecable percha, era un permanente reclamo para el sexo contrario. Le pedíamos, a veces, que intercediera por nosotros, lo que hacía con gusto, aunque sin éxito por nuestra parte. Cuando llegábamos a algún grupo de mujeres interesantes, él se acercaba, las saludaba con el mayor de los afectos y entraba en familiaridad con ellas, como si las conociera de toda la vida. Ellas se desvivían por atenderlo. Después de que se hubiera ganado la confianza de las damas, nos hacía un gesto para que nos acercáramos y presentarnos. Recibíamos inicialmente sonrisas y parabienes, como amigos del galán, pero en cuanto este se alejaba con alguna excusa, ellas hacían lo mismo y nos dejaban con las ganas de su presencia. Era una situación hartamente conocida, que no nos extrañaba y que nos hacía maldecir nuestra hechura física, propiamente normal y anodina.

Al siguiente día de recuperar nuestra amistad, Jerónimo me expuso su gran interés por proseguir la investigación sobre el misterio de la Torre. Fue una petición que no puedo decir que me sorprendiera, porque la esperaba. Después de tantos años, podía suponerse que el asunto se había olvidado, quedando en una aventura de jóvenes, que no tenía sentido proseguir. Pero yo tenía la convicción, conociendo a Jerónimo, de que él mantenía muy vivo el recuerdo de la joven muerta y su desvalimiento en el vacío edificio. Así que estuve de acuerdo con la pretensión que exponía, aunque aduje, como aclaración inicial, que ahora la situación era muy distinta a como la dejamos. Se trataba entonces de un curioso juvenil, plagado de ingenuidad y de nobles sentimientos, que quizá no acertaba a comprender en su complejidad los inconvenientes que podía acarrear aquel imprudente fisgoneo. Ahora, sin embargo, era distinto. Enfilando ya los últimos años de la veintena y ejerciendo actividades laborales responsables, no podíamos o, al menos, no debíamos inmiscuirnos en asuntos que bien podía ser nos acercaran graves consecuencias para nuestras vidas, tanto en lo personal como en lo profesional.

No era mi mucho menos baladí el asunto en el que nos pretendíamos enredar de nuevo. Había, cuando menos, una muerte de por medio, si no dos, lo que implicaba la presencia de gentes malvadas, que no dudarían en poner en peligro nuestras vidas, a poco que vieran en ese trance las suyas, si hurgabamos lo suficiente como para inquietarlos. Mis palabras, más que una invitación a olvidar la pretensión de Jerónimo, pretendían ser una reflexión en voz alta sobre los inconvenientes que tendríamos que soportar desde el mismo momento en que comenzáramos o, más bien, reanudáramos nuestra peculiar investigación. Nos exponíamos a enfrentarnos, no ya a dificultades, sino a peligrosas resistencias, que plantearían situaciones hartamente comprometidas. Yo no me sentía, la verdad, con ánimo suficiente para asumirlas. Por condición natural, me amilanaba la violencia y me oprimía el temor a verme envuelto en algún desliz, con grave peligro para mi persona. El solo hecho de pensar que nuestro metimiento pudiera dar con nuestros cuerpos en la cárcel, si es que no en algún sitio peor, me inducía a excederme en mi exordio,

recomendando prudencia. De esta virtud desearía ejercitar la máxima posible: esto es, olvidarnos de la Torre y de Marina, la mujer embalsamada. Como sabía que esto no iba a ocurrir en ningún caso, porfié, medroso, acerca de la cautela que debía presidir siempre nuestros actos.

Jerónimo escuchó mi jeremiada, no diría que con indiferencia, pero sí con resignada conformidad, como si escuchara la llantina de un niño pequeño. Se mostraba siempre tan seguro de sí mismo que hubiera sido muy capaz de proseguir las averiguaciones él solo. Así que decidí acompañarle, más que nada para poner un poco de medida y prevención en sus actos y, como consecuencia, en los míos. Los papeles de cada uno estaban de antemano repartidos: Jerónimo, consciente de su contextura física, daba muestras en todo momento de una audacia rayana en la insolencia. Nada parecía refrenar sus impulsos. Yo, por el contrario, apegado a mi consunción física, que me era tan querida, cumplía el papel de moderador, para intentar llevar las cosas con tino y, a ser posible, sin riesgos. En el momento de este cruce de impresiones, pensé que mi habitual prudencia y el vigor intelectual del que pretendía hacer gala habían ponderado suficientemente las posibles dificultades que podríamos encontrar. Tiempo después, tendría ocasión de comprobar que ni de lejos acerté a adivinar los graves momentos y tensiones que debíamos soportar, a causa de la desatinada decisión que adoptamos.

Para dejar sentados todos los puntos, traje a colación de nuevo la pertinencia de dar conocimiento a la policía del cuerpo momificado descubierto en la Torre. Lo hice a sabiendas de que mi amigo respondería como acostumbraba en cuanto a floraba esa sugerencia: que eso implicaría, por una parte, reconocer que habíamos cometido el delito de allanamiento de morada y, por otra, constatar la inutilidad de la denuncia, ya que, por el tiempo transcurrido, el suceso estaría legalmente prescrito; en consecuencia, la policía no tendría ya nada que hacer en el asunto.

Convinimos, por otra parte, que, en lo que pudiéramos, nos serviríamos de nuestras profesiones para meter las narices donde hiciera falta. Jerónimo podía moverse en la calle libremente, sin levantar sospecha, así como tener acceso a edificios oficiales, por su condición de periodista. Yo, como jefe de servicio de la recaudación municipal, gozaba de la condición de autoridad y estaba facultado para entrar en los domicilios y requerir la documentación que estimara necesaria, a fin de indagar la situación tributaria de los contribuyentes; era una finalidad muy concreta, sí, pero que podía fácilmente ampliarse para, dentro de ciertos márgenes, poder recopilar la información que consideráramos imprescindible.

El lapso de tiempo transcurrido fue la principal objeción que enfrió nuestros ánimos, a la hora de dar impulso a los ingenuos deseos de esclarecimiento: a todas luces nos parecía excesivo. A los diez años de retraso que existieran desde el momento en que ocurrieron los hechos, cuando iniciamos nuestra peculiar andadura detectivesca, se unían ahora otros tantos, devenidos a causa de nuestras ocupaciones profesionales. Veinte años eran demasiados para sacar a la luz misterios olvidados. Las claves que condujeran a ellas muy posiblemente habrían desaparecido o estarían destruidas. Incluso las personas que de una forma u otra intervinieran en los hechos, posiblemente hubieran muerto.

Eran dificultades que parecían sensatas, por lo que resultaba congruente tenerlas presentes en el momento de encarar la reanudación de nuestras actividades de búsqueda. Nos resultó extraño inmiscuirnos en una actividad que dejáramos diez años atrás. Aunque en principio daba la sensación de que el tiempo no hubiera pasado y todo siguiera igual, se trataba de una mera impresión anímica. Los recuerdos tienen la facultad de retrotraernos a un mundo inexistente, ficticio, que da cuenta de nuestra vivencia, pero que no se puede actualizar. Por más que nos diera la impresión de reverdecer pretéritas circunstancias, estas no eran en absoluto las mismas. Ramiro, copartícipe entonces de nuestras inquietudes y pesquisas, ya no estaba junto a nosotros, al haber sido destinado a otra ciudad; y en cuanto a Jerónimo y a mí, asumíamos ya una carga de experiencia vital que nos comprometía. Por más que quisiéramos afectarnos con fáciles impresiones, nos inmiscuíamos en un tiempo inédito, que debíamos asumir en todas sus consecuencias. Solo el ambiente externo mostraba connivencia de inmutabilidad. A nuestro alrededor, la ciudad parecía mecerse en permanente intemporalidad, caracterizada por una actividad ciudadana pausada y aparentemente relajada. Pero, por debajo de esa impresión inicial, persistían muchos, demasiados miedos, anidaban ambiciones, el dolor cabalgaba a sus anchas y el juego de la vida y de la muerte continuaba implacable.

Con estas impresiones a flor de piel, encaminamos nuestros pasos hacia las afueras de la ciudad. Tiempo atrás, cuando todavía el asunto de la Torre lo afrontábamos poco menos que como un juego, habíamos decidido, después de la experiencia del cementerio, concretar nuestras pesquisas en la actividad de los taxidermistas de la ciudad. Pero, antes de seguir esa línea de investigación, nos pareció conveniente tener una charla con los familiares de los afectados por los hechos de la extraña mansión. De las esquelas que viéramos en el añejo periódico consultado en la biblioteca municipal, tomamos debida nota de las direcciones que allí figuraban. Una de ellas, la de la joven Marina, la escogimos como punto de partida para la reanudación de lo que considerábamos ya como nuestro deber de hombres justos.

Conforme a nuestras notas, identificamos una casa humilde, de planta baja, en el extrarradio de la ciudad. Tenía la típica puerta antigua de dos hojas superpuestas, arriba y abajo, en la ocasión herméticamente cerrada. Golpeamos la aldaba con decisión rayana en la insolencia. Los golpes resonaron de manera alarmante en el tranquilo barrio. Nadie acudió a nuestro sonoro requerimiento, por lo que lo reiteramos un par de veces más. Al cabo de ellas, una mujer, desde la vivienda contigua, se asomó discretamente. Nos dijo con indiferencia que la casa donde llamábamos estaba deshabitada desde hacía muchos años. Inquirimos si acaso la vecina habría conocido a la última ocupante de la casa, pero no nos supo dar razón. Ella vivía en la barriada desde hacía diez años y, en ese tiempo, conoció la casa siempre cerrada.

Regresamos decepcionados al centro de la ciudad. Apenas iniciábamos nuestras averiguaciones y ya nos encontrábamos con la primera dificultad. Jerónimo extrajo del bolso el papel arrugado en el que constaba la otra dirección sacada de las esquelas: la de un hombre de edad intermedia, con tratamiento de ilustrísimo. Desconocíamos si existía alguna relación entre las dos muertes o simplemente habrían acaecido en el mismo día, sin conexión una con otra. No solo las direcciones eran distintas; los apellidos también diferían y nada pensaba que tuvieran algo en común. Pero era la única pista que teníamos a nuestro alcance y decidimos aprovecharla

antes de darnos definitivamente por vencidos en nuestra iniciática pretensión.

La nueva dirección nos hizo acudir al otro extremo de la ciudad. Aunque lejos del centro, se trataba de una zona residencial, con casas de dos plantas, todas simétricas, con un pequeño jardín en la parte delantera. Era evidente que el lugar estaba habitado por gentes pudientes, que pronto adivinamos, por el trasiego de coches oficiales, que pertenecían a la nueva burguesía: altos funcionarios y miembros destacados del régimen. No pude por menos de advertir a mi amigo del compromiso en que incurriríamos, con las consiguientes dificultades, si molestábamos a alguno de aquellos prebostes. Yo tenía muy reciente el ingreso en la Administración y no me agradaba que algún escándalo injustificado me pudiera poner en la calle. El mismo Jerónimo debía ser consciente de que podía tener complicaciones en el periódico, si importunábamos a algún residente de la zona. Pero aquel, con la mayor flema, enfocaba el asunto como un trabajo de investigación periodística, del que saldrían los oportunos reportajes, y pensaba que estaba perfectamente legitimado para efectuar las indagaciones que estimase oportunas. Aunque a regañadientes, accedí a secundar sus propósitos, no ya porque me convencieran sus explicaciones, sino más bien porque, en el fondo, tenía tanto o más interés que él en desentrañar el enigmático asunto de la chica embalsamada y depositada en la Torre.

Cuando localizamos la casa, Jerónimo, con decisión, golpeó dos veces la puerta con el artístico llamador dorado en forma de mano. Al instante, se oyeron pasos quedos al otro lado. Pensé que, al menos en esta ocasión, teníamos a alguien con quien hablar. Se escuchó el sonido metálico de un cerrojo al descorrerse y la puerta se abrió confiada. Apareció una joven doncella, con cofia y delantal blanco, que, a nuestro requerimiento, nos pasó a un amplio salón, amueblado con gusto. En una de las mullidas butacas, había una señora, que, según dedujimos, debía de exceder de la cincuentena, con el pelo canoso, aunque muy bien cuidado y peinado. Vestía impecable traje sastre y calzaba zapatos de tacón alto. Sus gestos eran reposados y distinguidos.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó con amabilidad.

La prestancia de la señora nos intimidó. Nos miramos un instante, como buscando una respuesta convincente, que no acertábamos a encontrar. Fue Jerónimo quien respondió con voz suave y modales comedidos, identificándose como periodista deseoso de tener una entrevista con ella. El buen talante y guapura de mi amigo debieron de impresionar favorablemente a la señora, porque señaló unas butacas enfrente de ella y rogó que nos sentáramos. Mientras lo hacíamos, renacieron en mi interior las anteriores prevenciones, ante el intrusismo que cometíamos; mentalmente, rogué a los buenos hados que saliéramos bien de la aventura, porque, de momento, temía lo peor. Jerónimo, sin embargo, parecía disfrutar con la situación y se movía con envidiable desenvoltura. Tomaba el asunto del reportaje como algo intrascendente y natural en su oficio, sin pensar en las consecuencias que podían acarrearle. Y, sobre todo, confiaba en su prestancia masculina, capaz de influenciar y atraer a cualquier mujer.

Tuve que apartar los iniciales reparos para atender el amable requerimiento de la señora y tomar asiento. Miré discretamente alrededor y detecté buen gusto y calidad en el mobiliario del salón: sillas elegantemente tapizadas con terciopelo rojo, una gran mesa en el centro del espacio, finamente pulida, con incrustaciones de maderas finas, y junto a la pared, una cómoda con la misma calidad en la madera que la mesa; sobre aquella había un reloj artísticamente labrado en

metal dorado, con dos candelabros del mismo metal, uno a cada lado. Al fondo, en una esquina, otro reloj, este de pie, que dejaba oír su tictac en cada movimiento del péndulo. Todo ello era indicio de la alta posición social de la señora y de su fina apreciación.

Jerónimo extrajo su carné de periodista, que exhibió ante la señora, y con su habitual desenfadado le explicó el motivo de nuestra visita. Ella puso gesto de extrañeza.

—Han pasado muchos años —comentó

—Así es, señora.

—Puede llamarme doña Catalina —corrigió ella, con dulzura, pero con decisión.

—Bien —prosiguió Jerónimo—, es cierto que han pasado veinte largos años, pero la verdad de lo que ocurrió en la Torre nunca salió a la luz. La gravedad de los hechos y la resonancia que tuvieron en la ciudad me han persuadido de que sería interesante actualizarlos, para dar a conocer a la opinión pública sucesos trascendentes del pasado.

—Dudo que tengan el interés que dice, pues, por desgracia, hechos similares ocurrieron en esa época con demasiada frecuencia.

—Sí, pero este fue precisamente el primero de todos ellos que aconteció en nuestra ciudad. Además, la circunstancia de las personas implicadas lo hace enteramente diferente—replicó Jerónimo—. He oído decir, en boca de un familiar mío, que este suceso motivó precisamente la posición de los regidores de la ciudad a favor del levantamiento militar, que daría lugar al actual régimen.

—Aunque tuviera esa trascendencia que le concede —doña Catalina se expresaba pausadamente, pero sin afectación—, creo que los hechos están claros: Rodolfo Sotomayor, mi marido, a pesar de su condición aristocrática, y de ostentar en aquel momento la jefatura del partido derechista, tenía amistad con algunos miembros republicanos. Fueron estos los que le invitaron a un acto social en la Torre, con intención de conseguir una relación fluida y pacífica entre las diversas corrientes de opinión. Entre los asistentes estaba la joven Marina, que era una líder feminista, enrolada en las filas socialdemócratas. Algunos elementos de los grupos fascistas se enteraron de la reunión y enviaron a sus fuerzas de choque, al mando del «Duce», prohombre del extremismo más sectario, con intención de reventarla. Eso era normal entonces, tanto por una parte como por otra. Se produjo un violento choque entre las dos facciones. Lo grave fue que, en medio de la revuelta, se sacaron armas y hubo un fuego cruzado: mi marido y la joven Marina fueron alcanzados por los disparos y murieron. Nunca se supo con certeza de dónde provinieron los disparos, dada la intensidad de la refriega. A causa de la personalidad sobresaliente de Rodolfo, líder, como he dicho, del partido conservador, las fuerzas de derechas mostraron gran indignación con lo sucedido. Como consecuencia, se confabularon para poner a disposición de los militares, de los que tenían noticias fidedignas de lo que tramaban, sus personas y sus bienes. Justamente al siguiente día de los sucesos trágicos de la Torre, se producía el alzamiento nacional. —La señora quedó un momento pensativa antes de proseguir su relato—. Para mí, la muerte de Rodolfo supuso un trauma tremendo. Éramos todavía jóvenes, estábamos ilusionados, manteníamos una buena posición económica y anhelábamos tener hijos; lo normal en una familia con aspiraciones a ser plenamente feliz. El terrible suceso me abocó a una ineluctable soledad, envuelta, por una parte, en el resquemor y, por otra, en el recuerdo amoroso a mi marido. Por

eso, desde entonces permanezco recluida en esta casa, de la que jamás he vuelto a salir, salvo para atender algún problema puntual de salud. El mundo y sus avatares no me interesan. Al principio de mi viudez, en los momentos de desesperación, que los tenía, pensaba en la exigencia de justicia, a fin de castigar a los culpables de la muerte de Rodolfo, aunque nunca llegué a tomar iniciativa alguna al respecto. Después, el dolor se sosiega; han transcurrido demasiados años desde entonces y ya no merece la pena ni siquiera tener ese íntimo clamor. Quien quiera que fuese el que cometiera el malhadado hecho, si es que vive, que lo lleve como congoja en su conciencia; y si esta no se lo recrimina, yo tampoco lo haré. Si hay un Dios, que lo juzgue debidamente. Por mi parte, solo le alcanza ya el olvido, aunque me cuesta todavía hablar de perdón.

La señora guardó un momento de silencio, como momentáneamente aplanada por el peso de los recuerdos. Jerónimo aprovechó para inquirir con suavidad:

—¿Tuvo en algún momento sospechas fundadas de quién o quiénes pudieron ser los autores de los disparos?

—Nadie de los que vinieron a consolarme en los días siguientes concretó nada al respecto. La policía tampoco sacó nada en limpio. En realidad, ni siquiera se molestó en investigar. El país estaba en guerra y dos muertos más o menos a nadie interesaban ya, cuando alrededor los había a millares. Si fueron elementos de izquierda, pagaron ya su culpa con las feroces represiones que se dieron por esa época. Si eran de los de derechas, ahora están instalados en el poder. Sería inoportuno molestarlos. De ahí mi reflexión anterior para que los juzgue quien pueda y quiera. Yo, no.

Jerónimo parecía influido por las suaves maneras de doña Catalina, pues habló a continuación en tono bajo y comedido:

—Le estamos muy agradecidos por habernos permitido acceder a sus recuerdos y a sus sentimientos. Si en algo podemos serle de utilidad, no dude en pedirnoslo. Estaremos encantados de complacerla.

—Muchas gracias. Lo que sí les recomiendo es que mediten y ponderen la conveniencia de publicar ese reportaje. Sigue siendo muy peligroso remover ciertos hechos, sobre todo, si sus autores siguen vivos y gozan de poder en la ciudad. Me desagradaría en extremo que unos jóvenes tan encantadores como ustedes tuvieran algún mal tropiezo.

Aunque lo del reportaje era falso, las palabras de la señora implicaban, en relación con nuestras pretensiones, una sabia recomendación, que por mi parte hubiera gustosa y plenamente acatado. Pero me constaba que Jerónimo la tomaría como una simple manifestación de cortesía, que no le impediría en absoluto seguir adelante con los proyectos esbozados, arrastrándome tras él.

Permanecimos un momento en silencio, meditando el relato de doña Catalina. Ella aprovechó el momento para pedir a la doncella que nos sirviera alguna bebida de nuestra preferencia. La rechazamos educadamente y le dimos de nuevo las gracias por la deferencia que había tenido de recibirnos y darnos su versión de lo ocurrido en la Torre. Antes de salir, nos deseó suerte en

nuestro cometido y valor para llevarlo a cabo. La última visión que tuvimos de ella fue reclinada en la butaca, con la mirada perdida y un sesgo de sereno dolor en el rostro ante la evocación de los lejanos sucesos que nuestra presencia le habían acercado. En ningún momento mostró flaqueza ante nosotros, pero, ahora que quedaba sola, vimos cómo unas lágrimas resbalaban libremente por sus mejillas.

Salimos impresionados por la versión de los sucesos que doña Catalina nos transmitiera, asumiendo mentalmente los detalles facilitados. En algún momento de este proceso mental, Jerónimo tuvo necesidad de expresar en voz alta su dubitación:

—Doña Catalina nos ha realizado una descripción de los hechos que acontecieron en aquella tarde trágica, que podemos considerar fidedigna, ya que coincide con lo que, de modo más impreciso, dijo mi director. Por tanto, estoy seguro de que lo que aconteció en la Torre fue exactamente eso: un encuentro entre facciones opuestas, dentro del enrarecido mundo de la política de entonces, con el dramático resultado de dos muertes. —Jerónimo se detuvo, con la intención evidente de que yo ponderara en profundidad lo que a continuación iba a decir—. Pero, además de todo eso, nosotros sabemos algo más. Algo que nadie, ni siquiera la policía, conoce: la existencia en la Torre del cuerpo embalsamado e insepulto de una mujer, cuando según la esquela publicada en el periódico, y la referencia del suceso al día siguiente del duelo, fue enterrada en medio de una numerosísima asistencia.

—Mujer que, después de la prospección de la tumba, y tras las declaraciones de doña Catalina —argüí yo, para cerrar el comentario de Jerónimo—, podemos ya identificar, sin ninguna duda, como Marina, la mujer asesinada en la Torre. Esta malsana edificación se convierte así para ella tanto en un lugar de muerte, como de permanente culto.

—Extraño y necrófilo culto por parte de alguien que, con su manera de proceder, manifiesta bien a las claras el grado de alteración mental que padece.

—Sería un rendido admirador de la mujer —aduje, con intención de precisar los rasgos del presunto individuo—, que no se resignaba a perder para siempre a su amada.

—No es frecuente que un enamorado cometa el atropello de violar una tumba —replicó Jerónimo, al que miré con gesto de ironía, pensando que nosotros habíamos hecho lo mismo, aun sin estar enamorados— y de sacar el cuerpo muerto de la que fuera su amor, para embalsamarlo y tenerlo perpetuamente en su presencia. Hay que tener muy extraviada la mente para hacer todo eso.

—Ya se sabe que el amor hace locuras.

—De esta índole, no. Es tan excepcional el hecho que manifiesta por sí mismo la anormalidad del individuo que llevó a cabo semejante despropósito.

—En cualquier caso, ya no está a nuestro alcance conocer la personalidad de tan esotérico individuo. —Mi intención de salir del más que previsible embrollo era evidente, ante el temor de que cada paso que diéramos nos introdujera más en él—. Además del gran lapso de tiempo transcurrido, no tenemos ni medios ni posibilidades de acercarnos a su entorno.

—Olvidas que habíamos previsto visitar a los taxidermistas de la ciudad, por si de ellos podíamos sacar alguna conclusión sobre el embalsamamiento de Marina.

No lo olvidaba, pero tenía la esperanza de que Jerónimo sí lo hubiera hecho. No me gustaba

en absoluto la trama en la que nos estábamos metiendo. Apenas asomados a ella, teníamos ya evidencias suficientes de que estábamos ante situaciones insólitas, propiciadas por alguien, cuando menos, extravagante y con una audacia fuera de lo común. Por lógica elemental, si ese alguien llegaba a tener la más mínima sospecha de que sus extrañas mañas fueran descubiertas, sería capaz de cualquier cosa para evitarlo. Esto es lo que me desazonaba. Pero Jerónimo no iba a ceder en su empeño, arrastrándome tras él. Lo conocía de sobra para saber que sería capaz de oponer audacia contra audacia en un enfrentamiento de irracionalidad. Tenía una fe ilimitada en sus posibilidades. También yo. Ese era el problema. Él debió de intuir mis dudas, porque habló sin reservas.

—El grado de riesgo que estemos dispuestos a afrontar en este asunto que acabamos de iniciar es algo que debemos plantear claramente desde este momento. Yo, por mi parte, confieso que me siento enormemente atraído por el misterio de la joven embalsamada. Considéralo, si quieres, como una fascinación enfermiza; pero, cuando recuerdo el abandono de la hermosa joven en el interior de la destartada torre para satisfacción de un mórbido capricho, pienso que, con su inerte presencia, está pidiendo que remedemos su situación. Somos los únicos en saber de ella, lo que, por compasión y humana deferencia a la infortunada mujer, nos obliga a seguir adelante con nuestro propósito para liberarla de su extraño cautiverio. Yo, al menos, estoy decidido a hacerlo, cualesquiera que sean las consecuencias

Este último inciso me inquietaba, pero la seguridad con que se expresaba Jerónimo acabó por contagiarme. Así que expresé mi decisión de seguir adelante con nuestro propósito, a sabiendas de que en algún momento podíamos encontrarnos algún tipo de riesgo que, aunque intuíamos, todavía en aquel momento no alcanzábamos a concretar. Quizá una representación concreta del peligro que nos acechaba, a raíz de la atrevida intromisión en el asunto de Marina, nos hubiera hecho reflexionar con más calma. Pero, de momento, solo acertábamos a imaginar un vago desafío a la ley y, acaso, a un extraño individuo, que, de momento, por su inconcreción, no nos asustaba demasiado. Sí quise dejar constancia de que, si en algún momento de nuestro compromiso nos veíamos desbordados por los acontecimientos, nos apartáramos definitivamente del asunto y acudiéramos a la policía con todo lo que supiéramos, para que esta, si lo estimaba necesario, continuara las investigaciones. Jerónimo otorgó su compromiso a ese planteamiento. Estoy seguro de que tanto él como yo lo hicimos de buena fe, sin saber todavía que llegaría un momento en que, planteada esa disquisición entre seguridad o riesgo, nosotros optaríamos por este, como un acicate para seguir adelante con nuestra investigación.

Con renovados propósitos, me dispuse, pues, a acompañar a Jerónimo en la primera y más inmediata línea de actuación que se nos ocurriera cuando decidimos meter las narices en el problema de la Torre: averiguar quiénes eran, y cuál la catadura de cada uno de ellos, los taxidermistas de la ciudad. Constituía un requerimiento elemental, apto para ser llevado a cabo sin excesivo compromiso. Parecía, sin embargo, que esta pretensión nuestra se resistía a ser atendida. Ya anteriormente la habíamos preterido en dos ocasiones, a fin de atender propuestas más sugerentes e inmediatas. En la presente ocasión, volvería a serlo, debido a la inesperada

ocurrencia de mi amigo.

—Estoy pensando que, a causa del tiempo transcurrido, así como de nuestras idas y venidas, bien podría ser que se hubiera producido algún movimiento de reacción por parte de personas involucradas en la trama.

Era, en efecto, una posibilidad, considerando que vivíamos en una pequeña ciudad de provincias, en la que cuanto ocurría en ella se acababa por saber, más pronto que tarde. Esa posibilidad de conocimiento se acrecentaría si ese alguien estaba estrechamente ligado al régimen, ya que, en este caso, tendría información inmediata y fiable de cuanto ocurriera en el entorno. Pero sobre esa probabilidad pesaba más la consideración de que hacía ya diez largos años que habíamos estado en la Torre, tiempo suficientemente largo como para que se hubieran podido producir algunos cambios en el estado de cosas que nosotros contempláramos.

—No parece probable lo que dices respecto al conocimiento de nuestros avatares, porque no hemos sido molestados en absoluto —contesté, más que nada, por llevar un poco de tranquilidad a mi ánimo, adivinando la conclusión a la que pretendía llegar mi amigo.

—No tendría necesidad de actuar sobre nosotros —replicó Jerónimo—. Para sentirse seguro, le bastaría con hacer desaparecer la prueba del delito. Ha tenido muchos años para llevarla a cabo, por prevención o por un simple cambio de opinión sobre la custodia del cadáver.

—¿Adónde quieres llegar? —inquirí, a sabiendas de cuál sería la respuesta.

—A que nosotros estamos preocupados por averiguar el misterio del cuerpo embalsamado de Marina, y dispuestos a tomar las oportunas y necesarias iniciativas, cuando quizá, después de una década, dicho cuerpo ya no esté en la Torre.

Bien podía haber ocurrido, desde luego, lo que Jerónimo insinuaba, pero previendo la conclusión lógica que él extraería de tal insinuación, adopté una postura de indiferencia e incredulidad al respecto. No me valió de nada, porque Jerónimo me hizo a continuación la propuesta que yo temía: volver de nuevo a la vieja mansión y comprobar si el cuerpo de la desgraciada joven seguía aún allí. Era una decisión congruente con nuestros propósitos, pero que me desagradaba. Aún recordaba el mal trago soportado la vez anterior para traspasar el estrecho orificio, como para querer repetirlo. Pero no podía negarme a acompañar a Jerónimo; primero para no dar muestras de cobardía ante él, lo que me hubiera desprestigiado a sus ojos, y después, porque mi interés en contemplar otra vez el cuerpo embalsamado de Marina era tan grande como el de mi amigo. Accedí, pues, a la sugerencia, con el escepticismo de quien se ve obligado a seguir un destino ineluctable y caprichoso, imposible de esquivar.

Aquella misma tarde nos encaminamos de nuevo hacia la que ya nos parecía una especie de santuario, al que acudiéramos en peregrinación. Una vez en él, no nos molestamos en empujar y abrir el portón de hierro, rígido por la oxidación de sus goznes. Saltamos limpiamente la tapia y atravesamos la zona que otrora fuera jardín, con los restos del maltrecho y raquítico arbolado, en cuyo centro se encontraba el pozo de amplia embocadura. Conservaba la tapa de hierro, perfectamente ajustada al brocal y sujeta por un viejo candado. Pasamos de largo y encaramos el noble edificio de piedra con la misma convicción que si se tratara de un edificio de nuestra propiedad. Se conservaba magníficamente, desafiando con altivez los años. Se le calculaban doscientos de existencia y fácilmente podría resistir otros tantos, sin necesidad de reparación.

Nos dirigimos hacia el costado opuesto al de la entrada, donde reparamos en una construcción accesoria que los nervios y la emoción de la primera visita hicieron que nos pasara desapercibida. Se trataba de un depósito de agua, de forma circular, fabricado enteramente con hormigón, al igual que la base de apoyos que lo sustentaba, y aupado a unos tres metros del suelo. Debió de construirse en la década de cuando ocurrieron los hechos, al no llegar hasta allí la conducción de agua municipal. El líquido debía trasvasarse desde el depósito hasta el edificio residencial por simple caída, mediante el sistema de vasos comunicantes, a través de tuberías subterráneas. Aunque sucio y desconchado en algunos puntos, el depósito sugería la sensación de robustez. Debía de estar a rebosar, porque por las juntas de la parte superior escapaban algunos hilos de agua. La modernidad del complejo acuático contrastaba notablemente con la nobiliaria y añeja hechura de la mansión.

En la pared posterior de esta descubrimos la escueta hendidura que nos sirviera de entrada. Al lado, la piedra desprendida, que en otro tiempo cubriera aquella, seguía abandonada en el mismo sitio, aunque con una capa de verdín en la superficie, a causa de la humedad. Como siempre, fue Jerónimo el que, sin la menor vacilación, se acercó, introdujo los pies en el hueco, se dejó resbalar y, al instante, desapareció. Debió de doblarse un tobillo al caer sobre el duro suelo del fondo, porque escuché una maldición, que me hizo sonreír. Esta breve anécdota permitió que me relajara, para encarar con decisión la entrada. Cuando me vi atrapado en el orificio a la altura del pecho, la falsa valentía me abandonó y sentí el mismo pavor que en la anterior ocasión. Solté aire como viera hacer a mi compañero de aventura e intenté deslizarme lentamente para pasar el trance. Tuvo que ser, sin embargo, aquel quien resolviera mi comprometida situación, por el expeditivo método, usado ya la otra vez, de tirar fuertemente de mis pies. Di un grito de terror y caí trastabillado. Pero, una vez dentro, me incorporé con la mayor naturalidad y me sentí orgulloso y satisfecho de estar allí, como si hubiera realizado una gran hazaña.

Atravesamos el sótano y nos dirigimos hacia el fondo, donde en una de las paredes laterales, a media altura, seguía fijada la estructura de hierro con un gran volante en su centro. Todo seguía igual que cuando lo viéramos por primera vez. El polvo de los años, eso sí, había aumentado,

formando una pátina consistente en el suelo, como si estuviera cubierto por fina escarcha. También las telarañas eran más abundantes y espesas. Me sorprendió que, junto a la profusa humedad del sótano, se conservara, tantos años después, el difuso olor a mostagán de cuando fuera bodega. Desde el fondo, encaramos la sesgada escalera que, en su mitad, doblaba hacia la derecha. Después, ya en el vestíbulo, por la amplia escalinata, ascendimos a la planta noble. El inmenso salón se ofrecía a nuestra vista como las fauces oscuras y siniestras de un monstruo desconocido. En ese instante, me arrepentí de haber entrado con tan irreflexivo desparpajo en semejante lugar y me sentí acuciado por sensaciones de agobio. No solo era un intruso en casa ajena, sino que esta tenía todos los elementos para convertirse en una típica mansión de horror, que a veces viéramos en el cine. Retuve mis prevenciones para no ser acuciado por Jerónimo y seguí sus pasos, mirando con prudencia a uno y otro lado. Nos adentramos en la angosta escalera de piedra que conducía a la torre, de espacio tan reducido que nuestros hombros rozaban las paredes. Me ocasionaba tal sensación de claustrofobia que apremié a Jerónimo para que subiera más deprisa. Y es que me recordaba un lugar similar, en el campanario del templo parroquial cercano a mi casa, un sitio tan estrecho que, ante la perspectiva de quedarme encajonado eternamente en él, me horrorizaba. En la presente ocasión, verme arriba, en la torre, me hizo respirar aliviado. También esta zona superior estaba tal y como la contempláramos diez años atrás. El polvo del suelo estaba impoluto, señal inequívoca de que nadie había hollado el lugar. Éramos nosotros los que, con nuestras pisadas, dejábamos huella de la insolente presencia. Se me ocurrió pensar que tales vestigios podían fácilmente delatarnos, si alguien se acercaba a la casa. Expuse este temor a Jerónimo, pero él se mostraba tranquilo.

—Si como demuestra la ausencia de pisadas, nadie ha venido en tantísimos años, no es razonable que vaya a venir ahora—me contestó.

Cuando encaramos la hornacina de la izquierda olvidamos reparos y miedos, anonadados, una vez más, por la singular presencia. Allí estaba, cuidadosamente resguardado bajo la urna de cristal, el cuerpo yacente de Marina. La citábamos así, por su nombre, como si ya fuera algo muy íntimamente nuestro, desde la profunda convicción de que nos habíamos constituido en testigos privilegiados de su presencia y solo a nosotros nos correspondiera su entrañable visión. Nos acercamos con la emoción y el respeto que sentiríamos por la más beatífica y apreciada de las reliquias. Jerónimo la despojó con cuidado de la urna acristalada, a la que pasó la mano por encima para liberarla en algo del polvo. Yo me sentía tan abrumado como estupefacto por lo que veía. No apartaba la vista del rostro de la muchacha, enjuto, hierático y oscuro.

—¡Debió de ser muy hermosa! —exclamé, transido de repentina turbación.

Mi expresión podía parecer, desde luego, una apreciación demasiado subjetiva, inducida por la emotividad del momento, ya que la carne momificada y consumida no permitía deducir una opinión certera sobre la armonía y estética que tuvieran en vida. Pero Jerónimo estaba también visiblemente impresionado por el peculiar hallazgo, como ya nos ocurriera cuando la vimos por primera vez. Ante el cuerpo inmóvil de la joven, olvidamos cualquier reparo, nos relajamos en su contemplación, ajenos al tiempo, e hicimos promesa solemne de remover cuantos obstáculos fueran necesarios, sin importarnos inconvenientes, dificultades ni peligros, para conseguir desvelar a los culpables de la trágica muerte.

Cuando pronunciamos nuestra promesa e invocamos los peligros no éramos conscientes de su inmediatez. Nos movíamos por el interior de la Torre con la seguridad y confianza de quien se sabe absolutamente solo. Por eso fue tremenda la sorpresa que nos llevamos al oír un fuerte ruido en la zona inferior de la mansión. Jerónimo se percató de inmediato de la situación, porque bajó a grandes saltos las escaleras hasta llegar al sótano. Dio un fuerte grito para advertir a alguien, pero solo fue respondido por un silencio prolongado, antes de que fuera roto por el mismo Jerónimo con una retahíla de maldiciones. No hubo necesidad de que me explicara nada cuando llegué junto a él, pues el orificio que nos servía de acceso, que desde dentro se veía como un resplandeciente halo de luz, estaba ahora totalmente cegado. Comprendimos lo que había ocurrido: alguien, desde fuera, había colocado la piedra en su lugar, bloqueando la única salida que teníamos.

Un terror instintivo convulsionó nuestros cuerpos. Estábamos encerrados en un antro, sin posibilidad de que pudieran venir en nuestra ayuda, porque nadie sabía que estábamos allí. Nadie, salvo el que bloqueara la hirsuta hendidura, quien, con su acción, demostraba bien a las claras su deseo de perdernos de vista para siempre. Como reacción inmediata, nos encaramamos a una vieja cuba que estaba en el sótano e intentamos empujar el bloque de piedra hacia afuera. Fue inútil, porque había quedado perfectamente encajado y resistió, incommovible, la presión que ejercíamos sobre él. Como alternativa, ascendimos hasta la planta principal, para probar por la puerta de entrada, única que existía en el pétreo edificio. Como ya pudimos comprobar desde el exterior, era de madera maciza, en buen estado y, por tanto, muy resistente. Estaba herméticamente cerrada. Tenía una cerradura antigua, de esas de puerta de iglesia que requieren para su apertura llaves de gran tamaño. Forcejamos con la madera un rato, hasta que nos cansamos, sin que la madera ni la cerradura cedieran un ápice. Probamos también en las ventanas, con intención de arrojarnos al vacío desde alguna ellas, si conseguíamos abrirlas. Fue en vano. Estaban fuertemente clausuradas con material de construcción, aglomerado con cemento.

El fracaso de nuestras tentativas nos hizo comprender la delicada situación en que nos encontrábamos. Me imaginé desfalleciendo en aquel lugar y, al cabo de unos cuantos días, muriendo de inanición. Nuestros cuerpos descansarían junto al de Marina para siempre, en aquella lúgubre morada. Teníamos a la joven momificada como una preciada reliquia, pero no tanto como para perseverar eternamente junto a ella. Agobiado por la desesperación, miré a mi amigo y pregunté con angustia si se le ocurría alguna medida que aliviara nuestra delicada situación. El silencio que siguió a mis palabras denunció el grado de temor que sobrecogía también a mi acompañante.

Fue a continuación de ese inquietante momento cuando a Jerónimo se le ocurrió decir que pensáramos con lógica. Me pareció un comentario estúpido, porque las únicas propuestas lógicas que teníamos eran la puerta, el hueco cegado por donde entráramos y las ventanas, elementos todos que habíamos ya desechado como inútiles para nuestra pretensión de escapar. Pero Jerónimo insistió en su idea, mientras me alumbraba con la linterna, para patentizar mi compañía.

—Cuando digo que pensemos con lógica, me refiero a que consideremos todas las

circunstancias que nos rodean: la más principal y evidente, la del cuerpo conservado de Marina.

—El hecho de que esté ahí, junto a nosotros, no nos sirve de gran ayuda para salir de este encierro—aduje con desgana—. Más bien es motivo para acrecentar nuestro miedo, porque vamos a acabar como ella.

—Intentemos conservar la calma, para poder concentrar mejor nuestra mente —insistió Jerónimo—. Si alguien, hace muchos años, se arriesgó a desenterrar el cadáver de la joven y a embalsamarla, no fue por un mero capricho momentáneo, para dejarla después abandonada en este miserable lugar.

—Comprendo lo que quieres decir —respondí yo, repentinamente iluminado por la idea de Jerónimo—. Y me arrepiento de no haberme percatado antes ese detalle.

Mi expresión ahora era de repentina relajación, propia de quien ha recobrado la esperanza.

Jerónimo fue más explícito para mi tranquilidad:

—Es fácilmente deducible que quien embalsamó y trasladó a la Torre el cuerpo de Marina ha debido de venir periódicamente hasta aquí, para contemplarla y consolarse ante ella de su dolor y de su frustrada felicidad.

—Debió de amarla mucho para seguir adorándola con esa intensidad y fervor, al cabo de tantos años —aduje.

—Así debió de ser, sí, —asintió Jerónimo—, pero a lo que voy ahora es a que para entrar en el recinto no puede usar la puerta, ocluida desde aquel lejano suceso y con la cerradura oxidada y, por tanto, muy difícil de manipular. Tampoco es dable pensar que accediera por nuestro dificultoso orificio, apto para un momento concreto y circunstancial, como el nuestro, pero no para usarlo con asiduidad.

—Es decir —concluí yo con indisimulado anhelo, ante la esperanza de encontrar remedio a nuestro encierro—, debe de haber otra entrada por donde accede nuestro peligroso y malintencionado galán.

—Exacto —asintió Jerónimo—. Y por la cuenta que nos tiene, debemos comenzar a buscarla cuanto antes.

La posibilidad de encontrar una salida para nuestro forzado encierro nos hizo buscar, a toda prisa, en la planta donde nos encontrábamos, algún indicio o señal de abertura que nos permitiera escapar por ella. Enfocamos con nuestras linternas las paredes y escrutamos con minuciosidad los gruesos sillares. La indagación, aunque apresurada, solo nos permitió constatar la perfecta factura de la obra. Las moles de piedra estaban perfectamente labradas y encajadas, sin que hubiera entre ellas alguna holgura que sirviera de indicio a nuestra pretensión. Pasamos después a examinar con el mismo detalle el suelo, pero el resultado fue igualmente negativo. Las baldosas de pizarra estaban ajustadas y bien alineadas unas con otras, y respondían al tacto con un sonido opaco, macizo, prueba evidente de que debajo de ellas no había vacío. Hubimos, pues, de convencernos de que en la planta baja, donde estábamos, no existía ningún lugar de salida, salvo la puerta principal, a la vista de nosotros, pero cuya robustez, según antes pudimos comprobar, era muy superior a nuestras fuerzas como para pensar en dedicarnos a empellones con ella. Ascendimos hasta el piso superior y efectuamos la misma labor indagatoria en el inmenso y fantasmal salón, con igual resultado de insatisfacción. Me sentía especialmente incómodo en él,

con los muebles tapados con sábanas blancas, cual sudarios, como si se tratara de un inmenso mausoleo. Apremié a Jerónimo para salir al pasillo, donde me encontraba más relajado. En cualquier caso, el momentáneo optimismo que nos asistiera cuando sospechamos la existencia de otra salida fue difuminándose. Cruzamos miradas cargadas de indisimulada ansiedad, buscando instintivamente en el otro la confianza propia que se nos escapaba por momentos.

Sin saber ya por donde buscar, ascendimos de nuevo a la torre, lugar que, por su altura, parecía improbable que guardara algún compartimento secreto. A modo de súplica, dirigimos nuestros ojos hacia la momia, como si ella pudiera entendernos y nos sugiriera algún remedio a la comprometida situación. No sé si Jerónimo fue inspirado por esa visión, pero lo cierto es que expresó en voz alta una constatación evidente: en los muros no podía existir apertura alguna, puesto que, además de estar contruidos con gruesos sillares, tras ellos solo existía el vacío exterior. De existir, pues, una vía camuflada, tenía que estar en el suelo. Como hiciéramos anteriormente en la planta baja, procedimos a una observación pormenorizada del suelo, que resultó ser igual de macizo y homogéneo que el del piso inferior.

Decir que estábamos en trance de desesperación podía resultar exagerado, pero que la preocupación se apoderaba de nosotros era evidente. Intercambiábamos miradas ansiosas entre nosotros y el cuerpo yerto de Marina. Teníamos hacia ella respeto y admiración por el trágico suceso que acabara tan tempranamente con su vida. Pero no nos agradaba en absoluto terminar nuestros días a su lado para disfrutar de su eviterna y árida compañía. Éramos conscientes de que habíamos actuado con improvisación e impertinencia al inmiscuirnos en vidas y propiedad ajenas. Con importuna suficiencia y una gran dosis de precipitación, nos creímos poseedores de una permisibilidad capaz de permitirnos escrutar al prójimo con total libertad y confianza. Ahora, en la tenebrosa soledad de la Torre, comprendíamos que nos habíamos entrometido de forma insensata, por más que bien intencionada, en un asunto real y cercanamente peligroso. Contra lo que imagináramos en nuestras previsiones iniciales, el autor o autores de las atroces muertes seguían vivos y dispuestos a todo, pese a los muchos años transcurridos, con tal de que el terrible suceso perseverara en el silencio. El solo hecho de que supiéramos que existía el cuerpo conservado de una joven implicaba, por sí mismo, una situación de riesgo manifiesto, que en la forzada reclusión de la Torre captábamos con toda su magnitud e intensidad, riesgo que indudablemente debíamos asumir, tanto en el presente, como de cara al futuro, si persistíamos en nuestra insensata porfía; siempre y cuando, desde luego, consiguiéramos salir de la encerrona en que nos encontrábamos, lo que no parecía nada fácil. Además, si las habladurías eran ciertas, y los atentados de la Torre fueron cometidos por fuerzas de choque del régimen, podríamos encontrarnos bajo sospecha política, lo que, en las circunstancias actuales, implicaba un plus de peligrosidad sobreañadido.

La constatación de esta serie de certidumbres me hizo comentar en voz alta la conveniencia de mostrarnos más prudentes de ahora en adelante, para no correr riesgos como el presente. Jerónimo me miró con acritud y me recordó que lo que debía preocuparnos ahora no eran los albrures futuros, sino el modo de soslayar el riesgo presente. De los demás ya nos encargaríamos cuando aparecieran. Era cierto, pero no quise dejar mi comentario en una fruslería y recalqué que, de todos modos, en lo sucesivo debíamos ser más previsores y no actuar con la ingenuidad

que habíamos manifestado hasta ahora. Hablaba como si diera por hecho que íbamos a salir de allí, en una presunción de seguridad, que en mi fuero interno estaba muy lejos de sentir.

Sucedió un prolongado silencio, auspiciado por el creciente pesimismo. Nuestras miradas se dirigieron de nuevo a Marina, no tanto para inculparla por el delicado trance en que nos encontrábamos, sino para que, como dueña y señora de la Torre, nos indujera algún pensamiento acertado para salir de ella. No sé si, como daría en pensar algún creyente, el espíritu de la joven recogió nuestra llamada de auxilio y nos sugirió la solución o si, como yo prefiero pensar, la concentración de nuestros pensamientos en el lugar donde se encontraba el embalsamado cuerpo nos sugirió la idea concisa y oportuna. En instintiva reacción, nos acercamos presurosos a la hornacina. De primera impresión, nos percatamos de algo que hasta entonces no nos resultara significativo: mientras que el sótano, la planta baja y las escaleras tenían una gruesa capa de polvo, el cual era patente incluso en la parte superior en que nos encontrábamos, una pequeña parte del suelo inmediata a la hornacina estaba más limpia; como si alguien se esforzara en evitar que la suciedad se acumulara en esa zona. Nos agachamos y, mirando con atención, pudimos advertir a la luz melindrosa de la lámpara leves huellas de calzado. Las comparamos con el nuestro y comprobamos que eran distintas. A pesar de la pulcritud de la pizarra en ese punto, la humedad quizá del exterior impregnó ligeramente las huellas y quedó un rastro indeleble, que el autor de ellas no pudo borrar ante la premura con que hubo de salir, al escuchar nuestra inesperada presencia. Ya no nos cabía duda de que en la cercanía de aquel espacio se encontraba la oculta vía de escape. Con mucho mejor ánimo, nos dedicamos a examinar minuciosamente la superficie de la hornacina que dejaba exento el cuerpo inerte de Marina. Buscábamos con la ansiedad propia de quien desea recobrar cuanto antes la libertad, pero, a la vez, mostrábamos un deliberado y exquisito respeto hacia la bella dormida. Nunca, en la inmediata distancia, dirigimos una sola vez la vista hacia el cuerpo desnudo, como inconsciente muestra de respeto hacia la desdichada joven y homenaje a su intimidad.

Precisamente en la parte interior del sepulcro, detrás del cuerpo de la momia, descubrimos, en un intersticio entre la piedra, una pequeña palanca de hierro oxidado. Tenía una breve holgura, para moverla de un lado a otro de esta. Tiramos de ella con fuerza hacia el lado opuesto y al instante se oyó el ruido metálico de un mecanismo de muelles. La percepción del sonido fue cercana a nuestros pies, así que nos agachamos y examinamos las pizarras del suelo, circundantes a la hornacina. Una de ellas mostraba más holgura en las líneas de delimitación con las demás. Introducimos la punta de los dedos y descorrimos sin dificultad la negra pieza. A nuestra vista quedó exento un hueco, por el que cabía una persona. Jerónimo enfocó la linterna hacia dentro y se introdujo con decisión. Yo no estaba en condiciones de recapacitar si sería prudente, o no, inmiscuirse en aquel lugar, hosco y desconocido. El anhelo de verme cuanto antes fuera de allí me hizo seguir con decisión a Jerónimo, dispuesto a afrontar cualquier circunstancia que se presentara. Nos encontramos en un pasaje estrecho y oscuro, con fuerte olor a espacio cerrado y a humedad. Arrancaba de él una angosta escalera de piedra, que, en su descenso, seguía la dirección del muro exterior, girando en ángulo recto cuando lo hacía aquel. Solo cabía una persona en el hueco, por lo que Jerónimo continuaba abriendo la marcha, a toda prisa. Nuestras pisadas resonaban con fuerza en aquel antro. Alguien que estuviera oculto en

cualquier recoveco de la bajada podría causarnos un serio disgusto. Pero el ímpetu con que Jerónimo descendía, y la fortaleza que emanaba de su corpachón, hubieran seguramente disuadido a cualquiera que ocasionalmente se enfrentara. A nadie encontramos, empero, como ya suponíamos, quizá porque el miedo o la prevención del otro intruso no debían de ser menores a los nuestros. Al final de las escaleras nos encontramos en una galería algo más ancha, alargada, con techo abovedado, excesivamente bajo, lo que obligó a Jerónimo a encorvarse, para poder transitar por el escueto paraje. Toda la fábrica, así de bóveda como de paredes laterales, estaba estructurada con sillares de piedra, en un trabajo de gran precisión y esmero; lo que le hizo comentar a Jerónimo la excelsitud con que afrontaban su tarea los buenos artífices de tiempos pasados, frente al apresuramiento y la chapucería propios de los nuestros. Desmerecía del conjunto la pared que servía de cierre anterior a la galería, según la posición en que nos encontrábamos, pues estaba construida en cemento. Nos acercamos y vimos en su centro una trampilla de hierro oxidado. La pared toda rezumaba una intensa humedad y por algunos intersticios se filtraban hilillos de agua, motivo por el que el suelo de la galería tenía algunos charcos. Comprendimos que tal pared, con su apertura de hierro a modo de mecanismo de desagüe, estaba conectada con el depósito existente en el exterior, sirviendo de aliviadero para el caso de que aquel se llenara a rebosar. Eso indicaba que, en algún lugar, que en aquel momento no nos paramos a precisar, existía algún mecanismo de apertura para llevar a cabo el drenaje. Con los zapatos y los bajos de los pantalones empapados, pese al cuidado que teníamos en sortear los charcos, atravesamos el corto trayecto de la galería, la cual terminaba en otra pared, esta de piedra y ligeramente circular. Se trataba indudablemente de la parte interna del pozo existente en el jardín, que ya conocíamos. Hacia él debía de aliviarse el agua del depósito en el proceso de vaciamiento. Para facilitar esta labor tenía la pared en su parte baja un hueco en forma rectangular, similar en tamaño al de la hendidura de la bodega, que sirviera para introducirnos en la mansión; cabía, pues, por él, perfectamente, el cuerpo de una persona. Con gran prevención, Jerónimo se asomó, enfocó la linterna y miró hacia abajo. El agua del pozo se veía a una gran profundidad, lo que nos produjo un escalofrío de pavor, ante la sola idea de que pudiéramos resbalar desde el hueco hacia aquel tétrico submundo de agua. Nos apartamos de él con prevención y vimos a nuestra derecha tres breves escalones de hierro, empotrados en la pared, que terminaban en una tapa metálica. La aupamos y salimos al exterior. Nos encontramos en una zona del jardín, inmediata al pozo y próxima a la edificación. La trampilla estaba camuflada entre unos matorrales, por lo que pasaba desapercibida. Respiramos con ansia el aire libre, después de la claustrofóbica aventura. Aunque afuera estuvimos atentos, para evitar alguna acometida por sorpresa, a nadie vimos por los alrededores. Anochecía y nuestras sombras se confundían con las de los viejos y desmochados troncos. Siempre precavidos, como debíamos serlo de ahora en adelante, abandonamos el recinto y regresamos a casa, con el ánimo todavía tenso por el singular avatar.

Mejor debiera haber dicho que fui yo quien volví al domicilio. Jerónimo raras veces se aposentaba en el suyo. Su facilidad amatoria le abría innumerables puertas, a mano de sus dueñas. Rara era la noche que no dormía en caliente. No faltaban entre las solícitas amantes las mujeres casadas. Esta circunstancia hacía muy peligrosa la aventura amorosa de cada noche y así se le advertía a mi amigo, una y otra vez. Él, sin embargo, mostraba en ese aspecto, un desenfado proverbial. Se fiaba plenamente de sus ardorosas cómplices, que buscaban las ocasiones adecuadas para el furtivo encuentro. Me consta que ninguna de ellas quedó nunca insatisfecha, porque Jerónimo era un amante apasionado y ejemplar.

En la época de finalización de la claustrofóbica aventura en la Torre, llevaba largos días haciendo compañía a Lola, esposa de un militar, destinado temporalmente en Sidi Ifni. Salvo el período de permiso en verano, el matrimonio no tenía contacto alguno. Era Lola una mujer cercana ya a la cuarentena, de pelo moreno y rizado, que peinaba en abundante melena, y semblante agraciado. Su mirada felina, enérgica, expresaba con fidelidad la índole de su vehemencia temperamental, fácilmente explayable en exuberante ardimiento. Mantenía un nivel de vida alto, lo que le permitía conservar un físico admirable. Mujer sin hijos, mal soportaba, a causa de su extremada fogosidad, la estricta soledad a que se veía forzada por las continuas ausencias del marido. El conocimiento de Jerónimo con ella fue distinto al de los otros escauceos que habitualmente protagonizaba. Estos respondían a un eficaz y discreto sistema de comunicación entre mujeres necesitadas de amor, transmitiéndose unas a otras, con las naturales reservas, el buen oficio del galán. Este no tenía que molestarse en buscar sus amoríos, sino que eran sus agradecidas amantes quienes sabían encontrarlo. En principio, me costaba creer que tal situación se diera realmente; pero por lo que Jerónimo sugería —aunque siempre se mostraba reservado en cuanto a la personalidad de sus amistades íntimas—, y por lo que pude en ocasiones entrever, tuve ya la plena convicción de que existía una compleja y funcional red de información entre damiselas sentimentalmente afligidas, que estaban deseosas de alcanzar la privilegiada pieza que Jerónimo representaba. Siendo sincero, me resultaba comprensible esa profusa y peculiar demanda, ya que conocía de sobra las innatas y admirables cualidades de mi amigo para el arte erótico, así como la fascinación que le producía el aderezo pasional de unos amoríos furtivos. Por lo demás, Jerónimo mostraba siempre con las damas delicadeza y cortesía, apasionamiento y virilidad. A todo ello, añadía una cualidad sobresaliente: era siempre extremadamente reservado respecto a sus escauceos amorosos, de los que jamás hacía ostentación. Yo solo me enteraba circunstancialmente de ellos, porque al despedirme de él, en las ocasiones en que lo acompañaba hasta el periódico, a veces lo seguía un trecho, a impulso de la curiosidad, para saber quién sería en esa ocasión la afortunada amante. Él accedía, además, para mayor cautela, a los fortuitos domicilios, en hora tardía, al salir de su trabajo del periódico, ya en la madrugada, cuando la mayoría de la gente normal dormía, no dando así ocasión a habladurías

de vecindad. El amanecer lo encontraba siempre lejos del oportuno lecho.

Su amistad con Lola no fue motivada, de inicio, por el interés sexual. Devino con naturalidad a consecuencia de coincidir ambos reiteradamente en uno de los barrios obreros de la ciudad, aquel en donde se ubicaba precisamente el frontón. La frecuencia con que Jerónimo seguía acudiendo a él le hizo tener conocimiento y trato con los asiduos de la pelota a mano. Debían de tener estos referencia del cargo de mi amigo en el periódico e, incluso, de sus buenas relaciones con los jefes del régimen. Nunca, sin embargo, intentaron interceder para conseguir algún beneficio particular. Si acaso, cuando sus conversaciones traspasaban el ámbito estricto del juego a que asistían, cambiaban impresiones sobre las circunstancias del trabajo y el modo de mejorar las condiciones laborales. Jerónimo era sincero con ellos y les advertía que podía exponer en los organismos oficiales las propuestas que le hacían llegar, pero sin posibilidad inmediata de que fueran atendidas. Con pleno realismo y un alto grado de imprudencia, por más que lo hiciera en voz baja, hablaba del régimen como una mera fachada propagandística, tras la cual solo existía una dictadura mantenida mediante la represión más feroz. Tal modo de expresarse, que, cuando lo hacía en mi presencia, me molestaba enormemente, le granjeó el reconocimiento de aquellos hombres, que lo tenían por uno de los suyos. Esa era la habilidad de Jerónimo: tanto los miembros del régimen como sus opositores lo consideraran como alguien con quien se podía contar.

Después de las partidas de pelota, confraternizaba con ellos en alguna tasca del barrio. Uno de los que lo acompaña asiduamente y con el que llegó a adquirir una buena amistad era Fermín, padre de Lola. Hombre de edad avanzada, malvivía con una pensión miserable, generada en su época de trabajador del campo: la que otorgaba el llamado subsidio «de la perra gorda», que apenas le daba para comer. Vivía solo, ya que su mujer había fallecido tiempo atrás. Era un hombre sencillo y con la sabiduría innata en la gente rural. Lola le traía casi a diario artículos alimenticios que adquiría a muy bajo costo y sin limitaciones en el economato militar. Este tipo de establecimientos constituían una de las gabelas de los mantenedores armados del régimen, cuando para el resto de la población los alimentos eran escasos, caros y sometidos a racionamiento.

Muchas de las veces que Lola acudía a casa de su padre, lo encontraba todavía regresando del frontón, en compañía de Jerónimo. La asiduidad de trato propició una buena amistad entre este y aquella. Muchas veces regresaban juntos al centro de la ciudad, a eso de la media tarde, entretenidos en agradable charla. Cuando la mutua confianza arraigó en ellos, se intercambiaron sus confidencias con naturalidad. Jerónimo no tuvo inconveniente en manifestar su descontento con el régimen, para el que se mostraba crítico en tantos aspectos, aunque reservaba un margen de buena fe para algunos de los miembros de aquel. Lola se balanceaba en sus opiniones entre la arriscada oposición de su padre, antiguo y ferviente republicano, y el ideologismo aséptico de su marido, quien, por disciplina o simplemente por compañerismo de armas, exhibía una admiración sin límites hacia el dictador y su obra. Lola, en rigor, no tenía formados conceptos propios en política, para la que se declaraba, como la mayoría, no ya de las mujeres, sino de la población en general, indiferente y distante.

La familiaridad entre ambos se acrecentó e intercambiaban opiniones con plena libertad sobre

cualquier asunto que surgía a lo largo de la conversación, Fiel a su carácter, Lola se mostraba convincente y rotunda en sus juicios, sin decaer en ellos casi nunca, por mucho que arguyera su oponente. Era especialmente firme en sus convicciones sobre la condición de la mujer. Tenía, al respecto, opiniones que podían considerarse, en algunos aspectos, como feministas, aunque sin caer en radicalismos. Le molestaban especialmente aspectos como la necesidad de autorización marital para ejercitar los derechos sobre sus propios bienes, o la incapacidad para comparecer por sí misma en juicio. Otras cuestiones más directamente políticas, como el impedimento para votar, no propiciaban en ella censura, ya fuera por prudencia o por indiferencia ideológica. Donde más radicalizaba Lola su postura era en la imposibilidad que tenía la mujer de desarrollar su auténtica personalidad y su vocación profesional. La falta absoluta de oportunidades para las féminas era más que manifiesta en la sociedad patriarcal en que nos movíamos. Lola cursó brillantemente el bachillerato y hubiera deseado acceder a la universidad para realizar estudios de medicina. No se lo consintieron. La presencia de una mujer en aulas tan severas y científicas se consideró como una provocación en todos los sentidos: el intelectual y el sexista; desde el primero, no se apreciaba en la mujer cualidades de inteligencia suficientes para un estudio tan exigente; y desde el segundo, la presencia en las aulas de una mujer en medio de tantos hombres hubiera sido peligrosa para su virtud y para la moral general, por las situaciones presuntamente licenciosas que podía provocar. Se vio, así, Lola abocada, como la mayoría de las mujeres, al matrimonio, única opción de futuro a la que asirse para sobrevivir. Sin precisar que quedase en ella un sentimiento de frustración, sí que mal soportaba la rutina matrimonial. Sobre todo, como dijo en una de sus confidencias, cuando tenía al lado a un hombre rigorista y severo por deformación profesional, y sentimentalmente apático e indolente, que atendía más al instinto que al afecto.

Jerónimo asentía con sinceridad al templado feminismo de Lola. Le confesó, como muestra de su afinidad en el tema, las agrias trifulcas que pudo contemplar en casa, cuando su madre quería tomar decisiones, en relación con sus bienes privativos, contrarias a la opinión de su padre. Este, una vez que formaba y manifestaba su criterio, lo mantenía a rajatabla, sin considerar ya para nada los argumentos de su esposa. En cierta ocasión, incluso, cuando Lucía persistió en llevar a cabo sus planes, en contra del parecer de Eusebio, este le arreó un sonoro bofetón. Jerónimo, que lo presencié, se lanzó sobre su padre, dispuesto a agredirlo por la infamia cometida. Tuvo que ser la propia Lucía la que se interpusiera entre ellos para evitar que el conflicto degenerara en una situación familiar insoportable para todos. A raíz de aquel suceso, la tristeza y melancolía de Lucía fue característica de su personalidad; una personalidad débil y enfermiza, que acabó con su vida. Ese fue también el primer motivo de desencuentro entre Jerónimo y su padre, que se acrecentaría con el tiempo hasta el abrupto apartamiento entre ambos. Tenía, pues, motivos Jerónimo para la concordancia con Lola en ese aspecto de afirmación de la condición femenina que ella concitaba.

En el terreno sentimental, Jerónimo guardó un oportuno silencio ante las opiniones de Lola. Quizá, cuando esta habló como lo hizo de su marido, era una forma de declararle que tenía necesidad de sentir un verdadero amor de hombre. Pero él valoraba la buena amistad entre ambos y no se atrevió a romperla por un precipitado sesgo amoroso. Era Lola unos diez o doce años

mayor que Jerónimo, aunque conservaba un talle delicado y fino, y una tersa y bien delineada tez, que la frondosa melena morena resaltaba. Caminaba siempre con la cabeza ligeramente erguida, altiva, casi desafiante, consciente quizá de la belleza madura que conservaba, que deseara hacer patente, y, a la vez, como demostración de su inequívoca personalidad. A Jerónimo le gustaban las mujeres que lo superaban en años. Las consideraba más hechas, con más experiencia en la vida y en el amor; mujeres que, por haber pasado ya por todas las situaciones, no caían en falsos remilgos, ni incidían en fútiles escandaleras; mujeres a las que la ñoñería monjil o la fingida vergüenza les sobraba. Esa sinceridad de afecto en el juego amoroso es lo que valoraba sobremanera Jerónimo. Presumía que así también debía comportarse Lola, con un punto de exceso, si acaso, en su expresión, dado el vigor temperamental que exhibía.

Una de las tardes que la acompañaba, llegó hasta su portal y se entretuvo un rato hablando con ella. En cierto momento, la conversación decayó y se hizo un incómodo silencio. Afuera, por la entreabierta puerta, se hacían presentes las primeras sombras de la noche. Jerónimo contempló a la mujer que estaba junto a él, pensó que era muy hermosa y tuvo un deseo incontenible de besarla. Lola debió de ver reflejada en los ojos de él la sublimación del deseo que en ese momento le atosigaba, porque lo miró fijamente y adoptó una actitud de sumisa espera. Jerónimo acercó sus labios y los apretó firmemente contra los de Lola, fundiéndose ambos en un apasionado abrazo. Sin decirse palabra alguna, ascendieron hasta el primer piso, donde tenía la vivienda ella, y entraron. Fue la primera vez que Jerónimo pasó toda la noche con Lola. A partir de ese momento, acudió con asiduidad a la cita con su apasionado amor, aunque siempre lo hacía en horas de la madrugada, para no llamar la atención ni poner en evidencia la fama de Lola. Por el mismo motivo, dejó de acompañarla durante el día. Incluso dejó de asistir al frontón y a casa de Fermín, para que no se sacaran públicamente conclusiones sesgadas de esas visitas.

La habitualidad de trato entre Lola y Jerónimo propició algo más que intensos escauceos sexuales entre ambos. Pronto se compenetraron de tal modo en sus afectos y en su manera de ver la vida que pareciera como que ambos estaban hechos el uno para el otro. Por momentos, Lola se olvidó de su condición de mujer casada y se entregó a Jerónimo como si realmente fuese el primero y verdadero amor que disfrutara. Su sinceridad no fue menor a la de su pareja. Durante el tiempo que estuvieron juntos, cerca de medio año, Jerónimo fue un sumiso amante, un amigo leal y un compañero comprensivo y afectuoso, que se esforzaba en hacerla de feliz de cualquier manera. Cuando allá a las siete de la mañana, con las primeras luces del alba, se despedía de ella, lo hacía con la pesadumbre y la aflicción de quien deja atrás, por unas ingratas horas, a lo más valioso de su vida. El mismo sentimiento de congoja asolaba a ella en la quietud de la casa. Como estaba al tanto de los hábitos de Jerónimo, a veces Lola salía a media mañana y daba un paseo, sola o acompañada por alguna amiga, con la secreta intención de verlo a él. Si eso ocurría, cruzaban entre ellos miradas intensas y significativas, que constituían toda una declaración de fervoroso amor.

Yo sabía del ajeteo que se traía mi amigo, pero pensaba que se trataría de un desahogo sexual más, según era normal en él. Cuando detecté por primera vez, en los breves segundos que se cruzaron sus miradas, los semblantes conturbados, ansiosos, como si el uno quisiera aprehender al otro en una mutua asunción anímica, comprendí que en ellos había prendido un intensado y

apasionado amor. Este se me hizo, por lo demás, evidente porque, al fijarme con detenimiento en el comportamiento de Jerónimo por esos días, era como más relajado y condescendiente; discutía menos conmigo, incluso en asuntos en los que manteníamos posturas diametralmente contrarias. Se avenía con facilidad a darme la razón, como si quisiera compartir conmigo parte de la felicidad que íntimamente le asistía. Nunca, sin embargo, llegó a explicitarme esa condición. Quizá porque tenía miedo a que yo le recordara la circunstancia de casada que pesaba sobre Lola y eso aminorara el venturado y fluente tránsito que gozaba. Por esto mismo, nunca quise abordar expresamente ese asunto con él, aunque asistía a su desarrollo con preocupación. Intuía que, de una u otra forma, aquel amor entre Lola y Jerónimo estaba destinado a una dolorosa conclusión. Deseé, por eso, que mientras perdurase la felicidad de mi amigo, que era también la de ella, la vivieran plena e intensamente. Viéndolos, llegué a pensar que tal y como ellos lo expresaban debía ser el amor verdadero: absoluto e incommovible en su afectividad y breve en su persistencia, para que el tiempo no acierte a desvelar, con su inapelable y pertinaz realismo, los vicios y defectos de los amantes, en cuanto estos se abandonan al vezo acomodaticio.

El sesgo amoroso de Jerónimo facilitaba, por lo demás, su habitualidad nocturna, motivada, sobre todo, por la finalización a deshora de sus actividades en el periódico. Tal peculiaridad que, como digo, se avenía perfectamente con sus prudentes y asiduas visitas a Lola, le servía también para entretener el tiempo, hasta que llegara la hora con aquella, para un peregrinaje en compañía del alcohol, a través de diversas tabernas, casi siempre las mismas, que a esas horas de la noche todavía encontraba entornadas. Esta vivencial nocturnidad, que para otro hubiera sido un engorroso obstáculo, para él era lo más normal. Rara vez abandonaba el *Heraldo* antes de las dos de la madrugada. Así que paseaba tranquilamente por las solitarias calles, como si fuera esa la condición más afín a su persona. Tal noctámbulo sentir, que propició, como digo, facetas muy apreciadas de su circunstancia vital, le acarreó también algún que otro contratiempo, e incluso facilitó que se viera envuelto en una serie de avatares y circunstancias, bastante menos agradables y más peligrosas que el juego sexual.

La noche convertía a la ciudad, de por sí tranquila y pacífica, en un lugar bastante inhóspito. Colaboraba a esta situación el hecho de que, por causas de restricciones eléctricas, la oscuridad más absoluta se cernía sobre el núcleo urbano. Tan pronto como esto ocurría, aparecían los vigilantes de la noche. Los más conspicuos y pacíficos eran, sin duda, los populares serenos, que portaban, más como elemento de apoyo que como artilugio armado, el típico chuzo. Más displicentes y rigurosas eran las rondas policiales, generalmente escasas, salvo que tuvieran motivos para intervenir. Quienes se adueñaban realmente de las calles durante la noche eran las patrullas del partido oficialista, conocidas a nivel popular con el nombre de somatenes. Estos habían sido disueltos al final de la guerra, pero poco después, como reacción a las actividades de los maquis, volvieron a organizarse, bajo la vigilancia y control de la Guardia Civil, a la que debían dar un informe de sus actividades, aunque ese era un mero trámite que casi nunca se cumplía.

En nuestra ciudad, el único somatén existente era el que comandaba el famoso y despiadado

«Duce». Sus huestes aprovechaban la nocturnidad para efectuar sus siniestras razias, de las que eran víctimas las personas sospechosas por su falta de adhesión al régimen, o las que eran sometidas a venganzas personales disfrazadas de patriotismo. En este sentido, constituían un eficaz complemento de la Brigada Político-Social. Algunos de los que escapaban de la terrible influencia de esta, ya fuera por la posición social que gozaban, que imponía a aquella un grado de prudencia, o por manifiesta falta de pruebas, sin que esto por sí mismo constituyera un obstáculo para la temible Brigada, podían recibir, sin embargo, la visita agreste e incontrolada del «Duce» y sus esbirros. Los sacaban a deshora de sus casas, los llevaban al extrarradio de la ciudad y les propinaban una monumental paliza, con la recomendación de que se repetiría, si las víctimas persistían en su falta de simpatía pública hacia el régimen. En tiempos todavía cercanos, por muchos menos motivos, hubieran sido «paseados», acabando sus vidas con el cuerpo acribillado a balazos, tirados en alguna cuneta o en las tapias del cementerio. Ahora no se tenían noticias de que se cometieran estas felonías. El gobierno controlaba férreamente el aparato represor y este actuaba eficaz y masivamente de forma procedimental y regular. Pero consentía cierto margen de maniobra a las patrullas de matones que comandaba el «Duce», para intimidar y advertir a determinados elementos refractarios sobre las consecuencias de perseverar en el distanciamiento o la crítica velada a la dictadura.

Jerónimo se encontraba muchas veces con estas peligrosas patrullas. En su condición de periodista pertenecía al reducido grupo de profesionales, como el personal sanitario, que tenían autorización para circular de noche. A fin de ser debidamente identificados, los miembros de estas profesiones debían exhibir un brazalete con la inscripción concreta de su profesión. Jerónimo jamás portó el suyo. Por un prurito de dignidad personal, que podía resultarle especialmente peligroso, argüía que él no era una res o un proscrito al que se pudiera marcar con un letrero. Llevaba en la cartera el oportuno carné, por lo que si alguien, con autoridad bastante, quería verlo, no tenía más que pedirlo. El problema radicaba en que la única autoridad que deambulaba por las calles en esas horas desiertas era la de los citados matones partidistas, que no se andaban con remilgos en el momento en que detectaban un inoportuno paseante. Al principio de sus correrías, fue abordado en alguna ocasión por esas patrullas nocturnas. Jerónimo solía andar descuidado, sin prisa, aprovechando la soledad del momento, que le producía sensaciones de sosiego y plenitud, mientras chupaba con delectación su cigarrillo y pensaba en la inmediata copa de coñac o en la placentera aventura amorosa que se disponía a gozar. Solo de reojo miraba el vehículo que ocasionalmente cruzada raudo ante él. Cuando pasaba, echaba una ojeada a su interior, por si vislumbraba alguna peculiaridad. Ya no había vuelto a ver en los últimos tiempos carga de desgracia: infelices sometidos, por prurito de soberbia política, a la represalia de unos facinerosos, que usaban la excusa de la ideología para la violencia y el maltrato. Esa época nefasta parecía haber quedado atrás. Cuando Jerónimo se cruzaba con los matones, los veía izados en lo alto de alguna camioneta, vestidos con el uniforme negro, y exhibiendo en el cinto sus pistolones. No faltaba tampoco la patrulla de algún coche con gerifaltes de rango en su interior, tras cuyos cristales Jerónimo no acertaba a distinguir a nadie, pero desde los que sabía era escrutado con detenimiento.

Uno de sus coches se paró en una ocasión junto a la acera, a la altura de donde él caminaba.

La ventanilla se bajó y un rostro patibulario se asomó para increparle por no llevar el «imprescindible» brazalete. Jerónimo, con indiferencia, manifestó que no era necesario el adminículo, pues los de las patrullas lo conocían de sobra; junto a algún ocasional profesional de la medicina, era el único que andaba por las calles a esas horas. El del coche, con retintín, le comentó que, pese a lo que decía, al no ostentar brazalete, podía ser confundido con algún comunista y tener un disgusto. Sin perder la tranquilidad, Jerónimo replicó que no esperaba que sucediera una cosa así, ya que tenía a ellos, los patrulleros, para garantizarle su seguridad personal. Y alargó el paquete de tabaco para que los del coche cogieran cigarros. El matón sonrió con cinismo, cogió el paquete, de cuyo contenido se sirvieron, y ordenó al que conducía que arrancara.

—No cabe duda de que eres de los nuestros —comentó a Jerónimo con orgullo.

Cuando estuvo de nuevo solo, Jerónimo pensó que, si realmente alguna vez fuera como esos individuos armados y sin entrañas, se moriría de asco. Después de ese encuentro, no volvieron a pararlo; únicamente, en ocasiones, aminoraban la velocidad de los vehículos, le echaban un rápido vistazo y proseguían la marcha sin importunarlos. A veces, la impoluta atmósfera nocturna transmitía el sonido de gritos inconexos, como quejidos, generalmente lejanos. A través del silencio profundo de la madrugada, se propagaban con asombrosa fidelidad por el conglomerado urbano. Jerónimo sentía un estremecimiento de temor ante ese griterío agudo; aquel sentimiento se transformaba al poco en indignación y dolor profundos, cuando acertaba a apreciar groseras risotadas, como acompañamiento a las expresiones de dolor. Después el silencio se restauraba, aunque Jerónimo sabía que, por desgracia, no duraría mucho: las patrullas del oprobio tenían preparada cada noche una selección de personas, efectuada a base de delaciones, envidias y medias sospechas, que constituían motivos suficientes para sacarlas de sus domicilios y maltratarlos de manera denigrante y brutal.

Con frecuencia salía Jerónimo del periódico en compañía de Dídimo, su director y protector. Formaban una pareja visualmente chocante. Dídimo era de estatura media, aunque corpulento, ojos vivarachos tras los gruesos cristales de sus antiparras que afeaban su rostro, y expresión resuelta. Cuando estaba con su compañero, lo miraba con asombro y admiración, como cuestionándose la caprichosa variedad de la especie, que daba ejemplares tan perfectos como Jerónimo y tan poco agraciados como él. Tenía, quizá por influencia de su cargo directivo, una enfermiza afición a objetar, lo que le hacía parecer como un cascarrabias. Pero sus rabetas eran solo de garganta, ya que, pese a sus rudos modales y su rostro atiesado y duro, era un hombre de buenos sentimientos. Exigía, eso sí, pulcritud y calidad en el trabajo periodístico, exigencias que motivaban la buena acogida que desde siempre tenía el *Heraldo*. Propiamente, Dídimo era el alma de este, en cuyas instalaciones pasaba la mayor parte del día. Cuando de noche abandonaban juntos la redacción, Jerónimo solía acompañar al director hasta su domicilio. La compenetración y confianza entre ellos era grande; quizá por eso Dídimo se atrevía a aconsejarle que se retirara a descansar y se dejara de aventuras peligrosas. Dídimo relacionaba el peligro aparentemente con las patrullas del «Duce», pero era manifiesta su advertencia de que conocía las andanzas amorosas de Jerónimo, las cuales podían originarle algún contratiempo. En las ocasiones que acompañó a Dídimo, se percató Jerónimo de un detalle: los matones de la noche

aminoraban la velocidad de sus vehículos y saludaban con un respetuoso «buenas noches» al director del *Heraldo*. Sabían que este, desde ese privilegiado puesto en el periódico, silenciaba, que era tanto como decir que protegía, sus violentas y arbitrarias actividades; las cuales justificaban los prohombres del partido, y Dídimo lo era, por motivos de estricta higiene política. También Jerónimo acabó siendo cómplice de los matones, ya que, cada vez con más frecuencia, se encargaba de redactar esos editoriales justificatorios de las «sacas» y palizas, bajo el sesgado argumento de que preservaban la seguridad ciudadana y el bienestar general frente a la actividad nefasta de los enemigos de la patria. Como tal enemistad quedaba siempre en una mera presunción, que nadie se encargaba de concretar o comprobar, Jerónimo no tardó en mostrar su innata repugnancia hacia ese aspecto de su labor periodística. Dídimo, con gran franqueza, confesaba también su malestar profundo por tener que amparar desde los medios escritos las acciones incontroladas de esa pandilla de chulos embrutecidos; pero los tiempos que corrían, todavía plagados de inseguridad, a causa de la lucha armada que mantenían los maquis, no lejos de nuestra ciudad, en el norte de la provincia, justificaban las represalias con que respondía el régimen dictatorial por medios policiales y extrapoliciales. Como consecuencia, resultaba tan necesario como ineludible el respaldo de los medios de opinión a esa lucha pacificadora, a fin de concienciar a la opinión pública y alertarla sobre los peligros reales que se cernían sobre la ciudadanía. Jerónimo sabía que todo eso era verdad, pero en parte; en realidad, en una parte muy pequeña, porque los temidos maquis eran escasos en número y apenas si salían de sus guaridas de montaña. Estaban lejos ya los tiempos en que esa gente de ideología firme y vida agreste se atreviera a entrar en la misma Puebla, centro administrativo de la zona norteña de nuestra provincia, en las estribaciones de la sierra de la Culebra, y la ocupara por las armas. Recordaba yo haber oído a un tío mío —el mismo que, no mucho después, me encargaría la adquisición de una partida de sacos, origen de una enrevesada peripecia, según contaré—, una anécdota vivida en aquella ocasión, por coincidir en uno de sus viajes a la zona. En uno de los anejos de la Puebla, en el denominado Mercado del Puente, núcleo de población de cierta importancia, existía una tasca, servida por un individuo fornido y temperamental, que auguraba una descomunal paliza al primer maquis que se atreviera a entrar en su taberna. Esto lo reiteraba una y otra vez, entre vahos de humo y alcohol, y risas de suficiencia. Una noche, cerca de las diez, cuando más animado de gente estaba el cotarro, mi tío se encontraba allí cerrando un trato con agricultores de la zona. Inopinadamente, aparecieron tres individuos; dos de ellos portaban escopetas, que sujetaban con cuerdas y colgaban tranquilamente del hombro. El tercero debía de ser su jefe, porque les precedía ligeramente. No llevaba arma alguna. Las vestimentas desaliñadas y los rostros curtidos y demacrados de los recién llegados denunciaban bien a las claras su condición guerrillera. Los que iban armados no amenazaron a nadie; se limitaron a quedarse en la puerta en función de vigilancia. En medio de un tenso silencio, el que los mandaba se acercó al mostrador y se encaró con el propietario. Le recordó que, ya que presumía de ganas por darle una paliza a un maquis, ahora tenía la oportunidad de cumplir con ese deseo, tan vehemente y profusamente expresado. El individuo hablaba con calma y, mientras lo hacía, levantó ligeramente las manos para que el otro comprobara que no llevaba ninguna clase de arma. Era, según la descripción que hizo mi familiar, un hombre de estatura más bien baja, apenas si le llegaba al presuntuoso dueño

de la tasca por la cintura, pero tan ancho como alto. Sus hombros eran descomunales, su pecho, inabarcable, y sus brazos, aunque cortos, gruesos como vigas. El que estaba con mi tío le informó que se trataba de un minero muy conocido en la zona, procedente del Bierzo, que llevaba años, desde el final de la guerra, vivaqueando en la sierra, sin que la Guardia Civil fuera capaz de apresarlos. No se supo qué asustó más al tabernero bravucón, si la fortaleza del maquis o su mirada felina y febril, porque se apartó del mostrador y retrocedió hasta la vitrina que había a su espalda. Ante esta reacción, el otro no se anduvo con miramiento. Se aupó sobre la barra, cogió al tabernero por el cuello y, con la facilidad de quien maneja una pluma, lo pasó a través del mostrador, tirándolo al suelo. Después lo incorporó y golpeó sucesivamente, como si de un pelele se tratara, hasta que, ya en la puerta, le dio una patada, que dio con el vinatero en la calle, donde quedó tumbado sin sentido. Por supuesto, no estuvo en condiciones de escuchar la admonición que le dedicó su agresor:

—Así responde el maquis a los desafíos que se le hacen.

Se volvió hacia los que estaban dentro y se despidió de ellos con un cortés:

—Buenas noches, señores.

Semejantes audacias no se daban en nuestra ciudad. Ninguna persona sensata se atrevería a contravenir la voluntad de las autoridades, y muchos menos a desafiarla, ya que eso le acercaría inmediatas y enojosas represalias, traducidas en palizas, cárcel y quién sabe si no en peligro de muerte. El miedo visceral motivaba prudencia y esta originaba un envilecimiento personal y social, que resultó muy característico de la época.

Los amoríos de Jerónimo y Lola, que preludiaban una dilatada felicidad, se truncaron, sin embargo, repentinamente. Una de las veces que Jerónimo saliera, en hora temprana, del domicilio de su amante, fue visto ocasionalmente por la vecina del piso de al lado. El hecho de ser descubierto le desagradó, no ya tanto por él, sino, sobre todo, por Lola, que podía ser fácilmente desacreditada en su fama y tener graves problemas con su marido, si este llegara a enterarse del entretenimiento al que se dedicaba furtiva e intensamente su mujer. Jerónimo intentó ser amable con la inoportuna vecina, a la que saludó con fingido afecto y con la que comentó que estaba allí en busca de un supuesto agente de seguros. La vecina respondió también con taimada amabilidad, afirmando que se había equivocado de casa, pues allí no vivía ningún agente de los que a él le interesaban.

Cuando, a la noche siguiente, le comentó la incidencia a Lola, esta expresó su preocupación, pues tenía a la referida vecina como mujer insidiosa y malintencionada. Su situación económica no debía de ser nada boyante, algo normal entonces, pero contrastaba con el desahogado estatus de Lola, derivado no solo del sueldo de su marido, sino de la serie de prebendas adicionales que disfrutaban entonces los militares. La envidiosa vecina mal soportaba esta diferencia de clase, propiciando algún encontronazo verbal entre las dos mujeres. De ahí que Lola se hundiera en el abatimiento ante la segura perspectiva de tener que dar explicaciones al marido de su actividad amorosa. No le cabía ninguna duda de que sería pasto de habladurías en la toda vecindad en pocas horas. No mucho más tardaría su marido en estar enterado de la situación. No le inquietaba

tanto a Lola la reacción de este, que, por conocerlo, se imaginaba de sobra violenta y feroz, como pasar por la vergüenza y humillación de reconocer su infidelidad. Aquella la asumiría con servidumbre y dolor; esta se le haría insufrible porque implicaba el enfrentamiento entre dos deberes, el de su fidelidad personal y el de su amor, que solo podía solventar renunciando al más sentido por ella. Comprendía que se había dejado llevar del sentimiento, olvidando el lazo de compromiso matrimonial al que se debía; pero también era cierto que la situación, poco menos que de abandono, en que se encontraba había propiciado su conducta, en pareja medida, al menos, a la cariñosa aceptación y entrega que obtuvo por parte de Jerónimo. En cualquier caso, pensó que ni una ni otra circunstancia podían servir de excusa para sus actos, que solo podían justificarse en la irrefrenable pasión surgida entre los amantes. Ambos eran conscientes de que el inesperado contratiempo surgido les colocaba en el trance de decidir sobre la suerte de sus sentimientos de cara al futuro. Lola, como si de repente despertara a la cruda realidad después de un hermoso sueño, fue congruente en su decisión:

—Me he dejado llevar del deseo fácil y, al hacerlo, he incumplido mis deberes de esposa. Cualquier decisión, en consecuencia, que tome mi marido será comprensible, por dura que sea, y la aceptaré de buen grado. Nadie me obligó al compromiso matrimonial y nadie me debe apartar de él, salvo los que lo asumimos.

—No estoy de acuerdo con lo que dices —replicó Jerónimo con firmeza—. Nuestra relación no ha consistido solo en un lecho compartido, en aras del deseo, como insinúas. Creo más bien que ese lecho ha consolidado una compenetración emocional y personal urgida por el amor. Tú y yo, Lola, hemos nacido para estar juntos.

—¡No! ¡Eso es imposible! Asume la realidad como lo hago yo. Soy una mujer ligada por los lazos de la religión y de la ley a otro hombre.

—Esos lazos para mí no son nada.

—Para mí son todo —contestó Lola con tristeza—. Al igual que para la sociedad en que vivimos. No podemos eludirla, porque, aunque la ignoráramos, se desploma sobre nosotros como una pesada losa.

—Cada ser es consciente de su propia vida y decide libremente sobre ella.

—En la misma medida que deciden los demás. Somos prisioneros de nuestra propia circunstancia y no podemos eludirla, aunque queramos.

—Estoy dispuesto a enfrentarme a quien sea, con tal de salvar nuestro amor.

Lola le acarició el cabello en gesto cariñoso, mientras esbozaba una sonrisa comprensiva.

—Sería una batalla perdida. El mundo te aplastaría sin piedad. Si ha de haber alguna víctima, que sea yo. Las mujeres estamos acostumbradas a serlo. Debe de ser la esclavitud del sexo que pesa sobre nosotras.

Jerónimo quedó un momento indeciso, antes de inquirir:

—Entonces... ¿debemos dar por terminada nuestra relación?

—Ha durado más de lo que la lógica imponía —dijo Lola con suavidad—. Sobre todo si consideramos que te llevo un buen número de años y casi podría ser tu madre.

—Perdí a mi madre en plena pubertad. En ti he vuelto a encontrar el cariño que me faltaba. Tú has sido para mí madre y amante a la vez. ¡Lo has sido todo!

Lola se acercó a Jerónimo y posó suavemente sus labios sobre los de él.

—A esa plenitud de amor aspiramos todas las mujeres. Gracias. Pero ha bastado la inoportunidad de una vecina para hacerme comprender lo más evidente, que antes no quise aceptar: he llegado tarde a ti por nacimiento y por oportunidad de vida. Es así y debemos asumirlo. No hagamos más difícil este momento. Por favor, marcha ya.

Jerónimo dio unos pasos hacia la puerta, contrito y vacilante.

—¡Te recordaré siempre! —exclamó en apasionada reacción, volviéndose hacia la mujer.

El semblante de Lola fue de comprensión al responder:

—Eres joven y mucho antes de que lo pienses te verás sujeto por los brazos de otra mujer y unido a sus labios en inéditos besos. Harás bien en disfrutar. La vida es corta y las asechanzas grandes. Aprovecha el tiempo que se te conceda para ser feliz. Yo así lo he hecho.

Jerónimo no supo que decir y paseó la perdida mirada alrededor de él, como si quisiera constatar la certeza del momento. Después de alguna indecisión, salió con lentitud. Lola lo vio descender la escalera hasta que se perdió en el primer recodo. Después cerró la puerta con suavidad y recostó su cabeza sobre la madera. Con la mirada extraviada, como si hubieran vaciado de ella la vida, lanzó un hondo suspiro y quedó como traspuesta, mientras unas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Durante algunos días, Jerónimo se mostró entristecido y cabizbajo, como si le faltara la atmósfera reparadora de la existencia. Pasado algún tiempo, como pronosticara Lola, los afanes cotidianos reclamaron su atención, que diluyeron lentamente el sedimento de tristeza, hasta quedar en un poso de tierna y evocadora remembranza. Eso ya no fue óbice para que, urgido por nuevas exigencias amorosas, Jerónimo se aprestara a atenderlas, como en él era habitual, con dedicación y oficio.

Esta exasperación amorosa de Jerónimo no le ocasionaba, por lo demás, fuera del natural ajetreo inherente al continuo cambio de pareja, ningún resquemor inculpatario que tuviera visos de reproche moral. Él aceptaba los hechos con plena naturalidad, como si lo que hacía fuera una especie de encomienda sobrenatural, a fin de llevar alivio y caridad a las almas solitarias del sexo opuesto. A mí, por el contrario, semejante trance sexual, ungido de continuidad por obra y gracia de la perfección carnal de mi amigo, me abrumaba tanto como me llenaba de admiración. Lo primero, por mi naturaleza pacata, a influjo del ambiente restrictivo, ahornado e, incluso, punitivo que, en materia sexual, se había implantado en la sociedad de aquella época, lo que originaba en mi estricta conciencia acusaciones infamantes, en cuanto se me ocurría esbozar pensamientos de perversa carnalidad; lo segundo, porque, pese a esta intimidación que la noción de pecado me provocaba, no dejaba, con malvada complacencia, de evidenciar una envidia, hacia el amigo que erradicaba de su vida, con sin igual desparpajo y osadía, dos de los imperiosos mandamientos, que a mí y a otros tan simples como yo nos vedaban los placeres más deseados de la vida. En ocasiones, ese deseo mal contenido pugnaba por extravasarse y me impulsaba a conocer por boca de Jerónimo aspectos concretos de las damas que frecuentaba. Le hacía, así, preguntas, sobre la ropa interior de fulanita, la morbidez de los senos de menganita, si esta otra usaba ligüero y medias negras, estampa que, para mí, representaba el culmen de la imaginaria erótica, o me interesaba por la postura predilecta de cada una de ellas. Jerónimo, después de

tomarme juramento de reserva y discreción absolutas sobre sus confidencias amorosas, juramento que jamás rompí, aplacaba mis ansias de saber, explayándose en los pormenores de su furtiva vida, que, lógicamente, me ocasionaban una tremenda reacción febril. Él me sugería que le acompañara en alguna de sus aventuras. La sugestión era tentadora, pero yo no era capaz de sobreponerme al estricto sentimiento religioso que en forma de noción de pecado me atenazaba, por lo que acababa cediendo a mi atavismo clerical y obviando el ofrecimiento, para chanza de Jerónimo, que me auguraba una existencia anodina y abúlica, como no dejara pronto mi ñoña beatería.

Una de las noches en que la doble sesión amatoria fue más breve de lo habitual, Jerónimo se acercó hasta el periódico, donde estaban echando todavía el cierre. Cuando la edición estuvo terminada, él y Dídimo salieron juntos. Era invierno y el frío se dejaba sentir a esa hora de la madrugada. Los dos hombres, sin embargo, caminaban despacio, comentando las noticias del día. Nadie les importunó en su paseo, ni siquiera las patrullas habituales, que parecían haber desaparecido de la noche. Sentíanse a gusto los dos periodistas, que se entendían bien y mostraban afecto el uno al otro. En cierto momento, aparecieron en la dirección opuesta a la que ellos seguían dos individuos. Caminaban también despacio, lo que resultaba en principio sospechoso, pues no tenían aspecto de policías, ni tampoco ostentaban brazalete alguno de identificación. Los dos individuos, gruesos y fornidos, se plantaron frente a los dos periodistas y preguntaron por Jerónimo. Este se dio a conocer con cierto desdén, previendo ya que iba a tener dificultades. También Dídimo reconoció en los intrusos una arrogancia propia de matones, por lo que les pidió que les dejaran en paz. Los otros, por toda contestación, se liaron a puñetazos con Jerónimo. Repelió este la agresión como pudo, pero llegó un momento en que se vio desbordado y cayó al suelo medio conmocionado. Los otros se abalanzaron sobre él, para intentar rematarlo, mientras Dídimo, que pretendía evitarlo, fue apartado de un manotazo, que dio con su torpe cuerpo contra la pared. Lo hubiera pasado mal Jerónimo de no ser por la aparición oportuna de un camión con miembros de la patrulla nocturna. Cuando vieron a los dos periodistas tumbados en el suelo, y a los otros agrediéndolos, descendieron del vehículo tres de sus ocupantes, fusiles en mano, y con sendos culatazos dejaron conmocionados a los agresores. Los levantaron y, a empellones, los introdujeron en la caja del camión. El que mandaba la patrulla se dirigió a los dos periodistas, les ayudó a levantarse y después les conminó a que, en vez de pasear a deshora, se dirigieran directamente, y a prisa, a sus domicilios para evitar los peligros de la noche. Los afectados le dieron las gracias por su intervención, aunque no se mostraron dispuestos a cambiar de hábitos, porque eran tan noctámbulos como los patrulleros.

Al día siguiente de este suceso, Dídimo comentó a Jerónimo que había recibido un informe confidencial del jefe de la patrulla. Al parecer, los dos agresores eran soldados del regimiento local, que habían sido enviados ex profeso por uno de sus jefes, para dar una paliza a Jerónimo. A este no le cupo duda alguna de quién era el inductor de la agresión: el marido de Lola, que pretendía dar un escarmiento al atrevido amante. Jerónimo aceptó con buen talante el intercambio de golpes, como riesgo implícito a sus devaneos nocturnos, aunque lamentó la difícil

situación que iba a soportar Lola con su brutal marido. Confiaba, no obstante, en que la habilidad de la esposa y su belleza felina, servida por delicados arrumacos, consiguieran amansar pronto al bravío y engañado militar.

A causa de este anecdótico amoroso de Jerónimo y de las respectivas obligaciones profesionales, apenas si nos veíamos a lo largo de la semana. Si acaso, manteníamos algún contacto telefónico ocasional para saber de nuestras respectivas vidas. Una de las tardes, se presentó de improviso en mi casa. Me recordó que, diez años atrás, cuando nuestra incipiente pretensión detectivesca daba sus primeros escauceos, habíamos decidido visitar a un taxidermista para aclarar el asunto de la momificación. Era el caso que, por unos u otros motivos, tal visita seguía estando pendiente de cumplir.

Como si diez años fueran un lapso inapreciable en el anchuroso tiempo de la venganza y la justicia, que ambas cosas se aúnan en el castigo al culpable, aquella misma tarde, cerca ya de la anochecida, acudimos al domicilio de un tal Simón, único dedicado a aquella especialidad en la ciudad. El traspie que sufriéramos en la Torre, que a punto estuvo de darnos un serio disgusto, había supuesto para Jerónimo un desafío, que estaba dispuesto a afrontar con todas las consecuencias. Para mí, sin embargo, era un claro aviso de cautela. Como ocurría casi siempre, fueron vanas mis llamadas a la prudencia y a la calma. Él estaba decidido a demostrar ante quien fuera que plantaba cara y no retrocedía un ápice en la pretensión de llegar a fondo en el misterio de la Torre. Una vez más, yo no podía, en aras de la amistad, más que acceder, mal que bien, a sus decididos propósitos, aun a sabiendas del riesgo que corríamos, con la esperanza de que mi presencia pusiera un punto de cordura y sensatez en lo que hacíamos.

En casa de Simón, nos recibió una mujer voluminosa, de gesto desabrido, mal peinada y peor vestida, que nos guio, sin apenas hablarnos, a través de un patio, para conducirnos por míseros interiores hasta el piso superior. A través de una destartalada galería, llegamos a una vasta habitación, bien iluminada por un amplio ventanal. Al fondo vimos a un hombre, de espaldas a nosotros y encorvado, que se afanaba, sobre una mesa de mármol, en manipular diversos frascos, cuyo contenido después aplicaba a un animal despanzurrado. Era lanudo, el animal, no Simón, y no supimos distinguir bien si se trataba de un perro grande o quizá de un lobo. Un tufo desagradable se expandía por el cerrado espacio, provocado por la mezcla de los despojos putrefactos y los productos químicos. Cuando el taxidermista se volvió, vimos la cara de un hombre ya entrado en años, con la tez pálida y como consumida, barba blanca y escaso pelo en el cráneo. Su mirada era cansina, opaca, como si el brillo original de sus ojos hubiera sido traspasado a los de los animales que disecaba. Hizo un alto en su actividad, se limpió las manos en el guardapolvo que vestía, de color indefinido y plagado de manchas, y se interesó por nuestras pretensiones. Se las expusimos. Queríamos saber las condiciones económicas para una supuesta pieza de caza que teníamos en nuestro poder, y de paso comprobar la calidad de su trabajo conservador. Aquellas eran, desde luego, asequibles, y en cuanto a profesionalidad, Simón no encontró otro medio mejor de demostrarla que enseñarnos la amplia exposición de animales disecados. Mientras lo hacía, nos explicó que, básicamente, la actividad conservadora

consistía en extraer el agua de los cuerpos, una vez desprovistos de sus órganos internos, y después impregnarlos de los líquidos conservantes. El interior lo rellenaba con serrín o con cualquier otro producto estéril. A todas sus figuras les colocaba ojos de cristal, que le otorgaban mirada brillante, de natural vivacidad: posiblemente, pensamos nosotros, bastante mayor que la del artífice.

Sin que Simón se apercibiera, tocamos algunos de los animales. Nos parecieron solo aparentes, ya que, al tacto, aunque la piel estuviera tersa, resultaban flojos y denotaban fragilidad. Algunos despedían todavía cierto olor desagradable, quizá porque el formol que le aplicara Simón no había evitado del todo la putrefacción. Deducimos que Simón era un artesano mediocre y no demasiado pulcro en su quehacer, pues algunas de las piezas de caza mostradas conservaban rastros de sangre en la zona donde se insertaran los perdigones; detalle demostrativo de su tosquedad profesional. En nuestro deseo de ponderar todas las posibilidades, le sugerimos la idea de que, a lo largo de su vida, habría instruido a muchos alumnos. Simón lo negó, arguyendo que nadie se había interesado nunca por una actividad tan sucia y desagradable. El hecho de manipular vísceras y carnes muertas no era tarea apta para todos los estómagos. Además, el precio era exiguo, y los pedidos, escasos, por lo que no era una actividad profesional adecuada para el beneficio económico cuantioso.

Cuando nos despedimos de él, éramos conscientes de que aquel hombre miserable no hubiera podido ni por asomo realizar un trabajo tan fino y exquisito como el de la conservación de la bella Marina. Tal constatación nos desalentó. Esperábamos encontrar en el taller de Simón un asidero firme para nuestras investigaciones futuras, pero, en vez de eso, salíamos de allí sin ninguna referencia mínimamente válida que nos orientara. Era la segunda indagación adulta y con rigor que practicábamos, con resultado negativo, ya que la visita a doña Catalina, la viuda de Sotomayor, no añadió nada sustancial a lo que ya sabíamos. Nos veíamos, en consecuencia, abocados al fracaso, sensación que con posterioridad nos abrumaría en demasiadas ocasiones, para nuestra desesperación.

Cuando nos encontramos en la calle, cruzamos nuestras miradas, desalentados. Comprendíamos en toda su crudeza que nuestra pretensión de desentrañar el misterio de la Torre era desorbitada para nuestras capacidades. Pretendíamos nada menos que devolver a la vida un tiempo hacía ya veinte años periclitado, remover sus cenizas y extraer sentimientos de culpa y de castigo hacia algunas de las personas que protagonizaron aquel. Algo excesivo para nuestras limitadas facultades indagatorias e instrumentales. El pasado, ahora lo comprendíamos, representaba una losa descomunal e inamovible, que nuestras débiles fuerzas no podían mover. Mas, a la vez, sobre esta constatación de impotencia, se sobreponía de nuevo, como si quisiera persistir sobre cualquier otra sensación, el sentimiento que nos guiara y nos impulsara a inmiscuirnos en el extraño suceso de la Torre: el de que, sin nosotros, la anómala exhumación del cuerpo de Marina, su aberrante ostensión en un lugar vacío y siniestro, no tendría la justa reparación del castigo para su autor. Esta emotiva incitación no impedía que, momentáneamente, cada contratiempo que recibíamos nos sumiera en la inoperancia y el desconcierto. Era una sensación de ineluctable postración, que ponía en evidencia nuestra feble posición y nuestras carencias a la hora de indagar. Por suerte para la causa que defendíamos, cuando, tras muchas

vacilaciones, analizábamos los pros y los contras de nuestra situación, y ahondábamos en cada problema que se nos planteaba, sabíamos cómo reaccionar para mantener tensas y actuales nuestras inquietudes e intentar buscar caminos inéditos para la andadura, incluso donde en apariencia estaban cegados. Aprendimos así a ser perseverantes en nuestros propósitos, y a imbuirnos de una fe extraña e inmovible, que racionalmente quizá no supiéramos explicar, pero de la que nos sabíamos intuitivamente asistidos: «la fe de los justos», decía Jerónimo, medio en broma, medio en serio. No me parecía que fuéramos tan excelsos como para merecer ese calificativo, pero sí nos guiaba el afán de cumplir, pese a todos los contratiempos, un estricto deber de humanidad.

No era previsible, empero, que nuestro esfuerzo fuera coronado por el éxito. Incluso aun suponiendo que diéramos con una solución al rompecabezas que nos desafiaba, no sería ni mucho menos inmediata. Nuestro compromiso nos iba a suponer tiempo y esfuerzo, y requeriría, para solventarlo, de todas nuestras mejores aptitudes. Por lo demás, ya sabíamos que iba a ser peligrosa, desde la experiencia desagradable de la encerrona en la Torre.

Tras el desaliento propiciado por la estéril visita al taxidermista, nos refugiábamos en una especie de silencio culpable, al sentirnos incapaces de tomar ninguna otra iniciativa razonable que nos permitiera avanzar en el camino que tan ardiente como inconscientemente habíamos iniciado.

El agobio que la situación de frustración nos ocasionaba nos impidió, en un primer momento, recapacitar sobre un punto importante, que se deducía de la visita realizada a Simón: como él se encargó de recalcar varias veces, era básicamente un taxidermista, es decir, alguien que conservaba los cuerpos mediante el sistema de disecación. No hacía falta ser especialista en la materia para constatar que con Marina se debió usar otra técnica más refinada y efectiva, que permitía una preservación bastante natural.

Con el fin de ilustrarnos sucintamente sobre los métodos de conservación de cuerpos, acudimos, como ya hiciéramos en una ocasión, al inicio de nuestra inquietante búsqueda, a la biblioteca pública. Sus bien dotados fondos nos servirían de nuevo para aclarar nuestras lagunas intelectuales en aquellos aspectos. El oportuno guía en la ocasión fue un manual de medicina forense, sucinto, pero suficientemente explícito para nuestro propósito de ilustración básica en la materia. Se citaba en él la taxidermia como técnica de desecación, pero no la recomendaba para conservar el cuerpo humano. A este propósito servía mejor el embalsamamiento, basado en la conservación por medios estrictamente químicos. Al efecto, citaba el autor el uso de determinadas sustancias antisépticas que, inyectadas en sangre al poco tiempo del óbito, se oponían al proceso de putrefacción; en concreto, mencionaba el ácido arsénico y las sales de zinc, el cloruro de este mismo metal y, sobre todo, el aldehído fórmico. En cuanto a la técnica de embalsamamiento, muy distinta de la desecación, era descrita básicamente como un sistema de cánulas, a través de las cuales se inyectaba el producto químico en la arteria femoral; después se hacía otro tanto en la aorta abdominal y en la carótida. Para darle un color natural al cuerpo, el manual recomendaba el uso de la glicerina, junto con agua, acetato potásico y alcohol.

La lectura de esta técnica conservadora nos produjo asombrosamente un efecto anímico recuperador. Tal como si su mera lectura hubiera insuflado en nosotros algo de su milagroso

poder de preservación. Las sugerencias que extraíamos del contexto eran claras: ni los productos químicos citados eran de uso común, ni la práctica conservadora, compleja y precisa, estaba al alcance de cualquier chapucero, como el taxidermista Simón. Se necesitaba un profundo conocimiento anatómico y destreza en el manejo del bisturí; es decir, era una tarea propia de la actividad que el autor del manual declaraba: médico forense.

Por una u otra vía, teníamos ante nosotros un prometedor y exhaustivo campo de investigación. Jerónimo y yo mostramos nuestro entusiasmo y alborozo ante el cambio de perspectiva y, como ya estaba mediada la tarde, decidimos dejar cualquier iniciativa para el día siguiente. El exultante momento lo aprovechamos para ir al cine y pasar un rato con nuestro amigo Leopoldo.

Lo encontramos, como siempre, en la cabina de proyección. Cuando llegamos, Leopoldo se afanaba en retirar de una de las máquinas un gran carrete en el que estaba enrollada la película, que enfundó en un estuche metálico; al momento, lo sustituyó por otro, que comenzaría a proyectarse en la máquina alternativa, en cuanto se ultimase el celuloide de la anterior. Esta operación me recordó momentos de juventud, cuando acudíamos a las sesiones cinematográficas en los colegios religiosos, que se realizaban con una sola máquina. La proyección lógicamente se detenía cuando se completaba un rollo, hasta que se cargaba el siguiente. Este tiempo de espera lo aprovechábamos los espectadores juveniles para armar una fenomenal escandalera de silbidos y gritos, aunque la tardanza en la maniobra fuera mínima. En realidad, era una ocasión para dar puntual salida al retozo desahogado, que después seguiríamos manifestando, a pesar de ganar en coherencia cinematográfica con los proyectores alternativos, por causa de los zafios cortes que propiciaba la censura.

Leopoldo nos recibía siempre con afecto, dentro de su proverbial contención y tristeza. Su sordera era ya prácticamente total y resultaba cada vez más difícil entenderse con él. Lo conseguíamos mediante gestos, a veces necesariamente groseros. Él se mostraba orgulloso de nuestra amistad. Cuando íbamos a visitarle, nos invitaba, al acabar la sesión, a unos tragos de vino en la buhardilla del teatro, que le servía de vivienda. El mobiliario de aquel cuchitril que daba cobijo a nuestro amigo era escueto y humilde: un petate colocado sobre la pared derecha, según entrábamos, breve fogón en una esquina, sobre el que había un hornillo de alcohol, en el que Leopoldo debía de preparar las sobrias comidas, y una mesa camilla escoltada por dos sillas y un taburete, a cada cual más desvencijados y viejos. Todo este ínfimo atrezo ocupaba una parte exigua del espacio; la mayoría de este contenía la producción pictórica del ocupante, variada, profusa y amontonada de cualquier manera. El desorden, junto a la suciedad, constituían las características sobresalientes del peculiar domicilio de Leopoldo. Era este, en cuanto a su arte, un dominador claro del dibujo, mostrando un trazo firme, armónico y preciso, que demostraba su maestría y talento con el lápiz. Con el pincel, sin embargo, siempre pensé que no llegaba al mismo dominio. Sin negar su indudable factura técnica, no acertaba plenamente en la combinación de colores, evitándole este sesgo la calificación de maestro, que indudablemente hubiera tenido, de haber alcanzado en el color la misma maestría que en el dibujo. Sus cuadros,

en cualquier caso, mostraban un marchamo de calidad artística indudable. Desde su abigarrado amontonamiento esperaban el refrendo del público, mediante la oportuna exposición, que no acababa de llegar. El mayor tiempo de su trabajo pictórico lo ocupaba Leopoldo en realizar los grandes carteles publicitarios de películas, que él mismo colocaba después en la fachada del teatro, encaramándose a lo más alto, con la esporádica ayuda de Pechos. Leopoldo era meticuloso y paciente en la realización de estos carteles. Comenzaba por cuadrricular el pequeño programa de mano que le servía de guía y después hacía lo mismo con el cartelón. De esta manera, plasmaba en la cuadrícula grande la figura correspondiente contenida en la cuadrícula pequeña, consiguiendo así una asombrosa fidelidad del modelo, según las debidas exigencias de tamaño, proporción y equilibrio. El resultado era prácticamente perfecto.

A Jerónimo le encantaba el aire bohemio que se respiraba en aquel ático. Alabó, con un sesgo de envidia, la independencia de vida que podía mantener Leopoldo en aquel cuchitril abuhardillado, alejado y muy por encima del resto del mundo. Visto desde aquella altura el común de la gente, era fácil tener sentimientos de superioridad y lejanía. A mí, por el contrario, me abrumaba la poquedad que ofrecía el peculiar habitáculo, carente casi en absoluto de comodidades; me asqueaba, aunque guardaba de hacer crítica alguna a nuestro amigo, la ostentosa suciedad que reinaba en el chiribitil, y me atemorizaba la soledad que sugería. Era como vivir en un nido de águilas, ausente de toda sociedad y de cualquier contacto humano, salvo el nuestro. Para asearse y atender sus necesidades, Leopoldo debía descender hasta el piso inferior del teatro, en la antesala de las plateas, donde existía una zona de servicio. Yo me aterraba con la sola idea de pensar en la necesidad de transitar por el espacio inmenso y vacío del teatro, en mitad de la noche, aquejado por la necesidad corporal. Pensaba en el filme que recientemente habíamos visto, *El fantasma de la ópera*, y me imaginaba que bien podían trascender en aquel inmenso caserón los mismos trágicos sucesos, a cargo de cualquier tenebroso personaje. Leopoldo, por fortuna para él, no tenía la imaginación suficiente como para verse afectado por el anecdotario cinematográfico, y deambulaba por el teatro con plena tranquilidad, sin pensar en visiones extrañas. En realidad, él podía encajar perfectamente en el papel de «fantasma», aunque un fantasma nada violento y pleno de amabilidad, ya que era como el alma viva del teatro, el que le otorgaba aliento vital. Prácticamente hacía de todo en él, desde operador de proyección a tramoyista, publicista e, incluso, reparador de los pequeños desperfectos que se ocasionaban en la instalación. Era natural, así, que ocupara la parte alta del edificio, para simbolizar de esta manera el cerebro que regía al conjunto.

Leopoldo se mostraba exultante con la película que estaba en ese momento proyectando. Se titulaba *En una isla contigo*, y la interpretaba una actriz y bailarina hasta entonces desconocida, Cyd Charisse; una belleza morena impresionante, que exhibía con generosidad sus largas y bien formadas piernas. En la buhardilla, la teníamos delante de nosotros, figurada en el cartelón que nuestro amigo estaba pintando para la fachada del teatro. La sonrisa de la bella, excitante y provocativa, nos conturbaba. A Leopoldo se le ocurrió sacar su vino peleón para brindar por la hermosa actriz. Entre trago y trago, nuestra excitación fue en aumento. Ya en plena euforia, Leopoldo nos invitó, según su indefectible y sazónada costumbre, a que le acompañáramos,

como en los buenos tiempos, para recrearnos con alguna golfa, a la que, en la oscuridad y con un esfuerzo de imaginación, podríamos considerar como la misma Cyd Charisse. Era un propósito abocado, como otras veces, al fracaso, para lamento de nuestro amigo; yo rehusaba la invitación por el miedo proverbial a las infecciones que me seguía produciendo ese tipo de actividades mercenarias; y en cuanto a Jerónimo, con buenas tragaderas para aceptar cualquier tipo de mujer, no le era posible tampoco aceptar la invitación, pues para esa noche, y para otras muchas, ya tenía fieles amantes esperándole. Al cabo, tampoco Leopoldo estuvo en condiciones de dar cumplimiento a su ardimiento amoroso, ya que acabó ahído del infame líquido, por su reiteración en brindar con la hermosa actriz, que, desde el cartelón, parecía haber cambiado su tentadora sonrisa en una mueca burlona.

A medianoche, abandonamos el cuchitril y decidí acompañar a Jerónimo hasta el periódico. El aire frío de la noche alivió algo nuestra obturación mental causada por el basto vino, aunque no lo suficiente como para que mi amigo pudiera escribir su habitual columna, por lo que se paseó por los talleres para hacer acto de presencia, se hizo ver por Dídimo y después salió. Lo acompañé directamente a casa de su amiga de turno. Me invitó a subir y yo, a impulso de la inconsciencia que me sugerían los píos vahos, acepté la invitación, como si, en vez de un encuentro amoroso, se tratase de una cortés reunión social. En realidad, eso es lo que fue. La mujer, una viuda que intentaba con sus escarceos refutar la soledad, al ver nuestro estado de semiembriaguez, extrajo su condición maternal y nos llevó directamente a un lecho, donde Jerónimo y yo quedamos postrados al instante. Ella, resignada, se fue para otra habitación.

Abandonamos la casa a primera hora de la mañana, antes de que la dueña se despertara. Jerónimo le dejó una cariñosa nota de despedida hasta la noche siguiente, prometiéndole amplia reparación, para compensar la frustración anterior. Desayunamos en el primer bar que encontramos a nuestro paso. Para mi amigo era normal empezar el día en este tipo de establecimientos, pero para mí resultaba de lo más exótico e inesperado. Me limité a tomar un café-achicoria, que me pareció abominable. Yo era de costumbres fijas y acomodaticias. Encaraba la mañana con un buen tazón de leche sola, al que acompañaba una buena ración de churros o de bollería variada, según dispusiera mi madre. Degustaba estos manjares con parsimonia, cómodamente repantigado en el sillón, a sabiendas de que estaba disfrutando plenamente con las delicias que me tocaban en suerte. Remataba esta operación de manduque matinal con la degustación de un vaso colmado de zumo de naranja. Lo consumía lentamente, paladeando cada sorbo con exquisita fruición, a sabiendas de que el mundo podía esperar mientras yo, ajeno al tiempo, consumía tan espléndido yantar. Con esa arraigada y solvente costumbre en mi vida, no era de extrañar que aquella mañana, junto a Jerónimo, me pareciera denigrante introducir en el cuerpo, de pie en el mostrador y a toda prisa, un infamante líquido, de naturaleza bastarda para más inri.

Antes de despedirnos para atender nuestras ocupaciones profesionales, quedamos en vernos esa misma tarde con intención de proseguir la línea investigadora que propiciara nuestra lectura del proceso de momificación corporal. La deducción a la que habíamos llegado era clara: los productos químicos imprescindibles para llevar a cabo la operación tenían que haber salido de alguno de los establecimientos de la ciudad dedicados a esa actividad específica industrial. Nuestro propósito era visitarlos para intentar conseguir alguna información. Estábamos ya plenamente convencidos de nuestros propósitos, movidos por un extraño anhelo de perfección personal, que solo podíamos encalmar sumergiéndonos de lleno en los intrincados caminos que nos habían de conducir al esclarecimiento de los hechos acontecidos en la Torre. La situación nos otorgaba conciencia de privilegio y, a la vez, de unicidad, lo que nos exigía ser, en lo que fuera posible, extremadamente prudentes, primero por nuestra propia seguridad y, después, para evitar cualquier entrometimiento ajeno.

Con estas sensaciones y, a la vez, con firme decisión, preparamos una visita, que considerábamos esencial para nuestros propósitos. Adivinábamos por anticipado, en el momento en que planeábamos la actividad en cuestión, que sus consecuencias bien podían acercarnos de nuevo complicaciones de todo tipo, pero, de momento, la firmeza de nuestras convicciones hacía soportable cualquier incidencia en el asunto que nos concernía, por peligrosa que fuera.

Según lo previsto, salimos para dar cumplimiento a nuestro propósito. Con un criterio selectivo, escogimos al efecto, entre las diversas opciones a nuestro alcance, un taller de galvanoplastia, que, a la vez, actuaba de almacén al por mayor de productos químicos, para su distribución entre las droguerías de la ciudad. Pensábamos razonablemente que los productos usados en el embalsamamiento del cuerpo de Marina podían haber salido de allí. No fue necesario en la ocasión mostrar mi acreditación de funcionario de recaudación municipal para acceder libremente a las instalaciones y comprobar la contabilidad. El propietario, Suso Almazán, era buen amigo de la familia. Nos recibió con sumo agrado y atención. Era un personaje activo, emprendedor, con la simpatía propia del industrial que sabe captar clientes a base de modales suaves, sonrisa franca y palmaditas en los hombros. Nos introdujo en un local amplio, donde se encontraban las instalaciones de galvanoplastia. Numerosos tubos se cruzaban por las paredes de un lado para otro formando un conglomerado abigarrado que desembocaba en media docena de grandes cubas, de hierro esmaltado, algunas de ellas humeantes, situadas en el centro del habitáculo, enfrentadas por mitad unas a otras. Por encima de ellas había dos grandes armazones de madera. El calor allí dentro era sofocante, por lo que Suso nos recomendó despojarnos de los abrigos, si no queríamos sudar abundantemente. Dos obreros manipulaban a la sazón bandejas y otros objetos metálicos en uno de los depósitos fríos, casi lleno de un espeso y oscuro líquido de color verdoso, que constituía, según Suso nos informó, un baño de cianuro de plata y potasio. Los operarios sujetaron las piezas metálicas a ganchos de alambre y las introdujeron en la cuba.

De una placa metálica adherida a la cuba, a modo de ánodo, salía un cable eléctrico que conectaba con un generador eléctrico, constituido por una dinamo. De este aparato se mostraba orgulloso nuestro anfitrión, ya que era un aspecto de modernidad frente a las antiguas baterías que usaba para la electrolisis.

Después de un rato de charla desenfadada, le expusimos el motivo concreto de nuestra visita: examinar el movimiento de almacén de los productos químicos, para una investigación tributaria que estábamos realizando. Suso hizo hincapié en que no era necesario que le indicáramos los motivos de nuestro interés, ni que le presentáramos autorización alguna para la investigación. Éramos amigos y eso solo era motivo suficiente para que buscáramos en su establecimiento cuanto quisiéramos. A través de una pequeña puerta, accedimos desde el taller al almacén. Consistía este en una espaciosa nave, atestada de abultados sacos de arpillera, apilados hasta el techo. Un olor reconcentrado, procedente de los diversos productos químicos almacenados, impregnaba el lugar.

Atravesamos el amplio almacén, sorteando a los operarios que se afanaban en trasladar sacos de un lugar a otro, mediante carretillas o cargando sobre el hombro, y llegamos a la parte posterior, donde en una esquina se había reservado un breve espacio acristalado, de unos dos metros por cada lado, a modo de oficina. Dentro de ella, tras una pequeña mesa, un empleado se afanaba en rellenar y ordenar albaranes. Suso nos lo presentó a título de contable y le encareció que nos facilitara cuanto deseáramos; después se excusó por no poder seguir acompañándonos, al ser reclamado por otras obligaciones. Le agradecemos su incondicional disposición, ofreciéndonos recíprocamente en nuestros respectivos quehaceres para atenderle en lo que estuviera de nuestra parte.

A requerimiento del contable, expusimos nuestro deseo de ver los movimientos de salida de dos productos químicos concretos: el cloruro de mercurio y el aldehído fórmico. Sabíamos que este se suministraba en forma de solución acuosa y aquel como sales inorgánicas presentadas en una especie de polvo blanco. Suponíamos que no eran de los más habituales en el trasiego comercial, lo que facilitaría el examen, aunque teníamos la dificultad añadida de que nuestro registro debía retroceder hasta veinte años atrás. El contable hizo un gesto dubitativo cuando escuchó el lejano período de tiempo que motivaba nuestro interés. Comentó que en esa época no estaba todavía él en la oficina, pero que los libros-registro de entrada y salida de almacén, desde la creación del taller, bastantes años antes de nuestra referencia temporal, se conservaban aún. Rebuscó, al efecto, en el cajón de la mesa y extrajo una llave, con la que abrió el armario que se encontraba detrás de él, junto a la pared. Sus diversos anaqueles estaban atestados de libros y documentos. El contable los señaló y nos indicó que entre esa masa informe de papeles se encontraba lo que buscábamos, excusándose por el desorden existente, ya que la urgente atención de los asuntos diarios le impedía dedicar algún tiempo a poner orden en los archivos. Por el mismo motivo lamentó no poder colaborar con nosotros en la búsqueda, dicho lo cual, el contable se enfrascó en su tarea de rellenar albaranes.

Jerónimo y yo nos acercamos al armario y contemplamos compungidos el voluminoso e informe conjunto de documentos que teníamos ante nosotros. Escogimos al albur algunos papeles que estaban en el anaquel superior y comprobamos que tenían fecha de cinco años atrás.

Los del anaquel inferior, sin embargo, eran de tiempo más reciente, lo que indicaba que allí no existía un orden determinado, sino que simplemente se habían amontonado papeles, unos sobre otros. Nos miramos Jerónimo y yo, como pidiéndonos mutuamente paciencia por la tarea que nos aguardaba, e iniciamos el examen de las facturas y libros depositados en las estanterías. Comenzamos desde la parte superior y, a medida que echábamos el vistazo a los papeles existentes, los colocábamos en el suelo. Al constatarlo, el contable pareció asustarse ante la posibilidad de que toda la mole de justificantes pasara del armario al suelo, con la probabilidad de que fuera él quien después tuviera que reponerlos a su sitio. Comprendimos su muda desazón y lo tranquilizamos, asegurándole que, una vez encontrado lo que nos interesaba, volveríamos a colocar todo en su sitio. Fue una promesa cabal, pero engorrosa de cumplir, ya que tuvimos que desalojar cuatro de las cinco estanterías que contenía el armario. Prácticamente llenamos el espacio vacío existente en la oficina con los documentos desocupados. En el cuarto anaquel descubrimos los libros en los que se registraban las operaciones concernientes a las fechas que indagábamos. Se habían aprovechado para la ocasión los típicos libros de cuentas corrientes, de tamaño folio y color marrón, con las esquinas reforzadas. Constaba el libro de cien folios, todos los cuales habían sido ocupados para registrar las operaciones de salida de mercancías, desde enero a diciembre. La tarea de examinar con pulcritud los folios, dado que desconocíamos la fecha concreta que nos pudiera interesar, nos llevaría casi tanto tiempo como la búsqueda del libro en cuestión. Como estaba, además, cercana la hora de cierre del almacén, decidimos reponer en su sitio la documentación removida y volver al día siguiente para examinar con calma en el libro-registro los apuntes de referencia. El contable esperó pacientemente a que acabáramos la tarea, aunque se retrasase algo en el cierre, y salimos todos juntos del establecimiento.

En la tarde siguiente, acudimos a primera hora para proceder al examen minucioso del libro. Habíamos colocado este, el día anterior, sobre la mesa del contable. Este, cuando llegamos, estaba demudado y nervioso. Su jefe, Suso, se encontraba en el cuchitril y daba cortos paseos por él, como si con esa actividad frenética intentara disipar su mal humor. Al instante, comprendimos lo que ocurría. El libro contable no estaba en el sitio donde lo dejáramos el día anterior. Tampoco en ningún otro. El libro había desaparecido. El contable, con semblante pesaroso, nos explicó que esa misma mañana tuvo todo el tiempo el libro al alcance de su vista, mas, por la tarde, en cuanto llegó a la oficina, se percató de su falta. Suso Almazán supuso, y así nos lo explicó, que alguien durante la última hora de la mañana permaneció en el almacén, escondido entre los montones de sacos, llevando a cabo el hurto con toda tranquilidad; después, a la hora de abrir por la tarde, se debió de confundir entre el resto de la clientela y salió. Con ánimo de ayudarnos, nos pidió que le explicáramos lo que estábamos buscando, por si podía facilitarnos alguna pista. Cuando concretamos los productos que nos interesaban, Suso fue explícito:

—No necesitáis para nada el libro-registro desaparecido, ya que esos productos químicos están legalmente controlados, por lo que son de escaso movimiento. Prácticamente el único que los ha pedido con cierta regularidad en los últimos años ha sido Simón, el taxidermista, para sus actividades de disecación, aunque en pequeñas cantidades, porque apenas los usa por su carestía. Simón no se distingue precisamente por su escrupulosidad en el trabajo. —Asentimos a esa

afirmación, mientras Suso meditaba un momento, antes de proseguir—. Si no recuerdo mal, hace mucho tiempo, aunque no podría precisar cuánto, hubo también una petición de esos mismos productos en cantidad inusualmente importante, de ahí que me llamara la atención, por parte de don Carlos, el médico forense. Este firmaba el escrito de petición, pero quien retiró los productos del almacén fue su practicante, Leónidas Seirulo. El forense es un hombre cabal, con el que mantengo una buena amistad. Podéis ir a verle de mi parte, porque estoy seguro de que os recibirá con la mayor cordialidad.

Le dimos las gracias a Suso Almazán por los buenos servicios que nos prestara y salimos del almacén hondamente preocupados. De inicio, nuestras actividades se habían podido desarrollar en una discreta opacidad, sin poner nunca en evidencia nuestras reales intenciones. Pero desde que fuéramos descubiertos en el interior de la Torre por el inesperado intruso, nombre este que dábamos al que nos propició la encerrona, aunque igualmente mereceríamos nosotros el calificativo, estábamos al descubierto. Abrigábamos la esperanza de que tal intruso no se hubiera percatado de nuestra personalidad, pero ahora teníamos clara evidencia de que nos equivocábamos. Él sabía quiénes éramos, sospechaba lo que andábamos buscando y, a la vista de lo sucedido en el almacén, seguía muy de cerca nuestros pasos.

Me pareció que estábamos inmersos en una situación comprometida, por lo que expresé mi preocupación, más que nada como válvula de escape a mis difusos temores. Jerónimo, sin embargo, parecía acrecer en seguridad a medida que las dificultades surgían. Diríase que disfrutaba ante la inminencia del peligro. Quizá su propia contextura física y la energía que de ella emanaba le otorgaban ese aplomo proverbial para moverse ante las situaciones comprometidas. Yo, como más enclenque y, quizá a causa de esa debilidad esencial, con bastante más imaginación que él, según acertaba a pensar, tenía más conciencia del riesgo que a cada paso de nuestra investigación asumíamos.

En cualquier caso, ni las anteriores disquisiciones, ni el inesperado contratiempo arrostrado en el taller de galvanoplastia, nos apartaron un ápice de nuestro inmediato propósito: visitar al médico forense, con ánimo de obtener información precisa sobre el uso de los productos químicos que nos interesaban.

Tenía el forense su despacho en los sótanos del Hospital Provincial y hacia allí nos encaminamos. Conocíamos de sobra el centro, en el que, por la profesión sanitaria de nuestros padres, prácticamente nos habíamos criado, pero desconocíamos sus subterráneos, auténticos antros, que, a mí en particular, siempre me motivaron, por su lobreguez, una difusa e incómoda aprensión. Con ella a flor de piel, afronté la novedosa iniciativa, atemperada en algo aquella inervación por la presencia de Jerónimo. A través de una estrecha escalera, descendimos a las entrañas del centro hospitalario. Allí se ubicaban la morgue y el adjunto despacho del titular de medicina legal. Sin tapujos, era un submundo siniestro, escaso de luz, solitario y formado por un dédalo de pasillos, que se entrecruzaban entre sí, formando un auténtico laberinto. La persona que se encontraba en portería nos había advertido, para no extraviarnos, que descendiéramos y nos dirigiéramos siempre hacia nuestra derecha, hasta encontrar una estancia con el rótulo

«Depósito de Cadáveres», así como el despacho anejo, que usaba precisamente el forense. De momento así lo hicimos, con lo que, a la primera desviación que encontramos a nuestra mano diestra, nos adentramos por ella. Después de transitarla un rato, llegamos a su fondo y nos encontramos con la decepción de que era una zona sin salida, por lo que tuvimos que retroceder al pasillo principal. Deambulamos por él hasta su final, donde se bifurcaba en dos direcciones opuestas: giramos a la derecha, conforme a las instrucciones recibidas. Hacía calor en aquella zona y el zumbido de maquinaria se acrecentaba a medida que avanzábamos. A través de una puerta metálica, semiabierta, vimos las enormes calderas que suministraban calefacción al edificio. El tremendo ruido que producían las máquinas y el intenso calor que emanaba de ellas semejaban la sucursal preconcebida del infierno. Jerónimo echó un vistazo al interior y vio a un hombre, con el pecho al descubierto y sudoroso, que manejaba una pala para suministrar carbón a las calderas. Jerónimo, a gritos para hacerse entender, dado el intenso ruido existente, le preguntó por la oficina del forense. El otro, por toda respuesta, hizo una señal con la cabeza, para que siguiéramos más hacia la derecha. Así lo hicimos, alcanzando el final de ese pasillo, que, como de costumbre, se volvía a bifurcar. Seguimos sin vacilar la orientación predicha, pasando delante de unas estancias amplias, también calurosas y con intenso vaho, de la que salían voces femeninas. Nos parecieron sonidos celestiales en medio de aquel turbulento mundo subterráneo y entramos en el lugar de donde provenían. Se trataba de los lavaderos: dos piscinas de regulares dimensiones, repletas de agua humeante, a cuyo alrededor se arrodillaban diversas mujeres sobre sendos tajos, en los que, con los panales de jabón, se afanaban en lavar las pilas de ropa que tenían al lado. Acostumbradas quizá a desarrollar su trabajo en soledad, las mujeres, al vernos, lanzaron gritos de júbilo y nos hicieron indicaciones de que nos acercáramos, mientras nos hacían saber, con gestos soeces, sus intenciones para con nosotros, especialmente con Jerónimo. Declinamos la invitación con una sonrisa, las saludamos, a modo de despedida, con un movimiento de mano, y salimos. Hubimos de peregrinar otro buen rato antes de que, en la nueva bifurcación, acertáramos con el pasillo adecuado. Hacia su mitad, como aconteciera con los servicios anteriores, se encontraba el depósito. Abrimos y vimos una sala oscura, fría, en la que estaban adosadas numerosas mesas de mármol. En una de ellas vimos un cadáver, cubierto con una sábana. Cerramos la puerta y nos dirigimos hacia la que estaba al lado. En su centro, una pequeña placa metálica, anunciaba el cargo de quien ocupaba el habitáculo: «forense». Estaba abierta, por lo que entramos sin llamar. Nos encontramos en una habitación, más bien escueta, con un lavabo y dos armarios, uno metálico y otro de madera barnizada en blanco, en los que, a través de las cristaleras, se vislumbraban frascos de distintas clases y material sanitario. En la parte opuesta a la de la entrada vimos otra puerta, entornada, por la que se filtraba la luz eléctrica. Nos acercamos y Jerónimo llamó discretamente. Desde dentro, una voz calmosa nos invitó a pasar.

Vimos a un hombre, con bata blanca, sentado tras una mesa, que se afanaba en escribir sobre un papel con membrete oficial. Levantó la vista y nos rogó que nos sentáramos, mientras ultimaba el informe para entregar al juez y autorizar la inhumación del cadáver. Supusimos que nos confundía con familiares de la persona muerta, que contempláramos en el depósito, y le hicimos ver su error. El otro puso entonces gesto de extrañeza, por lo que nos dimos a conocer y

le expusimos el motivo de nuestra visita. El forense, de edad mediana, pelo blanco, cuidadosamente peinado, y ademanes tranquilos, dio muestras de comprensión y amabilidad. Sin preguntarnos los motivos de nuestra curiosidad, nos rogó que esperáramos un momento, hasta que terminara de redactar el informe. Cuando lo hizo, se levantó y salimos a la sala anterior. Se dirigió al armario de madera pintada de blanco, mientras nos explicaba que consultaría los registros del año que le pedíamos, porque, después de tanto tiempo, no podía recordar de memoria el motivo de nuestro interés. Abrió el mueble, y del anaquel inferior extrajo varios libros, de los que después de mirar la fecha escriturada en los lomos, escogió uno de ellos, volviendo a poner los demás en su sitio. Nos explicó que el control de los productos químicos que se utilizaban en la práctica forense no lo realizaba directamente él, sino que le tenía encomendada esa misión a su ayudante, Leónidas Seirulo. No había, empero, problema, para localizar lo que deseaban, pues además de que el uso de aquellos era escaso, llevaban un estricto registro de peticiones de material y el inventario de este.

Con el libro escogido, regresamos al despacho, donde consultó los asientos y, al cabo de un instante, nos ratificó lo que queríamos: que el cloruro de mercurio y el aldehído fórmico habían tenido entrada, efectivamente, en la fecha que nosotros le facilitáramos. Le extrañó un detalle: Que su salida de inventario tuviera lugar una semana después, cuando con tal cantidad debieran haber tenido, al menos, para casi un año de trabajo normal. A nuestro requerimiento de cómo podía explicarse eso, el forense replicó que el único que lo hubiera podido aclarar satisfactoriamente era Leónidas, su ayudante.

—Desgraciadamente —añadió el facultativo—, ya no puede hacerlo. Tenía una edad propecta y falleció hace unos ocho o diez años. Era un buen hombre, honesto y cabal, con el que compartí actividades forenses durante una buena parte de mi vida profesional.

Le dimos las gracias por su información y, antes de despedirnos, no pude por menos de lamentar, según nuestra propia experiencia, el largo trecho laberíntico que el médico debía recorrer cada vez que accediera a su trabajo, a través de los interminables pasillos.

—No lo crean —dijo el forense con dilatada y franca sonrisa—. La escalera de salida está contigua a esta pared —señaló la cercana a donde nosotros estábamos—. Lo que me hace pensar que ustedes, en vez de mirar a la izquierda, donde encontrarían inmediatamente la puerta del depósito, se han dirigido al lado opuesto y han dado la vuelta a todo el edificio.

—Es lo que nos dijo el portero —repliqué yo, estupefacto por la explicación oída.

—Deben perdonarlo—añadió el forense, que pasaba indudablemente un momento de sano regocijo con la noticia de nuestro innecesario peregrinaje subterráneo—. Es un hombre ignorante que no sabe distinguir dónde tiene la mano derecha. Más de uno ha sufrido el mismo error, pero tómenlo por el lado favorable. Han conocido ustedes el vientre del hospital, un lugar quizá desagradable, pero tan imprescindible como las zonas más nobles de arriba.

Salimos de la entrevista con el forense sumidos en la impresión de que aquella mañana habíamos realizado dos actos completamente inútiles: darnos una buena andadura para llegar a un sitio que teníamos al alcance de la mano y salir del depósito con las ideas mucho más espesas acerca de nuestra pretensión indagatoria. Sospechábamos, eso sí, que el tal Leónidas Seirulo debió de tener alguna relación con el protervo y degenerado individuo que se extasiaba ante la

morbosa contemplación de un cuerpo muerto en la Torre. Aquel, indudablemente, se habría encargado de acopiar los productos químicos necesarios para la momificación de Marina e, incluso, de llevarla a cabo, con la pericia de los muchos años que llevaba de trabajo en la morgue. Pero su muerte nos dejaba sin posibilidad alguna de aclarar los muchos puntos oscuros que la situación planteaba. Nos veíamos, así, una vez más, abocados a una indefinición de perspectivas, y de consiguientes iniciativas, que no sabíamos, de momento, cómo solventar. En ocasiones anteriores, habíamos pasado por trances similares, pero al poco tiempo encontrábamos una nueva vía de acceso que nos permitía perseverar en nuestras pretensiones. Ahora, sin embargo, no teníamos más opciones a la vista. Ante nosotros se oponía la ineluctable realidad de la muerte y, frente a ella, cualquier opción resultaba estéril. Lastrados con esta convicción de fracaso, nos despedimos para acudir al respectivo trabajo.

El de Jerónimo, por sus características, le permitía seguir en la calle a la busca de alguna noticia que pudiera llevar al periódico. Era, esta actividad deambulatoria, ideal para mi amigo, desde que en los tiempos de estudiante se perdiera las clases del instituto para inmiscuirse en la vida ciudadana. Para él seguía teniendo la fascinación del primer día. De cuando en vez se pasaba por el frontón para saludar a sus antiguos amigos, o visitaba a media mañana la bodega de Ventura, tan populosa y plagada de suciedad como siempre. Continuaba siendo el centro oficioso de reunión de la gente obrera. Dada la asiduidad de Jerónimo, nadie le veía allí como un intruso; lo consideraban «de los suyos», pese a su traje de chaqueta cruzada, su camisa blanca y su corbata, atuendo que tanto desentonaba en aquel ambiente de sucios monos azules. Entre jarras de vino e intercambio de cigarros comentaba con los circundantes los acontecimientos del día. «Pecho Lobo», uno de los asiduos al poluto y concurrido tabernáculo, no acudía a él con la misma frecuencia. Dada su estragada afición al infame líquido que en aquel santuario se despachaba, sufría episódicos ataques de *delirium tremens*, que le obligaban a alternar el hospital con la bodega. No era capaz de separarse de esta, por muchas recomendaciones en contra que se le hicieran. Sus visitas, empero, eran cada vez más infrecuentes. Cuando supe lo que le ocurría, no es que me alegrara con su desdicha, pero respiré con alivio: ya no tendría que sufrir el oprobio de pasear por el centro de la ciudad con el sucio personaje al lado. Jerónimo, sin embargo, se mostró pesaroso por la ausencia de «Pechos». Lo tenía por un hombre rudo, pero fiel, que le tenía al tanto de lo que ocurría en los ambientes de los bajos fondos.

Fue en la misma bodega de Ventura donde mi amigo vio por primera vez a Ernesto. Le llamó la atención porque lucía también traje y corbata, casi el único, con Jerónimo y conmigo, en llevar tal atuendo en aquel bisunto ambiente. Quizá por eso uno y otro se intercambiaron largas miradas. Era Ernesto un hombre físicamente insignificante, de edad intermedia y semblante anodino. Presentaba una pronunciada calvicie, que daba brillo y lustre a su cráneo. Sus ademanes resultaban tranquilos y corteses. Daba toda la impresión de ser un ejemplar típico de la clase media, que derrochaba timidez y franqueza. Ventura le informó a Jerónimo que el tal Ernesto trabajaba en las oficinas de Tabacalera. Eso era indicio de un buen puesto de trabajo, ya que popularmente se tenía a la Tabacalera como un referente de privilegio en la actividad laboral, por su condición de monopolio y la importante cuantía de los salarios que satisfacía. Ernesto y Jerónimo coincidían muchas veces, sobre todo a media mañana, cuando el primero debía salir de la oficina para tomarse un tentempié. A pesar del conocimiento visual que mantenían, nunca se interpellaron directamente.

Jerónimo, después de reponer fuerzas en la tasca, continuaba su andadura, visitando los centros oficiales, donde solía recoger noticias para el periódico. Visitaba primeramente la sede del Movimiento. Estaba situada en una céntrica avenida y ocupaba un edificio aislado de dos plantas, con patio y un mínimo jardín alrededor. Tratábase de una de las propiedades requisadas

a sus dueños en la contienda civil, convertida en el centro partidista. Popularmente se conocía al edificio como «la Jefatura», ya que en él se aposentaba el mando provincial del partido único. La actividad en el lugar no es que fuera precisamente excesiva, aunque diera esa impresión al ver el elevado número de empleados que por allí pululaban. Jerónimo, que como visitante asiduo debía de tener información fiable, decía que la «Jefatura» era la sede central de delaciones y confidencias. A mí me costaba creerlo. Conocía a Jerónimo y sabía su aversión creciente hacia los poderes establecidos, así como su apartamiento progresivo de cualquier tipo de creencias. Además, yo conocía a muchos de los que trabajaban en Jefatura y me parecían gente encantadora, sanos patriotas e incapaces de hacer daño a nadie. Pero Jerónimo, con su terquedad habitual, insistía en sus acusaciones y aprovechaba para acusarme, una vez más, de cándido y de poco realista, además de afecto al régimen. Desde estas descalificaciones previas, que, por lo demás, no me molestaban demasiado porque formaba parte del contenido de nuestras habituales discusiones y porque contenían un fondo de verdad, él insistía en relacionar aquel lugar con las más siniestras delaciones. Puntualizaba al respecto que, desde todos los rincones de la provincia, acudían a Jefatura alcaldes y jefes locales del régimen para, a la vez que reafirmar su compromiso mediante el trato directo con la superioridad, realizar repugnantes denuncias de hombres y mujeres que, en sus respectivas localidades, a juicio de aquellos, eran sospechosas de desafección al caudillismo y a su ideología, o que, por su parentesco con represaliados, convenía vigilar más de cerca su conducta, por si era merecedora de escarmiento.

Por esos y otros motivos, pese a la confianza con que trataba al personal de Jefatura, Jerónimo me hacía saber su desdén y su sentimiento de repulsa y desprecio a los oportunistas que se sentaban en los despachos de aquella sede, que él consideraba aviesa; personas aparentemente atentas y serviciales, pero que, con su trabajo, protegido bajo la apariencia de inocua actividad administrativa, podían llevar a tantas gentes a la cárcel, a la tortura y, acaso, al cementerio. Frente a estos comentarios desabridos de mi amigo, yo contraatacaba y argüía que esas personas que él descalificaba, me constaba que llevaban a cabo conspicuas tareas relacionadas con la función burocrática, además de organizar y mantener beneméritos servicios sociales, como las ayudas en comedores y en roperos, campañas de campamentos, actividades culturales o de beneficencia. Jerónimo, a su vez, replicaba que esas actividades no debían de ser consideradas benévolas, ni siquiera inocentes, ya que por debajo del presunto barniz sociocultural estaba siempre el adoctrinamiento político. En lo que sí coincidíamos ambos era en apreciar la actividad de Jefatura más proclive de cara al ciudadano: la referente a la emisión de certificados de adhesión al régimen. Cualquier actividad, ya fuera industrial, comercial, laboral o, simplemente estudiantil, debía pasar por un triple filtro, aplicado por órganos independientes: el administrativo, a cargo de las delegaciones ministeriales correspondientes, según la clase de actividad, controlando su legalidad; el político, a cargo de la Jefatura, que se encargaba de emitir los mencionados certificados de adhesión, después de expurgar los entresijos vitales del peticionario; y el judicial, que se encargaba de emitir los certificados de penales. Este certificado y el de adhesión al régimen abrían muchas puertas, permitían otras tantas conductas y evitaban no pocos disgustos con la temida Brigada Político-Social.

Jerónimo no necesitaba ningún certificado de adhesión, porque en Jefatura, como digo, lo

consideraban uno de los suyos y así se lo demostraban, acogiéndolo con simpatía y afecto. Alguna vez lo acompañé en sus visitas cotidianas, y me acogieron igual de bien, desde la doble confianza derivada de mi amistad con Jerónimo, así como de mi condición funcional. En la primera planta estaba el despacho del jefe provincial. En cuanto se pisaba el vestíbulo se comprendía de inmediato que accedíamos a la cercanía de un personaje poderoso. La iluminación era profusa, el parqué del suelo estaba cubierto con gruesas alfombras, y las paredes tenían superpuestos paneles de finas maderas. Una voluminosa lámpara de bronce y cristal colgaba del techo, así como lujosos apliques del mismo metal destacaban en los cuatro puntos de las paredes. En medio de la ampulosa estancia se había colocado una mesa maciza, sobre la que se apoyaban dos artísticos candelabros. Al lado opuesto de la entrada se encontraba la puerta de acceso al despacho del jefe del partido en la provincia. Cerca de ella, parapetado tras una mesa auxiliar, se encontraba un ujier, que recibía los requerimientos de los visitantes y los trasladaba a la secretaria, a fin de que esta los filtrara debidamente, antes de otorgar la anuencia al recién llegado para acceder al encuentro con el mandamás. Tanta suntuosidad y rigor evidenciaban el poder del individuo que ocupaba el despacho, reflejo, a su vez, del que ostentaba el partido oficial.

Por los vericuetos del edificio debían anidar, según pensaba Jerónimo, el jefe del somatén, el famoso «Duce», y alguno de los compinches que le servían. Sus hazañas, reales o imaginarias, pero todas sanguinarias, se comentaban entre la población en voz baja. Se decía que el temible represaliador tenía ojos y oídos en todas partes, por lo que no convenía elevar la voz y significarse, no fuera a ser que apareciera el temible matón. A él se cargaban los cientos de muertos que hubo en la capital, durante la guerra y con posterioridad a ella, todas causadas sin trámite legal alguno, mediante el expeditivo y cruel sistema de los «paseos». Nadie conocía al «Duce», por lo que no se podía realizar descripción alguna de sus características físicas. Lo deseable, además, era no conocerlo nunca, porque se tenía como certeza absoluta que aquellos que tuvieron la triste oportunidad de verle la cara se encontraban en el penoso trance de tocar la espalda con un frío paredón, a punto de recibir una descarga del pelotón de fusilamiento. No faltaba quien, con cierta despreocupación, ponía en duda su existencia y la consideraban propia de una más de las leyendas surgidas a consecuencia del conflicto civil. Pero a quien así se expresaba se le obligaba de inmediato a callar, para evitar desagradables complicaciones.

Jerónimo no podía dar por segura la existencia del famoso y temido personaje, pero sí tenía por cierto, pues lo constataba casi cotidianamente, que los matones que usaban su nombre patrullaban las calles durante la alta madrugada, e incluso, como he tenido ocasión de relatar, acudieron oportunamente en su ayuda cuando se vio en trance apurado. Desde esta certeza, en algún momento como si de algo intrascendente se tratara, preguntó a algunos de los funcionarios que trabajaban en Jefatura si acaso andaba por allí el nombrado «Duce», para testimoniarle su admiración. Los interpelados se hacían los desentendidos y entraban en una repentina fase de actividad laboral, moviendo papeles de un lado a otro de la mesa. Alguno, con más confianza, le pidió en voz baja que no hiciera ese tipo de preguntas, porque podían traerle disgustos. Este tipo de reticencias afianzaba la creencia de Jerónimo en la tangibilidad del jefe de matones, el cual provocaba pavor incluso en la sede misma del partido, no ya solo por su áspero trato y maléfica

fama, sino también, y sobre todo, por su incógnita personalidad. Podía estar perfectamente camuflado en las oficinas, pasar por un aparente e inocuo auxiliar administrativo, sin que los de al lado lo supieran. Esa imperceptible ubicuidad era la que sobrecogía de temor a los extraños y, como consecuencia, otorgaba impunidad al personaje.

A la vista de ese oclusivo silencio, Jerónimo dejó de preguntar, no fuera que su curiosidad llegara a los oídos del temible individuo. Tampoco le hubiera importado demasiado. Esto me lo decía con plena convicción, y yo lo creía. Tenía mi admirado amigo tanta fe en sí mismo, tal grado de confianza en sus propias posibilidades físicas, que no le hubiera importado demasiado enfrentarse al «Duce», si preciso fuera. Así era Jerónimo de fanfarrón y de inconsciente. Aunque también pensaba que no hubiera habido lugar para enfrentamiento alguno entre ellos. Argumentaba esta creencia en la intuición de que el «Duce» lo conocía y sabía de sobra quién era él, ya fuera por sus visitas a Jefatura, ya por sus andanzas nocturnas. Incluso no le extrañaría que lo tratara asiduamente, sin saber que era el famoso personaje. Claro que esto nos podía ocurrir a cualquier, dado el anonimato en que se movía aquel. Por eso le sugerí a mi amigo que dejara de interesarse por el matón, para no darle motivos de que se acercara a nuestras vidas, algo que, solo de pensarlo, me producía escalofríos. Sabía que seguiría mi recomendación en la medida de que no fuera espoleado por su curiosidad, pues le encantaba meter las narices en los asuntos ajenos, como el de la Torre testimoniaba con singular ejemplaridad. Mientras tanto, usaba su campechanería y franqueza para ganarse amigos en cualquier parte, incluso en la Jefatura, pese a que, en el fondo, los despreciara. En cualquier caso, cuando Jerónimo aparecía en la sede del partido, se le acogía con la mayor naturalidad y simpatía, sin resquemor ni desconfianza alguna, y se le trataba con el afecto reservado al fiel camarada. Así de grande era la habilidad y el don de gentes de Jerónimo, que le permitían acogerlo como algo propio allí donde estuviera.

Yo era incapaz de asumir ese ejercicio de realismo plural. Cuando quedaban adecuadamente estructuradas en mi mente determinadas convicciones, me parecía indigno hacer dejación de ellas para plegarme a conveniencias o idiosincrasias ajenas. Por eso el divergente modo de sentir y de actuar que exhibía Jerónimo motivó entre nosotros más de una discusión. Carecía él de una ideología concreta. O eso me parecía a mí en un primer momento, porque después, a medida que lo conocí mejor, llegué a otra conclusión. Pero al inicio de nuestra amistad lo consideraba, y así se lo dije, como un hombre sin ideales, que se plegaba sutilmente a los de los demás. No me extrañaba, por eso, que tuviera auténtica mentalidad obrera, cuando estaba con este tipo de personas, o que pensara como un sectario del partido oficial, en los momentos en que confraternizaba con sus miembros. Esta ambivalencia ideológica hizo que, en el fragor de nuestras diatribas, le llegara a acusar de nihilismo, pues para él no existían ni personas ni ideales con la suficiente valía y corrección como para hacerse su valedor. Él no tenía empacho en ratificar ese parecer, aunque hacía la excepción de mi propia persona, a la que tenía en alta estima, lo cual me enorgullecía. Salvo esta puntual referencia, que yo consideraba asentada en un sentimiento veraz y no mera cortesía hacia mí, Jerónimo tendía al indiferentismo por conveniencia y al descreimiento por naturaleza. Esto último lo fundamentaba en un estricto prurito de racionalidad, pero no exento de un afán oportunista por epatar y por contradecir.

El pensamiento radical con que esquematizaba Jerónimo sus creencias, y el desprecio que

demostraba hacia los grandes conceptos, me hacía revolverme con vehemencia hacia él, en un intento por salvaguardar y ensalzar aquellos. Ya he referido anteriormente que nunca llegábamos a la concordia en nuestras discusiones bizantinas. Era imposible que lo lográramos cuando nuestros puntos de partida eran tan dispares. Además, toda mi ardiente convicción chocaba contra la imperturbable posición de él, que mostraba una apacible serenidad para expresar sentencias tremebundas, mientras que mis presuntas verdades eran vertidas entre gesticulaciones y acaloramientos, por lo que parecían tener más de grito discutidor que de razonamiento discursivo. Su presencia de ánimo y su sesgo apaciguador acababan por desarmarme, apartando la controversia para mejor ocasión, la cual, por lo demás, si llegaba, terminaba con idénticos condicionantes. Tan pronto como se hacía el silencio, Jerónimo me miraba con satisfacción y me indicaba lo bueno que era tener un amigo sincero con el que todo se podía poner en duda, sin que nuestra amistad se resquebrajara. Yo le daba la razón, aunque aprovechaba para decirle que nosotros constituíamos un ejemplo válido de que la amistad existía. Para él, sin embargo, representábamos un arquetipo de adaptación interpersonal, motivado por deficiencias estructurales de nuestra individualidad; es decir, que nuestra amistad era un modo de complementar las respectivas personalidades, una timorata e indecisa, y la otra demasiado abrupta. En suma, mutua conveniencia. Yo decía amén y, al cabo de un instante, ni Jerónimo ni yo recordábamos ya que hubiera existido controversia.

En esta situación de vacío discursivo nos encontrábamos precisamente cuando recibimos recado del médico forense. Estaba ya promediada la tarde y no nos pareció hora adecuada de visita, teniendo en cuenta, además, que en la nota se hablaba del interés por hablar con nosotros, pero sin mencionar ningún tipo de urgencia. Pospusimos, pues, la visita, como hiciéramos la vez anterior, para la primera hora de la mañana siguiente.

Fue un error imperdonable, que comprendimos tan pronto como pusimos los pies en el recinto hospitalario. Un error que nos apesadumbró grandemente y nos hizo ver la magnitud del peligro al que nos enfrentábamos. En cuanto llegamos al hospital, comprendimos que algo anormal ocurría. Por el amplio vestíbulo pululaba diverso personal sanitario, que mostraba síntomas evidentes de nerviosismo y estupefacción, removiéndose por el espacio como indefensas mariposas agitadas inopinadamente por una mano gigantesca. El portero había salido de su garito e interesaba de continuo la opinión de unos y otros, sin que nadie se parara a informarle, ante la situación de apresuramiento y ansiedad en que todos se encontraban.

Jerónimo comentó con enfado lo torpes que habíamos sido no acudiendo a la cita con el forense en el mismo momento en que nos la hizo saber. Mi silencio supuso la constatación de mi pesar, por haber tomado a la ligera un asunto que sabíamos adquiriría a cada momento matices más y más inquietantes. Descendimos a toda prisa la estrecha escalera que conducía a los sótanos y, en cuanto desembocamos en ellos, nos topamos con un grupo de personas que taponaban la entrada al cuarto del forense y cuyos rostros descompuestos delataban la fuerte impresión que acababan de recibir. En la parte de atrás se encontraban algunas de las lavanderas que viéramos en nuestra visita anterior. Todas compungidas, algunas soltaban abundantes lágrimas, mientras

que otras movían con insistencia los labios, como si estuvieran entregadas al recitado apresurado de alguna oración. Jerónimo, desde su privilegiada estatura, miró hacia dentro y cerró los puños con rabia. No tuvo que decirme nada, para comprender lo que ocurría. Llegaron dos celadores portando una camilla, se abrieron paso entre el grupo y entraron. Al cabo de un instante, volvieron a salir portando en la camilla el cuerpo inmóvil del forense. Tenía una zona de la frente tumefacta y el rostro cubierto de sangre. Por la forma descuidada con que estaba echada la cabeza hacia atrás y la manera con que colgaban los brazos fuera de la camilla, cual muelles desarticulados, tuvimos la impresión inmediata de lo que era: un cuerpo inmóvil, desprovisto de vida. Jerónimo me hizo una señal con la cabeza para que abandonáramos inmediatamente el lugar, y así hicimos. De todos los que estábamos allí, muy posiblemente fuéramos los únicos que no pertenecíamos al personal hospitalario, por lo que no estaba justificada nuestra presencia. Nos convenía, pues, apartarnos cuanto antes del recinto, para evitarnos complicaciones.

En el vestíbulo nos cruzamos con un grupo de policías, que acudieron presurosos hacia el sótano. Los mandaba un agente de paisano, ya entrado en años, pues en la parte de las sienes que dejaba al descubierto el sombrero se veía pelo canoso cortado a cepillo. Su mirada inquieta y vivaz denotaba inteligencia. Así que entró, se percató al instante de nuestra presencia. Temí, por un momento, que nuestras presunciones se cumplieran y nos viéramos envueltos en el crimen. Sobre todo cuando el policía de paisano se dirigió rectamente hacia nosotros. Mis piernas comenzaron a temblar y mi rostro se congestionó. En aquel instante maldije el momento en que se nos ocurrió asumir una investigación, que a los ojos de los demás era injustificable, y que suponía solapar ilegítimamente las actividades policiales. Semejante insensatez, en unos tiempos tan difíciles como los que corrían, en los que el régimen imponía el control sobre la sociedad de forma violenta y cruel, sin ningún tipo de garantías legales, nuestra intromisión era de una audacia rayana en la locura. Estaba dispuesto a inculparme ante el inspector de policía por nuestra insensatez, poniéndome, si era preciso, de rodillas ante él, para pedirle comprensión y clemencia.

Mi sorpresa, sin embargo, fue mayúscula, cuando pasó delante de mí, como si no existiera, y se dirigió a Jerónimo con una franca y distendida sonrisa, mientras le tendía la mano diestra. Se saludaron los dos con afecto y hablaron un momento entre ellos. Después, Jerónimo me presentó al inspector Faundez —de esa forma, con el cargo y apellido, era conocido por todos— como un buen amigo. Con la cara contraída todavía por el miedo, intenté poner algo de convicción en mi amable salutación. El inspector, por su parte, me saludó con efusión y campechanía, pidiéndome que lo considerara también su amigo, puesto que lo era de Jerónimo. Por la postura ligeramente encorvada, la manera de expresarse, algo chillona, y por sus formas francas y un poco rudas, delataba un origen rural. Se despidió de nosotros y se incorporó al grupo de agentes que descendía ya hacia el sótano. Nada nos dijo de su presencia allí, ni tampoco nosotros aludimos al suceso.

Cuando me vi fuera del hospital recuperé la calma. Mientras regresábamos al centro de la ciudad, para incorporarnos a nuestros respectivos trabajos, Jerónimo me contó que el inspector Faundez era quien se encargaba en la comisaría de facilitar a la prensa las notas oficiales. También acercaba al periódico las órdenes y los comunicados que emitía el gobierno civil. Por

este motivo, el contacto profesional entre ambos era frecuente y entre ellos había surgido una buena amistad. No pude por menos de celebrar esa venturosa amistad, porque, de ser otro el que hubiera acudido al hospital, podíamos habernos visto en un grave aprieto. Esto me hizo plantear a Jerónimo la conveniencia de abandonar nuestros propósitos, dados los peligros crecientes a que nos exponíamos. Sabía de antemano que recibiría una respuesta negativa por parte de mi amigo, pero insistí en mi propuesta, porque ni éramos las personas adecuadas para sacar adelante un asunto tan enrevesado como el de la Torre, ni teníamos posibilidades claras de desentrañarlo, por el doble motivo de falta de medios y de legitimidad. Jerónimo, sin embargo, no dudó en aseverar que éramos los únicos capaces de sacar algo en limpio del tenebroso asunto.

—A nosotros —me dijo muy serio— no nos interesan, de primera intención, los crímenes. Para que desentrañe a sus autores está la policía; si no lo hizo en su momento, cuando ocurrieron los hechos, no vamos ahora a corregir a nadie..., salvo que nuestros desvelos trasciendan la intención original y nos conduzcan también a aquellos. Posiblemente así tendrá que ser, más pronto que tarde, ya que no me cabe la menor duda de que el asesinato del forense se ha producido para evitar que nos contara algo relacionado con el misterio de la Torre. Pero de momento, la policía no lo sabe. Que investigue, pues, por su cuenta, esta muerte. Nuestra inmediata atención debe ceñirse al secreto de Marina, la desgraciada joven que lleva años expuesta a la curiosidad morbosa de alguien, a saber con qué obscenos propósitos, saltándose las leyes y obviando la legítima sepultura a que tiene derecho.

—Comuniquemos al inspector Faundez el hallazgo del cuerpo, lo enterramos y todos en paz —repliqué yo—. De paso, le damos pistas para investigar este nuevo crimen.

—Tengo buena relación laboral con el inspector, pero no la confianza suficiente como para exhibirle nuestras intromisiones de todo tipo. Además, aunque así lo hiciéramos, si la policía sospechara que tras todo este asunto está el «Duce», dejaría de indagar para no meterse en problemas con el régimen, con lo que nuestro desquiciado y perverso admirador quedaría impune, sobre todo cuando tú y yo tenemos la firme convicción de que es el culpable de la muerte del forense. Este debió de descubrir algo importante, que pretendía comunicarnos. El indeseable sujeto que se esconde en este asunto lo advirtió y le cerró la boca para siempre.

—Es la segunda vez que se nos adelanta.

—Lo que quiere decir que, de algún modo, por los medios que sea, conoce nuestros pasos y se anticipa —dijo Jerónimo con gesto preocupado.

—Si es el «Duce», como suponemos, sus hombres están en todas partes.

—Por eso sabe todos nuestros movimientos. Ya sea en el trabajo o en la calle, cualquiera que esté a nuestro lado puede ser un hombre del «Duce». ¡Maldito sea! —exclamó con rabia Jerónimo.

—Es un hombre sin entrañas, que por donde va pisotea la vida y la dignidad de las personas —repliqué.

—Es un hombre de esta época —acertó a decir mi compañero, en un intento de ofrecer contextura lógica a una situación totalmente carente de ella—. Cuando las sociedades degeneran hasta el extremo de convertirse en núcleos inorgánicos atenazados por pasiones tan cercanas como el odio y el temor, la violencia se convierte en la expresión funesta de esos sentimientos.

Estamos en una situación de sojuzgamiento, después de una confrontación bélica atroz. Los rencores entre los antiguos bandos combatientes persisten soterrados, esperando la oportunidad de manifestarse. Los vencidos han de refugiarse en la humillación y el silencio, para no verse abocados a la desesperación o a la muerte. Los vencedores, obviamente, pueden impunemente manifestar su arrogancia y crueldad, sin temor a represalias, porque tienen el poder. En esta situación privilegiada se mueve el «Duce». Tiene todas las posibilidades para llevar a cabo sus siniestros propósitos, por su natural afinidad con el régimen, del que representa, en la sombra, a espaldas de la ley, su fuerza vengadora y disuasoria. Cuenta para ello con los medios suficientes para hacerlo y, sobre todo, tiene, más que demostrada una cualidad innata para actuar como lo hace: carece de escrúpulos. En estas condiciones, es el hombre ideal en una situación histórica idónea para cometer estos despropósitos. A esto hemos de añadir —culminó su reflexión Jerónimo— que sus servicios, ahora y hace veinte años, son inapreciables, ya que hace el trabajo sucio a los dirigentes, que pueden presentarse en sociedad con las manos limpias y un sesgo de inocencia en sus conciencias.

—Es una hipocresía que me asquea —contesté con pasión—, porque los que permiten las actividades del «Duce» son tan culpables como él de sus fechorías. Aunque la de la Torre tiene un sesgo de malignidad que la hace especialmente reprobable: complacerse lascivamente en la yerta desnudez de una mujer muerta y momificada.

—Es una aberración que retrata al personaje y que nos debe dar aliento suficiente para desvelar su personalidad y detener sus feroces correrías.

—Sería hermoso que lo consiguiéramos —dije en tono de preocupación—. Pero es un despropósito de principio a fin, ya que insisto en que nuestra posición es de rotunda inferioridad. No me extrañaría que lo único que sacáramos en limpio de nuestra peculiar investigación fuera una paliza o algo peor. Y créeme, yo no soy un mártir de la justicia. Si tú estuvieras dispuesto a ceder en este asunto, me llevaría una gran alegría. Pero como sé lo que piensas, me veo obligado a seguirte con todas las consecuencias, en honor a nuestra amistad.

—Que yo agradezco, sin necesidad de que nos pongamos solemnes.

—Pero conste que cada vez tengo más miedo. Quizá inducido por la convicción de que somos demasiado débiles para una empresa tan inextricable y arriesgada.

—De esa debilidad podemos sacar provecho —afirmó Jerónimo con un poder de sugestión que me contagió gratamente—. Quien ande enredado en este asunto, el «Duce» o quien sea, no nos considera como un motivo serio de preocupación. Has dicho antes que ni personal ni socialmente somos capaces de influenciar en el presente estado de cosas. Es verdad. Que nos sigan mirando con indiferencia. Que constaten nuestra insignificancia, porque desde ella podremos en algún momento, cuando menos se lo esperen, auparnos y demostrarles lo que puede conseguir la ira de los justos.

No me consideraba particularmente iracundo en ese momento; tampoco adornado con el prurito de justo; pero me agradó la frase de Jerónimo. Era como si me reconfortara por todos los temores que había pasado hasta entonces. Cuando nos despedimos para ocuparnos de nuestros respectivos trabajos, persistía un fluyente estado de ánimo, más reconfortante y sosegado que el que teníamos cuando abandonamos el hospital. Nuestro temor de entonces, cercano al pánico, se

había ido transformando a lo largo de la conversación, y ahora volvíamos a recuperar la firme sensación de que no debíamos apartarnos del camino iniciado, por áspero que fuera. De nuevo estábamos imbuidos de un peculiar sentido de justicia, propiciado quizá por una buena dosis de candidez, que nos insuflaba una especie de deber moral; él era el que nos impelía a perseverar en lo que hacíamos, como si un dedo providente nos hubiera señalado para la ocasión. Este especial sentido de responsabilidad, que de repente se acrecentaba en nuestro interior, derivaba ahora tanto del recuerdo de la bella Marina, como de la visión de un hombre honesto y sencillo, el forense, alevosamente muerto por la mano de un sádico. La evocación de estos infaustos sucesos concitaba nuestra recuperación anímica y afirmaba el deseo de perdurar en nuestros propósitos. Sobre todo, porque éramos plenamente conscientes de que el atentado al forense estaba causado por nuestra culpa. Había bastado una simple entrevista con él para que lo eliminaran al momento. La inapelable constatación de este hecho era un revulsivo a nuestra acucia, a la vez que nos cumplía la indignación propia de personas de bien, que ante la verecundia de unos hechos infames se sienten legitimados para erigirse, cuando menos, en acusadores. Después, la justicia oficial cumpliría su cometido. Lejos, pues, de nosotros cualquier afán de venganza. Pero asumíamos, quizá con exceso de presunción, la representación de una sociedad dolorida, en nombre de la cual debíamos identificar a los culpables. Jerónimo, en este punto, por eso de no creer en la justicia, fundamentaba su obrar en un contraste de fuerzas, las suyas y las del asesino.

Todo este altisonante conglomerado de sentimientos y sensaciones podía venirse abajo en cuanto atisbáramos un mínimo de peligro; sobre todo yo, que me tenía por más reflexivo que Jerónimo, más endeble físicamente que él y, por lo mismo, más cobarde, todo sea dicho. Mas cuando la debilidad se sobrepasaba, reincidíamos en nuestros propósitos.

En cualquier caso, lo que más nos sorprendía del reciente suceso en el hospital era que el asesino fijara su atención y su malhadado obrar en la persona del forense, cuando bien podía haber erradicado de plano el problema que se le presentaba, actuando directamente sobre nosotros. El motivo de que no lo hiciera era una incógnita que nos indujo a no pocas reflexiones. Jerónimo, desde la inmediatez de la fácil evidencia, creía que la razón de esa actitud estaba en que el «Duce», a quien achacábamos las muertes acaecidas, era una persona que nos conocía. Apuntaba directamente a algunos de los que trabajaban en Jefatura y, por extensión, a algún miembro policial. Descartaba al inspector Faundez, de quien le constaba la alta estima en que lo tenía.

Yo, sin embargo, sugería una hipótesis distinta, que me vino a la mente por influencia de los últimos acontecimientos: El asesino no tenía ningún tipo de relación con nosotros, cercana o lejana. La causa de que respetara nuestras vidas habría que buscarla en su interés para que persistiéramos en nuestra indagación, pero a través de ciertas vías, las que a él le interesasen, no las que nosotros propusiéramos. Como si en el incógnito y enrevesado entramado hubiera algo que aquel deseara también resolver, a costa nuestra. En el supuesto de que así fuera, tanto Jerónimo como yo hicimos hincapié en que continuaríamos con las averiguaciones, según nuestros criterios y deducciones. Ya era bastante peliagudo de por sí el asunto como para, además, dejarse manejar por un sádico asesino.

Con estos sentimientos encontrados, concretamos nuestra línea de actuación, que concebíamos como una línea recta, plagada de puntos, de los que saltaríamos de uno en uno para llegar a nuestro objetivo final. El problema estaba en que, al fallar uno de ellos, nos privaba de perspectiva para pasar al siguiente.

Eso nos ocurría ahora, tras la inopinada muerte del forense. El causante de ella tanto podía ser el propio «Duce» como cualquier de sus esbirros. Esto no nos importaba demasiado. A nosotros, más que la persona concreta del sicario, nos interesaba su grado de conexión con los sucesos de la Torre. Podía tratarse del mismo protagonista en ambos sucesos o quizá de un esbirro a sueldo. Ese punto es el que nos interesaba desvelar, aunque el problema que afrontábamos en este momento, como es sabido, era la carencia de cualquier dato o indicio que nos sirviera para aquel propósito. Decidimos, en consecuencia, dejar reposar por unas horas el contexto factual, que nos orillaba hacia un estancamiento de nuestra actividad inquisitiva, para reflexionar con serenidad.

Un inesperado accidente nos apartó de ese propósito durante más tiempo del previsto. Jerónimo seguía fiel a su desenfrenado hábito de fumar, para disgusto mío, por el humo constante que recibía a causa de sus exhalaciones, y para regocijo de él, que veía en esa modalidad de sahumero un modo particular de hacerme acrecer en hombría. Sus provocaciones humorales y mis protestas ocupaban buena parte de nuestra relación amical. Desde un tiempo para acá había detectado en mi amigo una insistente tos, acompañada de continua carraspera, que me daba ocasión para aconsejarle que cediera algo en su impulso fumador, por conveniencia de salud. Jerónimo tomó a chanza la recomendación y achacó toses y ronqueras a un puntual enfriamiento invernal. Pero, a los pocos días del suceso del forense, sufrió un violento acceso que le hizo arrojar un flujo de sangre, suficiente para empapar su pañuelo.

El suceso me asustó más a mí que a él. Jerónimo tenía plena convicción de sus facultades físicas y pensaba que algo tan inocuo como inhalar humo de una pequeña combustión para después expulsarlo pudiera suponer algún peligro a su salud. Le taché de insensato por pretender aminorar la importancia del suceso y le insistí en que acudiera a la consulta del médico. Accedió a regañadientes a condición de que lo acompañase.

Así lo hice, y de nuevo nos trasladamos al viejo edificio del Hospital Provincial. Por fuera conservaba la misma factura pétreo, de enorme robustez, que tuviera en su fundación como institución pía para enfermos desvalidos, hacía ya cerca de quinientos años. Por dentro, era un caserón inmenso, distribuido en torno a un amplio patio central, con arcadas renacentistas. Se conservaban sin tabicar las enormes salas repletas de enfermos, que ocupaban las camas situadas alrededor de las paredes, salvo un pequeño espacio que estaba ocupado por un breve altar, presidido por la imagen de una madona, adornada con flores y escoltada a cada lado por sendos candelabros. Aunque distintas en tamaño, todas las salas tenían parecida configuración. Monjas de caridad, con sus aparatosas tocas blancas, rígidamente almidonadas, se deslizaban por las salas y las galerías con la seguridad y suficiencia de quien sabe que está en su medio natural, recibiendo los saludos respetuosos del personal sanitario y la cordialidad interesada de los enfermos. Intuían estos que una buena estancia allí dependía tanto del acierto médico, como de las atenciones de la correspondiente sor. Por eso, las expresiones de simpatía, acrecentadas con alguna oportuna limosna, nunca rechazada, para el santo o santa de la sala, constituían anticipo de buen trato por parte de las religiosas.

No teníamos nosotros necesidad de ese limosneo lisonjero, porque las monjas se dirigían a nosotros con afecto antiguo y sincero. Éramos los hijos de importantes facultativos y nos habían visto nacer y crecer en el hospital. Aunque ya éramos hombres hechos y derechos, nos seguían llamando por nuestros apelativos infantiles y tenían siempre para nosotros el gesto afectivo de un roce de cara, amago de un beso por eso de la tentación, que, para las monjas, era la máxima señal de consideración a una persona.

La misma atención tuvieron también aquella mañana, cuando acudimos a la consulta. Se acercaron a nosotros y nos saludaron afectuosamente, sin preguntarnos por el motivo de nuestra visita, ya que ellas nos veían como algo connatural al hospital. Además, controlaban perfectamente y al dedillo las actividades del centro y se enteraban al instante de lo que acontecía en él.

El establecimiento mostraba en la ocasión una tranquilidad absoluta, lejos del paroxismo con que lo dejamos días atrás. El luctuoso recuerdo nos hizo tener, al pisar el vestíbulo, un sesgo de intranquilidad, por si alguien pudiera, de algún modo, relacionarnos con el trágico suceso del forense. Pero la normalidad en el trato desde el primer momento nos hizo olvidar el tremendo incidente, para concentrarnos en el asunto que motivaba nuestra visita.

Nos esperaba ya para la consulta un médico internista, que había recibido oportuna llamada de Eusebio, el padre de Jerónimo, para que atendiera a este con el mayor esmero. Así lo hizo, haciéndole varias placas radiográficas y auscultándolo con meticulosidad. Me invitó a que permaneciera en la consulta, por lo que pude seguir con especial atención el minucioso proceso de examen llevado a cabo. Jerónimo se mostraba tranquilo, como si no esperara novedad alguna por boca del médico. Cuando este terminó la auscultación, que compaginaba con la visualización de las placas, se extravió en una perorata acerca de las enfermedades que, según las investigaciones más recientes, tenían su causa en el hábito de fumar. A mí me pareció mera excusa para no decir abiertamente el tipo de dolencia que padecía Jerónimo. Este debió también de pensar lo mismo, ya que rogó al médico que le dijera sin rodeos lo que tenía, pues no era tan lerdo como para desconocer las reacciones extrañas que últimamente observaba en su organismo. El médico ya no se anduvo con remilgos y le diagnosticó un tumor en el pulmón derecho, producido indudablemente por el tabaco. La única reacción de Jerónimo al recibir la noticia fue perder la mirada en el vacío y quedarse absorto un momento, para después expresar con voz ligeramente ronca que esperaba ese tipo de noticia. Siguió un silencio embarazoso, que rompí para preguntarle al médico si, en el estado actual de conocimientos, existía algún medicamento apropiado para curar esta malignidad. Aquel me miró compasivamente, como si tratara de excusarse por la divagación en que de nuevo iba a entrar. En efecto, nos expuso las propiedades de algunas drogas que en algunos enfermos habían tenido efectos terapéuticos, aunque sin concretar estos y sin decirnos claramente si debían aplicarse a Jerónimo. Este entendió la benévola intención del doctor, que no se atrevía declarar rotundamente la inexistencia de tratamiento alguno, por lo que, recuperando su habitual control, le agradeció tanto el minucioso examen como su franqueza en el diagnóstico. El médico, antes de despedirnos, pareció inspirado por una idea oportuna, porque se detuvo un instante a pensar y después le dijo a Jerónimo que se había descubierto recientemente un fármaco nuevo, llamado penicilina, del que se contaban verdaderas maravillas en la curación de las enfermedades; una auténtica panacea contra el dolor. Aún no había llegado a los establecimientos sanitarios de nuestro país, pero sabía que en el mercado negro podía encontrarse. Le recomendó que la buscase y que se inyectase algunas dosis, por si le podían solucionar el problema.

Ya en la calle, Jerónimo quiso saber mi impresión acerca del diagnóstico que acaba de oír. Le contesté con evasivas, diciendo que en otro tiempo hubiera sido una sentencia de muerte, pero

ahora, con ese nuevo producto, la penicilina, me parecía que solventaría sin dificultad la situación. No es que pensara precisamente eso, pero tampoco me atrevía a ser realista en un asunto tan delicado y comprometido como el de la pérdida de la salud y quizá de la vida. Jerónimo, como si no hubiera estado demasiado atento a mi explicación, dijo que a él no le extrañaba en absoluto la noticia del cáncer. Si no hubiera sido eso, habría tenido otra cosa, igualmente mortal. Él tenía la convicción de que, desde la muerte de su madre, el tiempo de vida que disfrutara era una especie de regalo que se le concedía graciosamente. Su vida, pese a los intensos placeres con que procuraba llenarla, era solo una vida a medias, ya que en otra tanta porción pertenecía a su madre, que le exigía, cada vez con más intensidad, que apurara el tiempo en lo posible para poder incorporarse a ella.

Semejante explicación me parecía una abominable estupidez y así se lo dije. Resultaba congruente una carga de pesimismo en ese momento, dadas las circunstancias anímicas en que se encontraba, pero eso no justificaba un planteamiento absurdo de afinidad mortal entre su madre y él. Aquella hubiera querido para su hijo, indudablemente, no que la acompañara cuanto antes en el sesgo mortal, sino que tuviera una vida cuanto más larga mejor. Le recordé también que el cariño intenso que podamos tener hacia los seres queridos no nos puede hacer olvidar las obligaciones para con nosotros mismos; la más inmediata de las cuales es la de preservar por todos los medios la propia vida. Exigí por eso a Jerónimo que se dejara de mensajes truculentos y se dedicara a buscar ese nuevo medicamento, que poseía, al parecer, efectos milagrosos.

A fin de no demorar el tratamiento, dada la pasividad de Jerónimo, movilicé a mi familia para buscar influencias que nos llevaran a la preciada penicilina. Mi padre había oído ya hablar de ella, pero como un producto que se comercializaba, de momento, solo en Inglaterra y en Estados Unidos. Entramos en relación con algunos de los médicos y farmacéuticos más conocidos de la ciudad, que pusieron en tensión sus contactos y amistades. El resultado fue convincente: todos habían oído hablar del novedoso medicamento, pero ni un solo gramo de él había llegado aún a nuestro país. Jerónimo no se sintió especialmente desolado por la sucesión de noticias negativas. Había dejado momentáneamente de fumar y eso le produjo una sensible mejoría que acrecentó su optimismo. Me decía con plena convicción que, sin la droga maldita y con su envidiable energía física, vencería sin dificultad la enfermedad. Como mejor prueba de su renovado estado de ánimo, me dijo que, en efecto, lo que dijera sobre la afinidad mortal con su madre, era una tontería, sugerida por la nefasta noticia de la enfermedad.

Acrecentó su optimismo un inesperado aliciente, relacionado con nuestra particular cruzada indagatoria, impulsada de continuo por la imagen abandonada de la desventurada Marina. Llegó en forma de carta. Incluso me hubiera atrevido a decir que procedía de las difusas regiones de la eternidad, si no fuera porque quien nos la entregó fue el cartero habitual. La peculiaridad eternal de la misiva estaba en el remitente, que llevaba muerto varios días. Se trataba, en efecto, del hombre que nos citó en su despacho, motivo que le costó la vida: el forense. El buen hombre debió de sospechar algún movimiento anómalo en su cercanía, porque, con carácter previo a la cita que concertara con nosotros, tuvo la ocurrencia de poner por escrito sus sospechas, que

entregó a una persona de su confianza, para que lo depositara en la oficina postal.

La constatación del acertado tino del forense fue uno de esos momentos en que uno se congracia con la bondad innata de la vida. Apenas si conocíamos a aquel, con quien llegamos a intercambiar unas cuantas impresiones en unos pocos minutos. Fueron suficientes, sin embargo, para que el hombre tuviera conciencia de nuestros rectos propósitos y asumiera un sentido de responsabilidad especial, que le permitió indagar con meticulosidad sobre un asunto acontecido veinte años antes. Ese acto de bondad y exigencia profesional y personal le costó al cabo la vida. Tanto como la acción execrable de quitar la vida a un semejante, espoleó nuestro deseo de justicia el ejemplo de persona honesta y cabal que demostró ser el forense. Al tiempo que renovábamos nuestra indignación por el crimen, hicimos propósito de perseverar en nuestra personal investigación, que ya no estaba motivada por un pintoresco cuadro de sucesos perdido en el tiempo. Con los recientes acontecimientos, el lance de la Torre quedaba, por desgracia, plenamente actualizado. Poco sospechábamos en ese momento, cuando nos dolíamos por la muerte del forense, que la sucesión de tragedias no había hecho sino comenzar. En cualquier caso, lo que menos pensábamos ahora era en nuestra propia seguridad. La convicción de que éramos, por extrañas circunstancias, los únicos conocedores de una trama enrarecida y mortal, fortalecía nuestras convicciones, aunque eso no impedía, ni mucho menos, que se acrecentasen nuestros temores y tomáramos las precauciones debidas en cada momento.

Sentado junto a Jerónimo en el pequeño despacho que este ocupaba, anejo al de Dídimos, en el periódico, abrimos la misiva que acabábamos de recibir. Resultaba enormemente extraño y desasosegante leer las palabras de un muerto. Se tiene la impresión de que cada letra tiene un significado mucho más amplio del que da entender su contexto preciso: el significado propio de una vida plena, que expande un pensamiento fructífero, el cual permanece con valor de eternidad en los vocablos con que ha sido expresado. Aquel mísero papel que Jerónimo sostenía entre sus manos era el testimonio perdurable de un hombre, de quien hacía referencia constante de vida. Quizá fue la asunción de ese singular valor testimonial que la misiva representaba la que afectó emocionalmente a nuestro intelecto y no fuimos capaces de entender en un primer momento su significado. Por este motivo, Jerónimo la releyó con voz pausada. Constataba en la carta el forense la extrañeza, como ya nos la comunicara en su momento, de que se hubiera gastado tanta cantidad de los productos químicos que interesábamos. Por ese motivo, volvió a examinar el libro registro con más minuciosidad y encontró otro hecho anómalo: la firma de quien hiciera la recepción y la salida de dichos productos no era la habitual en el registro, aunque el nombre fuera el mismo en todos los casos: Leónidas Seirulo.

A continuación, venía la revelación fundamental: el forense nos sugería que habláramos con su ayudante, el citado Leónidas Seirulo.

Una sugerencia bastante incomprensible y, por supuesto, imposible de llevar a la práctica, teniendo en cuenta que el mismo forense nos hizo saber, durante el encuentro que mantuviéramos con él, que el citado ayudante había fallecido varios años atrás, a edad proveya. Quizá el forense se percató de esta imposibilidad, porque, después de un punto y seguido, añadió: «me refiero a...». Ahí terminaba la carta. El forense debió de recibir la visita de su asesino, manteniendo la suficiente tranquilidad para no dar significancia al papel que acabara de

garabatear, meterlo en un sobre y entregarlo a cualquiera que estuviera por allí de su confianza, como si de una carta sin importancia se tratara.

Jerónimo permaneció un momento pensativo, antes de expresar sus impresiones:

—El forense era un hombre riguroso, de mente clara, necesaria en una actividad compleja como la que constituía su profesión, y juicio conciso, puesto en práctica en innumerables ocasiones para compendiar en informes sus opiniones. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —respondí con cierta indecisión, sin saber exactamente a dónde quería llegar mi amigo.

—Entonces también estarás de acuerdo en que lo que nos dice en la carta, por extraño que nos parezca, no está motivado por un momento de ofuscación mental, a causa de miedo momentáneo u otra emoción aciaga. El tono de la carta es de tranquilidad hasta el momento mismo en que cesa con brusquedad.

—No sé lo que pretende decir con todos estos prolegómenos —dije, para expresar mi indecisión.

—Quiero decir que si el forense nos remite a su ayudante, Leónidas Seirulo, es porque sabe muy bien lo que dice, o sea, que está vivo.

—¡Pero si él mismo confesó que había fallecido hace ya algunos años! —exclamé yo con vehemencia.

—Y él mismo nos remite de nuevo al tal Leónidas —insistió Jerónimo con tranquilidad.

—Eso solo puede significar que el forense, o bien mintió entonces, o bien miente ahora —aduje.

—Yo, sin embargo, pienso lo contrario —respondió Jerónimo sin perder la calma, como si ya supiera de antemano a donde quería llegar con su argumentación.

—¿Cómo te explicas entonces esa contradicción?

—Fácilmente —dijo Jerónimo—. Su ayudante de entonces, Leónidas Seirulo, está muerto y bien muerto; pero su ayudante de ahora, Leónidas Seirulo, está muy vivo.

Tuve un momento de indecisión, pensando tanto en la posibilidad de que Jerónimo se estuviera riendo de mí, como de que hablara en serio y quisiera aclararme la incógnita que encerraban sus palabras. El tono tranquilo y relajado con que se expresaba, su expresión concentrada, me indujeron a pensar en la propuesta de mi amigo. Fue una inspiración rápida la que me asistió, porque exclamé con satisfacción:

—¡Ya entiendo! No es mera casualidad que exista una duplicidad de nombre y apellido tan poco corriente.

—¡Exacto! Su antiguo ayudante, antes de morir, debió de pedirle al forense que su hijo, con el mismo nombre y apellido, le sustituyera en el trabajo que venía realizando. Este, por motivos que desconocemos, controló en su momento la entrada de los productos químicos necesarios para embalsamar a Marina. Es imprescindible, pues, que hablemos con él, como nos sugiere el forense en la carta.

Desde el mismo periódico, Jerónimo descolgó el teléfono y marcó el número del Hospital Provincial. Al otro lado de la línea contestó el portero, que conoció la voz de Jerónimo y lo saludó amablemente. A preguntas de este, el empleado indicó que, en efecto, Leónidas Seirulo trabajaba en el hospital, en el mismo puesto de ayudante del forense que ocupara también su

padre. La ratificación de ese dato hizo que Jerónimo me lanzara una mirada de satisfacción. No le duró mucho, porque al instante su rostro se ensombreció. El portero le estaba informando que Leónidas no había vuelto al hospital desde el día siguiente a la muerte del forense. Jerónimo, mientras escuchaba, buscó por la mesa papel y lápiz y anotó una dirección. Después dio las gracias a su interlocutor y colgó.

Cuando me trasladó Jerónimo la ausencia del ayudante en el trabajo, un sentimiento de inquietud se apoderó de mí. Por la experiencia negativa adquirida en ocasiones similares anteriores, temí lo peor para el personaje en cuestión. Al mismo tiempo, la constatación prematura de una nueva frustración se me presentaba con insistencia, cuando apenas habíamos desbrozado la personalidad del tal Leónidas. Los pensamientos de Jerónimo no debían de ser mucho mejores, porque recogió de la mesa el papel con la dirección y, poniéndose rápidamente en pie, decidió que debíamos ir cuanto antes al domicilio del ayudante.

Salimos del periódico y nos encaminamos a una barriada inmediata al hospital. Dada la cercanía de este, residían allí muchos de los que trabajaban en el centro. Identificamos la casa de Leónidas y llamamos al timbre. Nos recibió una mujer de edad intermedia, enfundada en una bata no muy nueva y cuyo semblante mostraba huellas evidentes de preocupación. Jerónimo expuso el deseo de que deseábamos hablar cuando antes con Leónidas, en relación con un asunto importante. La mujer, pugnando por contener las lágrimas, manifestó que su marido no estaba en condiciones de hablar con nadie, como podríamos comprobar fácilmente, si queríamos pasar.

Pasamos, en efecto, acogiéndonos a la amable invitación de la mujer, que nos condujo hasta una escueta alcoba. Estaba en suave penumbra, por lo que la mujer se acercó a unas cortinas, que descorrió, y después abrió ligeramente las contraventanas. Cuando la habitación se inundó de luz, pudimos ver a un hombre, de edad parecida a la de la esposa, que estaba completamente rígido en el lecho, con los ojos agrandados, como si estuviera preso de un desconocido e inmenso pavor. Según explicó la mujer, Leónidas llegó a casa tres noches atrás con síntomas de no encontrarse bien. Se quejaba de dolor de estómago y de un difuso malestar. Se acostó y al poco rato sufrió la rigidez de miembros que le persistía. Desde ese instante dejó de comer, pues no era capaz de mover los músculos del cuerpo. Con profundo penar, la señora dijo que su marido duraría poco tiempo, pues lo estaban alimentando con sonda, pero de modo insuficiente, por lo que el deterioro era progresivo. Jerónimo se acercó al enfermo, le puso la mano sobre la frente en un gesto amistoso de ánimo y le dijo en tono pausado que habíamos venido a verlo para hablarle del forense. El inmóvil cuerpo pareció perder un instante la esencial rigidez. Sus ojos se agrandaron más, si cabe, y de la profundidad de su garganta salió una especie de estertor. Después recuperó su inmovilidad esencial. La mujer, al ver la insólita actitud de su marido, se extrañó al punto de comentar que era la primera vez, desde que cayera enfermo, que veía en su marido una reacción vital. No quisimos defraudarla diciéndole que, más que vital, su reacción era de muerte. Nos despedimos de la amable señora, deseándole lo mejor para ella, a sabiendas de que su marido tenía poco tiempo de vida.

Abandonamos la casa abrumados por la sensación de fracaso. No sentíamos tanto la situación en que se encontraba Leónidas, porque presuponíamos en él un evidente sesgo de culpabilidad, como el hecho de que con su rigidez precadavérica, perdíamos de nuevo una posibilidad clara,

que teníamos a nuestro alcance, para desvelar el enigma de la Torre. Los caminos del azar parecían completamente cegados y nuestra ilusionada andadura se abocaba hacia su final, por más que la constatación de ese hecho nos llenara de perplejidad y desolación. Quise sacar algo provechoso de la situación y comenté el único factor positivo que teníamos a nuestro favor: Por más que los peligros se acrecentaran y los muertos se acumularan a nuestro alrededor, seguíamos increíblemente indemnes. No era difícil sospechar, como ya constatáramos en anterior ocasión, que si los sicarios del mal se habían preocupado de eliminar cualquier rastro personal o documental al que pudiéramos acceder, era porque controlaban perfectamente cada paso que dábamos. Hasta ahora, por razones que solo ellos comprenderían y que ya no nos molestábamos en dilucidar, habían decidido intervenir sobre otros. Pero no albergaba ninguna duda de que, en cualquier momento, si se vieran comprometidos, también actuarían sobre nosotros. Concluí, en consecuencia, que debíamos olvidarnos definitivamente del asunto de la Torre. Pese al momentáneo sentimiento de frustración que pudiera producirnos, debíamos mirar con optimismo la situación. La incertidumbre desaparecería de nuestras vidas y recuperaríamos la anhelada normalidad. Lo expresé como lo sentía. Me resultaba gratificante volver de nuevo a callejear sin la prevención de mirar continuamente para atrás por si veía a algún sospechoso, o sin escrutar los semblantes de quienes se cruzaban en mi camino, para adivinar sus intenciones o su probable embate. Disfrutar sencillamente de un paseo relajado era una tentación demasiado grande.

A Jerónimo no le satisfizo mi reflexión. La consideraba poco menos que una explícita confesión de fracaso. Para él, que habitualmente vivía al margen de las conveniencias, las situaciones apuradas eran parte de su vida. Sabía, desde el primer momento, que nuestro compromiso implícito con Marina tendría, a la larga, complicaciones, y no pocas. Pero eso, lejos de intimidarle, le estimulaba. Puso confiadamente una mano sobre mi hombro y me preguntó si realmente me sentía tan asustado como para dejarle solo en la singular aventura que iniciáramos. Demostraba Jerónimo tanta resolución en su ánimo, y, sobre todo, traslucía su mirada tal súplica de ayuda, que un sentimiento de piedad se apoderó de mí, a sabiendas de que en su gesto había mucho de teatralidad y efectismo. Le devolví el ademán de compañerismo, con ostensible complicidad, alargando a la vez el brazo diestro sobre su hombro, y unidos así en un abrazo, sincero, aunque aparatoso, le prometí por enésima vez que si él estaba dispuesto a seguir adelante, yo también lo haría por estricto sentido de amistad..., a pesar de mis miedos. Jerónimo agradeció mi decisión con un movimiento de cabeza y deseó que a ambos nos cubriera con su manto protector el sentimiento de piedad que suscitaba, como una reliquia sacra, el cuerpo incorrupto de Marina. Falta nos hacía, sobre todo a mí, porque, cada vez más, intuía sombras siniestras y gestos amedrantadores por doquiera deambulaba.

Pasamos unos días tranquilos, auspiciados por la imposibilidad de no saber qué iniciativa tomar para proseguir nuestras pesquisas. Ni siquiera hablamos del asunto, lo que me hizo llegar a pensar que, después del explicitado propósito de seguir adelante, Jerónimo se habría dado cuenta, al fin, de que no existía modo alguno de encauzar nuestra actividad. Me equivocaba, porque él sí que meditaba sobre el problema, hasta el extremo de creer encontrar un nuevo punto de arranque: consistía en averiguar cuanto pudiéramos sobre la otra persona que muriera con Marina durante los aciagos acontecimientos en la Torre.

Se trataba de Rodolfo Sotomayor, el marido de la encantadora dama, doña Catalina, que visitáramos al inicio de nuestras pesquisas. Pretender indagar sobre él, según sugería Jerónimo, me parecía una pérdida de tiempo. Al cabo, sabíamos lo más imprescindible sobre su persona; esto es, las circunstancias en que acabara su vida, que eran las mismas de Marina. Nuestro interés, sin embargo, como recordé una vez más a mi amigo, no estaba realmente en cómo se produjeron esas muertes, que de algún modo ya sabíamos, sino en desvelar el misterio de la hermosa joven momificada y expuesta a la lúgubre curiosidad de un individuo de mente retorcida y malsana. En principio, Jerónimo compartía esa misma prevención, pero consideraba que debíamos, en cualquier caso, rastrear esa línea de investigación, porque podía darnos algún indicio nuevo que nos permitiera avanzar en nuestra requisitoria.

Con esa finalidad, Jerónimo habló con su compañero y superior en el *Heraldo*, Dídimo. Escogió precisamente a él para conseguir la información que necesitaba porque en alguna ocasión le había oído hablar de Sotomayor como uno de los prohombres del régimen, a nivel local. Lo abordó con la excusa de saber algo más sobre los inicios del partido único en la ciudad. No estaba de buen talante Dídimo, porque, de primeras, despachó a Jerónimo con un «Déjame en paz, que no me interesan los fantasmas del pasado». Era, el director, un hombre habitualmente tranquilo, pero que, cuando se agobiaba en el trabajo, sacaba a relucir una intemperancia extrema y una autoridad apabullante. Siempre estaba imbuido de su jerarquía, de la que no renunciaba jamás, aunque la manifestaba con maneras corteses y sonrisa fácil; pero en las ocasiones en que se veía sobrepasado por las circunstancias, o cuando pensaba que de algún modo se ponía en cuestión su autoridad, imponía su criterio con acritud y destemplanza. Lamentó para sí Jerónimo el inoportuno momento que escogiera para sonsacar a su director, y, como mejor medio de evitarlo, dio media vuelta e intentó salir del despacho con el mayor sigilo. Dídimo, en actitud reflexiva, parecía haber olvidado ya la intromisión de aquel y, mirando hacia el papel que tenía delante, con una pluma estilográfica en su mano diestra, intentaba perfilar el que debía ser el editorial del día. Antes de que Jerónimo saliera, levantó la cabeza y, recordando, sin duda, una interpelación anterior acerca de los sucesos de la Torre, le sugirió a su flamante redactor-jefe, que se atuviera al presente, pues el periodismo se nutre de las noticias actuales, de lo que acontece cada día. «El pasado, aunque sea el pasado de un solo día, es un tiempo que no interesa

al periodista», reconvino con seriedad. Jerónimo recibió con flemática compostura la admonición de su director, salió y no volvió a hablarle del asunto. Pero a los dos o tres días de esa interpelación, apareció Dídimo en el despacho de Jerónimo. Se mostraba relajado y distendido. Se interesó por las últimas noticias y después, sin solución de continuidad, como si no cambiara de asunto, habló de Sotomayor. Jerónimo no tuvo ninguna duda de que el bueno de Dídimo estaba avergonzado por la manera abrupta con que lo tratara la vez anterior y quería, de algún modo, disculparse, informándole acerca de la persona por la que fuera preguntado. Describió a Sotomayor como un hombre de impecable porte físico, buen jurista y político de oratoria brillante. Al parecer, su dedicación a la abogacía era superficial, ya que su principal ocupación estaba en la administración de sus numerosas fincas. Sotomayor era un terrateniente, con numerosas dehesas y un buen número de peones a su servicio.

Dídimo lo conocía bien, ya que se incorporó precisamente al periódico cuando Sotomayor iniciaba su actividad pública. La derecha tradicional lo reclamó para sus filas y Sotomayor no dudó. Como les ocurría a tantos propietarios en aquella época, tenían miedo de que la revuelta obrera fuera a más y acabara con sus privilegios de clase. La inteligencia y brillante oratoria de Sotomayor le abrieron paso rápidamente en el partido, por lo que no tardó en auparse a su dirección. Se convirtió, así, en el hombre clave de los conservadores en la ciudad.

Insistió Dídimo en definir a Sotomayor, no como un político al uso, que hacen de los asuntos públicos su profesión. Él era un potentado que circunstancialmente servía a la política, no se servía de ella. Conservó, por eso, pese al extremismo de sus posiciones, una mente rigurosa, que ponderaba en cada momento la situación, lejos del ciego fanatismo de otros líderes. De ahí que cuando la situación social se agravó y el peligro de guerra civil fue inmediato, Sotomayor puso el mayor empeño en evitarla, cediendo en sus radicales posiciones anteriores y abriéndose al diálogo con los adversarios. Dentro de esa actividad se enmarca el encuentro informal en la Torre, del que tanto Sotomayor como sus oponentes tenían puestas fundadas esperanzas de paz. Pero los extremistas se enteraron de la reunión y la abortaron violentamente, con el trágico resultado conocido.

Jerónimo meditó un instante el relato de su compañero y después quiso saber si Sotomayor tenía algún amigo íntimo o una persona que, dentro del partido, fuera de su especial confianza. Dídimo contestó que, por lo que él sabía, no existía nadie en esas circunstancias. Sotomayor, según la versión del periodista, era un hombre amable, pero distante, no propicio a las amistades íntimas. Uno de esos aristócratas que se muestran siempre educados, pero ajenos al contacto con los que no son de su clase. Sotomayor no tenía hijos, y alternaba sus actividades diarias entre la política, el campo para administrar sus fincas y el domicilio, junto a su esposa, doña Catalina, a la que adoraba y dedicaba las mayores atenciones.

Eso era lo único que sabía Dídimo del personaje en cuestión. Jerónimo, como complemento a esa información, en una de sus cotidianas visitas a la sede de Jefatura, contempló la fotografía enmarcada de Sotomayor, que estaba colgada en uno de los despachos, junto a la del jefe nacional y a la del dictador. La fotografía reflejaba a un hombre de edad madura, frente despejada, mirada tranquila, aunque con un cierto poso de tristeza, como si preludiara un inmediato destino adverso, y semblante agradable. Daba la impresión de un patricio que hubiera

querido disfrutar plenamente de la vida, pero al que las circunstancias históricas habían hurtado esa posibilidad.

El jefe provincial, hombre de flemática apariencia, que no se avenía en absoluto con el brillo vesánico de sus ojos, observó a Jerónimo en esa contemplación. Quizá pensó que mi amigo desconocía la personalidad de la persona fotografiada, porque comentó que se trataba de un gran hombre, el precursor del Movimiento en la ciudad, al que todos debíamos imperecedera gratitud. Fue una exaltación hagiográfica del personaje, de la que Jerónimo no obtuvo noticia alguna que no supiera antes.

En consecuencia, no conseguimos obtener rasgo alguno, aprovechable a nuestro propósito, del trazo vital que, entre unos y otros, facilitaron del prohombre. Nos encontramos así en la misma situación de incertidumbre que tuviéramos antes de recabar la información.

Tuvo, sin embargo, ese interés manifiesto una consecuencia inesperada. El jefe provincial, de apellido Valdivieso, al que sus mismos colaboradores, en su espalda, apodaban camarada Valditieso, por su atiesada compostura, llamó a las pocas mañanas a Jerónimo. Cuando lo tuvo presente, se mostró afectuoso hacia él y dijo estar enterado de su trayectoria profesional, intensa ya, pese a que todavía era joven; como consecuencia, había recomendado al delegado sindical que le ofreciera un puesto en el sindicato vertical, como representante de la rama de Prensa y Artes Gráficas. El jefe provincial consideraba a Jerónimo como uno de los más leales servidores del régimen, sobre todo al saber que compartía admiración hacia el protomártir, Sotomayor; aunque principalmente fundaba su proposición en la convicción de que al Sindicato Vertical solo acuden los mejores, y a Jerónimo lo tenía por uno de ellos. Este le dio las gracias por la confianza que depositaba en él, y aceptó el ofrecimiento. En el fondo, le halagó sobremanera, ya que, fuera de la órbita del periódico, pensaba que su persona y su actividad poco menos que pasaban desapercibidas para todo el mundo. Más tarde, conseguiría saber que el impulso fundamental para proponerlo fue debido a su director, Dídimo. Este era hombre muy influyente en el partido, al que se sentía unido desde sus comienzos, por lo que su recomendación fue un acicate importante a la hora de asignarle la representación.

A los pocos días, asistió el flamante sindicalista a la primera reunión de la Junta. Llevaba en cartera varias sugerencias recabadas de sus compañeros de taller. Tratábase de peticiones muy sensatas, que tenían estrecha relación con las condiciones del puesto de trabajos tales como recibir a media mañana medio litro de leche, a fin de evitar la intoxicación con el plomo de los tipos de imprenta; incrementar la ayuda familiar, que estaba fija en cantidades irrisorias, y abonar un plus, del que no se concretaba cantidad, para los casos frecuentes de realización de horas extraordinarias. De un modo especial, se pretendía tantear el proceso participativo de los trabajadores mediante elecciones a representante sindical. Jerónimo consideró ponderadas y justas estas reclamaciones y pretendió sacarlas adelante en la reunión sindical. Presidía esta el delegado provincial de sindicatos, uno de los cargos políticos prominentes del régimen. Se llamaba Ismael Prieto y era un hombre infatuado, maestro sin escuela venido a más que, desde su designación para la jefatura sindical, se había instalado en una empalagosa soberbia. Movía su

corpachón con lentitud, como si le pesara la abultada cartera sin asas que continuamente llevaba bajo el brazo. En las reuniones, se repantingaba en el sillón y se dedicaba a escuchar, con gesto displicente, las intervenciones de los representantes sindicales. Parco en palabras y siempre distante, no se molestaba en conceder expresamente la palabra a cada uno de los reunidos, sino que hacía una señal con el dedo, para que el indicado comenzara su intervención. En aquella ocasión, empero, mostró un talante más expresivo, para presentar al nuevo sindicalista, cuyos méritos ensalzó

Los que antecedieron en el turno de palabra a Jerónimo, para sorpresa de este, no expusieron ningún tipo de reclamación que implicara mejora para los respectivos sectores representados; se limitaron a exaltar la armonía y el compañerismo que existía en el trabajo, como consecuencia de las sabias normas que lo regulaban, normas que, por la providencia y sabiduría del dictador, se habían plasmado en el Fuero del Trabajo. Un vocal empresario habló de dicho fuero como texto sin par en la historia patria y modelo ejemplarizante para el mundo, que había permitido llevar la paz, el orden y la productividad a los puestos de trabajo. y destacó su consideración de texto garante de los derechos de los trabajadores, de forma tan completa y cabal que ningún otro de cualquier país podía parangonarse. El delegado asentía complacido a esos panegíricos y señalaba turno al siguiente. Cuando llegó el suyo, Jerónimo extrajo de la cartera los folios en los que había plasmado las peticiones de sus compañeros de taller y las expuso con precisión y brevedad. Dada la sensatez de las reivindicaciones, que redundarían en un mejor ambiente de trabajo y en un incremento de la productividad, sugirió a la mesa sindical la conveniencia de hacerlas suyas y elevarlas a la consideración de los organismos superiores del sindicalismo para su estimación.

Desde que pronunció la palabra *reivindicación*, fue consciente Jerónimo de que su intervención era escuchada, primero con cierto estupor y, después, con desagrado por los presentes. El delegado cesó en su indolente postura y envaró la figura para mirar con descaro al impertinente representante. Cuando este hubo ultimado su razonada exposición, el delegado tomó la palabra para recordar que las reglamentaciones nacionales y las ordenanzas laborales de cada actividad regulaban minuciosamente todos los aspectos relacionados con ella, por lo que a esa normativa concreta debía ajustarse la respectiva actividad productiva.

Jerónimo no se dio por satisfecho y, movido por su característico afán de brega, quiso argüir que le parecía ilógico ese sistema, pues por perfecto que fuera no podía entrar a conocer los entresijos de cada empresa. Pero el delegado atajó toda discusión, levantando la sesión.

Ya en la calle, Jerónimo escuchó palabras de atención por parte de algunos de sus compañeros de sindicato, que le advirtieron de que no se dejara manipular por los elementos subversivos contrarios al régimen. Jerónimo, sin salir todavía de su sorpresa, manifestó la sinceridad de sus propuestas, de carácter exclusivamente laboral, ajenas a cualquier clase de componente político. Conocía, además, a los compañeros de talleres, la mayoría de los cuales habían participado en la contienda civil, defendiendo la causa nacionalista; eran hombres, pues, de una sincera adhesión al Movimiento. Creían en él —adujo Jerónimo para alejar toda sospecha de maniqueísmo— y pensaban que, aunque con mano de hierro, el régimen había conseguido llevar la paz social al país, sabiendo establecer un sistema de protección laboral y social, que le parecía modélico, a favor de las clases trabajadoras. Entendían, sin embargo, esos hombres humildes y trabajadores

que el sistema de regulación laboral podía y debía mejorarse en algunos aspectos muy concretos, propios de cada profesión, motivo por el que él los llevó al seno de los sindicatos.

El alegato de Jerónimo fue en vano. Sus compañeros de sindicalismo le advirtieron con caras muy serias que ese no era el procedimiento adecuado. Si alguna deficiencia existía en las condiciones laborales, ya se pasaría la oportuna información a los órganos superiores para que, a través del conducto reglamentario, llegara a conocimiento del gobierno, que estaba en todo y sabía lo que se debía hacer en cada momento, corrigiendo y perfeccionando la oportuna Reglamentación Nacional con prudencia y sabiduría.

A Jerónimo, semejante despachaderas le parecieron de una inoperancia y de una adulación extremas y vergonzantes. Cuando llegó al periódico, expuso, con rabia e indignación, a su protector, Dídimo, lo que había ocurrido en la reunión sindical. Este, para mayor asombro de Jerónimo, recibió la queja con cierto gesto de contrariedad y despego. Suponía, según dijo, que su redactor-jefe — recalcó el cargo, como si hiciera constar que también en el periódico estaba Jerónimo porque él, Dídimo, lo designó oportunamente— habría entendido suficientemente la finalidad real de los sindicatos, al igual que la de los demás órganos del partido oficial.

—Pensaba que sí —replicó Jerónimo—. Defender los intereses de los trabajadores representados.

—Eso es lo que hacen los sindicatos horizontales y libertarios de otros países, que llevan a la confrontación continua entre empresarios y obreros, y, como consecuencia, a la ruina del país. Aquí, sin embargo, disfrutamos de una envidiable paz social, gracias a nuestro peculiar sistema sindical, donde la empresa y la fuerza del trabajo se unen para prosperar y crear riqueza. Nosotros no tenemos conflictos laborales.

—Porque están tipificados penalmente como delito de sedición, pero eso no implica que no haya motivos más que sobrados para que pudieran plantearse. Por eso te digo que, más pronto o más tarde, se impondrá el sentido común y se admitirá el libre pacto entre empresas y trabajadores.

—No creo que nosotros lo veamos.

—Otra cosa. —Jerónimo parecía dispuesto a volcar toda su frustración contra Dídimo—: La mitad de la reunión fue dedicada a asuntos tan superfluos como ensalzar las virtudes del régimen, que se supone todos los tenemos ya archisabidas, o para preparar los programas de Educación y Descanso, que no creo merezcan una reunión tan conspicua; y la otra mitad, a discutir, como si en ello les fuera la vida, acerca de los nombramientos para cubrir cargos de representación. Todos querían ser nombrados. Me parece absurdo, considerando que son puestos gratuitos, que no tienen ninguna clase de prebendas.

En este punto Dídimo sonrió y recordó a su compañero que la ostentación de alguno de esos cargos, como el de concejal por el tercio sindical, representaba un importante eslabón para ascender en la carrera política.

Jerónimo vino a buscarme esa tarde para desahogar conmigo su disgusto. Él pensaba que los órganos de representación implantados por la Administración del régimen eran auténticamente tales, y se encontraba con que constituían meras entidades de promoción política o de control social, pero no de auténtica representatividad. Le resultaba frustrante constituirse en una pieza de

la organización sindical, desde la que no podía mejorar las condiciones de trabajo de sus compañeros de taller, pero sí podía perjudicarles, porque una de las tareas que asumían con particular énfasis los representantes era la de informar a la superioridad —según le dijo Dídimo con toda seriedad— acerca de las circunstancias en que se desarrollaba la actividad laboral. Jerónimo lo consideraba poco menos que un trabajo de delación, que según me decía, no estaba dispuesto a protagonizar.

Si la experiencia pasada apartó algo más a Jerónimo de la creencia en las bondades del régimen, un suceso que aconteció en el periódico acabó por separarle definitivamente de aquel, convirtiéndole en un crítico al sistema, aunque, de momento, reducido al ámbito de nuestra particular relación amical. Fue motivado aquel por el jefe de talleres del *Heraldo*, Demetrio, un hombre de edad ya cercana a la jubilación, de reconocida probidad, que llevaba en el periódico prácticamente toda la vida. Se había quejado este hombre en numerosas ocasiones de que la rotativa principal estaba demasiado gastada, por lo que en cualquier momento podría pararse, impidiendo la impresión del periódico. Nadie, sin embargo, le hacía caso. Jerónimo se escudaba en su condición de redactor-jefe y aducía que ese no era un asunto de su incumbencia directa, por lo que no le podía ofrecer solución alguna. Y Dídimo alegaba la mala situación económica del momento, que hacía impensable la reposición de la máquina; ni siquiera se atrevía a exponer la situación a los órganos superiores de la cadena a la que pertenecía el periódico, no fuera que la tacharan de incompetente y perdiera el cargo. Así que encarecía a Demetrio que aguzara su ingenio y habilidad, los que daba por seguro tenía, para que recompusiera la rotativa a base de chaperones, como siempre hizo.

Pero llegó la situación a un punto en que Demetrio tuvo la certeza de que la rotativa se pararía definitivamente. Habló, por eso, otra vez con Jerónimo, como representante sindical, para advertirle de lo que ocurría, por si podía tener más capacidad de influencia sobre Dídimo e, incluso, por encima de él, si preciso fuera, para elevar la petición al mismo jefe provincial. Jerónimo no se atrevió a tanto. Conocía la inutilidad e inconveniencia, sobre todo esta, de saltarse la línea jerárquica, por lo que expuso el problema a Dídimo, a sabiendas de que este, una vez más, se negaría a dar su visto bueno a la operación de cambio de rotativa. Dídimo, en la ocasión, a la vista de la gravedad del asunto, fue franco con su compañero: la auténtica solución del problema no radicaba solamente en el elevado costo de la sustitución de maquinaria, sino sobre todo en la dificultad de adquirirla. Nuestro país vivía en situación de absoluta autarquía y no tenía ningún tipo de relación comercial con los países que la fabricaban. En esas circunstancias, pensar siquiera en solicitar su importación desde aquellos era algo totalmente ilusorio. Dídimo dio en aquel momento un ejemplo de realismo, pese a su condición de hombre de partido, ya que dejó bien sentado que pretender acudir al mercado nacional para llevar a cabo la pretendida sustitución de maquinaria era desconocer la verdadera situación del país. Este carecía de tecnología y de medios para fabricarla, no ya ahora, sino en muchos años. Eso es lo que había, o sea, nada. Por ese motivo iba dando largas a Demetrio para que, con su buen hacer, a base de remiendos, alargara en lo que pudiera la vida activa de la máquina.

Desvelada la verdadera raíz del problema, Jerónimo le trasladó la información al bueno de Demetrio, quien, resignado, se remangó de mono, se aupó sobre la rotativa y hurgó en sus

entrañas, a fin de intentar ponerla, una vez más, en funcionamiento. Lo consiguió, porque a su habilidad se unía el conocimiento de muchos años que tenía sobre la inmensa maquinaria. Engrasó aquí y allá, ajustó algunas piezas, y ordenó, aupado todavía sobre la rotativa, que la pusieran en marcha. Uno de los operarios subió la palanca eléctrica de arranque y aquella comenzó a funcionar. Simultáneamente, se oyó el grito desgarrador de Demetrio para que la parasen de nuevo. El operario miró para arriba con cara de asombro y quedó paralizado durante unos segundos, los suficientes para que Demetrio, que había sido enganchado por el cinturón del mono al ventilador de la rotativa, fuera subsumido en parte por esta. Cuando el aterrado operario bajó la palanca y paró la maquinaria, contempló el cuerpo ensangrentado del jefe de taller. Acudieron algunos operarios más para bajarlo y dieron aviso a Dídimo y a Jerónimo de lo ocurrido. La consternación en todos fue tremenda y los inmovilizó en torno al cuerpo destrozado de Demetrio. Cuando Jerónimo se sobrepuso a la desgarradora impresión no pudo contener su indignación y malestar. Con expresión dolorida, pero con palabra firme, manifestó que entre todos —él se autoinculpaba el primero— habían matado a un pobre hombre; pero, más que nadie, debía cargar con las culpas del vil suceso un gobierno despótico, que había convertido al país en un desierto estéril, en el que personas honestas como Demetrio, sucumbían por el mero hecho de cumplir con su deber.

A Dídimo no le gustó escuchar esas expresiones y reconvino a Jerónimo para que se calmara y no hablara así. Según él, la situación de aislamiento que padecíamos no era tanto culpa de nuestro gobierno, como de los extranjeros, por someternos a un bloqueo infame. Aseguró que se sentía tan apesadumbrado como los demás por el trágico accidente, pero que, en una situación como la que soportaba el país, debían ser ante todo realistas. Con criticar al gobierno no se arreglaba nada, mientras que si planteaban bien el suceso, podría conseguirse algo positivo de él, sobre todo para la esposa y los hijos del finado.

Jerónimo, en aquel mismo instante, recogió esa sugerencia y anunció que en la próxima reunión sindical pediría una ayuda económica adecuada para la familia, a título de indemnización, así como la tramitación de la pensión de viudedad para la esposa. Dídimo hizo suya esa pretensión y prometió apoyarla.

A la semana siguiente del accidente, se celebró sesión sindical, a la que acudió Jerónimo con las propuestas que prometiera. Todos los asistentes se mostraron, con rara unanimidad, a favor de ellas, entre expresiones de comprensión y dolor por lo acaecido. El delegado provincial anunció que elevaría a los órganos competentes el acuerdo adoptado, para su oportuna tramitación y resolución.

Fue la primera vez que Jerónimo se sintió satisfecho de su condición sindicalista. Cuando vino a verme esa misma tarde, aventuró la posibilidad de que sus críticas anteriores al sistema fueran equivocadas y que este, realmente, tuviera conciencia de previsión social. Cuando visitó a la viuda de Demetrio para darle cuenta de la importante ayuda que a no tardar ella y sus hijos recibirían, se sintió mejor que nunca. Era, la del jefe de talleres, una familia modesta, a la que la ausencia del cabeza de familia dejaba poco menos que en la ruina. De ahí la satisfacción con que recibieron las palabras de Jerónimo.

Pasó algo más de un mes cuando en el periódico se publicó la inesperada noticia. Venía en

primera página, a dos columnas, y resaltaba la bondad y comprensión del glorioso Movimiento hacia los trabajadores. El panegírico estaba propiciado por la decisión del gobierno de conceder a título póstumo la medalla de oro en el trabajo al jefe de talleres del *Heraldo*, Demetrio. A continuación de la noticia venía un editorial, escrito por Dídimo, en el que se alababa a discreción la benevolencia y la especial sensibilidad de nuestros gobernantes, que en la presente ocasión, tan de cerca tocaba a nuestro periódico. De indemnización o de ayuda económica no se decía nada.

A Jerónimo la noticia le sorprendió tanto como le indignó. Cogió uno de los ejemplares y con él a modo de ariete accedió al despacho de Dídimo. Le arrojó el papel sobre la mesa y le espetó que era indigno e inhumano lo que hacían con la familia de Demetrio, así como vergonzoso el trato que dispensaban a él mismo, al hacerle creer que sus propuestas serían atendidas. Ni como amigo ni como compañero creía merecer ese desprecio. Dídimo no se alteró por la embestida de Jerónimo. Reconoció que la esperaba y que tenía razón en mostrar de forma tan tajante su malestar. Aseguró que él lo había tenido también el día anterior cuando fue llamado ante el jefe provincial para adelantarle la noticia. Pero hubo de rendirse a la evidencia por razones técnico-jurídicas: el sistema de seguridad social se había creado diez años antes, los mismos que Demetrio llevaba afiliado en él. Para recibir indemnización o pensión se necesitaba un mínimo de años cotizados, quince, que Demetrio lógicamente no completaba. Por tanto, legalmente era imposible aceptar las propuestas, pese a la buena voluntad de todos. Ante los hechos consumados, consideró que lo mejor era alabar al gobierno para evitar problemas e intentar hacer una colecta a nivel particular como única forma de ayudar a la familia del fallecido. A Jerónimo esto último le pareció el colmo de la desfachatez y se negó a secundar semejante iniciativa. Sacó a relucir, como le gustaba hacer en los momentos de menosprecio, esa frase tan suya de que era mejor morir con honra que vivir con vilipendio, y salió del despacho de Dídimo dando un portazo.

Todavía le persistía la indignación cuando me contó lo sucedido. No sabía que aún debía de colmarse aquella como consecuencia de ser directamente designado por el jefe provincial como oferente en el acto de entrega de la medalla. Se reservaba a Jerónimo ese honor, tal como se le dijo, por haber sido él quien tomara la iniciativa de ayudar al desgraciado jefe de taller.

La ceremonia de entrega se celebró en el salón de actos de la Jefatura, amplio, con las paredes lujosamente cubiertas con maderas nobles e iluminado con bronceínas lámparas de gran tamaño. El techo estaba adornado con artesonados dorados y sobre la pared frontal se había colocado un mural profuso y colorista, con escenas alegóricas de combate protagonizadas por musculosas figuras, vestidas con uniforme del partido. Sobre el estrado, existía una mesa alargada, artísticamente labrada. A la hora prevista, accedieron al salón los grandes gerifaltes de la provincia, presididos por el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento. Un selecto público abarrotaba las butacas. Abundaban los uniformes del partido, aunque también se veían algunos caquis y rigurosos trajes de ceremonia. Nunca hasta entonces se había concedido tan alto galardón en la ciudad, por lo que la expectación era grande. En medio de ella, entró en el salón la esposa del galardonado, quien, entre fervientes aplausos, avanzó despacio por el pasillo central. La mujer, exigua y encorvada, vestía toda ella de luto e iba envuelta en la típica toquilla de las

mujeres del pueblo. Cubría la cabeza con un pañuelo y calzaba zapatillas, negras también. Daba la mano a dos niños pequeños, los menores de los ocho hijos que tenía. La mujer, entre confundida y agobiaba por el brillante ceremonial y el caluroso recibimiento, llegó hasta la primera fila y, a indicación de un ujier, tomó asiento en la butaca que se le había reservado. No se previó que viniera acompañada, por lo que los dos niños fueron colocados de pie, junto a la pared y, desde esa posición, se dedicaron a curiosear con ojos asombrados las particularidades del espectacular salón. Abierto el acto, Jerónimo, desde la mesa presidencial, glosó con palabras afectuosas la figura de Demetrio, hombre honesto y trabajador ejemplar, merecedor dignísimo de la alta distinción que se le hacía. La consideraba, no obstante, insuficiente.

Esta última precisión hizo que las muestras de aprobación y agrado que hasta entonces mostraba la selecta concurrencia fueran sustituidas por un espeso silencio. El jefe provincial arrugó el entrecejo y Dídimio se removió inquieto en la butaca. Jerónimo captó ese difuso malestar, pese a lo cual expuso a la consideración de todos la situación de lamentable desamparo en que, con la trágica desaparición de Demetrio, quedaba su numerosa familia. Solicitaba, pues, a los poderes públicos que pusieran el mayor empeño para acudir a proteger, con cuantos medios fuera posible, el penoso estado de desvalimiento en que aquella quedaba; tanto más cuanto que la protección social constituía, con merecido y sano orgullo, uno de los pilares básicos del régimen.

Las últimas palabras de Jerónimo parecieron agradar al jefe provincial, que relajó algo el semblante, se puso en pie y anunció que se iba a proceder al acto de entrega de la medalla. El ujier se acercó a la mujeruca que, acurrucada en la butaca parecía todavía más insignificante, y la ayudó a subir las gradas del estrado para colocarla frente a la mesa presidencial. El contraste entre la menguada figura negra y la del jefe provincial, alto, fuerte, rutilante en su uniforme de chaqueta blanca adornada con brillantes distinciones, era tremendo. Daba la impresión de que se tratara de seres pertenecientes a distintas especies o universos. El preboste sacó del estuche la medalla y se inclinó ligeramente para colocarla en la toquilla de la mujer. Por un momento, el jefe provincial quedó indeciso, sin saber en qué punto concreto de la peculiar prenda colocarla. No era como una chaqueta, en la que el alfiler prende bien y la distinción cuelga airosa. En la toquilla, sin embargo, los gruesos puntos de lana no permitían sujetar bien la medalla, que tendía a torcerse. El jefe provincial se resignó a que quedara así, después de varias tentativas, y dio unos lánguidos aplausos a la homenajeadada, que dieron paso a una nutrida ovación de la concurrencia. La mujer, con la cabeza medio ladeada, como la medalla, mirando al suelo con gesto de resignada incompreensión, hubiera motivado la risa en aquella esperpéntica representación, si no fuera porque el acto trataba de homenajear a un pobre hombre muerto.

Cuando se acallaron los aplausos, el jefe provincial se incorporó y, según dijo, quería glosar en unas breves palabras la figura ejemplar de un trabajador, que había dado su vida por la patria. Jerónimo hubiera querido rectificar esa afirmación, ya que lo que le costó la vida a su compañero Demetrio fue precisamente la mala patria que debió soportar y que le impidió acceder a una maquinaria nueva. Pero ya no pudo seguir su pensamiento por ese camino, porque ahora, mientras se removía inquieto en su sillón, consideraba que el jefe provincial estaba incumpliendo flagrantemente las dos promesas que hiciera al inicio del discurso: ensalzar a Demetrio y ser breve. A aquel ni lo mencionó una sola vez; y de la brevedad se olvidó en cuanto se calentó la

boca y fue jaleado por los aplausos de los incondicionales que llenaban el salón. Se afirmó así en la típica oratoria del partido, de tono exaltado, en la que abundaban los lugares comunes, imprescindibles en cualquier discurso del momento: idea de imperio, ejemplaridad de vida para ser mitad monjes, mitad soldados, con un sentido estricto de la disciplina, y confianza en los logros sociales del régimen, que permitían afirmar que en nuestro país comenzaba a amanecer.

Escuchando estas cosas, que no eran nuevas, pues se repetían en cada acto público que se celebraba, Jerónimo pensó que, por primera vez, tenía oportunidad de extraerlas de su profuso contexto de mitin, para darse cuenta de que eran burdas manifestaciones, carentes de realismo y de lógica, pensadas por mentes febriles para momentos de exaltación vital, pero que no tenían sentido en un proceso de gobierno sereno de reconstrucción social. Se sorprendió a sí mismo Jerónimo con su meditación, porque implícitamente le llevaba a la consideración de que el régimen era solo una entidad propagandística, del que ya no podía esperar nada. El mismo hecho, tantas veces valorado positivamente por él, de la paz social, que considerara con orgullo como uno de los valores consagrados del régimen, ahora le parecía un suceso degradante, propiciado por un control policiaco desmedido.

Mientras se perdía en estas reflexiones, escuchó los atronadores aplausos que la enfervorizada concurrencia, puesta en pie, dedicó al parlamento del jefe provincial. Este, con rebuscada solemnidad, que a Jerónimo le pareció de una teatralidad extrema y fuera de lugar, extendió el brazo y los demás lo imitaron. La viuda de Demetrio, en su insignificancia, hizo también lo mismo. Resultaba cómico ver a una mujer de edad, encorvada, entoquillada y enlutada, protagonizar el saludo fascista, con el brazo medio encogido, como si hubiera sufrido una repentina parálisis. El jefe provincial, como final de su perorata, dio los tres gritos de rigor alusivos a la patria, con que se concluían los actos oficiales, que fueron contestados, con exaltación febril, mediante las consabidas y sucesivas jaculatorias: España una, España grande y España libre.

Terminado de esta forma el ceremonial, la muchedumbre comenzó a dispersarse, aunque fueron muchos los que se acercaron al jefe provincial para felicitarle por su patriótico discurso. De la viuda de Demetrio, que constituía la figura principal de la reunión, ya nadie se acordó. En medio del estrado, con los niños al lado, su situación entorpecía el paso hacia el punto en que se encontraba el preboste provincial, por lo que era zarandeada de un lado a otro por los que querían abrirse paso hacia aquel. En uno de los empujones estuvo a punto de caer, aunque Jerónimo, que estaba cerca, la sujetó. Después la cogió de un brazo y fue tirando de ella hacia la salida. En medio del tumulto que se formó en la puerta, alguien lo empujó con más brío por detrás, agarrándolo por la chaqueta. Era un hombre enclenque que había perdido el equilibrio y estuvo a punto de caer. Pidió perdón a Jerónimo, alegando que, había sido, a su vez, empujado por otros. Fue un incidente puntual en medio de la barahúnda formada en la salida, al que aquel no le dio importancia. Cuando estuvieron fuera, Jerónimo acompañó a la dolorida mujer y a sus niños durante un trecho. Llevaba medio descolgada de la toquilla la pomposa medalla. Cuando se despidieron, ella preguntó si podía esperar alguna ayuda económica, para remediar la apurada situación en que se encontraba. Jerónimo no se atrevió a decirle rotundamente que no, pero le sugirió que se pusiera a trabajar en lo que encontrara, si es que encontraba algo, para el caso de

que la ayuda oficial no llegara. Entretanto, echó mano al bolsillo, saco un fajo de billetes y lo alargó a la mujer, con el ruego de que lo aceptara como un detalle de amistad. Ella, con gesto instintivo, lo rechazó y afirmó que todavía no había caído tan bajo como para mendigar una limosna. Estaba acostumbrada a trabajar y lo seguiría haciendo, como Jerónimo le recomendara momentos antes. Cuando se despedían, la mujer se percató de la distinción metálica que todavía colgaba de la prenda de lana y le preguntó a su acompañante lo que debía hacer con ella. Jerónimo respondió que lo que mejor se le ocurriera. La viuda desprendió la medalla y la arrojó por una alcantarilla cercana. Jerónimo sonrió y comentó que aquella le parecía la mejor solución.

Cuando mi amigo vino a verme y me comentó estos sucesos, me indigné tanto como él, aunque no extraje las mismas consecuencias. Jerónimo reincidió en su pesimista visión del país, al que consideraba sometido a un estado de violencia y opresión, enmascarado por la propaganda. A mí, en principio, no me lo parecía tanto. Al igual que él pensara hasta no hace mucho, yo tenía como un gran logro del régimen la magnífica paz social que disfrutábamos. Los periódicos nos informaban todos los días de las situaciones calamitosas que soportaban otros países, con crímenes horrendos, confrontaciones laborales continuas y alteraciones serias del orden público. Nosotros, sin embargo, gozábamos de una paz envidiable. Las calles eran un remanso de tranquilidad, en las que se podía andar incluso a deshora, con la convicción de que nadie nos iba a molestar. Eso era un logro evidente del régimen y debíamos reconocerlo.

Jerónimo, sin embargo, en aquella ocasión quiso disuadirme de ese pensamiento, que por lo demás, no era solo mío, sino que lo asumía la ciudadanía en general. Al efecto, me trajo un montón de noticias, recogidas por el teletipo del periódico, en las que se hablaba de robos, crímenes, atracos y sucesos varios. Sorprendentemente, estos acontecimientos habían tenido lugar en nuestro país. Según me dijo Jerónimo, la censura retenía este tipo de noticias e impedía su publicación. Si él me lo aseguraba es que era cierto, aunque, hasta entonces, consideraba la censura como una infundada acusación de los enemigos del régimen..., salvo en las películas, donde, en el momento de darse el beso feliz los protagonistas, se cambiaba de cuadro y nos privaban de esa anhelada escena, explotando nosotros en ruidoso abucheo y pataleo; por supuesto, el censor cinematográfico nunca debió de escuchar nuestra airosa protesta. Respecto a la censura en otros lugares, Jerónimo me afirmó que existía, y era tan contundente y rigurosa que ni siquiera los prohombres del partido podían oponerse a ella. Igualmente cierta, según me decía, era la profusa red de delatores e informantes, que existían incluso a nivel vecinal, para tener al corriente a la Brigada Político-Social de las actividades y modos de pensar de la ciudadanía, a la que controlaban y, si preciso era, detenían e, incluso, torturaban. Me costaba creer estas cosas, pero Jerónimo insistía una y otra vez que tenía conocimiento expreso de ese entramado de delaciones, porque, en las reuniones sindicales a las que asistía, se hablaba más de estas cuestiones relacionadas con la seguridad y la confianza del régimen que de asuntos propiamente laborales. Incluso su compañero Dídimo, desde su condición de director del *Heraldo*, formaba parte, según él mismo le contó, de un difuso Gabinete de Enlace local, que tenía por misión recoger los informes de toda esa tupida malla de informadores. Confesó la existencia de ese gabinete con la idea de hacer a Jerónimo miembro de él, lo que implicaría una firme base de ascenso profesional en el futuro. Jerónimo se negó en principio, con la excusa de que antes quería adquirir experiencia en el mundo sindical, del que formaba parte. En realidad, no quería enredarse en más asuntos oficiales, para así tener tiempo libre para sus correrías amorosas. Pero ahora, cuando era plenamente consciente de la verdadera función de ese organismo, se alegraba

de la negativa, porque le parecía infame controlar la vida privada de los demás, con afán de represalia.

A pesar del dato concreto que me aducía, yo me resistí a creerlo. Tenía fe en nuestro gobierno y en su sano patriotismo, que debía abrirse paso con dificultad ante las insidias y traiciones de las potencias extranjeras. Por eso, ante las acusaciones de Jerónimo, le argüí, bastante contrariado, que jamás, pese a mi condición de funcionario, había captado la más mínima aberración o ilegalidad a mi alrededor, ni entre los miembros de la Administración ni entre los del partido, a los que trataba con asiduidad. Le recordé que la inmensa mayoría de los ciudadanos éramos personas normales, es decir, apolíticas, que no teníamos otro afán que hacer patria desde nuestro trabajo y nuestra condición de personas responsables y honestas; ajenos, por tanto, a la actividad normal de la policía, que solo era temida por los malhechores, entre los que se encontraban, desde luego, los traidores a nuestra patria. Recordé también a Jerónimo que la política bien entendida era una actividad egregia, apta solo de ser asumida por personas muy capacitadas profesionalmente y con un alto grado de inteligencia; la otra política, la de los individuos fanatizados por ideales o doctrinas, solo podía llevar al desastre, en pos de sus malvados pensamientos, como ocurriera no hacía mucho en nuestro país. Por lo tanto, me parecía correcto que se marcara un camino concreto, el de la afinidad con el régimen, para canalizar adecuadamente la participación política; el que no se ajustara a este proyecto que soportara las consecuencias.

Jerónimo recibió mi parrafada con una amplia sonrisa y me tildó, por enésima vez, de iluso, así como de ignorante, en grado extremo, de la verdadera situación del país.

Por supuesto, no solo no siguió mi recomendación de evitar cualquier crítica al régimen, sino que paulatinamente fue cayendo en un activismo político opositor, a impulso de sus ideas inconformistas. Desde que iniciara sus actividades sindicales, cada vez se sentía más preocupado y, como consecuencia, más implicado también, con los desvelos de la clase trabajadora. Si se hubiera limitado exclusivamente a problemas de tipo profesional, quizá sus andanzas no hubieran sido tan expuestas. Pero en el núcleo del laborismo manual y fabril germinaba una creciente resistencia al régimen, que, si de momento se mostraba difusa y descoordinada, tenía visos de crecer en audacia y peligrosidad, según el mismo Jerónimo me decía, lo cual, con él de por medio, me resultaba altamente inquietante. Mi amigo insistía una y otra vez, con vocación proselitista, que cada día le resultaba más convincente la falacia del régimen. Yo, con declarado patriotismo, me oponía a esas acusaciones y defendía el privilegiado bienestar que disfrutábamos. Era una discusión continua y ferviente. Argüía Jerónimo, que nuestro particular bienestar no se correspondía con el de tantas y tantas personas que lo estaban pasando muy mal; incluso me decía que, basándose en constataciones desde dentro, ya que en el partido lo consideraban uno de los suyos, había tenido ocasión de escuchar que, como remedio a la crítica situación social, se manejaba la posibilidad de enviar a miles de personas al extranjero, como emigrantes, para que buscasen trabajo en otros países. Esto me resultaba demasiado degradante para creerlo, pero Jerónimo me lo ratificaba con la mayor seriedad. Después insistía en su manido clamor de que el Estado, nuestro emblemático y glorioso Estado, era una mera tapadera, un tinglado formalmente legalista, tras la que se escondía un régimen tiránico. Tan convincente y

persuasivo se mostraba en su diatriba que tuve que relajar mis posiciones. Yo no estaba en condiciones de replicar eficazmente a Jerónimo, porque jamás me había parado a considerar los asuntos de la política. Pero me parecía que con el régimen que disfrutábamos vivíamos en el mejor de los mundos. Por eso me desagradaban los rumores y críticas en su contra, como los que ahora pronunciaba Jerónimo. Cuando él me pidió con la mayor convicción que le creyera, conforme a los argumentos tan contundentes que exponía, me confesé dispuesto a darle la razón, más por sentido de la amistad que por pleno convencimiento. Así se lo dije, oponiendo como último reparo que me dolía reconocer que un régimen en el que habíamos puesto tantas esperanzas acabara siendo un mero estado policiaco. Pero las evidencias que Jerónimo intentaba explicitarme, con su peculiar apasionamiento, resultaban cada vez más firmes. Accedí a creerle, al cabo, pero con la condición, como postrera condición por mi parte, de que cualquiera que fuese la verdadera naturaleza del régimen, a nosotros, *de facto*, no nos debía importar. La política constituiría en nuestro círculo de amistad una posición de pensamiento, una aclaración mental, pero que no debía cambiar nuestros hábitos ciudadanos. Cualquier amago de frialdad emocional hacia el régimen o una crítica política expresa podían resultar sumamente peligrosas. Tanto más cuanto que, según el propio Jerónimo reconocía, los exaltados del partido único no se andaban con remilgos a la hora de atacar violentamente a sus opositores. Hice hincapié, por eso, a Jerónimo para que se dejara de tonterías y no cayera en impulsos caballerescos, a los que tan dado estaba, que podían originarle un serio percance.

Pese a mis serias palabras de advertencia, no estaba seguro de que Jerónimo fuera a mantener esa asepsia política que le pedía, porque su naturaleza inquieta, afín al inconformismo, le impulsaba a manifestar su criterio en cada caso, sin importarle las posibles contrariedades. De momento, sin embargo, tuvimos que dejar de lado el debate político, ya que un aliciente inesperado reclamaba nuestra atención. En un bolsillo de su chaqueta Jerónimo había encontrado un papel medio arrugado. El modo en como hubiera llegado hasta allí le sorprendía en extremo. Estaba seguro de que nadie se lo había entregado personalmente. De algún modo, en un encuentro fortuito y con gran habilidad, alguien se lo había introducido subrepticamente en el bolsillo. Ya el modo de hacerle llegar el mensaje levantaba no pocas suspicacias. Tanto más cuanto que en él se nos citaba para el mediodía siguiente, en la entrada del túnel del ferrocarril, en las afueras de la ciudad, a fin de tratar un asunto que nos interesaba, relacionado con la Torre.

El hecho de que se aludiera directamente a la investigación que nos ocupaba alertó de inmediato nuestra atención. Era un hecho que, por sí solo, debiera acrecentar nuestra preocupación, porque de nuevo nos acercaba la tensión siempre latente del peligro que corríamos. Así lo intuía yo, al menos, porque Jerónimo no dio excesiva importancia al hecho. Asumía con plena naturalidad que, desde que sufriéramos el encierro en la Torre, el desconocido autor de las muertes en ese lugar acaecidas, ya fuera el célebre «Duce» o cualquier otro, conocía nuestras identidades y controlaba nuestros movimientos. Desde aquel contratiempo, no habíamos vuelto a soportar incidencia alguna sobre nuestras personas por parte del malévolo individuo, aunque sí nos constaba su criminal actuación sobre las personas del forense y de su ayudante. A

nosotros, sin embargo, parecía no tomarnos demasiado en serio, por lo que Jerónimo deducía que el tal individuo nos dejaba hacer, sin pasar a la acción directa, mientras no lo molestáramos demasiado.

El peligro estaba en que llegaría un momento, que yo presumía cercano, en que inevitablemente se sentiría alertado por nuestra pertinaz insistencia. Como ocurriera con nuestro posicionamiento político, que yo pretendía mantener en un tono de aséptica neutralidad, también en este otro asunto Jerónimo pretendía llegar cuanto más lejos mejor, para desvelar el fondo del misterio que encerraba el cuerpo yerto de Marina. Quizá eso mismo pensaba el anónimo comunicante cuando nos emplazaba a una extraña entrevista. El temor de que, en efecto, el malvado sujeto al que achacábamos la perversa exposición de Marina en la Torre y su posible asesinato hubiera decidido actuar contra nosotros, me hizo expresar mis temores en voz alta. Fiel a los sentimientos de prevención personal, expresé mi convicción de que esa nota implicaba una situación de peligro para nosotros, por lo que me parecía prudente no hacer caso de ella. Pero Jerónimo ya ni siquiera me escuchaba, concentrado como estaba en recordar el momento y la persona que pudiera haber colocado el mensaje en su bolsillo. Así que, sin excesivo entusiasmo por mi parte, me dispuse a hacer, una vez más, lo que Jerónimo decidiera. En el fondo, hubiera sido para mí una decepción profunda que mi amigo decidiera desistir de la investigación, porque el acicate de la intriga me impulsaba a seguir adelante, por encima de los inconvenientes. Pero eso no impedía que mi sentido del riesgo me hiciera ser cauteloso en extremo, y reservón a la hora de tomar decisiones.

Jerónimo, entretanto, intuyó el momento propicio en que pudieron colocarle el papel en el bolso de la chaqueta: Tuvo que ser forzosamente a la salida del salón de actos de la Jefatura, después de la entrega de la medalla a la viuda de Demetrio. En el pasillo y junto a la puerta se formó una gran aglomeración de personas; cualquiera de las cuales pudo aprovechar para introducir la nota con la mayor impunidad. Con los ojos ligeramente entornados, mi amigo intentó memorizar el momento en que salía del salón. Recordó, al efecto, como en medio de la barahúnda que se formó en la puerta, un hombrecillo enclenque le empujó suavemente y, después, se excusó con cortesía. No recordaba haber tenido otro encontronazo, por lo que tuvo que ser tal sujeto quien aprovechó la inmediatez de los cuerpos en el tumulto de la salida para introducirle el papel. Del individuo en cuestión no podía destacar nada en especial, pues le resultó insignificante y plenamente desconocido. Yo sugerí que acaso tal sujeto podía ser el famoso «Duce», del que desconocíamos absolutamente su identidad. Quizá había constatado que, pese a los tropiezos y retrasos en nuestra investigación, esta avanzaba, y como consecuencia, el «Duce» habría decidido salir a la luz del día para ponerse en contacto con nosotros.

No era este el sentir de Jerónimo. Recordaba en el hombrecillo una personalidad plana, de esbirro de tercera fila, que solo sabe cumplir órdenes. En la rememoración que hizo mi amigo del momentáneo encuentro, recordaba a aquel como un tipo de mirada lánguida y expresión abúlica, con la tristeza propia de quien tiene en la sumisión su modo de vida. Rechazó por eso la idea de que tal personaje fuera el famoso «Duce». Este, caso de existir, lo que no resultaba muy claro, pues nadie daba razón cierta de él, tendría una personalidad muy distinta al personajillo de la nota. Sobre esa supuesta personalidad del «Duce» también teníamos, cómo no, criterios

contrarios Jerónimo y yo. Mientras que él pensaba en un individuo inteligente y de vida normal, que bien podía vivir junto a nosotros sin sospechar siquiera de su presencia, yo creía que no era eso posible en alguien tan sanguinario como el «Duce». Por eso, lo imaginaba como un individuo físicamente fuerte, proveniente quizá del ambiente rural u obrero, con la audacia propia de la ignorancia, y sin ser propiamente inteligente, sí que tendría esa listeza suficiente para hacer eficaz su total falta de escrúpulos. He de confesar que, cuando hacía este retrato del siniestro matón, tenía en mente el oportuno prototipo: Pecho Lobo. Me parecía este un individuo tan bestial y tan sucio que lo consideraba capaz de cualquier brutalidad. Pechos, como familiarmente lo llamábamos, era amigo nuestro, es cierto, y aunque desconocía su trayectoria vital durante la guerra civil, en la vida ciudadana era un hombre con costumbres fijas, que iban del trabajo a la bodega de Ventura. Su vida privada, por tanto, no constituía ningún misterio; pero a mí me resultaba atractivo colocar sobre sus rasgos brutales la figura emblemática del «Duce», aun a sabiendas de que igualar a Pechos con el célebre matón del régimen suponía hacerle todo un honor a nuestro deforme y sucio amigo.

Sin aludir al posible motivo de la cita que se concretaba en la nota, Jerónimo habló de esta en el periódico. Dídimo, con buen criterio, aconsejó a su compañero de redacción que no acudiese al encuentro que se le pedía. Ni la forma en que le llegara el mensaje, ni el lugar en que aquel debía tener lugar, le daban garantías de seguridad. Al contrario, le resultaba una cita altamente sospechosa y llena de peligro. Pensaba el director del *Heraldo* que tanto él como Jerónimo, sin ser propiamente políticos, eran hombres comprometidos con el régimen, a cuya organización sindical pertenecían, además de llevar la responsabilidad de un medio de comunicación afín al Movimiento. Como consecuencia, no debían extrañarse de que ocasionales elementos subversivos atentaran contra ellos. Le insistió, por eso, en que no acudiera a la anónima cita. Jerónimo no se atrevió a desvelar que el motivo de aquella era muy distinto al que pensaba Dídimo, así que se limitó a reconocer las razones de este, aunque se dispuso, pese a todo, a acudir al túnel.

Dialogaban todavía sobre el asunto cuando entró en el despacho el inspector Faundez. Traía la habitual nota del gobierno civil para insertar en el periódico. A Dídimo le pareció oportuno recabar la opinión del policía sobre el anónimo que Jerónimo recibiera. El agente lo consideró también sospechoso e incidió en la recomendación del director. Era una voz más apelando a la prudencia, pero que Jerónimo desoyó, porque podía más en él la curiosidad que el posible riesgo para su persona. Había tomado ya la decisión de acudir a la cita y no hubo modo de persuadirle. Así que me obligó a seguirle, con todas las consecuencias. Ante esta tesitura, tuvimos un ofrecimiento inesperado: Faundez pidió acompañarnos, por si acontecía cualquier situación de riesgo. Jerónimo tuvo la prudencia suficiente para aceptar esa valiosa colaboración policial.

Cuando, a la hora prevista del día siguiente, llegamos a la entrada del túnel, ya nos esperaba el inspector. Yo lo había visto fugazmente en el hospital, cuando el suceso del forense, pero en aquel momento apenas si reparamos el uno del otro. Ahora Jerónimo nos presentó formalmente. Me agradó la manera enérgica, sincera, con que me cogió la mano para saludarme y la serenidad que emanaba de su persona. Su campechanía y la indisimulada rudeza de ademanes me sugirieron, como en la primera vez que lo viera, al hombre del campo que, pese a haberse alejado

de él, no pierde nunca el vigor sano de la vida al aire libre. Se cubría con sombrero y vestía abrigo negro, amplio, quizá para tener libertad de movimientos; en esto se diferenciaba de sus compañeros, que solían usar gabán con el cuello subido, a lo Humphrey Bogart; en realidad, todos imitábamos en aquella época al famoso actor, tanto en sus miradas cónicas como en su forma de llevar la gabardina; no así en el sombrero, que nos parecía un adminículo incómodo, inútil y pasado definitivamente de moda. El semblante de Faundez reflejaba franqueza y comprensión, lejos de la rígida adustez proverbial en algunos de sus compañeros de la Brigada Político-Social. Cuando Jerónimo me habló de que el policía nos acompañaría en nuestra aventura, tuve, en principio, el temor de que eso pudiera complicarnos más la situación; sobre todo, porque pudiera encontrar en nuestra peculiar indagación indicios para relacionarnos con la muerte del forense y la parálisis vital del ayudante de este. Pero ahora, conociendo en persona a Faundez, mi desconfianza inicial desapareció y, con él al lado, me sentí más seguro.

El policía nos sugirió que intentáramos solventar el peculiar encuentro cuanto antes, ya que estaba a punto de pasar uno de los expresos, lo que podía suponer para nosotros un peligro añadido. En efecto, nos encontrábamos en una trinchera profunda y angosta, cuyas paredes caían en plano inclinado sobre la línea del ferrocarril, sin que apenas quedara espacio libre cuando transitaba algún tren. No era mucho mayor la distancia entre la vía y las paredes dentro del túnel, por lo que el riesgo previsto por Faundez era más que evidente.

Con esta prevención, nos adentramos en el oscuro túnel. El inspector extrajo una linterna y pasó su tenue luz por el fondo caliginoso, que, como una densa cortina fusca, se anteponeía delante de nosotros. Apenas avanzamos unos pasos hacia el interior, el pálido claror proveniente del espacio exterior desapareció y nos vimos envueltos, dentro del angosto espacio, en una oscuridad que apenas permitía entrever detalles del túnel unos pocos metros más allá. A una señal de Faundez, nos detuvimos a escuchar. El único ruido que delatamos era el que provenía de nuestro acelerado corazón. En medio de este opaco silencio rasgó el aire, lejos, a nuestras espaldas, un sonido agudo y sibilante. Poco después se escuchó un traqueteo profundo y continuo.

—¡El tren está cruzando el puente sobre el río! —exclamé con nerviosismo—. Dentro de unos minutos lo tendremos aquí.

—Creo que es conveniente salir del túnel —dijo con calma el policía—. Aquí dentro no se oye ni se ve a nadie.

La sugerencia de Faundez me tranquilizó y di media vuelta dispuesto a salir de la angostura. Fue en ese momento cuando en lo más profundo de la oscuridad se escucharon pasos precipitados. Faundez, con rápido ademán, echó mano a la axila, empuñó una pistola y enfocó la linterna hacia dentro.

—¿Quién está ahí? —gritó con energía—. Soy policía. Quien sea el que está dentro, avance hacia la salida despacio y con los brazos en alto.

La respuesta desde la profundidad del túnel surgió anhelante, como si quien la emitía sufriera un episodio espasmódico.

—¡Salid inmediatamente de aquí antes de que os maten!

Poco después se oyeron dos detonaciones y un grito agudo de dolor, cuyo retumbe fue

recogido y transmitido sucesivamente por las paredes del túnel. Faundez respondió con unos disparos al aire, al tiempo que, olvidando toda prudencia, echó a correr hacia el interior, guiándose con la mortecina luz de la lámpara. Mucho más adentro, se escucharon pasos precipitados que se hacían paulatinamente más débiles. El policía conminó al que huía para que se detuviera, bajo amenaza de disparar, pero, al instante, el silencio volvió a renacer en el túnel.

Todavía avanzó un buen trecho Faundez antes de que detectara en medio de la vía el cuerpo caído de un hombre. Se arrodilló junto a él y comprobó que había dejado de respirar. Tenía dos impactos de bala en el pecho, junto al corazón. El individuo tenía todo el aspecto de un esbirro infame: mal encarado, semblante bestial y con suciedad, que despedía a su alrededor un olor nauseabundo. Jerónimo y yo, avanzamos casi a tientas, en medio de la negrura, y llegamos hasta donde estaba el policía. Al ver al caído, la sorpresa nos anonadó:

—¡Es Pecho Lobo! —exclamó Jerónimo al cabo de un momento, como si no diera crédito a lo que veía.

Quizá en otro momento yo lo hubiera aprovechado para recordar lo mal que me cayó siempre ese sujeto y las sospechas que me infundía de que fuera alguien de la peor calaña. Pero lo cierto es que ahora estaba tan sorprendido como Jerónimo y no pude decir nada, salvo contemplar con estupor el corpachón inmóvil del que otrora fuera nuestro peculiar amigo.

Ensimismados en esa contemplación, reaccionamos demasiado tarde y con estupor al sonido agudo que hirió nuestros oídos, procedente del exterior. El tren enfilaba ya la angosta trinchera y avisaba con su prolongado pitido que se iba a introducir en el túnel. Dada la profundidad de este en que nos encontrábamos, era imposible ganar la salida a tiempo. Así que Faundez tiró con fuerza del cuerpo muerto para sacarlo de la vía y nos alertó con vehemencia para que nos arrojáramos al suelo y nos colocáramos junto al muro. La advertencia estaba de más, porque ya lo habíamos hecho, protegiéndonos la cabeza con los brazos. Al instante, el bramido impetuoso del monstruo mecánico nos envolvió. El suelo tembló con violencia y ásperas ráfagas de aire caliente laceraron nuestros cuerpos. El ruido infernal se amplificó hasta saturar nuestros órganos auditivos y trastornar nuestros cerebros. En medio de aquel infierno negro y rugiente, lanzamos penetrantes chillidos de angustia, como si de este modo quisiéramos responder a la agresión que nos producía el convoy con su imponente mecánica. Desde nuestra posición yacente, percibíamos, sobre el fondo de bramidos continuados, las chispas que levantaba el roce violento de hierro contra hierro, de las ruedas contra los rieles. La locomotora, que entró rauda en el túnel, como si pretendiera embestirnos por habernos entrometido en su espacio exclusivo, resopló varias veces con fuerza, como si se sintiera agotada por el esfuerzo de arrastre que realizaba. De bruces en el suelo, pegados fuertemente contra el muro, para hurtar el cuerpo al rebufo del convoy, vimos deslizarse la retahíla de vagones, con una cadencia que parecía amenguar de un vagón a otro. Era un tren de mercancías larguísimo y la presión que ejercía sobre el suelo, a causa del enorme peso, parecía a punto de hacer saltar en pedazos el conglomerado de raíles y traviesas sobre el que circulaba. Al cabo de un rato, que nos pareció eterno, el tremendo ruido comenzó a aminorar y el vagón de cola pasó ante nosotros, con un ritmo acompasado y cansino, como si estuviera a punto de desgajarse del resto del convoy. Cuando el farolillo rojo que portaba en su parte posterior desapareció en una curva del túnel, el sonido se amortiguó

progresivamente hasta desaparecer. Fue entonces cuando volvimos a percatarnos en la tenebrosa profundidad del túnel, muy lejos de donde nos encontrábamos, del renaciente sonido de los pasos precipitados. Faundez volvió a empuñar su arma y dio la voz de alto, pero los pasos continuaron, ahora con mayor precipitación. Apuntando hacia la negrura interior, el policía lanzó otros dos disparos, mientras con la linterna intentaba taladrar las tinieblas que cubrían el fondo del túnel. A nadie se vio, y cuando el eco de los disparos cesó, tampoco se escuchó ya nada. Aguardamos todavía un buen rato, por si las pisadas se recrudecían, pero el silencio ahora era absoluto.

Nos pareció impropio, además de peligroso, por si caíamos en alguna trampa, seguir adentrándonos en el túnel, por lo que decidimos retroceder hasta el punto donde estaba el cuerpo inerte de Pecho Lobo y, cogiéndolo por un brazo, lo arrastramos hasta la salida. Lo pusimos junto a la pared de tierra, apartado de la vía, y ascendimos por el terraplén hasta el parapeto superior. Lo saltamos entre las miradas curiosas de algunos transeúntes que paseaban por la céntrica avenida y acompañamos a Faundez hasta la comisaria. Él se encargó de enviar a otros compañeros y al juzgado para que recogieran el cadáver, redactando el informe de lo ocurrido en el interior del túnel. Inquirió de nosotros alguna noticia adicional que pudiera justificar el atentado, pero nada pudimos decirle, porque desconocíamos el motivo de la presencia de Pecho Lobo y la identidad de su asesino.

Cuando estuvimos solos Jerónimo y yo, comentamos lo oportuna que había sido la compañía del inspector, tanto para eludir el posible atentado que el asesino de Pechos tenía previsto sobre nuestras personas, como para evitar las complicaciones burocráticas que, a no dudar, hubiéramos tenido, en el caso de habernos implicado en otra muerte sospechosa. También pusimos en cuestión la posible conveniencia de hacer partícipe a Faundez del misterio de la Torre. Pero de momento preferimos no decir nada, hasta ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, por temor a que, si intervenía oficialmente la policía, nosotros fuéramos apartados inmediatamente del caso.

El suceso del túnel tuvo una complicación inesperada para Jerónimo. Se encontraba este pletórico de ánimo y energías, sin pensar siquiera en la afección pulmonar que le diagnosticaran. Pero el empinado talud que tuvimos que escalar le causó a mi amigo una gran fatiga. Contra su costumbre de ir siempre en cabeza abriendo paso, en esa ocasión tuvo que efectuar la ascensión detrás de nosotros y con lentitud, porque se ahogaba. Al ver la dificultad que pasaba, le alargué la mano y le ayudé a subir el trecho que quedaba. Una vez arriba, pasó una de sus piernas sobre el tapial y, aupado de esta manera sobre él, tomó aliento durante un instante.

—Pensaba que el médico había cometido un error a la hora de emitir su diagnóstico, pero creo que el que se ha equivocado he sido yo, por no hacer caso de lo que me dijo.

—El terraplén es casi vertical y su escalada agota a cualquiera —dije yo, con fingida indiferencia, para quitar importancia a la fatiga de mi amigo.

—Es dura —ratificó Faundez, que se había percatado del inusual cansancio de Jerónimo—. Tanto que creí que no conseguiría superar el último trecho.

—Mentís tan mal que se os nota hasta en el tono de la voz. Hace solo dos meses, hubiera subido esta cuesta a todo correr, sin alterar lo más mínimo la respiración. Pero ahora estoy medio asfixiado. —Jerónimo hizo una aspiración profunda antes de seguir—. Creo que es momento para que empiece a tomar en serio mi enfermedad. Habrá que buscar donde sea ese medicamento milagroso que, según dicen, lo cura todo. Ya es difícil aceptar que pueda existir semejante panacea, tanto como encontrarla. Pero los enfermos somos los seres más crédulos del mundo, así que pongo mi esperanza en esa droga bendita, que llaman penicilina.

Una vez que finalizaron en comisaría los trámites del suceso en el túnel, Jerónimo se dispuso a viajar hasta la capital —así se expresaban mis familiares cuando se referían a Madrid, como si fuera la única capital digna de este nombre que existiera en el país— en busca de algunas dosis de antibiótico. Él no me pidió que lo acompañara, pero me pareció oportuno, dada su debilidad actual, brindarle mi compañía. La aceptó con un suspiro de alivio, lo que evidenció el bajo momento anímico que estaba pasando.

Un familiar mío dedicado a la venta al por mayor de cereales, el que viviera la anécdota del maquis en la Puebla, se enteró del viaje y me rogó que, aprovechando tal circunstancia, le tramitara en una fábrica de la capital la remesa de una partida importante de sacos de esparto. Solo se trataba de concretar el pedido y de diligenciar en la estación ferroviaria de origen la reserva de un vagón para el transporte de aquellos. Una gestión, pues, sencilla, sin pagos de por medio, que se efectuarían, según los usos mercantiles, mediante letras de cambio. Aseguré, por supuesto, a mi familiar que cumpliría con gusto su encargo. Antes de coger el tren, nos procuramos una carta de presentación para cierto médico instalado tiempo atrás en nuestra ciudad, que ahora trabajaba en el Hospital General, a fin de que nos orientara sobre cómo adquirir y dónde la famosa penicilina.

Ligeros de equipaje, nos dirigimos a la estación. En aquella época, el enlace ferroviario entre nuestra pequeña ciudad y la capital del Estado era complicado y molesto. No es que la distancia fuera excesiva, pues apenas si sobrepasaba los doscientos cincuenta kilómetros, pero las circunstancias del transporte ferroviario hacían de esa distancia un larguísimo y enojoso viaje. Para empezar, la salida nunca se hacía a su hora. El tren que debíamos coger provenía de las provincias del noroeste y acumulaba retrasos que bien podían ser de horas, lo cual no impedía que los viajeros estuviéramos a la hora en punto en la estación, no fuera que ese día se le ocurriera al convoy aparecer con rara e inoportuna puntualidad. Cuando conseguíamos subir al tren, y tras consumir apenas una hora de viaje, debíamos descender en Medina para hacer trasbordo a otro tren, que es el que se dirigía ya directamente a destino. Este otro tren retornaba de los, para nosotros, exóticos y lejanos territorios del norte, y acumulaba ya el inevitable retraso de horas, como era habitual. La espera en esa estación de trasbordo era molesta por demás. Estaba abierta a todos los vientos, por lo que en invierno la estancia en ella era hartamente inclemente, soportando las heladas tremendas de la meseta, de las que los viajeros de tercera solo podíamos resguardarnos en una destartada e inhóspita sala de estar. Con los cristales rotos desde siempre, se filtraba por las ventanas el gélido viento con igual o, quizá, mayor impertinencia y agresividad que en el exterior. Los viajeros de primera tenían más suerte, ya que la correspondiente sala de espera era de dimensiones reducidas y contaba, para atemperar el ambiente, con una estufa de carbón, colocada en el centro del habitáculo, cuidadosamente mantenida. No era más amable en verano esta ceñuda estación de trasbordo, ya que, en medio de la paramera, el sol dejaba caer churretones de fuego sobre los fatigados viajeros. Cuando, tras penosa y aburrida espera, ascendíamos de nuevo al tren, nos sentíamos seres privilegiados por estar en él, olvidando las largas horas que habían pasado ya desde nuestra salida. El problema inmediato era acertar a coger en el vagón —amplio espacio sin departamentar—, algún breve sitio en la pared, sobre el que recostar el cuerpo; de pie, por supuesto, ya que los duros e incómodos asientos, formados con listones de madera y colocados unos frente a otros, venían ya atestados de gentes, por lo que era impensable ganar un espacio en ellos. A partir de ese momento, nos quedaban todavía cinco largas horas —más las tres ya acumuladas, en total ocho—, para rendir viaje en nuestro destino, pero mientras el tren estuviera en marcha todo nos parecía bien. Ocurría, sin embargo, que debía detenerse en cada estación o apeadero que aparecía en la línea, para atender a algún posible viajero, de subida o de bajada. El tren efectuaba la parada reglamentada y se cumplían los trámites de detención durante el lapso de tiempo estipulado, hasta que sonaba el silbato del jefe de estación para reanudar la marcha. Con esta exasperante lentitud, el tren avanzaba. En un cierto punto del trayecto, que atendía a una ciudad importante, la parada era algo más larga, ya que era sabido por todos los viajeros que allí se efectuaba el cambio de máquina de carbón, que hasta entonces había tirado de nuestro convoy, sustituyéndola por una de tracción eléctrica. A través de la ventanilla, vi la citada máquina, con su trole en la parte superior, deslizándose hacia la cabecera del tren, silenciosa y elegante. Me fascinó aquella demostración de modernidad en nuestro país y así se lo dije a Jerónimo con evidente orgullo. Mi compañero se limitó a asentir, aunque sin demasiado entusiasmo.

El mío tuvo que amenguar también, no mucho después, cuando el tren se paró

inopinadamente en medio del páramo. A falta de información, se aventuraron las más variadas hipótesis entre los viajeros que atestábamos el incómodo vagón. Después de media hora, pasó por allí un revisor que, acosado a preguntas, informó de mala gana que la locomotora se había averiado, por lo que debíamos esperar a que mandasen otra para reemplazarla. Para la gente fue como la señal esperada para que, quien más, quien menos, desatase la talega, echase mano a la navaja y diera un avío al embutido o a la tortilla que se guardaba en la fiamblera. Para mí, el suceso propició que se enfriara el entusiasmo patrio que había mostrado momentos antes. Sobre todo, cuando Jerónimo aprovechó la noticia para hacerme ver que lo que acontecía con la locomotora era todo un síntoma de lo que ocurría en el país: conglomerado de mera apariencia, donde todo lo que se veía cumplía una función propagandística, sin que detrás hubiera nada real y efectivo. El comentario era congruente con la postura, cada vez más crítica, que adoptaba Jerónimo con el régimen. Lo sensato hubiera sido no rebatir la opinión del amigo, consciente de que mi posición para discutir era débil y forzada, teniendo a la vista la inmóvil locomotora, convertida en un trasto inservible. Pero dispuesto a no ceder en la ya larga y frecuente porfía que manteníamos ambos, me llevó a reaccionar con arrebato para dejar constancia de que me resultaba injusta la actitud negativa que tomaba Jerónimo, precisamente él, contra el régimen político patrio, del que era miembro conspicuo. La mayoría de los ciudadanos éramos conscientes de la seriedad y buena intención con que asumían los gobernantes su gestión. Sin negar la existencia de posibles errores o, incluso, excesos desagradables debidos a elementos indeseables, la ciudadanía tenía asumido que las dificultades que soportábamos eran consecuencia, más que de nuestros propios errores, de la enemistad que demostraban hacia nosotros las naciones europeas. Pronuncié este alegato con pasión, impulsado por el acicate patriótico que consideraba imprescindible en todos nosotros para conseguir un gran país. Esperaba que, aunque Jerónimo no compartiera este sentimiento, al menos lo comprendiera y lo respetara. Sin embargo, emitió una sonrisa cachazuda y me dijo que hablaba como los editoriales de los periódicos, lo cual denotaba mi total desconocimiento de la realidad y mi falta de sentido crítico. Estas dos acusaciones encrespaban mi amor propio y me enzarqué en una discusión, otra más, acerca de quién era más consciente del mundo en que vivía, si él o yo. Más que un parlamento razonador, el mío era, sobre todo, apasionamiento y virulencia verbal, para intentar pulverizar al amigo con palabrería basada en un solo argumento: que millones de ciudadanos no podían equivocarse cuando aceptaban sin protestar a lo largo ya de más de quince años el régimen político que disfrutábamos. Jerónimo nunca hizo intención de entrar a fondo en la discusión. Tampoco se encrespó ante mi actitud ardorosa. Sus respuestas eran escuetas y expresadas con cierta indiferencia. Quizá por eso me impactó más lo que me contestó acerca de la falta de crítica ciudadana: los esclavos cargados con cadenas, dijo, no están en condición de emitir opiniones ni de rebelarse contra nadie. Esta afirmación me pareció una impertinencia, así que envaré el cuerpo, extendí los brazos y dije con vehemencia que me mirara bien: no había cadenas por ninguna parte. La respuesta de Jerónimo me desconcertó todavía más:

—Las tenéis donde más os aprisionan: en la mente. No os dais cuenta de que han amordazado vuestra inteligencia, como hasta ahora habían hecho con la mía; y, sobre todo, han cautivado vuestra capacidad de rebeldía, haciendo de vosotros seres inertes.

Después Jerónimo pareció desinteresarse por la discusión y se dedicó a extraviar la mirada a través de la ventanilla. Yo quise todavía hacer algún alegato prorregimental que me hiciera quedar por encima en el debate, pero hube de desistir, dado el desinterés que mostraba mi amigo. Así que me dediqué también a mirar hacia la lejanía, mientras, reanudado el viaje, veía pasar raudos ante mí postes telefónicos, parajes yermos y casuchas miserables.

A partir de cierto momento, comenzaron a predominar las casas de otro aspecto. Costaban de varios pisos y formaban conglomerados urbanos. Estos se adensaron, como si quisieran cercarnos y atajar nuestra marcha. En esta pugna, resultamos triunfantes, porque los rieles comenzaron a multiplicarse y en una amplia extensión se vio una sucesión de vías, que tomaban distintas direcciones. Hasta que, de repente, aminoramos la velocidad y nos adentramos bajo un inmenso techado de hierro y cristal. Después de ocho largas horas, rendíamos viaje.

Como íbamos sin equipaje, ya que teníamos pensado regresar ese mismo día por la tarde, fuimos de los primeros en descender del convoy. Me sorprendieron las enormes dimensiones de la estación, acostumbrado como estaba a las reducidas medidas provincianas. Pero, tanto como la estructura material, me asombró la densa multitud que pululaba por andenes y vestíbulos. No pude por menos de quedar un momento embozado por aquel tráfago compacto y ruidoso. Anonadaba el griterío estentóreo, los sentidos llantos de despedida, las histriónicas risas de encuentros. Acuciaban a los viajeros las sibilantes sirenas de las locomotoras, ansiosas por partir hacia lugares desconocidos y lejanos; a todos increpaban los insistentes y nerviosos toques de bocina, por parte de empleados que, aupados sobre vehículos cargados con maletas, intentaban abrirse paso entre la compacta muchedumbre. Por cómo esta se movía, parecía responder a una oculta y general consigna: la prisa. Daba muestra de unánime agitación e inquietud, como si la estación fuera un lugar inhóspito del que hubiera que huir cuanto antes. Esa regla general de apresuramiento tenía su excepción: la que representaba Jerónimo, quien, con paso comedido y lánguido, se deslizó por los andenes con toda tranquilidad, como si ese fuera realmente el motivo de nuestro viaje. Yo lo seguí, no sin antes cuestionar la certeza de la dirección que tomábamos. Cuestionamiento, por lo demás, inocuo, en el que incidí más por incordiar que por otra cosa, ya que me constaba que Jerónimo había conocido y utilizado reiteradamente la estación durante su época de preparación periodística y en el posterior período de formación profesional. Había innumerables puertas y por todas ellas entraba y salía gente. Él, sin embargo, tomó un rumbo decidido, que nos llevó sucesivamente hacia un gran vestíbulo y hacia la salida. Dejé de preocuparme a partir de ese momento por la orientación, sabiendo que mi acompañante se manejaba bien en aquella selva superpoblada.

Nos dirigimos directamente al hospital, un pétreo caserón tan vetusto como el de nuestra ciudad, aunque de dimensiones colosales. Me pareció tan repleto de pacientes como la estación de viajeros. O como las calles de viandantes, porque la característica toda de la capital era la multitud, una multitud apresurada y aborregada, que, vista en perspectiva, parecía moverse desorientada, sin otra finalidad que el movimiento en sí mismo. El médico para el que traíamos la carta de presentación, que otrora ejerciera entre nosotros, era el jefe del laboratorio hospitalario y ahora estaba en plena actividad. Cuando accedimos a su departamento y vimos la amplia sala rebosante de enfermos, pensamos que teníamos por delante toda la mañana antes de

que pudiéramos acceder al intercesor. Para sorpresa nuestra, las cosas sucedieron con gran rapidez. A través de un altavoz, comenzaron a llamar a los enfermos por riguroso orden de número. Me fijé que aquellos estaban previamente provistos de un papelito con el guarismo que les correspondía. Cuando les tocaba turno, se ponían en pie y, con el frasco de orina en la mano, accedían a las dependencias internas del laboratorio a través de una puerta situada al fondo de donde nos encontrábamos. Ninguno de ellos salía, lo que me hizo suponer que la salida acontecía por otro lugar distinto. En apenas media hora, atendieron a los más de doscientos enfermos que abarrotaban la anchurosa sala.

Cuando ya no hubo nadie, entramos nosotros. Nos encontramos en un recinto tabicado, formando multitud de pequeños departamentos, con cortinillas para reservar la privacidad. En algunos de ellos quedaba todavía algún paciente que, con la camisa remangada y el brazo extendido, sujetaba un trozo de algodón sobre la vena profanada. Preguntamos a una enfermera por el médico al que deseábamos ver y ella, con amabilidad, nos condujo hasta él. No fue necesario que nos presentáramos, pues nos aguardaba. Era un hombre ya mayor, de pelo canoso, ademanes pausados y plena amabilidad. Nos informó que había preguntado por el nuevo medicamento, llamado penicilina, a sus compañeros del hospital, y pese a que este era uno de los establecimientos sanitarios más avanzados del país, nadie tenía todavía referencia exacta del producto en cuestión. Incluso se tenía la opinión, preconizada sobre todo por el director del hospital, de que la tal penicilina era solo un elemento fantasioso de la prensa extranjera, en un alarde de presunción científica, carente en absoluto de realidad. Dicho lo cual, agregó en voz baja, mirando para los lados, cuidando de que no lo oyeran, que, por supuesto, el medicamento existía y se contaban cosas extraordinarias de él, pero los organismos oficiales habían dado orden de negar su existencia, ya que su distribución se realizaba únicamente en los países más avanzados, entre los cuales, el nuestro, evidentemente, no estaba. Jerónimo me dirigió una mirada inquisitiva, como para que tomara nota del dato que acababa de escuchar. Nuestro informante sugirió que, sí realmente queríamos acceder al novedoso preparado farmacéutico, acudiéramos a un bar de la Gran Vía, del que nos dio la referencia concreta, donde quizá pudiéramos encontrarlo de contrabando. En plena confianza, añadió que oficialmente les habían ordenado negar también la existencia de ese mercado ilegal, pero era *vox populi* que acudían a él incluso los prohombres del régimen cuando tenían algún problema de salud.

La constatación de tan anómala situación me hizo reflexionar acerca de mi perseverante proclividad hacia el régimen, originándome no pocas vacilaciones y dudas. Me parecía muy anómalo que un medicamento se negociara en el mercado negro, sustrayéndolo a las posibilidades de la población en general; pero más anómalo me resultaba que se negara desde el estamento gubernamental su existencia, ya que eso suponía cerrar los ojos a la realidad y mentir descaradamente a los ciudadanos. Jerónimo no aprovechó la ocasión para zaherir mi postura, quizá para que fuera yo mismo quien me convenciera de la verdadera situación del país. Me resistía, no obstante, a reconocer que el Glorioso Movimiento, sobre el que estaban puestas las esperanzas de grandeza de la patria, estuviera basado en una gran mentira, por lo que preferí pensar que se trataba de un caso excepcional, en el que los poderes públicos no tenían más remedio que cerrar los ojos a la realidad, a causa de la impotencia para luchar contra los poderes

extranjeros.

Nos dirigimos directamente al establecimiento que nos habían indicado. Era todavía una hora temprana y lo encontramos cerrado. Según nos informó el portero de una finca cercana, la apertura del bar se efectuaba cerca del mediodía. Teníamos ante nosotros dos horas largas que decidimos aprovechar para realizar el encargo de mi familiar. El tranvía al que subimos nos condujo hasta una barriada que, por la concentración de fábricas, se estaba transformando rápidamente en núcleo industrial. Localizamos la manufacturera de sacos, instalada en un complejo donde el zumbido de las máquinas era constante. Fino polvo desprendido del esparto al ser hilado flotaba en el ambiente. Un empleado nos remitió al encargado cuando supo nuestra pretensión y este nos atendió amablemente. Conocía a mi familiar de otras veces y extendió a su nombre la hoja de pedido. Después nos acompañó hasta una de las naves de almacén, dio orden de seleccionar y embarcar los sacos y se despidió. La mercancía se apilaba en bloques de cien. Ayudado de una carretilla elevadora, un obrero cargó veinte bloques de sacos en dos vagonetas, colocadas ya sobre raíles. Después, él y otro compañero las empujaron al exterior de la nave, por una planicie de unos cincuenta metros, hasta la terminal cercana del ferrocarril. Nosotros caminábamos detrás, interesados por la rapidez y eficacia con que se desarrollaba la operación. En la terminal, nos recibió un empleado encargado del transporte de mercancías, quien nos seleccionó un vagón y ordenó el trasbordo de los sacos a él. Ultimada la maniobra, ordenó el cierre y precintado del vagón, y nos entregó el albarán correspondiente, para retirar la mercancía en destino. La operación se había realizado con pulcritud y presteza; dimos las gracias y nos despedimos. No pude por menos de elogiar la muestra de modernidad, organización y eficacia que me sugería todo el proceso distribuidor contemplado, desde la factoría al medio de transporte. Se había realizado todo en apenas media hora. Era una prueba palpable de la importante transformación fabril que se estaba produciendo en nuestro país, por impulso del régimen. Jerónimo asintió en principio, aunque algún pensamiento debió de pasar por su cabeza, quizá sugerido por su experiencia en el vagabundeo ferroviario, que le hizo decir, como de pasada, que, de todos modos, los sacos todavía no estaban en nuestra ciudad. Fue un comentario premonitorio, como tendría ocasión de comprobar.

En el mismo tranvía regresamos al centro y nos dio tiempo para deambular un rato sin rumbo fijo. Pasamos delante de un teatro, el de La Latina, en el que se anunciaba una revista musical del popular maestro Jacinto Guerrero. Tanto Jerónimo como yo lamentamos no haber traído equipaje, porque con gusto nos hubiéramos quedado esa noche para disfrutar de un espectáculo que nos complacía. Desde muy jóvenes, éramos asiduos de ese género teatral en nuestra ciudad, a impulso del ardiente deseo que conmovía nuestros fundamentos vitales. Lo gozábamos por muy poco dinero, ya que sacábamos entrada de general (el popular gallinero, espacio con gradas, sucias y destartaladas) y desde arriba oteábamos las butacas de primera fila que estaban vacías; siempre quedaban algunas, sobre todo en los laterales, por lo que, en el entreacto, a través de un vestíbulo común, nos infiltrábamos en el patio de butacas y nos colocábamos junto a la pasarela. Era un gozo visual, que encrespaba nuestra apetencia erótica, contemplar desde esa privilegiada posición, de abajo arriba y casi rozándolas, las sublimes piernas de las vedettes, esforzándonos por indagar con nuestra mirada en sus recodos más íntimos, a través de la sucinta ropa, que a

nosotros nos seguía pareciendo demasiada. Este aspecto del vestuario femenino en la comedia musical era de los pocos que merecían por mi parte crítica feroz hacia el personaje siniestro que se encargaba de la censura en el teatro, aunque los componentes de este se las arreglaban para soslayar en la práctica la rigidez original de aquel. Tanto o más que las bellas mujeres, nos solazaba el ingenio de los cómicos que las acompañaban. Sus frases cargadas de segundas intenciones, que encubrían sarcásticas críticas al sistema imperante, y sus ocurrencias subidas de tono, eran motivo de fácil jolgorio, y dejaban en el público impagables momentos de expansión y relajación, entre rutilantes candilejas, en una época habitualmente agobiante, hosca y opaca. Las giras teatrales entonces eran frecuentes en nuestra ciudad, prácticamente continuas, pues se iba una compañía y llegaba otra; permanecía entre nosotros muchos días, a veces, incluso, meses. Pudiera parecer, a primera vista, sorprendente tan intensa actividad cultural en una localidad pequeña, como la nuestra, pero en el fondo no lo era tanto; todos buscaban lo mismo: la seguridad de una comida fija, sin agobios, que entre nosotros se conseguía fácilmente, al tratarse de una zona agrícola donde los alimentos abundaban. De ahí que las agrupaciones cambiasen cada pocos días el repertorio, y dilatasen todo lo posible su estancia, hasta que agotaban aquel, o la escasez de público obligaba al empresario a reemplazar el cuadro escénico. Durante su estancia entre nosotros, los miembros de las compañías frecuentaban nuestros paseos y nuestros cafés, por lo que eran tan sobradamente conocidos que nos parecían de la familia. Siempre los contemplábamos con esa admiración, casi pueril, que despiertan las personas afamadas entre los que apenas si son conocidos en un rincón del propio terruño. Y recibían nuestro respeto, ya que a ellos debíamos los únicos motivos de lúcido esparcimiento que conseguíamos en nuestra provinciana y abúlica ciudad.

Contemplando el cartel anunciador en el teatro de La Latina, comenté con énfasis a Jerónimo que un antiguo piano propiedad del afamado maestro, en el que compusiera algunas de sus primeras obras, lo habían adquirido al inicio de los años cuarenta unos familiares míos. Eso, al menos, no sé con qué grado de veracidad, escuché siempre de ellos. Jerónimo ya lo sabía, porque lo había visto en diversas ocasiones. Por eso puntualizó que, aunque así fuera, estaba, sin embargo, tan deteriorado que, además de ser musicalmente intocable, era un mueble desvencijado y poco menos que inútil. Era verdad. Actualmente está en mi poder y, después de los años, sigue pendiente del imprescindible arreglo y afinado. Lo contemplo como una reliquia, y me resulta un sacrilegio violar la hechura de un instrumento que se conserva tal y como lo dejó el maestro cuando se desprendió de él.

A la hora señalada, acudimos de nuevo a la meta principal de nuestro viaje. El local estaba ya abierto, pero vacío de público. Solo un barman se entretenía tras el mostrador en limpiar una pila de vasos. Le expusimos nuestro deseo a media voz, conscientes de que tratábamos sobre un asunto de contrabando. El hecho de que, en cierto modo, estuviéramos actuando extramuros de la ley alertaba nuestra tensión emocional. El camarero respondió en tono normal, como si el trapicheo que se desarrollaba en el local fuese la actividad más aséptica y legalista del mundo. Nos dijo que debíamos esperar otra hora aproximadamente, para que llegaran los americanos que se dedicaban al tráfico que nos interesaba. Para cumplir la espera, acodados sobre la barra, pedimos sendos vasos de vino y nos entretuvimos contemplando la clientela que acudía al

establecimiento. Por lo general, era gente bien trajeada, de modales comedidos y conversaciones sin estridencias. Lo que podría denominarse una clientela selecta, que no era de extrañar dado el elevado precio de las consumiciones, como tuvimos ocasión de comprobar. El local era más bien escueto y no tardó en abarrotarse de gente. Aunque algunos hombres llegaron con sus parejas, había también muchas mujeres solas, elegantemente vestidas, que paseaban entre los clientes, fumando con gran distinción. A algunas de ellas no les pasó desapercibida la buena planta de Jerónimo. Se acercaron a él y le susurraron palabras sugerentes, mientras le echaban el humo de sus cigarrillos con deliberada osadía. Acostumbrado como estaba yo a los acosos que soportaba con naturalidad mi atractivo amigo, quise apartarme para dejarlo actuar con libertad; pero él me pidió que me quedara, pues ni el momento era propicio, ni tampoco tenía el humor necesario para esos menesteres. Lo cual me hizo pensar que muy mal tenía que encontrarse Jerónimo para rechazar las insinuaciones de tan bellas admiradoras. Estas insistieron todavía algo, pero al ver la actitud displicente del hombre, se apartaron malhumoradas, deseándole toda suerte de males por su insípido orgullo. El hecho motivó un comentario por parte de Jerónimo acerca de la naturaleza del establecimiento en que nos encontrábamos, semejante a las viejas casas del barrio de la Lana en nuestra ciudad, aunque con mayor sofisticación. Me creí en la obligación de precisar lo de la sofisticación, en el sentido de que no era mayor, sino infinitamente mayor, en comparación con la miseria que exhibían nuestras mezquinas coimas. Porque las del lugar en que nos encontrábamos eran de una belleza espectacular y exhalaban perfumes del paraíso; una tentación que, por desgracia, no estaba a mi alcance, pobre mortal, y que debía ver pasar ante mis ojos con resignación, mientras que Jerónimo, que las tenía gratis, se daba el capricho de despreciarlas. Me pareció bien su gesto, sobre todo, para igualarnos en el sacrificio, aunque las causas de este no fueran iguales en uno que en otro.

La cercanía de las féminas nos hizo más corto el tiempo de espera, y a eso de las dos de la tarde se acercó el camarero para señalarnos una mesa situada en un rincón del fondo. En ella había un par de individuos, fornidos, tez tostada por el sol, pelo rubio corto y crespo, y rasgos hieráticos, como de ferocidad contenida. Perteneían, al parecer, a una de las bases americanas cercanas a la capital, recientemente instaladas. Nos acercamos y formamos una breve cola, ante el inesperado número de personas que rápidamente accedió a ellos. Eran, las gentes que nos rodeaban, de aspecto humilde y gestos contenidos de preocupación; cuando les llegaba el turno y cambiaban impresiones con los matuteros, meditaban un momento, vacilando en la indecisión y ponderando quizá la correspondencia entre el precio a pagar y el milagro que se esperaba obtener, pues a este portento parecíamos acogernos todos. Los que nos precedieron acabaron por decidirse y echar mano al bolsillo, para intercambiar billetes por unas cajetillas amarillas, como la mitad en tamaño de las del tabaco. Cuando nos tocó el turno, uno de los americanos con lenguaje rudo nos preguntó que cuánto queríamos. En vez de responder directamente, Jerónimo preguntó que si era esa la famosa penicilina de la que tanto se hablaba; el otro, malhumorado, replicó que, si no fuera así, qué hacíamos entonces ellos y nosotros en aquel lugar. Estuve a punto de decirle que podíamos estar por ver putas elegantes, pero me contuve, no fuera que los gigantescos proveedores acabaran por enfadarse de veras. Como si la resabiada contestación no le afectara, Jerónimo, imperturbable, volvió a preguntar, esta vez interesándose por el precio de

cada cajetilla y la cantidad que sería necesaria para obtener una curación. El americano, impaciente, dijo el precio, que nos pareció elevadísimo; en cuanto a la cantidad, debíamos ser nosotros quienes la fijáramos. Jerónimo tuvo la misma reacción que los que le habían precedido en el trato: quedar indeciso un momento, el suficiente para que el americano le apremiara a decidirse, pues llegaban nuevas remesas de compradores, que iban haciendo más larga la fila. El truhan sabía que, a uno u a otro, tenía la mercancía vendida, pues las necesidades eran muchas y la cantidad de medicamento escasa. Yo animé a Jerónimo a que comprara la mayor cantidad de cajetillas que pudiera conseguir, sin importar precio, pues la salud era más importante que el dinero. Invirtió, al cabo, todo el que traía e incluso la mayor parte del mío, a sugerencia del americano, que consideraba conveniente llevar cuanta más cantidad de antibiótico mejor, para asegurar la curación.

Despojados de dinero, pero satisfechos, nos dirigimos con calma hacia la estación, pues teníamos dos horas por delante para la salida de nuestro tren. Caminamos por la Gran Vía, apreciando el gran ambiente en ella, debido sobre todo al intenso tráfico de coches, que para nosotros, habituados a la soledad de nuestras viejas rúas, era un espectáculo inusual.

En cierto momento, ocurrió algo extraño: la zona que descendía en derechura hacia la plaza quedó repentinamente despejada de vehículos, mientras que las aceras, en buena parte, se despoblaron también de viandantes. Poco menos que nos quedamos solos. Procedente de una calle adyacente y perpendicular a la que nos encontrábamos, la de San Bernardo, también vacía de tráfico, comenzó a escucharse profuso griterío. Los pocos transeúntes que vimos caminaban deprisa y como con miedo. Impulsados por la curiosidad, decidimos quedarnos para ver lo que ocurría. Jerónimo intuyó, y así me lo dijo, que debía tratarse de alguna fiesta estudiantil, ya que la vieja universidad estaba en aquella zona. La Gran Vía presentaba una soledad absoluta, que le daba un aspecto de irrealidad, como si algo previsto para la vida careciera inopinadamente de ella.

Al cabo de un instante, apareció al fondo de la calle una imponente masa de estudiantes de uno y otro sexo. Con la energía propia de la edad, coreaban al unísono consignas pidiendo libertad, que alternaban con otras preconizando la dimisión de las autoridades académicas. Avanzaban despacio en compacta formación, dueños de la calle. El cuadro nos dejó estupefactos. Acostumbrados como estábamos al orden medroso, al silencio del miedo que imperaba en nuestro rincón provinciano, aquel enfervorizado y masivo desafío al gobierno y aquella atrevida invasión de la calle nos asombraban y nos atemorizaban a la vez. Jerónimo, cuando se rehízo de la sorpresa, indicó que era hermoso contemplar como la savia joven de la vida regresaba a nuestro país. Y auguró con la mayor firmeza que, a partir de ese momento, el régimen tenía sus días contados; el pueblo sano representado por la juventud despertaba al fin de su sopor y se sacudía las cadenas. Le contesté con preocupación que más bien estábamos ante un acto insensato, que mucho me temía acabara de mala manera, por más audacia y atrevimiento que mostraran los estudiantes. Sabíamos de sobra que el gobierno controlaba perfectamente los resortes de un poder omnímodo y efectivo, por lo que no iba a permitir rebeldías peligrosas de nadie.

Como si mis palabras fueran premonitorias, por la parte de debajo de la avenida comenzaron a

concentrarse patrullas de policía, que rápidamente acrecieron en número y se unieron a las que venían por el lado opuesto. Toda la tropa convergió en la desembocadura de San Bernardo y formó una barrera firme y compacta a lo largo de la calle para impedir el paso a los manifestantes. Los estudiantes no se arredraron por esa presencia y continuaron la marcha mientras coreaban sus consignas. Cerca del cordón policial, se detuvieron, sin cesar de gritar. Un oficial policial, megáfono en mano, les conminó a dispersarse. Los estudiantes contestaron con nuevos gritos pidiendo libertad. El mismo oficial dio al instante la orden de atacar. Provistos de sus largas porras, y parapetados tras cascos y escudos, los fieros guerreros uniformados de gris se lanzaron contra los inocentes manifestantes. Estos cesaron en sus consignas y aguardaron impávidos la agresión. Se oyeron detonaciones, y botes de humo se esparcieron por entre los manifestantes. La unanimidad de los mensajes fue sustituida por un estridente griterío, de miedo y de dolor. Los que estaban en la cabeza de la manifestación no tardaron en ser derribados, por más que bracearan inútilmente para cubrirse el cuerpo, fulminados por los tremendos golpes de las fustas policíales; entretanto, las nutridas filas de atrás empujaban con decisión para resistir el feroz embate. Los policías, repartiendo golpes a discreción, lograron abrir brecha en la compacta masa humana, se adentraron en medio de los manifestantes y se ensañaron con ellos. Hubo chicos que se defendieron bravamente replicando con puñetazos a los de la porra; algún agente se hubo de retirar sangrando por la cara, lo que arreció la furia de sus compañeros. La brava resistencia juvenil hizo más encarnizada la lucha. Cerca de nosotros, que, en la acera, asistíamos a la feroz contienda con el cuerpo pegado a la pared, vimos a una muchacha que caía al suelo ensangrentada, ante los golpes que le propinaba un agente en la cabeza. Jerónimo, en instintivo gesto, dio unos pasos adelante, se acercó a ella y, tirándole de un brazo, la quiso levantar para hurtarla de la acometida del policía. La reacción de este, un fornido hombre, tan alto como mi amigo, fue descargar sus golpes contra el intruso que se atrevía a interponerse en la gresca. Jerónimo, con la bravura que le caracterizaba, le soltó una patada en el bajo vientre, que hizo caer de bruces al aporreador. Acudieron varios compañeros, que acorralaron a Jerónimo a fuerza de golpes. Yo intervine, intentando apartar a los contendientes, diciendo que no éramos manifestantes, sino pacíficos ciudadanos, y rogando que nos dejaran en paz. Pero uno de los policías me dio un empujón, del que caí rebotado en la pared. Cerca de nosotros cayeron algunos botes de gases lacrimógenos y comenzamos a toser. Las balas de gomas que caían incesantes sobre los jóvenes habían alcanzado a algunos de ellos, porque estaban tumbados en el suelo, cubriéndose la cara con las manos y emitiendo gemidos de dolor. Fue entonces cuando un temerario muchacho recogió uno de los botes de humo y adelantándose hacia el nutrido cordón policial, quiso lanzarlo hacia allí. No lo consiguió. Sonó un estampido seco, que se impuso a la bravura de la lucha. El audaz joven detuvo su carrera, y una mano invisible lo lanzó hacia atrás violentamente. El grito desgarrador que salió de su garganta impactó sobre los oídos de los presentes, que, por un momento, cesaron en la contienda, atemorizados por aquel alarido de muerte. El muchacho cayó al suelo y quedó inmóvil en actitud grotesca, como muñeco desarticulado. Sin necesidad de acercarnos, todos comprendimos lo que ocurría. Los compañeros del joven, asistidos de un repentino e insuperable temor, se dieron a la desbandada. Lo mismo hizo la chica a la que Jerónimo ayudara. Yo aproveché la ocasión para tirar de este y hacer lo

mismo, escapando a toda prisa del campo de batalla. Ningún policía nos siguió. Se dedicaron a recoger del suelo a los numerosos heridos y a cargarlos sin contemplaciones en los furgones policiales.

Cuando estuvimos algo apartados, ya por la cuesta abajo que conducía directamente a la estación del ferrocarril, cesamos en nuestra carrera y con un pañuelo limpié a Jerónimo la sangre que tenía sobre la frente, a causa de la fuerte contusión. Después proseguimos nuestro trayecto sin pronunciar palabra alguna, confusos, anonadados y asustados todavía por el virulento enfrentamiento al que asistiéramos. Propiamente, nos resistíamos a creer que una situación así, tan peculiar e impactante, hubiera podido tener lugar ante nuestros ojos. Fueron varias las calles que atravesamos en completa soledad. El ruido de la épica batalla debió de asustar a la ciudad, que parecía haber quedado desierta. Solo los vehículos policiales hendían de continuo el aire con sus sirenas, haciendo más ominoso el temor ciudadano. Cerca ya de la amplia explanada que daba acceso a la estación del Norte observamos una novedad en la calle: se veían algunas camionetas atestadas de falangistas, que hendían a toda prisa el aire en dirección hacia el centro. Era fácil adivinar su destino, por lo que mentalmente deseé que los estudiantes hubieran podido eludir el acoso policial y esparcirse a tiempo, para no verse implicados en el inmoderado ataque de los agrestes miembros del partido.

En el interior del núcleo ferroviario volvimos a reencontrar la vida ciudadana. Dentro, en efecto, la actividad era tan frenética como siempre, incluso quizá más, porque la gente parecía deseosa de escapar a toda prisa de allí. Cuando los que guardaban cola ante las ventanillas se veían con el billete en la mano, respiraban tranquilos y subían apresuradamente al tren. Solo entonces relajaban el gesto, amparados por la neutralidad del vagón. También nosotros recuperamos la calma, aunque no del todo, porque, antes de que el tren se pusiera en marcha, primero una pareja de la Guardia Civil, y después policías secretos, de paisano, con gesto agrio, fueron pidiendo la documentación a todos los que abarrotábamos el vagón. Uno de ellos se fijó en el moratón que mi amigo tenía en la frente e inquirió entre despectivo y amenazador por el motivo del golpe. Jerónimo, de mala gana, replicó que había resbalado, golpeándose contra el suelo. Mientras daba esta explicación tenía entre las manos la cartera con su documentación personal. El policía se la arrebató y la miró con detenimiento. Vio el carnet del partido oficial y el de miembro del Sindicato Vertical y le devolvió la cartera sin hacer ningún comentario. Cuando los de la secreta abandonaron el vagón, Jerónimo rompió los dos carnets y los tiró por la ventanilla. Sentado de nuevo a mi lado, dijo:

—Ya no quiero saber nada de este régimen opresivo e infame. A partir de ahora, voy a luchar contra él y coadyuvaré a derribarlo por exigencia de justicia.

—Será una rebeldía inútil —dije con serenidad, pero con convicción—. Por muy despótico que un gobierno sea, nada se puede hacer contra él cuando concentra en sus manos todos los instrumentos de poder.

—Por eso no hay que enfrentarse a campo descubierto, como han hecho hoy los jóvenes, de forma valiente pero insensata. La lucha contra el régimen ha de ser soterrada, para minar su credibilidad y su resistencia. Se tardará más, pero a la larga se conseguirán resultados positivos. Los mismos muchachos que hoy han protagonizado la encarnizada batalla se estarán dando ahora

cuenta de que la pugna ha de ser otra, tan complicada y difícil como la de hoy, pero sin salir a la luz del día, salvo en momentos imprescindibles, y sin ofrecerse en holocausto a estos sumos sacerdotes de la infamia y la tiranía. Para muchos, entre los que me incluyo, este mes de febrero de 1956 es el comienzo del fin de una época nefasta para nuestro país.

Esta afirmación me pareció exagerada y fuera de lugar; incluso pueril, teniendo en cuenta que la pretensión expuesta por Jerónimo era la de derribar a un estado sólidamente constituido sobre una masa inmensa de hombres armados, que controlaban los resquicios más ínfimos de la sociedad. Yo también estaba afectado por los sucesos desgraciados que habíamos contemplado. Tanto que la simpatía y adhesión que hasta entonces mostraba hacia el Movimiento se había enfriado un tanto. Mas esto no suponía que tuviera que participar en cualquier acto de oposición o disconformidad porque sería poco menos que un suicidio. Así se lo hice ver a Jerónimo, recomendándole con insistencia que se dejara de románticas visiones de luchas liberadoras y contemplara la realidad tal como era: una coyuntura difícil, quizá oprobiosa y siniestra, si es que quería reconocerlo así, pero que solo el tiempo podría, acaso, aliviar o superar.

—El tiempo no resuelve nada, si las personas no tienen voluntad de resistencia y la suficiente decisión para influir y cambiar las situaciones —replicó mi amigo.

Lo decía con tanta convicción que me pareció inútil cualquier otra reconvención que yo pudiera hacerle. En cualquier caso, pensé que ya habría momento para seguir hablando de ese asunto, a medida que Jerónimo concretara sus intenciones, si es que antes no las echaba en olvido.

Entretanto, llegados a nuestra ciudad, hubimos de atender un inesperado contratiempo surgido en relación con la partida de sacos que negociáramos en la capital. Cuando mi familiar fue a retirarla en la estación, en presencia del jefe de esta, abrieron el vagón y se encontraron con la desagradable sorpresa de que estaba vacío. Antes habían comprobado los precintos, y estaban intactos, así como el vagón perfectamente cerrado, correspondiendo su número con el que figuraba en el albarán, por lo que los presentes no se explicaban lo que podía haber ocurrido. Con gran disgusto, mi tío vino a verme para exigirme explicaciones. Juré por todos los santos habidos y por haber que en origen habíamos cargado dos mil sacos relucientes, que los mismos obreros de la factoría habían trasladado desde esta y cargado en el vagón ante nuestra presencia. Llamé a Jerónimo para que testimoniara lo que decía. También delante de nosotros se había clausurado herméticamente el compartimento y colocado el oportuno precinto de plomo. En origen, pues, se habían hecho las cosas correctamente.

En vez de acudir al juez, para denunciar el hecho, como yo le sugerí, mi tío, con experiencias similares ya en su haber, según me dijo, se acercó hasta el despacho de un notario, al que dio cuenta de lo sucedido. El datario de la fe pública se acercó, primero a la estación para levantar acta de la situación, y, después, en su despacho, descolgó el teléfono y se puso en contacto con otros compañeros; estos, a su vez, con las delegaciones oficiales de abastecimientos y transportes, de las ciudades por las que había atravesado el convoy ferroviario, denunciando los hechos desde su condición de autoridades fiduciarias. De tales delegaciones dependía el control

último de las mercancías que atravesaban por los respectivos territorios. Sus empleados, popularmente conocidos como los de «abastos», tenían mala fama. Pertenecían mayoritariamente al Movimiento y se les consideraba de trato áspero y conciencia laxa.

El notario tardó más de una semana en requerir de nuevo la presencia de mi tío. Cuando lo hizo fue para decirle que una parte de los sacos nuevos, aproximadamente la mitad, había aparecido en una vía muerta, justamente en la estación anterior a la de destino. Permanecía la carga aparentemente en el mismo vagón de origen, pues coincidía también con el mismo número figurado en albarán. Existían, pues, dos vagones con idéntica numeración. Este se encontraba apartado, a la espera de que alguien se hiciera cargo de él no se sabía quién. El jefe de estación era un hombre con fama de honrado, por lo que no se sospechaba de él. Se comprobó que el vagón que llegara hasta nuestra estación era el manipulado; se le había falseado el número, inscribiendo con pintura blanca el mismo que figuraba en el resguardo justificativo de la carga. Descubierto el engaño, a los dos o tres días, estaban ya los sacos recuperados en poder de mi familiar. Del resto, no hubo el menor indicio de dónde pudieran estar. No se pudieron precisar responsabilidades, pues el personal de estación era numerosísimo; solo en nuestra estación había más de mil trabajadores. Unas pesquisas minuciosas llevarían demasiado tiempo, con el agravante de que no existían sospechas claras que pudieran facilitar aquellas. Tampoco a mi tío, después del inicial disgusto, le preocupó ya ese asunto, pues le constaba por otras experiencias que podía dar por perdidos los sacos que faltaban. Se conformó con que, en la presente ocasión, al menos hubiera podido recuperado parte de la mercancía. El asunto quedó como un incidente demostrativo de las dificultades de nuestro tiempo, que propiciaba toda clase de desmanes, a pesar del férreo control oficial que se ejercía sobre los diversos estratos de la población. Yo siempre tuve la intuición de que mi tío debía sospechar cómo y quién podía realizar ese tipo de sustracciones, pero él era prudente y callaba, porque, según decía, su cuidado era mantener la clientela para su negocio y no amenguarla con indagaciones inoportunas. En una época como la que vivíamos, de incertidumbre y miserias, todos podíamos entrar en el catálogo de sospechosos. Yo dije amén y di por finalizado el suceso. Únicamente quedó, como testimonio de él, una denuncia en la policía, respecto al resto de los sacos, que permanecería como un legajo más, entre la multitud de ellos que pasaban al archivo, no mucho después.

Por esos días, nuestro amigo, el inspector Faundez, cuya compañía fuese tan valiosa en el suceso del túnel, nos puso al tanto de las pesquisas llevadas a cabo por él, que propiamente dieron ínfimos resultados: unos casquillos de bala, del calibre 9 largo, usual entre las licencias registradas —su arma reglamentaria era también de ese calibre— y el descubrimiento en la zona intermedia del túnel de una salida de aireación, que daba a un descampado cercano a la estación. Por allí debió de escapar el misterioso individuo que asesinó a Pecho Lobo, sin que hubiera, con esos leves indicios, posibilidad alguna de llegar a la identidad de aquel. Tampoco alcanzaba a concretar los motivos por los que el sucio y bestial individuo pudiera citarnos a Jerónimo y a mí en semejante lugar. Faundez nos miró con fijeza y nos preguntó si acaso nosotros podíamos facilitarle esos motivos. Le dijimos que no, lógicamente, porque propiamente ignorábamos lo que Pechos intentara comunicarnos; pero en nuestro fuero interno sabíamos que deseaba trasladarnos alguna información relacionada con la Torre, ya fuera sobre el «Duce» o sobre quien quiera que fuese el que intervino en aquellos tristes sucesos. El sujeto en cuestión se le adelantó y le cerró la boca para siempre.

Si Faundez llegó a preluir algún tipo de reserva en nosotros, no podría afirmarlo, aunque creo más bien que no, porque era un hombre íntegro y sincero, que nos hubiera dicho paladinamente lo que pensaba. Sin embargo, esta situación ambagiosa hacia él nos producía alguna incomodidad, conscientes como éramos de que ocultábamos información a quien se había mostrado como un buen amigo. Asumimos en nuestro fuero interno la convicción de que, en algún momento, habría que confesarle nuestras idas y venidas en torno al misterio de Marina, no ya tanto por amistad hacia él como, sobre todo, por su condición de policía. Con los recientes acontecimientos, que por ahora se saldaban con dos muertos y un hombre en situación de coma irreversible, lo que le asimilaba a aquellos, ya no estábamos ante acontecimientos ocurridos en el opaco edificio hace veinte años, que pudieran contemplarse, al igual que nosotros hicimos en su momento, como algo pintoresco, anecdótico y, sobre todo, trasnochado, sino que se habían convertido en sucesos de palpitante actualidad.

Sobre cuál fuera el momento apropiado para franquearnos con Faundez no quisimos precisar; preferíamos obviar, mientras nos fuera posible, cualquier confesión al respecto y proseguir con nuestra propia investigación. A falta de otra iniciativa hubimos de dirigir nuestros pasos precisamente a la sede del partido oficial. Allí, por recomendación de Dídimo, debíamos entrevistarnos con un tal Hermógenes, quien, en los momentos inmediatos de la conflagración civil, había sustituido a Rodolfo Sotomayor en la presidencia del partido conservador, tras la muerte de aquel. Esa circunstancia podía, en efecto, aclararnos algunos aspectos de la actividad y la vida privada del hombre que perdiera la vida en los sucesos de la Torre.

La presencia de Jerónimo en la sede de Jefatura fue recibida con afecto y simpatía por parte de los camaradas presentes. Ante esas muestras de compañerismo, me pregunté cómo aquel sería

capaz de llevar adelante su iniciativa de resistencia al Régimen, siendo como era uno de sus más valiosos elementos en la provincia. Eso implicaría traicionar deliberadamente esos afectos, lo que podía conllevar para mi amigo sentimientos importantes de desasosiego y de frustración personal. No era lo mismo luchar contra el gobierno desde posiciones de barricada, servidas por ideologías claramente contrarias, que hacerlo desde dentro, en un círculo de amistad y trato continuo con aquellos a los que se pretende ocultamente socavar. Por eso, tan inapropiada y contraproducente me parecía la resolución de Jerónimo que, pese a su íntima carga de idealismo, deseaba que se quedara solo en un desahogo emocional momentáneo, sugerido por la dura represión policial, mas sin efecto resolutivo.

Después de compartir saludos con los atentos funcionarios que nos recibieron, uno de ellos nos condujo hasta el hombre que queríamos entrevistar. Hermógenes tenía un suntuoso despacho, anejo al del mismísimo jefe provincial, lo que daba muestra de su importante cargo en la organización. Era un individuo alto, de carnes prietas, ojos vivarachos y ademanes nerviosos. Gesticulaba mucho al hablar, mientras chuperrreteaba ansiosamente un cigarro, como si pretendiera con cada bocanada de humo atemperar la tensión interior que parecía acumular y que amenazaba con desintegrarlo de un momento a otro. Se peinaba para atrás, con el pelo muy estirado; lo tenía, además, por un prurito de presunción, teñido de color tostado, por lo que, visto de lejos, semejava una calavera reluciente. Exhibía el bigotillo típico entre los de su clase, que se mesaba con frecuencia, a modo de tic. Conocía también a Jerónimo, por lo que se manifestó como un tipo simpático y cercano. De mí no tenía referencias, pero dio por supuesto que, al ser amigo de Jerónimo, pertenecía también al círculo de simpatizantes del partido. Nos trató así con la cercanía y confianza propias de que sabe que se dirige a sus mismos camaradas.

A lo largo de la conversación, Hermógenes no cesó de aludir con evidente énfasis a las funciones implicadas en su puesto, que le obligaban a tensas y largas jornadas de trabajo. Nadie, sin embargo, durante el largo rato que nos entretuvimos con él, interrumpió para solicitarle alguna incidencia de firma o de asesoramiento. De lo que deduje que Hermógenes hacía referencia a su cargo por mera presunción y satisfacción. Motivos debía de tener, pues según pude comprobar ostentaba el cargo de lugarteniente de la Vieja Guardia, un pomposo nombre para un cargo de relumbrón, ya que era el segundo puesto en la escala de mando, inmediatamente después del gobernador civil y jefe provincial. De ahí que tuviera el despacho acorde con la categoría de la función: amplio, bien amueblado y espléndidamente iluminado con una gran lámpara de bronce. Nos aposentó sobre un mullido sofá y él ocupó uno de los butacones cercanos. Con la excusa, una vez más, de preparar un reportaje sobre los inicios, «gloriosos», como recalcó Jerónimo, del partido en los años difíciles de la preguerra, le pedimos que nos hablara de su experiencia personal en aquella época y, de paso, que valorara la personalidad de Rodolfo Sotomayor.

Sin ningún tipo de prejuicio, con el orgullo de quien narra hechos heroicos que marcaron su vida para siempre, Hermógenes sintiose feliz rememorando por un momento aquellas ya lejanas vivencias. Reconoció que era el hombre de confianza de Sotomayor, por el que sentía gran admiración y estima. Entre ambos dirigían el partido en la provincia, intentando cubrir las diversas facetas que las exigencias del momento requerían. Se encargaban, así, del

imprescindible adoctrinamiento de la sociedad, se multiplicaban en mítines y reuniones, inauguraban sedes del partido en las diversas localidades, para establecer una red de conexiones fluida y efectiva, y publicaban un periódico propio, *Imperio*, órgano de expresión de las ideas que defendían, cuyos artículos eran escritos mayoritariamente por ellos. Como consecuencia, tenían en aquel momento una actividad frenética e ilusionante, propiciada por el afán de cambio histórico que propugnaban, y que, al cabo, gracias a Dios y al Caudillo, lograron. Estas últimas referencias motivaron en Jerónimo un esbozo de sonrisa irónica, del que nuestro interlocutor, por fortuna, no se percató, y que motivaron, como réplica, una mirada de reproche por mi parte.

De Sotomayor, hizo Hermógenes el retrato que ya conocíamos: un hombre elegante y culto, que supo dejar a un lado las incitaciones de su cuna señorial, e incluso prescindir en muchos momentos de una compañía tan gratificante como la de su esposa, doña Catalina, para dedicarse a una vida de entrega y sacrificio por su país. Según Hermógenes, la bondad innata de aquel le llevó a mediar ante sus adversarios para conseguir evitar una guerra, que todos, los de una y otra parte, veían como inevitable. Pese a ello, Rodolfo Sotomayor persistió en sus propuestas de paz, las cuales pretendió ofertar a prohombres de la izquierda republicana en la tarde aciaga en que fue asesinado.

Hermógenes había citado el hecho concreto que nos interesaba, por lo que, con fingida naturalidad, le preguntamos si realmente fue el llamado «Duce» quien irrumpió en aquella reunión y promovió la pugna entre partidarios de uno y otro bando, que se saldara con la muerte de Sotomayor y una chica del partido opuesto. Hermógenes tomó aire, como si quisiera de esa forma reforzar sus imágenes de veinte años atrás; después dijo que muy posiblemente así fuera, aunque sin poder asegurarlo, ya que los hechos fueron muy confusos y, por lo demás, dada la frecuencia entonces de los enfrentamientos partidistas, nadie se molestó en investigarlos debidamente. El suceso causó en todos sus compañeros gran consternación, incluso en el propio «Duce». Él mandaba, en efecto, la fuerza de choque del partido, con bravura y decisión. Los enfrentamientos en aquella época estaban a la orden del día, por lo que un hombre como el «Duce», enérgico y con grandes dotes de mando, resultaba imprescindible. El fallo de aquella tarde estuvo en que Sotomayor tomó su decisión de asistir a la reunión con el partido adversario a mediodía, con unas pocas horas de antelación. Telefonó al propio Hermógenes, para darle cuenta de su propósito, y para que lo hiciera saber a los demás miembros de la directiva. Así lo hizo e incluso quiso ampliar la comunicación al mismo «Duce», para que acudiera, sí, a la famosa reunión, pero en funciones de vigilancia y de apoyo, en su caso, al líder del partido. Al parecer, no le fue posible a Hermógenes contactar con el «Duce», cosa que no le preocupó demasiado. La facción demócrata nunca se había distinguido por su violencia extrema, así que pensó que la reunión sería pacífica. Cómo se pudo enterar de ella el «Duce», no lo sabía Hermógenes, pero aquel tenía sus propias fuentes de información. En cuanto se enteró, quizá temió por la suerte de su jefe y, con la resolución que le caracterizaba, montó una operación de disuasión, que desgraciadamente se saldó con la muerte de aquel a quien precisamente quería proteger.

Jerónimo aprovechó un momentáneo silencio de nuestro interlocutor para preguntarle si el «Duce» fue castigado como consecuencia de aquel suceso. Hermógenes lo negó. Según dijo,

Sotomayor y el «Duce» tenían una gran amistad, por lo que este sufrió enormemente la pérdida terrible que con su acción ocasionara. Quiso apartarse del partido y de la actividad política, pero no le dejaron. Un hombre como él, pleno de recursos y audaz hasta la exageración, resultaba imprescindible para cualquier organización.

Fue en ese punto cuando Jerónimo lanzó la inesperada pregunta:

—¿Quién es verdaderamente el «Duce»? ¿Acaso eres tú?

Hermógenes rio de buena gana un momento, mientras lanzaba un manotazo al aire para expresar su rechazo a la insinuación efectuada. Era una risa forzada, fingida, pues se agitó inquieto en el sillón como si no supiera qué decir. Al cabo respondió:

—¡No! ¿Cómo se te puede ocurrir semejante pensamiento?

—El «Duce» es un prohombre del partido, por tanto, tiene que ocupar alguno de estos despachos, incluido el tuyo —contestó con tranquilidad Jerónimo—. Te advierto que yo admiro profundamente a un hombre como él, quintaesencia de la bravura y la acción.

Las sugerentes palabras de Jerónimo parecieron tranquilizar a Hermógenes.

—Yo participé en la contienda civil y me tengo por un hombre valiente en lo que cabe. Pero con sinceridad te digo que no hubiera podido llegar a donde el «Duce», con su temeridad, llegó.

—Quieres decir a las ejecuciones y atrocidades que él ha protagonizado —interrumpió Jerónimo.

Hermógenes dudo un poco antes de contestar.

—Sí..., lo cual no quiere decir que las critique. Con toda la repulsión que puedan merecernos, esas muertes eran imprescindibles en su momento, para imponer el orden que la sociedad urgentemente necesitaba. En eso estamos todos de acuerdo. Lo que ocurre es que, para llevar a cabo ese tipo de medidas tan drásticas y virulentas, se necesita alguien con pocos escrúpulos y muchas agallas, que acalle su conciencia y no se ablande ante el dolor y la sangre de sus congéneres. Para eso el «Duce» era único.

—Si no eres tú, ¿quién es entonces ese personaje? —insistió Jerónimo—.

Hermógenes esbozó una sonrisa cínica.

—El «Duce» es un personaje del pasado, que no tiene acomodo en estos tiempos, salvo en circunstancias de excepción. Yo oí, por supuesto, hablar mucho del «Duce», pero nunca lo llegué a conocer. Si verdaderamente vive, lo que nos interesa a todos, y cuando digo a todos me refiero a las gentes de bien para las que trabaja el «Duce», es que su personalidad continúe en secreto, porque así podrá actuar con plena efectividad. —Hermógenes dio una chupada ansiosa a su cigarro antes de proseguir, ahora con gesto de dureza en el semblante—. Sobre todo, en momentos como el presente, en que los graves acontecimientos ocurridos en la capital, que implican todo un desafío al régimen, exigen por nuestra parte una contestación enérgica y eficaz. ¡Y la van a tener!

Jerónimo y yo cambiamos inconscientemente nuestras miradas, mientras pensábamos en el brutal choque policial que contempláramos el día anterior.

—Parece que no os habéis enterado —continuó Hermógenes—: ayer, de mañana, en un bulevar de la capital, se produjo una violenta agresión a camaradas nuestros, deliberadamente provocada por parte de facciones de la universidad, enemigas del régimen. Algunos de los

participantes en la brutal escaramuza dispararon sus pistolas y un camarada fue alcanzado por las balas. En estos momentos se debate entre la vida y la muerte, después de ser operado por el doctor Obrador, una eminencia en intervenciones del cerebro. Naturalmente, por dignidad y hombría, no vamos a quedarnos con los brazos cruzados ante semejante infamia. La contestaremos adecuada y ampliamente. A vosotros os lo digo, por si queréis participar junto a nosotros.

—Me gustaría —dijo Jerónimo con aplomo—. Pero sabes que trabajo hasta muy tarde en el periódico.

—Yo no soy hombre de acción —repliqué por mi parte con afectada humildad—. Me asustan las peleas.

—No a todos les van esas situaciones, por supuesto. Pero si en algún momento os decidierais, ya sabéis que hay un sitio para vosotros. Os lo digo porque os tengo como de los nuestros: Aquí, en Jefatura, estamos ya confeccionando una «lista negra» con los personajes más sospechosos de desviación que residen en la ciudad. En cuanto esté completada, comenzaremos a actuar. Nos desagrada volver a los tiempos de los «paseos» y las «sacas», pero nuestros enemigos han querido que corra la sangre y va a correr. ¡Ya lo creo que va a correr!

Entró en aquel momento un empleado con un portafolio, que dejó sobre la mesa. Cuando Hermógenes lo vio, se excusó por tener que interrumpir la agradable visita, según dijo, ya que las obligaciones le apremiaban. Nos despidió con afecto y salimos.

Ya en la calle, comentamos largamente acerca de la personalidad real de Hermógenes. En apariencia, era un individuo de trato agradable y conversación amena, que más hacía recordar a un funcionario civil que a un miembro destacado del partido monolítico que nos gobernaba. No se sabían de él sucesos desagradables en los que hubiera participado, ni en la contienda, ni en los tumultuosos acontecimientos que la precedieron. Si alguien había en el organigrama del partido que ofreciera una imagen de humanidad, ese era precisamente Hermógenes. Y, sin embargo, era el subjefe provincial del Movimiento. Nadie accede a un cargo tan elevado, el segundo de relevancia en la provincia, sin haber participado activamente en la represión que llevó a cabo sistemáticamente el régimen, tras obtener el triunfo en la guerra. Hermógenes, indudablemente, no tenía las manos limpias de sangre. Además, por cómo se expresara en la parte final de la conversación, no tenía empacho en volver a las siniestras actividades de tiempos pasados. Dimos por sentado que algo oscuro había en su personalidad, que le encumbró al puesto privilegiado en el que estaba. Pero lo que fuera, lo ocultaba celosamente y nadie pudo nunca sospechar nada de él. Esta contradicción entre su relevancia en el escalafón y la inocuidad de su biografía pública es la que le hacía particularmente sospechoso de una doble vida. El «Duce», quien quiera que fuese, debía ser también lo suficientemente hábil como para mantener su verdadera personalidad oculta tras una máscara de normalidad. El individuo en apariencia más anodino podía ocultar al más infame de los personajes que protagonizaron la historia reciente de nuestra ciudad. Un hecho parecía indudable: quien fuera realmente el «Duce» tenía que moverse necesariamente en la órbita del partido. Esto es lo que hacía a Hermógenes como particularmente sospechoso. Tras la apariencia de unos modales corteses, pudimos detectar a lo largo de nuestra conversación una mirada incisiva y acerada. No se nos escapó el destello intenso que reflejaron sus ojos cuando

nos atrevimos a sugerir si acaso era él el famoso «Duce» del que tanto se hablaba. Durante un segundo, pareció como si nos tratara de fulminar con su mirada intensa. Fue el momento en que se apoderó de él un cierto nerviosismo, quizá causado por la inesperada sugerencia que le hicimos. Pero al instante recompuso su apostura, sacó a relucir su ironía y fue otra vez dueño de la situación. Sí, en verdad que el tal Hermógenes era un hombre sumamente interesante, al que Jerónimo y yo prometimos tener en cuenta de ahora en adelante, por si desvelábamos alguna desviación en su conducta que centrara de algún modo nuestras sospechas sobre él.

Un aspecto de la conversación con Hermógenes motivó precisamente nuestra preocupación. Fue el de la alusión a las «listas negras» que se estaban confeccionando, a raíz de los sucesos ocurridos el día anterior durante las manifestaciones estudiantiles. Esas listas negras habían existido durante la posguerra y en ellas se relacionaban los individuos sospechosos de enemistad o simple oposición al régimen. A los incluidos en ellas, las huestes del «Duce» los sacaban de sus domicilios a deshora y, conduciéndolos a las afueras de la ciudad, los ponían delante de cualquier tapia y los fusilaban. Estas prácticas horrorosas habían desaparecido de los hábitos políticos en los últimos años, pero ahora pretendían recuperarlos para dar un escarmiento a los adversarios del régimen.

Jerónimo, cuando llegó al periódico, comentó con su director, Dídimo, este rebrote de las listas negras. Le pareció al prudente director, como no podía ser menos, un hecho lamentable y, además, políticamente equivocado. Argüía Dídimo que en momentos de normalidad, como el presente, no se debían recuperar actividades de terror, como las ejercitadas durante el conflicto civil, porque eso podía delatar un claro síntoma de temor y debilidad ante simples algaradas estudiantiles; además de que ponía de manifiesto en los gobernantes una incapacidad para administrar el país por medios pacíficos.

La reflexión de Dídimo denotaba ponderación y sensatez, por lo que así se lo reconoció Jerónimo. Por si podía influir en los órganos decisorios del partido, se atrevió Dídimo a escribir un editorial minimizando los acontecimientos de la revuelta estudiantil y pidiendo a las autoridades comprensión para los jóvenes, base de nuestro porvenir, que no estaba exenta de la oportuna firmeza policial para quienes lideraron torpemente la algarada. El jefe provincial consideró adecuado el editorial y autorizó su publicación.

Con esta iniciativa pensábamos que la anunciada pretensión de recurrir, una vez más, a la confección de las tristemente famosas listas negras, sugerida por algunos miembros del partido, quedaba desautorizada. Nos equivocamos. En la noche inmediata siguiente a la publicación del editorial, cuando Jerónimo y Dídimo salían del periódico, pudieron ver una inusual actividad de patrullas partidistas, uniformadas y armadas. Algunos miembros de ellas, cuando detectaron a los dos hombres en las solitarias calles, se acercaron con gestos hoscos, mientras esgrimían con fuerza sus armas. No llegaron a interceptarlos. En cuanto descubrieron quiénes eran, los saludaron correctamente y les recomendaron, eso sí, antes de alejarse, que no se entretuvieran en la vía pública, para evitar cualquier tipo de problema.

Dídimo y Jerónimo no pudieron por menos de comentar con desagrado el hecho de que se reanudaran las patrullas nocturnas. Este era un síntoma claro de que en el sector duro del partido, el de los falangistas radicales, impermeables incluso a la autoridad del mismo jefe provincial,

habían ya confeccionado listas con posibles adversarios del régimen, a los que intentaban localizar. Era evidente quién tomaba esa perniciosa iniciativa: el «Duce». Él tenía la audacia y la autoridad suficiente para desoír las directrices de su superior. Aunque este, en apariencia, ostentaba el mando supremo del partido en la provincia, el «Duce», con su iniciativa, demostraba, una vez más, que él no dependía de nadie cuando se trataba de ejercitar represalias sangrientas contra los enemigos del régimen.

Fue Dídimio el que, al día siguiente, comentó al jefe provincial el anómalo movimiento patrullero que viera en la noche. El jerarca se avino a reconocer que eso no estaba acorde con su manera de pensar, pero sin que tal acción implicara necesariamente un desafío a su autoridad. El «Duce» era autónomo en sus actividades, de las que solo rendía cuentas ante instancias más altas del partido. Si había puesto en marcha su aparato represivo era porque ese órgano superior lo había autorizado. Por consiguiente, el gobernador civil y jefe provincial recomendó a Dídimio que se olvidara del «Duce» y de las listas negras. A partir de ahora, serían otros, los tibios con el Movimiento, los que tendrían que preocuparse de las actividades del «Duce».

A la vez que organizaban acciones de represalia, en jefatura prepararon también actividades propagandísticas, para persuadir a la población del largo y fructífero período de paz que disfrutaba con el régimen. Fue Hermógenes, en uno de sus encuentros con Jerónimo, quien le comentó esa iniciativa, urgida precisamente a propuesta suya. Le parecía imprescindible que se conociera y valorara debidamente la acertada labor de gobierno que llevaba a cabo el Movimiento. Tenía la certeza de que tal conocimiento acercaría voluntades y disuadiría cualquier tibieza hacia el régimen. Contaban con la realidad innegable de que la tranquilidad ciudadana era reconocida y apreciada por todos, así como con la amplitud de obras y servicios de toda índole realizados a lo largo de veinte años. El mismo Hermógenes tenía previsto iniciar esa tarea difusora, acudiendo el día siguiente por la tarde a una localidad de la provincia para dar un mitin.

A Jerónimo, la ocasión le pareció oportuna para indagar sobre la auténtica personalidad de Hermógenes. Pensaba mi amigo que viendo cómo se comportaba aquel lejos del despacho tendríamos indicios para saber si se trataba en verdad del «Duce», como sospechábamos, o no. Yo, como siempre, accedía mal que bien a esas aventuras, que nos podían acercar a nivel personal poco beneficio y muchas complicaciones. Pero como no podía dejar a Jerónimo solo en semejantes avatares, acababa implicándome con más gusto que disgusto...siempre que las cosas fueran bien.

El problema que en la ocasión afrontábamos de inicio era el modo de seguir a Hermógenes. La localidad a la que tenía previsto asistir se encontraba a una treintena de kilómetros de la ciudad y no disponíamos de vehículo accesible. Coger un taxi era impensable, porque nos hubiéramos gastado en él todo el sueldo del mes. Cabía la posibilidad de viajar con antelación en tren al pueblo en cuestión y esperar la llegada de Hermógenes para vigilar sus movimientos. Pero Jerónimo sospechaba que el pomposo Lugarteniente quizá ni siquiera pisara por allí y se dedicara a las actividades que se le suponían, caso de que realmente fuera el «Duce». Nuestra pretensión, pues, parecía difícil de llevar a la práctica. Como quedaba todavía un par de días para la celebración del mitin, decidimos pensar con calma la situación, por si se nos ocurría algún modo factible de abordarla.

Esa misma noche, cuando Jerónimo se retiraba hacia su casa, volvió a ver trasiego de camiones. Llevaban montadas las lonas, pero por la parte de atrás, que quedaba parcialmente al descubierto, pudo comprobar en el interior de las cajas a varios hombres armados. Alguno de ellos lo debió de reconocer, porque lo saludó con un ademán de la mano. A Jerónimo le desagradaba el trato con esos matones, pero le convenía que le tomaran por uno de los suyos para evitarse complicaciones. Así que contestó al saludo con un cómplice movimiento de cabeza, como si asintiera a la tarea infame que los esbirros del camión se disponían a realizar.

Apenas era pasada la medianoche, por lo que todavía encontró cerca de su domicilio un cafetuchito abierto. Cuando entró, el dueño, hombre discreto y entrado en años, se dedicaba con gesto cansino a amontonar sillas encima de las mesas, para después esparcir serrín por el suelo y barrerlo. Al ver a Jerónimo, se acercó al mostrador y, sin necesidad de que el recién llegado pidiera nada, le sirvió una copa de coñac. Jerónimo era un cliente casi fijo a esa hora de cierre. El hombre se quedó frente a Jerónimo, al otro lado del mostrador, esperando pacientemente a que el otro sorbiera el contenido de la copa.

—Volvemos a reanudar los paseos —comentó con voz queda.

—Por desgracia, eso parece —contestó Jerónimo con semblante serio.

—En cuanto he visto pasar los camiones, me he apresurado a recoger todo y bajar la trapa metálica. Con esos matones en la calle, nadie está seguro.

—Así es. Yo también me voy a retirar pronto, para evitar complicaciones —dijo Jerónimo.

—Usted no tiene cuidado. Es un hombre influyente en el partido.

—Sabes cómo pienso acerca del régimen—replicó Jerónimo haciendo un gesto de desagrado—. El tener que compartir amistad con algunos de sus miembros me resulta difícil de llevar. En cualquier caso, cuando los asesinos del «Duce» andan sueltos, es mejor recogerse en casa.

—Para algunos desgraciados, eso no les va a librar de una paliza, eso si es que consiguen salvar la vida. Esta noche, verán asaltados sus domicilios y sacados de ellos con mala saña.

—¡Maldito «Duce»! —exclamó con rabia Jerónimo.

—Maldito, sí —contestó como un eco el dueño del cafetín—, porque es un hombre sanguinario, sin conciencia.

Siguió un largo silencio, durante el cual cada uno de los interlocutores pareció sumirse en sus propias reflexiones. Después, Jerónimo bebió de un sorbo el contenido de la copa y dejó unas monedas sobre el mostrador.

—¡Vayámonos, porque la noche no está para florituras dialécticas!

Se despidió del dueño y salió. El otro lo acompañó hasta la puerta y después bajó la trapa y apagó las luces.

Jerónimo recorrió los pocos metros que le separaban de su domicilio y, frente a la puerta, buscó en el bolsillo la llave, disponiéndose a abrir. Fue en ese momento cuando escuchó de nuevo ruido de motores y por la esquina de la calle apareció uno de los camiones que viera con anterioridad. La estrechez de la calle le hizo aminorar la velocidad. Cuando pasó junto a Jerónimo, este volvió a mirar hacia el interior y pudo observar en la presente ocasión, además de los elementos uniformados y armados de la otra vez, a un grupo de hombres con las manos atadas. Algunos vestían todavía los pijamas de andar por casa; otros, aunque con traje de chaqueta, enseñaban por debajo de esta los faldones de la camisa, síntoma del apresuramiento con que se habían visto obligados a vestirse. Sus rostros asustados delataban, más que las cuerdas de sujeción, su condición de víctimas. Tras el camión iba un coche negro, con gente uniformada del partido en los asientos delanteros, según pudo percatarse Jerónimo a través del parabrisas. Las ventanillas de atrás tenían las cortinas descorridas, como si quien iba en su interior tuviera la confianza plena de que, a esa hora de la madrugada, ningún importuno testigo habría en la calle que diera razón de su presencia. Jerónimo pudo percibir a una sola persona

ocupando el asiento trasero. Debía de tratarse de algún mandamás del partido, pues vestía también el uniforme negro con correajes, propio de los miembros de aquel. No hubiera llamado la atención de Jerónimo de no ser por la característica del individuo. Mostraba un rostro altivo, abotagado y ampuloso, aunque sin sotabarba, lo que le daba energía al sobresaliente mentón. El cráneo lo tenía absolutamente pelado. De primera impresión, el perfil parecía la imagen duplicada del dictador italiano, Mussolini.

Aquella visión inesperada hizo que Jerónimo la contemplara con los ojos muy abiertos.

—¡El «Duce»! — exclamó para sí, con el semblante paralizado por el asombro.

El del interior del vehículo se percató con el rabillo del ojo de la insistente mirada del intempestivo viandante, porque su rostro relajado se alteró, endureció las facciones y, con un movimiento brusco de la mano, corrió los visillos.

El coche prosiguió su marcha y se perdió en el recodo de la calle, mientras que Jerónimo, impresionado por el fugaz encuentro, permaneció todavía un momento en la acera, mientras fijaba en su mente la inédita visión.

Cuando reaccionó, lo hizo para alterar sus pasos: en vez de dirigirlos hacia su domicilio como tenía previsto, se encaminó hacia el mío, para ponerme en antecedentes del acontecimiento. A esas horas de la noche yo estaba en el mejor de los sueños, por lo que los golpes de mi amigo sobre la aldaba rebotaron en mi cerebro como ecos amortiguados por la lejanía. Algún vecino de sueño más ligero se asomó a la ventana con gesto agrio para increpar al alborotador, pero cuando vio de quién se trataba, bajó a abrirle el portón. Arriba, en el piso, hubo todavía Jerónimo de golpear varias veces la puerta antes de que yo me despejara y le franqueara el paso. Todavía le duraba la emoción cuando me narró el sorprendente encuentro. Al instante, fui yo el que, contagiado por el extraordinario acontecimiento, comencé a inquirir detalles ansiosamente. Aparte de la descripción del rostro, semejante de primera vista a la del dictador italiano, poco más podía decir Jerónimo; pero en esa parquedad se recreó, aludiendo una y otra vez al cráneo pelado y reluciente del individuo y a su faz redundante, maciza, plena de energía y decisión. Aunque más que esos detalles físicos, lo que Jerónimo evocó con temor fue la mirada incisiva, colérica, del «Duce», al verse descubierto. Apenas duró una fracción del segundo, mientras corría con gesto violento las cortinillas del coche, pero fue suficiente para que delatara en sus ojos la ferocidad del personaje.

Fue este hecho concreto el que, después de la excitación del primer momento, nos sumió en preocupación. Sabiendo el «Duce» que su personalidad había sido descubierta por Jerónimo, bien podía tomar algún tipo de represalia para evitar que este la pusiera de manifiesto en algún momento, comprometiendo la actividad represora de aquel. Persuadidos, además, de cómo se las gastaba el personaje, la clase de iniciativa que pudiera tomar para mantener a mi amigo con la boca cerrada daba pavor, solo con imaginarla. Yo mismo me sentía en peligro al ser partícipe, por la confesión de Jerónimo, del encuentro con el siniestro individuo. Vivíamos tiempos de gran inseguridad, donde las delaciones estaban a la orden del día. Cualquier vecino, como el que abriera en esta noche la puerta a Jerónimo, podía denunciar a los agentes del «Duce» el encuentro a deshora entre nosotros. Su inmediatez sería motivo suficiente para que el temible ejecutor sacara fáciles deducciones, de las que podría surgir una orden de apresamiento, sino de

algo peor, para nosotros.

Tal como los pensé, expuse esos temores a Jerónimo. Este, sin embargo, pasado el desasosiego del primer momento, se mostró tranquilo y confiado. No esperaba propiamente que el «Duce» tomara en consideración el encuentro fortuito. Indudablemente, le sorprendió en el momento de producirse, por lo inesperado de este; pero después, una vez concretada la personalidad del curioso observador, lo más probable es que se olvidara de él. Llegaba Jerónimo a esta conclusión desde la convicción que le asistía de que, el «Duce», como miembro del partido, lo conocería suficientemente bien. Tras la sorpresa inicial, después, a solas, muy posiblemente se estuviera solazando con la impresión causada. Porque lo cierto era que Jerónimo se había impresionado, y mucho.

A mí, esta opinión me resultaba incongruente y bastante irracional, dada la fama temible que recaía sobre el personaje. Pero Jerónimo dio un paso más en su argumento tranquilizador, arguyendo una hipótesis hartamente sorprendente: cuanto más recreaba en su memoria el semblante del «Duce», más encontraba en él algo que le era vagamente familiar, como si lo hubiera visto en alguna ocasión, aunque no acertaba a concretar dónde. Era una deducción inesperada y, para mí, bastante, irracional; pero mi amigo se ratificó en ella: en algún lugar, muy posiblemente en la Jefatura, o en algún acto oficial del partido, él había visto antes un rostro parecido al que desvelara esa noche en el vehículo.

Mi respuesta se atuvo a su lógica. Si realmente fuera así, el peligro para nosotros sería mucho mayor, ya que el represaliador haría todo lo posible para que no se desvelara su identidad. Pero Jerónimo insistió en que no había cuidado. A él se le tenía por uno de los hombres fieles del partido y el «Duce» indudablemente lo sabía, por lo que el encuentro nocturno no pasaría de ser una mera anécdota tanto para aquel como para Jerónimo. Por la cuenta que nos tenía, deseé que mi amigo tuviera razón. De todos modos, a impulso de mi malévolamente curiosa, me atreví a preguntar:

—¿El rostro que viste se parecía en algo al del subjefe provincial, Hermógenes?

Jerónimo quedó pensativo un momento, como comparando los rasgos del individuo del coche con los del prohombre del movimiento.

—No puedo asegurarlo. La cabeza, voluminosa, prominente, bien podrían ser semejante en uno y otro; también la apostura indolente y superba; la mirada, sin embargo, me pareció más acerada, más fría, en el «Duce» que en Hermógenes. Quizá fuera la impresión del momento, no lo sé. Tampoco hemos visto a Hermógenes en una situación tensa, para saber cómo reacciona. Siempre se ha mostrado correcto y cercano, distendido. Pero ¿quién sabe cómo es en realidad? Que guarda algún secreto, eso es seguro, porque tiene poca relación social, la imprescindible que le exigen los actos oficiales; no se le conocen amigos, y le rodea como un halo de misterio. Esto renueva nuestro interés para vigilarlo más de cerca y controlar sus pasos.

Esta última aseveración motivó en mí una sonrisa sarcástica, al considerar que el tal Hermógenes era una persona influyente y poderosa, mientras que nosotros éramos unos empleadillos sin importancia. Si de controlar se trataba, él tenía todos los resortes del poder en su mano para hacerlo, mientras que nosotros no teníamos nada. Desde luego, la ingenuidad y la suficiencia de que hacía alarde Jerónimo eran pasmosas, pero opté por callar para no enfriar sus

sentimientos, dejando para momentos puntuales los reparos de sensatez que la realidad me sugiriera.

La tarde siguiente ofrecía una oportunidad para hacer acopio de esa sensatez. Hermógenes daría su anunciado mitin y Jerónimo insistía en que debíamos estar allí para ver cómo se comportaba fuera del despacho. El hecho, además, de que mi amigo se hubiera percatado de la presencia del «Duce», podría servirnos para contrastar su imagen con la de Hermógenes, en el ambiente nocturno idóneo que preludiara aquella. No teníamos, sin embargo, resuelto el problema del medio de transporte. A Jerónimo se le ocurrió una idea, que me parecía descabellada, pero que decidí llevarla adelante. En la Jefatura disponían de dos automóviles, para el servicio, respectivamente, del jefe provincial y del subjefe. Ambos tenían previsto viajar esa misma tarde. Jerónimo visitó por la mañana las oficinas, como tenía por costumbre, inquirió noticias, saludó a Hermógenes y, después, salió, pero no por la escalera principal, sino por otra de servicio, que, además de a la calle, daba acceso también al garaje. Se asomó con prevención y, al no ver a nadie por los alrededores, se introdujo en él. Vio los dos coches, como ya supusiera, y, además, dos camionetas, que imaginó serían las mismas que contemplara la noche anterior en la calle. Respecto a los coches, no pudo precisar si alguno de ellos era el que conducía al «Duce», pues no acertó a distinguir la matrícula del vehículo en el que iba. Se acercó a uno de ellos y levantó el capó. No entendía nada de mecánica, pero vio varios cables que conectaban diversas partes del motor. Arrancó algunos de ellos y los colocó en distinto orden, de forma aparente, sin que hicieran conexión, para que a primera vista no se notara la deficiencia. Después salió por la misma escalera de servicio.

A la hora prevista, estábamos en los alrededores de Jefatura, ocultos en el jardín que rodeaba la parte delantera del edificio. Faltaba media hora para el comienzo del mitin y Hermógenes no había aparecido todavía. Jerónimo supuso el motivo y emitió una sonrisa de satisfacción. Pasarían otros diez minutos antes de que la puerta del garaje se abriera y apareciera una de las camionetas. En la cabina, iban Hermógenes y un chofer. Este descendió, cerró las puertas del garaje y volvió al vehículo, que se puso en marcha. Jerónimo me apremió para que corriera, y antes de que la camioneta cogiera velocidad nos aupamos a la caja. Jerónimo estaba radiante y feliz porque la brillante idea que se le ocurriera había funcionado. Encogido en el suelo de la camioneta, yo temblaba de miedo, con solo pensar en lo que podía ocurrirnos, si se descubría nuestra presencia. A medio camino, se hizo de noche. La constatación de que ahora pasaríamos más desapercibidos me liberó, en parte, de mis temores.

Atravesamos algunos núcleos rurales, prácticamente deshabitados, muñones de un pasado más o menos brillante, antes de que llegáramos al que constituía nuestro destino. Era este cabecera de comarca, circunstancia que se notaba en las pretenciosas casas, algunas con fachada de piedra, de dos plantas, y con la calzada principal bien pavimentada. La camioneta aminoró la velocidad cuando entró en la localidad y nosotros aprovechamos la ocasión para encaramarnos al borde del portón trasero y saltar. Quise hacerlo como lo practicábamos en nuestra infancia en el carrusel de los caballitos de tiovivo, con el cuerpo encogido y las piernas flexionadas. Pero, o no

adopté la postura adecuada, o la falta de práctica, sin olvidar la torpeza de los años, me hizo perder agilidad. Al rebufo de la marcha del vehículo, resbalé en el suelo, manoteé torpemente el aire en busca de asidero y acabé por trastabillarme y caer de espaldas, dándome una fuerte costillada. No menos airosa fue la caída de Jerónimo. Por fortuna, la calle estaba desierta y mal iluminada, por lo que nadie vio nuestro comprometido descenso. La camioneta se perdía ya al fondo de la larga calle y entraba en la plaza del pueblo. Doloridos y en silencio, nos dirigimos hacia ella. A la puerta del ayuntamiento, un edificio encalado y en cuya balconada de la planta superior ondeaban las tres banderas oficiales, se arremolinaban algunas personas, que se acercaron a Hermógenes para saludarlo brazo en alto. El subjefe vestía de paisano, aunque lucía la camisa azul. Lo mismo hacía el chofer que lo acompañaba y la mayoría de los que aguardaban. Tras el protocolario saludo, todos entraron en el edificio. Yo inquirí a Jerónimo para que constatará si, desde la distancia, la imagen de Hermógenes era la misma de la noche anterior. No me lo pudo cerciorar, ya que la apostura que ahora veíamos en aquel y la que viera mi amigo en el «Duce» eran comunes entre los prebostes del partido. Sin duda, el subjefe se mostraba deliberadamente erguido de planta y autoritario en los gestos, para dar constancia física de su poder. Era el más alto de los que componían el grupo en que se encontraba, por lo que se pudo distinguir su mentón elevado, desafiante, cuando se dirigió al interior del ayuntamiento, como si con esa arrogancia, muy distinta del talante que usara habitualmente en el despacho, quisiera testimoniar ante los presentes la firmeza y la decisión del régimen que representaba.

Nos acercamos y fisgamos desde la puerta, como si de dos inocentes oyentes se tratara. Desde arriba, llegó hasta nosotros la presentación que el alcalde hacía del personaje y, acto seguido, la voz de este, vibrante, precisa, apasionada. Hermógenes se expresaba con la oratoria característica de su partido, para provocar los sentimientos del auditorio y removerlos hacia el ideario que preconizaba. Por la violencia que patentizaba su perorata, bien podía ser la del propio «Duce»; un motivo más de sospecha, por lo tanto. El acto nos aburría y decidimos alejarnos de allí y resguardarnos entre las sombras a la espera de que finalizara.

Teníamos la esperanza de que tras el acto oficial, Hermógenes diera pie a algún tipo de represalia entre elementos discordantes del pueblo. Esto sería para nosotros indicio de que podía ser el personaje que sospechábamos. Mas no aconteció ninguna anomalía de la que presumíamos. Los asistentes salieron tranquilamente cuando el orador terminó y se desperdigaron camino de sus casas. La plaza quedó vacía, salvó un grupito formado por Hermógenes, su chofer, el alcalde y el cura del pueblo. Parlotearon un momento y el alcalde se despidió y marchó. Después, el subjefe y el cura, hombre este de edad madura, cara ancha y pelo alborotado, pasearon tranquilamente por la plaza y se dirigieron al cercano templo, en el que entraron. Supusimos que el visitante quería hacer una visita de cortesía a la iglesia y admirar su fábrica. Estuvieron dentro un buen rato, al cabo del cual Hermógenes salió e hizo una señal al chofer. Este continuaba en la plaza, junto a la camioneta. Subió a ella y la acercó hasta la puerta del templo.

Ocurrió entonces algo que nos sorprendió. No subió Hermógenes, como habíamos imaginado, para que iniciaran el viaje de regreso, sino que el chofer paró el motor y fue hacia la parte de atrás del vehículo, bajando el portón. Después, accedió al interior del templo, tras echar una

ojeada alrededor para constatar que la calma era total. Sucedió un corto lapso de tiempo antes de que el chofer volviera a salir. Venía cargado con una imagen, que depositó con cuidado sobre la caja de la camioneta. Tras él apareció el cura, cargado con varios objetos religiosos. El chofer se subió a la caja y fue distribuyendo la carga. Hermógenes, desde la puerta de la iglesia, contemplaba la operación con parsimonia, mientras fumaba y echaba miradas distraídas alrededor. Los que cargaban hicieron varios viajes hacia el interior del templo, regresando siempre con piezas sacras, que depositaban en el vehículo. Cuando dieron por finalizado este trasiego, Hermógenes se acercó al cura, cuchicheó con él un momento y, echando mano al bolsillo del pantalón, sacó un fajo de billetes, que el eclesiástico introdujo rápidamente en los entresijos de la sotana. Cerró la puerta de la iglesia y desapareció. Los otros subieron a la camioneta, que inició su pausada marcha, como si le costara coger velocidad.

Nosotros estábamos al fondo de la calle y nos escondimos en el quicio de una puerta, entre sombras, cuando el vehículo llegó a nuestra altura. Después echamos a correr tras él como energúmenos, por temor a que no lo alcanzáramos. Llegó a una intercesión y la camioneta tuvo que aminorar la marcha para virar. Eso nos dio ventaja y nos permitió auparnos sobre la caja. Todavía permanecíamos en situación de equilibrio inestable, con el cuerpo medio balanceado en el vacío, cuando el vehículo enfiló la carretera y cogió más velocidad. Conseguimos con apuros vencernos hacia dentro y respiramos tranquilos cuando nos vimos acomodados en el suelo de la caja. Yo hubiera preferido quedar así, pero Jerónimo, con su impertinente audacia, se sujetó a la lona para impulsarse y avanzó a gatas hacia el fondo. Con un gesto, me hizo seña de que hiciera lo mismo. Avancé con extrema precaución para no producir el menor ruido y contemplé el alijo que transportábamos. Había un crucifijo de marfil, varias figuras de santos, columnas doradas pertenecientes al retablo de la iglesia, y angelotes, en general de antigua factura y aceptable calidad artística, aunque no excesiva, según mi particular opinión. Jerónimo estuvo de acuerdo con ese matiz. Lo que quizá hiciera particularmente valioso el botín que llevábamos con nosotros no era precisamente la hechura de las esculturas, sino su antigüedad. Alguna, esculpida en mármol, con más de medio metro de altura, tenía claros rasgos románicos, lo que le daba un valor incalculable en el mercado de antigüedades. La constatación de este hecho me hizo reflexionar sobre la personalidad de Hermógenes. Podía esperar cualquier cosa de él en relación con el activismo político. Pero lo que menos podía suponer era que fuera un contrabandista. De altos vuelos, sí, porque la mercancía que teníamos al lado representaba mucho dinero, pero, al cabo, un vulgar estraperlista, cuando, desde su cargo oficial, atacaba con singular pasión ese tipo de trapicheos, que su partido se mostraba dispuesto a atacar, con eficacia y contundencia.

Mi rostro debió de reflejar la contrariedad que me producía saber las actividades a que Hermógenes se dedicaba a espaldas de su cargo, porque Jerónimo me miró con expresión cínica, se repantigó en la pared de la camioneta y adoptó una actitud de displicente espera. No nos atrevíamos a hablar, por temor a que nos oyeran desde la cabina, pero entendía perfectamente su mudo mensaje. Me estaba diciendo con su expresivo silencio que el régimen en el que yo y la mayoría de la población creíamos fervientemente estaba interiormente podrido y no se podía esperar nada bueno de él. Yo, sin embargo, no estaba dispuesto a aceptar esa impertinente conclusión. En cuanto bajáramos y pudiéramos hablar, le diría a Jerónimo con la mayor

convicción que una manzana podrida no tiene por qué afectar al resto de la cesta; se aparta y se acabó el problema. Me disgustaba que un prohombre del partido se inmiscuyese en esas actividades ilegales. Eso demostraba que la regeneración del país debía ser más profunda de lo que suponíamos. Pero era infinitamente mayor la parte sana de la sociedad, que esperaba confiadamente en que la nuestra fuera una nación grande y próspera, en la que no cupieran las gentes de mala ralea. Eso es lo que le diría a Jerónimo, para borrarle la burlona sonrisa de la cara.

En los alrededores de la ciudad, el vehículo redujo velocidad y casi se paró. Estábamos todavía en las afueras, por lo que nos asomamos con precaución. Vimos la casilla del fielato y al individuo que la custodiaba. Se plantó en medio de la carretera y con gesto decidido ordenó alto. El fiel se encargaba del control de las mercancías que pretendían introducirse en la ciudad. Unas debían abonar los pertinentes arbitrios, y otras, las de tráfico ilegal, debían ser decomisadas. Sus gestos eran autoritarios y confiados. La puerta de la cabina se abrió y el chofer, desde el pescante se incorporó con un fusil en la mano. Con gesto hosco, ordenó al individuo que se metiera en el fielato y olvidara que había visto algo, si no quería tener problemas. El fiel decayó al instante en la suficiencia que mostrara y, sin rechistar, se guareció dentro. La camioneta reanudó la marcha, pero no se dirigió al edificio de Jefatura. Enfiló hacia la zona residencial, no lejos de aquel, y disminuyó progresivamente la velocidad. Sabíamos que por allí estaba la residencia de Hermógenes, así que, antes de que el vehículo parara del todo, nos encaramos a la tapa y saltamos. Volví a caer rebotado, y rodé por el empedrado de la calle, hecho un ovillo, como la vez anterior. Mascullé en voz baja unas cuantas maldiciones contra Jerónimo, por meterme en estas andanzas, y me incorporé sin tiempo a palparme las zonas doloridas del cuerpo, para correr a esconderme entre las sombras. Otro tanto hizo Jerónimo. Hermógenes descendió, intercambió con el chofer unas palabras y entró en su casa, al tiempo que la camioneta arrancaba, perdiéndose en la revuelta de la calle. La noche, por lo demás, era un remanso de paz. La temperatura había caído y una leve helada se dejaba sentir sobre los cuerpos. La penumbra profusa que nos rodeaba hacía claramente perceptibles los iridiscentes puntitos que jalonaban el manto negro del firmamento, haciéndonos cómplices con sus guiños estelares de la noche peculiar que compartíamos. Un silbido penetrante, agudo y continuado, procedente de la cercana estación del ferrocarril, rasgó la tersa atmósfera como una inesperada señal de alerta. Cuando cesó, su eco perduró todavía unos segundos, recogido por a saber qué recónditos parajes de la ciudad. A continuación, la noche acercó el traqueteo impetuoso de un tren al enfilarse el puente metálico que cruzaba el río. Después, el silencio se alió de nuevo con las sombras y la noche recobró su quietud, espesa y profusa.

Fue entonces, camino ya de nuestras casas, cuando Jerónimo enlazó sagazmente en su pensamiento algunos conceptos, inicialmente inconexos y arbitrarios, como el sonido del tren y las andanzas de Hermógenes. Cuando los expuso, lejos de criticarlos, me irrité conmigo mismo por no haber sido capaz de llegar a ellos por mi cuenta. Quizá no fueran nada y se quedarán en mera opinión, pero merecía la pena constatarlos.

A primera hora del día siguiente nos pusimos en contacto con el inspector Faundez y le sugerimos, en relación con la denuncia de mi familiar y la partida de sacos que todavía tenía pendiente de recuperar, la conveniencia de volver a registrar las dependencias de la estación

ferroviaria. Nos basábamos para ello en cierta nota anónima recibida en el periódico. Faundez fue refractario a tomar la iniciativa que le pedíamos. Le disgustaba ese tipo de delaciones, que no iba con su manera de ser, franca y directa; aunque sí le constaba que sus compañeros de la Brigada Político-Social usaban esa clase de denuncias para llevar adelante sus temibles pesquisas. Jerónimo intercambió una mirada conmigo, que interpreté adecuadamente, asintiendo con un movimiento de cabeza. Como consecuencia, Jerónimo comentó a Faundez en tono confidencial que, la noche anterior, él y yo, llevados de nuestra curiosidad por saber quién se escondía tras la personalidad del «Duce», habíamos seguido a Hermógenes, con el resultado que viéramos con nuestros propios ojos. Faundez nos miró un momento, entre sorprendido y disgustado. Después reprochó con severidad nuestra insensata iniciativa. Nos recordó que el «Duce», quien quiera que fuese, estaba entre los prohombres del régimen; y su fama de sanguinario se la había ganado con creces. Al policía le constaban muchos de los hechos que se achacaban al matón. Nos pidió, en consecuencia, que dejáramos de interesarnos por él, para no vernos involucrados en serios peligros. Añadió que el asunto del túnel estaba siendo investigado oficialmente, por lo que cualquier intromisión particular sería considerada delictiva, con las graves consecuencias que eso traería para los intrusos. Faundez nos advirtió seriamente de que no quería vernos más en circunstancias extrañas, que no nos competían por nuestras respectivas profesiones. Jerónimo, sin embargo, le rectificó en este punto, ya que, por su condición de periodista, estaba autorizado para investigar las fuentes que considerara oportunas para sus reportajes. Faundez lo negó, si con ellos interfería en la investigación policial de un delito. Ratificó, pues, su advertencia, de que no quería volver a ver movimientos extraños e inexplicables por nuestra parte. No obstante, ante la gravedad de la denuncia que le hacíamos, en la presente ocasión se prestó a realizar la pertinente indagación.

Llamó a algunos agentes y se dirigió a la estación. A sugerencia nuestra, no registró las dependencias relacionadas directamente con el tráfico ferroviario, ni siquiera los medios de transporte, sino las instalaciones anejas, como talleres, almacenes y viviendas del personal. Esta comprobación ya se había efectuado anteriormente, a petición del notario, con resultado negativo; el mismo que dio en la presente ocasión. Faundez, desde la misma estación, llamó al periódico para testimoniar a Jerónimo su disgusto por la pérdida de tiempo que le ocasionáramos. Mi amigo, pertinaz en su obcecación, le sugirió que mirara también, antes de retirarse, en los sitios más insospechados, como las casillas de guardagujas o de vigilancia. Tampoco dio resultado esa postrera pesquisa. Se encontraba Faundez lejos ya del núcleo central de la estación y cerca de la entrada al túnel, cuya enorme y negra boca veía a unos cien metros de distancia. Era el mismo en el que, en su desembocadura, al otro lado de la ciudad, después de trepanar las entrañas de esta, tuviéramos el incidente en el que muriera Pecho Lobo. Llevado quizá de una intuición, Faundez ordenó a uno de los agentes que se acercara a la estación y trajera con él al jefe de esta. Cuando lo tuvo en su presencia, le preguntó si en el túnel existía algún apartamento para el almacenaje de herramientas y materiales. Cuando el jefe de estación contestó afirmativamente, Faundez sonrió satisfecho. Pidió la oportuna llave y se dirigió hacia allá. Cerca de la entrada, iluminados todavía por la luz natural que se filtraba por la bocana, Faundez vio, tras un recodo en la pared derecha, una puerta metálica. Introdujo la llave y abrió.

Se encontró en un lugar espacioso excavado en la roca, con olor a humedad, aunque no se detectaban filtraciones. Apenas había herramientas o utensilios propios de la actividad ferroviaria. Por el contrario, el almacén estaba atestado de mercancías: Legumbres, aceites, cajas de conservas y muchos objetos religiosos, entre los que se encontraban, por la descripción que hicimos al inspector, los que trajeran la noche anterior Hermógenes y su compinche; cómo no, también se encontró allí el resto de la partida de sacos nuevos que faltara a mi familiar.

Tras Faundez, entró el jefe de estación, que no daba crédito a lo que estaba viendo. Miró con semblante bobalicón al policía como pidiéndole una explicación para lo que estaba viendo. Faundez, con gesto de dureza, inquirió por el responsable del almacén. El jefe de estación dio razón de un factor que paraba poco en la estación y al que el jefe no podía controlar como quisiera, porque tenía estrechas relaciones con el régimen, dada la condición de excombatiente de aquel. Faundez consideró esta adscripción política de los que estaban mezclados en el asunto, sobre todo la del poderoso Hermógenes, y, para no verse en un posible compromiso, optó por poner el asunto en manos del comisario. Este, excombatiente como los afectados, se movió con prudencia cuando, sin escribir nada para que no quedara constancia, dio cuenta verbal de los hechos a su superior, el gobernador civil y, a la vez, jefe provincial del Movimiento. La solución al trapicheo fue tan ponderada como los trámites actuados: Hermógenes cesó en su cargo de subjefe provincial y se tramitó su traslado a otra provincia para cubrir otro cargo, aunque no tan importante; el factor y el chofer fueron expulsados de sus puestos de trabajo. La mercancía quedó decomisada por los de Abastos, que, muy posiblemente, la colocarían en el mercado negro a la primera ocasión. Lo positivo del asunto fue que mi tío recuperó los mil sacos que todavía le faltaban, después de presentar la pertinente reclamación, exhibir el albarán y atestiguar, mediante acta notarial, que solo había recibido anteriormente la mitad del envío. Fue el trámite más enojoso de todos, hasta el punto de que, de no ser por los pasos previsores que mi familiar dio para proceder a su recuperación, pienso que no lo hubiera conseguido. Todo se hizo con absoluta discreción, sin que trascendiera nada a la opinión pública. Salvo un hecho inesperado, que aconteció pocos días después. En uno de los andenes de la estación, apareció de madrugada, malherido y ensangrentado, un empleado ferroviario. Estaba sin conocimiento y tenía colgado del cuello, a modo de cartel, un trozo de papel con una inscripción simple: «Traidor». Se trataba del factor que controlaba el almacén clandestino. Sobre quién fuera el autor de la paliza, no se pudo saber, aunque era evidente que las huestes del «Duce» andaban de por medio.

Una cosa sacamos en limpio de todo esto Jerónimo y yo: que Hermógenes, nuestro campechano y desvergonzado camarada, no era el temible personaje que sospechábamos. El «Duce», para desgracia nuestra, era más leal a la causa que siempre defendió y más temible; una especie de ángel vengador, que se movía en las sombras con la mayor impunidad y precisión.

El encuentro inesperado de Jerónimo con el famoso personaje que tanto nos inquietaba sirvió para plantearnos la conveniencia de reanudar, en la medida de nuestras posibilidades, las pesquisas acerca de los sucesos de la Torre. Éramos conscientes de que debíamos hacerlo antes de que aquel eliminara los pocos rastros que quedaban, o, incluso, puestos en lo peor, que nos eliminara a nosotros. El problema era que esos rastros nos estaban vedados y no sabíamos por dónde continuar. Era la misma indefinición de partida en que siempre nos encontrábamos. De algún modo, a lo largo de nuestra peculiar investigación, se había repetido una y otra vez, llevándonos a encrucijadas en las que nos veíamos incapaces de tomar una decisión razonada y razonable. Hasta ahora, esos momentos de dificultad los habíamos solventado, ya mediante coyunturales desvelos, ya mediante una intervención puramente azarosa, que nos permitió encontrar el hilo conductor para proseguir nuestra aventura hacia el territorio nebuloso de una acción criminal.

En la presente ocasión, sin embargo, no acertábamos a vislumbrar el más mínimo indicio que nos permitiera mantener la pertinacia de nuestro propósito; tampoco el elemento siempre caprichoso del azar parecía dispuesto a renovarnos sus favores. Es lo que Jerónimo decía, elaborando al respecto una de sus altisonantes frases, pretendidamente sabias pero que me parecían petulantes por demás: «Pídele al veleidoso destino que intervenga en tu vida para solucionar una situación excepcional, pero no pretendas de su tempestivo capricho que te resuelva los problemas de cada día». El mismo Jerónimo, que no debía de estar muy seguro de mi capacidad de comprensión, intentaba aclararme el significado de su frase:

—Clamar por la suerte una vez es de cuerdos; pretender que nos sustituya en nuestras decisiones cotidianas es de ineptos.

—Ya ves —comenté inmediatamente después —, esta última frase está mejor construida que la anterior y contiene más sapiencia. Además, me resulta menos pretenciosa.

—No quería ser pretencioso, sino realista. Estamos en un momento de nuestra investigación en el que no hay caminos por donde avanzar, sin que podamos esperar razonablemente un golpe de fortuna. A no ser...

Jerónimo se quedó un momento en actitud pensativa.

—A no ser ¿qué? —inquirí yo, para que acabara la frase.

—A no ser que ese golpe de fortuna ya se haya producido y no nos hayamos percatado de él.

—¡Eso es imposible! —repliqué con vehemencia—. Si tuviéramos ante nosotros alguna evidencia, por pequeña que fuera, que nos permitiera proseguir las indagaciones, ya habríamos reparado en ella.

—Creo que la tenemos y que no es tan inocua; al contrario, me parece de gran importancia, pese a lo cual se nos ha escapado su comprensión hasta ese momento.

La manera con que Jerónimo se expresaba me resultó tan desconcertante que no acertaba a

adivinar a donde quería llegar. Por un momento, pensé que acaso pretendía burlarse de mí, como mejor manera de dar desahogo a su inactividad. Pero su rostro serio y concentrado me animó a preguntar dónde estaba ese golpe de fortuna a que aludía, que yo no veía por ninguna parte.

—Tampoco yo acertaba a distinguirlo. Pero ahora lo veo muy claro: nos ha facilitado una pista importantísima e, incluso, puede que definitiva.

—Me parece que el inoportuno encontronazo con el «Duce» ha desbarajustado tus sentidos —comenté, molesto.

—Al contrario, me los ha abierto, porque me ha permitido comprender que el rastro para desvelar lo que sucedió en la Torre pasa necesariamente por él.

—¿Quién es él? —pregunté con un sobresalto en el corazón, temiendo la respuesta.

—¿Quién va a ser? El «Duce» —aclaró, impasible, Jerónimo.

—¡Tú estás loco! —exclamé airado—. No solo acabó con la vida de Marina y de Sotomayor, sino que quieres que también acabe con la nuestra. Por si has olvidado ya cómo se las gasta, recuerda la paliza de muerte que le ha dado hace pocos días al truhan del factor ferroviario.

—Sé cómo es el «Duce». Pero es el único que tiene la clave para resolver el enigma que afrontamos. En algún momento debíamos de encontrarlo en nuestro camino. El azar, ese azar que está llenando de momentos excepcionales nuestras vivencias, ha querido que fuera la pasada noche. Ya que ha salido a nuestro encuentro, aprovecharemos la ocasión para salir nosotros al suyo.

—Definitivamente, tienes el juicio extraviado —dije con disgusto—. Ese hombre es temible, y si tiene la más mínima sospecha de que estamos en su cercanía, nos elimina de un zarpazo. Para él, dos muertes más no cuentan, cuando tiene en su haber cientos de ellas. Lo mejor que podemos hacer es abandonar nuestra insensata investigación, olvidar lo que sucedió en la Torre y vivir tranquilos.

Expuse mi oposición a la insensata idea de Jerónimo con la mayor vehemencia, pero, a la vez, con la mayor contrariedad. Sabía que, por más que dijera, él estaba decidido a seguir por el camino sugerido y, como consecuencia, también me arrastraba a mí en su decisión. Si lo había acompañado hasta entonces en los diversos avatares, no iba a dejarlo ahora, cuando podía vislumbrarse la verdad que tanto buscábamos. Así que refunfuñé un rato para mostrar mi disgusto, aunque, como siempre, acabé exigiendo la máxima prudencia en cada uno de los pasos que diéramos tras el «Duce».

En cualquier caso, no era menor la dificultad de salir a su encuentro. Mi amigo tenía una visión fugaz de él, pero era insuficiente para desvelar con alguna garantía de certeza su personalidad. Además, nos enfrentábamos a la dificultad misma de seguirle. El enigmático individuo siempre efectuaba sus correrías nocturnas por la ciudad amparado en la clandestinidad de un vehículo y precautoriamente rodeado de sus esbirros. Nosotros, empleados de clase media, estábamos muy lejos de poder llegar algún día a la posibilidad de tener un coche; nuestras profesiones, por otra parte, no nos permitían disponer de vehículo oficial, aunque fuera con carácter temporal y para un fin concreto. La asignación de coche oficial solo se preveía reglamentariamente para los jefes superiores de la Administración. Por lo tanto, sin un vehículo a mano, la posibilidad de realizar el seguimiento nocturno del «Duce» era materialmente inviable.

Por si esto no fuera ya un obstáculo suficiente, estaba, además, el problema de su cuadrilla de matones. El «Duce» siempre se hacía acompañar por ellos. Eran, como su jefe, hombres sin escrúpulos, acostumbraban a matar sin la menor vacilación, amparados por la impunidad que les otorgaba el régimen.

En tales circunstancias, la misión que Jerónimo pretendía llevar a cabo me parecía prácticamente imposible de realizar, además de imprudente hasta la exageración. Pero a él no parecían arredrarle estas dificultades, por más que yo insistiera en ellas. Lo tenía todo previsto. Todo, menos las consecuencias que pudiera tener la aventura para nuestras vidas. Sin pretender caer en la exageración, yo tenía la certeza de cómo podía terminar nuestra descabellada acción: cuando menos, con una tunda de palos, si no acabamos tendidos en una cuneta con la barriga llena de plomo. Y todo por nuestra irrefrenable curiosidad y por ese extraño afán de justicia que el recuerdo de la bella Marina nos sugería; más a Jerónimo que a mí, tengo que confesarlo, aunque yo tampoco estaba del todo ausente de aquella pretensión caballeresca. Pero ponderaba con mayor raciocinio los conceptos de virtud y riesgo, y advertía, en consecuencia, los peligros a los que nos podía llevar el deseo inmoderado de desvelar el extraño asunto de la Torre por nuestra cuenta.

Un par de días después del encuentro de Jerónimo con el «Duce» fui a buscar a aquel al periódico. Era poco después de las doce de la noche, según habíamos quedado. Saludé a Dídimo, el director, que pululaba por entre las rotativas recabando información y dando instrucciones para ultimar la edición. Era un hombre educado y de buen talante. No le extrañó mi presencia porque acudía frecuentemente a buscar a mi amigo, cuando salíamos de farra o preparábamos alguna aventura amorosa. Nos recomendó, eso sí, mucho cuidado, pues la calle no estaba segura ante la posibilidad de encontronazos, ya fuera con momentáneos alborotadores o bien con las patrullas del «Duce». Le constaba, no obstante, que éramos suficientemente conocidos en la ciudad por las gentes de todas las tendencias y no creía que tuviéramos contratiempos. Tampoco Jerónimo lo creía. Yo, sí. La posibilidad de encontrarme en medio de un altercado me parecía tan real que ya me imaginaba inmerso en una situación como la de los estudiantes en Madrid, recibiendo palos de la policía y de los falangistas. Cuando le expresé ese temor a Jerónimo me contestó que eso era imposible: en nuestra ciudad, la policía apenas pisaba la calle, a fin de dejarla libre para las siniestras andanzas del «Duce»; y en cuanto a posibles elementos perturbadores, existían, sí, pero todavía no tenían el atrevimiento de mostrarse públicamente. Así que la posibilidad de vernos envueltos en una contienda entre facciones era una idea absolutamente irreal.

—Dídimo, sin embargo, ha dicho que ese peligro existe, si los enemigos del régimen se echan a la calle —insistí yo, plagado de temores.

—Sí, pero lo dice porque, como hombre adicto al Movimiento, ve en cada sombra un enemigo poderoso que acecha y conspira. El miedo agiganta sus temores y la suspicacia sugiere peligros donde no los hay..., al menos por ahora. Los mismos miedos atenazan también a los que soportan la tiranía de la dictadura y no se atreven a exteriorizar su disconformidad. Las

represalias son muy duras y el riesgo a perder la vida es muy alto. Por eso, las calles están tranquilas, bajo la ampulosa mirada del «Duce», que con su aura legendaria de matón, disuade y somete. Pero nadie soporta la esclavitud eternamente. Tampoco el opresor puede sojuzgar siempre con la misma intensidad. El tiempo trae desesperación a unos e indolencia y blandura a otros. La rebelión es el destino inevitable de los sometidos, mientras que el derrocamiento es el camino propio de los que someten. La sorprendente protesta estudiantil que vimos en la capital bien pudiera ser prelude de iniciativas más osadas y comprometidas contra el gobierno. El tiempo lo dirá. De momento, al menos en nuestra pequeña ciudad, los miedos atenazan a unos y otros, dejándonos la noche libre. A nosotros...y al «Duce».

La perorata de mi amigo no me tranquilizó del todo y caminé por las solitarias calles avizorando, precavido, cada rincón, por si pudiera condensarse en él algún peligro inmediato. Sombras espesas y fluyentes, medidas por el suave céfiro de la alta madrugada, parecían por momentos abalanzarse opresoras sobre mí, para regodearse con mis miedos. Yo las disuadía de sus propósitos infames taladrándolas con acuciante mirada. En este juego continuo de sombras acuciadas y de temores a flor de piel persistí, hasta que alcanzamos el domicilio de Jerónimo. Me pidió que esperara un momento a la puerta, mientras él entraba a coger no sé qué. No atemperaba mi nerviosismo la espera solitaria, pero nada dije, no fuera que motivara la rechifla de mi amigo. Salió este al poco, y lo hizo, sorprendentemente, trayendo una bicicleta. Comprendí su intención: pretendía que siguiéramos al «Duce» montados en ella. No era mala idea, porque la bicicleta resultaba en la noche un vehículo silencioso y discreto. Tampoco fue del todo una buena idea, como después tuvimos ocasión de comprobar.

Nos apostamos bajo el dintel de la puerta de Jerónimo, amparados en la oscuridad, con la bicicleta dentro, en el zaguán, a la espera de acontecimientos. Por la hora que era, cerca de la una, no tardarían en aparecer las patrullas del «Duce». Nos encontrábamos en la calle principal, que era ruta obligada para aquellos, desde el edificio de la Jefatura. Apenas transcurrió media hora cuando oímos el ruido de un motor. Apareció el camión con toldo que Jerónimo viera noches atrás. Venía solo, con la parsimonia propia de un vehículo pesado. Llegó hasta nuestra altura y echamos una mirada al interior de la cabina. Dos individuos iban en ella: el conductor y un acompañante; ambos vestían el uniforme del partido. Nosotros estábamos en la acera de la derecha, según el sentido de marcha del vehículo, por lo que el acompañante, a través de la ventanilla, se percató fácilmente de nuestra presencia. Nos reconoció y esbozó un amago de saludo con la cabeza. Era un individuo de rostro patibulario cuya sola presencia en medio de la noche originaba intranquilidad. Jerónimo devolvió el saludo con la misma parsimonia. Atentos como estábamos al inmediato paso del coche que trasladaba al «Duce», apenas si vimos a los desgraciados que iban en la caja del camión. Solo en el último momento, cuando ya el vehículo nos rebasaba, distinguimos, en la parte posterior, a Paco Tacones, el en otro tiempo árbitro de la elegancia, que soportara el bisunto salivazo de Pecho Lobo. Estaba medio tumbado y asomaba ligeramente las manos, fuertemente sujetas con cuerdas. Parecía haber envejecido repentinamente y se mostraba como un hombre física y anímicamente arrumbado. Cuando nos vio, dirigió hacia nosotros una mirada de súplica, como pidiendo comprensión y remedio para su situación. Jerónimo reaccionó a la muda invitación, echando a correr tras el camión y gritando a

los de la cabina que pararan. Así lo hicieron y el de rostro siniestro que acompañaba al chofer increpó a Jerónimo por la escandalera que propiciaba. Le acució para que dijera el motivo de esta, ya que tenían mucho trabajo por delante y la noche era corta. Jerónimo dijo que en el camión iba un amigo suyo, Paco, del que plenamente salía fiador, rogándoles que lo soltaran, pues le constaba que era un hombre sin tendencias políticas.

—Desde luego que no—dijo el otro, con tono entre despectivo e irónico—. Sus tendencias son otras, igual de peligrosas que las políticas. Es un perdido maricón y le vamos a dar un escarmiento. El nuevo Estado no tolera esas debilidades infames. Quiere hombres de una pieza y no mequetrefes como tu amigo.

—Os equivocáis con él. Es tan hombre como vosotros —insistió Jerónimo.

—Cuidado con ofender, no sea que también te demos un disgusto a ti —dijo amenazador el matón, que hizo una señal al conductor para que reanudara la marcha.

Jerónimo se acercó a la parte posterior del vehículo y expresó al prisionero su sentimiento por no haber conseguido su liberación. Paco solo acertó a mirar con ojos muy abiertos a Jerónimo, como expresión del miedo extremo que le embargaba. Sostuvo esa mirada de angustia hasta que el camión se perdió entre las sombras de la noche.

Disgustados por lo que acababa de suceder, permanecimos en espera un buen rato, mas no apareció ningún coche. El silencio se desplomó sobre la ciudad dormida e hizo nuestra espera aburrida y absurda. Después de una hora larga, decidimos que ya no tenía sentido continuar la tensa vigilia y nos retiramos a nuestras casas.

A la noche siguiente montamos de nuevo la guardia con el mismo resultado negativo. El camión del día anterior volvió a aparecer en el arranque de la calle con su carga de represaliados, reclutados mediante las nefastas listas negras. Inquirí a Jerónimo si acaso se atreverían a fusilarlos, como hacían en los momentos más terribles de la posguerra. Jerónimo me replicó que atrevimiento les sobraba para hacerlo y quedarse tan tranquilos; pero, pese a la gravedad del falangista herido en la capital, que soliviantara, en principio, los ánimos, pensaba que en las instancias superiores del partido había más serenidad. Creía, en definitiva, que todo se resolvería en unas cuantas palizas o quién sabe si en unos meses o años de calabozo, porque si no se tenía garantizada la vida, menos aún la libertad personal.

El camión se acercaba, y dejamos de hablar para estar atentos a los acontecimientos. Cuando el vehículo llegó a nuestra altura, el del camión estaba avisado de la noche anterior y avizó nuestra presencia con intención. Esta vez, cuando casi paró junto a nosotros, no fue el suyo un saludo de rutina, sino que extendió el cuello y nos examinó con descaro. Después clavó sus ojos en Jerónimo como pidiéndole una explicación por esa persistencia nocturna. Jerónimo, apoyado con indolencia en el marco de la puerta, sacó un cigarro y se puso a fumar. El esbirro, antes de reanudar la marcha, hizo un comentario siniestro:

—Vuestro amigo, el maricón, ha tenido un percance en el culo, pero no os preocupéis, porque no es nada grave

El camión se alejó y su ronco estertor no tardó en ser sustituido por un suave murmullo que fue lentamente subsumido por la noche. Al igual que la vez anterior, ningún otro vehículo apareció.

Lo de Paco Tacones ya sabíamos lo que era, porque a lo largo del día se extendió la noticia por la ciudad. Las huestes del «Duce» lo habían desnudado, molido a palos y, para remate, le colocaron un embudo en el ano, llenándole los intestinos de aceite de ricino. La peculiar lavativa le propició una hemorragia que le había colocado en trance de muerte. Los comentarios ante este hecho fueron contradictorios. Hubo quien se alegró, alegando que el interfecto había recibido la medicina más apropiada. A nosotros nos entristeció sobremanera, a la vez que nos irritó porque el hecho era demostrativo de una sociedad oclusiva, bárbara y monolítica, incapaz de comprender y aceptar a quien, por su propia voluntad, pretendía ser diferente.

Nos olvidamos del lamentable asunto de Paco Tacones para centrarnos en la pesquisa del «Duce», que bien podía ocasionarnos trastornos tan graves como el de aquel, pese a lo cual, persistíamos imprudentemente en el propósito. Era evidente que nuestra iniciativa se había frustrado y no debíamos persistir en ella. El hecho de que Jerónimo viera al «Duce» acompañando al camión con los desgraciados que caían en manos de los matones debió de corresponder a una circunstancia fortuita, que muy posiblemente solo de tarde en tarde se repetía. A saber, cuándo volvería el «Duce» a acompañar a sus sicarios, si es que lo hacía. Era un hecho imprevisible del que no podíamos nosotros deducir una actuación congruente y razonada. Propuse por eso a mi amigo que buscáramos otras alternativas, en el caso de que las hubiera, para nuestra investigación.

Jerónimo, sin embargo, estaba completamente seguro de que habíamos elegido la vía adecuada. Como consecuencia, la misma seguridad tenía respecto a que el «Duce» saldría a nuestro encuentro una de esas noches. Solo era cuestión de tener paciencia y apostarnos para esperar a que apareciera. A mí me parecía una pérdida de tiempo y de sueño. Soportaba muy mal la vigilia nocturna. Todos los prejuicios que tuviera sobre la noche se me acrecentaban con la vana espera. La ciudad noctámbula me resultaba un espacio molesto, incómodo e irracional, apto solo para los merodeadores de mala entraña. Con la experiencia de las dos noches anteriores, prefería quedarme en casa y disfrutar del suave calor de las sábanas. Pero Jerónimo, una vez más, me convenció para que lo acompañara en la aventura nocturna. Basó su argumento persuasor en dos evidencias para él incontestables: nada en la ciudad se movía sin que lo supiera el «Duce», y, a la vez, todo tenía por su parte la contestación adecuada. Sus esbirros habían detectado durante dos noches seguidas nuestra presencia en posición de espera. Resultaba algo anómalo, cuando nunca antes nos habían visto así. En cuanto se lo comunicaran al «Duce», este sacaría sus conclusiones, que debieran serle manifiestas: si una de esas noches Jerónimo le había descubierto en su coche, ahora, con su paciente espera, patentizaba su deseo de verlo de nuevo.

La explicación de Jerónimo me parecía razonable, pero argüí por mi parte que bien pudiera ser que el «Duce», a la vez que comprendía la razón de nuestra espera, quisiera también saber los motivos últimos de esta. Algo que podía ponernos en un aprieto.

—No lo creo —fue la respuesta tajante de Jerónimo—. Desde el suceso del túnel, incluso quizá antes, porque ya te he dicho que, de lo que ocurre en la ciudad, está enterado el «Duce», este sabe ya nuestro secreto y lo que buscamos. Si acude esta noche a nuestra cita, y estoy seguro de que acudirá, es para apartarnos definitivamente de su camino, de un modo u otro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, alarmado.

—Que tiene dos maneras de evitar nuestra presencia: acabando con nosotros o facilitándonos la resolución del enigma.

—La segunda no la esperes, sobre todo si él está de algún modo enredado en el asunto. Por lo tanto, la opción más segura y cómoda para él es quitarnos de en medio —exclamé asustado—. Así que me voy.

Di media vuelta con la pretensión de regresar a casa, pero Jerónimo me sujetó por el faldón de la chaqueta.

—Ten calma y aguanta a mi lado como un buen amigo. Yo pienso que optará por la posibilidad de facilitarnos algunas noticias, las que él pondere que puede hacernos llegar, sin poner en entredicho su participación. No obstante, soy sincero si te repito que, dada su falta de escrúpulos, cualquier sorpresa desagradable por su parte es siempre posible..., aunque me extrañaría, siendo, como somos, camaradas suyos.

—Esto último es mucho suponer, considerando que no conocemos su verdadera personalidad.

—Pero él sí conoce la nuestra, y sabe que compartimos ideología. Por eso creo que no accedió a tomar represalias sobre nosotros, ni pienso que lo vaya a hacer ahora..., aunque insisto en que tampoco debemos desecharlas del todo.

Las explicaciones de Jerónimo no contribuían precisamente a tranquilizarme, pero su apelación a nuestra amistad y el prurito íntimo de no quedar como un cobarde ante él me hicieron desistir de mi propósito evasor y continuar en la espera nocturna, aunque con la desazón de que nuestra correría pudiera acabar mal. Mientras esperábamos agazapados entre las sombras del portal, Jerónimo me informó que, según pudo oír por la mañana en Jefatura, la patrulla de esta noche sería la última que efectuarían como represalia y reacción a los sucesos de la capital. Por tanto, si el «Duce» no aparecía, nuestras esperanzas de encontrarlo desaparecían, frustrando definitivamente nuestras pesquisas.

Pasó otra hora de tensa espera sin que nada viniera a perturbar la calma profunda de la noche. El reloj de una torre lejana desgranó con lentitud los cuartos y después remató su sonoro parlamento con dos lentas campanadas. Aquel desgarró rítmico fue como la señal premonitória para que el espacio nocturno se poblara de nuevos sonidos. Primero fue el del camión que ya nos era familiar, con su previsible transporte de infelices. Por un momento me olvidé de todo lo que nos mantenía alertados en medio de la calle, con el corazón apresurado por la impaciencia de la espera, para pensar en la suerte de los desgraciados que, sin garantía judicial alguna, y sin cargos formales contra ellos, eran sacados violentamente de sus casas con las intenciones más aviesas. Deseé fervientemente que, de madrugada, volvieran de nuevo a sus domicilios, aunque fuera con algunos moratones encima, causados por las bofetadas. Por primera vez, me resultó repugnante que unos cuantos individuos prepotentes pudieran abusar impunemente de su situación, pisoteando los derechos más elementales de unas personas cuyo único delito era pensar y, acaso, expresar en algún momento lo pensado. Claro que sobre ese hecho, aparentemente trivial, de pensar y decir lo pensado, se articulan las represiones de todos los totalitarismos civiles y religiosos, habidos y por haber.

—¿Estás seguro de que no los matarán? —pregunté con reiterativa ansiedad a mi amigo, como si este se encontrara en el secreto de lo que les iba a acontecer.

—Ya te dije ayer que no creo caigan en esa aberración —replicó Jerónimo—. Hace unos pocos años, hubieran acabado delante de cualquier tapia, con los cuerpos acribillados. Pero ahora pienso que esta gente del régimen no se atreverá a esa barbarie. Pretenden dar la imagen, ante la opinión pública, de personas civilizadas. Por eso pienso que a estos pobres hombres les darán una soberana paliza, si acaso los retendrán varios días a pan y agua, y después los soltarán.

—Esa ignominia les marcará de por vida —repliqué yo, con tono de indignación—. Algún día, los esbirros del «Duce» deberían pagar los crímenes que han cometido.

—La historia es falaz, olvidadiza e injusta. No se escribe para vengar a las víctimas, sino para ensalzar a los vencedores. Estos acaban pasando a la posteridad como gentes de bien, merecedores de respeto y de admiración.

—¡Qué asco! —exclamé en un arrebato de ira, mientras lanzaba un despreciativo escupitajo hacia el pesado vehículo que venía calle abajo.

El camión se acercaba y me obligó a concretar mi atención en él. La marcha del vehículo era necesariamente lenta, pero cuando estuvo en nuestra cercanía se hizo aún más despaciosa hasta casi parar, como hiciera la vez anterior. Ocupaba la cabina, junto al chofer, el mismo individuo que ya conocíamos. En esta ocasión, no se contentó con dirigirnos la mirada provocadora, sino que nos examinó detenidamente de arriba abajo. Casi diría que efectuaba un registro minucioso de nuestras personas. Quizá quería percatarse de la presencia de algún arma, ya fuera visible o a través del bulto en la ropa. Jerónimo adivinó esta intención, porque se palpó las axilas y las caderas, y alargó los brazos, para dar a entender que no llevábamos encima arma alguna. El otro hizo una señal con el dedo al conductor, que aceleró el motor. Por la parte de atrás, entre los pliegues de la lona, vimos a tres hombres con las manos atadas con cuerdas, entre varios individuos armados. Tras el vehículo, sin embargo, no apareció ningún otro.

El silencio se recompuso para desconcierto de Jerónimo.

—No lo entiendo —dijo apenas en un susurro—. Pensaba que conocía la mentalidad del «Duce» y daba por supuesto que esta noche aparecería.

Estuve a punto de decirle que se dejara de premoniciones acerca de las reacciones del «Duce», porque no tenía ningún motivo que le acercara a la verdadera mentalidad de este; salvo, claro está, la faceta de asesino que le atribuía la leyenda. Opté, no obstante, por callar, deseoso como estaba de dejar la calle y dirigirme a casa.

La calma se había reinstalado y nadie la quebrantó. Así que me despedí de Jerónimo con alivio, no exento de cierto sentimiento de frustración. Me agradaba que la noche hubiera acabado pacíficamente, pero me apenaba tener que dar por finalizado el asunto de Marina con rotundo fracaso. El único rastro que podíamos seguir se desvanecía entre las sombras de la noche.

Doblaba la esquina de la manzana en la que se encontraba la casa de Jerónimo cuando ocurrió lo inesperado: el susurro de un motor, leve y lejano todavía, rasgó el silente espacio, con tenaz impertinencia. El sonido era mucho más suave que el de un camión. Me percaté al instante de lo que eso suponía: nadie que no fuera de la policía o del partido oficial podría atreverse a interferir con ese descaro, en la hora intempestiva de la madrugada, en el espacio público. Descarté a la

policía, que durante esos días había dejado el espacio libre al somatén. Volví sobre mis pasos y me acerqué corriendo a la casa de Jerónimo, mientras lo llamaba con insistencia. El aludido no tuvo necesidad de preguntar el motivo de mi requerimiento. El motor estaba más cerca y su percepción era nítida. Nos apostamos en la acera, sin preocuparnos de disimular tras el portal nuestra presencia y aguardamos la llegada del vehículo. No tardó en aparecer sobre el fondo de la calle. Como sospechábamos, se trataba de un coche negro, de los que habitualmente usaban los mandos del Movimiento. Pasó lamiendo el bordillo de la acera en que nos encontrábamos, como si quisiera amedrentarnos con su imponente presencia. Después continuó su rauda marcha. Esforzamos la vista para intentar ver al ocupante del asiento de atrás. Pero las cortinillas estaban echadas y la opacidad de la noche nos impidió ver el menor rasgo de lo que hubiera en el interior. Jerónimo tuvo un rasgo de audacia. En instintiva y veloz reacción, así que pasó junto a nosotros el vehículo, se plantó en medio de la calle y observó a través de la ventanilla de atrás, advirtiendo en el asiento posterior el bulto de un cráneo prominente.

—¡Es el «Duce»! ¡Vamos! —exclamó con agitación, mientras recogía de dentro del portal la bicicleta. Se montó en ella, yo me aupé sobre el trasportín y comenzó a pedalear con fuerza. El coche, sin embargo, se alejaba a toda velocidad y ya solo vislumbrábamos en la lejanía las luces rojas traseras.

—¡Pedalea con más ritmo o lo perderemos! —azucé a mi amigo con nerviosismo.

Era inútil que insistiera a Jerónimo para que fuéramos más deprisa, porque era evidente que no daba más de sí. La carga de los dos cuerpos era demasiado pesada y mover la bicicleta le exigía un esfuerzo considerable, que no podía prolongar.

—¡Me ahogo! —exclamó angustiosamente con la respiración agitada, mientras disminuía el movimiento de los pedales. Yo no le sugerí que me dejara pedalear, porque, con la gran envergadura de él, ni siquiera hubiera podido mover el pequeño artefacto.

El vehículo que nos precedía en la lejanía dobló la calle y se perdió de vista. Nosotros continuamos la marcha cada vez con más lentitud, conscientes de que nuestra peculiar persecución estaba ya fracasada. Llegamos al final de la calle, doblamos en la dirección que lo hiciera el coche negro y nos encontramos con una pronunciada cuesta de bajada. Fue una suerte, porque la bicicleta fue lanzada por la fuerza de la gravedad a toda velocidad, mientras Jerónimo, entre jadeos, lanzaba un ¡hurra! Al final de la cuesta, continuamos todavía durante un largo trecho a un ritmo de marcha superior al que Jerónimo consiguiera dándole a los pedales. Para regocijo nuestro, a lo lejos volvimos a distinguir las luces rojas. Con el lapso de descanso conseguido en la cuesta abajo, Jerónimo reanudó su pedaleo con nuevas fuerzas. Mantuvimos la distancia durante un corto espacio, hasta que, en un determinado momento, para sorpresa nuestra, ganábamos terreno y nos acercábamos al coche. Este había aminorado la velocidad hasta que, poco después, paró. Delante de él se había detenido también la camioneta que le precedía. De él se bajó un individuo, que se acercó al coche y habló durante un instante con el «Duce». Después regresó a su vehículo y se puso en marcha. La breve estación sirvió también para que Jerónimo diera un respiro a sus saturados pulmones y recuperara el aliento. En ningún momento se nos ocurrió pensar que los de adelante podían detectar nuestra presencia. Dábamos por hecho que la deficiente y, en algunas calles, nula iluminación, ocultaría nuestras figuras entre las

sombras... si es que los de adelante no preconizaban deliberadamente nuestra persecución, como sospechábamos.

Delante de nosotros ocurrió algo inesperado. La camioneta torció hacia una calle de la derecha y desapareció por ella. El coche negro, sin embargo, tomó la dirección contraria. Nosotros no teníamos duda de a quién seguíamos y reanudamos el pedaleo tras el coche.

Este mantenía una velocidad moderada, menor, desde luego, a la que sostuviera al principio de la persecución. Incluso en algún momento, cuando quedábamos rezagados por el cansino trabajo de Jerónimo en mover el vehículo de dos ruedas, tuvimos la sensación de que el coche disminuía la marcha para esperarnos. Comenté a Jerónimo esta sensación y él me la ratificó. Mi reacción inmediata fue sugerirle que desistiéramos de la persecución, dando media vuelta en dirección contraria, para no involucrarnos en un previsible contratiempo. Pero Jerónimo no atendía a razonamientos y solo se afanaba en mantener la boca abierta para captar con ansiedad el mayor aire posible y mantener la bicicleta en movimiento.

Con este penoso esfuerzo por parte de mi amigo, alcanzamos la zona antigua de la ciudad y desembocamos por una estrecha rúa en la plaza donde se ubicaba la iglesia catedral. Después de cruzar una amplia explanada, con la verja del atrio catedralicio marcando uno de sus laterales, el coche se adentró, a través de una arcada de piedra, en frondoso parque. Nosotros hicimos lo mismo, con la inconsciente convicción de que hacíamos lo que debíamos, sin pensar en las consecuencias. Transitábamos por una senda de tierra, que desembocaba, no mucho más allá, en un pétreo edificio almenado. Se trataba del vetusto castillo medieval. El coche se detuvo un instante, el preciso para que el portón se abriera, permitiéndole el acceso al interior. Nosotros descendimos de la bicicleta, que echamos a un lado, y nos pusimos al amparo de los setos que delineaban el sendero. Desde donde nos encontrábamos, pudimos vislumbrar a través del portón abierto el ampuloso patio. El coche dio la vuelta a este y paró con el morro enfilado hacia la salida. El mismo individuo que permitiera el acceso se acercó al coche y abrió su portezuela trasera. Con deliberada lentitud y solemnidad, descendió un hombre robusto, vistiendo el uniforme negro del partido oficial; calzaba botas altas y llevaba correa. Hubiéramos afirmado que se había vestido para la ocasión con todos sus atributos de mando. No le faltaba la pistola al cinto. Medio en tinieblas, que apenas rasgaba la tenue luz que dejaba escapar una bombilla, insuficiente para iluminar el amplio espacio, pudimos detectar el rostro pleno y contundente del hombre y su pelado cráneo. El corazón me comenzó a latir con fuerza ante la evidencia de que estaba contemplando al jefe de los matones, al mítico «Duce».

No pude recrearme en la visión, porque el «Duce», de espaldas a nosotros, se encaminó hacia una puerta situada al fondo del patio y desapareció tras ella. Simultáneamente, el coche se puso en marcha de nuevo, salió del edificio y enfiló el sendero hacia la dirección en que nosotros nos encontrábamos. Rápidamente nos escondimos entre los setos y esperamos expectantes el paso del vehículo. Si el conductor nos descubría, dábamos por seguro que íbamos a pasar un mal rato. Tratábamos con gente bravucona y sin escrúpulos, siempre armados, por lo que las consecuencias para nosotros podían ser funestas. Cuando el coche estuvo a nuestra altura tuvimos la sensación de que se deslizaba con excesiva lentitud. Paralizados por el miedo, pensamos en lo peor, mientras apretujábamos nuestros cuerpos cuando podíamos contra el fondo

de los setos para intentar pasar inadvertidos. Fueron unos segundos intensos que nos parecieron siglos, hasta que, para alivio nuestro, el coche continuó su marcha y se perdió en la lejanía.

Jerónimo reaccionó con la audacia a que me tenía acostumbrado. Abandonó el áspero seto que nos sirviera de refugio y se lanzó a todo correr hacia el castillo. Yo no tuve tiempo de advertirle acerca del peligro que correríamos si nos descubría el «Duce». Para no quedarme solo en medio de la oscuridad, a expensas de quién sabe qué peligros, corrí tras él con la misma desesperación. Atravesamos el pequeño puente, que en tiempos fuera levadizo, tendido sobre el foso que rodeaba la antañona edificación, y accedimos al patio. Al lado opuesto de este se encontraba la puerta por donde desapareciera el jefe de las patrullas represoras. En la parte superior de aquella una inscripción pintada con letra negra sobre la pared encalada anunciaba la función actual del edificio: «Escuela de Bellas Artes».

Jerónimo parecía andar por allí con la misma seguridad que si lo hiciera por su casa. Admiré su aplomo, tanto como denigré mi parsimonia y mi flojera de ánimo. Si de mí hubiera dependido, hubiera escapado a toda prisa de aquel lugar para esconderme en algún rincón seguro. Pero Jerónimo subía ya por una amplia escalinata de piedra y no tuve otra solución que seguir sus pasos, para que no me tachara de cobardía.

La escalera nos condujo a un espacioso vestíbulo medio en penumbra, al estar parcialmente iluminado por la luz que provenía de una de las salas que accedían a él. Era la única que vimos con la puerta abierta. Desde ella se escuchaban los pasos tranquilos y rotundos del hombre que nos precedía, al golpear con sus pesadas botas de caña la tarima de madera. Eran pasos seguros, firmes, pausados, propios de quien se siente asistido con el supremo poder de disponer sobre la vida y la muerte de los demás. Junto a la entrada de la sala había un rótulo en porcelana con la leyenda «Estudio de Escultura». Jerónimo se asomó con prevención y pudo ver todavía al «Duce», que salía por una pequeña puerta situada al lado opuesto de donde nos encontrábamos. Caminaba despreocupado, con ademanes lentos, como si se recreara en el peculiar paseo, a esas horas de la madrugada, en tan pintoresco lugar.

Siempre en pos de Jerónimo, me adentré en la sala. Aunque la deshora del momento hacía que todos sus amplios ventanales estuviesen cerrados, la estancia, de grandes dimensiones, estaba bien dotada de lámparas eléctricas, a la sazón encendidas. Me pareció un despropósito atravesar en esas circunstancias el recinto, ya que si el «Duce» retrocedía en su camino, nos descubriría de inmediato. Estuve a punto de advertir a Jerónimo de esta circunstancia, pero desistí de hacerlo ante la evidencia de que los pasos de aquel se oían cada vez más débiles y lejanos. Era evidente que el «Duce» se distanciaba de donde nosotros estábamos. Fue en ese momento cuando escuchamos otra vez el ruido de un motor, que al instante se hizo más preciso e inmediato. Jerónimo, siempre intuitivo en sus reacciones, se acercó a uno de los ventanales y entreabrió levemente la contraventana. Yo miré también y vi como volvía el coche negro y se adentraba en el patio. Aguardó un momento con el motor en marcha y apareció el «Duce» por una puerta lateral. Subió al vehículo y este arrancó, alejándose con rapidez.

Jerónimo cerró la contraventana y se encaminó hacia el fondo de la sala, por donde viera salir al «Duce». Conducía a una estrecha escalera de servicio, con varias revueltas, cuyos peldaños descendimos de dos en dos. Yo no acababa de comprender esa prisa por bajar, teniendo en

cuenta que el coche nos sacaba mucha ventaja y ya no habría posibilidad de seguirlo. En efecto, cuando desembocamos por una escueta puerta en el patio el ruido del motor había desaparecido y la noche parecía rebosar sosiego y paz.

—No comprendo lo que acaba de ocurrir —dije yo, al cabo de un momento, para poner en evidencia mi perplejidad—. Seguimos durante la noche al «Duce», este, por supuesto se percató de nuestra presencia y no hace nada por evitarla. Digo esto porque, de haber querido impedirlo, hubiera echado contra nosotros a sus secuaces. No solo no lo hizo, sino que nos trae hasta aquí, poco menos que nos invita a entrar y, cuando estamos dentro, escapa de nosotros como alma que lleva el diablo.

—Es incomprensible, en efecto, la actuación del «Duce», si consideramos lo ocurrido desde nuestro punto de vista —replicó Jerónimo, reflexivo—. Pero si nos ponemos en su posición y venimos hasta aquí, para darnos un paseo por el interior de este edificio y luego marchar, es evidente que este modo de actuar tiene un significado.

—Quizá ha querido eludir nuestra presencia, dando al traste con el seguimiento que le hacíamos —argüí yo como razonamiento más inmediato.

—En cualquier momento pudo habernos esquivado con solo dar más velocidad a su coche. Sin embargo, no lo hizo. —Jerónimo quedó pensativo un momento—. Tengo por seguro que el «Duce» nos condujo deliberadamente hasta aquí con la finalidad de decirnos algo.

—Pues podía haberlo dicho, encarándonos directamente y dejándose de tantos rodeos.

—No podía hacer eso, porque habría desvelado claramente su personalidad, lo cual sería comprometido para él y para nosotros —precisó Jerónimo.

—Ya la hemos descubierto —alegué yo.

—No precisamente. Hemos entrevisto el rostro de un hombre en la penumbra y de modo fugaz. Si quisiéramos identificarlo a la luz del día no nos resultaría fácil.

—¿Qué te parece entonces que hagamos? —pregunté, indeciso.

—Lo que el «Duce» nos ha sugerido: buscar.

—¿Buscar qué y en dónde? —insistí con terquedad.

—¡Es fácil, hombre! —dijo Jerónimo con un sesgo de impaciencia—. El «Duce» nos habrá dejado posiblemente señales claras, si tal era su intención. Solo tenemos que encontrarlas y examinarlas.

Estaba por ver que así fuera y que diéramos con esas señales, lo que no me parecía tan evidente, pero opté por callar y dejar que mi compañero tomara la iniciativa, como tenía por costumbre. Regresamos al interior del edificio por la escalera principal y encaramos la sala de escultura. Ahora actuábamos con mayor tranquilidad, a sabiendas de que estábamos solos. La puerta entreabierta de la sala y su espléndida iluminación constituían una invitación demasiado notoria, que no podíamos rechazar. El edificio todo parecía un dechado de paz, pero yo miraba con frecuencia hacia atrás, hacia las zonas de oscuridad, temiendo que en cualquier momento alguien pudiera sorprender nuestra intromisión. Para más seguridad, cuando entré en la sala, cerré la puerta, a modo de precaución.

Me llamó la atención, una vez dentro, el amasijo de figuras que había en la sala, característica de la que, en la vez anterior, a causa del nerviosismo que propiciaba la cercanía del «Duce», no

me percaté. Era tal el cúmulo de imágenes que más que un aula de escultura, parecía un almacén. Las figuras parecían hechas predominantemente de escayola, pero también descubrimos alguna confeccionada en barro. Sus formas eran de lo más variado, aunque todas mostraban un boceto anatómico, generalmente rostros y torsos atléticos. Se amontonaban sobre grandes mesas de madera, colocadas en fila y en paralelo, dejando entre una fila y otra algún espacio libre, a modo de pasillo. A lo largo de las paredes laterales, con la excepción de los espacios que ocupaban los dos amplios ventanales, estaban alineadas, de trecho en trecho, varias esculturas, aupadas sobre pedestales, representando a Venus, Hermes, Discóbolo y otros temas típicos de la estatuaria clásica. Pese al abigarramiento y a la variedad de formas y materiales existentes, el conjunto del contenido de la sala era agradable de ver y daba la impresión de laboriosidad, belleza y armonía.

Paseamos por en medio del aula, yendo por uno de los pasillos centrales y volviendo por el otro, mientras mirábamos las figuras depositadas sobre las mesas. Estas, de por sí, no nos sugerían nada, aparte de la presunta calidad artística, que a nosotros, no muy expertos en materia escultórica, nos pudiera merecer. En este examen primordial sí detectamos un detalle: cada figura tenía esculpido en su base, con letra legible, el nombre del autor.

Después de este recorrido por la sala, nos miramos desalentados, sin saber muy bien qué hacíamos allí y donde debíamos buscar, si es que teníamos que buscar algo. Jerónimo daba por supuesto que si el «Duce» nos había conducido a esa sala era porque en ella existía algo que nos podía interesar. El problema era que no sabíamos qué. Se nos ocurrió pensar que quizá en el rostro de alguna de las efigies estuviera representada alguna persona que conociéramos. Impulsados por esta idea, comenzamos, mesa por mesa, a examinar las facciones de las esculturas en ellas depositadas. Eran, por lo general, inexpresivas, carentes de cualquier atisbo de emoción y, algunas de ellas, esquemáticamente labradas. Sus miradas frías, de ojos añublados, eludían cualquier sesgo de emotividad en sus rostros. Desde luego, tales semblantes no tuvieron la facultad de sugerirnos a alguien conocido.

A la vista del nulo resultado obtenido, propuse que nos fuéramos, porque, a decir verdad, no me encontraba a gusto tan a deshora en aquel caserón desolado. Bien podía suceder que el «Duce» tuviera la ocurrencia de regresar y, si nos sorprendía todavía en el lugar, podía ser capaz de cualquier tropelía. Jerónimo creo que ni me escuchó. Estaba profundamente concentrado, mirando para uno y otro lado del aula en busca de algún detalle que le sugiriera iniciativas. Al cabo de un momento, Jerónimo comentó que, a su parecer, lo único que nos restaba por hacer era comprobar los nombres de los que esculpieran las figuras. Con tal de salir cuanto antes de allí, me dirigí, sin hacer comentario alguno, a una de las mesas y comencé a buscar e interpretar los nombres que figuraban en las peanas. Pensaba en una tarea fácil, que concluiríamos en apenas un cuarto de hora. En cuanto examiné un par de ellas, tuve la convicción de que nuestro requerimiento llevaría horas completas, lo que me hizo acrecentar por igual el nerviosismo y el malhumor. Para empezar, el nombre del autor no siempre estaba esculpido en la parte frontal. Algunas figuras lo tenían en la parte posterior o en un lateral. Esto nos obligaba a girarlas o, incluso a levantarlas para observar el grafismo. Dado el amontonamiento de ellas sobre las mesas, tuvimos, además, que ir poniendo a un lado las que examinábamos, para no confundirlas con las que estaban pendientes de comprobación. Para colmo, algunos escultores habían dejado,

no su nombre, sino su rúbrica, la cual, en algunos casos, nos fue totalmente imposible deletrear congruentemente. Esta manera de proceder era propia, suponíamos, de hombres. Las obras que confeccionaran las mujeres tenían inscrito el nombre con letras claras, precisas y armónicas.

Fue una tarea enojosa, que para mí se acrecentó por la convicción de que estábamos perdiendo lastimosamente el tiempo; con el inconveniente de que, cuanto más tardáramos en abandonar el lugar, más se acrecentaría el peligro, siempre latente, sobre nuestras personas. No me atreví, sin embargo, a exteriorizar mis pensamientos, dado el interés que Jerónimo mostraba en lo que estábamos haciendo. Mientras yo echaba un vistazo a la marca de autor con indiferencia y con prisa, Jerónimo daba muestras de la mayor parsimonia, dando una y otra vuelta a las figuras, a la búsqueda de algún detalle que le pudiera resultar útil.

Estábamos examinando las esculturas depositadas en una nueva mesa, la tercera, cuando Jerónimo cogió un busto de formas clásicas, esos que representan un rostro hermoso de Apolo, descansando sobre una peana redonda. Examinó esta y no encontró ningún signo, por lo que le dio la vuelta. En la parte inferior, con letra menuda, pero nítida, descubrió la inscripción: «M M».

Jerónimo tardó un instante en reaccionar, antes de que volviera a leer la firma de la autora de la efigie, porque por el tipo de letra tan legible no le cupo duda de que se trataba de una mujer. Después me apremió, con voz ansiosa, para que fuera a examinarla, mientras me preguntaba:

—¿Cuál es el nombre completo de Marina; el que vimos en la escuela?

—Marina Montes —repliqué con indiferencia.

—Es decir, m m. Toma y observa.

Me acercó la obra y ratifiqué la impresión de que las letras estaban trazadas por una mano femenina. El desvelamiento del nombre de la mujer que tan azarosos contratiempos nos ocasionaba, disipó mis precauciones y repetí su nombre con indisimulado regocijo.

—¡Esto es lo que quería el «Duce» que viéramos!

—Esto y algo más —replicó, sereno, Jerónimo.

—Supongo que lo dices por el semblante que esta escultura representa —la examiné con detenimiento—, pero a mí no me dice nada. Es el rostro estereotipado de cualquier escultura grecolatina, que los estudiantes de Bellas Artes copian hasta la saciedad.

—Eso parece, sí—dijo Jerónimo parsimonioso, evidentemente reconcentrado en sus pensamientos—, pero el caso es que este semblante me recuerda a alguien.

La sugestión de Jerónimo me hizo remirar la hierática escayola y fijarme en las volutas que representaban un pelo abundoso y rizado, así como ponderando las líneas de la cara, armoniosas y enérgicas, con su nariz corta y recta, y su frente despejada. En conjunto, la imagen plasmaba la representación típica de un ideal de belleza varonil, según los cánones de la escultura clásica.

—La chica demostraba oficio y buen gusto en su quehacer, pero, fuera de eso, no encuentro nada de particular en este rostro —comenté al cabo de un momento.

Jerónimo, sin embargo, seguía escrutándolo desde diversos ángulos. En cierto momento, encuadró con sus manos la efigie, tapando la parte superior del pelo y el arranque del busto. Esquemático en esa perspectiva, ofrecía una expresión distinta, propia de un hombre, aunque joven, con una extraña y temprana melancolía, quizá por el fondo opaco de los ojos estatuarios.

Pero tampoco nos sugirió a ninguna persona en concreto, de las conocidas por nosotros, con la que pudiéramos compararla.

Después de pasar unos minutos en la contemplación de la escultura, Jerónimo no encontró en ella ningún rasgo identificativo concreto. Así que volvió a colocar el busto sobre la mesa y, sin ocultar su decepción por el resultado negativo de nuestra búsqueda, me pidió que saliéramos. Acogí la idea con alivio. Antes de abandonar el aula, pensé en acercarme al interruptor eléctrico y apagar la luz. Me parecía un derroche, en tiempos de escasez, dejar encendidas aquellas cuatro espléndidas lámparas durante toda la noche. Pero si lo hacía, nos entretendríamos demasiado en buscar a tientas la puerta de servicio y bajar también a ciegas la estrecha escalera. Así que decidí respetar la decisión del «Duce», que fue quien encendió la luz.

Atravesamos a toda prisa el patio, temerosos de que apareciera alguien y descubriera nuestra presencia. Cuando nos vimos fuera, en medio de las tinieblas de la noche, nos sentimos más seguros. Sin prisa, llegamos hasta la zona de setos donde dejáramos la bicicleta, nos subimos a ella y enfilamos la calle en dirección a nuestros domicilios. Jerónimo no se daba ahora prisa en pedalear, pero yo lo azuzaba con insistencia. Abrigábamos el temor de que fuéramos descubiertos por alguna nueva patrulla nocturna y soportáramos algún inédito contratiempo. La tranquilidad, sin embargo, era absoluta y nadie nos molestó. Llegamos a casa de Jerónimo, quien puso dentro del portal la bicicleta, mientras nos entreteníamos unos minutos en comentar las incidencias de la noche. Íbamos a despedirnos cuando apareció una ronda de policía a pie. Tratábase de dos agentes de paisano, los cuales, al detectar nuestra presencia, se acercaron. Uno de ellos era nuestro amigo Faundez, quien nos saludó con el afecto en él proverbial. Manifestó no extrañarse de nuestra presencia, porque conocía la preferencia de Jerónimo por la nocturnidad. Lo dijo con evidente sesgo de complicidad, como si estuviera al tanto de las aventuras amorosas de mi amigo. Nosotros sí extrañamos su circunstante aparición y así se lo dijimos. Al parecer, según nos contó, no eran habituales esas rondas, pero tenían órdenes de vigilar las patrullas del partido único para que no se produjeran excesos. Jerónimo, con su habitual desparpajo, replicó que alguno había habido ya, sin que la policía interviniera. Temí que Faundez tomara a mal esa crítica, pero reaccionó con la campechanía habitual y nos dijo, en tono de confianza, que había que dejar cierto margen de maniobra, para expansionar momentáneos malhumores. Era una expansión que ocasionaba rastrero trato a algunos desgraciados, pero eso no parecía importar a nadie, porque se trataba de elementos sospechosos de desavenencia con el régimen. En cualquier caso, las cosas estaban volviendo a la tranquilidad. Faundez y su compañero —muy joven, quizá de reciente ingreso, que asentía de buen grado a lo que el otro sugería— tenían que seguir la ronda, por lo que se despidieron de Jerónimo y se brindaron a acompañarme, pues mi domicilio estaba algo distante de donde nos encontrábamos, para evitar cualquier contratiempo. Acepté con la resignación de quien no tiene más remedio que hacerlo, para no desairar a Faundez. Aunque, cuando me colocaron en medio de los dos policías, altos y enhiestos, sombreros calados y gabanes ajustados, más tenía sensación de prisionero que de protegido. Cuando llegamos, se despidieron de mí con el mayor afecto. Indudablemente, Faundez era un buen tipo.

La apasionante aventura de la noche no fue óbice para que Jerónimo madrugara a la mañana siguiente. Tenía la convicción de que el «Duce» usaba durante el día alguno de los despachos de Jefatura. Así que decidió pasar por allí, para ver si encontraba a alguna persona con las características físicas del famoso ejecutor. Antes de dirigirse hacia la sede del Movimiento, pasó por el periódico para comentar con su compañero Dídimo la incidencia de la noche pasada. Hombre tranquilo y bonachón, Dídimo se asustó no poco con lo que Jerónimo le decía. Sobre todo, le resultaba especialmente peligroso el hecho de que hubiera entrevisto la figura del «Duce». Este podía considerar ese conocimiento, aunque fugaz, lo suficientemente comprometedor para su persona como para intentar algún tipo de represalia. Jerónimo, sin embargo, pensaba que el «Duce» conocía perfectamente sus andanzas y que, incluso, el dejarse ver de nuevo, después del inopinado encuentro de dos noches atrás, fue una decisión deliberada de aquel, para que Jerónimo cesara en sus comprometidas andanzas. Consideraba, en consecuencia, que el «Duce» no iba a intentar ningún género de violencia hacia él, salvo que cambiaran las circunstancias. Dídimo recomendó, no obstante, a su compañero que se anduviera con cuidado y no se enredara en más excursiones nocturnas extrañas.

El cuidado, de momento, debía de tenerlo a plena luz del día, porque, desde el periódico, se dirigió directamente al edificio de Jefatura. Cumplió primero con las formalidades de la profesión, entrevistándose con el jefe provincial, para que le facilitara las noticias que debían insertar en el diario que se estaba confeccionando. Después, con la excusa de saludar a los camaradas amigos, pasó por todos los despachos. No necesitaba entrar en ellos, pues era norma obligada tener siempre las puertas de estos abiertas, como signo de transparencia funcional, por lo que los visualizaba perfectamente desde fuera. Las oficinas se distribuían en dos plantas, y en cada una de ellas se ubicaban los despachos a uno y otro lado de un largo pasillo. Las habitaciones eran, por lo general, de dimensiones reducidas, y lo ocupaban no más de tres empleados de distinto sexo. Algunos de ellos vestían camisa azul. Con los que tenía más relación, Jerónimo entraba, charlaba un momento con ellos y salía. Con los otros, se asomaba levemente, daba los buenos días, que aprovechaba para echarles un vistazo y comprobar sus características, y continuaba pasillo adelante. Concluyó su peculiar ronda sin encontrar a nadie que le recordara al «Duce», ni por su fisonomía ni por su esbozo físico. Tuvo que llegar a la conclusión de que el temido pistolero tenía su propia guarida, aunque a saber dónde. El partido controlaba los numerosos edificios administrativos existentes en la ciudad, y cualquiera de ellos podía servir de oportuno soporte a aquel.

Antes de abandonar el edificio de Jefatura, Jerónimo se encontró con el antiguo lugarteniente, Hermógenes. Se extrañó de verlo, pues lo suponía ya fuera de nuestra ciudad. Hermógenes lo saludó con el afecto habitual y dijo que deseaba despedirse de él, pues el servicio lo llamaba a otros destinos. Como para disipar cualquier interpretación equivocada, apuntó que en el

Movimiento no hay relevos, solo cumplimiento del deber, allá donde lo mande la superioridad. Jerónimo se guardó muy mucho de expresarle el conocimiento que tenía sobre la verdadera causa de su remoción. Hermógenes lo invitó a su antiguo despacho para presentarle al nuevo lugarteniente de la Vieja Guardia y, a la vez, subjefe provincial, el camarada Murillo. Era este un individuo de edad intermedia, complexión normal, cráneo brillante a causa de su calvicie generalizada, talante reservón y envarado empaque. Lo conocía de vista, porque pululaba con frecuencia por el antedespacho del jefe provincial. Debía de ser de esos individuos ladinos y aduladores, que cercan al superior con su servilismo, a falta de otros méritos. A Jerónimo nunca le cayó bien, y apenas si, hasta entonces, había intercambiado un par de palabras con él.

Aunque Murillo ocupaba ya el sillón de Hermógenes, era este quien se manejaba en el despacho con el desparpajo y la confianza de quien se siente en un lugar que le es propio y le pertenece. Al cabo, lo había ocupado durante los últimos quince años. Fue él quien invitó a Jerónimo a que se sentara en uno de los butacones, para charlar un rato. Le brindó su amistad de siempre y le invitó a visitarlo en su nuevo destino, en una provincia limítrofe a la nuestra. A Murillo le habló de Jerónimo como un camarada leal y un amigo sincero. Aunque tenía la impresión de que, últimamente, estaba preocupado más de lo debido por un asunto, que, a su vez, lo relacionaba con cierta persona.

—He observado que durante los últimos días frecuentas la Jefatura con más asiduidad de la habitual. ¿Tú buscas algo aquí!

Jerónimo no esperaba una pregunta tan directa y dudó un instante antes de contestar. Consideró que estaba de más contestar con evasivas, porque, además de no engañar a Hermógenes, podía molestar a este y ponerlo en su contra. Así que respondió con franqueza, a sabiendas de que su interlocutor esperaba ya la respuesta que iba a dar:

—He venido en busca del «Duce», espero que me ayudes a encontrarlo...si es que no eres tú.

—Es lo que me suponía, pero quería que me lo ratificaras. —Hermógenes se relajó en el butacón que ocupaba, mientras que Murillo adoptó una actitud de reserva, ante el inesperado sesgo de la conversación—. Como ya te dijera en otra ocasión, te aseguro que no soy yo. En cuanto a la ayuda que me pides, siento no poder ofrecértela. El «Duce» siempre ha ocultado muy bien su personalidad, y muy pocos la conocen.

—No creo que nadie lo conozca —terció Murillo—, porque soy de los que piensan que lo del «Duce» es una leyenda más de las que surgieron en la cruzada.

—Yo sí lo conozco —replicó Jerónimo—. Por eso estoy tan cómodamente sentado en este despacho. Visto de cerca, no se parece a ti, Hermógenes. Pero de noche, entre tinieblas, podrías semejarte a él por la forma del rostro. Quizá tienes menos envergadura física, aunque con el uniforme y el correaje podrías dar, asimismo, otra impresión, al igual que tu pelo, engominado y medio rubio, como si fuera un resbaladizo cráneo.

—Permite que ponga en duda esa visión que dices haber tenido del «Duce» —intervino de nuevo Murillo, con seriedad y envaramiento, frente a la relajación que mostraban los otros dos acompañantes—. Una de las facetas que se le achacaban es que, pese a apodarlo así, no tenía ningún parecido físico con el dictador fascista. En realidad, su apodo debía ser debido al adoctrinamiento político que recibió durante una estancia en Italia—.

—Hace un momento, decías que no existe, y ahora das información complementaria sobre él, la cual, por cierto, yo desconocía—contestó Jerónimo.

—Forma parte del aura que rodea al personaje, que reitero me parece imaginario o, al menos, si fue real, su existencia está circunscrita al entorno del conflicto civil. Ahora, en la envidiable paz que disfrutamos, un personaje así estaría fuera de lugar.

—No lo creas, camarada —el retintín de Jerónimo al remarcar esta palabra fue evidente—. Ayer noche, vi personalmente las patrullas del partido por la calle, al mando del personaje que das como inexistente.

—Yo mismo, en persona, ordené realizar esas patrullas, para recordar a algunos que ni nos ablandamos, ni olvidamos el lenguaje de las pistolas —el tono de Murillo era ambiguo y distante.

—¿Quién mandaba esas patrullas?

—En fechas atrás el mando lo asumí yo, pero ignoro quién lo hizo ayer noche. Tuve trabajo aquí, en Jefatura, y no pude ponerme al frente, como hubiera sido mi deseo. El jefe provincial fue quien hizo la designación. Quizá fue Román el elegido, porque es un hombre al que le gusta la acción. Podemos preguntárselo, si lo deseas.

El lugarteniente descolgó el teléfono y llamó al tal Román, que apareció poco después en el despacho. Se trataba del individuo que iba de acompañante en la camioneta la noche anterior. A requerimiento de Murillo, afirmó que, en efecto, él había sido quien dirigiera la patrulla de «vigilancia y escarmiento» la noche anterior. Reconoció a Jerónimo, al que dijo haber visto en el portal de su casa.

—Detrás de ti transitaba un coche negro; su ocupante, en cierto momento, te dio algunas órdenes. ¿Quién era ese ocupante? —preguntó Jerónimo con cierto temblor en la voz, denotación del sumo interés que tenía en la respuesta.

—Alguno de mis superiores. Cada noche me ha acompañado uno distinto, incluso, a veces, han participado varios en las razias, incluido el camarada Murillo. No recuerdo ahora quién fue el de ayer.

—Era el «Duce» —afirmó Jerónimo tajante.

—En Jefatura no existe nadie con tal nombre —dijo Román, con signo de extrañeza.

—Es lo que le he dicho yo —intervino el lugarteniente—. Sin duda, a nuestro amigo periodista le atrae el personaje, pero se equivoca de época.

—Será eso —reconvino Jerónimo—. Aunque en ocasión anterior, cuando le hablé a Hermógenes de tal sujeto, dio a entender que existía y que, incluso, le tenía miedo, porque me pidió que dejara de hacer ese tipo de preguntas.

—Lo mismo que te digo ahora —replicó el interpelado—. Ficción o no, la leyenda del personaje está ligada a un tiempo desagradable de nuestra historia, que debemos dejar atrás, para centrarnos en la apasionante reconstrucción de la paz. En cualquier caso, por si sigues creyendo que el tal «Duce» existe, yo te aseguro que no soy tal.

Hermógenes se esponjó en el sillón, como si fuera el único que disfrutara de la conversación.

Indudablemente era un hombre simpático, pero con una carencia absoluta de moral, pues parecía que el asunto del contrabando de arte, a pesar de costarle el puesto y de afectar a su reputación, lo tomara como una quisicosa, que no amenguara en absoluto su sentido del humor y su vitalidad esencial. Incluso cuando patentizó su amistad hacia Jerónimo pareció hacerlo desde esa forma de ser despreocupada e irónica.

—Sabes que comparto un sincero afecto por ti. Por eso pido que te excedas en prudencia. Si, como dices, hubieras llegado a conocer la personalidad del tal «Duce», suponiendo que en realidad existiera, no sería precisamente un motivo de tranquilidad.

—Frente a lo que vosotros me queréis hacer creer —replicó Jerónimo—, yo afirmo rotundamente que el «Duce» existe. Y que, por algún motivo que desconozco, aunque sospecho, el «Duce» se ha dejado ver y seguir; incluso que se me va a aparecer de nuevo en el momento más insospechado.

—Si así fuera, algo tendríais en común el «Duce» y tú para que se comportara de esa manera. En cualquier caso —Hermógenes hubiera parecido un dechado de sinceridad de no ser por el acento mordaz que puso en sus palabras—, un resto de prudencia por tu parte nunca te vendrá mal. Sobre todo, por las noches. Últimamente te entretienes demasiado en ellas. Las sombras son arteras y pueden esconder peligros insospechados. Es más seguro quedarse en casa.

Las últimas palabras de Hermógenes llevaron de nuevo la zozobra al ánimo de Jerónimo. Tenía la impresión de que su interlocutor, más allá de la aparente ironía que parecía exteriorizar, le estaba lanzando una seria advertencia para que cesara en sus atrevidas intromisiones.

Se hizo en la conversación un momentáneo silencio, que Jerónimo aprovechó para excusarse por haber dilatado más de lo previsto la conversación con sus «camaradas»; les dio las gracias por la franqueza con que se habían expresado, y se despidió de ellos. Hermógenes y Román saludaron con un leve movimiento de cabeza, mientras que Murillo, aun sentado como estaba, lo hizo brazo en alto. Quizá quería testimoniar así, ante el redactor-jefe del *Heraldo*, su compromiso de fidelidad con el partido y su dedicación al importante puesto que recién ocupaba. Fuera, camino del periódico, Jerónimo recapituló la entrevista de la siguiente manera: la franqueza a que aludiera por cortesía él mismo en la despedida propiamente había brillado por su ausencia: Román era un esbirro de tres al cuarto; Hermógenes, un vividor que sería capaz de cualquier cosa, incluso de matar, con tal de mantener su

privilegiado *modus vivendi*; y en cuanto a Murillo, ratificó su impresión de personaje adulator y repulsivo, frío de mente y huero de sentimientos.

Salió de Jefatura con las ideas no muy claras, desistiendo de buscar, por el momento, al enigmático individuo. Como le manifestara al antiguo lugarteniente, tenía la convicción de que sería el propio «Duce» quien tomara de nuevo la iniciativa, si encontraba algún motivo para hacerlo. Lo haría, además, sin recurrir a la violencia que tan triste fama le diera. Su modo de

proceder la noche anterior, condescendiente y permisivo, le daba a entender que, de algún modo, quería colaborar en el desvelamiento del misterio de la Torre. Jerónimo se había obcecado con esa misma pretensión, a modo de desagravio hacia la bella mujer embalsamada. En un principio, pensaba que el «Duce», con sus asesinatos, estaba en el centro mismo del misterio. Después de la pasada noche, aunque seguía pensando lo mismo, no acertaba a comprender cuál fuera exactamente el papel del tristemente famoso sicario. Si verdaderamente fue él el causante de los asesinatos, lo más lógico es que intentara seguir manteniéndolos ocultos a lo largo de los años. Que un par de curiosos individuos, de más bien poco fuste, vinieran a entrometerse en un asunto comprometido de su vida, debiera desagradarle. Sin embargo, aunque así fuera, no había tomado, pudiendo hacerlo, ninguna iniciativa sangrienta contra nuestras vidas. Al menos de momento..., aunque estaba el enredo del túnel, que iba directamente dirigido a nosotros. Así que todo seguía igual de confuso.

Entretanto, el único hallazgo de interés que teníamos en mente era el busto confeccionado por Marina. Habíamos quedado Jerónimo y yo en dedicar una tarde a examinarlo minuciosamente, pero sin precisar día. Teníamos ya asumido que el misterio que rodeaba a Marina no se desvelaría tanto por nuestros esfuerzos, como por el componente de azar que interviniera en él. Pese a la pretenciosa frase de Jerónimo sobre la claudicación e ineptitud de quien permite que su vida sea regida por los vaivenes de la casualidad, lo cierto era que ella nos guio hasta la Torre y nos condujo, de algún modo, hasta el nivel de conocimiento que teníamos ahora. Nuestras iniciativas y aciertos, si es que los había, venían a ser como la necesaria aseveración de ese elemento azaroso.

Jerónimo había amainado mucho en su pasión amorosa a raíz de la enfermedad. Sin dejarla nunca del todo, ahora pasaba más noches en su casa que en las ajenas. Debido a su temprana y exitosa dedicación, tenía del amor un concepto bastante mercenario y mezquino, inevitablemente ligado al sexo. Las mujeres, de cualquier edad y condición, buscaban sus favores y él libérrimamente los concedía. Eso no significaba que tuviera hacia ellas algún tipo de desconsideración o desprecio. Al contrario, además de un amante experto, era hombre siempre cortés y educado, lo que acrecía sus méritos ante las féminas. Nunca, eso sí, permaneció ninguna en su pensamiento más allá de la noche que cumpliera con cada una de ellas. Con la misma facilidad con que las amaba, las olvidaba.

Por eso me extrañó sobremanera la inédita situación con que afrontó la relación con Cristina. La conoció en mi casa, con ocasión de interesarse por mi padre, convaleciente de una operación quirúrgica. Colaboraba asiduamente mi progenitor en la clínica privada del de Cristina, don Dacio, el todopoderoso director del Hospital Provincial. Por esa causa, existía una buena relación amical entre mi familia y la de don Dacio, no exenta de cierta subordinación hacia quien era el superior y mandamás, no ya solo del hospital, sino de casi toda la ciudad. A Cristina la conocía yo de siempre, aunque nunca tuve con ella un trato directo y personal. Estaba demasiado encumbrada, por ser hija de quien era. Agradecí, no obstante, su gesto de afecto hacia mi progenitor, visitándolo en nuestro domicilio. Había anunciado previamente su llegada, lo que supuso para mi madre un trabajo extra: primero, para preparar sobre la marcha unos bollos blancos, con los que obsequiar a la visitante; dulces exquisitos, hojaldrados, realizados con manteca, harina y vino blanco, de cuya perfecta hechura mi madre presumía con razón. Y después, porque, con las mismas prisas, rodilla en tierra, procedió a abrillantar el piso de mosaicos con una capa de cera, para que tuvieran una apariencia lustrosa, como de mármol recién instalado. Era una tarea enojosa, que incluía el extendido previo de la cera por todas las habitaciones, y esperar a que seicara; a continuación, arrodillada sobre el suelo, procedía con una gamuza a sacar el brillo a los mosaicos, mediante vigorosa y continua frotación. Cuando terminaba la operación, el suelo ofrecía un aspecto deslumbrante, como de casa de postín. A partir de este momento, el incordio era para nosotros, los habitantes de la casa, pues mi madre nos impedía pisar el suelo para que no se quitara el barniz céreo que tantos esfuerzos le ocasionara. Así que nos tenía preparadas, a la entrada misma de casa, sendas bayetas de lana, en las que debíamos poner los pies, transitando por las habitaciones sobre tales adminículos. El suelo con la cera quedaba muy resbaladizo, por lo que cada movimiento implicaba un verdadero equilibrio, corriendo el riesgo de caer trastabillados. Nadie se atrevía, sin embargo, a rechistar, para no deteriorar la fatigosa labor realizada por el ama de casa.

Fue, el de mi madre, un trabajo doblemente inútil, porque Cristina, cuando llegó, ni siquiera bajó la vista hacia el suelo, para constatar la belleza del polícromo mosaico; era demasiado

engreída como para permitirse ante testigos inclinar la testa o deponer la vista. En cuanto a los bollos, declinó su degustación, porque apenas venía de tomar el té con unas amigas, según comentó. Más bien creo que su asumido linaje le prohibía realizar un acto de manduca en casa de alguien que no pertenecía a su casta; una confraternización que, en su rígida etiqueta de urbanidad, hubiera supuesto poco menos que rebajarse. Yo agradecí interiormente su cortés desgana, porque fue la manera de que los bollos, que eran mi predilección, quedaran exentos de cualquier compromiso social.

Estaba todavía la encopetada visitante en casa cuando llegó Jerónimo. Conocía la existencia de Cristina por mis conversaciones. Desde luego, la imagen que le transmití no fue precisamente la más favorecedora para ella. Era una mujer que en verdad me exasperaba por su cursilería y su simpleza. Mientras que mis padres la halagaban en extremo, con ese miramiento interesado que se tiene hacia la hija del superior, yo jamás mostré el menor afecto o cortesía por ella. Era una actitud, en parte, de correspondencia, ya que ella jamás tuvo para mí una mirada considerada o un detalle de atención. Yo para ella era como un mueble más de la casa, de los que no se repara en ellos. Suponía que esta actitud de displicencia era debida a que no me consideraba un hombre de su mismo rango social, por lo que daba por hecho que yo prácticamente no existía en su particular universo vital.

La tarde en que acudió a visitar a mi padre, estaba de pie Cristina junto al lecho de aquel, pese a que mi madre le ofreció una silla para que se sentara. Sabíamos que no lo haría, porque eso hubiera supuesto otro acto de confianza impropio de alguien que se cree muy por encima de aquellos a quienes visita. La estancia de Cristina duró unos pocos minutos, los necesarios para interesarse por la evolución del enfermo y desearle una pronta mejoría. Esas eran las palabras que yo suponía diría, y esas mismas dijo; quizá, pensaba yo con malicia, porque se expresaba mediante fórmulas rituales, sin que fuera capaz de pensar por sí misma alguna frase inédita. Una vez que expresó su estereotipado deseo, mi madre y yo la escoltamos hasta la puerta; yo un paso más atrás, como si cumpliéramos la estricta posición jerárquica propia de una revista militar. Antes de que alcanzáramos la puerta, llamaron a esta. Me adelanté y abrí. Era Jerónimo. La buena planta de mi amigo sorprendió a Cristina, que se quedó mirándolo con indisimulada admiración. Esto me hizo comprender que aun la mujer más insulsa, como aquella, podía alertar sus instintos básicos al encontrarse con un buen galán.

A Jerónimo el encuentro no le inmutó de momento. Supo desde el principio de quién se trataba, por la descripción que yo hiciera de ella en varias ocasiones. Así que la saludó con frialdad y despego. Cristina, sin embargo, persistió en su mirada de atención. Por un momento olvidó sus modales de niña cursi y se dedicó a admirar al inesperado adonis que aparecía bajo el marco de la puerta. Mi madre intercedió y explicó que el recién llegado era un amigo mío. Yo la fulminé con la mirada por haber tenido semejante atención, a sabiendas de que mi persona para la encopetada dama era inconsistente y accesoria. Jerónimo le ofreció la mano con indiferencia. Ella la recogió en su pequeña mano enguantada y la sostuvo un instante, mientras lo envolvía con una mirada acariciadora. Jerónimo estaba acostumbrado a esas miradas comprometidas de las mujeres y ya no le ocasionaban efecto alguno.

Quizá todo hubiera acabado ahí, en ese aséptico intercambio de saludos, de no haber sido por

el inconsciente repaso físico que Jerónimo hizo de Cristina. Era esta una mujer bastante alta, superior, desde luego, a la media habitual, no solo en mujeres, sino también en hombres. Me sacaba toda la cabeza, lo cual era motivo suficiente para incomodarme y acomplejarme. Tenía una estructura fuerte, sin llegar a gruesa, según era habitual en las mujeres de la época, y vestía traje de chaqueta cheviot impecable, como correspondía a su alta alcurnia. Como adorno, colgaba alrededor de la garganta un collar de perlas de doble vuelta. No era una mujer propiamente bella, pero llamaba la atención por su empaque y distinción. A Jerónimo no le satisfizo demasiado el repaso visual que le dio, porque soltó la mano de ella y se apartó a un lado de la puerta para dejarla pasar. Fue entonces cuando se fijó en sus pies. Fue como si sufriera una súbita transformación. Jerónimo siempre tuvo predilección, diría casi morbosa, por los pies femeninos. Para él era una zona altamente erógena, por motivos que yo no alcanzaba a comprender. A mí, los pies, cualesquiera, de hombres o mujeres, me resultan particularmente vulgares, si no despreciables. Y en el caso concreto de la mujer pienso que tiene zonas corporales infinitamente más interesantes. Pero Jerónimo no pensaba así, me constaba, porque habíamos discutido muchas veces a cuenta de eso. No sé si su intensa actividad amorosa pudo originar en él un rechazo hacia las partes más comúnmente tenidas como eróticas en la mujer, residenciando su belleza en algo tan anómalo y tan prosaico como los pies. Él solía recordarme que en las culturas orientales los pies femeninos son uno de los elementos corporales más influyentes en la atracción sexual, citándome la costumbre china de vender los pies a las niñas para que no le crezcan demasiado, pues el «pie de loto» se considera la zona más erótica de la mujer; argumento este que no contribuía a eliminar mi perplejidad. Propiamente, la opinión de Jerónimo sobre los pies femeninos me parecía una de sus más perspicuas extravagancias.

Cristina tenía unos pies quizá algo pequeños en proporción al resto del cuerpo, no sé si por estructura natural o porque se los hubiera vendado de pequeña, como los chinos. Los debía de haber tratado con sumo cuidado, porque a través de los abiertos zapatos y de las medias se visualizaban unos pies sin rozaduras ni deformaciones, con el empeine suavemente descendiendo para rematar la delicada plataforma con pequeños y armónicos apéndices dactilares. Sin ser yo un especialista en pies, tuve que reconocer que los de Cristina eran particularmente atractivos. Comprendí, por eso, la fascinación que originaron en mi amigo.

—Permítame que le diga, señorita, que tiene usted los pies más hermosos que jamás haya contemplado. —El elogio salió de la boca de Jerónimo con arrebatada sinceridad y emoción.

A Cristina la alabanza le sorprendió tanto como le complació. Quizá era la primera vez que le hacían semejante reconocimiento, pero viniendo de un hombre tan apuesto como Jerónimo era para sentirse halagada. Tanto que, cuando él le propuso acompañarla hasta su casa, ella no puso impedimento alguno. Después, al despedirse de ella, expresó su vehemente deseo de volver a verla. Ella no dudó un instante cuando lo citó para la mañana del día siguiente, a las ocho. Era una hora insólita para una cita de amantes, pero Jerónimo no puso ninguna objeción.

Generalmente, como regresaba a deshora del periódico, no solía Jerónimo levantarse antes de las once de la mañana. Cuando alguna vez fui a buscarlo con anterioridad a esa hora, me recibía con un humor de perros y me costaba no poco esfuerzo conseguir que se incorporara de la cama. Pero aquel día de la cita con Cristina recibió las primeras luces del día con el mejor humor y

acudió puntual a la puerta de ella. La misma puntualidad tuvo también Cristina para salir al encuentro del galán. Fue un detalle de buena educación, que Jerónimo ponderó gratamente. Tenía de la puntualidad una de las exigencias personales que promueven una educada relación social, por lo que, a la vez, la exigía también a los demás como obligada norma de cortesía. Podía parecer una tontería tal grado de exigencia hacia algo que la mayoría no le daba la menor importancia; pero a Jerónimo le molestaba en grado sumo, y no reparaba en ponerlo de manifiesto, la gente que no tenía esa norma mínima de deferencia hacia los demás, que representaba la puntualidad.

Cristina vestía traje de chaqueta negro, con la falda llegándole casi a los tobillos, y se cubría la cabeza con un primoroso velo de encaje, también negro. En la mano izquierda sostenía un libro devocionario. Comprendió entonces Jerónimo que ella se disponía a asistir a misa. Él jamás había vuelto a pisar una iglesia desde que sus padres lo llevaran de pequeño. La cuestión religiosa, como ya he tenido ocasión de exponer, le resultaba indiferente e, incluso, molesta. Le parecía la expresión de un sentimiento irracional, exacerbado y excluyente. Semejante despegó por su parte podía resultar peligroso en momentos como el presente, cargados de exaltación ideológica político-religiosa. Pero él procuraba llevar discretamente su apartamiento eclesial, sin hacer alarde de ello, antes al contrario, teniendo buena amistad con algunos de los clérigos más influyentes de la ciudad.

Aquella mañana tan singular para él, lo fue también por conocer la inédita y consciente entrada de Jerónimo en un templo. Propiamente, era la capilla recoleta y austera de un convento monjil de clausura, aledaño al domicilio de Cristina. En el fondo de la capilla existía una gruesa reja, que separaba la zona eclesial común de la conventual. A través de ella, acertó a vislumbrar en suave penumbra las figuras hieráticas de unas pocas monjas. Cristina ascendió hasta la primera fila de bancos, se arrodilló, abrió el devocionario por la página que marcaba una pequeña cinta roja y se enfrascó devotamente en la lectura. Apenas un par de minutos después, salió el sacerdote y comenzó a recitar el «Introito ad altare Dei». Desde la parte de atrás, tras el enrejado, se escuchaba, en apenas un susurro, la unísona contestación de las monjas a las invocaciones del celebrante. A Jerónimo le agradó la sonoridad de aquellos latines sosegados y cadenciosos. En aquel ambiente recogido y pleno de espiritualidad, el lenguaje del imperio parecía tener aura de eternidad. Recostado en el bancal, Jerónimo tuvo la impresión de que en aquella capillita el tiempo retrocedía y transportaba a los presentes a épocas pretéritas, consustanciales con místicos, héroes y conquistadores, por la magia de una creencia y por el impulso de una lengua inmortal.

Entre susurros de latines, la celebración prosiguió a buen ritmo, hasta llegar al momento de la comunión. El sacerdote tomó en sus manos el copón, dio media vuelta y se acercó al lugar donde estaban Cristina y Jerónimo. Le siguió el hombruco de semblante bobalicón, que hacía las veces de monaguillo, con la palmatoria en una mano y la patena en la otra. Cristina recibió la comunión con singular fervor. Como Jerónimo estaba a su lado, el sacerdote escogió otra hostia y se la ofreció. Jerónimo lo miró con asombro y estuvo a punto de decir que él no estaba en condiciones de comulgar. Pero tenía ya la forma tan cerca que instintivamente abrió la boca para recibirla. Mientras el celebrante se desplazaba a continuación hasta el fondo de la capilla para dar la comunión a las monjas, Jerónimo se dedicó a dar vueltas en la boca a la oblea para que se

deshiciera. Era la segunda vez que la recibía, sirviéndole la experiencia para recordar el momento lejano de su niñez en que aceptara la primera comunión. También entonces le aconteció lo de ahora, que no sabía si tragar la forma directamente o esperar a que se deshiciera. Esto, otrora, le planteó seria preocupación acerca de qué era propiamente lo correcto. Incluso recordó la admonición de su madre para que no se olvidara de beber agua cuando llegara a casa, a fin de limpiar la boca de cualquier residuo divino. Lo que le hizo enlazar con el pensamiento de que si su progenitora se hubiera enterado de que comulgaba sin confesar y sin ayunar, le hubiera dado una buena solfa.

Entre tanto, el sacerdote ascendió hasta el altar y concluyó el sacrificio. Cristina se mantuvo todavía de rodillas unos minutos, empapándose de las oraciones devocionales. Jerónimo aguardó sentado, dedicado a contemplar la escueta capilla. El testero estaba cubierto por un retablo nada pretencioso, como si quisiera amoldarse a la austeridad esencial del recinto. Constaba de dos cuerpos, para acoger a otras tantas efigies de santos, y su factura era simplista, con columnas delgadas, sin vanos retorcimientos, y con una pátina dorada opaca. Cualquier amago de ostentación parecía vedado en la singular capillita. De una puerta lateral, volvió a salir el sacerdote, despojado ya de los ornamentos sagrados, y se acercó a Cristina, a la que saludó ceremoniosamente. Era un hombre de rostro voluminoso, mofletes rubicundos y ojillos insignificantes en medio de la mole de carne que los rodeaba. Su tronco cervical, poderoso en su plenitud, se confundía en parte con la solemne papada y en parte desaparecía tras el alzacuello, como si pretendiera buscar el fundamento necesario para tanta succulencia carnal. Todo ello, incluida la prominente andorga, denunciaba al hombre que reserva sin pudor sus mejores energías para el buen yantar. A Jerónimo le dedicó un leve movimiento de cabeza y un casi imperceptible estiramiento de labio, que pretendía ser un amago de sonrisa. La misma inclinación de testa, leve y apenas perceptible, semiimpedida por la rigidez del cuello, dedicó a la comunidad monjil que se ocultaba tras la reja. Rozó con los dedos el agua bendita contenida en la pequeña pila situada junto a la puerta, se persignó apresuradamente y salió.

Cristina se incorporó y, antes de salir, se acercó a un cepillo para echar algunas monedas. Según le dijo a Jerónimo, una vez fuera, la comunidad monjil que habían visitado era pobre y pasaba grandes necesidades. Con parsimonia, la pareja regresó hasta el domicilio de Cristina. La calle estaba ausente de transeúntes en aquella temprana hora y se respiraba en el ambiente una paz proverbial. El recinto conventual constaba, además de la iglesia rematada por fuera en airosa espadaña, con una mansión aneja, robusta y señorial, donación a las monjas de un antiguo noble. Se ubicaba en una plazuela de la parte antigua, bordeando un jardinillo, cuyo césped se protegía del asfalto mediante un bordillo de cemento en todo su perímetro. Varios tilos, simétricamente colocados, semejaban con su hierática quietud grandes centinelas al cuidado del austero recinto conventual. En el centro del jardín, entre el hueco que dejaban dos tilos, había un pétreo pedestal, al que se accedía por tres escalones del mismo material, que sostenía el busto en bronce de un fraile; inmediatamente debajo, con letras de bronce fijadas en la piedra, figuraba la dedicatoria: «A fray Diego de Deza, inquisidor». El caserón palaciego, con sus ventanas de celosía, cerraba en ángulo recto la parte interior de la recoleta plazuela. Sobre él se asentaban los arbotantes de un vecino templo románico. La parte derecha de la zona conventual era contigua a las

instalaciones de la familia de Cristina. Constaban de un alto tapial, que guarnecía el frondoso jardín, seguido de una esbelta edificación de dos plantas, con el estilo modernista propio de principios de siglo. La parte superior la usaba la familia para su residencia, mientras que la planta baja estaba destinada a clínica.

La pareja paseó con parsimonia para recorrer el corto trayecto que separaba el convento de la casa de Cristina. Cuando llegaron a su puerta, se entretuvieron en comentar la placidez de la mañana y su radiante luminosidad. Para Jerónimo, especialmente, la situación le resultaba fascinante, acostumbrado como estaba a la vida nocturna. Le parecía que la pureza de la vida, su sencillez esencial, tal y como la recordaba de su época de niñez, se hubiera instalado de nuevo en él. Sentíase inmerso en un mundo recobrado, pleno de imágenes sugerentes, que llevaban a su alma aromas de felicidad; un mundo donde la ingenuidad daba paso al bienestar y donde la bondad extendía su sencillo manto para acoger a los seres ansiosos de dicha personal.

Fueron aquellos momentos de reposo conventual y de plácido paseo por un escenario urbano antiguo y sosegado como un bálsamo para el alma atormentada de Jerónimo. Mientras caminaba en silencio al lado de Cristina, con las manos en los bolsillos del pantalón y la cabeza baja, recuperó la imagen de su madre y, a su socaire, aquellos mismos paseos con ella, para acompañarla a la misa matutina, por calles parecidas en ambiente y en sosiego. Aunque solo fuera por esa reminiscencia feliz que Cristina le posibilitaba, sintió por ella la gratitud plena y sincera que se tiene hacia los seres angelicales. Ella, junto a la exquisitamente labrada puerta de su casa, le dio las gracias por la compañía y le permitió volver a buscarla a la siguiente mañana, en la misma hora y para idéntico compromiso. Jerónimo, subyugado como estaba por los inéditos efluvios del ambiente y de la mañana, aceptó encantado y le agradeció, a su vez, el haberle reiniciado en unas costumbres de vida que prácticamente tenía olvidadas.

Esa placidez espiritual se mantuvo en él varios días. Durante ellos se olvidó de cualquier asunto mundano, para vivir con intensidad su inocente relación sentimental. Físicamente se encontró mejor que nunca y olvidó momentáneamente sus problemas respiratorios, a lo que contribuyó, sin duda, su deliberada abstinencia de fumar. Le parecía blasfemo ensuciar el límpido ambiente de aquellas mañanas plácidas y luminosas con el humo del tabaco; tanto como estragar su paladar con el sabor a nicotina, después de tener en él el cándido pan de ángel. Durante los aproximadamente ocho días que Jerónimo acompañó a Cristina al retiro conventual, recibió, como ella, la comunión. Lo hizo con la sinceridad de quien está limpio de culpa y acoge, a través del minúsculo trozo de harina y agua, las ilusiones de una humanidad bienintencionada y fecunda; aunque con la heterodoxia del no iniciado, que, sin ajustarse a formalidades y ritos dogmáticos, pretende participar en un simbolismo de comprensión y amor.

Durante esos días germinales apenas si intercambiaron palabras entre él y ella. Jerónimo se extraviaba con facilidad en la gratuidad de sus acogedoras sensaciones y Cristina respetaba sus silencios. Al cabo de una semana, como si él estuviera ya ahíto de recogimiento y misticismo, comentó a Cristina que un hombre y una mujer podían hacer algo más que asistir a misa por la mañana.

—Eso mismo piensa mamá —asintió Cristina—. Había considerado por eso que vinieras a vernos esta tarde, más que nada para que conozcas a mi familia.

Jerónimo había previsto invitarla al cine o a dar un paseo, pero accedió al deseo de Cristina y quedaron en verse a última hora de la tarde. Le abrió una doncella pulcramente uniformada y, a través de un amplio vestíbulo, lo condujo por una espléndida escalera con peldaños de mármol y balaustre de reluciente metal dorado, hasta los aposentos de la familia. Durante el momento que estuvo solo, Jerónimo constató el apabullante mobiliario de la habitación, con sofás tapizados de terciopelo rojo, cuadros de bella factura adornando la pared, primorosos bargueños, mesas-centro con delicados objetos de porcelana y marfil y, colgando del techo, dos preciosistas lámparas de cristal. Cristina apareció de inmediato para pedirle a Jerónimo que la acompañara hasta la habitación donde se encontraba su madre, que anhelaba conocerlo. Era una señora de carnes abundosas, pelo canoso recogido en artístico y laborioso moño y semblante fatigado. Movía su cuerpo con dificultad, mediante pasitos cortos, y su voz parecía cansada, pero no exenta de energía. Con ella estaban dos sirvientas, a las que daba órdenes incesantes para que cambiaran de sitio algunos objetos de la habitación. Cuando Cristina hizo las presentaciones, la señora miró con descaro a Jerónimo

—¡Vaya, eres un buen mozo! —aseveró tras el examen—. Mi hija ha tenido buen gusto al escogerte.

Jerónimo estuvo a punto de decirle que a él no lo escogía nadie, si acaso, era él quien se reservaba la posible elección. Calló, no obstante, por prudencia, mientras la señora lo sometió a un interrogatorio descarado acerca de lo que hacía y de su árbol familiar. Dio muestras de satisfacción al saber quién era el padre de Jerónimo, hombre trabajador, según dijo, que había colaborado mucho en la clínica. No mostró el mismo entusiasmo con la profesión del hijo. Lo de periodista le parecía una actividad gregaria y poco edificante, aunque eso, advirtió, bien lo podía arreglar su marido. Hablaba de este desde la fe omnímoda en su poder, como podía hacerlo de Dios. Quizá lo fuera, porque ya no solo en la clínica, sino en la misma ciudad hacía y deshacía a su antojo, pese a que no ostentase ningún cargo oficial en el partido único. Los gerifaltes de este, sin embargo, no osaban inmiscuirse en las decisiones del todopoderoso médico. Le venía a este la influencia nada menos que de su amistad personal con el dictador, con el que compartiera milicia en la época en que don Dacio era médico militar en la zona del protectorado español. Cuando la revuelta incivil, don Dacio fue el representante personal del Caudillo en la zona, reclutando hombres y dinero para su causa. El médico conservaba intacta esa amistad, que le permitía mover los influyentes hilos del poder local. Inteligente y ladino como era, don Dacio procuraba no inmiscuirse en el terreno de los políticos, al igual que estos mostraban público respeto y admiración por el poderoso médico, en descarada muestra de servilismo.

La señora recomendó a su hija que pasara a Jerónimo por el jardín, para que admirara su espléndida belleza. No exageró nada. Se trataba de un maravilloso vergel, que ocupaba toda la parte posterior de la clínica y se extendía, incluso, más allá de esta, hasta la medianía del convento, con el que lindaba. Encementados paseos atravesaban zonas de verdor, primorosamente cuidadas, en las que crecían árboles de diversas especies, todas ellas perennes: abetos robustos, cedros titilantes, camelias de flor roja, madroños frondosos, cuyas ramas mostraban abundosas el pequeño y encarnado fruto, palmeras enhiestas y magnolias de amplia y brillante hoja. Estas, en medio del jardín, delineaban una rotonda, alternando con cipreses. En

medio de ella había un gótico templete, rematado en cúpula y chapitel, todo él de mármol blanco. Una pérgola, en la que se enredaban manojos de rosas, cubría el paseo central. Diversas estatuas de factura clásica, cuidadosamente distribuidas, denotaban el gusto de los propietarios por la cultura milenaria. Con ser apabullante el conjunto ajardinado, lo mejor de él era, precisamente, la vista exterior que permitía. Situado en la zona más elevada de la ciudad, desde allí se contemplaba un dilatado y venusto paisaje, cromático y variado, que incluía la llanura meseteña en una parte de él, cediendo paulatinamente su planicie hasta rematar, al lado opuesto, en suaves colinas boscosas. Todo ese conjunto paisajístico declinaba, a su vez, en un frondoso arbolado delineando el anchuroso cauce fluvial, que lamía los aledaños de la ciudad. Desde la privilegiada situación del jardín, se contemplaban todos los puentes tendidos sobre el río, siendo posible entrever la siempre calmosa vida ciudadana que discurría por ellos.

Jerónimo aceptó gustoso la invitación de Cristina para sentarse en un muelle balancín, gozando del impoluto vergel. Inmerso en la exultante belleza que le rodeaba, comprendió que allí la vida transcurría fácilmente, como en un paraíso ideal, lejos de las miserias del mundo y de los agobios cotidianos que asaltaban a los hombres corrientes. En medio de aquel espacio privilegiado, se olvidaba, incluso, la condición mortal, y solo se tenían pensamientos de gratuidad y complacencia por la oportunidad de poder gozar de aquellas caricias fragantes y de las sugerentes visiones. Quizá incluso allí el tiempo no existiera y fuera un espacio apto para el gozo de la belleza eternal.

Permaneció Jerónimo mucho tiempo sin hablar, enredado en la dulzura y los primores de ese edén peculiar, mientras se mecía suavemente con el vaivén del cómodo balancín. Se habría olvidado hasta de la presencia de Cristina, si esta no le hubiera preguntado por la impresión que le sugería lo que estaba viendo. Jerónimo reconoció que estaba anonadado por tanta belleza y la felicitó por la oportunidad de disfrutar asiduamente de ella.

Recordó en esto que la primera atracción que tuvo hacia Cristina fue motivada por sus pies. Se acercó a ella, la despojó de uno de los zapatos y sostuvo el pie entre sus manos.

—He mantenido siempre la creencia de que la parte más hermosa del cuerpo femenino se encuentra en sus pies. He visto muchos, pero te aseguré que los tuyos son tan perfectos y bellos que no desmerecen en nada de este fantástico paisaje que nos rodea.

Masajeó levemente el pie, pero Cristina lo retiró y volvió a calzarlo con un mohín de disgusto.

—Está bien lo que dices, pero a cada cosa hay que darle su valor. El de las personas no están en los pies, sino en su cara. Como dice mamá, la cara es el espejo del alma.

—¿De qué alma? Repliqué indolentemente Jerónimo, anonadado todavía por la singular belleza del jardín.

Cristina lo miró con asombro.

—¿Cuál va a ser, hombre? La nuestra, la que tenemos todos los seres humanos.

—Si te digo la verdad, no sé si tenemos alma, pero, para el caso de que la tengamos, tampoco sé dónde se aloja, ni que tenga por espejo la cara de cada cual. Esta, si acaso, expresa emociones, intenciones y sensibilidad.

—¿Cómo puedes decir esas cosas? —Cristina pasó del asombro a la estupefacción—. ¿Y cómo puedes decir que no sabes que tenemos alma? Don Serapio, mi director espiritual, el

sacerdote que oficia la misa conventual, me recuerda diariamente la necesidad de tenerla limpia y pura, como cuando éramos niños, para poder conservarla.

—Tampoco sabía, caso de tener alma, que pudiéramos perderla, como un riñón o una pierna —, contestó Jerónimo, que mantenía la conversación en un tono ambivalente, entre la extrañeza y la indiferencia.

—Naturalmente que la tenemos. Ella es la que nos diferencia de los animales.

—Si es así, no debe de servir para gran cosa, porque conozco muchos animales que, pese a no tener alma, se comportan con mucha más piedad y compasión que las personas.

—No sé qué te ocurre, pero parece que te has propuesto disgustarme, diciendo esas cosas tan raras.

Cristina se mostraba ofuscada y confundida. Cruzó los brazos sobre el pecho y adoptó una actitud de disgusto. Jerónimo le pidió perdón, por si la había molestado con sus palabras, y ambos permanecieron en silencio un buen rato. Estaba anocheciendo y soplabla una leve brisa. Cristina dijo tener frío y se levantó. Se retiraron al interior y Jerónimo se despidió, por acercarse la hora de ir al periódico.

Cuando, en la mañana siguiente, fue a buscarla para acompañarla a misa, Cristina parecía haber superado el enfado. No así la conversación que lo motivara, porque, en el momento de recibir la comunión, el celebrante se acercó, como hiciera en ocasiones anteriores, a la pareja y le ofreció la forma, primero a Cristina, y después, a Jerónimo. Este, con la habitualidad y naturalidad con que la recibiera otras veces, y sin mayores implicaciones por su parte, se dispuso a recibirla; pero Cristina detuvo el brazo al sacerdote y le susurró que su acompañante no deseaba comulgar esa mañana. El oferente reaccionó con comprensión, porque dio la vuelta y regresó al altar. No así Jerónimo, el cual se sorprendió en un primer momento de la actitud asumida por Cristina, dirigiéndose malhumorado a ella en voz baja, mientras el sacerdote ultimaba la parte final de la misa.

—¿Por qué has hecho eso? Es un desprecio hacia el sacerdote y hacia mí.

—Mayor desprecio es hacerse pasar por creyente, sin serlo.

—Eso no le importa a nadie. Además, tú no sabes en lo que creo y en lo que no creo — contestó Jerónimo.

—No sé si creerás en algo, pero desde luego, en el alma, no, lo cual es muy grave —replicó, ofendida, Cristina, elevando algo la voz.

Don Serapio debió de escuchar el último comentario, porque volvió la cabeza hacia Cristina y le rogó silencio. Ella obedeció y se resguardó en un mutismo forzado. Así continuó hasta la puerta de su casa, manteniendo una actitud de empachoso enojo. A Jerónimo, pasada la reacción inmediata en la iglesia, le pareció pueril semejante postura e ironizó sobre la conveniencia de ponderar los enfados según la gravedad de los motivos. El de Cristina le parecía más bien nimio.

—Las cosas de la Iglesia nunca son nimias —replicó ella—. Eso es algo en lo que siempre ha insistido papá.

—No discuto sobre la Iglesia y sus cosas; simplemente digo que no hay nada malo en comulgar, aun sin creer en lo que se recibe, cuando se hace de buena fe —Jerónimo se mostraba paciente y comprensivo—. Yo te aseguro que lo que hago por ti, está siempre hecho con la mejor

intención. En realidad, nada más puro e inocente he vivido que estas mañanas junto a ti. Me han recordado los momentos más felices de mi vida, aquellos en los que de niño acompañaba también a mi madre a misa, como ahora he hecho contigo.

La evocación del preciado recuerdo motivó en Jerónimo una emoción soterrada que le hizo guardar silencio un momento. Cristina percibió la emotividad de su acompañante, porque en un gesto inconsciente le acarició brevemente el pelo, mientras comentaba:

—Es bueno que una mujer traiga el recuerdo de la propia madre, por sinceridad de sentimientos y porque eso significa que ambas tienen algo en común.

Jerónimo no dijo nada, pero pensó que, salvo el hecho de asistir diariamente a la misa matinal, su madre y Cristina no tenían absolutamente nada en común. En cualquier caso, le pareció bien que, por una vez, Cristina emitiera un juicio propio, sin apoyarse en el de sus familiares.

—Es lo que dice mamá: el mayor orgullo de unas hijas es parecerse a sus madres —remató Cristina.

Jerónimo le dirigió una mirada de reprobación pero de la que ella no supo percatarse. La grata comparación entre ella y la madre de Jerónimo, que este le hiciera, parecía haberla llenado de satisfacción. Algo así como si le hubiera efectuado una declaración de sentimientos. Con ese buen talante, le pidió que viniera a compartir con ella la tarde en el jardín, como el día anterior. Jerónimo tuvo por un instante la sensación de que el jardín era una cárcel exultante y maravillosa, pero cárcel al cabo; y que Cristina, con su falta de ideas, que suplía mediante citas de sus progenitores, y con su personalidad anodina, pese a que tuviera unos pies que le fascinaban, era una sutil carcelera que lo estaba encadenando por momentos. Con el incómodo que le sugerían esos pensamientos, replicó que hoy había previsto pasar la tarde en el cine. Aunque no lo explicitó, pensaba ir él solo. Pero Cristina entendió que la estaba invitando y aceptó de buen talante, ya que, según dijo, hacía años que no asistía a una sesión pública de cine. Aclaró, no obstante, que en la clínica tenían una pequeña sala de proyección, por lo que podían ver alguna película en privado, sin que los molestara nadie. Jerónimo rechazó la idea con energía, consolidando su idea de que la clínica, la familia de Cristina y esta misma formaban una tupida malla que estaban desplegando en su entorno, para inmovilizarlo y anular su voluntad.

A la hora prevista, acudió por la tarde a buscar a Cristina, sin la convicción que mostrara en los días previos. Paradójicamente, ella parecía más relajada y satisfecha que nunca. Pasada la moderación de las jornadas iniciales, ahora se agarraba del brazo de Jerónimo, con la confianza y seguridad de quien lleva algo muy suyo. Durante el paseo hasta el Teatro Principal se encontraron con bastante gente, que saludó a la pareja con entusiasmo. Los conocidos de Jerónimo felicitaban a este por haber sabido llamar la atención de una dama de tan alta alcurnia como Cristina. Los amigos de ella se entusiasmaban por el buen gusto que demostraba al llevar del brazo a tan espléndido galán. Todo eran parabienes, que Cristina recibía con la mejor de las sonrisas y Jerónimo con un recelo acrecentado a cada paso que daba. Acogió con un suspiro la llegada al teatro, porque, al menos, allí no tenían el acoso de nadie.

Sí se percató, empero, de leves cuchicheos en algunos de los que ocupaban las butacas, así como de miradas discretas hacia ellos. Era evidente que constituían el centro de atención de todos los presentes. Jerónimo sabía que esa inusual atención no la provocaba él. Su labor

periodística apenas era percibida en un estrecho círculo de influencia. Toda la expectación la provocaba Cristina, por ser la hija del todopoderoso don Dacio. Posiblemente los comentarios en voz baja trataban de calibrar las cualidades de Jerónimo como acompañante y extraer conclusiones acerca de si era el hombre idóneo, o no, para tan distinguida dama. El hecho de ser objeto de las miradas de todos incomodó a Jerónimo. Tuvo la impresión de que era un advenedizo al que se le permitía estar al lado de Cristina por benevolencia de ella, y nada más. Cristina, entretanto, se mostraba feliz. A intervalos, desplegaba el abanico y lo agitaba suavemente con elegante compostura. Mientras lo hacía, sonreía con suficiencia y hacía algún comentario intrascendente, como el buen ambiente que percibía esa tarde en el patio de butacas o la grata reunión social que posibilitaba un medio como el cine, que de por sí le parecía insulso y de mal gusto.

Jerónimo estuvo a punto de replicar que, lejos de ser insulso, el cine constituía el medio de expresión intelectual más genuino de nuestro siglo, pero se retuvo ante la perspectiva, más que segura, de provocar una discusión, que hubiera escandalizado a no pocos de los que se sentaban alrededor. Algunos de ellos efectuaron un saludo ceremonioso, aunque nadie osó acercarse, para no perturbar la intimidad de los enamorados. El que sí lo hizo, para satisfacción de Jerónimo, fue el buen amigo Leopoldo. Desde arriba, había salido un momento de la cabina de proyección y vio a la pareja. Se alegró de ver a Jerónimo tan bien acompañado y, tal como estaba, sin despojarse del mono que llevaba puesto, bajó a saludarlo. Con su vocecita aguda y chillona, se acercó y estrechó efusivamente la mano de su amigo. Este, después del mal rato que llevaba con tanta insulsez y refinamiento, se incorporó de la butaca y dio un fuerte y sincero abrazo a Leopoldo. La reacción de Cristina fue muy otra. Cuando descubrió en el recién llegado el mono plagado de manchas de pintura, hizo un gesto de asco y volvió la cara hacia el lado contrario. Leopoldo había ya extendido la mano para saludarla, pero quedó pendiente en el aire sin nadie que la recogiera. El recién llegado se encogió de hombros, como lamentando no poder saludar a la dama que acompañaba a su compañero de tantos buenos momentos. Este tocó el hombro de la mujer, advirtiéndole que «su amigo Leopoldo» deseaba saludarla. Ella, sin volverse, le extendió la mano, y la retiró con rapidez. Leopoldo y Jerónimo cruzaron una mirada de comprensión y aquel volvió a la cabina para comenzar la proyección.

En cuanto quedaron solos, Jerónimo reprochó a Cristina la deliberada frialdad y descortesía que había mostrado con Leopoldo. Ella, en tono ofendido, le reprochó, a su vez, el mal gusto que tuviera presentándole a un individuo tan estafalario y sucio. Le aseguró que de ahora en adelante no le convenía tener esa clase de amigos. Comenzó una áspera réplica Jerónimo, pero las luces se apagaron y se inició la película. Desde las butacas de atrás, sisearon levemente a Jerónimo para que no hablara y eso hizo, pero pasó todo el rato que duró la proyección moviéndose intempestivamente en la butaca, como si en su interior hubiera una caldera a punto de explotar.

Cuando acabó la sesión, se dirigieron rectamente al domicilio de Cristina. Esta parecía haber olvidado el encontronazo motivado por causa de Leopoldo y hablaba distendidamente de las importantes y difíciles tareas que realizaban las mujeres de su clase.

—Debes saber que mi madre me ha enseñado a ser una esposa ideal: virtuosa, amante del hogar y fiel cumplidora de los deberes religiosos.

Habían llegado ya a la clínica y la pareja se detuvo en el umbral. La noche se desplomaba lentamente sobre el paisaje urbano. Cristina seguía con su perorata.

—Y lo más importante en una mujer casada: saber mandar a la servidumbre. Mi madre me ha enseñado que no se le puede dar demasiadas confianzas, porque, por naturaleza, es gente vil y taimada. Hay que tener con los criados mucha exigencia y poca paciencia, si queremos que cumplan perfectamente con su deber. —Cristina calló un instante para comprobar el efecto que hacían sus palabras en su acompañante—. Me ha parecido oportuno que supusieras esto, para que calibres la clase de mujer que soy.

Hablaba Cristina con manifiesto orgullo y satisfacción. Jerónimo la miró con fijeza un momento, extrajo el paquete de cigarrillos, encendió uno y aspiró con deleite de él.

—No sabía que fumaras —dijo ella con un mohín de disgusto.

—Pues fumo, y mucho —respondió secamente Jerónimo.

—Fumar es un vicio muy común entre los hombres, pero mamá dice que es demasiado chabacano y vulgar—Cristina se expresaba con la seguridad de quien tiene algo que maneja a su antojo—. Debes dejarlo, si quieres seguir conmigo.

Jerónimo aspiró con rabia otra bocanada y, al cabo, explotó:

—No, no lo voy a dejar. ¿Sabes por qué? Porque yo también soy lo que dice tu querida e insoportable madre: vulgar hasta la médula, chabacano por gusto y vicioso, muy vicioso. Tanto que he disfrutado del amor de cientos de mujeres y espero seguir haciéndolo con otras tantas. —Cristina se llevó las manos al rostro, horrorizada—. Lo cual, por cierto, jamás podría hacer contigo, porque ni sabes lo que es el amor, ni mucho menos lo que es una pasión desbordante e incontenible, que te haga sufrir y disfrutar a la vez. Tú eres una pobre mujer que te has pasado la vida en esta prisión dorada sin contacto con la vida, con tus facultades y sensaciones atrofiadas. Ni siquiera tienes inteligencia para hablar por ti misma, y necesitas el apoyo de tu madre para expresarte.

Cristina lo miraba horrorizada, como si no comprendiera lo que le estaba diciendo. Entre balbuceos, acertó a decir:

—Jamás pensé que fueras tan poco educado.

—Pues, sí. Soy así. Y te diré más. Me atrajo de ti la perfección y belleza de tus pies. Sabes que idealizo en ellos la belleza femenina, ya ves si seré raro. Pero ellos por sí solos no alcanzarían a compensar el sacrificio de soportar tu insípida conversación y tu esencial insulsez. Estoy seguro de que habrá hombres a los que el reclamo de tu dinero les disuada de tus virtudes. Yo no soy de esos. Prefiero a las mujeres por lo que son, no por lo que tienen. Y tú, Cristina, como mujer, tienes muy poco que ofrecerme. Solo unos pies. Leve base para sostener una vida compartida. Adiós.

Jerónimo dio media vuelta y se alejó, ante la mirada estupefacta de Cristina, que permanecía en el portal inmóvil como una estatua. Se entreabrió al poco la puerta y asomó la cabeza su madre.

—Os oí hablar hace un rato. ¿Dónde está Jerónimo?

—Se ha ido —Cristina miró a su madre con semblante dolorido.

—¿Por qué tan pronto? Haberlo invitado a pasar.

—No entiendes, madre. ¡Se ha ido para siempre! —exclamó con voz quejumbrosa.

La madre se encogió de hombros y empujó con suavidad a su hija hacia dentro, cerrando la puerta.

—¡Lástima! —dijo con parsimoniosa comprensión—. Era un buen mozo. Pero no te preocupes. Con tu posición social, los tendrás como él a cientos. No todos van a ser tan exigentes como ese.

Cristina la miró con la confianza del náufrago que encuentra una tabla donde agarrarse

—Lo que tú digas, mamá.

Y las dos mujeres, cogidas del brazo, ascendieron con parsimonia la lujosa escalera de mármol.

Jerónimo se encaminó por la vieja rúa hacia el teatro que ha poco abandonara con Cristina. La puerta principal se encontraba ya cerrada, pero él se dirigió directamente hacia una lateral y la empujó con fuerza. Subió las empinadas escaleras que conducían a las plateas y a los bancales de la zona general, que en términos coloquiales conocíamos como «el gallinero», en cuyo centro, debidamente aislada, se encontraba la cabina de proyección. Echó un vistazo a su interior y, al no ver a Leopoldo en ella, salió y cruzó de nuevo el vestíbulo en dirección opuesta, donde arrancaba el último tamo escalera que llevaba directamente a la buhardilla. Los peldaños de madera estaban desvencijados y al pisarlos crujían como si estuvieran a punto de romperse. En alguno de ellos, faltaba un buen trozo, por lo que había que pisar con cuidado para no introducir el pie en el hueco. Jerónimo, en la ocasión, ni siquiera miraba donde pisaba. Por el ímpetu que mostraba, parecía a punto de destrozar la destartada escalera. Sabía, además, que por mucho que fuera el ruido que provocaba, Leopoldo no se enteraría. Su sordera resultaba cada vez más profunda y no era capaz de escuchar a los demás, ni aunque le hablaran a gritos.

Cuando entró en la buhardilla encontró a Leopoldo, pincel en mano, perfilando el cartel anunciador de la próxima película. Retocaba, al efecto, las facciones de un Marlon Brando con facciones orientales. En la parte inferior del cuadro, campeaba el título del film: *La casa de té de la luna de agosto*. Cuando Leopoldo vio a Jerónimo, dejó el pincel, se limpió las manos frotándolas sobre el mono y con su voccecita típica de quien, por su inaudición, no puede modular el volumen de su expresión verbal, le dijo, en tono admirativo, que su acompañante en el cine le parecía una señorita muy empingorotada.

La contestación de Jerónimo fue que, en efecto, lo era. Tanto que, ahora que la había dejado, sentía la extrema necesidad de hacer algo vulgar para recobrar sus sensaciones vitales. No se le ocurría nada mejor que pasar la noche entre putas. Para eso, ninguna compañía mejor que la de Leopoldo, a quien consideraba como su maestro en los vizuelos. El aludido no se hizo de rogar. Se despojó con rapidez del mono, se puso una camisa y un pantalón, no mucho más limpios que la prenda que se acababa de quitar, y con semblante feliz se dispuso a pasar una noche de inesperado bacanal.

Cuando en la tarde siguiente Jerónimo vino a verme, parecía haber repuesto prodigiosamente sus energías. No acerté a saber si el motivo fue su breve sesgo de espiritualidad, propiciado por las sutiles madrugadas de capilla y misa, que quizá le pudieron recordar la cortedad vital para apurarla en extremo, o si ese entusiasmo era debido al encuentro con la carne mercenaria, que tan propicia siempre le fuera. El caso es que vino a mí con la intención de que nos esforzáramos por encontrar una salida a la encrucijada en que nos hallábamos respecto al misterio de Marina. Era una pretensión vana, porque, más aún que en anteriores ocasiones, nos mecíamos en la frustración más absoluta. No teníamos ya a nuestro alcance nada que nos condujera a un nuevo rastro. Así se lo hice ver a Jerónimo, insistiéndole para que asumiera nuestro fracaso. El asunto de la Torre debíamos darlo por concluido; insatisfactoriamente para nuestro propósito, pero las circunstancias no nos permitían ir más allá de donde habíamos llegado. Jerónimo se mostró disgustado. No era hombre que claudicara fácilmente, por lo que porfió un rato, elucubrando acerca de un nuevo repaso a las investigaciones ya realizadas, por si encontrábamos algún dato nuevo. Le hice ver que era una tarea inútil, así que se marchó echando pestes contra el mundo en general y contra mí en particular, echándome en cara las reservas y escasa disposición que pude mostrar durante el tiempo que nos aplicamos al enojoso enigma.

Estuve sin verlo varios días, hasta que coincidí con él en la buhardilla de Leopoldo. Este nos dio una noticia que nos llenó de íntima alegría, por lo que de éxito podía significar para él. Aparte de los grandes cartelones que dibujaba para ilustrar los estrenos de películas, he dejado dicho que entretenía los ratos libres que no le ocupaba la bohemia en pintar cuadros y más cuadros. Estos se amontonaban en el cuchitril que le servía de vivienda. Los tenía por cualquier sitio, tirados unos sobre otros, sin la menor consideración. Cuando íbamos a visitarlo, yo siempre dedicaba algún tiempo a echar un vistazo a su producción más reciente. Cuando Leopoldo me pedía su opinión, le reiteraba lo sabido: que me parecía un dibujante magnífico; tenía láminas dibujadas al carboncillo de una gran calidad. Con el óleo no me parecía que alcanzaba esa misma dimensión, aunque mostraba un buen gusto evidente, pero en la mezcla de colores no resaltaba tanto el acierto como en el trazo del dibujo. Era este, en cualquier caso, el que daba gran categoría artística a la producción pictórica de nuestro amigo. La temática era variada, y predominaban los paisajes, sin faltar el retrato. De Jerónimo tenía un esbozo en color, hecho apresuradamente en una de nuestras visitas, que me parecía de gran calidad; aunque el artista, siempre humilde, decía, que, de haberla, la calidad estaba en el modelo, que tenía en su semblante unos rasgos pictóricos perfectos

El caso era que el pintor había recibido la invitación de una importante galería de la ciudad para que expusiera sus cuadros. Leopoldo nos dio la noticia con satisfacción y tristeza a la vez. Le satisfacía sobremanera la invitación, pero por desgracia para él no podía atenderla. El motivo estaba en que la mayoría de sus cuadros carecían de marcos y él no disponía del dinero suficiente

para colocarlos en todos ellos.

Jerónimo y yo cruzamos una mirada cargada de intención, pensando en lo mismo: el modo en que podíamos ayudar a nuestro amigo. La desgracia se había cebado con él, sumiéndolo en una sordera incurable, que paulatinamente le había hundido en un oprobioso silencio. Y su misma modestia de cuna, unida a su soledad anímica, ya que no contaba con ningún familiar cercano ni lejano, le había arrojado a la buhardilla infame del teatro, olvidado de todos y privándole de la más mínima relación con el mundillo del arte ciudadano, debido a su carencia absoluta de recursos. Solo en nosotros encontraba una esporádica vía de escape a su melancolía esencial.

La consciencia de que éramos las únicas personas que podíamos apoyar a Leopoldo nos hizo reaccionar inmediatamente para conseguir que celebrara la exposición. Le expresamos nuestro contento y le encarecimos que mandara cuanto antes los cuadros al marquista que más le placiera, corriendo nosotros con los gastos. Leopoldo se opuso en principio, como ya suponíamos, así que escogimos al albur unos cuantos cuadros y, con ellos debajo del brazo, nos dispusimos a salir. Vista nuestra disposición, Leopoldo pidió calma y comentó que tenía buena relación con un antiguo compañero suyo de academia, Pepe Soriano, escultor frustrado, que se dedicaba a la marquetería con gran acierto. Le pasaría recado para que viniera a recoger con un vehículo la extensa producción.

Por si el marquista, pese a la presumible amistad con Leopoldo, ponía algún tipo de objeciones, decidimos ir a visitarlo, para informarle de que nosotros corríamos con todos los gastos preparatorios de la exposición. Era Pepe Soriano un hombre menudo y simpático, con el que trabamos inmediata confianza. Cuando se enteró de quién eran los cuadros, se brindó a colaborar también en el seguro éxito de Leopoldo, ofreciendo gratis algunos de los marcos. Tenía el comercio en una calle secundaria, de poco tránsito, que no afectaba a su negocio, ya que estaba muy acreditado y todos los artistas de la ciudad requerían sus buenos servicios. Estaba instalado en un local amplio, que no daba razón adecuada de sus verdaderas dimensiones por la cantidad de cachivaches que en él existían. Las paredes estaban repletas de cuadros diversos en tamaño y en factura, según nos dijo, unos pertenecientes a pintores locales, que se les ofrecían para su posible venta, y otros de diversa procedencia, que a saber cómo habían llevado a engrosar la colección de Soriano.

En medio del local estaban dispuestas diversas mesas, colocadas de manera que formaban un pasillo para permitir el paso al interior. Sobre ellas se exponían estuches diversos conteniendo pinceles, tubos de óleo y acuarela, paletas, frascos de aguarrás y demás productos imprescindibles para un buen profesional de la pintura. Entre ellos se habían colocado portarretratos de diversas formas y tamaños, atriles y facistoles, también de modelos variados, y cubos conteniendo pergaminos enrollados. Entre los espacios vacíos que dejaban las mesas, existían algunos caballetes, así como grandes carpetas, en cuyo interior estaban cuidadosamente colocados por tamaños, lienzos blancos, ya insertos en su estructura de madera y grapados, aptos para ser utilizados. Sobre el fondo del local estaba situado un pequeño mostrador, tras del cual atendía Soriano a la clientela. En la pared posterior al mostrador, estaban cuidadosamente colocadas las muestras de los marcos, según precios y calidades.

Quedamos en que fuera el mismo Soriano quien escogiera los marcos adecuados, según la

temática de los cuadros y el tamaño de estos. Dada su gran profesionalidad, no dudamos que actuaría con acierto y precisión. Estaba siempre Soriano embutido en un guardapolvo de color gris, que le daba el aire de un tendero antiguo. Pero era hombre de extenso conocimiento en materia artística, que había desarrollado ampliamente a impulso de su preparación y sus deseos. Llevaba en la sangre el buen gusto, la precisión en el detalle y la pasión por la obra bien hecha. De joven tuvo el anhelo de ser alguien en escultura, pero no consiguió alcanzar ese punto superior que separa al hombre de pulcra factura del artista. Se quedó en una especie de oficio rutinario, que no le convenció, y que le hizo apartarse del trabajo escultórico. No quiso, sin embargo, desligarse del todo de lo que constituía su pasión, así que montó la industria de material artístico, que le fue francamente bien.

Se alegró Soriano de la oportunidad que, con la exposición, se le abría a Leopoldo de ser conocido y apreciado fuera del círculo de amistades. Hizo hincapié en su humildad y cómo sus carencias económicas le habían privado hasta ahora de ese reconocimiento ciudadano. Y para colmo, su profunda sordera le había aislado en un mundo íntimo de tristeza e incomprensión, que solo el ocasional contacto con los amigos le hacía salir de él. Motivo de más para que el marquista mostrara su máximo interés en hacer un buen trabajo, que resaltara el arte de nuestro amigo.

Libre momentáneamente Soriano de otras obligaciones, mantuvo con nosotros una agradable y relajada conversación, en el curso de la cual nos invitó a conocer el resto de las dependencias que constituían su negocio. Nos trasladó, al efecto, hasta un local interior, mucho más amplio que la sala expositora destinada al público. En ese lugar dos operarios se dedicaban a tareas diversas relacionadas con el negocio, como preparar lienzos, montar cuadros o cortar cristales. Tenían acumulado numeroso material, lo que daba idea del volumen de negocio que manejaba Soriano.

Al fondo de este taller se encontraba una pequeña habitación, que el industrial usaba a modo de despacho y oficina. Según confesó, pisaba poco por allí, ya que la mayor parte del tiempo la pasaba cara al público. La tenía escuetamente montada, con una sencilla mesa y una silla. Las paredes las tenía decoradas con viejas fotos de su época de estudiante de Bellas Artes. Comentó algunas de ellas con entusiasmo, sobre todo aquellas en las que aparecía con algún compañero que ahora había obtenido fama nacional o con algún viejo profesor, que recordaba con especial cariño. Nosotros mirábamos las rancias fotos con la comprensión de quien sabe que forman parte de la vivencia de una persona y, al mismo tiempo, con cortés indiferencia. Hasta que el repentino envaramiento de Jerónimo me sacó de mi insulsez. Observé que estaba mirando con inusual detenimiento una fotografía en la que Soriano aparecía sonriente en medio de una sala grande, plagada de bocetos escultóricos. Reconocí al instante la sala y el corazón me comenzó a latir aceleradamente. Era aquella en la que, noches atrás, estuviéramos nosotros, siguiendo los pasos del «Duce».

Jerónimo escrutaba con especial atención los detalles de la vieja foto. Soriano se percató de ese repentino interés y explicó que en ella mostraba su satisfacción por la escultura de prácticas que acababa de realizar, la cual había sido altamente considerada por el profesorado. Se acercó a la pequeña cartulina gráfica y señaló la escultura a la que se refería. Ni Jerónimo ni yo nos

fijamos demasiado en ella, porque nuestra mirada estaba fija en otro busto, colocado sobre la misma mesa que el de Soriano. Nos fue fácil identificar en él al realizado por Marina, que habíamos tenido en nuestras manos y examinado.

—¿A quién pertenecía este busto? —La pregunta de Jerónimo estaba expresada con deliberada indiferencia.

Soriano se acercó más y se colocó unas gafas para contemplar con más detenimiento el punto de la foto que le señalaba Jerónimo.

—Ese boceto fue realizado por una chica, creo recordar que se llamaba Marina. —Soriano parecía hacer un esfuerzo de memoria para recordar detalles del pasado lejano—. Tenía buenas manos, pero desgraciadamente murió al inicio de la guerra civil, poco después de que acabara la carrera.

Jerónimo seguía mirando con intensidad el trozo de papel fotográfico pegado sobre la pared.

—El rostro expresado en su boceto me recuerda a alguien conocido, aunque no lo puedo concretar. ¿Acaso sabe usted quién es?

—Desde la posición lateral con que aparece el busto en la foto no puedo deducir quién puede ser el representado. Por lo general, para estos trabajos de práctica escultórica, escogíamos los rostros de familiares o amigos. —Soriano guardó un momento silencio y, de repente, su semblante se iluminó—. Ahora que recuerdo, esta chica comenzó a salir por entonces con un joven, aunque yo nunca los vi juntos, por lo que no pude saber de quién se trataba. Lo más seguro es que la imagen reflejada en la escultura sea la de ese muchacho. Por supuesto, nunca hacíamos un retrato exacto y veraz de la persona que nos servía de modelo, sino que procurábamos idealizarlo, para adaptarlo a los cánones del arte clásico, que era el que gustaba a los profesores.

Con la misma deliberada indiferencia nos dedicamos a comentar algunas otras fotos de las sujetas en la pared, provocando palabras de nostalgia en Soriano, al socaire de los viejos recuerdos. Después de un rato, nos despedimos de él, con la misma efusión mutua que si se tratara de viejos amigos. Con ese sentimiento amical se comportaría en el futuro, según tendríamos ocasión, en su momento, de comprobar.

Soriano ejecutó a la perfección el compromiso asumido y entregó los cuadros en la fecha prevista. Nosotros cumplimos también en la forma que nos correspondía, satisfaciendo su importe. Leopoldo se mostraba abrumado por nuestro gesto. No cesaba de repetirnos que en cuanto vendiera algunos cuadros, nos devolvería con creces el dinero pagado al marquista. Esa había sido la condición que él mismo nos impuso para aceptar nuestra ayuda. Aunque nosotros la aceptamos para complacerlo, teníamos la convicción íntima de que este tipo de exposiciones referentes a artistas desconocidos no tendrían éxito y, por tanto, intuíamos que el dinero gastado lo sería con carácter definitivo en favor de un buen amigo.

Nos equivocamos, por suerte para Leopoldo. La galería que propició la iniciativa hizo una adecuada campaña de publicidad y escogió la mejor sala de la ciudad para celebrar la exposición. Su apertura constituyó todo un acontecimiento social y artístico. Lo más selecto de la ciudad se dio cita allí, además de muchos compañeros de Leopoldo, que quisieron estar junto a él en el emotivo acto. Cuando nosotros llegamos, la sala estaba a rebosar de gente. Leopoldo, en cuanto

nos vio, quiso que estuviéramos a su lado, para recibir los parabienes; nos parecía que eso era quitarle protagonismo, por lo que le sugerimos que se descuidara de nosotros y atendiera a los visitantes. El hombre estaba como aupado en una nube de felicidad. Iba de un lado para otro, con ademanes nerviosos, estrechando manos y mirando fijamente los rostros de los que se acercaban a él, para leerles los labios y poder contestar adecuadamente a lo que le inquirían. Señalaba cuadros, miraba el listado de precios, recibía palmaditas en los hombros y abrazos efusivos de personas, en su mayoría, desconocidas.

Aquello era una monumental batahola, reflejo del éxito que Leopoldo concitaba. Así que, desde nuestra posición cercana a la entrada, echamos una mirada superficial a los cuadros, en medio de la multitud de cabezas que se interponían entre nosotros. Consideramos que en aquellas condiciones no podíamos apreciar con tranquilidad y dedicación los detalles de la exposición; así que decidimos marchar y dedicar otro día a una visita más sosegada. La misma decisión adoptó Soriano, al que vimos fuera, en la calle, charlando tranquilamente con su mujer, Mila, de trato tan agradable como él. Se alegraban ambos enormemente, al igual que nosotros, del éxito obtenido por Leopoldo. Todos pronosticamos felices augurios para el artista, con el deseo de que cambiara profundamente, y para bien, su vida. Lo primero que le íbamos a sugerir, en cuanto dispusiera de algún dinero, era que abandonara la destartada e incómoda buhardilla del teatro y se trasladara a un piso asequible, en el que pudiera atender debidamente a la clientela que, nadie lo dudábamos, iba a conseguir en el futuro. Incluso la mujer de Soriano se atrevió a pronosticar para Leopoldo un hogar familiar, a expensas del éxito y del dinero que al artista esperaban. Con esos vaticinios de felicidad expresados hacia el amigo común, y plenos de satisfacción, nos despedíamos aquella noche, que indudablemente nos resarcía de tantos momentos agobiantes como habíamos soportado en días pasados. Ese tipo de situaciones favorables tenían, además, para Jerónimo un efecto como balsámico, porque parecía dejar a un lado sus molestias pulmonares y recuperaba las ganas de vivir que le eran proverbiales. Había desechado al hondón del olvido su lance formal con Cristina y se dedicaba con plena dedicación al vagabundo amoroso que tanpreciado le resultaba. En la misma exposición, no me pasaron inadvertidos los breves, pero interesados, encuentros con algunas desconocidas, al rebufo de la amistad con Leopoldo. A buen seguro, le ofrecerían con generosidad su furtivo lecho para esa misma noche y las siguientes. Jerónimo nunca rehusaba las invitaciones. Ni siquiera se cuidaba ya de preguntar la condición o estado en que se encontraban sus anfitriones. Le bastaba con que ellas satisficiesen unas mínimas condiciones de pulcritud y belleza física. Con ese marchamo, él recogía sugerencias y atendía deseos. No se molestaba en retraerse o cuidarse mínimamente. Pienso que él tenía consciencia, quizá más que nosotros, los que estábamos a su alrededor, de que su enfermedad era irremediable, tras el frustrado resultado de la penicilina; y parecía dispuesto a sacar el máximo jugo a la vida durante el tiempo que le fuera posible. Nada mejor para eso que disfrutar del placer que más plenamente le satisfacía: el que le propiciaban graciosamente las féminas.

Esas gratificantes y, a la vez, fatigosas tareas, no impedían que cumpliera puntualmente con su

deber periodístico. En este sentido, Dídimo, su director, nunca tuvo la menor queja sobre él. Ahora, además de sus funciones de redactor-jefe, lo enviaba a cubrir la información de los actos oficiales que acontecían en la ciudad. Raro era el día en que no se celebraba alguno. Jerónimo asistía a todos ellos con la dedicación del profesional, aunque el acto no le placiera o incluso le desagradara. Tal acontecía con el que se celebró al día siguiente de la apertura de la exposición pictórica de Leopoldo. El motivo esta vez era la conmemoración, el primero de abril, del Día de la Victoria, fecha de exultante celebración nacional. Salvo para Jerónimo, claro, que, con su puntilloso afán de crítica, me recordaba que la fiesta, en realidad, celebraba la matanza llevada a cabo entre compatriotas, lo cual le parecía un infame desafuero. Yo le recordaba que tanto habían matado unos como otros, por lo que la culpa era de todos. A esto se agarraba, precisamente, Jerónimo, para decir que por tal motivo la conmemoración le resultaba abominable. Y contra esta adjetivación reaccionaba a mi vez, para ensalzar las glorias y logros del régimen, que había acercado a nuestra historia un nuevo período de engrandecimiento patrio, parangonable al nostálgico siglo de oro de esplendores imperiales. Era un parlamento rimbombante, que pretendía amilanar al contrario, aunque, lejos de conseguirlo, Jerónimo reaccionaba con una carcajada, inicio de una agria disputa, en el que las alusiones personales y los golpes bajos, como siempre en nuestras trifulcas, estaban admitidos.

El caso es que Jerónimo era cada vez más renuente a asistir a este tipo de actos; hasta el punto de que ya ni se molestaba en soportar la ceremonia completa. Acudía a última hora, cuando la celebración estaba finalizando, y tomaba nota de asistentes y celebrantes para redactar la oportuna crónica. A mí, sin embargo, me apasionaba el ceremonial de principio a fin. Tenía el atractivo visual de los grandes fastos nazis, guardando las distancias, claro, y acomodándolas a la pequeña realidad de nuestra provinciana ciudad. En la amplia explanada catedralicia, adornada para la ocasión con profusión de banderas nacionales, de Falange y del requeté, formaba una compañía honores del regimiento de la localidad, «con bandera y banda de música» según se decía siempre en las reseñas periodísticas. En esa época, para cualquier acto oficial resultaba imprescindible la presencia de la tropa. A discreta distancia de los soldados formaban también los componentes de una centuria de las falanges juveniles, con su propia banda de cornetas y tambores, y uniformados con su camisa azul, pantalón corto de color gris y tocados con gorra roja. A la llegada del gobernador civil-jefe provincial, máxima autoridad, se le rendían los honores militares de ordenanza, pasando revista a las tropas y a la centuria, mientras sonaba la marcha de infantes. Antes y después la formación adoptaba diversas posturas: firmes, presentes armas, bajen armas, honores a la bandera, otra vez firmes, hasta llegar a la posición de descanso; todo ello ordenado en cada caso por el sugerente y agudo toque de clarín. El público que abarrotaba la plaza guardaba, según las fases del protocolo militar, reverentes silencios o prorrumplía en entusiásticos aplausos. En el atrio de la catedral esperaba al mandamás toda la caterva de cargos políticos y militares. Era un espectáculo visual contemplar la uniformidad de los militares, con sus bandas o cordones de distintos colores, según su graduación, ajustados al pecho o a la cintura; los vistosos uniformes de las autoridades falangistas, chaqueta blanca y pantalón negro, y los rigurosos fracs de las autoridades civiles que no tenían uniforme oficial. Los saludos entre ellos se sucedían, adoptando para la ocasión respetuosas posiciones de firmes,

entre taconazos vigorosos y ruidos de sables, o bien, ostentosos brazos en alto. Pareciera que cada uno pretendía ganar al otro en apostura, marcialidad y patriotismo. A la hora en punto, con esa exactitud que en los medios oficiales se denominaba castrense, se abrían las puertas del templo y aparecía el prelado, revestido de pontifical para la ceremonia. Le rodeaba el cortejo integrado por los miembros del cabildo, áureas dalmáticas afiligranadas sobre las albas, así como por los beneficiados, con sus vaporosos roquetes blancos sobre el fondo negro de las sotanas. Precedidos por los flámines, la numerosa y selecta concurrencia entraba en el templo, mientras los sones majestuosos del órgano se expandían grandiosos por las naves catedralicias. Junto a las autoridades, llenaban el recinto eclesial los numerosísimos caciquillos y paniaguados al servicio de aquellas, así como el público fervoroso y simpatizante, entre el que me encontraba, ocupando la parte trasera del suntuoso templo. El ceremonial del *TeDeum* comenzaba, alternando preces y cánticos laudatorios, sugeridos por el celebrante y sus numerosos acólitos, y contestados con impetuosa trascendencia por órgano y fieles. Siempre que contemplaba el barroco espectáculo me sentía sobrecogido por su grandiosidad. El nutrido coro, solo de hombres, imponía el ánimo con sus voces graves y poderosas, que laudaban los salmos con rítmica magnificencia en alabanza al Altísimo. En severo y ostentoso contrapunto, el órgano desgranaba su frenética sonoridad, retumbando de piedra en piedra y ascendiendo a las alturas, como si realmente pretendiera ser escuchado su majestuoso sonido por la celestial entidad.

Después de casi media hora de esplendente música sacra, latines e inciensos, la ceremonia concluía. Era el momento en que aparecía Jerónimo. Se acercaba a mí, me preguntaba en un susurro por las incidencias, si es que las había, y después se acercaba a los bancos del presbiterio para tomar la referencia de autoridades asistentes.

Concluida la ceremonia religiosa, se procedía, en el atrio, a colocar las cinco rosas simbólicas, «en homenaje a los caídos». Se colocaba la multitud en torno a la marmórea lápida fijada en uno de los muros, en la que figuraban inscritos los nombres de los héroes, y se entonaba el «Cara al sol», brazo en alto, dando los gritos rituales el jefe provincial, que contestaban los concurrentes. El espectáculo concluía con el desfile de la tropa ante las autoridades, entre los aplausos enfervorizados de los presentes. El desfile seguía, Rúa abajo, por las calles más céntricas de la ciudad, hasta el acuartelamiento. La ciudadanía, en cuanto escuchaba la marcial música, se colocaba apresuradamente en ambos lados de las aceras; primero, para no ser arrollado por la vigorosa marcha de los infantes, o por César, el tonto del pueblo que los precedía, y que se afanaba con gestos airados para que la gente se apartara; después, para aplaudir con entusiasmo, no fuera que entre las filas del público hubiera algún miembro de la Brigada Político-Social que notara tibieza en los sentimientos, con los problemas y contratiempos que eso implicaba.

En la zona urbana donde yo vivía, cercana a la catedral, en plena Rúa, existía lo que entonces se llamaba un comedor de auxilio social. En él se repartía comida gratuita todos los días a las personas más necesitadas. A la hora en que pasaba la compañía de soldados, formaba ya ante las puertas del comedor social otra compañía, esta de mendigos y famélicos, menos brillante y vigorosa que la constituida por los milites, pero igual de nutrida. Los tiempos habían mejorado para algunos, respecto al período de la posguerra, pero para otros seguían siendo igual de duros, como lo demostraba la larga cola de necesitados ante las puertas del comedor. En la ocasión que

refiero, cuando pasaron los soldados, se volvieron hacia ellos e imitaron a los ciudadanos de las aceras, aplaudiendo con interesado entusiasmo. Lo mismo hicieron cuando después pasó el nutrido grupo de autoridades. Jerónimo se percató de ese fervor de los harapientos y se encaró con ellos, preguntándoles con gesto airado por el motivo de tanta adhesión al régimen, cuando este los tenía arrinconados en la depauperación y en la miseria. Los que hacían cola lo miraron con ojos de espanto, temiendo quizá que las atrevidas palabras de Jerónimo les despojaran de la única comida que tenían disponible. Mi amigo siguió con su áspera imprecación, recordándoles que eran parias de la sociedad, a los que el régimen despreciaba, ofreciéndoles una comida miserable a cambio de un abandono deliberado y complaciente. Los harapientos, llenos de miedo, comenzaron a gemir e imploraron a Jerónimo que no los comprometiera con sus palabras, pues ellos solo querían vivir en paz.

—Sois tan ignorantes que ni siquiera comprendéis que no tenéis vida, sino que estáis sepultados en vuestra propia infamia; y tan indignos, que no merecéis nuestro respeto.

Echó mano al bolsillo, sacó unos billetes y los arrojó al rostro de los que formaban la cola.

—¡Tomad! Arrastraros por el suelo como bestias inmundas que sois.

Los mendigos abandonaron la cuidadosa columna de a uno que habían formado ante la puerta del comedor y se abalanzaron en tropel hacia los billetes, embistiéndose con ferocidad unos a otros. Cuando nos alejábamos de ellos, reproché con acritud a Jerónimo la forma áspera y cruel con que tratara a los indigentes. Él fue tajante en su réplica:

—La mínima honestidad que debe exigirse a una persona es la de ser coherente con el trato justo o injusto que reciba. A un desprecio infame, que pisotea la dignidad individual, no se debe corresponder con servilismo y gratitud; como tampoco a un favor con ingratitud. Lo que están haciendo esos miserables es degradarse y perder su condición de hombres. Los arrojan a las cloacas de la sociedad, pero ellos, en vez de protestar, aplauden a quienes los degradan, simplemente porque les ofrecen una escudilla de caldo mezquino. ¡Que se hundan definitivamente y no contaminen con su vileza a los demás!

No quise seguir la discusión, aunque le insistí en lo desagradable que me resultó su actitud. Tenía la impresión de que Jerónimo, no sé si a causa de su propia enfermedad o de su creciente arriscamiento contra el régimen, mostrábase cada vez más intolerante con las actitudes que le contrariaban.

Tuve ocasión de comprobar de nuevo esa posición maximalista aquella misma mañana. Después de que la milicia y las autoridades se retiraran y el paseo festivo recuperara su normalidad, vimos como un individuo, con gran audacia y desparpajo, arrojaba al suelo numerosas octavillas en las que se pedía la legalización de sindicatos libres; después, el sujeto se marchó a toda prisa por una calle lateral. Lo que hacía aquel hombre era de una gravedad extrema, porque, con su petición, atacaba frontalmente los fundamentos de la dictadura. Algunos de los paseantes se percataron de la peculiar actividad y, dieron aviso a una patrulla policial, que nunca faltaba por las cercanías de los lugares concurridos. Jerónimo también descubrió la insólita iniciativa del activista, Lo primero que se le ocurrió fue hacerme un comentario que relacionaba lo que veía con lo ocurrido entre los mendigos.

—Esta mañana tuviste oportunidad de contemplar a unos seres reprobables que reaccionaban

ante la adversidad con humillación y flaqueza. Ahora puedes contemplar, por el contrario, la dignidad de una persona que, ante el sometimiento que soporta en su persona, se resiste, eleva la cabeza y muestra su valentía y su entereza.

—Ese individuo —alegué con firmeza— es un insensato, que ignora el grave peligro en que pone su vida repartiendo propaganda ilegal en pleno día.

—Puede que la insensatez, como dices, sea consecuencia directa de su frustración —replicó Jerónimo—. Lo cierto es que, en efecto, como le ponga la mano encima la policía, lo va a pasar muy mal. Por eso nos corresponde comportarnos como buenos ciudadanos y ayudarlo a escapar.

—¡Ni se te ocurra! —contesté escandalizado—. No solo está ejerciendo una actividad prohibida, sino que, además, lo que propugna en su propaganda va en contra de tu condición de enlace sindical.

—Una condición de la que cada día reniego más y que he obtenido por designación directa de una autoridad que no conoce el mundo del trabajo. Lo propio es que sean los obreros quienes designen libremente a sus representantes. Justamente lo que pide ese activista. Razón de más, pues, para ayudarle.

Se dirigió, y yo con él para poner un poco de reflexión en su conducta, hacia la calle accesoria por la que escapara el individuo, quien vio cortada su retirada por la aparición de una pareja policial en el extremo de la calle. En ese momento se acercó Jerónimo al propagandista, que había detenido su carrera y se mostraba indeciso, y le tocó en el hombro. El afectado, más bajo de estatura, pero fornido y enérgico, se volvió con rapidez, como si pretendiera defenderse de algún ataque. Jerónimo lo calmó y le pidió que se desprendiera del montón de octavillas que todavía sostenía en la mano, y escapara por el lado opuesto de la calle, todavía libre. El protagonista del incidente debía conocer de vista a Jerónimo, porque se extrañó que fuera precisamente él quien pretendiera ayudarle; pero hizo lo que le sugería, arrojando a un lado de la acera las octavillas que tenía en su poder. Cuando se disponía a escapar, apareció otro par de policías que le cerraron el paso. Con gran disposición de ánimo, le susurró a Jerónimo que preguntara en la Bodega de Ventura por Ernesto y le comunicara lo que ocurría.

Lo que ocurría era que el activista intentó esquivar el cerco policial, con gran agilidad. Lo consiguió con una de las patrullas, pero la otra se le echó inopinadamente encima por detrás, lo golpearon brutalmente con sus porras y cayó al suelo sin conocimiento. Llegó un coche celular y lo metieron dentro. El que mandaba la patrulla dio las gracias a Jerónimo por haber entretenido al rebelde, dando tiempo a que llegaran ellos. Por si Jerónimo contestaba con alguna impertinencia, me adelanté yo a replicar que mi amigo solo había hecho lo que correspondía a un buen ciudadano. La policía se retiró y Jerónimo me miró con sorna, por la iniciativa que me permití tomar:

—Seguiremos con nuestra condición de ciudadanos ejemplares y avisaremos al tal Ernesto de lo que le ha ocurrido a su compañero.

—No debes hacer eso —exclamé incomodado—. Se trata de gente subversiva, que hace un daño tremendo a la convivencia con sus actividades malévolas.

—Querido amigo —Jerónimo acentuó su ironía, que yo acepté con creciente empacho—, decir la verdad, y ese hombre la decía, nunca debe molestar. Pero si tal acontece, es que los que

la escuchan se sienten culpables de algo o, lo que es peor, no tienen conciencia de la realidad en que viven. Lo primero es abyecto, pero lo segundo es inaceptable.

Esa lección de moral en quien, como Jerónimo, había dado sobradas muestras de que carecía en absoluto de ella, me resultaba inadmisibile, y repliqué malhumorado:

—Me parece que no eres el más adecuado para criticar las conductas ajenas.

—¿Por qué dices eso?

—Alguien que, como tú, critica al régimen, pero vive de él, es un auténtico desvergonzado.

—No mucho mayor de lo que los miembros de ese mismo régimen son —replicó Jerónimo con indiferencia.

—Me resultas un gran cínico.

—Los tiempos que vivimos me han hecho así.

Más que las palabras de Jerónimo, su aparente despegó hacia las intencionadas pullas que le dirigía, encresparon mi amor propio, y, como consecuencia, me enredé en una porfía desordenada e incoherente en la que el motivo principal desapareció, ya que lo único que pretendía era quedar por encima de él, aunque fuera con argumentos que no venían a cuento, como airearle su desastrosa y poco moralizante vida privada. Jerónimo se sintió también removido en su personalidad por esos ataques inesperados y contestó con las mismas malas artes que las mías, afeándome mi poquedad y mi simplismo vital.

Todavía persistía la diatriba cuando llegamos cerca de la tasca de Ventura. Jerónimo se percató de ello y cesó en sus réplicas para dirigirse rectamente hacia allí. Yo continuaba sofocado por la discusión, pero lo seguí, aunque recalqué, por enésima vez, mi desagrado por tomar una iniciativa que bien podía traernos problemas muy serios, además de ir en contra de mis convicciones. Entonces, él me contestó:

—Tú no tienes convicciones. Vives en una rutina placentera e insípida, y con eso te conformas.

Y se quedó tan tranquilo, mientras yo meditaba una respuesta adecuada, que, para mi desagrado, no acerté a concretar en el momento.

El ventorro estaba a esa hora repleto de gente. Esta era, como solía ser habitual, de lo más variado, pues podían verse desde obreros embutidos en sus monos de trabajo, tirándose al colete de un trago sendas frascas de vino, hasta profesionales de cuello blanco y corbata, entre los que nos contábamos, pues tal seguía siendo nuestro atildado atuendo. El ambiente estaba cargado de humo y alcohol, y las conversaciones imponían un runruneo continuo que obligaban a elevar la voz para ser escuchado. El dueño del cotarro arrastraba continuamente su corpachón, ligeramente inclinado, de un lado a otro de las cubas, que hacían la función de mesas, llevando jarras llenas, trayéndolas vacías, volviendo con platos de aperitivos o recogéndolos una vez desalojados. Jerónimo aprovechó un momento en que Ventura pasó cerca de nosotros para susurrarle al oído que deseaba hablar con Ernesto. El otro replicó con un gesto de indiferencia, indicando que en su taberna conocía a muchos Ernestos. Jerónimo, siempre en un susurro, precisó que, al que él se refería, era el que tenía un amigo que acababa de tener un tropiezo con la policía. Ventura se envaró ligeramente, miró hacia los lados para cerciorarse de que nadie había escuchado e hizo un gesto de comprensión. Marchó de nuestro lado, regresó al pequeño mostrador situado al fondo

del local y se dedicó con la mayor tranquilidad a escanciar vino desde una garrafa a diversas jarras, alienadas sobre la sucia madera del mostrador. Cogió cuatro de ellas en cada mano, con el acreditado sistema de introducir los dedos en los recipientes, como era usual en él y, por extensión de aprendizaje, en su ayudante, y se dedicó a repartirlas por diversos puntos de la tasca. En uno de ellos, al tiempo que depositaba la jarra, murmuró algo a un individuo de corta estatura, delgado, con aspecto insignificante, prematuramente calvo, y correctamente trajeado, aunque sin ostentación. Ya lo habíamos visto por allí en otras ocasiones, compartiendo tonel con otros de la misma condición. Parecían gente de lo más pacífico y normal. Después de un rato, el hombre aludido se apartó del grupo donde estaba y se dirigió a nosotros.

—Parece ser que deseaban hablar conmigo —su tono era tranquilo y mesurado.

—Hace un rato, la policía ha detenido a una persona que distribuía octavillas subversivas. Intenté ayudarle, pero no pude. Me pidió que se lo dijera a usted.

El otro quedó pensativo un instante y, al cabo, contestó que, si en efecto, el individuo en cuestión se dedicaba a esa actividad ilegal, era lógico que la policía lo apresara.

—Cualquier ciudadano de bien ha de aplaudir, como yo lo hago, la actuación policial.

—Eso mismo he dicho yo —repliqué con énfasis, para hacer patente mi postura.

—A mí, sin embargo —terció Jerónimo—, me parece una situación deplorable. Ese hombre pedía lo que es normal en las relaciones laborables: unos representantes libremente elegidos por los propios trabajadores y no impuestos por ninguna autoridad.

—Extraña que hable usted así, cuando precisamente es representante sindical por decisión del régimen —el tono mordaz del hombrecillo era patente.

—Por eso hablo con conocimiento de causa. He tenido ocasión de constatar que el sistema sindical en el que participo no representa al trabajador, ni soluciona los problemas de este. Comprendo, pues, al hombre que repartía las octavillas, aunque pecara de inconsciente. Si puedo ayudar en algo, dígamelo y lo intentaré.

El otro se mantuvo indeciso un momento, como si ponderara la sinceridad de quien le hablaba.

—Casimiro, que tal es el nombre del detenido, es un buen hombre —dijo, al cabo, Ernesto, con semblante preocupado—, pero muy irreflexivo. Le advertí de que no debía actuar a plena luz del día, pero él se empeñó en hacerlo, para patentizar el incomodo de la gente obrera. Lo que usted ha dicho: ¡una insensatez! Si puede hacer algo por él, muchos se lo agradeceremos. Tiene mujer y tres hijos.

—Podía tener más cuidado, antes de actuar subversivamente —exclamé yo con apasionamiento.

Ernesto pareció amilanado por mi extemporánea salida y no dijo nada. Pero Jerónimo le prometió que intentaría mediar por Casimiro para mejorar en algo su suerte. Esta decisión no me gustaba nada, porque enredarse con elementos disidentes solamente podría traer complicaciones. Durante el rato que esa mañana estuvimos juntos, no cesé de sermonear a mi amigo para que no se inmiscuyera en lo que no nos importaba. Pero él se mantuvo firme en su promesa y se dirigió directamente a la comisaría. Como temía lo peor, decidí acompañarlo.

Por suerte para nosotros, pululaba por allí nuestro amigo, el inspector Faundez. Se alegró de

vernos y charlamos distendidamente con él. Al cabo de un rato, Jerónimo le expuso el motivo de nuestra visita. Habló de Casimiro como de un viejo conocido de la familia, que había sido engañado por un disidente, a cambio de un fajo de billetes, para distribuir la propaganda. Reconoció la insensatez de la acción, pero la necesidad de conseguir dinero para su mujer e hijos le impulsaron a ella. Faundez nos miró un momento con semblante inquisitivo y después esbozó una sonrisa mordaz.

—Sería una historia creíble, de no ser porque conozco a la perfección las andanzas de Casimiro. Con esta, son ya tres las veces que lo hemos cogido con propaganda subversiva. Coincido contigo en una cosa: es un pobre desgraciado, al que usan impunemente otros. Estos son a los que yo quisiera coger, pero actúan en la sombra y son muy escurridizos. Algún día, sin embargo, espero echarles la mano encima. En cuanto a Casimiro, tenéis la suerte de que yo estaba de guardia cuando lo detuvieron y soy el instructor del expediente. Pondré en él que se encontró los carteles en el suelo y que él simplemente los cogió para entregarlos a la policía. Conociendo su historial no es una coartada muy creíble, pero intercediendo vosotros por él, no voy a ponerla en duda. Que pase la noche en la celda para que reflexione sobre lo poco que le interesa seguir con este tipo de iniciativas, y mañana lo soltaré.

Salimos de la comisaría con la satisfacción de quienes sienten y valoran la amistad como un bien inestimable. Yo ensalcé los buenos sentimientos del inspector Faundez y aproveché, de paso, para pedirle a Jerónimo que procurara ser más prudente en el futuro, no relacionándose con determinadas personas. Fue una mera formalidad por mi parte, pues sabía que Jerónimo actuaría como le viniera en gana, sin parar mientes en los posibles riesgos para su vida, de la que tenía conciencia que se le escapaba por momentos.

Dejada atrás la incidencia policial, acudimos aquella tarde a visitar con calma la exposición de Leopoldo. Lo hicimos al inicio de su apertura, cuando apenas había en ella media docena de personas. Nuestro amigo el pintor todavía no había llegado. Nos proveímos de un catálogo y, con él a la vista, seguimos cuadro a cuadro el recorrido de la exposición. Una incidencia observamos: en una de las paredes laterales del local, donde inicialmente parecía haber tres cuadros, solamente había dos, los de los lados. El del medio, sin embargo, faltaba. Simplemente se debía de haber descolgado, porque todavía permanecía en la pared la escarpia donde estuvo suspendido. También continuaba adherido el número identificativo. En el catálogo, ese número correspondía a un cuadro denominado «Autorretrato de juventud». Podíamos suponer que había sido vendido, pero era difícil que Leopoldo se desprendiera de él, tratándose de un autorretrato, por lo que nos pareció más lógico que lo retirara de la exposición por no considerarlo con suficiente calidad artística. La exposición en su conjunto nos pareció muy digna, aunque particularmente yo seguía prefiriendo al artista dibujante, antes que pintor. Precisamente lo que destacaba en los cuadros era la línea acabada, el detalle perfeccionista, la minuciosidad del trazo, más que la conjugada combinación de la policromía. La exposición tenía un éxito evidente de público, pues, al poco de estar nosotros en ella, fue llegando más y más gente, hasta llenar la amplia sala. Nos alegramos por nuestro amigo, porque el éxito le ayudaría a salir de la poquedad y anonimato en que se encontraba, y le daría renombre de artista consagrado.

Estuvimos un buen rato esperando a que llegara Leopoldo, para departir con él y felicitarlo por el triunfo conseguido, pero esa tarde no hizo acto de presencia. Al encargado de la sala le extrañó esa ausencia, que no se había producido en ninguna de las tardes anteriores. Era tanto más incomprensible cuanto que se trataba del último día de la exposición, en el que, por tradición, las operaciones de venta se concretan y son más numerosas. Eran muchas las personas que se acercaban al encargado y le solicitaban precios de cuadros concretos; algunas de ellas, cerraban el trato, tomando el encargado buena nota, para facilitársela al artista. Todos preguntaban por él, pero no apareció.

Nos resultó demasiado evidente la no presencia de Leopoldo, tanto que solo podía justificarse por una repentina indisposición. Así que decidimos acercarnos al teatro y subir hasta la buhardilla. En contra de lo que era habitual, la encontramos cerrada. El hecho constituía algo tan anómalo como que nuestro amigo no apareciera por la exposición. Llamamos varias veces ante la tesitura de que el éxito de ventas que había obtenido le hubiera sugerido celebrarlo de la forma más inmediata y, a la vez, más apropiada en él, cogiéndose una borrachera monumental. Golpeamos con fuerza la puerta y, al no recibir contestación, gritamos a pleno pulmón, advirtiéndole a Leopoldo que éramos nosotros. Pero ni nadie abrió, ni nadie contestó. Decidimos en consecuencia bajar hasta la cabina de proyección, en el piso inferior, por si nuestro amigo estuviera entretenido en alguna tarea, pero tampoco estaba allí, ni en las restantes dependencias

del teatro, que recorrimos a conciencia, por si se le hubiera ocurrido echarse en cualquier rincón para aliviarse de su carga vinícola. La situación nos parecía extraña y nos hizo suponer que algo urgente le había acontecido que demandara su atención; lo que fuera, según pensábamos, no debía de ser muy grave, ya que de ser así se hubiera preocupado de mandarnos algún aviso. No obstante, para nuestra tranquilidad, nos pusimos en contacto telefónico con el hospital, sin que tampoco nos dieran razón de ninguna urgencia. Así que deducimos la situación más lógica: ahito de satisfacción por el éxito de la exposición, y con dinero fresco en el bolsillo, Leopoldo se habría encaminado al barrio de la Lana para enfangarse en una buena juerga con las coimas. Lo único que lamentó Jerónimo fue que el artista tuviese el desapego de no invitarlo a él, para participar conjuntamente de una distracción sexual mercenaria, que tan apreciada le era. Por eso decidió que, al día siguiente, cuando encarara a Leopoldo, le afearía el olvido y apartamiento en que le dejara, impropio de un buen amigo.

Cuando se expresaba así pensaba yo que, a falta de otros alicientes momentáneos, nos enfrascaríamos en nuestras obligaciones profesionales, olvidándonos de las incidencias que nos acosaban al margen de aquellas. No contábamos con que, una vez más, el incomprendible elemento azaroso había decidido alterar los acontecimientos, para que nuestras vivencias fueran sometidas, de forma incongrua y sorprendente, a inéditas experiencias; con la ineludible necesidad de atenderlas, a saber con qué insospechadas consecuencias.

Todo empezó aquella misma noche, cuando en hora avanzada, llamaron con insistencia a la puerta de Jerónimo. Acababa este de regresar del periódico y no se había acostado aún. Le extrañó la inusual visita y, por un momento, pasaron por su mente, en incoherente vorágine, ideas de sospecha y temor. Desde el «Duce» hasta cualquier fanático intemperante del Movimiento, como Hermógenes o como Murillo, más este que aquel, podía personarse en su casa en momento tan intempestivo, para tomarse cumplida represalia. Motivos no faltarían, ya fuera por sus despegos y críticas al régimen, o por las intromisiones que propiciara el misterio de la Torre. Jerónimo nunca tuvo armas, ni le gustaban. Confiaba en sus propias fuerzas, pero si los que llamaban eran quienes suponía, poco podría hacer ante ellos. La acuciante llamada se repitió y Jerónimo, con precaución no exenta de temor, se acercó a la puerta e inquirió por la persona que lo hacía. Desde el otro lado, se escuchó una nerviosa voz de mujer, apremiándole a que abriera.

Más aquietado ya en sus sospechas, abrió, permitiendo que la mujer que aguardaba fuera entrara apresuradamente. La sorpresa de Jerónimo al verla fue tan enorme que, por un momento, permaneció en la puerta, sin capacidad de reacción. Ante él se mostraba Lola, su antigua amante, en un estado deplorable: el pelo revuelto, la mirada huidiza, asustada, y, lo más alarmante en ella, con el rostro ensangrentado y tumefacto. Se arrojó en brazos de Jerónimo y se echó a llorar amargamente. Él cerró la puerta y, en un gesto maquinal, le acarició el pelo y después la apartó ligeramente para observar con detalle su desfigurado semblante. Efectuó ese movimiento apoyando sus manos en el talle de la mujer con suavidad, pero al instante provocó un nuevo gemido de dolor en ella. Jerónimo le retiró la blusa y se percató de grandes hematomas alrededor

del cuerpo, que era, todo él, una llaga. Lola, abatida por el dolor y la desesperanza, se dejaba contemplar con sumisa postración. La inicial reacción de asombro dio paso en Jerónimo a la indignación, y con voz ronca, preguntó por el canalla que la había agredido tan salvajemente.

Lola tardó en responder, hundida como estaba en su degradación. Ante la insistencia de Jerónimo, explicó, entre sollozos que, esa noche, su marido había llegado a casa con dos compañeros, todos en estado de embriaguez. Era tarde y ella se encontraba ya durmiendo. Su marido accedió al dormitorio con los otros dos, la despertó y pretendió obligarla a acostarse con tales individuos, «como era propio de las putas», según le gritó una y otra vez. Ante el intento de desnudarla y someterla, ella se resistió bravamente. Esta oposición enfureció al marido, que la tiró de la cama y comenzó a golpearla con saña. Los otros dos compañeros de él debieron de tener, pese a su estado, un resto de prudencia, porque, aun sin atreverse a deponer la actitud violenta del marido, abandonaron la casa. El marido, ciego de ira, seguía dando puñetazos y puntapiés a la mujer, que, abandonada toda resistencia, intentaba, desde el suelo, arrastrarse hacia la escalera. La puerta permanecía abierta de par en par, mas ninguno vecino asomó, pese a la escandalera de gritos y soeces insultos que se sucedían sin cesar. Cuando el marido se hartó de golpearla, la cogió por el cuello, y la arrastró hasta la puerta, que cerró con ímpetu, dejando a la mujer tendida en el rellano. Allí permaneció durante un tiempo que se le hizo eterno, sola, en medio de la oscuridad, abatida y débil, sin fuerzas siquiera para moverse. Cuando pudo hacerlo, se arrastró como por la escalera, dejando tras de sí un rastro de sangre, y salió a la calle. Tambaleándose y apoyándose en la pared unas veces, y otras cayendo al suelo, del que le resultaba un trabajo ímprobo volver a ponerse en pie, había conseguido llegar hasta allí.

Cuando Lola terminó de narrar la bárbara acometida, Jerónimo sacó vendas y algodón, y puso su primer empeño en limpiar la sangre que cubría el rostro de la mujer. Tenía, empero, heridas profundas que necesitaban de una cura en condiciones, por lo que consideró, como más conveniente, llevarla al hospital. Este, empero, se encontraba a bastante distancia de su casa, y Lola no estaba en condiciones de llegar por su propio pie hasta al centro sanitario. Necesitaba, para ello, un vehículo. Los de alquiler, sin embargo, no tenían parada nocturna, por la simple razón de que no resultaba rentable en absoluto, siendo, como era, la soledad reina de la noche. El único coche del que podía disponer Jerónimo en ese momento era el adscrito al director del *Heraldo*. Podría encontrarse todavía en los locales del periódico, a poco que se apresurara. Dejó momentáneamente a Lola tendida en la cama y Jerónimo se acercó al periódico para ver a Dídimo. Este, en efecto, deambulaba por las instalaciones, pero su primera reacción al saber lo que ocurría fue advertir paternalmente a Jerónimo, para que no se inmiscuyera en los problemas internos de un matrimonio; no ya solo porque era un asunto privativo que no le concernía, sino también, y sobre todo, porque el marido era comandante del ejército, cualidad que le podía acarrear a Jerónimo un grave disgusto. Este no se dejó convencer por las sensatas palabras de su amigo y compañero, persistiendo en que le autorizara a coger el coche de la empresa. Era tal el grado de desesperación que se desprendía de su acento que Dídimo, a regañadientes, accedió. Descendió Jerónimo hasta un local trastero donde se encontraba apartado el vehículo y tras varias vueltas de manivela, lo puso en marcha. No tenía experiencia en la conducción de un coche, pero, mal que bien, siguiendo las instrucciones elementales que le diera Dídimo, acertó a

moverlo y a ponerlo en la calle. Lo hacía, eso sí, lentamente, por temor a que, si lo aceleraba, perdiera el control de él. Lo último que deseaba era devolver a su director el coche en mal estado. Con esa exasperante lentitud se acercó a casa, dejando el motor del coche encendido. Subió y cogió a Lola en brazos. Manchones de sangre testimoniaron en la sábana el hueco donde había estado el cuerpo de aquella. La colocó en el asiento de atrás y arrancó de nuevo, ahora incluso más despaciosamente para no provocar ningún brusco movimiento en la mujer herida. Mientras se afanaba en mover con parsimonia el volante, mascullaba para sí feroces interjecciones contra el agresor de Lola, al que estaba dispuesto a encarar, en cuanto la dejara a ella en el hospital, para devolverle, puñetazo a puñetazo, la salvaje afrenta realizada en la persona de la mujer. Este ardiente anhelo de venganza hizo más corto el trayecto hasta el hospital. Volvió a tomar a Lola en sus brazos y la condujo hasta la sala de urgencias. Como suponía, estaba vacía a esas horas de la noche. Encendió la luz, colocó a la mujer sobre una camilla y subió hasta la primera planta, donde se encontraba el cuarto de guardia. Conocía bien las costumbres hospitalarias y sabía dónde buscar al médico encargado del servicio nocturno. Lo encontró arrellenado en un sillón, con la cabeza inclinada y roncando ligeramente. Jerónimo le tocó con suavidad un brazo y el otro se despertó sobresaltado. Cuando fue puesto en antecedentes, descendió a toda prisa, mientras dio encargo a Jerónimo de avisar al practicante y enfermero que le acompañaban en el turno de servicio.

La cura fue premiosa y concisa, a fin de mitigar las heridas más profundas y evitar su sangrado. Para los múltiples hematomas no cabía más que darle a Lola analgésicos que aliviaran el dolor y dejarla en reposo varios días. Por este motivo, sin moverla de la misma camilla en que estaba, la condujeron hasta la sala de medicina interna y la encamaron. En aquel ambiente tranquilo y relajado, ella cedió al agotamiento y se durmió. Jerónimo permaneció a su lado toda la noche, en tensa vigilia. Ni por un momento apartó de su mente el deseo, en cuanto saliera del hospital, de devolver la agresión al maltratador, con la misma violencia y acritud.

Quizá fue la intensidad de ese pensamiento la que hizo sugerir el comentario en boca de Lola, a la mañana siguiente. Cuando Jerónimo se inclinó sobre ella y le besó delicadamente la frente, no se movió, como si persistiera en una profunda postración. Pero cuando quiso apartarse del lecho para irse, la mano de Lola sujetó la suya. En apenas un susurro, ella comentó que con una agresión era ya suficiente. Sobre todo, porque no quería que nadie, ni siquiera Jerónimo, se inmiscuyera en un asunto que concernía exclusivamente a su matrimonio. Lo dijo con voz apenas audible, pero con firmeza en su expresión. Lo que tuviera que hacer, si es que hacía algo, sería decisión exclusiva de ella. Sin perder un ápice de delicadeza, expresó después a Jerónimo su agradecimiento por la ayuda que le había prestado. Él restó importancia a lo que hiciera y prometió, como le pidió Lola, que no tomaría ninguna iniciativa por su cuenta hasta que ella se recuperara.

Lo que sí hizo, a primera hora de la mañana, fue pedir un informe al médico de guardia acerca de la lamentable situación en que encontrara a la agredida. El facultativo lo extendió con todo detalle, y Jerónimo se lo guardó.

Mientras estaba con aquel, tuvo ocasión de saludar a doña Catalina, la viuda de Sotomayor, que había acudido al hospital para una revisión periódica. La distinguida dama, pese a sus

achaques, conservaba el porte de distinción que le era característico. La visita al médico era su única excusa para abandonar la premiosa soledad de la casa, por lo que para ella constituía poco menos que un acontecimiento social. La señora se interesó por la presencia de Jerónimo en aquel lugar, y cuando este le expuso el motivo, ella tuvo la generosidad de acudir al lecho de Lola para, a la vez que lamentar el percance, darle muchos ánimos y desearle lo mejor en su vida futura.

Cuando, al cabo de una semana, Lola se repuso y abandonó el hospital, Jerónimo la convenció para que acudiera al juzgado y presentase denuncia por malos tratos. Exhibía, a tal efecto, el informe médico que obraba en su poder, como prueba fehaciente de que la denuncia prosperaría. Ella no pensaba así, pero accedió con gesto de indiferencia. En cuanto se personaron en el juzgado, lo primero que les pidieron fue la identidad del agresor. Así que los empleados supieron que se trataba de un militar de alta graduación comenzaron a poner trabas a todo: al informe médico que adjuntaban, a la supuesta gravedad de la agresión, a la veracidad de la denuncia expuesta por Lola, que tacharon de exagerada. Admitieron, incluso, que una bofetada entre esposos era normal y corriente; y que si por eso tuvieran que tramitar una querrela, los juzgados se paralizarían. En consecuencia, salieron de la oficina judicial sin conseguir su propósito. Lola ya lo presumía y aceptó la situación con naturalidad. Pero Jerónimo estaba indignado, y se hartó de expresar en voz alta la improbidad y mediocridad de unos funcionarios que no sabían cumplir con su deber.

Lo que sí hizo Lola durante su paso por el juzgado, pese a las prevenciones que se le hicieron en contra, fue solicitar la separación matrimonial, ya fuera por malos tratos o por abandono del domicilio conyugal; tanto le daba un motivo que otro. Hubiera querido basar su petición en un apartado previsto por el Código Civil para tal fin, cual es el intento de prostitución de la esposa por parte del marido: pero los únicos testigos del escarnio que este quería cometer eran compañeros de milicia, por lo que pensar en una declaración veraz de ellos era ilusorio. La separación que pretendía solo amparaba el distanciamiento de los cuerpos, sin afectar al vínculo matrimonial, que permanecía incólume de por vida al estar prohibido el divorcio. A Lola esto le era indiferente, pues ni le impedía unirse y querer a otro hombre, si así fuera su deseo, ni le importunaba su vida futura, que de ningún modo imaginaba ya dentro del cauce matrimonial. Simplemente quería evitar la cercanía de alguien que solo acertó a ver en ella, durante el tiempo que, entre permiso y permiso pasaba por casa, mera carne de deseo.

El problema que se le planteaba a Lola con la petición de separación matrimonial era que no tenía, de momento, lugar donde cobijarse, al renunciar a su domicilio conyugal. La vieja casa de su padre estaba en trámite de venta, y hasta que este no se ultimara, carecía de medios económicos propios. Esta situación propició la iniciativa de Jerónimo para que ella aceptara quedarse en su casa. Lola reconoció paladinamente que no tenía otro sitio donde ir, por lo que aceptó el ofrecimiento, no sin vacilaciones y con la salvedad de que sería por un tiempo mínimo, el imprescindible para encontrar vivienda adecuada. Con la misma claridad manifestó que estaba profundamente agradecida de Jerónimo por el cariño y la delicadeza con que la había protegido en su doloroso trance; pero este había propiciado en ella un rechazo instintivo a cualquier clase de intimidad con un hombre. Quería dejar constancia expresa de esa repulsa, por si Jerónimo deseaba volverse atrás en su ofrecimiento. Con semblante grave, él replicó que su ofrecimiento

no escondía la intención de aprovechar la circunstancia de desvalimiento de una mujer para abusar de ella, sino dar cobijo y hogar a una amiga. Lola, por toda respuesta, se acercó a Jerónimo y le besó suavemente en la mejilla.

Jerónimo no ponderó, al menos en un primer instante, las consecuencias que podía acarrearles esa situación, en especial el mal ejemplo en materia de moralidad que causaban frente a terceros. Cuando Jerónimo me hizo saber lo ocurrido, lo primero que le solté fue la insensatez en que incurrieron tanto él como Lola al propiciar una situación manifiesta de escándalo público. Mi amigo, con una inocencia supina, cuando en otros asuntos demostraba harta sagacidad, se extrañó de que le hablara así. Con toda solemnidad me confesó que, por expreso acuerdo de ambos, no existía ningún tipo de contacto sexual entre ellos; hasta me aseguraba que cada vez contemplaba más a Lola, por cómo se esmeraba con entusiasmo y delicadeza en el cuidado de la casa y en el de él mismo, como una madre que hubiera recuperado después de carecer tantos años de ella. Me tuve que esforzar para hacerle ver que la pureza de sus sentimientos no contaba de puertas afuera. Para los extraños, lo único que se tendría en cuenta sería la convivencia íntima y permanente de una mujer casada con un hombre que no era su marido. Lo que propiciaría, primero, comentarios de todo tipo acerca de la desfachatez e inmoralidad de la pareja, y después, consecuencias desagradables para ambos.

Mis advertencias no hicieron mella en el ánimo de Jerónimo. Para él, lo que pensarán los demás le tenía sin cuidado y solo atendía a sus dictados de conciencia. Le sugerí, por eso, que si no por él, al menos que pensara en Lola, procurando alejarla de casa, para evitarle cualquier situación inconveniente. La misma recomendación le hicieron Dídimo y Faundez, apremiándole para que adoptara alguna solución más avenida con la rígida moralidad de los tiempos. No sé si llegó a pensarla siquiera, pero si lo hizo, no tuvo la fortaleza de ponerla en práctica. Dio lugar, en consecuencia, a que una tarde apareciera en su casa un sacerdote. Se identificó como el párroco del lugar. Era un hombre con el pelo prematuramente canoso, pero que mostraba todavía el vigor de la madurez. Se decía de él que, durante la conflagración civil, alternó el oficio de capellán castrense con el de combatiente activo, pistola en mano. Pasaba por culto, y mostraba el engreimiento y la osadía de quien piensa que en su persona se concreta la autoridad y por su boca se expresa la indubitada verdad. No se anduvo con contemplaciones a la hora de exponer los hechos: Jerónimo y Lola vivían en declarado concubinato, propiciando grave escándalo público, por ofender a la ley de Dios y a la de los hombres. Les conminó a que solventaran la degradante situación en el plazo de veinticuatro horas.

En un primer momento, Jerónimo, entre perplejo y respetuoso con la persona del sacerdote, contestó con suavidad que las palabras de este eran equivocadas. No estaba ante un acto de pasión, o desordenada lujuria, sino de espontánea bondad. Simplemente, Jerónimo daba cobijo a una buena amiga, hasta que encontrara un techo donde guarecerse. Entretanto, tenía para ella el máximo respeto como persona y como mujer.

El clérigo debió de pensar que el otro se mofaba de él al negar un hecho tan evidente como el que tenía a la vista, porque contestó con acritud que no había hecho la cruzada para permitir que los enemigos interiores de la religión y de la patria se burlaran impunemente en su presencia.

Más que las palabras del cura, fue su actitud exacerbada la que, a su vez, hizo reaccionar a

Jerónimo. Se irguió, como si quisiera patentizar de modo físico la auténtica diferencia a su favor que, en cuanto a contextura moral, existía entre el sacerdote y él; y, con palabra calmada, le manifestó el decidido propósito de hacer lo que le viniera en gana en cuanto a su intimidad de puertas para adentro, sin reconocer la autoridad de nadie al respecto.

El clérigo, al verse interpelado de modo tan directo, reaccionó de manera histérica y clamó contra Jerónimo, tachándolo de pecador infame e hijo infiel y malvado de la Iglesia. Jerónimo, en vez de contestar, volvió la espalda al clérigo y entró en casa, dando un fuerte portazo. Poco después, se abrió de nuevo la puerta, esta vez con suavidad, y salió Lola. Portaba un pequeño maletín en la mano. Tras ella, Jerónimo le recordó que sus vidas eran limpias y no habían infringido ninguna ley. Le indicó, asimismo, que, si se iba, daría razones a las habladoras, que constituían el sustento de la hipocresía social. Lola se volvió y le dijo a Jerónimo en tono tranquilo que debían ser consecuentes con sus actos. Habían querido construir para ellos un mundo aparte, modélico, ideal, olvidándose de que estaban inmersos en otro mundo, abrumador e implacable, del que resultaba imposible escapar, y cuya realidad estaba tejida no solo de hechos, sino de meras apariencias. A ellas debían atenderse también, si no querían ser directamente aludidos y condenados, por más que sus actos fueran honestos. Asumió con plena convicción que lo mejor para todos era que ella se fuese. Empujó cariñosamente a Jerónimo hacia dentro y le indicó que cerrase la puerta. Ella iría a su antiguo barrio, donde podría encontrar algún cobijo momentáneo. Salió y marchó.

El acontecimiento trascendió y no tardó en ser conocido por los prohombres del régimen. El primero en reconvenir a Jerónimo por la insolencia mostrada con el párroco fue Dídimo. Le recordó que el catolicismo, sus miembros, su doctrina, eran la piedra angular del nuevo Estado, por lo que enfrentarse a uno de sus clérigos suponía hacerlo al régimen mismo. La situación era más grave y anómala por cuanto el ofensor ostentaba el cargo de redactor-jefe en el diario del Movimiento en la provincia. También Hermógenes, el antiguo subjefe provincial, que pasaba más tiempo en nuestra ciudad que en su nuevo destino, se enteró del suceso y llamó a Jerónimo para darle cuenta del malestar con que el partido oficial había recibido la noticia de la afrenta al religioso, exigiéndole respeto a la autoridad eclesial y contención en la vida privada. Existían, no obstante, algunos datos que, objetivamente considerados, atenuaban aquella gravedad: la irregular situación en que Jerónimo vivía estaba cesada voluntariamente, el párroco interviniente era tenido como un hombre mentalmente inestable y tendente a la extremosidad, y, sobre todo, que el irregular y escandaloso suceso había sido propiciado por el impudor de una mujer; y ya se sabía, por valetudinaria doctrina de la Iglesia, que en la mujer en general estaba la raíz de todos los males que aquejaban a la humanidad. Fue así como, tras los puntuales rapapolvos a Jerónimo, el caso devino en una condena eclesial solemne y doctrinaria a Eva y sus secuaces de sexo, a las que reconvinieron, a través de homilías, con amenazas y castigos, así divinos como humanos, por su declarada perversidad.

Quizá Lola quiso hacer buena esa suposición clerical cuando reaccionó como lo hizo o fue simplemente un estado de ánimo surgido a consecuencia de su naturaleza rebelde. El caso es que, poco después de la apresurada salida de casa de Jerónimo, arrendó un cuarto «con derecho a cocina», en el que apenas paraba, y se dedicó, en el barrio que habitaba, a un activismo

feminista, discreto y sosegado, que abogaba por la consideración de la mujer como persona capaz de gobernarse a sí misma, sin necesidad de la tutela masculina.

La petición de separación matrimonial le impedía el acceso al economato militar, con lo que ya no pudo disponer de raciones alimenticias que constituían su elemento más disuasorio ante las amas de casa que visitaba. Para obviar esa deficiencia de adeptas, intentó Lola recabar la ayuda de Ernesto, el jefe de la clandestina resistencia en la ciudad. Lo conoció una tarde en que ella nos acompañaba a Jerónimo y a mí en la bodega de Ventura. Por allí apareció Ernesto, quien se acercó un momento a saludarnos. Lola sabía de oídas quién era, por lo que no desaprovechó la oportunidad para manifestarle su simpatía por la causa libertaria que propugnaba. Con la mayor convicción, se declaró dispuesta a engrosar las filas de los insumisos al régimen, a las órdenes de Ernesto. Este se sorprendió tanto como nosotros ante el inesperado ofrecimiento. Nos dirigió una intensa mirada, como pidiendo asentimiento o rechazo a la petición de Lola. Lo cierto fue que nosotros estábamos igual de desconcertados por la reacción de la mujer. Ella captó la situación, porque criticó la indecisión masculina para reaccionar congruentemente en momentos inesperados o repentinos.

—A las mujeres nada nos coge por sorpresa, porque nuestra vida ha sido y sigue siendo una lucha, en la que cada faceta es un incentivo a la improvisación. Pero vosotros, si no discurrís por una senda conocida, carecéis de iniciativa.

Ernesto quiso ser sincero con Lola e intentó disuadirla de su decisión opositora, pues la lucha contra el régimen era áspera y cruel siempre. Si, además, quien la ejercitaba era una mujer, los riesgos se multiplicarían. Por este motivo, tenía por norma no admitir a ninguna en su organización

Jerónimo agradeció con una mirada de complicidad la postura de Ernesto. Pero Lola no pareció afectarse con la negativa recibida. Según dijo, ya que no le dejaban ser cola de león, procuraría constituirse en cabeza de ratón. Tenía algunas amigas en su barrio con las que podía formar su propia organización, para oponerse al pensamiento machista que imperaba en la sociedad. Jerónimo la reconvino, insistiéndole para que fuera prudente y no olvidara la amonestación de Ernesto, hombre curtido en las actividades clandestinas. Lola se refugió en un silencio clamoroso, como mejor modo de expresar su insatisfacción ante la postura adoptada por los hombres que le acompañaban.

Pocos días después de estos acontecimientos, apareció por el periódico Ernesto, acompañado de Casimiro, el individuo al que Jerónimo ayudara en el asunto de las octavillas. Con sincera emoción y afecto, le agradecieron la oportuna intercesión del periodista ante la policía. Eran conscientes de que, a no ser por aquel, el individuo habría pasado largos meses en la cárcel. Lamentaron, eso sí, las consecuencias postreras que el suceso ocasionara. En efecto, decidido el aparato gubernativo a desarticular el núcleo subversivo de propaganda, optó por tomar las medidas más fáciles y, a la vez, más radicales: poner vigilancia directa a las imprentas que existían en la ciudad, interrogar duramente a sus gestores y, a la vez, extremar el rigor en la exigencia de depósito previo, en los órganos administrativos, de cualquier documento destinado a la publicidad. Eran decisiones que desalentaron profundamente a Ernesto y a su grupo de resistencia. Hasta el punto de que ponderaba la posibilidad de desistir, al menos momentáneamente, de su actividad opositora al régimen, para evitar perjuicios inesperados a su gente. Jerónimo le aconsejó que no lo hiciera. Aun reconociendo que las dificultades se incrementaban, siempre habría algún modo de manifestar el descontento obrero ante la opresión de la dictadura.

La entrevista se celebraba en el pequeño despacho que Jerónimo tenía en el periódico. Había cerrado por precaución la puerta, pero aun así, la conversación se mantenía en un tono confidencial para evitar ser escuchados. Los dos visitantes reiteraron su agradecimiento y se dispusieron a salir. Jerónimo, sin embargo, les pidió que se quedaran un momento. Con semblante pensativo, ante la mirada atenta de los otros, les habló en apenas un susurro. Se le estaba ocurriendo la idea de que él podía ayudarles a confeccionar los panfletos en el periódico, después del cierre de este.

Ernesto y Casimiro se miraron estupefactos, como si no dieran crédito a lo que acababan de escuchar. Jerónimo repitió su ofrecimiento, esta vez con mayor firmeza y convicción. Tras reponerse de la sorprendente proposición, Ernesto le preguntó al periodista si acaso había previsto la situación arriesgada en que se ponía, dando por supuesto que la pretensión de aquel era absolutamente veraz en intención. Jerónimo, esta vez con indiferencia, replicó que la vida para él tenía ya un plazo de caducidad muy corto. Si las circunstancias se volvían más en su contra y ese plazo disminuía, no le importaba demasiado. A cambio, tendría la satisfacción de haber colaborado en una buena causa. Ernesto se adelantó hasta la mesa donde estaba Jerónimo, le tendió la mano y con voz temblorosa por la emoción le dijo:

—Mi nombre verdadero es Juan. Ernesto es el sobrenombre con que se me conoce en la clandestinidad. Desde este instante, estoy a tu disposición para cuanto quieras. Permíteme un consejo: ya que vas a iniciar una actividad peligrosa, procura tener más precaución que la que demostró este insensato —apuntó a Casimiro, que bajó la cabeza, avergonzado—. Si damos con nuestros huesos en la cárcel, poco o nada ayudaríamos a la causa. Así, pues, debes ser prudente.

—No es la prudencia una de mis mejores virtudes, pero intentaré hacer acopio de ella y eludir cualquier situación de peligro, aunque solo sea para no comprometeros.

—Por cierto —dijo Ernesto con expresión preocupada—, hablando de prudencia, deberías inculcarle alguna dosis de ella a tu amiga Lola, pues está haciendo demasiado ruido en su barrio y ya la tienen bajo vigilancia los de la Brigada Político-Social. Para mañana por la tarde, ha convocado en el frontón del barrio una reunión de mujeres. Pretenden redactar y firmar un manifiesto público para la reforma del Código Civil, a fin de suprimir la autorización marital y demás impedimentos legales a la mujer. Es un desafío al régimen en toda regla. Por supuesto, la reunión no está autorizada, por lo que puede acabar muy mal. Deberías impedirlo.

Jerónimo agradeció a Ernesto la confidencia y decidió visitar a Lola aquella misma noche. Tenía preocupación, porque mucho temía que, conociendo la terquedad de Lola y su decidido y creciente resabio hacia la ideología imperante, persistiera en su cerrazón opositora. Desde que abandonara su casa, a raíz de la escandalera con el párroco, se veían menos. Lola había conseguido la representación de unos productos de cosmética, que promocionaba casa por casa y le dejaba algún beneficio para su mantenimiento. Aprovechaba la circunstancia de la visita para intercambiar confidencias con otras mujeres, promocionando el descontento entre ellas por los desaires y limitaciones que socialmente soportaban a causa de su condición femenina. De esta forma, había conseguido un grupo bastante numeroso de interesadas por la causa feminista, a las que pretendía reunir para estrechar lazos personales entre ellas e intentar ponerlas de acuerdo acerca de sus reivindicaciones.

Seguía ocupando Lola el mismo pequeño cuarto, desde que marchara de la casa de Jerónimo. Constaba de una pequeña cama con su mesilla, y de un armario de dos cuerpos, con espejo. A un lado de la única ventana que filtraba la luz exterior a través de unos gastados y sucios visillos, había una escueta mesa con su silla, y encima unos papales. En un rincón, y asomando por debajo de la cama, vio Jerónimo varias cajas de cartón repletas de productos cosméticos. Iluminaba el cuarto una sencilla lámpara con dos tulipas.

Lola recibió a Jerónimo con el afecto de siempre. Se puso de puntillas y le rozó la mejilla con un suave beso. A él le pareció, una vez más, que ella, desde el suceso con el marido, había dejado de contemplarlo como el hombre que fuera tiempo atrás un amante apasionado, para aceptarlo como un familiar cercano. La misma sensación de ponderación familiar mostraba Jerónimo hacia ella. Apenas si había transcurrido un mes desde que aconteciera el arrebato dialéctico con el cura, y, en este tiempo, a petición de la misma Lola, no había vuelto a visitarla. La encontró más desmejorada físicamente, más ajado el rostro, como si de repente los años se le hubieran echado encima, y con síntomas de cansancio; su misma forma de hablar, despacio y sin el apasionamiento de tiempo atrás, parecía dar a entender que no esperaba ya nada del mundo que le rodeaba, pero contra el que debía enfrentarse, al menos para intentar mantener enhiesto el estandarte del feminismo.

Fue precisamente en el momento en que Jerónimo le puso en antecedentes de la vigilancia policial que en torno a ella existía, cuando pareció transformarse de nuevo en la temperamental y bravía mujer de tiempo atrás. El tono de su voz se volvió más acuciante y agresivo para hacerle saber a Jerónimo y a quien quisiera oírlo que ya no aceptaba servidumbres de nadie. Dijo haber

estado manipulada durante cincuenta años como una muñeca de carne, sin cerebro y sin sentimientos. El culmen de sus humillaciones lo había testimoniado el mismo Jerónimo. A partir de ese instante, la vida solo tenía para ella un sentido: el de la reivindicación de sí misma, y de las demás mujeres a través de ella, a cambio del sacrificio de su vida, si era preciso.

Cuando se apaciguó un tanto su arranque de carácter, le agradeció a Jerónimo su generosa predisposición hacia ella, pero aseguró que no necesitaba la ayuda de nadie. Jerónimo mostró, en cualquier caso, su disposición a asistir al acto reivindicativo que tenía previsto, por si podía ayudar en algo. Lola, aunque renuente al principio, acabó por no poner inconvenientes ante la firme actitud de él. Le anunció al respecto que la reunión tendría lugar, tal como ya había informado Ernesto, al día siguiente, en la sala del frontón, a la nueve de la noche. Le advirtió, no obstante, que solo admitía a Jerónimo en la reunión con carácter presencial y sin que en ningún momento se le ocurriera intervenir, porque se trataba de un asunto que concernía exclusivamente a las mujeres.

Jerónimo me comentó estas incidencias al día siguiente y me ofrecí a acompañarle. Más que nada para calmar los ánimos, porque temía que Jerónimo, dada su predisposición a la resistencia, pudiera entrar en conflicto con la policía, si esta, como era más que previsible, hacía acto de presencia.

Llegamos al frontón un poco antes de las nueve, para comprobar de primera vista cómo se encontraban los ánimos de las convocadas antes del inicio de la reunión. Para sorpresa nuestra, el lugar, como el alrededor, como el barrio todo, estaba absolutamente vacío. Las puertas del recinto deportivo se encontraban cerradas. Nos acercamos a la casa donde se alojaba Lola, mas tampoco la encontramos allí. Nos resultaba imposible que, de ser cierta la hora de inicio para el previsto encuentro entre mujeres, no hubiera nadie por la zona. Aunque hubiera intervenido la policía, se observarían todavía señales de su presencia, así como corrillos de gente comentando el desencuentro. De ahí que la absoluta paz reinante nos hiciera pensar con verosimilitud que Lola había mentido a Jerónimo respecto a la hora del comienzo del acto.

Habitaban en el barrio todavía algunos conocidos de Jerónimo, desde la época en que este frecuentaba el frontón. Eligió el que más confianza la sugería y llamamos a su puerta. El hombre, de tez cetrina y arrugada, entreabrió apenas una rendija y asomó parte del rostro con desconfianza. Cuando nos vio desarrugó el entrecejo, pero no llegó a abrir la puerta de par en par. En un susurro, y mirando con prevención hacia los lados, nos comunicó que la reunión clandestina estaba prevista para las ocho de la tarde, pero una hora antes miembros de la Brigada Político-Social habían acudido al domicilio de Lola y de dos o tres mujeres más y las habían arrestado. A estas las habían soltado poco después, pero de Lola no se sabía nada. El hombre, tras su escueta información, cerró la puerta, no sin hacer un leve movimiento de cabeza, a modo de despedida. Cuando estuvimos solos, Jerónimo despotricó con vehemencia contra Lola, por la manifiesta falta de sensatez que demostrara en su actuación. A impulso del desdén y del rechazo que sentía hacia la sociedad había olvidado las más elementales reglas de la prudencia, como si la realidad del país fuera la de un paraíso de libertad, en vez de ser lo que era: una enorme prisión en la que había que andar con extrema precaución para no llamar la atención de los temibles carceleros. Ahora estaba en poder de ellos por su falta de tacto, con consecuencias que no quería

ni siquiera pensar, pero que era dable sospechar.

Desde su aprehensión, habían pasado dos largas horas, que en manos de algunos individuos de la político-social era demasiado tiempo. Nos dirigimos a toda prisa hacia la comisaría, con la esperanza de encontrar la intercesión oportuna de nuestro amigo Faundez. Para nuestro contratiempo y, sobre todo, para desgracia de Lola, no estaba allí. Según nos informó el policía de puerta, Faundez había tenido servicio de mañana, por lo que hasta el día siguiente no volvería al trabajo. El informante era bastante áspero de trato, y pese a conocer de vista a Jerónimo y de hacerle saber nuestra amistad con el inspector que requeríamos, se negó a darnos información alguna sobre la presencia de Lola en la comisaría; tampoco accedió a ponernos en contacto telefónico con el domicilio de Faundez. Así que tuvimos que optar por acudir hasta él, con la natural prisa y creciente ansiedad. Vivía Faundez en una zona de ensanche, a las afueras de la ciudad, por lo que nos llevó cerca de media hora llegar hasta allí. El reloj rondaba ya la cercanía de las diez de la noche. Cuando encaramos al inspector suspiramos con alivio. Estaba en pijama y bata, y se disponía a comenzar la cena. Le pedimos, más a su mujer que él, disculpas por la inoportuna interrupción y le pusimos en antecedentes de lo que ocurría. Faundez reaccionó inmediatamente como lo que era: un buen amigo. Se cambió con rapidez y nos echamos a la calle en dirección a la comisaría. En el camino nos comentó que, dependiendo del compañero que se encargara de tramitar el sumario de la arrestada, podía haber, o no, dificultades para liberar a Lola sin cargos. Las hubo, pero no porque se interpusiera el impedimento de ningún compañero, sino más bien por la inexperiencia del joven inspector que realizara las primeras diligencias. Cuando comprobó el abultado expediente que existía en comisaría sobre Lola, en el que se reflejaban con precisión sus idas y venidas de índole feminista, así como el escándalo que propiciara con el sacerdote, el funcionario policial consideró que poco menos que se hallaba ante una peligrosa activista. Así que, por previsión, tanto como por la presunción de mostrarse meticuloso e importante, quiso recabar la opinión del comisario. En ausencia de este, optó por ponerse en contacto con la dirección general de Seguridad, la cual, cuando el imberbe instructor leyó la nutrida hoja de incidencias, ordenó el traslado inmediato de la arrestada a sus dependencias. En un coche celular, había salido para Madrid, a las ocho de la tarde. Eran, a todo esto, las once de la noche. Faundez dio un bramido y arrojó sobre el joven instructor toda clase de improperios, por su falta de tacto y sensibilidad. Reuniones más o menos clandestinas las tenían día sí, día no, sin que por eso se le ocurriera a nadie mandar fuera a los arrestados; sobre todo, porque, en una ciudad pequeña como la nuestra, todos nos conocíamos de vista y sabíamos del pie que cojeábamos unos y otros. Al que se cogía en ese tipo de actividades, según las circunstancias, se le abroncaba, se le arreaba un par de sopapos, y se dice un par como podía ser una docena, o se les tenía de quince días a un mes en el calabozo a pan y agua; poca cosa comparado con los métodos que usaban en la dirección general.

Faundez decidió sobre la marcha que debíamos acudir también nosotros a la capital cuanto antes, para intentar evitar el interrogatorio a Lola. No hacía falta que nuestro amigo nos diera detalles sobre los métodos que usaban con los apresados en esas circunstancias para dar por supuesto que no eran nada agradables. Cualquier ciudadano de a pie temblaba de pavor con solo pasar delante de la puerta de la ominosa dirección general. Había quien aseguraba haber

escuchado desde la calle los doloridos clamores de los desgraciados sometidos a tortura, para sonsacarles información. Con solo pensar que Lola pudiera también sufrir ese infamante trato, acrecíamos en nerviosismo y temor, al tiempo que intentábamos apresurar los trámites para acudir cuanto antes a la capital. Parecía, empero, que las cosas tuvieran que suceder con desesperante lentitud, como si todo se conjagara para provocarnos un continuo e irritante retraso.

Para efectuar el viaje, el inspector pidió un coche oficial al parque móvil de ministerios, el famoso PMM que figuraba en las placas de matrícula. La autorización debía darla el comisario en persona, mas este, como sabíamos, no se encontraba en su domicilio. Todos sospechábamos donde se encontraba a la sazón. Cuando realizábamos alguna correría por el barrio de la Lana no era infrecuente observar la llegada del comisario a casa de la Charito, la más elegante y cara de la zona, como tuvo a bien informarnos Leopoldo, en el primero y ya lejano contacto de nuestra singladura puteril. La dueña en persona acudía a recibirlo a la puerta, enfundada en elegante salto de cama. Le daba dos besos y le hacía entrar, cogida melosamente del brazo. El comisario era un hombre bajito, regordete y calvo. Como hombre quizá no tuviera nada que agradar, pero como autoridad procuraba exteriorizarla en todos sus ademanes. Tenía el típico bigotillo fino de las gentes del régimen y miraba con insolencia y desprecio a quien se le ponía delante. En manos de la Charito era, sin embargo, un pobre hombre, insignificante y sumiso. Ella le hacía el cumplido de acompañarlo en el lecho durante toda la noche.

Decidimos acudir a la zona de la Lana en busca de la autorización para usar el vehículo. Estaba pasada la medianoche y apenas si había clientela por la calle. Cuando llamamos a la puerta de Charito, nos abrió un rufián mal encarado que nos revisó de arriba abajo. Por toda contestación, Faundez le puso materialmente la placa identificativa de su cargo en las narices y lo empujó sin contemplaciones. Después le preguntó por el comisario. El aludido, que había depuesto su barniz chulesco para dejar paso a un individuo medroso y timorato, contestó que estaba en el dormitorio de la dueña, con orden de que no se le molestara en toda la noche. Faundez no dudó en la reacción: nos pidió que aguardáramos en el vestíbulo y él se dirigió hacia la planta superior. Con discreción, llamó a la primera puerta que encontró en un largo pasillo y le abrió una chica joven, medio desnuda. El inspector le preguntó por la habitación de la dueña y la chica señaló hacia una puerta del fondo. Sobre ella insistió Faundez en la llamada, pero nadie abrió. El policía no esperó más: giró el pomo de la puerta, abrió y entró.

La habitación estaba medio en penumbra, pero a través de la suave luz que se filtraba por una ventana, distinguió el lecho. Se acercó con pasos quedos y vio al comisario acurrucado junto a Charito. Ambos dormían plácidamente. Faundez dudó un momento antes de decidirse a despertar a su superior. Pero en ese momento la mujer abrió los ojos y descubrió al intruso. No se sorprendió demasiado, como si ver gente extraña en su dormitorio fuera de lo más normal. Sacó un brazo de entre las sábanas, lo alargó y encendió la lámpara de la mesilla. Faundez le explicó entonces que era policía y que deseaba hablar un momento con el comisario. Ella se restregó ligeramente los ojos para espabilarse del todo y dio un toque al hombrecillo que roncaba plácidamente a su lado. El comisario cesó en su rítmica respiración, pero pretendió darse la vuelta para seguir durmiendo. El hombre debía encontrarse en el mejor de los mundos. La Charito no se anduvo con contemplaciones y esta vez lo movió con brusquedad, mientras le

decía con voz fingidamente suave: «Chiquitín, despierta, que hay un señor que quiere verte». El hombre se sobresaltó y abrió los ojos, mirando hacia todos los lados como si no acabara de comprender lo que pasaba. El inspector le colocó sobre la cara un papel y una pluma. El comisario pasó la mirada alternativamente del papel al inspector, vagando todavía por las regiones de la inconsciencia.

—Soy yo, comisario. Faundez. Vengo a pedirle una simple firma para autorizar el uso de un vehículo, a causa de un asunto oficial que ha surgido. Perdone que le moleste en estas condiciones.

—¿Y no podía esperar hasta mañana? —inquirió el comisario, que se esforzaba por regresar a la coherencia racional, mientras echaba un garabato a la autorización.

—Imposible. Se trata de un caso urgente —guardó la autorización en el bolsillo—. Gracias y perdone de nuevo. Duerma tranquilo. —A continuación, se dirigió a Charito—: Disculpe, señora. Buenas noches. Y a usted, señor comisario.

—Sí, sí. ¡Ah, Faundez! De esto, ni una palabra a mi mujer.

—Naturalmente, señor comisario. ¡Faltaría más!

Salió de la habitación haciendo un gesto amistoso de despedida a la singular pareja. Cuando se reunió con nosotros, nos dirigimos a toda prisa hacia el parque móvil en busca del coche. Estábamos ya en plena madrugada cuando nos acomodamos en él y enfilamos la carretera camino de la capital. El vehículo que montábamos era un Peugeot antiguo, que en cuanto alcanzaba los sesenta kilómetros por hora parecía a punto de reventar el motor. Faundez no se atrevió a forzarlo, por temor a que nos quedáramos a medio camino. La carretera, estrecha y sin señalizar, no invitaba tampoco a correr, siendo como era de noche. Así que transcurrieron las horas con exasperante lentitud, sin que apenas intercambiáramos palabras entre nosotros. Todos teníamos en mente a Lola, de la que temíamos que estuviera pasando un mal momento en los siniestros calabozos de la dirección general. Faundez no quiso explicitar, por prudencia profesional, el trato que allí daban a los elementos subversivos del régimen —esa calificación de «elementos» indicaba que no daban ni la consideración ni el respeto debido a las personas—, pero conocía de sobra a sus compañeros y estaba hondamente preocupado. Por eso tenía prisa en llegar. Esa angustiada opresión, ante la suerte adversa que pudiera correr en ese momento nuestra amiga, nos hacía el viaje, largo, tenso e insoportable. Los kilómetros pasaban lentamente, mientras que las horas transcurrían a toda velocidad.

Habíamos superado ya el Alto de los Leones y estábamos en las cercanías de la gran autopista que se estaba construyendo, a unos kilómetros de Madrid, con la inestimable ayuda del dinero americano. En cierto modo, la obra me resultaba cercana, pues un compañero de oficina trabajaba en ella provisionalmente, haciendo labores de contable. Además, el ingeniero-director era también antiguo compañero de Administración. Tratábase de un hombre honrado, meticulado y conspicuo, enamorado de su profesión. Cada dólar que gastaba en la cimentación de la emblemática obra lo justificaba a conciencia. Los americanos que controlaban el gasto estaban admirados de la ejemplaridad y enorme profesionalidad mostrada por nuestro convecino. Esta circunstancia nos enorgullecía, por supuesto, pero apenas si la considerábamos como de pasada. Lo que realmente nos apasionaba era el comentario puntual que mi compañero de oficina

relataba acerca de las ideas y venidas de Ava Gardner y Charlton Heston. Coincidió prácticamente todos los días con ellos, pues compartían espacio en los alrededores de Las Rozas. De ese lugar obtenían los constructores la finísima arena, como de playa, usada para la aglomeración del hormigón; y cerca de allí los cineastas habían erigido todo un conglomerado de casas y murallas chinas, para rodar la película *55 días en Pekín*. Mi compañero se ufanaba del trato asiduo con los famosos artistas, hablándonos, ante nuestra extasiada atención, del coche blanco, descapotable, en el que diariamente se trasladaban desde Madrid la Gardner y Heston, así como de las locuras amorosas de ella. Esta exhibición pública de osadía sexual en una mujer, por muy celebre que fuera, nos anonadaba y confundía, acostumbrados como estábamos en el país a una sumisión ancestral de las féminas en el aspecto amoroso, y prácticamente en todo lo demás. A Jerónimo, sin embargo, todas las habladurías que motivaban la vida sexual de la artista le parecían carentes de interés, y auguraba que no tardaría mucho tiempo en que también en nuestra nación se viviera esa revolución sexual de la mujer. No sé si pensaba en Lola y su ardoroso feminismo cuando hacía esta afirmación, pero yo le contesté, sin amago de contradecir, desde la mayor convicción, habida cuenta nuestra proverbial sequedad y austeridad de carácter, que pasarían muchos años antes de que las costumbres cambiaran hacia la libérrima conducta amorosa de que daba muestra la admirada Ava.

Un inesperado contratiempo nos retrasó aún más. Fue propiciado por un coche, que se interpuso ante nosotros, impidiéndonos el paso. No era de color blanco, ni descapotable. Tampoco iba en él ninguna actriz. Era negro y de él descendieron cuatro hombres portando metralletas. Cuando vimos la matrícula del vehículo, PMM, como el que ocupábamos nosotros, no nos cupo duda de que sus ocupantes eran policías. Pensamos que se trataba de un simple control. Se acercaron a nosotros y pidieron nuestra identificación. Cuando Faundez mostró su acreditación policial, nos saludaron con respeto y nos pidieron que nos apartáramos a un lado de la carretera. Así lo hicimos, sin que nos dieran más explicaciones sobre el motivo de la parada. Delante de nosotros había aparcados, junto a la cuneta, dos camiones. La patrulla policial se mantuvo expectante un momento y después subió al coche y se marchó, no sin advertirnos de que debíamos permanecer detenidos en el arcén. El silencio de la noche se reanudó y nosotros lo respetamos, intrigados como estábamos por la súbita detención. Jerónimo se revolvió inquieto en su asiento, consumido por la desesperación, ante la perspectiva de que llegáramos definitivamente tarde a la liberación de Lola. Apremió, por eso, a Faundez para que prosiguiera la marcha y no hiciera caso a sus compañeros. El inspector pidió calma y permaneció inmóvil, previendo algún motivo para la forzada parada. Jerónimo decidió descender y fumar un cigarro para calmar el nerviosismo. Faundez y yo bajamos también. Aunque fresco, nos resultó acariciante y apacible el aire de la madrugada. Además, después de cuatro horas largas que llevábamos en el interior del coche, encogidos y enervados, nos agradó estirar las piernas y relajarnos un tanto. Imponía todavía su presencia el manto oclusivo de la noche y ni el más mínimo ruido perturbaba aquel ambiente de paz proverbial. A mí me resultaba inédito y extraño encontrarme en medio de aquel paraje, plagado de incógnitas y sombras, sin saber realmente lo que hacíamos allí o lo que esperábamos,

si es que esperábamos algo. Los conductores de los camiones permanecían en sus cabinas y en ningún momento se dieron a ver, hasta el punto de que llegué a dudar de si estarían aquellos ocupados.

Finalizaba ya Jerónimo su cigarro cuando se escuchó el lejano runruneo de motores. El ruido se hizo más ostensible a medida que se acercaban. También la cortina negra que imponía la uniforme nocturnidad fue rasgada, en la cinta gris de la carretera, por una luz que se acercaba a toda velocidad. Cuando se hizo asequible para nosotros vimos dos luces, no una. Para entonces ya escuchamos los motores zumbando a su máxima potencia, como muestra de la exigencia con que los impulsaban quienes conducían. Pronto pasaron junto a nosotros, raudos como el viento, dos motoristas, que nos hicieron señas con la mano para que nos echáramos hacia atrás, hacia el borde mismo de la calzada. Lo siguieron de inmediato otros dos, antes de que desfilara, a una velocidad tremenda, una caravana de vehículos Dodge dart, negros, enormes. En medio de ellos iba un «mercedes», también negro, que exhibía dos guiones, uno a cada lado de la parte delantera del motor. Sobre fondo rojo, representaban los guiones a dos dragones, uno en la parte superior izquierda y otro en la inferior derecha, sujetando ambos en diagonal una franja amarilla. A uno y otro lado de esta campeaban dos columnas blandas, rematadas por la corona real, con la inscripción «PlusUltra».

—¡Es el Caudillo! —exclamó con excitación Faundez, al tiempo que se despojaba del sombrero y levantaba el brazo a modo de saludo.

Una inefable emoción me invadió y me hizo levantar también el brazo, mientras me ponía en posición de firmes. Al mismo tiempo, intentaba taladrar con la mirada los opacos cristales del coche que estaba frente a mí, para ver a su excelso ocupante. Antes de que se percatara de algo, ya el «mercedes» se perdía en el primer recodo de la carretera. Pasaron otros tres vehículos de escolta más, antes de que la calma renaciera de nuevo. Jerónimo me miró con sorna y me bajó el brazo que suspendía todavía en el aire.

—Fue la emoción del momento —expliqué a modo de justificación—. Nunca había visto tan cerca y en persona al jefe del Estado.

—Ahora tampoco lo has visto —precisó Jerónimo—. Lo único que se ha podido ver es una caravana siniestra, que en sus prisas a través de la negrura expresa como nada el atropello de esta gente.

Iba a responderle y enzarzarme en una disputa, para hacerle ver a Jerónimo que el poder debe manifestarse siempre con ostentación y privilegio, como mejor muestra de su superior designio. Pero los camiones que estaban delante de nosotros habían arrancado y Faundez nos apremió para que nosotros hiciéramos lo mismo. Se había ya ajustado el sombrero y subido al coche. Mientras montaba, pensé en la caravana de motos y coches oficiales, cuya misma vorágine, deletérea y opresiva, impresionaba, y pensé que, como decía Jerónimo, aunque exteriormente yo no se lo reconociera, el poder tiene siempre, cualquiera que lo ocupe, un halo de imponencia y coacción, hasta el punto de que su cercanía asusta y estremece. Estas mismas reacciones emotivas eran las que nos abrumaban al pensar de nuevo en la suerte de Lola.

También pensé, aunque no pude exteriorizarlo de momento, en el contraste que mostraba la faz de nuestro amigo Faundez, desprovisto del sombrero. Acostumbrados a verlo con él, cuando

extendió el brazo al paso del Caudillo y se despojó del adminículo, dejó ver una cabeza monda y brillante, así como una mirada enérgica e, incluso, fanatizada. Guardé mis impresiones para la ocasión en que pudiera contrastarlas con Jerónimo, y me enfraqué en el motivo del viaje.

Rondaban las manecillas del reloj las seis de la mañana y ya el alba comenzaba a despuntar en el horizonte cuando entrábamos en la capital. Atravesamos las céntricas calles, todavía semivacías, y encaramos el edificio de la organización policial, en la céntrica Puerta del Sol. Faundez nos pidió que aguardáramos fuera. Él habló un momento con el policía de servicio en la entrada, le enseñó su credencial y desapareció en el interior. Tardó media hora larga en salir y, cuando lo hizo, venía solo. Esta circunstancia nos acongojó de tal manera que nuestro corazón comenzó a latir con fuerza, mientras un malestar difuso se adueñaba de nosotros. El semblante de Faundez era, más que serio, descompuesto, pesaroso, como si recién viniera de inmiscuirse en una áspera refriega. Propiamente, algo de lo que presumíamos durante el viaje había ocurrido en el interior. Con voz todavía temblorosa y con gran pesadumbre nos informó que Lola ya no estaba en las instalaciones de la dirección general, sino que había sido trasladada al Hospital Provincial, en la cercana calle de Atocha.

Montamos en el coche y nos dirigimos hacia ese centro sanitario. Durante el corto trayecto, Faundez nos puso en antecedentes de lo ocurrido. Según dijo, los de la Brigada Político-Social habían interrogado a Lola según era normal en esos casos: con brusquedad, para intentar sacarle información y delaciones acerca de sus actividades clandestinas. Ella reaccionó como era también normal en su temperamento: con gallardía y entereza, insultando a diestro y siniestro, y expresando toda clase de males al régimen, a la policía y a todo el que se le venía a la mente. Los interrogadores, ante esta reacción atrabiliaria, consideraron a Lola como una peligrosa activista y dieron algunos pasos más en sus medidas de disuasión. Le hicieron ingerir aceite de ricino y le golpearon con saña el bajo vientre. Como consecuencia, sufría un fuerte sangrado y una incontenible diarrea, que habían debilitado en grado extremo su naturaleza.

—¡Eso es una salvajada! —exclamó Jerónimo con indignación—. ¿Cómo podéis usar métodos tan crueles con una persona?

—Debéis comprender que hay gente malvada, que solo piensa en hacer daño a los demás. Nuestro deber es evitarlo.

—Pero no por cualquier medio, porque entonces vosotros incidís en la misma maldad que intentáis preservar.

—Hay personas, Jerónimo —el tono de Faundez era de pesar—, muy arriscadas y feroces, que si no se les trata con dureza, no hablarían. Algunos, incluso, aun aplicándoles los medios más violentos, han preferido morir antes que delatar a nadie.

—Mi admiración hacia ellos, sean cuales fueren sus ideas —dijo Jerónimo con convicción.

—Tampoco hay que caer en esa admiración —corregí yo—. Por mucha resistencia que demuestren, no dejan de ser gentes problemáticas, que ponen en peligro la estabilidad del régimen.

Jerónimo me dirigió una mirada airada, pero se reservó el comentario. Después de un momento de tenso silencio, pregunté a Faundez con angustia mal contenida:

—¿Lola no habrá muerto?

—No. En las medidas de persuasión se tiene el cuidado de no llegar al límite, para evitar dar explicaciones al juez..., aunque no está en las mejores condiciones.

Llegamos en ese momento al centro hospitalario, aparcamos del coche y entramos. Faundez sabía dónde tenía que ir, porque pidió directamente a un sanitario que nos condujera al pabellón de psiquiatría. Después de atravesar un pequeño vestíbulo, cruzamos por una amplia sala con camas adosadas a los lados. Bastantes de ellas estaban ocupadas por enfermos que parecían dormir plácidamente, quizá bajo la influencia de narcóticos, pues un olor especial se esparcía por el ambiente, que propiciaba el sueño. Otros paseaban lánguidamente, como si dispusieran de toda una eternidad para realizar aquel sencillo ejercicio. Desembocamos en el lado opuesto de la sala, descendimos por una escalera mal iluminada y nos encontramos en los sótanos, en un corredor con celdas a uno y otro lado. El sanitario que nos acompañaba extrajo una llave y abrió una de las celdas. Era muy reducida, casi lo imprescindible para contener un petate; no tenía ventana alguna y estaba deficientemente iluminada por una polvorienta bombilla. Sobre el lecho, atada de pies y manos con unas correas, que la sujetaban al catre, estaba Lola. Se cubría con un escueto camisón y retorció de continuo el cuerpo en una exasperación frenética y espeluznante, mientras hacía esfuerzos desesperados por soltarse. De su boca, contraída en una mueca hierática, escapaba un espumarajo amarillento. Tenía la frente amoratada y herida. Pero lo que atrajo de inmediato nuestra atención fue comprobar que tenía la cabeza completamente rapada.

La constatación de esta nueva muestra de represalia, nos hizo escrutar con dureza a Faundez, exigiéndole una explicación.

—Lo siento —la afección del policía era sincera—. A consecuencia de los disturbios estudiantiles, se han recrudecido algunas medidas de represión, y se ha recuperado el corte de pelo a cero como uso particular y sexuado de intimidación.

—Esa barbarie solo demuestra una debilidad fundamental —replicó Jerónimo con tristeza—. Os aseguro que este régimen no durará mucho más.

—Eso el tiempo lo dirá. Por lo que a mí respecta —dijo Faundez con convicción—, me limito a cumplir mi deber de funcionario con pulcritud... en lo que puedo. De eso puedo responder. De lo demás, que cada cual asuma su responsabilidad.

Fijamos de nuevo la atención en Lola, que en ningún momento cruzó sus ojos con los nuestros, como si no apercibiera que estábamos allí. Su mirada, sanguinolenta e inquieta, estaba nublada por opaco velo gris. Era angustioso contemplar aquel cuerpo desgarrado y exacerbado, como si tendiera a la devastación para eludir el desquiciamiento extremo en que se encontraba su órgano rector, el cerebro.

—Adminístrenle calmantes para tranquilizarla, por favor. No la mantenga en este estado de paroxismo —le dije al sanitario.

—Ya lo hacemos, pero no parecen hacerle efecto. Está sumida en un trastorno anímico profundo, que no vemos modo de controlar.

—Pues, al menos, suéltenla —insistí—, porque parece que ella es lo que intenta conseguir.

—Lo hicimos una vez, pero intentó suicidarse, dándose cabezazos contra la pared. Tiene que estar sujeta.

Jerónimo se dirigió a Faundez con el rostro contraído por el dolor.

—Tus compañeros no pretenderían llegar al límite, pero han destrozado a esta pobre mujer. Voy a denunciarlos ante el juez.

—Perderás el tiempo —contestó el inspector con semblante tan preocupado como todos los demás—. Ningún juez se atrevería a enfrentarse al poder del régimen.

—Entonces es un poder ignominioso y cruel. Reniego de este país y de la inmundicia que lo cubre.

—Comprendo tus sentimientos en este instante, porque todos los compartimos —contestó Faundez—. Yo estoy tan apesadumbrado como tú. Pero no hay nada que hacer, salvo intentar poner a Lola en manos de un buen profesional, que intente aliviar su tremendo desequilibrio emocional.

—¿A quién podríamos acudir? —inquirí.

—He oído hablar elogiosamente de un psiquiatra, llamado Castilla del Pino —dijo Jerónimo, más calmado—. Además, me consta que es decidido y acérrimo adversario de la dictadura, motivo de más para decidir poner a Lola en sus manos.

—Es de los mejores médicos que tenemos, desde luego —precisó el sanitario—. El problema es que actualmente desarrolla su actividad en una clínica privada, la cual es muy costosa.

—Eso no importa —contestó Jerónimo—. El marido de Lola, que lo va a seguir siendo, al menos, durante dos años más, tiempo que tardará en tramitarse la separación, tiene, como militar, un solvente montepío, que cubre las diversas carencias sanitarias. ¡Que paguen ellos, por tanto! Y si ofrecen algún tipo de resistencia, ya haríamos públicas las técnicas de persuasión tan repugnantes que encubre nuestro glorioso Movimiento Nacional.

En cuanto llegamos a nuestra ciudad, con el ánimo todavía encogido por el desgraciado acontecimiento de Lola, nos movimos con rapidez para tramitar su ingreso en la institución elegida, con la ayuda oportuna de algún médico amigo y la persuasión, cuando llegó el caso, del inspector Faundez para acelerar el procedimiento, adverando, como autoridad policial, alguna que otra firma que, de otro modo, hubiera sido inauténtica. El marido, destinado otra vez en territorio africano, no es que no opusiera resistencia; ni siquiera se enteró del suceso acaecido a su todavía esposa, ni de la tramitación que en su nombre oficiamos.

Después de meses de tratamiento, ella volvería a nuestra ciudad, con algo más de sosiego y algo menos de razón. El mundo pasó a ser para ella una entidad superflua y desconocida, pues no volvió a salir de la casa de su padre, que conseguimos recuperar. Con el tiempo, hube de asumir gustoso la obligación de su cuidado, llegando a ser como una más de la familia, la «tía Lola», a ratos excéntrica, a veces sumisa y huidiza, siempre afable.

Una de esas tardes, cuando Jerónimo y yo nos veíamos para repasar las incidencias de los últimos días delante de unos vasos de vino, reflexionamos sobre la reverencial admiración que mostrara ante el jefe del Estado nuestro amigo, el inspector Faundez. Particularmente, me parecía de lo más natural, pues yo mismo tenía esa misma admiración. Jerónimo no aprovechó, como tenía por costumbre, esa confesión para zaherir mi simpleza ideológica, sino que me pidió recapitular acerca del aspecto de Faundez sin sombrero, una circunstancia en la que raras veces lo habíamos contemplado. Sin esta prenda, Faundez mostraba una cara rotunda y poderosa, de mentón saliente, como muestra de energía y decisión, y pómulos rellenos. Coincidimos en la descripción. También en la percepción de su pronunciada calva. Después, Jerónimo me recordó que Faundez nos había acompañado en la incidencia del túnel y estuvo al tanto de nuestra aventura nocturna en la Academia de Bellas Artes, a donde nos condujera, con singular y extraña consideración hacia nosotros, un personaje de tan mala fama como el «Duce». Justamente, al término de aquel pintoresco avatar, apareció Faundez, que después le acompañaría hasta casa.

La sugestión era grande, pero no me parecía apropiado sacar conclusiones precipitadas. Por eso, como adivinara las intenciones de Jerónimo, reaccioné con vehemencia y le prohibí que siguiera con ese tipo de insinuaciones. Faundez había demostrado ser en numerosas ocasiones, la última en el malhadado apresamiento de Lola, un amigo sincero y leal, por lo que no estaba dispuesto a poner en entredicho su personalidad, ni su comportamiento con nosotros. Nos constaba su acreditada profesionalidad, que, en momentos como el presente, era hartamente difícil mantener con honestidad y probidad. Jerónimo se avino a mi razonamiento y cambió de conversación.

Quizá hubiera preferido que no lo hubiera hecho, porque el asunto a que se refirió me ocasionó grave preocupación y no poco escándalo. Con el mayor desparpajo, me hizo saber el compromiso que había adquirido, días atrás, con Ernesto y sus acólitos para realizar folletos subversivos en la imprenta del *Heraldo*. Está de más decir que la noticia me produjo asombro, primero, y cólera, después. Aunque la verdad es que fue un acaloramiento, por mi parte, con buena dosis de teatralidad y, en cierto modo, fingido, porque Jerónimo me tenía acostumbrado a reacciones inesperadas y podía esperar de él cualquier cosa. Lo que me molestaba especialmente de su nueva pretensión era que iba a abusar de su condición de jerarca en un periódico perteneciente a la cadena del Movimiento, para realizar actividades en contra él. Eso me parecía una traición descarada, impropia de alguien que tuviera un mínimo de nobleza. Pero Jerónimo había ya decidido dejar atrás cualquier atisbo de esa nobiliaria cualidad y estaba dispuesto a imprimir folletos para la disidencia. Con gran énfasis, para demostrar el disgusto y la molestia que me ocasionaba su decisión, le advertí que no quería saber nada en absoluto de esas actividades y que no contara conmigo para las cuestiones que se relacionaran de lejos o de cerca con ellas.

A Jerónimo, mi ofuscación pareció tenerle sin cuidado, porque siguió bebiendo tranquilamente; incluso extrajo un cigarro, lo encendió y me echó encima el humo, como solía hacer en los momentos iniciales de nuestra amistad, cuando yo le protestaba con empacho que me estaba ahumando como a una morcilla. En esta ocasión, le volví a insistir por enésima vez que ese gesto de suficiencia le llevaría a la tumba. Él, con la mayor parsimonia, replicó:

—Ya estoy a medias en ella. Solo te pido, en base a nuestra amistad, pese a los improperios que me acabas de dirigir, que, cuando lo esté por completo, no me embalsames como Marina — la socarronería de Jerónimo me irritaba—. Más que nada, porque si mis numerosas amantes se enteran de que estoy todavía de cuerpo incorrupto, son capaces de asaltarme y abusar de mí.

Repliqué con un desdeñoso silencio a sus palabras, que no hizo sino acrecentar su ironía. Me sugirió, al respecto que, como buen amigo, tomase a mi cargo, cuando él faltase, el mantenimiento de sus amigas. Repliqué, empalagosamente enfadado, con la primera tontería que se me vino a la cabeza:

—Yo soy hombre de una sola mujer — dije con fingido énfasis.

—Eso te pasa por ser un «picha fría» —contestó Jerónimo entre humo y carcajadas.

La frase picó mi amor propio y contraataqué con otras ocurrencias acerca de su acreditada depravación moral, acabando la contienda dialéctica entre vahos de alcohol, con las lenguas cada vez más estropajosas y las mentes obnubiladas. Yo me dirigí para casa cerca de la medianoche, y Jerónimo marchó directamente al periódico. A esa hora, los operarios de las rotativas abandonaban las instalaciones, por lo que él podría realizar con impunidad su inédita actividad clandestina. Cuando llegó, estaba todavía Dídimo repasando un ejemplar recién imprimido. Jerónimo lo saludó y justificó su presencia a esa hora por la necesidad de redactar el editorial del día siguiente, antes de que las ideas que bullían en su cabeza se le dispersaran. Como el trabajo le llevaría un rato, le sugirió a Dídimo que no le esperara. El director salió y Jerónimo aguardó todavía un tiempo, antes de dirigirse a la sala de máquinas. Incluso abrió una ventana y echó un vistazo a la calle para comprobar que nadie transitaba a esa hora por ella. Se acercó hasta una de las máquinas auxiliares, la puso en marcha, colocó en la caja algunos tipos con los que compuso un breve texto alusivo a la libertad de sindicalismo, de reunión y de manifestación, y comenzó a imprimir folletos. La subrepticia tarea le causó impaciencia y nerviosismo. La máquina, que de día apenas emitía ruido, ahora, en el silencio de la noche, resultaba clamorosamente escandalosa. Mientras efectuaba la impresión, no dejaba de mirar hacia la puerta por si alguien escuchaba y hacía su aparición. Cuando tuvo impresas varias decenas de folletos, apagó la máquina y se dirigió a su despacho para volver a mirar al exterior. La calle seguía igual de tranquila que antes. Jerónimo se calmó, envolvió las octavillas en papel de estraza, como si se tratara de un paquete, y se dispuso a marchar a casa.

Tenía previsto ir al día siguiente hasta la Bodega de Ventura, para entregar los folletos a Ernesto y sus hombres, y que los distribuyeran cuando lo consideraran conveniente. La soledad de la noche le sugirió, sin embargo, otra cosa. Buscó por el periódico un bote de pegamento, lo cogió y salió de nuevo a la calle. Aquella actividad secreta parecía tensar todos sus resortes vitales, porque se encontraba mejor que nunca. Vio llegar a un sereno, que con aire distraído efectuaba su ronda, y, para eludirlo, se ocultó tras una esquina. Cuando estuvo lejos, Jerónimo

volvió a salir y, con gran celeridad y excitación, comenzó a fijar las octavillas sobre las paredes. El frenético dinamismo le hacía jadear, pero no decayó en el ritmo de pegada. Cuando acabó, oculto entre las sombras de la acera, se encaminó a casa. Un coche policial apareció de repente y le hizo buscar apresurado refugio en el primer portal que encontró abierto. Oculto tras la puerta, con desasosiego y escalofríos, esperó a que el coche pasara y el ruido de su motor fuera subsumido por la prominente nocturnidad. Volvió a salir y reanudó el camino hasta su domicilio, cercano ya de donde se encontraba. Ahora caminaba con calma, pues sabía que la policía solo rondaba dos o tres veces a lo largo de la noche, y de modo espaciado. Por otra parte, las patrullas del «Duce» ya habían cesado en su siniestro activismo, al saber que el falangista herido en las manifestaciones de la capital, de las que, en parte, fuéramos testigos, se estaba recuperando de la agresión de bala sufrida. Así que se calmó y, con las manos en los bolsillos, como si del más pacífico paseo se tratara, ganó los últimos metros de su casa.

Cuando la ciudad se despertó, la exhibición descarada en las paredes de los panfletos subversivos exigiendo libertad y sindicatos libres provocó, primero, sorpresa, y, después, gran escándalo e indignación en los medios oficiales. En el periódico, Dídimo comentó con Jerónimo y otros redactores el suceso, entre muestras de asombro, por la audacia de los disidentes al atreverse a actuar de forma tan atrevida y directa. Lo sorprendente era que los que actuaban en la clandestinidad hubieran podido imprimir los folletos, estando, como estaban, todas las imprentas de la ciudad controladas policialmente. Se sugirió que quizá habían acudido a alguna otra localidad cercana para llevar a cabo la impresión de las octavillas.

El gobernador civil-jefe provincial reunió a primera hora de la mañana al consejo provincial del partido. A él acudió también Hermógenes, que, aunque oficiosamente estaba destinado en otra ciudad, todavía pertenecía oficialmente a los órganos de jefatura y seguía moviéndose a discreción por el entorno de siempre. Jerónimo, por boca de su director, conocería una de las decisiones tomadas por el consejo: acabar con los cabecillas de la subversión y evitar que la audaz iniciativa de la noche diera paso a decisiones más peligrosas para el régimen. La policía ha tiempo que tenía identificados a algunos de los disidentes más significados y, de algún modo, los controlaba. Eso precisamente era lo que le resultaba desconcertante. Les constaba a los órganos policiales y del partido que aquellos individuos habían estado sujetos en todo momento a vigilancia y ninguno de ellos, ni tampoco los simpatizantes que les seguían, habían realizado ninguna actividad sospechosa el día anterior. Y, sin embargo, los subrepticios panfletos estaban en la calle. Decidieron, por eso, ampliar el abanico de sospechosos para tratar de identificar al cerebro de la disidencia, efectuando algunas indagaciones en los lugares donde habitualmente acudía gente obrera.

Uno de los más conspicuos y céntricos era, por supuesto, la bodega de Ventura. Al reunirse en ella gente de todas las calañas, de siempre motivó las sospechas policiales, con alguna que otra fructífera redada. Era congruente pensar que también ahora pudieran pasar por allí algunos de los disidentes más activos, causantes de la reciente ofensiva antigubernamental. Se instruyó, por tanto, a la Brigada Política-Social para que efectuara las oportunas pesquisas en la popular tasca.

Cuando Jerónimo se enteró de esos planes, tomó la decisión de avisar a Ernesto para que no acudiera esa noche a su centro de reunión. No sabía, sin embargo, dónde localizarlo, por lo que

tenía que verlo necesariamente en la misma bodega. A última hora de la tarde, me pasó recado para que lo acompañara hasta allí. Todavía me duraban los efectos de los excesos cometidos la noche anterior, pero accedí, como siempre, por sentido de la amistad. Me arrepentí de hacer acudido, tan pronto como Jerónimo me puso en antecedentes de lo que ocurría y de sus pretensiones. Nunca he demostrado un valor temerario o insensato, así que me acongojé no poco, cuando encaminamos nuestros pasos hacia la peculiar bodega. En los alrededores de ella se encontraba el inspector Faundez, lo que acrecentó mis miedos y preocupaciones. Él nos saludó con la franqueza y amistad de siempre. Ante su sincera campechanía, se disiparon mis posibles dudas hacia él: Era un buen tipo ese Faundez, noblote y con alto aprecio de la amistad. Nos sugirió que no entráramos o, si lo hacíamos, que no nos entretuviéramos mucho, porque esa tarde podía haber problemas. Le agradecemos el aviso, aunque entramos, por decisión de Jerónimo, para tomar una jarra de vino y salir rápidamente.

Nos encaminamos en derechura hasta donde estaba el bodeguero, enfrascado en su frenética actividad de servir el vino peleón. El local estaba ya bastante concurrido a aquella hora. Echamos un vistazo por el lugar, mas no descubrimos a Ernesto. Llegamos hasta el fondo del local, donde se encontraba Ventura y le pusimos en antecedentes de lo que ocurría. El vinatero, por toda respuesta, llamó a Crisanto, su ayudante para todo —sería excesivo llamarlo camarero— y le musitó al oído unas palabras. Crisanto tenía menos minerva que limpieza, y de esta escaseaba abrumadoramente. Así que su amo le tuvo que soplar varias veces el mensaje en la oreja para que se diera por enterado de lo que tenía que hacer. Crisanto se limpió las manos al mandilón negro que le colgaba del cuello, se despojó de él y salió con su proverbial aire de persona obtusa e insulsa.

Jerónimo y yo conseguimos acceder a uno de los toneles-mesa que quedara libre y nos enfrentamos a una jarra de vino y a un succulento plato de bonito escabechado para ayudar a trasegar el veneno líquido. Transcurrió cerca de media hora antes de que Crisanto regresara; hizo una señal de asentimiento a Ventura, se colocó el delantal y se inmiscuyó en su tarea servicial. Transcurriría todavía otro tanto de tiempo, cuando en el exterior comenzaba ya a anochecer, antes de que tres policías de la secreta irrumpieran en la bodega. El público que se encontraba dentro era, como siempre, de lo más variopinto. Reinaba un ambiente de humo, cháchara y, en ocasiones, conatos de canción, sugeridos por el infame brebaje, que Ventura cortaba de raíz, arguyendo que se estaba en un local serio, comentario este que promovía, en los que lo escuchaban, sonrisas descaradas.

Cuando entró la policía, se produjo un momentáneo silencio. Los agentes avanzaron por entre las cubas, examinando con descarada fijeza los rostros de las personas que se encontraban alrededor de ellas. En algunos casos, cuando la persona inspeccionada les merecía su atención, le pedían con gesto hosco la documentación; la revisaban de un vistazo y la devolvían. En otros, como cuando llegaron a la zona donde nos encontrábamos nosotros, hicieron un leve movimiento de cabeza a modo de saludo. Supuse que el conocimiento lo tenían de Jerónimo, pues ya he indicado que, en su condición de periodista, asistía a todos los actos públicos y sucesos que acontecían en la ciudad; aunque quizá me conocieran a mí también como consecuencia de las visitas que realizamos en la comisaria a nuestro amigo Faundez; este, por cierto, se había

quedado fuera, con buen criterio, porque los miembros de la Secreta —que en una ciudad pequeña como la nuestra, eran más que conocidos, y de secretismo no tenían nada—, eran particularmente mal vistos, incluso odiados, por una buena parte de la población.

Como no encontraran a las personas que iban buscando, los tres agentes se acercaron al pequeño mostrador y permanecieron en actitud de espera. Ventura, con exagerado servilismo, les sirvió sendos vasos de vino, obsequio la casa, según dijo. Uno de los agentes hizo intención de coger un vaso y beber, pero el que estaba a su lado, que debía de ser su superior, le recordó con voz destemplada que en acto de servicio no se bebía. Después de un rato, se cansaron de esperar y, con la misma suficiencia con que entraron, abandonaron el local. Las conversaciones apagadas que en presencia de aquellos tenían lugar, subieron de tono en cuanto se marcharon y la bodega recuperó su vitalidad habitual.

Por mi parte, recuperé también la tranquilidad, porque sin llegar a tener propiamente miedo, sí que sentía un leve desfallecimiento de piernas ante el temor de que sospechasen que éramos nosotros los que habíamos dado la advertencia a los disidentes. Nadie, sin embargo, pareció recelar y salimos de la bodega sin contratiempos. Aquella misma noche, cuando Jerónimo acudió a su tarea en el periódico, supo, por boca de Dídimo, el malestar que existía en la policía porque resultara frustrada la redada que habían previsto realizar. Tenían la convicción de que las personas sobre las que recaía sospecha de desviacionismo político habían sido oportunamente advertidas, aunque no tenían indicio alguno de quién pudiera ser el soplón. Dídimo pensaba que la resistencia al régimen tenía miembros infiltrados en el Movimiento, que eran los que pasaban los avisos de las actuaciones policiales. Esta era también la opinión del jefe provincial, motivo por el que había pedido las fichas personales de todos los que trabajaban en Jefatura para examinarlas en profundidad, por si pudieran deducir de ahí la identificación del traidor o traidores. Dídimo había pensado hacer lo mismo en el periódico, para lo cual pidió a la oficina de Administración los expedientes de todo el personal, tanto de redacción, como de oficinas administrativas y talleres. Cuando se los trajeron, Dídimo a un lado de la mesa y Jerónimo al otro, comenzaron, a puerta cerrada, un minucioso examen de los datos biográficos de los compañeros. Daba por supuesto Dídimo que la única persona que gozaba de su plena confianza era Jerónimo, ya que, según dijo, ambos eran los únicos miembros del partido, además de sindicalistas, que había en el periódico. Las sospechas de Dídimo se dirigían especialmente a la gente de talleres. La mayoría de ellos habían trabajado ya en periódicos de la época republicana, aunque ningún activismo político constaba en sus hojas de servicio. Como consecuencia de la indagación, Dídimo apartó dos o tres expedientes, con intención de facilitárselos a la policía para que hicieran el oportuno seguimiento de las personas a las que aquellos se referían. Jerónimo, sin embargo, las defendió con firmeza. Se trataba de hombres ya de edad, buenos padres de familia y excelentes profesionales del taller. Enredarlos con la policía supondría para ellos una evidente complicación, conociendo los métodos brutalmente represivos que aquella usaba para obtener confesiones, fuesen o no ciertas. Las buenas razones de Jerónimo convencieron a Dídimo, con lo que la revisión expediential acabó en nada.

Durante varios días, la policía visitó a deshora la bodega de Ventura, pero en ningún momento encontró a Ernesto, ni a sus compañeros de aventuras. También nosotros acudíamos diariamente

al sucio bodegón. Jerónimo se empeñaba en ir como muestra de normalidad, aunque a mí la cercanía policial me ponía especialmente nervioso. Más me puso, no obstante, el reencuentro con Ernesto. Pensaba que si en ese momento entraban los de la Secreta se podía armar un follón enorme, a saber con qué nefastas consecuencias. Lo que me resultaba más pintoresco era que Ernesto semejaba la antítesis del revolucionario o del espía. Ya he dicho que era un hombrecillo enclenque, de rostro mustiado y personalidad insignificante, asustadiza, como si estuviera a punto de sufrir un soponcio por el mero hecho de poner el pie en la calle. Nadie podría imaginar en él al hombre que, desde la clandestinidad, manejaba el núcleo de la subversión en la ciudad. Hablaba despacio, con suavidad, escogiendo meticulosamente las palabras, como para no herir ni por asomo la susceptibilidad del interlocutor, y vestía siempre un traje gris, usado, pero en buenas condiciones, que lucía con normalidad, sin ostentación. Representaba al típico oficinista que tiene necesidad de llevar cuello blanco para dignificar su trabajo y que pasa los días enredado entre libros de contabilidad y facturas.

Cuando Ernesto apareció, en compañía de otro individuo tan insignificante como él, buscó con la mirada algún sitio donde ubicarse, pero no lo encontró. Se apartó discretamente hasta el mostrador, con la intención de esperar a que algún tonel quedara libre. Jerónimo se dirigió a él y en voz alta, para dar normalidad a su pretensión, le invitó a compartir espacio con nosotros. Ernesto, con discreción, como si no tuviera trato asiduo con su interlocutor, agradeció la invitación, aunque alegó que no quería molestar a nadie. Jerónimo insistió para que aceptara, ya que no había ningún inconveniente por nuestra parte. Al cabo, Ernesto se unió a nosotros y pidió discretamente un vaso de vino, al igual que su acompañante. Durante un momento, ellos y nosotros mantuvimos una actitud circunspecta, como si propiamente no tuviéramos mutua confianza e intentáramos guardar la reserva lógica impuesta por la cortesía. Al cabo, entre cuchicheos, Jerónimo puso en antecedentes a Ernesto de las visitas continuas que realizaba la policía al local y, como consecuencia, la indiscreción que suponía aparecer por él en tales circunstancias. Con las mismas reservas de voz, Ernesto nos relató que, ante la frustración sufrida por la policía en sus redadas, sin encontrarlo, había dirigido su atención hacia los barrios obreros. Al parecer, llevaban a cabo en ellos una actividad represiva intensa, registrando casa por casa y encarcelando a aquellos que les infundían sospechas o que ofrecían algún tipo de resistencia. Eran ya decenas los hombres que estaban en prisión, a causa de la irritación policial por no encontrar al cabecilla de la disidencia. En estas condiciones, Ernesto asumía que era culpable de que sufrieran pérdida de libertad personas inocentes y había decidido acudir a casa de Ventura, como hacía habitualmente, para reanudar sus actividades clandestinas. No se iba a entregar voluntariamente, pero tampoco a esconderse, para no poner en peligro a más gente.

Jerónimo lamentó que la represión se encauzara hacia personas que estaban al margen de la resistencia, pero opinaba que Ernesto era muy valioso como cerebro de la misma y debía permanecer escondido hasta que la situación se tranquilizara. El hombrecillo, sin embargo, había tomado ya la decisión de asumir su responsabilidad y correr el riesgo de caer en manos de la policía, si llegaba el caso.

Pareciera que la insignificante personalidad de Ernesto tuviera el magnetismo de atraer a la policía como el imán a los metales, porque pocos minutos después de estar él en el local

aparecieron los agentes de la Secreta. Con la suficiencia habitual, hicieron un recorrido visual por los asistentes, que fingieron no percatarse de la llegada de los inspectores. Entre estos se encontraba en la ocasión nuestro amigo Faundez. Tan pronto como nos vislumbró hizo un ademán de saludo y nosotros le respondimos con otro, para que se acercara hasta donde estábamos. Nos saludó con afecto y le invitamos a participar del bonito escabechado y del vino agreste. No se hizo de rogar y mientras degustaba la invitación, le presentamos a Ernesto como un contertulio de la taberna. En su aparente insignificancia, Ernesto tenía nervios bien templados, porque adelantó la mano y dando muestras de un apocamiento que estaba lejos de sentir, saludó con efusión al policía. Faundez le respondió con el mismo afecto, en cuanto amigo de sus amigos, e hilvanamos una entretenida conversación sobre los buenos momentos que Ventura, pese al veneno que servía, nos hacía pasar en su covacha, dada la ausencia de otros alicientes en la ciudad. En cierto momento de la conversación Jerónimo le preguntó con osadía a Faundez por el motivo de la ronda que llevaban a cabo, aun conociéndola de sobra. Me pareció que la interpelación era temeraria, porque suponía recordar al policía el ejercicio de su función. Faundez, sin embargo, replicó con indiferencia que se trataba solo de una visita de rutina a consecuencia de una información reservada, que, como habían tenido ocasión de comprobar, era totalmente falsa. Sorbió un buen trago de nuestra jarra y manifestó que con gusto se hubiera quedado con nosotros a pasar un buen rato, pero los compañeros ya le hacían una señal para irse, por lo que se despidió y salió.

He de confesar sin ambages que suspiré aliviado cuando lo vi marchar, ya que temí que se pudiera producir un peligroso altercado, caso de identificar a Ernesto, con consecuencias insospechadas para todos. Me cuestioné cómo podía pasar tan malos ratos por la testarudez de Jerónimo en protagonizar aventuras exóticas. Yo era un hombre amante del orden y de la normalidad, más bien timorato, y nada propenso a protagonismos indeseables con la policía o con el régimen. Mi ideal era pasar desapercibido para todos, gastar mi vida entre la familia, el trabajo y los amigos, sin ninguna otra pretensión, ni intelectual ni política. Sin embargo, por la irresistible atracción de Jerónimo, y por mi sentido de la amistad hacia él, me había enredado en una compleja y peligrosa trama, con varios asesinatos de por medio; interfería en las actividades de un individuo tan tenebroso como el «Duce» y, para colmo, ahora me encontraba compartiendo mesa con el jefe de la resistencia en nuestra ciudad, haciéndolo pasar ante la misma policía como uno de nuestros amigos. La situación me parecía de lo más absurda y comprometida que pudiera siquiera imaginar. Y, sin embargo, ahí estaba yo, actuando de pantalla para unos individuos que pugnaban por la implantación de unos ideales, que, paradójicamente, no eran los míos.

Quizá Ernesto, al verme ensimismado mientras bebía con desgana de la jarra, adivinó el curso de mis pensamientos, porque con sencillez me indicó que agradecía lo que habíamos hecho por él, pero que de ninguna manera quería poner en peligro nuestras personas. Tanto más, recalco, cuanto que, muy posiblemente, nuestras convicciones estarían muy lejos de las suyas. Hablaba en plural, pero era evidente que se dirigía hacia mí. Iba a replicar con la mayor franqueza que las mías, desde luego, eran totalmente contradictorias a las de él, puesto que estaba orgulloso de mi adhesión al régimen, con el que había nacido y en el que me había criado; régimen del que pensaba que hacía un esfuerzo admirable para conseguir el progreso social y económico del país.

Pero no llegué a decir nada. Como casi siempre, Jerónimo se me adelantó y habló en nombre de los dos para afirmar ante Ernesto que nuestro compromiso por la causa de la libertad era firme y que contara incondicionalmente con nosotros para cualquier ayuda que le pudiéramos prestar. En este sentido, manifestó con la mayor convicción que estaba dispuesto a seguir imprimiendo folletos clandestinos en la imprenta del periódico. Ernesto le advirtió sobre la peligrosidad de la iniciativa, puesto que las imprentas particulares estaban controladas y la única que no tenía vigilancia, la del periódico, pertenecía al Movimiento. Sería fácil, por tanto, sacar consecuencias de dónde se imprimían las octavillas. Con la mayor seriedad, el activista aseguró que la actividad clandestina no era cosa de broma ni de pasatiempo. Se enfrentaban a peligros manifiestos, que podían tener consecuencias muy graves, recordando, al efecto, el trato que daba la policía a los opositores, que no era, ni mucho menos, considerado. Jerónimo terció para decirle que no hacía falta que nos informara sobre cómo era la represión policiaca, porque la conocíamos de primera mano, en relación con una amiga nuestra. Ernesto insistió, no obstante, en su mensaje de prudencia, ya que le parecía honesto advertir a Jerónimo del riesgo que corría, si decidía embarcarse en la aventura de la resistencia al régimen. Como era de suponer, Jerónimo no se dio por aludido de esas advertencias, para disgusto mío; entre otras razones, según dijo, porque ya estaba incurso en la ilegalidad, al haber efectuado, noches atrás, la impresión y el reparto clandestino de folletos, y, sobre todo, porque llevaba la muerte tan encima que ya nadie ni nada le podía aliviar esa incómoda compañía.

Me afectó sobremanera la naturalidad con que Jerónimo habló de su propia muerte. Siempre había pensado, por cómo se expresaba cuando hablaba de ella, y por la inconsciencia con que seguía fumando, que consideraba la enfermedad como algo pasajero e intrascendente. Pero ahora me daba cuenta de que era una indiferencia solo superficial, y que realmente tenía muy asumidas las consecuencias nefastas que el tumor estaba causando insidiosamente en su organismo. También sentí una admiración especial hacia Ernesto, un hombre todo sencillez, sin ceder en ningún momento a la presunción, prototipo físico quizá del antihéroe, que, con plena conciencia y responsabilidad, lideraba un movimiento de resistencia con la ayuda de unos pocos insensatos y escasos medios, enfrentándose a una organización poderosísima e inhumana. No pude por menos de preguntarme qué fuerza interior, asombrosa y pujante, animaba a seres como aquellos, para hacerles partícipes de una lucha tan desigual y de consecuencias tan temibles. Hablaba Ernesto de las atrocidades policiales como si se tratara de algo lejano, que a él jamás le iba a alcanzar, cuando estaba precisamente en el centro mismo de la vorágine represora. El sujeto, sin ningún énfasis, apuntaba advertencias a los demás, pero se olvidaba deliberadamente de hacérselas a él mismo, lo que servía de referencia admirable para calibrar el temple humano de un hombre, que asumía sin dudar un destino intranquilizador y tortuoso, pese a lo cual seguía impertérrito en su misión. Ignoraba yo si Ernesto tenía familia y, siendo así, si era consciente de que la ponía igualmente en peligro con sus actividades. Posiblemente fuera plenamente sabedor de ello, porque hubiera imbuido a los suyos de una idea de servicio a la libertad que les haría inmolarsse a todos ellos en una lucha anónima y despiadada. Sí me constaba que ocupaba un buen puesto en la administración del monopolio de tabacos. Aunque, muy posiblemente, Ernesto dedicara la mayor parte de su sueldo a sufragar los gastos de la resistencia activa, más que a

mantener a su familia.

Por un momento cuestioné mi propia vida, acomodaticia, económicamente desahogada y plagada de hábitos insulsos e insipientes. Al compararla con la de Ernesto, me sentí mezquino y miserable. Incluso soporté el incómodo aguijón de una conciencia, importunamente alertada, que me acusaba de malgastar en un adocenamiento insustancial la oportunidad única de disfrutar de una vida plena y responsable. Me tranquilizó pensar que, pese a mis protestas y resistencias, participaba de algún modo en la apasionante aventura de vivir, acompañando a Jerónimo en sus metimientos y audacias. Jerónimo tenía, como Ernesto, la inquietud soterrada de los hombres que sienten la acucia de un mundo mejor y más justo. Cada uno a su manera intentaba encalmar ese anhelo de perfección. Ernesto desde su inicial despego y resistencia al régimen; Jerónimo con su afán, primero, de desvelar la autoría de unos crímenes que la oportunidad de una guerra y el tiempo querían mantener impunes, y, después, compartiendo también la lucha contra una opresión que él calificaba de injusta e infame.

Envidié a ambos con sinceridad, sabiendo que nunca, por más que lo pretendiera, podría llegar a la categoría humana que ellos manifestaban. Yo era un timorato esencial y, aunque que lo intentara, no podría cambiar. Las situaciones de peligro, por mínimo que este fuese, me empavorecían, y huía de ellas a toda prisa para no verme comprometido de cerca. Al menor problema, buscaba amparo entre los plúteos de mi selecta biblioteca, como si la sabiduría en ellos contenida me inspirara consuelo y seguridad. Allí, entre el sosiego y el retiro, encontraba el norte de mi vitalidad. Esta circunstancia personal e inapelable hacía tanto más valioso mi esfuerzo, según pensé, de estar entrometido en la aventura de Marina y ahora, tangencialmente, en la de Ernesto. Lo hacía a mi pesar, le protestaría de seguro a Jerónimo una vez más, por enredarme en tales acontecimientos, las piernas me temblarían y me hartaría yo mismo de imbécil por verme arrastrado a semejantes avatares. Pero en mi interior, sentía también un movimiento de orgullo por estar allí, con esos dos hombres, excepcionales cada uno a su manera, y que luchaban con una fe ciega por sus convicciones sin importarles las consecuencias; convicciones, por cierto, que, según repetía incesantemente, yo estaba muy lejos de poseer, dado mi cómodo apolitismo.

Salimos bien y sin complicaciones, aquella tarde, de la bodega de Ventura, pero parecía que para nosotros llegaba un tiempo reñido con la tranquilidad y lanzado al peligro. Un tiempo en el que los acontecimientos se iban a acelerar de tal forma que, en unos pocos días, nos veríamos abocados a la resolución de muchos enigmas, si es que salíamos de ellos enteros, lo que, con mi peculiar pesimismo, no me parecía tan fácil.

El inicio de la vorágine en que nos veríamos inmersos tuvo lugar esa misma noche. Mila, la mujer de Pepe Soriano, acudió al periódico, angustiada y nerviosa. Según dijo, su marido había ido por la tarde a la Escuela de Bellas Artes a comprobar algo relacionado con un busto, del que le había hablado días atrás Jerónimo. Pese a que eran cerca de las once de la noche, su marido no había regresado a casa, lo cual le preocupaba. Antes de acudir a la policía, quiso saber si Jerónimo podía facilitarle alguna información adicional, por tratarse de un asunto en cierto modo relacionado con él.

Jerónimo meditó un momento y después no pudo por menos de lanzar una exclamación de asombro. Mila, asustada, preguntó si acaso su marido corría algún peligro. Jerónimo la tranquilizó y le pidió que volviera a casa, pues él se encargaría de llamar a la policía y de devolver a su marido sano y salvo. De primera intención, no hizo ni lo uno ni lo otro, porque cuando descolgó el teléfono, a quien avisó fue a mí, para que me reuniera con él lo más pronto posible, acompañado, eso sí, de nuestro amigo, el inspector Faundez, a quien debía avisar. Yo me había acostado pronto esa noche y escuchaba, entre los primeros vahos del sueño, el sonsonete que surgía del aparato de radio colocado sobre la mesilla. Cuando Jerónimo me alertó, mi primera reacción fue de protesta, por tirarme de la cama a deshora. Sugerí que tuviera un motivo importante para hacerlo, ya que de lo contrario me volvería al lecho. Lo que escuché al otro lado de la línea telefónica me excitó de tal modo que me apresuré a seguir sus instrucciones.

No era para menos, porque me advertía que esa noche quedaría aclarado el misterio de Marina, que tanto anhelábamos descifrar y que tan palmario incomodo nos ocasionaba. No dejó de extrañarme, motivando que mi mente se enredara en confusas e inciertas imágenes, la advertencia de que me preparara para enfrentarme a una gran sorpresa. Asimismo, sumido ya en el desconcierto, no era menor el que me producía la insistencia de mi amigo para que no dejara de pasar el oportuno recado a Faundez.

Entre vestirme a toda prisa y llamar al inspector consumí pocos minutos, pero no encontré a nuestro amigo, ya que hacía ronda fuera de comisaría. Llamé en consecuencia a Jerónimo para advertirle que la prisa que requería tendría que atemperarse por el motivo citado. A mí, ciertamente, la presencia de Faundez me tranquilizaba sobremanera, porque era como un doble seguro personal: nos venía bien su refuerzo físico, dada la corpulencia que mostraba, y nos aseguraba la asistencia de un miembro policial, por si se enredaban las cosas. Supuse que esas mismas consideraciones para reclamar su presencia se hizo también Jerónimo. Este se consumía,

entretanto, en el periódico, deseoso como estaba de entrar en acción, aunque yo todavía no sabía muy bien los motivos de ella. Ante la forzosa espera a que se veía sometido, decidió aprovecharla haciendo efectiva la promesa que le hiciera a Ernesto de imprimir, una vez más, octavillas de propaganda subversiva. La edición del periódico del día siguiente se había culminado, Dídimo le había dado el visto bueno, y todos habían salido ya para sus casas. Jerónimo se retrasó en su despacho con la excusa, una vez más, de avanzar trabajo para el día siguiente.

Un silencio absoluto reinaba en el edificio. Jerónimo apagó las luces del despacho y se encaminó hacia los talleres. Puso en marcha la misma máquina de la vez anterior, colocó en ella papel, compuso el texto, similar también al de la otra ocasión, y a continuación, comenzó a imprimir. Actuaba con la tranquilidad y parsimonia de quien sabe que nadie le molesta. Mientras ultimaba la impresión, fumó un cigarro, mirando con frecuencia el reloj de pared colocado a la entrada de la nave, para calcular el tiempo que tardaríamos Faundez y yo en llegar. Cuando hubo imprimido un montón de octavillas, apagó la máquina y se entretuvo leyendo el mensaje que contenían aquellas, alusivo, una vez más, a la exigencia de libertad sindical y política. Sonrió para sí, pensando en la nueva escandalera que la propagación pública de tal mensaje iba a provocar en los ambientes oficiales. Ni por asomo sospecharían dónde se había preparado el inquietante folleto. Es lo que pensaba sinceramente Jerónimo.

Por eso su sorpresa fue mayúscula cuando a sus espaldas escuchó una voz autoritaria que le conminó a que levantara las manos. Fue tan grande su pasmo que se quedó inmóvil e incapacitado para ningún tipo de reacción. La voz le repitió la orden, esta vez con más energía, y Jerónimo comenzó a subir los brazos con lentitud. Tenía todavía en una mano las octavillas que acababa de imprimir, y las miró sin saber qué hacer con ellas. El que estaba a su espalda le exigió que las dejara sobre una mesa cercana, aunque advirtiéndole que actuara despacio y sin hacer movimientos extraños. Obedeció Jerónimo, depositando los impresos y permaneciendo en actitud de espera. El otro le ordenó que volviera a su posición anterior y se apartara de la mesa. Así lo hizo Jerónimo, que, siempre de espaldas, escuchó los pasos de la voz conminatoria. De reojo, se percató de que el que estaba detrás cogía algunos de los folletos y los leía.

—¡Canalla! ¿Cómo has sido capaz de traicionarnos?

Esta vez el tono de voz dejó de ser escueto y amenazante para expresar una queja sincera, que delató a quien hablaba. Jerónimo supo ahora quién era el hombre que estaba detrás él y comenzó a volverse, a impulso de su asombro.

—¡Despacio! —ordenó el otro—. ¡Como intentes algún movimiento brusco, te mato!

—¿Cómo has vuelto? —acertó a decir Jerónimo con voz débil, sacudido todavía por el inesperado contratiempo.

—Me olvidé del ejemplar que mandamos a los de la censura y volví a cogerlo. Me resultó extraño que no estuvieras en tu despacho, donde te había dejado apenas hacía un momento, pero más extraño fue aún escuchar el ruido de máquinas en el taller, sabiendo que la edición estaba ultimada y nadie quedaba ya aquí.

Dídimo, el director, manifestaba en su semblante una estupefacción y disgusto no menores a los de Jerónimo. En su mano diestra empuñaba firmemente una pistola, mientras que en la otra sujetaba algunas de las octavillas. Las agitó en el aire con rabia.

—¿Por qué me has hecho esto? —Dídimo se expresaba con acento entre furioso y dolorido—. Yo lo he sido todo para ti. Te introduje en el periódico, te enseñé la profesión, te puse a mi diestra, para cuando yo faltara.

—Y te estoy agradecido por todo ello, Dídimo. Créeme, porque te hablo con sinceridad. — Jerónimo se expresaba ya con naturalidad, repuesto del susto inicial.

—¡No me hables de sinceridad! Me has traicionado y, a la vez, has traicionado también a una causa por la que he luchado siempre y que a ti te ha posibilitado conseguir una posición social. Y todo esto, ¿a cambio de qué? Dímelo, si es que eres capaz de saber por qué haces esta felonía.

Jerónimo, mientras Dídimo hablaba, pareció recuperar su habitual flema, y cuando contestó se expresaba con palabra calmada, como si ya se hubiera olvidado de que tenía delante a un hombre encañonándole con un arma.

—Lo sé tan perfectamente como tú. No nos engañemos, Dídimo. Vivimos bajo un régimen opresor, que coarta libertades y que ha sumido a nuestro país en la esclavitud y en la ignominia.

—Hablas como lo que eres: un traidor, un enemigo del régimen. Y como tal, tergiversas la verdad. Debieras saber que el Movimiento llegó para salvar a nuestro querido país de la decadencia secular en que se encontraba. Y lo está consiguiendo, trayendo bienestar y paz para todos.

—Te expresas como esos editoriales rimbombantes que escribimos a diario, a sabiendas de que son insinceros. El régimen es un ente podrido que se sustenta por la violencia que genera.

—Si algo se pudre en él —exclamó Dídimo con rabia—, son los traidores como tú, que intentan aprovecharse de nuestra buena fe. Afortunadamente, todos recibís vuestro merecido. — Agitó levemente la pistola—. Muévete despacio y camina hacia mi despacho.

—¿Qué vas a hacer? ¿Entregarme a la policía? —inquirió Jerónimo.

—No, porque me consta que tienes amigos en ella, que podrían influir por ti. Haré algo mejor: Te entregaré a mis hombres, que darán buena cuenta de ti. A los traidores, se les quita del medio, sin contemplaciones.

Jerónimo había desoído la orden de ir hacia la oficina y no se movió de la posición en que se encontraba, con los brazos todavía en alto.

—¿Quiénes son tus hombres? Además, ¿por qué me tienes que entregar? Podemos olvidar lo sucedido, y yo te prometo que no volveré a colaborar con los disidentes.

—Los que traicionáis una vez, sois capaces de hacerlo mil veces más. Ya no eres de fiar. — Dídimo apremió de nuevo a Jerónimo—. ¡Vamos! ¡Muévete o disparo!

Jerónimo, lejos de intimidarse por la amenaza, parecía cada vez más tranquilo.

—¿Serías capaz de disparar a quien, más que tu compañero, es tu protegido del alma?

—Te aseguro que sí. He matado muchas veces, incluso a personas que me eran tan queridas como tú; así que una vez más no me importa.

Dídimo se expresaba también con renovada tranquilidad. Parecía que, pasada la furia del primer momento, se hubiera relajado. Su tono de voz cambió y se volvió más irónico y

confidencial.

—Por otra parte, últimamente me estabas dando demasiadas molestias.

—No sé por qué. —A Jerónimo le sorprendió el nuevo matiz de la conversación.

—Porque eres muy torpe, hombre. Con el agravante de que tu torpeza estaba poniendo en peligro mis actividades.

—No sé a qué te refieres. —La extrañeza de Jerónimo era patente.

—Por supuesto que no sabes a qué me refiero, porque tu desconocimiento es proverbial. Te enredaste en un asunto que no te concernía, llevado de tu maldita curiosidad. Anduviste descaminado, como no podía ser menos, ya que no sabías ni lo que buscabas; pero, en tu errática aventura, pusiste en peligro mis actividades y, a la vez, te ponías en peligro tú mismo. Me has obligado a intervenir más de lo previsto para facilitarte las cosas, y de paso, para salvarte la vida. Ya ves que contradicción. Ahora, sin embargo, te la tengo que quitar.

La estupefacción de Jerónimo era creciente a medida que escuchaba a su hasta entonces compañero y director. Este parecía gozar con el nuevo sesgo que tomaba la conversación, porque sonrió con suficiencia y se hinchió de satisfacción, mientras Jerónimo, confundido, pedía explicaciones.

—¿Qué sabes tú de mis actividades? ¿Y cuando me has salvado la vida? —preguntó Jerónimo con ansiedad, adivinando que estaba a punto de descubrir un secreto, tanto más peligroso cuanto que su revelación tendría inevitablemente para él un sesgo mortal. Pese a ello, parecía haber olvidado sus miedos, a impulsos de su creciente curiosidad y de su sorpresa.

—De tus actividades lo sé todo, porque me tocaban muy de cerca. —Dídimo se crecía por momentos en su satisfacción, ante la cada vez mayor confusión de Jerónimo—. A causa de tu atolondramiento e inconsciencia, me he visto obligado en varias ocasiones a poner en evidencia mi personalidad para salvarte la vida y encarrilar tus pasos. Una de las veces, en el túnel. Si no llega a ser por mí, esa tarde no lo cuentas. Claro que si hubiera adivinado que eras un traidor, no me hubiera molestado tanto.

El estupor de Jerónimo era tan grande que apenas fue capaz de balbucear unas palabras.

—Entonces... ¿sabes lo que estoy buscando?

—Naturalmente que lo sé. Tus idas y venidas por la ciudad, haciendo preguntas a ciertas personas sin venir a cuento y, sobre todo, tus andanzas nocturnas, no me podían pasar desapercibidas. —La jactancia de Dídimo iba en aumento—. Nada en la ciudad se mueve sin que yo me entere.

Jerónimo, todavía confundido por la inédita confesión de Dídimo, lo miraba con extrañeza creciente, como si realmente estuviera frente a una persona de la que desconocía todo. Se olvidó de que el otro lo estaba amenazando con un arma, para enfrascarse en sus propios pensamientos y contradicciones ante la tesitura en que se encontraba.

—¿Quién eres realmente? —acertó a decir, en medio de su confusión—. Tengo sospechas de a quién te refieres al hablar como lo haces. Pero ni tu condición anímica, ni tus características físicas, concuerdan con la persona en la que estoy pensando.

Dídimo sonrió con suficiencia ante la delectación que por anticipado sentía por el hecho de poder desvelar a Jerónimo su verdadera personalidad. Con movimientos lentos, sin dejar nunca

de apuntar con la pistola, se llevó la mano izquierda a la cara y se despojó de las gafas, que colocó sobre la cercana mesa; después, palpó un momento su poblada cabellera, ligeramente encanecida y, con un movimiento brusco, tiró de ella hacia arriba. Se trataba propiamente de una peluca, que arrojó al suelo. Al retirarla, quedó al descubierto un cráneo pelado, que otorgó al rostro una nueva personalidad: la de un hombre de semblante macizo, enérgico y, a la vez, taimado. Un hombre que, en su renovada imagen, tenía una gran semejanza con el líder fascista italiano.

—¡El «Duce»! —exclamó Jerónimo con una expresión de incredulidad tal que adelantó el cuerpo ligeramente, para clavar la mirada de asombro en el hombre que tenía enfrente, como si no diera crédito a lo que veía. El «Duce» mantenía una mayestática sonrisa de envanecimiento por la sorpresa que causara en el que fuera su protegido, sonrisa que pronto trocó en un gesto de superba decisión. Alargó ligeramente el brazo y apuntó hacia la cabeza de Jerónimo. Este, ajeno al peligro de muerte que corría, parecía más interesado por desvelar detalles de la personalidad del «Duce» que por conservar su propia vida.

—¿Por qué me ayudaste la noche que te seguí en bicicleta?

—Para que resolvieras de una vez el enigma que tanto te preocupaba —replicó el otro con desgana—. Y de paso, para que me dejaras tranquilo en mis razias nocturnas. Desde el momento en que me descubriste incidentalmente a través de la ventanilla del coche, no convenía que vieras demasiado mi auténtico semblante, por si caías en la cuenta de quién era. Pero eres tan torpe que, a pesar de dejarte ante unas pistas suficientemente claras, no fuiste capaz de interpretarlas.

Jerónimo, a medida que el otro hablaba, parecía recuperar de nuevo su aplomo.

—No tenía necesidad de encontrar nuevas pistas, como no fuera para ratificar mis indicios. Desde el primer momento supe que tú eras el asesino de la Torre.

El «Duce» rio con ganas, relajando por un momento su presión sobre el arma.

—Verdaderamente, eres un incauto. Sigues encontrándote tan lejos de la solución como estabas al principio. Mas, ya que vas a morir, te diré que pesan muchos crímenes sobre mi conciencia, pero los dos que se cometieron en la Torre no entran en el cómputo.

Volvió a emitir una sonrisa sarcástica, que dejó entrever un rostro malvado y mezquino. Jerónimo interpelló a su oponente con decisión y audacia.

—Estuviste allí la noche en que se cometieron los crímenes, no puedes negarlo. —El ansia por saber la verdad, una verdad que tantas preocupaciones, fatigas y tiempo conllevara, era en Jerónimo superior a la consciencia del peligro que se cernía sobre él—. Si algo hemos obtenido de nuestras pesquisas es precisamente la constatación de que tú atacaste la Torre con tu cuadrilla de matones.

El «Duce» movió el brazo con que sostenía la automática en gesto de despreocupación, como si le divirtiera en extremo la candidez de que Jerónimo daba muestras, al expresarse como lo hacía.

—Claro que estuve allí. Pero no para matar a nadie. Lo que hice fue una simple operación de distracción... Un favor que debía a alguien. —Cambió de repente la expresión de su rostro, adoptando una actitud de ferocidad—. Ya está bien de palabrería. ¡Muere, traidor!

Volvió a alargar el brazo, dispuesto a disparar. Jerónimo retrocedió instintivamente unos

pasos, dando con su espalda en una de las máquinas de prensa. Ahí quedó inmóvil esperando el disparo. En ese instante, se escuchó una voz conminatoria detrás del «Duce».

—¡Alto, policía! ¡Suelte el arma o disparo!

El «Duce» se volvió con fulmínea rapidez y disparó su arma contra el lugar de donde provenía la voz. Desde ese mismo sitio surgió también un fogonazo. Prácticamente, los dos disparos sonaron simultáneamente. El «Duce» comenzó a inclinarse ligeramente, a la vez que la pistola resbalaba por sus dedos y caía al suelo. Miró con ojos vidriosos al hombre que le había disparado y se desplomó pesadamente al suelo. En su mano izquierda sostenía todavía los panfletos que incautara a Jerónimo.

Enfrente de él, empuñando con firmeza su revólver, y siguiendo con mirada inquisitiva el movimiento del cuerpo que caía para evitar cualquier sorpresa, se encontraba el inspector Faundez. Se acercó y echó una ojeada a la cara del caído.

—¿Quién es este individuo?

La pregunta iba dirigida a Jerónimo, pero quien respondí fue yo, que me encontraba parapetado detrás del policía.

—¡Es el «Duce»! —exclamé con la misma estupefacción que indudablemente tuvo Jerónimo al desvelar la personalidad del individuo que se encontraba en el suelo. Tal era mi confusión que ni siquiera tuve oportunidad de temblar de miedo, como hubiera sido lo usual en mí, por el intercambio de disparos que se acababa de producir.

—Pasaba por ser el matón del partido único —comentó el policía—, pero, por lo que veo, este individuo era un traidor. —Se agachó y dio un puntapié al cuerpo, que no se movió—. Parece que está muerto. —Le quitó una de las octavillas que sujetaba en la mano y la leyó—: ¿Qué ocurrió aquí?

Jerónimo recompuso mentalmente la situación e inventó una versión verosímil de lo sucedido. Pasado el peligro, se expresaba con singular flema, que le hacía parecer convincente.

—Estaba en el despacho redactando el editorial de mañana cuando escuché ruido en los talleres. Me asomé y sorprendí a este hombre, que estaba confeccionando propaganda subversiva. Quise impedirselo, pero él sacó la pistola e intentó matarme. Justamente en ese momento llegasteis vosotros.

Yo dirigí a Jerónimo una mirada de reproche por el cinismo de que daba muestra, aunque comprendí que era lo mejor que podía hacer, para evitarse complicaciones muy serias.

—Este individuo debía de esconderse durante el día para que no se descubriera su personalidad—aseveré yo con convicción, mirando el cuerpo tendido del «Duce».

—Te equivocas —me contestó Jerónimo—. Se exhibía bien y lo conocías de sobra. Tanto, que pasaba por amigo nuestro. —Y dirigiéndose a Faundez, añadió—: Tú también lo tratabas con frecuencia.

Se acercó a la peluca, la colocó sobre la cabeza del caído y, a continuación, le puso las gafas.

—¡Pero si es Dídimo! —exclamé con el mismo asombro que manifestara anteriormente Jerónimo.

—¡Buen traidor teníamos entre nosotros! —dijo con desprecio Faundez.

Este guardó el arma y se llevó su mano al otro brazo, que sostuvo con cuidado. A través de la

chaqueta, surgía ya una pequeña mancha roja, que se extendía por el paño lentamente.

—La bala de este sujeto me ha dado en el brazo. Llamaré a la comisaria para que vengan a recoger su cuerpo y levanten el atestado. Después iré al hospital.

—Arriba tenemos un pequeño botiquín. Te haré un vendaje provisional —se ofreció Jerónimo.

Faundez asintió y abandonamos el taller. Yo iba detrás y eché una última ojeada al «Duce», cuyo cuerpo yacía inmóvil sobre el suelo en desarticulada postura. Pensé en las sorpresas que da la vida y cómo de la manera más insospechada puede quedar resuelto un enigma, que tantos años nos había preocupado.

Arriba, en la planta de oficinas, Jerónimo abrió el botiquín, extrajo alcohol y vendas y, de la mejor manera que pudo, colocó un vendaje sobre la herida del policía. Este, entretanto, con la mejor disposición, llamó a sus compañeros, que no tardaron en aparecer con un coche patrulla. Les puso en antecedentes de lo que ocurrido y les pidió que se hicieran cargo del cuerpo que yacía en los talleres. Después ya llevarían a Faundez al hospital. Nos ofrecimos a acompañarle, pero él se negó, aduciendo que era una herida sin importancia.

—Es mejor que vayáis a casa y descanséis, pues habéis soportado emociones demasiado fuertes.

Eso mismo pensaba yo, pero Jerónimo parecía tener otros planes. Salió al pasillo y yo lo seguí de mala gana, por lo que se encaró conmigo.

—Tenemos tareas urgentes que realizar esta noche, antes de que ganemos el descanso. ¡Vamos! —Su tono imperativo me molestó, por lo que repliqué airado.

—Estoy harto de tus aventuras insensatas. Has estado a punto de morir, como también lo hemos estado nosotros. La oportuna muerte del «Duce» puede que te libere de la cárcel, si tu ingeniosa argucia no es descubierta. Y para colmo de suerte, al desvelar la auténtica personalidad del «Duce», aclaramos también el misterio de los crímenes de la Torre, que tantos afanes y peligros nos ocuparan. Para una sola noche, pienso que es demasiada fortuna como para darle la espalda. No somos héroes. ¡Vayámonos a casa y dejémonos de nuevas epopeyas!

—No hemos desvelado nada, ni hay ante nosotros una nueva epopeya. Sigue siendo la misma que nos preocupaba hasta hace un momento. Así que no perdamos más tiempo. El «Duce» era una simple tapadera para que no pudiéramos llegar al verdadero asesino. —Las palabras de Jerónimo me resultaban tan sorprendentes que, confundido, me detuve en medio del pasillo, mientras le miraba con semblante embobado—. ¡No pierdas más tiempo y sígueme! La vida de un hombre corre peligro —apremió Jerónimo.

Bajó a toda prisa la escalera y yo lo seguí por inercia, aunque profundamente intrigado por sus palabras. Era ya medianoche y corríamos como desesperados por la estrecha rúa. Mi confusión acrecía por momentos, sobre todo cuando observé que tomábamos la dirección del Teatro Principal. La puerta estaba entornada y entramos sin dificultad. Ascendimos la amplia escalinata y nos dirigimos directamente a la buhardilla que usaba como vivienda Leopoldo. Yo no acertaba a comprender qué relación podía tener nuestro buen amigo, hombre pacífico donde los hubiera, con el embrollo del «Duce» y Marina. Pero Jerónimo parecía muy seguro de lo que hacía, así que decidí guardar los comentarios para otro momento. Empujamos la puerta como teníamos por

costumbre, pero en la ocasión seguía cerrada, como unos días antes, en la clausura de la exposición, cuando viniéramos hasta aquí, antes del asunto de Lola. La cosa era de por sí extraña, ya que nunca antes se había molestado Leopoldo en trancar el vetusto y desgastado panel que le servía de cancela. Con la misma frenética prisa que mostrara para llegar, golpeó Jerónimo la puerta. Nadie contestó, por lo que no se anduvo con remilgos. Se apartó para tomar impulso y soltó una fuerte patada que astilló la madera y nos franqueó el paso. De un vistazo, comprobamos que la buhardilla estaba vacía, lo cual era de esperar, puesto que nadie había atendido nuestro urgente requerimiento. Con disgusto, increpé a Jerónimo por haber sido tan desconsiderado con nuestro amigo, al destrozarle la puerta de la forma en que lo hizo. El increpado se limitó a señalarme con deliberada intención un rincón en el que estaba depositado en la pared el autorretrato que faltaba de la exposición. Me pareció de lo más normal que estuviera allí. Ya fuera porque lo había vendido y esperaba remitirlo al comprador o simplemente porque hubiera optado por retirarlo por no ajustarse a criterios de calidad, no teníamos nosotros motivo ni fundamento alguno para censurar su decisión.

En vez de pararse a discutir conmigo, Jerónimo se deslizó veloz por la escalera, en dirección a la salida. Mientras ganábamos la calle, me dijo escuetamente que el motivo para retirar el cuadro era muy distinto a lo que yo pensaba, pidiéndome que hiciera un esfuerzo de imaginación. Más que imaginar, lo que yo sentía era cada vez mayor irritación por las prisas con que actuábamos, sin encontrar motivo aparente para ello. Jerónimo aducía que la vida de una persona estaba en peligro, pero yo ignoraba los motivos para que se diera semejante situación; y, sobre todo, seguía sin comprender qué tenía que ver Leopoldo con todo eso, salvo que fuera precisamente su vida la que estuviera en entredicho.

De nuevo iniciamos veloz carrera, en dirección inversa a la que siguiéramos con anterioridad, lo que me pareció una incongruencia absoluta. No pude por menos de refunfuñar y exclamar malhumorado que, para desandar el camino, pues eso es lo que estábamos haciendo, hubiera sido más lógico quedarnos en el periódico y así nos hubiéramos evitado el esfuerzo. Lo cierto es que no entramos en los locales del periódico, en cuya cercanía vimos ahora tranquilidad absoluta, sino que pasamos de largo. Poco después, Jerónimo se detuvo y se apoyó en la pared más cercana con síntomas de ahogo. La apresurada carrera había consumido sus energías y no podía dar un paso más. Yo no es que estuviera precisamente boyante de fuerzas, pero, aunque jadeante, aguantaba todavía algún esfuerzo supletorio.

—¡Esto se acaba, amigo mío! —exclamó Jerónimo entre jadeos.

Dada la premura con que estábamos actuando, y la rabieta que tenía, solo se me ocurrió una respuesta coherente:

—Con el sofocón que llevo, espero que seas un poco considerado y no te mueras ahora. Sería incapaz de afrontar solo tantos agobios.

Jerónimo, sin coger aliento todavía, censuró mi ironía con una mirada penetrante y, cuando estuvo en condiciones de hablar, me espetó que esperaba todavía darme molestias suficientes como para hartarme de él. Pasados unos minutos, se encontró algo más repuesto y emprendimos la marcha en dirección a la plaza de la catedral. No me hizo falta preguntar ya nuestro destino, porque, aunque tarde, comenzaba a comprender lo que ocurría.

Atravesamos a toda velocidad la gran plaza, cuyas dimensiones parecían agrandadas en su vasta soledad, y enfilamos el camino de setos que conducía directamente a la Escuela de Bellas Artes. La puerta estaba abierta y nos adentramos en el patio. Lo único que llamó nuestra atención fue un automóvil aparcado en uno de los laterales. Nos detuvimos y escuchamos atentamente. El silencio era absoluto. Ascendimos rápidamente a la primera planta y encaramos la gran sala de prácticas, plagada de esculturas. Las luces estaban encendidas, pero no se vía ni se sentía a nadie. Cuando accedimos a uno de los pasillos, encontramos en medio de él, tumbado boca abajo, a un hombre. A su lado, se extendía una mancha de sangre. Acudimos junto a él y le dimos la vuelta: Era Pepe Soriano. Mostraba una gran brecha en la zona posterior de la cabeza y estaba sin conocimiento. A su lado, vimos tirado un busto de escayola, fragmentado y con manchas de sangre. El marquista tenía todavía pulso, así que me dirigí a los lavabos, cogí agua en un vaso y le lavé superficialmente la herida. Después le refrescamos la cara. Permaneció inconsciente varios minutos más, que aproveché para buscar por las oficinas cercanas un teléfono, desde el que llamé al servicio de urgencia hospitalario, para que vinieran a recoger al herido. Cuando regresé a su lado, había recobrado la consciencia. Le dolía profundamente la cabeza y estaba algo mareado, pero la herida, aunque aparatosa, no revestía gravedad y así se lo aseguramos para tranquilizarle.

Soriano nos contó que había acudido a la Escuela de Bellas Artes para ratificar la impresión que tenía, en relación con el busto por el que nosotros nos habíamos interesado. La contemplación del autorretrato en la exposición de Leopoldo le había sugerido la idea de quién era la persona cuyo rostro mostraba la efigie; mas quería concretarla, ya que, después de tantos años, desde que abandonara la escuela, la memoria se difuminaba entre recuerdos imprecisos. Cuando estaba ensimismado contemplando la escultura en cuestión, alguien le atacó por detrás y le asestó un golpe tremendo con una de las escayolas que encontró a mano.

Miró alrededor, buscando la escultura que esculpiera Marina y que era el objeto de la atención de todos, pero no estaba en su sitio. En realidad, aunque la buscamos por toda la sala, no dimos con ella. Era evidente que el agresor de Soriano la había hurtado. El marquista no le dio importancia a la desaparición, ya que sabía quién era la persona figurada en la obra de arte; la misma que, aun sin verla, le agrediera salvajemente. Le ayudamos a levantarse y nos guio, con paso vacilante, apoyándose en nosotros, hasta otra sala cercana, no tan grande como la de donde proveníamos. Estaba la luz encendida, lo que hizo a Soriano ser pesimista, aunque desconociéramos el motivo. Distinguimos las consabidas mesas repletas esta vez de láminas de dibujos, lápices, pinceles y estuches de pinturas. Por los pasillos había numerosos caballetes, algunos con cuadros, que representaban al carboncillo figuras o paisajes. Las paredes estaban asimismo cubiertas con obras de esta índole, algunas verdaderamente primorosas. Soriano se acercó hasta un punto de la pared, en la que se observaba un vacío.

—Os quería enseñar un retrato, pero como lo temía, mi agresor ha sido precavido y también se lo ha llevado. Tanta prevención por su parte, además de delatar sus intenciones, es inútil, porque la escuela está llena de pruebas fehacientes que demuestran su paso por ella. Ayudadme, para ir al despacho de dirección.

Enfilamos un amplio pasillo, que recorrimos hasta su final, con paso lento para no forzar las

escasas energías de Soriano. Sobre el marco de una de las puertas vimos un rótulo con letras negras sobre porcelana blanca, que decía «Dirección». Entramos y vimos una habitación escuetamente amueblada con mesa y sillón, más otras dos sillas de confidencia colocadas en la pared, junto a la entrada. Lo peculiar del despacho eran las numerosas orlas que decoraban sus paredes. Soriano las examinó de un vistazo rápido y se detuvo ante la correspondiente al curso académico de 1935-1936. Miró las fotografías y señaló hacia una de ellas.

—Este soy yo. Sé que cuesta trabajo creerlo, con esa mata de pelo y esa cara tan inocente. Pero os aseguro que este es el mismo que os habla, solo que con más de veinte años de diferencia. —Después apuntó con su dedo índice a otras dos fotografías—. Esta de aquí arriba es Marina, mujer de gran belleza, como podéis comprobar. Y este que está a su lado es vuestro amigo.

Si no hubiera efectuado esa precisión, prácticamente hubiera pasado desapercibido aquel rostro arquetípico de hombre joven y venusto, con el pelo alborotado y rizado. La fotografía me hizo recordar el cuadro que acabábamos de ver en la buhardilla del Teatro Principal antes de llegar aquí.

—¡Es Leopoldo! —exclamé de forma inconsciente, llevado por la emoción, para patentizar lo que ya, por las explicaciones de Soriano, era manifiesto—. Él conocía a Marina, pero nunca nos lo dijo, a pesar de saber el interés que teníamos por su muerte.

—No os dijo otras cosas más. Cuando estuve en la exposición, él pudo percatarse de mi repentino interés por el autorretrato, debió de sospechar algo y me siguió hasta aquí. —Soriano se expresaba con labilidad creciente, a causa de la herida. Dio la vuelta a la mesa del despacho y se dejó caer pesadamente sobre el sillón. Recostado sobre él y con los ojos cerrados, respiró con fatiga y habló con lentitud—. Debo de haber perdido bastante sangre, porque estoy débil... Pero ahora lo importante no es que estéis a mi lado. Con un par de días en el hospital me recuperaré... Lo que me preocupa es la situación de Leopoldo... Debe de estar muy asustado, para actuar como lo hace... Aunque el problema es que no sé dónde se puede encontrar ahora.

—Nosotros, sí —replicó Jerónimo, tras un momento de cavilación—. Hemos visto un coche en el patio, que supongo es tuyo. —Soriano asintió, rebuscó en el bolsillo y sacó unas llaves, que entregó a Jerónimo—. Gracias. Dentro de una hora, como mucho, lo tendrás devuelto en la puerta de tu casa.

—¿Qué pretendes hacer? —inquirí con temor, imaginando lo que se avecinaba.

—Justamente lo que piensas. ¡Vamos y no perdamos más tiempo!

Nos dirigimos al coche y Jerónimo lo puso en marcha. Era otro motivo más de preocupación, porque ni él y ni yo sabíamos conducir. Pero eso no parecía preocuparle. El que sí lo hubiera hecho sería Soriano, caso de estar presente, porque al meter la marcha primera, se oyó un alarmante sonido, producido por el intempestivo roce de metales. Incredulé a Jerónimo por su torpeza y le exigí que fuera más cuidadoso con el coche. Para evitar cualquier anomalía, fui advirtiendo con antelación, mediante un insistente sonsonete, las operaciones que debía realizar: frena, embraga, cambia, conduce, embraga, cambia, conduce, frena... Jerónimo se hartó de mis prevenciones y me pidió que me callara o que condujera yo. Opté por esto último. Cambiamos de asiento y cogí el volante. Al instante comprobé que mi teoría no se avenía bien con la práctica. El

vehículo se quejó lastimosamente en más de una ocasión, lo que motivó que Jerónimo me devolviera puntualmente las imprecaciones que antes había recibido. Cuando, con más o menos acierto, conseguimos hacernos con el vehículo, la tensión del problema que se nos avecinaba se asentó de nuevo en nuestra preocupación y durante un buen rato permanecemos en silencio. Ninguno de los dos habíamos hecho referencia expresa al lugar al que debíamos encaminarnos, pero el coche enfilaba ya las afueras de la ciudad en dirección a la Torre. La emoción acrecía en nuestro interior, preludiando la tensa situación que se avecinaba.

—Pienso que sería mejor avisar a la policía, para que ella asuma las actuaciones que procedan en relación con este extraño asunto —dije, más que por convencimiento, impulsado por el temor de lo que pudiera ocurrir en el interior de la pétrea edificación. A la vez que expresaba este deseo, presentía de forma contradictoria que, en caso de que Jerónimo me diera la razón, haríamos dejación expresa de algo que por fatigas y por el largo tiempo que le llevábamos dedicando, nos pertenecía en exclusiva. Había sido, además, el cimiento de nuestra amistad. Jerónimo y yo apenas si nos parecíamos en nada, como ya era archisabido; nuestros gustos eran extremos y rara vez coincidían, mientras que nuestra manera de pensar era divergente hasta la exageración. Quizá con estas premisas lo normal hubiera sido que nunca entabláramos amistad. Sin embargo, lo habíamos hecho y, sin dudar, tanto uno como otro podíamos afirmar que nuestra amistad era firme. Fue en ese momento cuando comprendí que el fundamento de esta se encontraba precisamente en la incursión que hacía ya veinte años hiciéramos a la Torre. Aquel acto amoldó nuestras vivencias, y todo lo que en relación con él sucedió a lo largo del tiempo transcurrido no hizo sino consolidarlas más y más. Por eso no me extrañó que Jerónimo respondiera como lo hizo, solventando mis reparos.

—Nosotros descubrimos el misterio de la Torre y solo a nosotros nos incumbe resolverlo. Con más motivo, incluso, cuando en el centro de él se encuentra nuestro común amigo Leopoldo.

—No acierto a comprender qué misión ha tenido en este asunto. Pensaba que era un leal compañero nuestro, y lo sigo pensando. Pero su proceder de esta noche resulta extraño. Bien pensado, todo lo que se relaciona con la Torre es anómalo, salvo la cuestión de los asesinatos, cuya autoría por parte del «Duce» parecía clara desde el principio y nunca se puso en duda por nadie.

—Alguien sí la ha puesto en duda —replicó Jerónimo con semblante serio—: el propio «Duce».

—¿Qué iba a decir él? Era lo suficientemente avisado como para no asumir ninguna responsabilidad. Lo habría negado en cualquier circunstancia.

—No en la que se encontraba cuando me lo dijo. Él estaba muy seguro de lo que decía y de lo que iba a hacer. Me apuntaba con una pistola y estaba haciendo una confesión antes de matarme. Pienso que era sincero, porque le hablaba a alguien que ya daba por muerto.

—¿Sabes lo que están sugiriendo tus palabras? —pregunté asustado—. Si el «Duce» no mintió, eso quiere decir que anda por ahí un asesino suelto, que presumiblemente nos conoce y que, lo más probable, tal y como se están sucediendo los acontecimientos en esta noche, es que acuda también a la Torre.

—Ya lo había previsto.

La escueta respuesta de Jerónimo me enervó.

—¡Pues entonces podías haberme advertido, porque la situación cambia totalmente! — exclamé irritado—. Ya no solo vamos al encuentro de quien hasta hoy ha sido un amigo, sino a enfrentarnos a alguien que lleva un montón de muertos a su espalda, al que no le importará cargar con dos más. ¡Ahora sí que debemos avisar a la policía!

—Demasiado tarde. Hemos llegado a nuestro destino y no podemos esperar. La vida de Leopoldo corre peligro y nos obliga a actuar con presteza.

Ante nosotros se alzaba la sombría mansión, semioculta entre las sombras. Con sus ciegas ventanas y su ominoso volumen, daba la impresión de un cíclope maligno que estuviera acechante para descargar su ira con el intruso que se atreviera a acercarse a sus dominios.

—Nuestra insensatez no tiene límites —refunfuñé con disgusto—. Y para colmo, tendré que escurrirme otra vez por el estrecho agujero, con la claustrofobia que me produce.

Jerónimo movió levemente la cabeza, para negar mi suposición.

—Presiento que esta vez estás invitado a la fiesta y te abrirán las puertas de par en par.

No se equivocó en su vaticinio. Cuando dejamos el coche y nos adentramos en los terrenos que circundaban la Torre, vimos ya que el viejo y carcomido portón estaba entreabierto. No era precisamente un síntoma tranquilizador. Con paso lento y precavido nos acercamos al umbral y nos asomamos al interior. Un leve resplandor procedente del piso superior difuminaba en parte las sombras. Desde donde nos encontrábamos, se oían palabras incoherentes, expresadas con dureza, como si increparan a alguien. Después escuchamos la voz inconfundible de Leopoldo, aguda y chillona. No alcanzábamos a comprender lo que decía, pero parecía expresarse con acento de queja.

Con lentitud y sumo cuidado para no delatar nuestra presencia, ascendimos por la ampulosa escalera de piedra, amparados por la suave penumbra. Cuando llegamos al rellano superior, nos detuvimos a escuchar. La discusión proseguía, haciéndose más exaltada por parte de Leopoldo. El otro individuo se expresaba con aspereza, pero en tono muy bajo, apenas un susurro, y resultaba imposible identificarlo por la voz. Por la distancia con que escuchábamos las voces, comprendimos que la disputa tenía lugar en la sala de arriba, en la torre, donde se encontraba el cuerpo embalsamado de Marina.

Jerónimo me hizo una señal para seguir avanzando, pero en ese momento los acontecimientos se precipitaron. Inmersa nuestra atención en la agria escena que acontecía por encima de nosotros, nos despreocupamos totalmente de lo que pudiera ocurrir por detrás. A decir verdad, pensábamos que nadie, salvo nosotros y los de arriba, podía acudir a la Torre en ese momento. La sorpresa nos llegó en forma de catapulta humana, que saltó sobre nuestras espaldas con tremenda violencia. A consecuencia del violento impacto, fuimos arrojados de bruces al suelo. Tanto como el inesperado y abrupto ataque, nos sorprendió la voz imperiosa del atacante, aunque la advertencia que expresaba no iba dirigida a nosotros.

—¡Cuidado!

Nada atemoriza más que el asalto de un enemigo del que se desconoce todo. La misma indefinición de su persona sugestióna la mente del atacado, haciéndole creer que se enfrenta a un ser cuyos poderes ignora, pero que presume muy superiores a los suyos. Tal nos ocurrió a

nosotros en el momento en que fuéramos embestidos inopinadamente y entre sombras. Pensamos que quien de esa forma nos abordaba tenía la fuerza suficiente para controlarnos y acabar con nosotros. La voz, sin embargo, le delató. Pasada la sorpresa del primer momento, supimos quién era nuestro atacante y esta identificación nos arrojó impulsos de los que un segundo antes ni siquiera pensábamos que pudiéramos tener.

Intentar controlar a dos hombres a la vez, aunque estén boca abajo, es muy difícil, incluso para alguien que tenga una fuerza superior a la normal. Nuestro agresor pudo tenerla, pero no en ese momento. Sabíamos cuál era su verdadero estado y que no podría resistir mucho tiempo nuestro empuje. También él lo sabía, pero quería ganar unos segundos imprescindibles para que el de arriba pudiera escapar. La constatación de este hecho nos hizo aunar esfuerzos, para quitarnos de encima el pesado cuerpo que nos aplastaba. Sus brazos intentaban atezar nuestras gargantas, pero le resultaba imposible rodearlas por completo. Esto nos permitió resoplar lo suficiente para que tomáramos impulso e hiciéramos un esfuerzo por incorporarnos, aupándonos algunos centímetros sobre el suelo. Nuestro agresor intentaba todavía oponer resistencia. Mas su respiración entrecortada y su fatiga creciente denunciaban la inmediata claudicación.

Dentro de la estancia, la discusión tomó un sesgo violento a raíz de la advertencia del intruso. La persona que hasta entonces susurraba se expresó repentinamente con tremenda iracundia y, simultáneamente, se escuchó el alarido de Leopoldo, seguido de un golpe compacto y estremecedor. A partir de entonces se impuso un silencio inquietante

Acuciados por el sesgo mortal que preludivamos, redoblamos nuestros esfuerzos para zafarnos de la tenaza humana que nos oprimía, la cual cedía por momentos su presión. Con tremenda impaciencia, Jerónimo tomó aire, apoyó sus brazos sobre el suelo y, tomando impulso, lanzó su corpachón hacia atrás. Nuestro atacante vaciló un instante. Estábamos justamente en el límite del rellano, por lo que el cuerpo del que nos liberamos se balanceó ligeramente en el primer escalón intentando mantener el equilibrio. No lo consiguió y cayó rebotado, escalera abajo, quedando inmóvil en el vestíbulo, con la cabeza en posición grotesca. Era evidente que, en la caída, se había desnucado.

Nos despreocupamos de él y corrimos hacia la estancia superior de la Torre, por la claustrofóbica y desigual escalera. Cuando llegamos arriba, contemplamos un cuadro horripilante. En el suelo, en medio de un charco de sangre y con la cabeza abierta por un tremendo tajo, yacía Leopoldo. Estaba cerca de la hornacina donde reposaba la imagen inanimada y consumida de Marina. Daba la impresión de que hubiera querido interponer su cuerpo ante el de ella, para protegerlo y evitar su destrucción. Junto a Leopoldo se encontraba el arma homicida: un cuchillo, con el agudo filo ensangrentado.

La macabra escena nos sobrecogió y permanecimos un instante paralizados por el terror. Segundos después, me sentí acuciado por inesperadas y violentas bascas. Cerré los ojos, incliné el cuerpo hacia adelante y soporté las impulsivas contracciones de los músculos, atosigados por la tremenda visión, mientras mi boca expulsaba un asqueante flujo bilioso. Jerónimo, siempre ágil en sus reflejos, se olvidó de mí y reaccionó con prontitud a los pasos precipitados que se escuchaban a través de la trampilla abierta bajo la hornacina, la misma que nosotros usáramos tiempo atrás para escapar de la encerrona que pretendieron tendernos. En la presente ocasión, sin

embargo, Jerónimo no se introdujo por la escueta abertura para perseguir al que huía, sino que, moviéndose con rapidez, dio media vuelta, descendió las escaleras a saltos y se dirigió hacia el sótano. Yo no estaba dispuesto a quedarme solo con un cadáver, cuya presencia me imponía sobremanera. Así que, haciendo acopio de valor y, aunque sacudido todavía por los espasmos del vómito, escapé también a toda prisa de la tétrica torre en pos de mi amigo. En principio, pensé que el motivo de bajar al sótano era salir por el estrecho orificio que, en anteriores ocasiones, nos sirviera de vía de acceso, por si la puerta principal podía suponer algún peligro. Pero cuando Jerónimo se acercó a una de las paredes, la que en su centro y a media altura tenía el volante de hierro, comprendí su verdadera intención y la misión del artefacto en cuestión: abrir el aliviadero del depósito. Desde donde estábamos, se oían las pisadas amortiguadas y presurosas de la persona que huía por el escueto pasaje subterráneo, que utilizáramos también nosotros para escapar la vez anterior, cuya salida iba a dar al jardín. Entre estupefacto y cohibido, vi como Jerónimo cogía con decisión el herrumbroso volante y, con todas sus fuerzas, lo giraba varias veces.

Al instante, se escuchó el ruido estremecedor de la tromba de agua, liberada de su forzado encierro, discurriendo con impetuosa fuerza por la estrecha galería subterránea. Casi simultáneamente, se pudo percibir el sonido gutural e histérico emitido por la persona que corría. Fue solo un amago de grito, provocado por el terror que le sugería la enorme masa de agua que se aproximaba. Apenas iniciado, cesó bruscamente, y por un instante se oyó la corriente incontrolada y violenta del líquido elemento en su forzado discurrir por el túnel en busca de una salida. Al cabo de unos segundos, se impuso un silencio ineluctable y sobrecogedor.

Jerónimo volvió a girar el volante, esta vez en dirección contraria, para cerrar la compuerta. En ese instante, hizo su entrada en el sótano el inspector Faundez. Había escuchado el sonido impetuoso de la inesperada torrentera, así como el grito forzado del asesino, abruptamente interrumpido. Jerónimo, pasado el momento de la máxima tensión emocional, nos miró como apesadumbrado y cohibido por la tragedia final que había propiciado. Faundez se acercó a él y le dio una palmada de ánimo en la espalda.

—Era el único modo que tenías de evitar que el asesino escapara. Así que has actuado correctamente.

Volvimos al interior de la Torre y nos acercamos al cuerpo de quien nos atacara en la escalera, que ahora permanecía tumbado como un muñeco roto y descoyuntado en el vestíbulo. Faundez lo volvió boca arriba, sin muchos miramientos. Ya sabíamos que se trataba del «Duce». Fue el inspector quien habló de nuevo:

—Cuando llegaron los de la ambulancia al periódico para recoger el que suponíamos cadáver del «Duce», vimos que no estaba. Comprendí entonces que, aunque malherido, había recobrado el conocimiento, por lo que salí a la calle, a tiempo de observar cómo escapaba a toda prisa, apropiándose de la ambulancia. La oportuna llegada de mis compañeros, me permitió coger su vehículo y seguir al «Duce» hasta aquí. Mi llegada fue providencial, porque para vosotros hubiera sido hartamente complicado explicar vuestra presencia en medio de tantos muertos. —Eché una ojeada alrededor, extraje del bolsillo del chaleco su reloj y consultó la hora—. Es más de medianoche y estamos cansados. Será mejor que vayamos a dormir un rato. Avisaré a mis

compañeros para que retiren los cadáveres de dentro. El del pozo puede esperar. —Comenzó a andar hacia la salida y, ya en el exterior, se asomó intencionadamente al brocal—. El asesino ha conseguido una tumba bastante incómoda y húmeda. Por la mañana, con calma, avisaremos a los bomberos y sacaremos el cuerpo para practicar las diligencias de rigor. Entretanto, me explicaréis algunos detalles accesorios de todo este embrollo, aunque conozco de él una buena parte. Tengo también que completar en comisaría, a la vista de los archivos, algunos cabos sueltos.

—El asunto viene ya de muy lejos, propiamente de hace veinte años—dije yo, a la vista de que Jerónimo parecía estar todavía abrumado por su postrera iniciativa—. Pero cuando se desvele la identidad del asesino, podremos hablar con más precisión.

—¿Tenéis idea de quién es? —preguntó Faundez.

Jerónimo y yo intercambiamos una mirada, que expresaba paladinamente nuestra confusión. Al cabo, como solía ser habitual, Jerónimo recuperó la iniciativa.

—Alguna sospecha tenemos, sí, pero preferimos aguardar a mañana para salir de dudas.

Era un modo de hablar suficiente y pedante, porque si algo habían demostrado los últimos acontecimientos, era lo lejos que estábamos de descifrar por nosotros solos el enigma. Únicamente la fatalidad de unos hechos, encadenados por acontecimientos tan fútiles y accesorios al misterioso asunto, como una exposición de pintura o unos folletos clandestinamente impresos, nos habían permitido acercarnos al trágico desenlace. Pero a Faundez aquella suficiencia demostrada por Jerónimo le pareció convincente y nos citó en el mismo lugar de los hechos a primera hora de la mañana.

Cuando llegamos había ya una intensa actividad alrededor del pozo. Junto a los bomberos, vimos una dotación policial, al frente de la cual estaba Faundez. Este nos saludó y nos pidió que permaneciéramos a su lado. Un bombero, atado por la cintura con una soga que sujetaban sus compañeros, se aupó sobre el brocal y comenzó a descender. Desde lo alto, vimos cómo llegaba hasta la superficie del agua, en la que flotaba un cuerpo inerte. Le pasó alrededor una cuerda que le arrojaron desde arriba y comenzaron a izarlo.

Tanto los bomberos como los policías mostraban indiferencia profesional hacia el cuerpo yerto. Para ellos se trataba de una persona que había caído a un pozo, un suceso lamentable, pero nada más. El mismo Faundez, lejos ya de la tensión acumulada la noche anterior, se mostraba también tranquilo, como si diera ya por sentada la personalidad del ahogado. Solo nosotros esperábamos con la ansiedad propia de quien espera desvelar la identificación de un asesino siniestro y terrible. Los segundos que tardaron en subir el cadáver los sufrimos con una enervación que acrecía a cada palmo de soga ganada hacia arriba.

Los recios muchachos del cuerpo de bomberos que se afanaban en tirar de la amarra hicieron un último esfuerzo y el cuerpo apareció a la vista de todos. Nuestra sorpresa fue indescriptible cuando descubrimos que se trataba de una mujer. La colocaron con cuidado sobre el suelo y le dieron la vuelta para que quedara a la vista de todos. Jerónimo y yo apartamos a los hombres que la habían izado y la observamos con profunda estupefacción: ¡era doña Catalina, la viuda de

Sotomayor!

Fue tan grande la impresión que nos produjo el desvelamiento de su personalidad, que permanecimos atónitos con la vista clavada en ella, mientras nuestro cerebro, convertido en un auténtico caos de ideas, era incapaz de sugerirnos ningún pensamiento coherente. En esa confusión mental permanecimos unos segundos, antes de que acertáramos a expresarla con palabras.

—No comprendo cómo pudo doña Catalina convertirse en una criminal —dije entre asombrado y confundido.

La respuesta de Faundez, que estaba a nuestro lado contemplando el cadáver con la parsimonia e indiferencia de un profesional, acreció, si cabe, nuestra sorpresa y confusión:

—No es doña Catalina —señaló con su índice hacia el cadáver con gesto despectivo—. Esta mujer es Marina. La Marina que, equivocadamente, vosotros creíais muerta hace veinte años y cuyo misterio tanto os intrigó.

La mirada que Jerónimo y yo dirigimos al policía era todo un muestrario del estupor que nos embargaba. Faundez la supo interpretar, porque añadió nuevos detalles, en un intento por encalmar nuestro desasosiego y, a la vez, llenar las lagunas que teníamos sobre el enrevesado y sangriento asunto. Su voz patentizaba cansancio y languidez.

—Me he pasado la noche consultando informes y fichas policiales, para poner orden en todo este embrollo. Ha sido un trabajo fatigoso, pero esclarecedor.

Se detuvo un instante para saludar al juez, que en ese momento hacía acto de presencia. Ordenó el levantamiento del cadáver, tras lo cual, Faundez indicó a sus compañeros y a los bomberos que podían retirarse. Cuando quedamos solos, el inspector prosiguió con su relato:

—Vuestro error, así como de inicio también el de la policía, fue suponer que los sucesos acaecidos en este lugar hace veinte años eran consecuencia de la inestabilidad política reinante en aquella época. Tras la sumaria investigación, se despachó el asunto como un enfrentamiento entre miembros de ideologías diferentes. Entonces estaban a la orden del día y nadie se molestó en indagar en profundidad los acontecimientos. Los autores de los crímenes contaban con esa premisa, por lo que pudieron vivir tranquilamente durante muchos años, plenamente convencidos de que nadie en el mundo podría ya acusarles de nada. Así habrían seguido de no ser por vuestra insaciable curiosidad.

—Al menos hemos valido para algo. Es una lástima que no pueda escucharlo mi padre, que me culpaba continuamente de no servir para nada —se permitió ironizar Jerónimo, para aminorar la emoción del momento.

—En este caso habéis hecho mucho, prácticamente todo, menos la identificación final del asesino, que me ha correspondido a mí—contestó Faundez con pleno convencimiento—. De no ser por vosotros, el «Duce», o Dídimo, como queráis llamarlo, y Marina, su amante, estarían gozando tranquilamente de la vida. Porque, en efecto, ambos eran amantes desde su época de juventud y, para desembarazarse de sus parejas, idearon una trama mediante la cual presentaron los sucesos de manera que parecieran causados por ese supuesto enfrentamiento entre miembros de tendencias políticas contrarias.

Faundez nos miró fijamente antes de continuar con su relato, por si queríamos hacer alguna

alusión. Nuestro silencio le sugirió la continuación del relato.

—Y así ocurrió, en efecto. No ya solo entonces, sino ahora, a raíz de vuestras pesquisas, a nadie se le pasó por la imaginación la idea de que estábamos, no ante sucesos políticos, sino ante unos crímenes pasionales. Hasta ayer noche, yo mismo pensaba que me enfrentaba a un movimiento subversivo, que tenía su origen veinte años atrás, en los enfrentamientos acaecidos en la Torre. Porque hasta en eso fue hábil y sinuoso el «Duce». Simultaneaba su compromiso con el régimen, feroz e inhumano en su condición de matón, con la actividad pública en el periódico, de forma que, desde sus columnas, antes incluso de que se cerrara la investigación policial, ya aventuró la idea de que, lo de la Torre, era la consecuencia de una divergencia entre grupos ideológicamente contrapuestos. Después, cuando vosotros os entrometisteis en el suceso, el «Duce» siempre estuvo al tanto de vuestros pasos, dispuesto a intermediar de nuevo en los hechos y solventar las posibles dificultades, caso de que se presentaran. Lo más extraño en la enrevesada personalidad de este sujeto es que, a la vez, actuara clandestinamente como elemento subversivo contra el régimen. Quizá esta última faceta vino propiciada por influencia de su amante, aunque esto es algo que no he podido constatar.

Cuando el policía hizo referencia a estas maniobras clandestinas del «Duce», Jerónimo y yo intercambiamos inconscientemente las miradas. El «Duce» era muy hábil, sí, pero no un traidor a su causa, a la que permaneció fiel hasta el final, como lo fue con su amante. Indudablemente era un hombre de una pieza, inmovible en sus creencias, a las que servía con férreo dogmatismo. Pero esto no lo sabía Faundez, y nosotros no íbamos a decirle que estaba equivocado y que el verdadero agitador clandestino era Jerónimo. Al cabo, este era un asunto trasversal, que no afectaba al núcleo del misterio que estábamos desvelando.

Faundez se percató de nuestro cruce de miradas e inquirió si acaso teníamos algo que precisar en relación con lo expuesto por él. Contestamos negativamente y, a la vez, yo aproveché el inciso para preguntarle si acaso tenía una idea formada de cómo sucedieron los trágicos acontecimientos en la Torre. El inspector no se hizo de rogar y comenzó a hablar:

—A salvo de algún matiz menor, creo que puedo reconstruir la sucesión de los hechos, según lo que he podido extraer de los expedientes consultados esta noche en comisaría, y lo que se deduce de nuestras personales experiencias. En muchas de ellas sois verdaderos protagonistas y podéis corregir lo que no se ajuste a la verdad:

»A modo de introducción necesaria, he de explicar que todo comenzó por unos amores de juventud. Leopoldo y Marina, la verdadera Marina, que vosotros conocíais como doña Catalina, se conocieron en la Escuela de Bellas Artes y, de momento, no intimaron demasiado. Marina era una mujer hermosa, pero casquivana, que desde su entrada en la escuela tuvo amoríos con varios alumnos. Leopoldo era un muchacho guapo y serio, que estuvo ajeno a esos devaneos. Pero Marina dio en fijarse en él y comenzó a cercarlo simplemente por el capricho de unirlo a sus conquistas. Para vencer su resistencia, realizó en sus prácticas de escultura el busto con la efigie de Leopoldo. Este accedió, al fin, a los requerimientos de la insaciable muchacha, pero al poco tiempo, ella se cansó de él, como era habitual, y lo sustituyó por otro.

»A Leopoldo no le afectó demasiado esta afrenta amorosa, ya que siempre fue bastante renuente al coqueteo de Marina. En realidad, Leopoldo guardaba su corazón para otra mujer,

Catalina, la auténtica, cuyo cuerpo momificado permanece todavía en el interior de la Torre. Se conocían desde niños, ya que vivían en el mismo barrio. La situación social de ambos era, sin embargo, muy distinta. Ella pertenecía a una familia de la alta burguesía; su padre ostentaba la condición de registrador de la propiedad en la ciudad, y dominaba con su prestigio y su dinero la zona. Leopoldo era un paniaguado de familia obrera, cuya única relación con Catalina era la de mera vecindad. Pero la buena planta y el garbo del muchacho no pasaron desapercibidos para la dama, que entabló una amistad sincera con él. Este se enamoró perdidamente de ella, aunque, de momento, guardó sus sentimientos, por temor al rechazo. Catalina, además de contar con una buena formación académica, mostraba cualidades innatas de buen gusto y un certero espíritu crítico para el arte. En cuanto desveló la habilidad en el dibujo de Leopoldo, su indudable vena artística, le animó a ingresar en la Escuela de Bellas Artes, para que se formara como pintor. Fue un acierto, porque él acogió su aprendizaje con entusiasmo y dedicación. Aspiraba a la fama, no ya por el beneficio que le pudiera deparar, sino para que le diera la oportunidad de acercarse sin complejos al gran amor de su vida.

»En ese tiempo, la familia de Catalina decidió el matrimonio de la muchacha con el vástago de otra familia ilustre, Rodolfo Sotomayor, el gran aristócrata, líder del partido conservador. Fue un enlace de conveniencia, más que de amor. Él en esa época apuntaba ya hacia el liderazgo político, desde su posición social privilegiada. Personalmente eran muy distintos. Catalina había recibido una educación esmerada y se mostraba proclive a las actividades intelectuales. Quiso hacer carrera universitaria aprovechando la liberación femenina que preconizara la República; el conflicto bélico frustró esa posibilidad y hubo de resignarse a permanecer en casa, esperando el matrimonio como único horizonte para su vida. Rodolfo era un hombre indolente, que aceptó el compromiso político como motivo de presunción, pero sin demasiado entusiasmo. Se pasaba la mayoría del tiempo en la dehesa, cazando y organizando fiestas, a las que acudían los miembros más destacados de la sociedad. Personalidades tan diferentes como Catalina y él no preludiaban un matrimonio feliz, y así ocurrió.

»Ya antes de que Sotomayor fuera nombrado jefe del partido conservador en la provincia había renovado su vieja afición a las juergas con mujeres de vida fácil. Pero sin que nunca llegara a comprometerse con ninguna. Hasta que apareció Marina. Esta, con su perspicacia habitual, comprendió que Sotomayor estaba destinado a ser el hombre más influyente en la ciudad. Ella siempre quería lo mejor, por lo que en esta ocasión no dudó tampoco en conseguirlo. Puso en práctica toda su coquetería y no le fue difícil conseguir su propósito. Marina y Sotomayor se convirtieron en amantes, entregándose a una pasión desbordante e irrefrenable, a impulso de la apetencia de ella.

»Entretanto, Catalina, ajena a la aventura sentimental de su marido, pensó recuperar su antigua afición a la pintura, para superar las muchas horas de soledad y aburrimiento que pasaba en casa. Se lo dijo a su marido, al que no le pareció mal la idea, con tal de que a él le diera libertad para sus correrías. Cuando Catalina apareció por la Escuela de Bellas Artes, tuvo la satisfacción de encontrar a su antiguo amigo, Leopoldo. Para este fue como recibir plenamente la luz de la gracia divina. Junto a ella, la existencia adquirió para el muchacho la tonalidad rosada de la felicidad, aunque nunca se atrevió a declararle su amor. Al reparo que siempre le propiciara

la distinta condición social se unía ahora la condición de mujer casada. Pero desde su reserva, se esforzó para que la renovada estancia de Catalina en la escuela fuera lo más feliz posible; sobre todo, cuando se enteró de que su marido tenía relación sentimental con la antigua compañera, Marina. Le parecía algo reprobable, no ya por el hecho en sí, sino por el desprecio que se hacía a una persona tan sensible y delicada como Catalina.

»Esta nube de romántica felicidad que embargaba a Leopoldo, al tener cerca de él a la mujer soñada, se enturbió cuando comenzó a detectar problemas de sordera. Ella quiso ayudarlo, ofreciéndole la posibilidad de acudir a la consulta de un buen especialista, pero Leopoldo, por un sentimiento de pudor, rehusó la ayuda. La privación del oído sumió al desdichado mozo en la desesperación. Si siempre albergó en su interior la posibilidad remota de conseguir el amor de Catalina, ahora, con la nueva desgracia, se esfumaba completamente esa posibilidad. Se había convertido en un ser inútil y anormal, al que le daba vergüenza el trato social. Dejó de acudir a Bellas Artes, a causa de su desesperación, y se escondió en la buhardilla que le ofreció el empresario del Teatro Principal, a cambio de pintar los carteles de las películas de estreno. Sin el aliciente de la amistad con Leopoldo, Catalina perdió también su interés por la pintura, dejó la escuela y se refugió en su casa.

»Pero hasta allí le llegó la noticia de los amores del marido con Marina. Siempre hay amigas intencionadas dispuestas a desvelar esas miserias para desesperación de la esposa. Le indicaron, incluso, el lugar donde habitualmente se veían los amantes: la Torre, un viejo caserón, reformado y transformado en hospedería.

»Un día, al caer la tarde, Catalina se dirigió hacia allí, con la intención de descubrir al infiel marido. Poco podía sospechar que su presencia desencadenaría la tragedia. Cuando entró en la Torre, apenas si había todavía gente en la hospedería. Atravesó desapercibida el vestíbulo y ascendió hasta las habitaciones superiores. En una de ellas encontró a la pareja, plenamente entregada a su pasión. Entre avergonzada y horrorizada por lo que veía, lanzó un grito de desesperación y se dirigió resueltamente hacia Marina, con intención de agredirla, mientras la colmaba de insultos. Las dos mujeres se enzarzaron en una pelea, hasta que, en cierto momento, Sotomayor, rehecho de la sorpresa, quiso interponerse entre ellas y separarlas. En esta pugna, el hombre empujó fuertemente a Marina, que cayó rebotada contra la pared. Como una energúmena, ella agarró un candelabro que había sobre la mesilla y, blandiéndolo en el aire, golpeó con fuerza sobre la cabeza de Sotomayor, que cayó fulminado sobre la alfombra, con la cabeza destrozada. Después, a impulso de su feroz iracundia, se abalanzó como una fiera salvaje sobre Catalina, todavía con el candelabro en la mano, intentando repetir el golpe. La otra mujer se defendió y se enredaron de nuevo en feroz contienda. Catalina logró arrebatarse la cruenta arma, pero entonces Marina acercó la mano a una cómoda, sobre la que había una bandeja con servicios de tenedor y cuchillo. Empuñó este y lo clavó con insania en el pecho de Catalina.

»Consumada la tragedia, Marina dio inmediatamente aviso a su amigo Dídimo, del que conocía sobradamente sus andanzas de matón bajo el sobrenombre del «Duce», y con el que tuviera tiempo atrás un enredo amoroso, muy típico de ella. Cuando llegó Dídimo y comprobó lo ocurrido, ideó inmediatamente un plan de distracción para camuflar las muertes. Llamó a sus camaradas y ordenó que atacaran la Torre, donde en ese momento, según dijo, se concentraban

adversarios políticos, preparando un atentado contra el partido. La misma advertencia pasó también a fuerzas opositoras, para que acudieran igualmente a contrarrestar la iniciativa de los enemigos ideológicos. Se encontraron así en la Torre elementos de choque pertenecientes a ideologías políticas divergentes, que en cuanto se vieron se enzarzaron en una agria disputa. Hubo varios heridos en la refriega, entre los cuales Dídimo camufló a los dos muertos.

»Al siguiente día, el propio Dídimo, desde su editorial del periódico, presentó, como ya dije antes, los sucesos acaecidos en la Torre como propios de las disputas partidistas que en esa época proliferaban y el asunto quedó en el olvido. Para que la coartada fuera perfecta, se le ocurrió la diabólica idea de alterar la identidad de la mujer asesinada. Hizo publicar, al respecto, primero, una nota en la que hacía constar que la esposa del fallecido, a causa de la tremenda conmoción soportada, había entrado en profunda depresión e internada en un establecimiento psiquiátrico; de esta manera, excusaba su ausencia en los funerales del marido. Ella era hija única y sus padres habían ya fallecido, por lo que nadie le prestaría atención en el futuro. A la vez, publicó también una esquela, en la que se daba cuenta del fallecimiento de Marina, la cual, de esta forma, quedaba impune para siempre de su delito. Adoptó la personalidad de doña Catalina y, para evitar cualquier encontronazo casual con antiguos conocidos, habitó en una casa retirada, en las afueras de la ciudad, en la que asiduamente recibía a su amante. La felicidad para ambos se presumía completa y de por vida. Así habría sido de no ser por vuestra curiosidad...y por el fanatismo deletéreo de Leopoldo. Este, cuando leyó la esquela de Marina, se acercó al domicilio para dar el pésame a los familiares de su antigua compañera de Bellas Artes. Le extrañó sobremanera encontrarlo cerrado y sin síntomas de que estuviera habitado. Se dirigió entonces al cementerio, en el momento preciso en que los enterradores, de forma incógnita, y sobornados por el «Duce», se disponían a sepultar el cuerpo de Catalina. La conmoción del muchacho fue enorme. Cuando se sobrepuso, comprendió que algo extraño y siniestro tenía que haber ocurrido para intercambiar las personalidades de las mujeres. Guardó silencio, pero en su interior rumió una lúgubre y descabellada idea, llevado de su amor exacerbado por Catalina.

»Lo que se le ocurrió fue nada menos que robar el cadáver de la mujer y embalsamarlo, para ofrecerle eterna devoción, dedicándole de muerta el homenaje que no pudo darle en vida. Contó para ello con la siniestra y corrompida complicidad de los mismos enterradores. Las circunstancias del embalsamamiento ya las conocéis. Los que intervinieron en la operación fueron prudentes y nadie se enteró de ella durante años.

»Hasta que vosotros intervinisteis. El interés que mostrasteis por los sucesos de la Torre hizo que Dídimo visitara el caserón y descubriera el cuerpo momificado de Catalina. Su colérica reacción no fue mayor que la de Marina, quien, temerosa de que se descubriera al cabo de los años su autoría de los crímenes, apremió a Dídimo para que interviniera. A este no le fue difícil averiguar al instigador del embalsamamiento, pero no se atrevió a matar al pintor, por temor a que la nueva muerte, en una época muy distinta de cuando acontecieron los anteriores hechos, pudiera dar lugar a pesquisas inoportunas. Pero sí amenazó con cargarle las muertes a Leopoldo, si se llegaba a descubrir el cuerpo momificado de la desgraciada mujer.

»Cuando vuestra investigación avanzó y disteis con el ayudante del forense que efectuó la operación, Marina acreció en sus temores. Apremió a Leopoldo, bajo amenaza de muerte, para

que cerrara la boca y se deshiciera cuanto antes del cuerpo momificado y de las personas que estaban al tanto de la operación conservatoria. Al cabo de unos días, intuyó que Leopoldo sería incapaz de tomar ninguna decisión que implicara violencia, por lo que encargó el asunto otra vez a su amante, que, a su vez, encomendó la tarea a un antiguo esbirro suyo, Pecho Lobo. Este, con la tosquedad que le caracterizaba, acabó con el forense de un golpe en la cabeza, lo que provocó un gran revuelo y la intervención policial. Por este motivo, decidió Marina actuar por sí misma para eliminar al practicante con más sutileza. Lo citó en la cafetería del hospital y, entre sorbo y sorbo, mientras conversaban sobre el suceso recientemente acaecido, consiguió echarle en el café alguna cantidad de polvo bactericida; a falta de mayor concreción, supongo que sería creolina o algo parecido, un producto de venta libre en droguerías, que es altamente tóxico y que produce parálisis y destrucción muscular progresiva; en contacto con líquidos, adquiere un color lechoso, por lo que el practicante no observó alteración alguna en sabor ni color. A las pocas horas, se encontraba en estado de coma. Por otra parte, Marina quiso rematar la operación quitándoos del medio a vosotros, para así evitar que siguierais con vuestras pesquisas. A tal efecto, os citó en el túnel, dando el encargo de nuevo a Pecho Lobo. Este, en la ocasión, exhibió un inesperado sesgo de honradez, devenido de su amistad con Jerónimo. Marina lo amenazó con denunciarlo por el asesinato del forense, lo que obligó a Pecho Lobo a aceptar el incómodo encargo. Cuando Dídimo se enteró, no estuvo muy conforme con el matiz que tomaba la situación. Comprendió que vuestras muertes, acontecidas tras la del forense, podrían llevar a la policía a investigar más en profundidad, con la muy probable consecuencia de que recrearan vuestros pasos en la Torre. El peligro, por tanto, de que los antiguos sucesos salieran a la luz del día era evidente. Además, tampoco estaba muy seguro de que Pecho Lobo cumpliera su encargo, con la posibilidad añadida de que, por ese prurito de amistad, pusiera en antecedentes a Jerónimo de lo que ocurría. Dispuesto a evitar que esto sucediera, acudió al túnel y disparó a Pecho Lobo. Era consciente de que un sujeto tan abyecto no merecería de la policía demasiados miramientos. A partir de ahí se propuso facilitaros en lo posible el camino en vuestras indagaciones, para que centrarais en Leopoldo vuestras sospechas y culminarais de este modo el misterio de la mujer embalsamada. Así habría sido de no ser por los inesperados acontecimientos ocurridos en el periódico. Cuando, ya herido, Dídimo, o el «Duce», se incorporó, telefoneó a Marina para darle cuenta de lo que ocurría, y asegurarle que acudiría a la Torre a fin de acabar con Leopoldo y con vosotros. Marina, fiel a su temperamento levantisco, no tuvo paciencia para aguardar en casa el resultado de los acontecimientos. Acudió también a la Torre y su presencia propició las consecuencias que todos conocemos.

Cuando Faundez ultimó su narración, la evidencia de las trágicas circunstancias que se desencadenaron a causa de una iniciativa como la nuestra, aparentemente inocua y banal, propiciada por un figoneo de juventud, nos sobrecogió. En ese instante reafirmamos nuestra convicción de que, una vez más, el imprevisible azar pudo actuar como instrumento ciego del destino, utilizando la inexperiencia e interés morboso de unos muchachos, para aplicar un poco de justicia y cordura, en medio de la fatalidad. En la inmediata perspectiva, a la vista de los

inesperados y sangrientos efectos resultantes, comprendimos que ni de lejos nos hubiéramos acercado al azaroso enredo, y a su resultado postrero, desde posiciones personales de reflexión y de prudencia. Lo que nos llevó a ponderar el grado de insensatez en que podemos incidir cuando la curiosidad y la tozudez se ponen de por medio. A impulso de estas sensaciones, no pude por menos de exteriorizar lo que sentía:

—La vida sigue a veces inextricables caminos para castigar a los malvados. Puede resultar pedante lo que voy a decir, pero pareciera como si un prominente e inefable principio universal de justicia, anidado en las entrañas de la sociedad, estuviera siempre pendiente de aplicación, aguardando el momento propicio para imponer su rigor, por encima del tiempo y de las intenciones o de las circunstancias de los hombres. A la vez que nos anonada la sensación tremenda derivada del castigo, nos congratula esa idea innata de justa ponderación, que hace dar a cada uno lo que se merece. Marina, Dídimo y Leopoldo jugaron, cada uno a su manera, a ser dioses, y en su trágico juego pretendieron disponer impunemente de vidas y cuerpos ajenos. La horrible muerte de todos ellos es la consecuencia natural de sus acciones y alecciona suficientemente sobre nuestras debilidades, cuando olvidamos las exigencias de conciencia y de razón.

Mi parrafada quizá pareciera jactanciosa y doctrinaria, mas debió de ser convincente, porque tanto Jerónimo como Faundez me observaron con seriedad y asintieron con sendos movimientos de cabeza. Como allí no había ya nada que hacer, Faundez trancó de nuevo la robusta puerta de la Torre, para después depositar las llaves en el juzgado, hasta que algún heredero del edificio alegara su derecho a él. A sugerencia nuestra, se encargaría también de avisar oportunamente a algún albañil, para que tapiara debidamente el hueco que existía a nivel del suelo, que daba acceso al sótano. De esa manera, se impediría que otros audaces intrusos, como nosotros en su momento, volvieran a acceder al edificio, a saber con qué consecuencias.

Tuvimos particular empeño en encargarnos del enterramiento de Catalina y de Leopoldo, a falta de familiares directos. Por un último respeto a nuestro antiguo amigo y al amor que entre ellos aflorara, decidimos que descansaran juntos para siempre en una misma fosa. Nos parecía que nada le hubiera agradado más al bohemio pintor que permanecer eternamente al lado de su amada. Fue una decisión que nos congratuló con la memoria de ambos, sobre todo con la de Catalina, después de los equívocos y tragedias que su cuerpo embalsamado propiciara. Deseé que esta vez fuera para ella la definitiva inhumación y que no hubiera algún otro lunático admirador que volviera a desenterrarla. Reconozco que era un pensamiento aberrante, propiciatorio de una situación inverosímil, pero, visto a la luz de los acontecimientos vividos, ya no lo parecía tanto. Mientras los sepultureros arrojaban con parsimonia paladas de tierra sobre el hoyo, recordé la tensión emocional que me ocasionó la cita de Catalina en boca de Jerónimo, cuando la viera por primera vez en la torre. Refirió aquel haber visto una mujer desnuda. Al instante, la imaginación juvenil preformó una visión sensualmente turbadora, que impulsó las energías vitales suficientes para aflorar una acucia intensa y sostenida, cuya influencia estábamos lejos de sospechar que perduraría tanto tiempo y con tan tremendas consecuencias. Estas periclitaban propiamente con el acto de enterramiento al que asistíamos.

Quedaba así concluso el asunto de la Torre en todos sus flecos.

Los sucesos anteriores, cuando fueron de dominio público, causaron gran conmoción y fueron motivo de comentarios encendidos durante varios días. Después, la propia dinámica de la vida los hizo caer en el olvido y la ciudad quedó inmersa en su proverbial abulia provinciana.

Jerónimo, convertido a ojos de los prebostes del partido oficial en héroe oportunista, accedió al cargo de director del periódico, en sustitución del traidor Dídimos. A mí la situación me resultaba propia de una ceremonia alucinante: el verdadero traidor, como si hubiera sido transformado en personaje de leyenda por una poción mágica, aupado a la cúspide del mismo periódico al que estaba boicoteando momentos antes con deliberada contumacia; mientras que Dídimos, fiel a machamartillo al ideario del partido, sufría sobre su persona y su memoria las consecuencias de un malentendido, imposible de rectificar. Esto me hacía pensar que cualquier historia, grande o pequeña, está tan plagada de recovecos y circunstancias contradictorias que resulta ilusorio pretender llegar a la verdad de los acontecimientos. Estos, tan pronto como acaecen, son cubiertos por el tupido manto de las apariencias, que ofrecen un sucedáneo de verdad, el cual adquiere de inmediato marchamo de intemporalidad.

Las nuevas circunstancias obligaron a Jerónimo a cambiar en parte, que no a desechar, sus hábitos de oposición al régimen. Dejó de imprimir folletos en la imprenta del periódico por pura congruencia profesional. El mismo director del órgano escrito del partido no podía dedicarse simultáneamente a torpedearlo desde el interior. Hubiera resultado demasiado escandaloso, incluso para el mismo Jerónimo, pese a que, por su enrevesada trayectoria vital, se escandalizaba ya muy poco. Su actitud subversiva era ahora más de compromiso amical que de servicio político. Encontró la manera de servir a los insumisos mediante la delación oportunista y puntual de las redadas policiales. A su despacho de dirección llegaba mucha información reservada, la mayor parte de la cual nunca veía la luz en las páginas del periódico. Cuando la consideraba merecedora de ser conocida por los opositores al régimen, o cuando refería inmediatas actuaciones de represalia, pasaba el oportuno aviso a Ernesto, otro individuo que, como Jerónimo, gustaba de pasar por lo que no era. En el mundo camaleónico en que vivíamos, uno dudaba ya hasta de sí mismo, y había que preguntarse si en toda la ciudad existiría alguien que en verdad solo fuera lo que su apariencia sugería.

Una vez finalizado el enojoso enredo, comprendimos que, desde ese momento, nuestras vidas incurrirían en una rutina adocenada e insípida. Después de la trepidante aventura vivida, solo nos quedaba contemplar el paso de los días con la convicción de que nada nuevo nos iban a traer que superara a lo anterior. Por lo que a mí se refiere, me dediqué a las tareas de la Administración con la asepsia y profesionalidad de quien cumple un servicio asalariado, pero consciente de que allí no estaba para realizarme personalmente, ni para congratularme con la vida. Me convertí en

un burócrata, que se esmera en cumplir y hacer cumplir con exigencia puntillosa las reglas del procedimiento administrativo, sin desviaciones extemporáneas ni alardes imaginativos en la función. Mi visión de la política circundante se hizo, por inevitable realismo, más crítica y censurable, abominando de los excesos e hipocresías en que abundara el régimen. En sus discursos e himnos, preconizaba un nuevo amanecer, culmen de empíreas glorias y de venturanzas terrenas; aunque el régimen periclitó sin que llegara a cuajar en realidad esa áurica nueva aurora ensoñada. Mas por encima de las declinadas rutas imperiales, cenizas de una menesterosa historia urdida con inmolaciones y espejismos; más allá de las sombrías tragedias y esclavitudes que, como su preciado arquetipo de la época augusta, el régimen propició, perdura, inolvidable, el vestigio de ese excelso período de la vida, el de la radiante juventud, nostálgico e inefable, prodigioso y único; tiempo ilusionante y sin posible desmemoria, en el que la vida recién adquirida se expandía con gaya complacencia y el mundo se mecía a nuestro antojo, en afable servidumbre.

Jerónimo tuvo energías para soportar la enfermedad durante casi un largo año. Lo ocupó, mientras le fue posible, en sus actividades más preciadas: fumar y amar. Me mortificó con el humo del tabaco hasta el penúltimo momento; mucho antes tuvo que claudicar en sus porfías amorosas. Ya de último, su bello rostro, reproducción viviente de un marmóreo efebo, acusó los estragos del estigma que le carcomía. Los músculos de las mejillas se le relajaron y cárdenas bolsas aparecieron bajo los ojos. Su revuelto pelo, negro como el azabache, comenzó a clarear por las sienas. Siempre he pensado que estos signos de deterioro físico, que ajaban su belleza, le herían más que la propia enfermedad. Quien pasara por la vida como la imagen y representación carnal de un dios apolíneo no podía soportar verse convertido en un ser monstruoso y deforme.

La constatación de esa amarga realidad, más allá del dolor morboso, fue posiblemente la que le condujo a su trágica decisión. Desconozco si la había meditado desde tiempo atrás o fue un momentáneo acto de rebeldía, irascible e instintivo. Ahora pienso, después de que mi ánimo se ha aquietado, con el paso de los días, de la terrible conmoción, que Jerónimo tenía muy asumido que representaba una especie de canon perfectivo de belleza y de ética, que debía salvaguardar. La constatación de que se veía abocado al derrumbe físico, mientras que el doble juego de lealtades y traiciones en el que estaba inmerso le propiciaba una fuerte tensión anímica, fueron muy posiblemente los factores desencadenantes de un estado mental obsesivo, enfermizo, que saturó sus ansias vitales y le impulsó hacia la autodestrucción. Él era así, intuitivo y radical en sus decisiones, aunque a veces pienso también que su acto no tuvo nada de precipitado. Sobre todo, cuando recreo la imagen de los talleres del *Heraldo*, con el cuerpo derribado del «Duce» en medio de un charco de sangre y su pistola caída junto a él. Conmocionado como estaba todavía por lo ocurrido, apenas si reparé entonces en cómo se agachaba Jerónimo, recogía el arma abandonada y se la guardaba. Inmerso en los acontecimientos subsiguientes de la Torre, no tuve ocasión de comentar ese hecho a mi amigo. Cuando volví a contemplar la pistola, propiciatoria de otra tragedia, recordé al instante aquella imagen fugaz en los talleres. Puede que la intención de Jerónimo entonces estuviera muy lejos de cómo actuó después. No lo sé, ni importa ya.

Es sabido que las tragedias que afectan al efímero ser humano tienen en el devenir de los días su mejor lenitivo. El tiempo aquietta los cuerpos y sosiega las mentes. La vida sigue con su

aparente inmutabilidad, aunque tras esa apariencia se esconden viejas ausencias y nuevas presencias. Jerónimo quedó como un recuerdo entrañado y lejano. A veces evoco los sucesos de la Torre que ambos protagonizamos y los veo ya, desde la distancia de los años, con esa pátina de irrealidad que la memoria propicia. Incluso a veces dudo hasta de que hayan existido, envueltos como están en esa espesa niebla que cubre las vivencias del pasado y trastoca los indecisos recuerdos en visiones espectrales y agónicas.

F I N

Dos jóvenes descubren casualmente el cuerpo momificado de una mujer, con signos aparentes de haber sufrido una muerte violenta. El desconcierto que les produce y el hondo misterio que impregna el entorno del peculiar hallazgo les impulsa a iniciar una afanosa investigación, que se irá complicando y dilatando en el tiempo hasta el punto de envolver sus vidas, ya adultas, en una serie de peripecias, plagadas de amenazas y peligros.

Con un estilo pulcro y ágil, que por momentos adquiere gran belleza literaria, el autor enmarca esta trama de intriga creciente en el escenario de una pequeña ciudad de provincias, en la plenitud del franquismo. El ambiente sombrío y restrictivo de la época coadyuva al dramatismo del relato y acrecienta la tensión épica de sus protagonistas.



José Sánchez San Martín es natural de Zamora, Licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca, y Doctor en Derecho por la misma universidad. Pertenece, por oposición, al Cuerpo Nacional de Interventores y Tesoreros de Administración Local.

Como autor, su acervo literario es amplio, pues incluye narrativa de temática variada, obra teatral diversa y poesía.